Cortafuegos

Henning Mankell

Aquel que se descarría del camino de la sensatez,

arribará sin remedio al mar de las sombras.

*Proverbios 21,16*

# 

# Primera parte

La conjura

## 1

Por la noche, sin previo aviso, el viento amainó, para luego cesar totalmente.

Él había salido al balcón. Durante el día, podía atisbar el mar por entre las casas que se alzaban enfrente. Pero ahora la noche se lo impedía. A veces sacaba al balcón su viejo catalejo inglés para ver las ventanas iluminadas al otro lado de la calle, mas siempre acababa por vencerlo la molesta sensación de que alguien lo había descubierto.

Hacía una noche clara y estrellada.

«Ya estamos en otoño», se dijo. «Quizás escarche esta noche, aunque aún es pronto para Escania».

Se oyó pasar un coche en la distancia. Se estremeció de frío y volvió a entrar. La puerta del balcón se atascaba. En el bloc de notas que tenía sobre la mesa de la cocina, junto al teléfono, anotó que debía echarle un vistazo al día siguiente.

Continuó después hacia la sala de estar. Durante un instante, se detuvo ante el umbral de la puerta y paseó la mirada por la habitación. Había hecho la limpieza, puesto que era domingo. Y saber que se hallaba en una habitación totalmente limpia siempre le infundía la misma sensación de satisfacción.

Su escritorio estaba colocado contra una de las paredes. Sacó la silla, encendió la lámpara y tomó el grueso cuaderno de bitácora que guardaba en uno de los cajones. Como de costumbre, comenzó por leer lo que había escrito la noche anterior.

«Sábado, 4 de octubre de 1997.

»El viento ha persistido racheado todo el día. Según el Instituto Sueco de Meteorología e Hidrología, sopló a una velocidad de entre ocho y diez metros por segundo. Un banco de nubes desgarradas ha estado circulando por el cielo. La temperatura era de siete grados a las seis de la mañana. A las dos de la tarde, había ascendido a ocho, para descender de nuevo por la noche hasta los cinco grados».

Después del informe meteorológico, no había añadido más que otro par de líneas.

«El espacio está hoy vacío y abandonado. No hay mensajes. C. no contesta a mis llamadas. Todo está tranquilo».

Retiró la tapa del tintero y mojó en él la pluma con cuidado. La había heredado de su padre, que la tenía desde el día en que, siendo aún muy joven, comenzó como escribiente en una pequeña sucursal bancaria de Tomelilla. Jamás utilizaba otra pluma en el cuaderno de bitácora.

Escribió que el viento había menguado antes de aplacarse del todo. En el termómetro que tenía fijado al marco exterior de la ventana de la cocina había visto que estaban a tres grados. El cielo estaba despejado. Anotó igualmente que había limpiado el apartamento y que dicha operación le había llevado tres horas y veinticinco minutos. Es decir, diez minutos menos que el domingo anterior.

Además, había dado un paseo hasta el puerto deportivo después de haber estado sentado durante media hora en la iglesia de Sankta María, entregado a la meditación.

Reflexionó un instante antes de proseguir. Después, plasmó en el cuaderno de bitácora otra línea: «Por la noche, paseo corto».

Con extremo cuidado, presionó el papel secante sobre el texto que acababa de escribir, limpió la pluma y tapó el tintero.

Antes de cerrar el cuaderno, echó una ojeada al viejo reloj marítimo que tenía junto a sí sobre el escritorio. Las agujas indicaban las once y veinte minutos.

Salió al vestíbulo, se puso la desgastada cazadora de piel y enfundó los pies en un par de botas de agua. Antes de abandonar el apartamento, tanteó el bolsillo para comprobar que llevaba las llaves y la cartera.

Ya en la calle, permaneció inmóvil, arropado por las sombras, y miró a su alrededor. No había nadie. Aunque tampoco lo esperaba. Entonces, comenzó a caminar. Como de costumbre, giró a la izquierda, cruzó la carretera en dirección a Malmö y bajó hasta la zona comercial, donde se alzaba el edificio de ladrillo rojo en que se hallaban las dependencias de la Agencia Tributaria. Aceleró el paso, hasta alcanzar el sosegado ritmo nocturno que le era habitual. Durante el día solía caminar más aprisa, pues quería esforzarse y sudar, pero los paseos nocturnos eran diferentes, ya que con ellos intentaba apartar de su mente las preocupaciones diurnas, prepararse para el sueño reparador y para el día siguiente.

A la puerta de la tienda de material de construcción vio a una mujer que paseaba a su perro, un pastor alemán. La veía casi todas las noches. Un coche pasó ante él a toda velocidad y, tras el volante, vislumbró a un joven. Pese a que llevaba las ventanillas cerradas, se oía la música del interior.

«No saben lo que les espera. Ni ellos ni las señoras que salen solas a pasear a sus perros».

La sola idea lo puso de buen humor. Pensó en todo el poder del que era partícipe, en la sensación de contarse entre uno de los elegidos, de aquéllos que disponían de la fuerza capaz de erradicar viejas verdades anquilosadas y de crear otras, del todo nuevas e inesperadas.

Se detuvo a contemplar el firmamento.

«En el fondo, nada es inteligible», se dijo. «Ni mi propia vida ni el hecho de que la luz que ahora veo procedente de las estrellas haya estado viajando hacia aquí durante espacios de tiempo infinitos. Lo único que puede conferir algo de sentido a todo esto es lo que estoy haciendo: la oferta que me hicieron hace ya casi veinte años y que acepté sin vacilar».

Prosiguió su marcha, ya con más premura, acuciado por el desasosiego de las ideas que le rondaban por la cabeza. Tomó conciencia de su propia impaciencia. ¡Habían esperado durante tanto tiempo…! Pero ahora ya estaba próximo el instante en que retiraría la visera invisible que cubría sus ojos para poder contemplar cómo su propio oleaje rodaba ingente, avanzando sobre la faz de la tierra.

El instante estaba próximo, pero no había llegado todavía. No, aún no era el momento. La impaciencia era una debilidad que no podía permitirse.

Se detuvo, pues ya se encontraba en el centro de la zona residencial. Y no tenía intención de avanzar más: debía estar en la cama poco después de la medianoche.

Se dio la vuelta y comenzó el regreso. Cuando hubo dejado atrás el edificio de la Agencia Tributaria, decidió ir al cajero automático que había junto al centro comercial. Se llevó la mano al bolsillo en el que tenía la cartera. No pretendía sacar dinero, sino sólo comprobar los últimos movimientos de la cuenta para asegurarse de que todo iba como debía.

Al llegar al cajero, se paró bajo la farola y sacó su tarjeta de crédito de color azul. La señora del pastor alemán había desaparecido. Por la carretera, procedente de Malmö, tintineaba al pasar un camión largo con una carga muy pesada. Lo más probable era que fuese a partir con uno de los transbordadores que se dirigían a Polonia. A juzgar por el ruido, llevaba roto el tubo de escape.

Tecleó la clave y pulsó la opción de últimos movimientos. La tarjeta volvió a salir por la ranura, de modo que la guardó de nuevo en la cartera. Del interior del cajero surgía un ronroneo mecánico. Mientras aguardaba, sonrió ante la idea. Incluso se le escapó una risita.

«Si la gente supiera…», se dijo, «Si tuvieran la menor idea de lo que se les vendrá encima…».

El comprobante de color blanco salió por la ranura mientras él buscaba las gafas en el bolsillo, pero recordó que las había dejado en el abrigo que llevaba puesto cuando bajó al puerto. Durante un instante, se sintió irritado por el olvido.

Se colocó justo en el lugar en que la luz de la farola era más intensa y entrecerró los ojos concentrando la vista en el comprobante.

El cargo en cuenta realizado el viernes ya aparecía registrado. Al igual que el reintegro en efectivo del día anterior. El saldo era, tras las dos operaciones, de nueve mil setecientas sesenta y cinco coronas. Todo estaba, pues, en orden.

Sin embargo, lo que sucedió entonces fue algo totalmente inesperado.

Sintió como si hubiese sido alcanzado por la coz de un caballo. El dolor era terrible.

Cayó de bruces, con la mano cerrada en gesto convulso en torno al blanco papel que contenía las cantidades que deseaba comprobar.

Al dar con la cabeza contra el frío asfalto, experimentó unos segundos de clarividencia.

Su último pensamiento fue que no comprendía nada de nada.

Después, quedó envuelto en una oscuridad que parecía proceder de todos los puntos al mismo tiempo.

Acababa de dar la medianoche. Era el lunes 6 de octubre de 1997.

Otro camión pasó camino del transbordador nocturno.

Después, volvió a reinar la calma.

2

Presa de un profundo malestar, Kurt Wallander se sentó en el coche estacionado en la calle de Mariagatan. Eran poco más de las ocho de la mañana del 6 de octubre de 1997. Mientras se alejaba de la ciudad se preguntaba por qué no habría declinado aquella invitación. En efecto, pese al rechazo profundo e intenso que sentía por los funerales, aquella mañana se encontraba camino de uno. Dado que había salido con tiempo, decidió no tomar la carretera que lo conduciría directamente a Malmö. Por el contrario, se desvió para tomar la de la costa, en dirección a Svarte y Trelleborg. A su izquierda, vislumbraba el mar. Un transbordador arribaba al puerto en aquel momento.

Calculó que aquél era el cuarto funeral al que acudía en siete años. El primero había sido el de su colega Rydberg, que había fallecido víctima de un cáncer, tras un largo y doloroso periodo de convalecencia, durante el cual Wallander lo visitó a menudo en el hospital en el que estuvo ingresado hasta consumirse. La muerte de Rydberg había constituido un fuerte golpe en su vida personal, pues era él quien lo había convertido en un policía de verdad. De hecho, le había enseñado a formular las preguntas adecuadas y, gracias a él, había llegado a dominar de forma gradual el difícil arte de interpretar el escenario de un crimen. Antes de comenzar a trabajar con Rydberg, Wallander había sido un policía más bien mediocre y no fue hasta mucho después de la muerte de Rydberg cuando comprendió que no sólo poseía energía y perseverancia, sino también no poca pericia. Así, pese a los años transcurridos, seguía manteniendo con cierta frecuencia una silenciosa conversación interior con el colega, siempre que se enfrentaba a una investigación compleja y dudaba sobre el giro que habría de dar al curso de la misma. Echaba en falta a Rydberg casi a diario, consciente de que aquella añoranza jamás se extinguiría.

Después de Rydberg falleció, de forma repentina, su propio padre, de un ataque de apoplejía que acabó con él en su taller de Löderup hacía ya tres años. A veces, Wallander se sorprendía a sí mismo pensando en lo inexplicable del hecho de que su padre ya no estuviese allí, rodeado de sus cuadros y envuelto en aquel sempiterno aroma a disolvente y a pintura. Tras su muerte, la casa de Löderup se había vendido. Wallander había pasado ante el inmueble en varias ocasiones, aunque nunca había llegado a detenerse. Ahora eran ya otras las personas que lo habitaban. También visitaba su tumba de vez en cuando, aunque siempre con una sensación, vaga e imprecisa, de remordimiento de conciencia. Sabía que el tiempo transcurrido entre una visita y la siguiente era cada vez mayor y advertía que, a medida que pasaban los años, le costaba más rememorar el rostro del anciano.

Un hombre muerto terminaba por ser un hombre que jamás había existido.

Más tarde le tocó el turno a Svedberg, el colega que, el año anterior, había resultado brutalmente asesinado en su propio apartamento[[1]](#footnote-1). Su muerte le hizo pensar en lo poco que en realidad sabía acerca de las personas con las que trabajaba a diario, pues su desaparición puso al descubierto una serie de relaciones de cuya existencia jamás habría sospechado.

Por último, aquel día iba camino de su cuarto entierro, el único al que, en realidad, no habría tenido por qué asistir.

Ella lo había llamado por teléfono el miércoles. Wallander estaba a punto de salir del despacho, pues ya estaba avanzada la tarde. Se sentía aquejado de un terrible dolor de cabeza, tras haber estado estudiando un material de investigación absolutamente infame. En efecto, la policía se había incautado de un alijo de cigarrillos destinados al contrabando, interceptado en un camión que había llegado en un transbordador. Las pistas conducían al norte de Grecia, donde se extinguían en el más absoluto vacío. Él había intercambiado información tanto con la policía griega como con la alemana, pero no habían logrado acercarse lo más mínimo a los cabecillas de la operación. Aquella tarde comprendió que el conductor del camión, quien con toda probabilidad ignoraba que hubiese material de contrabando oculto en la carga, iba a ser condenado a varios meses de cárcel. Y todo quedaría en eso. Wallander estaba convencido de que a Ystad llegaban cigarrillos de contrabando a diario y dudaba de poder ver el día en que lograsen detener aquel tráfico.

Por si fuera poco, le había estropeado el día una discusión airadísima que había mantenido con el fiscal sustituto de Per Åkeson, el titular de la fiscalía que había partido a Sudán hacía ya varios años y que parecía no tener intención de regresar. Tanto la decisión de Åkeson de solicitar la excedencia como el contenido de las cartas que aquél le remitía con regularidad hacían nacer en él una envidia corrosiva. En efecto, Åkeson se había atrevido a romper con su ya bien establecida existencia de un modo con el que Wallander sólo había sido capaz de soñar. Y ahora que ya estaba a punto de cumplir los cincuenta sabía, si bien prefería no admitirlo abiertamente, que no quedaba ya lugar para grandes decisiones en su vida; nunca llegaría a ser otra cosa que policía y lo único que podía hacer hasta el día de su jubilación era esforzarse por mejorar su destreza como investigador. Tal vez también enseñar parte de lo que sabía a los más jóvenes de sus colegas. Pero, aparte de aquello, no había la menor expectativa halagüeña de cambio en su vida. Para él no habría, sin duda, ningún Sudán.

Allí estaba, con el chaquetón en la mano, cuando ella llamó.

Al principio no la reconoció.

Pero después comprendió que se trataba de la madre de Stefan Fredman. Los recuerdos y las ideas cruzaron su mente en acelerado torbellino y lo hicieron rememorar, en cuestión de segundos, los sucesos acontecidos hacía ya tres años. El caso de aquel joven que, disfrazado de indio, había intentado vengarse de los hombres que habían hecho perder el juicio a su hermana y que habían abocado a su hermano a vivir presa del terror. Uno de los asesinados había sido el propio padre del muchacho[[2]](#footnote-2). Wallander recordaba aún la espantosa escena final en que el chico lloraba arrodillado ante el cuerpo sin vida de su hermana. No estaba muy informado de lo que había sucedido con posterioridad al desenlace salvo que, como era de suponer, el chico nunca fue a prisión, sino a la sección de psiquiatría de un hospital.

Aquella tarde, Anette Fredman lo llamó para comunicarle que Stefan había muerto. Se había suicidado arrojándose desde una ventana del edificio en el que estaba recluido. Wallander le transmitió sus condolencias y, en cierto modo, llegó a sentir también un dolor propio. O tal vez no fue más que una sensación de desesperanza y desconcierto. En cualquier caso, no comprendía por qué aquella mujer lo había llamado a él. Quedó allí sentado, con el auricular en la mano, esforzándose por invocar la imagen de su rostro en la memoria. La había visto en dos o tres ocasiones, en un pueblo cercano a Malmö, cuando ya iban tras la pista de Stefan e intentaban reconciliarse con la idea de que un niño de catorce años hubiese sido el autor de aquellos brutales asesinatos. La recordaba reacia y tensa, como envuelta en un halo esquivo, como si temiese que, en cualquier momento, sucediese lo peor. Lo cual resultó ser cierto. Wallander se había preguntado entonces, según recordaba vagamente, si no sería adicta a las drogas. ¿Acaso bebía demasiado o utilizaba algún tipo de narcótico para mitigar su desasosiego? Nunca lo supo. Pero aquella tarde le costó ver ante sí su rostro. La voz que le transmitía el hilo telefónico le sonó como la de una extraña.

Después, le hizo saber el motivo de su llamada.

Quería que Wallander asistiese al funeral. Apenas si habría gente, pues sólo quedaban ella y Jens, el hermano menor de Stefan. Y, dado que él había sido amable y bienintencionado con ellos… De modo que le prometió que iría para, acto seguido y demasiado tarde, arrepentirse de haberlo hecho.

Intentó averiguar qué había sido del chico tras su captura, por lo que habló con un médico del hospital en el que Stefan había ingresado. Durante los años transcurridos desde su reclusión, Stefan había permanecido prácticamente mudo, empecinado en vetar a todos el acceso a su mundo interior. Pero Wallander supo que el muchacho que habían hallado destrozado contra el asfalto llevaba el rostro pintado con colores de guerra, y que la pintura y la sangre se habían entremezclado y habían llegado a dibujar sobre su cara una máscara que tal vez fuese un indicio de la sociedad en que Stefan había vivido y no tanto una señal de la doble personalidad de que era víctima.

Wallander conducía despacio. Aquella mañana, cuando se puso el traje oscuro, comprobó con no poco asombro que los pantalones le quedaban bien, lo que significaba que había perdido peso. En efecto, desde que, hacía poco más de un año, le comunicaron que padecía diabetes, se había obligado a modificar sus hábitos alimentarios, había comenzado a hacer ejercicio y a vigilar su peso. Al principio, en un exceso de impaciente entrega, se colocaba sobre la báscula del baño varias veces al día. Al final, en un ataque de ira, había terminado arrojándola a la basura, resuelto a abandonar a menos que fuese capaz de adelgazar sin necesidad de tan extrema vigilancia.

Sin embargo, el médico al que visitaba periódicamente no se rindió, sino que lo animaba con insistencia a que pusiese punto final a aquella vida desorganizada de comidas poco sanas e irregulares en la que el ejercicio brillaba por su ausencia. La tenacidad del doctor terminó por dar resultado. Wallander se había comprado un chándal y un par de zapatillas deportivas y comenzó a dar paseos con cierta regularidad. No obstante, el día que Martinson le propuso que saliesen a correr juntos, Wallander se negó vehemente. Todo tenía un límite. Y el suyo se hallaba en los paseos. Se había trazado un circuito de una hora de duración que, partiendo de la calle de Mariagatan, se extendía por Sandskogen hasta regresar al punto de partida. Cuatro veces por semana, como mínimo, se obligaba a cubrir la ruta. Por añadidura, había reducido el número de visitas a las distintas hamburgueserías de la ciudad. Hasta que el médico vio los frutos de tanto esfuerzo. Los niveles de glucemia descendieron y Wallander perdió peso. Una mañana, mientras se afeitaba, se percató de que también su aspecto había cambiado. Las mejillas aparecían enjutas y ya podía volver a ver el rostro de antaño, durante tanto tiempo enterrado en bultos de grasa superflua y oculto bajo una piel ajada. Su hija Linda se había llevado una sorpresa muy agradable al verlo, pero, en la comisaría, nadie hizo jamás ningún comentario sobre el hecho de que hubiese adelgazado.

«Es como si no nos viésemos los unos a los otros», reflexionaba Wallander. «Trabajamos juntos, pero no nos apercibimos de la existencia del otro».

Pasó la playa de Mossby, que aparecía desierta bajo el cielo otoñal, y se le vino a la mente aquella ocasión, seis años atrás, en que arribó a sus orillas un bote con los cadáveres de dos hombres[[3]](#footnote-3).

Frenó en seco y abandonó la carretera principal. Aún disponía de tiempo suficiente, de modo que apagó el motor y salió del coche. No soplaba la menor ráfaga de viento y estarían a pocos grados de temperatura. Se abrochó el abrigo y siguió un sendero que serpenteaba entre las dunas. Allí estaba, el mar. Y la playa vacía, grabadas en ella las huellas de personas, de perros e incluso las pezuñas de algún caballo. Quedó absorto en la contemplación de la inmensidad del mar. Una bandada de pájaros dirigía su vuelo hacia el sur.

Aún era capaz de rescatar de su memoria el punto exacto en que había aparecido el bote, a cuyo hallazgo siguió una compleja investigación que lo condujo a Letonia y a Riga, donde encontró a Baiba, viuda de un policía letón asesinado al que él había tenido la oportunidad de conocer y la suerte de poder apreciar como amigo.

Después, su historia con Baiba. Durante largo tiempo, confió en que lo suyo funcionaría, en que ella se iría a vivir con él a Suecia. Incluso estuvo buscando casa a las afueras de Ystad. Pero ella comenzó a enfriarse, a mostrarse reticente. Wallander, presa de los celos, se preguntaba si no habría otro hombre en su vida. En una ocasión, llegó a viajar a Riga sin avisarle de su llegada. Pero no se trataba de otro hombre. Simplemente, Baiba empezó a dudar de si sería capaz de volver a compartir su vida con un policía; de abandonar su país, donde su trabajo como traductora constituía un reto, aunque no muy bien remunerado. Al cabo de un tiempo, todo acabó.

Wallander caminaba por la orilla mientras pensaba que hacía ya más de un año que no la llamaba. Ella seguía emergiendo en sus sueños de vez en cuando, pero él jamás lograba darle alcance. Cuando comenzaba a caminar hacia ella o extendía el brazo hacia los suyos, ella desaparecía en el acto. El inspector se preguntaba si en verdad la añoraba. Los celos habían dejado de atormentarlo, de modo que era capaz de imaginarla junto a otro hombre sin que sangrase su herida.

«Es la compañía que perdí», se decía. «Con Baiba me vi liberado de una soledad de la que ni siquiera era consciente. Si algo añoro, ha de ser la compañía».

Regresó al coche. Debía cuidarse de las playas solitarias, desiertas, sobre todo en otoño, pues propiciaban sin dificultad que, en su interior, se desencadenase un proceloso mar de intensa pesadumbre.

En una ocasión había establecido su propio distrito policial, desierto y solitario, en el extremo norte de la península de Jutlandia, durante aquel periodo de su vida en que se vio aquejado de una profunda depresión de la que, de hecho, nunca creyó poder recuperarse para regresar a la comisaría de Ystad[[4]](#footnote-4). Habían transcurrido varios años, pero aún podía recordar cómo llegó a sentirse entonces. Y estaba decidido a no volver a pasar por ello. Era un paisaje que lo hacía estremecer de miedo.

Regresó al vehículo y continuó el viaje hacia Malmö. El otoño se espesaba a su alrededor y él se preguntaba cómo se presentaría aquel invierno. Si traería grandes nevadas y vendavales fuente de caos o si, por el contrario, vendría lluvioso. Reflexionaba asimismo sobre cómo invertir la semana de vacaciones que tenía que tomarse en noviembre. Había comentado con Linda, su hija, la posibilidad de tomar juntos un vuelo chárter a algún destino más cálido. Deseaba invitarla, pero ella, que estudiaba en Estocolmo alguna disciplina para él desconocida, le había advertido que no iba a poder ausentarse, aunque le habría gustado. Entonces intentó pensar en alguna otra persona con la que realizar aquel viaje, pero no se le ocurría nadie. ¡Tenía tan pocos amigos…! Casi ninguno. Sten Widén, que poseía un picadero a las afueras de Skurup, era uno de ellos. Pero Wallander no estaba muy seguro de querer viajar con él, debido a los graves problemas que tenía con el alcohol. En efecto, él bebía sin mesura, mientras que Wallander a instancias de su médico, había reducido su generoso consumo de alcohol. Claro que siempre podía preguntarle a Gertrud, la viuda de su padre, pero no acababa de imaginar de qué podrían hablar ellos dos durante toda una semana.

Aparte de estas personas, no había nadie más.

De modo que se quedaría en casa e invertiría el dinero en un nuevo coche. Su Peugeot comenzaba a acusar las goteras del tiempo. Aquella mañana, camino de Malmö, el motor ya empezó a prevenirlo con un sonido extraño.

Poco después de las diez, alcanzaba las afueras de Rosengård. El funeral comenzaría a las once y se celebraría en una iglesia de nueva construcción. Unos niños jugaban a la pelota contra un muro de piedra próximo al edificio. Él los observaba desde el coche. Eran siete, tres de ellos negros y otros tres también con aspecto de inmigrantes. El séptimo era un niño pecoso de abundante cabello rubio. Los pequeños golpeaban la pelota con gran energía entre sonoras carcajadas. Por un momento, Wallander sintió un deseo enorme de participar en su juego, pero se contuvo. Entonces, un hombre cruzó la puerta de la iglesia y encendió un cigarrillo. Wallander salió del coche y se le acercó despacio.

—¿Es aquí donde va a celebrarse el funeral de Stefan Fredman? —inquirió.

El hombre asintió.

—¿Eres pariente suyo?

—No.

—No contamos con muchos asistentes —advirtió el hombre—. Supongo que sabrás lo que hizo.

—Sí, lo sé.

El hombre contempló su cigarrillo.

—Lo mejor que le puede ocurrir a alguien como él es estar muerto.

La frialdad del comentario indignó a Wallander.

—Stefan no llegó a cumplir los dieciocho. No creo que la muerte sea la mejor solución para alguien tan joven.

Wallander se dio cuenta de que había pronunciado aquellas palabras casi a gritos. El fumador lo miraba lleno de asombro. El inspector hizo un gesto de displicencia y se dio media vuelta en el preciso momento en que el coche negro de la funeraria subía hacia la iglesia, sacaron el ataúd de color marrón junto con una única corona de flores. Entonces cayó en la cuenta de que él debería haber llevado algunas. Se dirigió hacia los niños que jugaban a la pelota.

—¿Alguno de vosotros sabe si hay una floristería por aquí cerca? —preguntó.

Uno de los niños señaló con el dedo.

Wallander tomó la cartera y sacó un billete de cien coronas.

—Echa a correr y tráeme un ramo de flores. Que sean rosas. Vuelve lo antes posible. Te daré un billete de diez por el recado.

El chico lo miró inquisitivo, pero tomó el dinero.

—Soy policía —advirtió Wallander—. Un policía terrible. Si te largas con el dinero, te buscaré hasta dar contigo.

El niño negó con un gesto.

—¡Si no llevas uniforme! —dijo en sueco con un claro acento extranjero—. Además, no pareces policía. O, por lo menos, no muy terrible.

Wallander sacó la placa, que el chico examinó durante un momento antes de asentir y salir corriendo. Los demás siguieron jugando al fútbol.

«El índice de probabilidad de que, a pesar de todo, no regrese es bastante elevado», aceptó Wallander con abatimiento. «El respeto por los agentes de policía dejó de ser algo obvio en este país hace ya demasiado tiempo».

Pero el niño volvió con un ramo de rosas. Wallander le dio veinte coronas: diez, porque él se las había prometido y otras diez porque el niño había vuelto de verdad. Claro que aquello era demasiado, pero ya era tarde para arrepentirse. Poco después, un taxi aparcó ante la iglesia. Reconoció a la madre de Stefan enseguida, aunque la mujer había envejecido y estaba extremadamente delgada, casi raquítica, junto a ella caminaba Jens, el hermano pequeño, que tendría unos siete años. Se parecía mucho a su hermano. Tenía los ojos grandes y desorbitados, aún morada del miedo de antaño. Wallander se acercó para saludar.

—Seremos sólo nosotros y el sacerdote —informó ella.

«Por lo menos, habrá un organista que interprete algo, digo yo», pensó Wallander sin decir nada.

Entraron en la iglesia. El sacerdote, un hombre joven, estaba sentado leyendo el periódico junto al ataúd. Wallander sintió la mano de Anette Fredman como inesperada tenaza aferrada a su brazo.

La comprendía.

El pastor guardó el periódico y todos fueron a sentarse a la derecha del ataúd. La mano de la mujer aún no lo había soltado.

«Primero pierde a su marido», recapituló Wallander para sí. «Cierto que Björn Fredman era un mal tipo, un hombre agresivo que la maltrataba y que tenía aterrados a los niños, pero, pese a todo, era su padre. Después, él muere a manos de su propio hijo. Luego, la hija mayor, Louise, también fallece. Y ahora ha venido para enterrar a su hijo. ¿Qué le queda en la vida a esta pobre mujer, si es que tiene algo por lo que medio vivir?».

Alguien entró en la iglesia, pero Anette Fredman no pareció darse cuenta de ello, concentrada como estaba en sacar fuerzas de flaqueza para sobrellevar la situación. Era una mujer. Tendría la misma edad que Wallander y avanzaba por la nave principal. Un instante después, Anette Fredman también advirtió su presencia, le hizo un gesto de asentimiento y la mujer se sentó a unos bancos de distancia de donde ellos se hallaban.

—Es una doctora —susurró Anette Fredman—. Se llama Agneta Malmström y atendió a Jens cuando estaba enfermo.

A Wallander le resultaba familiar el nombre y no tardó en caer en la cuenta de que fueron precisamente ella y su marido quienes le proporcionaron una de las pistas decisivas en la investigación contra Stefan Fredman. Recordaba una noche en la que habló con ella a través de Radio Estocolmo, pues la mujer se hallaba en un barco de vela en alta mar, cerca de Landsort.

Las notas del órgano invadieron todos los rincones del templo y Wallander notó enseguida que no eran fruto de la interpretación de ningún organista oculto, sino que el pastor había puesto en marcha un reproductor de cintas de casete.

Se preguntaba por qué no habrían tañido las campanas. ¿Acaso no comenzaban siempre los funerales con un repicar de campanas? Abandonó la idea en el momento en que sintió que la mano se ceñía con más fuerza sobre su brazo. Echó una ojeada al niño que permanecía sentado junto a Anette Fredman. ¿Era apropiado llevar a un funeral a un pequeño de siete años? Wallander tenía sus dudas, pero el niño parecía tranquilo.

La música fue acallándose hasta enmudecer. El pastor comenzó su prédica, que giró en torno a las palabras de Cristo sobre aquéllos a quienes acogía en su seno a corta edad. Wallander contemplaba el ataúd al tiempo que se concentraba en contar las flores de la corona, para evitar que se le hiciese un nudo en la garganta.

El pastor fue breve. Cuando éste hubo concluido, todos se aproximaron al ataúd. Anette Fredman respiraba de forma profunda y acelerada, como si estuviese luchando por cubrir los últimos metros de una carrera. Agneta Malmström se les había unido en torno al difunto. Wallander se volvió al pastor, que parecía impaciente.

—¿Y las campanas? —inquirió—. Han de sonar las campanas cuando salgamos de la iglesia. Y procure que no sea la reproducción de una cinta lo que oigamos.

El sacerdote asintió algo ofendido y Wallander se preguntó fugazmente cómo habría reaccionado si él le hubiese mostrado su placa policial. Anette Fredman y Jens fueron los primeros en abandonar el templo, mientras Wallander, todavía en el interior, se detenía a saludar a Agneta Malmström.

—Te he reconocido de inmediato —aseguró ella—. Aunque nunca nos vimos personalmente, pero tu fotografía apareció en los periódicos.

—Ella me pidió que asistiese al funeral. ¿Te llamó a ti también?

—No, pero yo quería estar presente.

—¿Qué ocurrirá ahora?

Agneta Malmström movió la cabeza despacio.

—No lo sé. Ha empezado a beber demasiado… ¡Quién sabe qué será de Jens!

En el transcurso de la conversación, mantenida en un susurro, habían alcanzado la entrada de la iglesia, donde Anette y Jens los aguardaban. Un solemne tañer de campanas los envolvió al punto. Wallander abrió la puerta pero, antes de salir, se volvió a mirar el ataúd. Los empleados de la funeraria ya estaban retirándolo.

De repente, un fogonazo procedente de una cámara le hirió los ojos. A la puerta de la iglesia había un fotógrafo. Anette Fredman intentaba ocultar su rostro, pero el fotógrafo se agachó y orientó el objetivo hacia la cara del niño. Wallander intentó impedirlo, pero el fotógrafo se le adelantó y logró tomar la fotografía.

—¿Tanto les cuesta dejarnos en paz? —gritó Anette Fredman.

El niño empezó a llorar. Wallander asió al fotógrafo por el brazo y lo apartó a un lado.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —rugió el inspector.

—¿Y a ti qué te importa? —repuso a su vez el fotógrafo, un hombre de la edad de Wallander al que le olía muy mal el aliento—. Yo tomo las fotografías que me da la gana —prosiguió—. El funeral de Stefan Fredman, el asesino en serie. Pienso venderlas. Por desgracia, he llegado tarde a la ceremonia.

Wallander estaba a punto de sacar su placa cuando cambió de opinión y, simplemente, le arrebató la cámara al fotógrafo de un tirón. Éste intentaba recuperarla, pero Wallander lo mantuvo apartado hasta que logró abrir la cámara y sacar la película.

—Todo tiene un límite —sentenció al tiempo que le devolvía la cámara.

El fotógrafo le lanzó una mirada amenazante antes de echar mano de su teléfono móvil.

—Pues pienso llamar a la policía —anunció—. Esto es una agresión.

—Sí, llámala, llámala —lo animó Wallander—. Pero has de saber que yo soy inspector de policía. Del distrito de Ystad. Así que puedes llamar a los colegas de Malmö y denunciarme por lo que te venga en gana.

Wallander dejó caer la película al suelo y la pisoteó hasta destrozarla. En ese preciso momento, cesó el tañer de las campanas.

El inspector estaba sudoroso, y continuaba presa de la mayor indignación. El grito suplicante de Anette Fredman de que la dejasen en paz seguía retumbando en su cabeza. El fotógrafo miraba fijamente su película hecha añicos. Los niños, imperturbables, seguían jugando al fútbol.

Ya durante la conversación telefónica, ella le había preguntado si querría acompañarla a casa a tomar café después del funeral, y él no había sido capaz de negarse.

—No habrá fotografías en la prensa —la tranquilizó Wallander.

—¿Por qué no pueden dejarnos en paz?

Wallander no supo qué responder. Dirigió la mirada hacia Agneta Malmström, pero ella tampoco pareció hallar una respuesta.

El apartamento de la cuarta planta de aquel ajado edificio de viviendas de alquiler era tal y como Wallander lo recordaba. Agneta Malmström también los acompañó. Ambos aguardaban el café en silencio. A Wallander le pareció oír el tintineo de una botella en la cocina.

El niño se entretenía en el suelo con un juego de tazas de café. Anette Fredman apareció con un brillo en la mirada. Agneta Malmström le preguntó cómo llevaba la economía, pues sabía que estaba desempleada, pero ella respondió tajante:

—Va bien. De un modo u otro, salimos adelante. Día tras día.

La conversación se agotó y Wallander miró el reloj, que indicaba casi la una. Se levantó al tiempo que estrechaba la mano de Anette Fredman. En ese preciso instante, la mujer empezó a llorar, Wallander quedó perplejo.

—Yo aún me quedaré un rato, así que puedes marcharte —intervino Agneta Malmström.

—Intentaré llamar más adelante —prometió Wallander. Después, dio una torpe palmadita al pequeño y se marchó.

Ya en el coche, permaneció un rato sentado y en silencio antes de poner en marcha el motor. Pensaba en el fotógrafo, tan seguro de poder vender aquellas fotografías del funeral de un asesino en serie.

«Bien, no puedo negar que estas cosas ocurren, pero tampoco puedo negar que no consigo comprender por qué».

Atravesó el otoño escaniano en dirección a Ystad.

Se sentía abatido por la experiencia que acababa de vivir.

Minutos después de las dos, aparcó el coche y cruzó el umbral de la comisaría.

Había empezado a soplar un viento del este. Un manto de nubes se cernía despacio sobre la costa.

## 

## 3

Cuando Wallander entró en su despacho, había empezado a dolerle la cabeza, de modo que se puso a revolver en los cajones en busca de algún analgésico. Según pudo oír desde el interior, Hanson atravesaba el pasillo silbando una cancioncilla. En el fondo del cajón inferior encontró por fin una caja arrugada de pastillas. Se dirigió entonces al comedor en busca de un vaso de agua y una taza de café. Algunos de los agentes más jóvenes, los nuevos que habían llegado a Ystad durante los últimos años, conversaban animadamente en torno a una mesa acerca de sus años en la Escuela Superior de Policía. Wallander les hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo antes de regresar al despacho para quedar allí ocioso, mirando fijamente el vaso de agua en el que las dos pastillas efervescentes se deshacían en abundantes burbujas.

Pensaba en Anette Fredman e intentaba imaginar cómo se las arreglaría en el futuro aquel pequeño que, en el suelo del apartamento de Rosengård, se afanaba en su mudo juego como queriendo ocultarse a los ojos del mundo, marcado por el recuerdo de un padre y dos hermanos muertos.

El inspector apuró el vaso y le pareció que el dolor empezaba a remitir de inmediato. Sobre el escritorio ante el que se hallaba había un archivador que Martinson le había dejado con el rótulo de «Jodidamente urgente» garabateado sobre una etiqueta de color rojo. Wallander conocía el contenido del archivador, pues habían hablado de ello antes del fin de semana. Se trataba de un suceso acontecido la noche del martes de la semana anterior, cuando él se encontraba en Hässleholm. En efecto, había acudido allí por orden de Lisa Holgersson, con objeto de asistir al seminario en el que la Dirección General de la Policía presentaría las nuevas directrices para la coordinación del control y la vigilancia de una serie de bandas de moteros; Wallander le había rogado que lo eximiese de tal cometido, pero Lisa Holgersson no cedió un ápice: nadie más que él seguiría aquel seminario. Una de las bandas había adquirido una gran finca situada a las afueras de Ystad, de modo que era de esperar que les causasen problemas en un futuro próximo.

Wallander tomó la resignada determinación de volver a adoptar su papel de policía, de modo que abrió el archivador y leyó el contenido para constatar que Martinson había redactado un informe claro y completo de lo ocurrido. Se retrepó en la silla dispuesto a reflexionar sobre el contenido de su lectura.

Dos jovencitas, una de diecinueve años y la otra de poco más de catorce, habían pedido un taxi desde uno de los restaurantes de la ciudad la noche del martes, a eso de las diez. Pidieron al taxista que las condujese hasta Rydsgård. Una de las chicas ocupaba el asiento del acompañante y ya a la salida de Ystad, le pidió al taxista que se detuviese, pues deseaba cambiarse al asiento trasero. El taxista detuvo el vehículo en el arcén pero, entretanto, la chica que iba sentada en el asiento posterior había sacado un martillo con el que lo golpeó en la cabeza al tiempo que la primera le clavaba en el pecho un cuchillo que había sacado del bolso. Hecho esto, tomaron el dinero y el móvil del taxista y abandonaron el coche. Pese a las heridas, el taxista, que respondía al nombre de Johan Lundberg y tenía poco más de sesenta años, logró dar la alarma. El hombre había trabajado en aquel oficio durante toda su vida adulta y pudo ofrecer una descripción bastante precisa de las dos muchachas. Martinson, que acudió a la llamada del agredido, no tuvo la menor dificultad en averiguar los nombres de las dos atacantes, preguntando a los clientes del restaurante. Ambas fueron detenidas en sus respectivos hogares y, mientras la mayor de ellas fue arrestada y sometida a prisión preventiva, la más joven quedó retenida y a disposición policial, en razón de la gravedad del delito. Johan Lundberg, por su parte, estaba consciente cuando ingresó en el hospital. No obstante, su estado empeoró de forma repentina, había perdido la conciencia y los médicos no estaban seguros de cuál sería su evolución. A decir de Martinson, las dos adolescentes habían aducido «penuria económica» como móvil de su agresión.

Wallander hizo un gesto de extrañeza. Jamás había oído nada semejante. Dos jóvenes, casi dos niñas, que se mostraban capaces de tal violencia incontrolada… Según las anotaciones de Martinson, la menor de ellas iba al instituto y sus calificaciones eran sobresalientes. La mayor, a la que tenían bajo arresto, había trabajado como recepcionista de un hotel y como niñera en Londres, y pretendía comenzar en breve sus estudios en lenguas extranjeras. Ninguna de las dos tenía antecedentes ni en los registros de la policía ni en los de las autoridades de Asuntos Sociales.

«No me lo explico», admitió Wallander derrotado. «Ese desprecio absoluto por la vida humana… Podrían haber matado al taxista. Quizás incluso lo hayan hecho, si el hombre acaba por fallecer en el hospital. ¡Dos niñas! Si hubieran sido niños, tal vez me habría resultado más comprensible, aunque no hubiese sido más que por tradición».

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron el hilo de su discurrir. Era Ann-Britt Höglund, con la palidez y expresión de cansancio habituales en ella. Wallander pensó en la transformación que la colega había sufrido desde su llegada a Ystad. Había sido una de las mejores alumnas de su promoción en la Escuela Superior de Policía y, cuando la destinaron a Ystad, se presentó llena de energía y ambiciones. Aquella voluntad pervivía, pero, pese a todo, había cambiado. De hecho, en opinión de Wallander, su palidez emanaba del interior.

—¿Ocupado? —inquirió Ann-Britt Höglund.

—No.

Tomó asiento, con mucho cuidado, en la desvencijada silla que Wallander tenía para las visitas. Éste le señaló el archivador abierto.

—¿Qué te parece esto? —inquirió.

—¿Las niñas del taxi?

—Sí.

—Pues he estado hablando con la que está en prisión preventiva, Sonja Hökberg. Una chica despabilada y dispuesta. Responde con claridad y precisión a todas las preguntas y no parece arrepentida en absoluto. La otra está en manos del Ministerio de Asuntos Sociales desde ayer.

—Pero ¿tú lo comprendes?

Ann-Britt Höglund permaneció un buen rato en silencio, antes de pronunciarse.

—Bueno, sí y no. A estas alturas, ya sabemos que la violencia no respeta fronteras de edad.

—Tú dirás lo que quieras, pero yo no puedo recordar que nos hayamos tenido que enfrentar antes al hecho de que dos adolescentes hayan atacado a nadie con un martillo y un cuchillo. ¿Estaban bajo los efectos del alcohol?

—No. La cuestión es quizá si debe sorprendernos; si no deberíamos haber previsto que, más tarde o más temprano, estas cosas terminarían por suceder.

Wallander se inclinó hacia delante apoyado sobre la mesa.

—A ver, eso tendrás que explicármelo.

—Pues no sé si podré.

—Inténtalo.

—No sé…, las mujeres ya no son necesarias en el mercado laboral. Eso es agua pasada.

—Ya, pero eso no explica que dos muchachas echen mano de un martillo y un cuchillo para atacar a un taxista.

—Es decir que, si buscamos otra razón, la hallaremos. Ni tú ni yo creemos en la maldad innata.

Wallander asintió con la cabeza.

—Bueno, yo lo intento, aunque a veces me cueste.

—Yo creo que basta con echar un vistazo a las revistas que suelen leer las chicas de esas edades. Lo que vuelve a estar de moda es estar guapo, buscarse un novio y realizarse a través de sus sueños.

—Ah, pero ¿eso no ha sido siempre así?

—¡Claro que no! Tu propia hija es un ejemplo de ello. ¿Acaso no tiene ella sus ideas particulares acerca de lo que quiere hacer en la vida?

Wallander sabía que su compañera estaba en lo cierto. Aun así, siguió negando con la cabeza.

—Continúo sin comprender por qué atacaron a Lundberg.

—Pues deberías. Cuando estas chicas empiezan a ver con claridad que no sólo son superfluas en la sociedad, sino además rechazadas, reaccionan exactamente igual que los chicos y recurren, entre otras vías, a la de la violencia.

Wallander permanecía en silencio, pues comenzaba a comprender a qué se refería Ann-Britt Höglund.

—No creo que pueda explicarlo mejor —se excusó ella—. Yo creo que deberías hablar con ella tú mismo.

—Sí, Martinson opina de igual forma.

—Bien, en realidad, venía por algo muy distinto. Necesito tu ayuda.

Wallander aguardó a que continuase.

—Verás, me comprometí a dar una conferencia en una asociación de mujeres de Ystad el jueves por la noche. Pero no voy a poder. Me resulta imposible concentrarme con tanto lío.

Wallander sabía que estaba pasando por una difícil separación. Los viajes de su marido no tenían fin, pues trabajaba en un buque como montador de bombas de agua que instalaba por todo el planeta, con lo que los trámites se prolongaban más de lo deseado. De hecho, hacía ya un año que ella le había confesado a Wallander su decisión de poner fin a su matrimonio.

—¡Oh, vamos! Díselo a Martinson. Ya sabes que yo no sirvo para dar conferencias.

—¡Si no será más de media hora! —insistió ella—. Has de hablar sobre la profesión de policía. Habrá unas treinta mujeres. Las conquistarás a todas.

Wallander negó con determinación.

—A Martinson le encantará hacerlo. Además, él se ha dedicado a la política y está acostumbrado a hablar en público.

—Ya le he preguntado, pero no puede.

—Y Lisa Holgersson, ¿se lo has pedido a ella?

—Claro. Y tampoco le es posible. Así que sólo quedas tú.

—¿Y qué ocurre con Hanson?

—Empezaría a hablar de caballos enseguida, de modo que no me vale.

Wallander comprendió que no le quedaba más remedio que aceptar, pues se sentía obligado a ayudarla.

—¿Y qué asociación de mujeres es ésa?

—Es una especie de grupo de tertulia literaria que ha llegado a convertirse en una asociación de mujeres. Hace más de diez años que se reúnen.

—Ya, y lo único que tengo que hacer es contarles cómo es el trabajo de policía, ¿no es eso?

—Exacto. Sólo eso. Claro que es posible que deseen hacerte alguna pregunta después.

—Pues no quiero hacerlo. Pero lo haré, puesto que me lo has pedido.

Ella pareció aliviada mientras dejaba una nota sobre el escritorio.

—Aquí tienes el nombre y la dirección de la persona de contacto.

Wallander tomó el papel, donde figuraba la dirección de un edificio del centro de la ciudad, no muy lejos de la calle de Mariagatan. Ann-Britt Höglund se puso en pie.

—No te pagarán, pero te invitarán a café y galletas.

—Yo no como galletas.

—En cualquier caso, es algo totalmente acorde con los deseos del director general de la policía: que nuestras relaciones con los ciudadanos sean óptimas y que no cejemos en el empeño de buscar nuevas vías a través de las que informar de nuestro trabajo.

Wallander pensó que debería preguntarle cómo se encontraba; pero no lo hizo, convencido de que si necesitaba hablar de sus problemas, ella misma tomaría la iniciativa.

Ya en el umbral, la colega se volvió.

—¿No decías que ibas a asistir al funeral de Stefan Fredman?

—Sí, acabo de regresar de allí. Y ha sido tan espantoso como quepa imaginar.

—¿Cómo se encontraba la madre? Ya no recuerdo cómo se llamaba.

—Sí, Anette. Pues no parece que exista un límite para las pruebas que ha de soportar en la vida, pero creo que, pese a todo, logrará cuidar bien al hijo que le queda. Al menos, hará cuanto esté en su mano.

—Ya veremos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo se llama el niño?

—Jens.

—Pues ya veremos si un tal Jens Fredman no comienza a figurar en nuestros informes policiales dentro de diez años.

Wallander asintió, consciente de que cabía esa posibilidad.

Ann-Britt Hoglund abandonó el despacho. El café se había enfriado, de modo que Wallander fue a buscar otro. Los agentes jóvenes se habían marchado. El inspector recorrió el pasillo hasta llegar al despacho de Martinson. Halló la puerta abierta de par en par, pero el despacho estaba vacío, por lo que volvió al suyo. Ya no le dolía la cabeza. Unas urracas graznaban posadas cerca del depósito de agua y él intentó en vano contarlas desde la ventana.

En ese momento sonó el teléfono, que atendió sin tomar asiento. Llamaban de la librería para comunicarle que ya habían recibido el libro que había encargado. Wallander no recordaba haber encargado ningún libro, pero guardó silencio al respecto y aseguró que iría a recogerlo al día siguiente.

Una vez que hubo colgado el auricular, se acordó de que lo había encargado para regalárselo a Linda. Era un libro francés acerca de la restauración de muebles antiguos. Wallander había leído la reseña en una revista que había en la sala de espera de su médico. Como aún confiaba en que, pese a sus aventuradas escapadas a otras orientaciones profesionales, Linda mantendría su interés por la restauración de muebles antiguos, pidió el libro, olvidándose después del asunto. Apartó la taza de café y decidió que llamaría a Linda aquella misma noche, pues no había hablado con ella desde hacía varias semanas.

Martinson entró en la habitación, apresurado como de costumbre y sin llamar a la puerta. Con los años, Wallander había adquirido el convencimiento de que Martinson era un buen policía. Su única debilidad consistía en que, en realidad, él quería dedicarse a otra cosa. En varias ocasiones a lo largo de los últimos años había sopesado en serio la posibilidad de dejar el Cuerpo. En especial tras aquel suceso en que su hija resultó atacada en el patio del colegio por el simple hecho de tener un padre policía. Ni más ni menos. Pero aquello había bastado. Aquella vez, Wallander logró convencerlo para que continuase. Martinson era un hombre tenaz y podía sorprender con cierto grado de genialidad, pero la tenacidad se tornaba fácilmente en impaciencia y la genialidad resultaba infructuosa debido a que, de vez en cuando, no trabajaba a fondo desde el principio.

Martinson se apoyó contra el marco de la puerta.

—He estado intentando llamarte —se quejó—, pero tenías el teléfono desconectado.

—Sí, lo apagué cuando entré en la iglesia y olvidé conectarlo de nuevo al salir.

—¿En el funeral de Stefan?

Wallander repitió lo que ya le había referido a Ann-Britt Höglund: que había sido una experiencia sobrecogedora.

Martinson señaló con un gesto el archivador que aparecía abierto sobre el escritorio.

—Sí, ya lo he leído. Y no acabo de explicarme qué pudo mover a esas dos chicas a emprenderla a martillazos y cuchilladas.

—Pues ahí lo dice; por dinero.

—Pero ¿esa violencia? Por cierto, ¿qué tal está él?

—¿Quién, Lundberg?

—¿Quién si no?

—Sigue inconsciente. Han asegurado que llamarán si se produce algún cambio. Puede que se salve, pero también puede suceder que muera.

—¿Tú entiendes todo esto?

Martinson tomó asiento.

—No —confesó—. No lo comprendo. Ni siquiera sé si quiero comprenderlo.

—Pues es nuestro deber, si queremos seguir siendo policías.

Martinson clavó en Wallander una mirada elocuente.

—Ya sabes que he considerado la posibilidad de dejarlo en varias ocasiones. La última vez lograste convencerme de que me quedase. Pero la próxima, no sé si podrás. Al menos, no te será tan fácil.

Martinson podía muy bien tener razón, y aquello preocupaba a Wallander, pues no quería perderlo como colega. Como tampoco deseaba que llegase un día en que también Ann-Britt Höglund manifestase su deseo de abandonar la profesión.

—Tal vez debamos hablar con la chica —sugirió Wallander—. Con Sonja Hökberg.

—Sí, pero hay algo más que deberías ver antes.

Wallander, que ya se había puesto en pie, volvió a sentarse, atento a los documentos que Martinson le presentaba.

—Quería que leyeses este informe. Ocurrió anoche. Yo tomé nota de la alarma y no hallé motivo para despertarte.

—¿Qué ocurrió?

Martinson se rascó la frente.

—Pues, hacia la una de la madrugada, un guarda nocturno dio aviso de que un hombre yacía muerto junto al cajero automático del centro comercial.

—¿Qué centro comercial?

—El que aloja la oficina de la Agencia Tributaria.

Wallander asintió.

—Acudimos allí y, ciertamente, hallamos a un hombre tendido de bruces sobre el asfalto. Según el médico, no llevaba muerto mucho tiempo, un par de horas como máximo. Como es natural, tendremos los datos precisos dentro de unos días.

—¿Qué había sucedido?

—Ésa es precisamente la cuestión. Tenía una buena herida en la cabeza, pero no pudimos establecer a primera vista si lo habían golpeado o si aquélla se había producido como consecuencia de la caída.

—¿Le habían robado?

—No, conservaba la cartera, con el dinero.

Wallander reflexionaba.

—¿No hubo testigos?

—No.

—¿Quién era?

Martinson hojeó sus papeles.

—Se llamaba Tynnes Falk, cuarenta y siete años. Vivía muy cerca, en la calle de Apelbergsgatan, número diez. En un apartamento de alquiler situado en el último piso del edificio.

Wallander interrumpió a Martinson alzando la mano.

—¿Has dicho Apelbergsgatan diez?

—Así es.

Wallander asintió despacio. Recordaba que, hacía unos años, justo después de su separación de Mona, conoció a una mujer en un baile al que había acudido en el hotel de Saltsjöbaden. Wallander estaba muy ebrio y la acompañó a su casa a altas horas de la noche. A la mañana siguiente, despertó en cama ajena junto a una mujer a la que, ya sobrio, apenas si era capaz de reconocer y de la que ignoraba hasta el nombre. Se vistió, pues, a toda prisa, salió de allí y no volvió a verla jamás. Sin embargo, por algún motivo que se le ocultaba, estaba seguro de que vivía en la calle de Apelbergsgatan, número diez.

—¿Pasa algo con esa dirección? —quiso saber Martinson.

—En absoluto. Es sólo que no te había entendido bien.

Martinson lo observó lleno de asombro.

—¡Vaya! No sabía que fuese tan poco claro al hablar.

—Bueno, continúa.

—Bien, al parecer vivía solo. Estaba separado. Su exmujer sigue viviendo en la ciudad, pero los hijos están repartidos por el mundo. El hijo, de diecinueve años, estudia en Estocolmo. La hija, que tiene diecisiete, trabaja como monitora infantil en una embajada, en París. Ni que decir tiene que la mujer ya está avisada de la muerte de su exmarido.

—¿A qué se dedicaba?

—Por lo visto, tenía una empresa unipersonal de consultoría informática.

—¿Y dices que no le habían robado?

—No. Pero sacó un comprobante con los últimos movimientos de su cuenta justo antes de morir. Aún lo llevaba en la mano cuando lo encontramos.

—Es decir, que no había sacado dinero.

—No, según el comprobante.

—Claro, de lo contrario habríamos podido suponer que alguien, que había estado observándolo, lo atacó cuando hubo terminado la operación.

—Sí, yo ya había pensado en esa posibilidad, pero la última vez que solicitó una retirada de efectivo, y se trató de una cantidad pequeña, fue el sábado pasado.

Martinson le tendió a Wallander una bolsa de plástico que contenía el papel salpicado de sangre. Wallander comprobó que el cajero había registrado la consulta a las doce de la noche y dos minutos y le devolvió la bolsa a Martinson.

—¿Qué opina Nyberg?

—Que no hay nada, salvo la herida de la cabeza, que indique que se haya cometido ningún delito. Lo más probable es que haya muerto al sufrir un infarto.

—Cabe la posibilidad de que él esperase que hubiese más dinero del que había —aventuró Wallander meditabundo.

—¿Por qué?

El propio Wallander ignoraba por qué había propuesto tal hipótesis, de modo que se levantó de nuevo, antes de añadir:

—En fin, aguardaremos a ver qué dicen los médicos. Partiremos de la base de que no se ha cometido delito alguno. Y lo archivaremos con los demás casos.

Martinson reunió sus papeles.

—Voy a llamar al abogado asignado a Hökberg. En cuanto sepa cuándo puede venir, te avisaré para que vayas a hablar con ella.

—Bueno, no es que esté deseándolo… —aseguró Wallander—. Pero no me queda otro remedio.

Martinson abandonó el despacho y Wallander fue a los servicios feliz ante la idea de que, por fortuna, la época en que su nivel de glucemia lo obligaba a ir a orinar constantemente pertenecía ya al pasado.

La hora siguiente la dedicó a continuar trabajando con el abominable material acerca del contrabando de cigarrillos. En su subconsciente, la promesa que había hecho a Ann-Britt Höglund lo atormentaba sin cesar.

A las cuatro y dos minutos, recibió una llamada de Martinson, que le comunicaba que Sonja Hökberg y su abogado estaban dispuestos.

—¿Quién es el abogado? —quiso saber Wallander.

—Herman Lötberg.

Wallander lo conocía y sabía que era un hombre maduro con el que resultaba fácil colaborar.

—Estaré ahí dentro de cinco minutos —prometió antes de colgar.

Volvió a colocarse junto la ventana. Las urracas habían volado y el viento soplaba ahora con más intensidad. Le vino a la mente la imagen de Anette Fredman; la del niño jugando en el suelo; el temor que reflejaba su mirada. Hizo un leve gesto con la cabeza para desechar aquella visión e intentó concentrarse en las preguntas que le haría a Sonja Hökberg. Según constaba en el informe de Martinson, era ella la que ocupaba el asiento trasero y la que había golpeado a Lundberg en la cabeza con un martillo. Varias veces, no una sola. Como si hubiese sido víctima de un ataque de cólera incontrolada.

Wallander buscó hasta encontrar un bloc y un bolígrafo. Ya en el pasillo, cayó en la cuenta de que no llevaba las gafas, de modo que volvió por ellas al despacho. Estaba listo.

«En el fondo, sólo hay una pregunta», resolvió mientras se dirigía a la sala de interrogatorios. «Sí, sólo una cuya respuesta es importante obtener.

»¿Por qué lo hicieron?

»Eso de que buscaban dinero no es suficiente.

»Debe de existir otra respuesta, una cuya explicación se halla en un abismo más profundo».

## 

## 4

Sonja Hökberg no tenía en absoluto el aspecto que Wallander le había atribuido en su imaginación. Tampoco podía decirse que supiese con certeza qué había esperado encontrar, pero, en cualquier caso, estaba claro que no tenía nada que ver con la persona que ahora se hallaba ante él. Sonja Hökberg, sentada en la sala de interrogatorios, era de baja estatura, de apariencia menuda, casi transparente. Tenía el cabello rubio en una media melena y los ojos azules. A Wallander le dio la impresión de que podía ser hermana del niño cuyo rostro aparecía en los tubos de caviar. Hermana de Kalle[[5]](#footnote-5). «Infantil, llena de vida», se dijo. «Lejos de parecer una desalmada con un martillo oculto bajo el chaquetón o en el bolso».

Wallander saludó al abogado de la chica en el pasillo.

—Está muy sosegada —le aseguró el letrado—. Aunque no estoy seguro de que comprenda con exactitud de qué es sospechosa.

—Lo cierto es que no es sospechosa, pues ha confesado —apuntó Martinson con determinación.

—Y el martillo —quiso saber Wallander—. ¿Lo tenemos?

—Sí, lo había escondido en su dormitorio, bajo la cama. Ni siquiera le había limpiado la sangre. Pero la otra se deshizo del cuchillo y aún no lo hemos encontrado.

Martinson se marchó y Wallander entró en la sala en compañía del abogado. La joven les dedicó una mirada curiosa. No parecía nerviosa. Wallander hizo un gesto de asentimiento y se sentó. Sobre la mesa había una grabadora. También el abogado tomó asiento de modo que Sonja Hökberg pudiese verlo. Wallander la contempló largamente, y ella no apartó la mirada.

—¿Tienes un chicle? —inquirió la muchacha de repente.

Wallander negó con un gesto y miró a Lötberg, que hizo lo propio.

—Bueno, vamos a ver si conseguimos que nos traigan uno dentro de poco —prometió el inspector Wallander—. Pero primero hablaremos un rato tú y yo.

—Si ya he contado lo que ocurrió, ¿por qué no pueden traerme un chicle? Puedo pagarlo. No diré una palabra a menos que me traigan un chicle.

Wallander alzó el auricular y llamó a la recepción. «Seguro que Ebba puede conseguir uno», se dijo. Pero, al oír una voz extraña de mujer al otro lado del hilo telefónico, cayó en la cuenta de que Ebba ya no trabajaba allí. En efecto, la recepcionista se había jubilado y, pese a que hacía ya más de seis meses, Wallander no terminaba de acostumbrarse. La nueva recepcionista se llamaba Irene y tenía unos treinta años de edad. Había sido secretaria de un médico con anterioridad y había logrado, en poco tiempo, ganarse el aprecio del personal de la comisaría. Pero Wallander añoraba a Ebba.

—Necesito un chicle —declaró el inspector—. ¿Sabes quién puede tener uno?

—Pues sí, yo —respondió Irene.

Wallander colgó el auricular y se encaminó a la recepción.

—Es para la chica, ¿verdad? —preguntó Irene.

—Eres rápida de reflejos —contestó Wallander.

Regresó a la sala de interrogatorios, le dio el chicle a Sonja Hökberg y se percató de que había olvidado apagar la grabadora.

—Bien, ya podemos empezar —señaló—. Son las dieciséis horas quince minutos del día 6 de octubre de 1997. Se inicia el interrogatorio de Sonja Hökberg a cargo de Kurt Wallander.

—¿Quieres que cuente lo mismo otra vez? —quiso saber la joven.

—Bueno, es posible que tenga nuevas preguntas que hacerte.

—Pues yo no tengo ningunas ganas de contarlo todo otra vez.

Por un instante, Wallander quedó desconcertado. En efecto, no se explicaba la total ausencia de nerviosismo y de inquietud de que hacía gala la muchacha.

—Ya, pero me temo que no te quedará otro remedio —observó paciente—. Se te ha acusado de un delito muy grave. Y tú te has confesado culpable. Estás acusada de agresiones graves y, puesto que el estado del taxista es crítico, puede que la acusación resulte todavía mayor.

Lötberg lo miró displicente, pero no pronunció palabra.

Wallander comenzó, pues, desde el principio.

—Vamos a ver. Tu nombre es Sonja Hökberg y naciste el 2 de febrero del año 1978.

—Sí, soy acuario. ¿Y tú?

—Eso no viene al caso. Lo único que has de hacer es contestar a mis preguntas. Eso es todo, ¿entendido?

—Pues claro que sí, ¡joder!, que no soy tonta.

—Bien. Vives con tus padres en la calle de Trastvägen, número doce, y eres vecina de Ystad.

—Así es.

—Tienes un hermano menor llamado Emil, nacido en 1982.

—Él tendría que estar aquí, no yo.

Wallander la miró interrogante.

—Y eso, ¿por qué?

—Siempre estamos de bronca. Nunca deja en paz mis cosas y siempre está metiendo las narices en mis cajones.

—Sí, no dudo de que debe de ser muy engorroso tener hermanos menores, pero creo que dejaremos ese asunto por el momento.

«Sigue tan tranquila», observó Wallander al tiempo que notaba que su imperturbabilidad lo ponía de mal humor.

—¿Podrías contarnos lo que sucedió el martes por la noche?

—¡Es que es tan jodidamente aburrido contar lo mismo dos veces!

—Pues no hay otro remedio. De modo que Eva Persson y tú salisteis a dar una vuelta, ¿no es así?

—Si es que no hay nada que hacer en esta ciudad. En realidad, yo quisiera vivir en Moscú.

Wallander la miró atónito. También Lötberg parecía sorprendido.

—¿Y por qué Moscú?

—Leí en alguna parte que es una ciudad emocionante, que allí pasa de todo. ¿Tú has estado alguna vez en Moscú?

—No. Contesta a mis preguntas. Sólo eso. Salisteis, ¿cierto?

—Pero si eso ya lo sabes.

—Es decir, que sois buenas amigas.

—Pues claro; si no, no habríamos salido juntas. ¿Crees que yo quedo con gente que no me gusta?

Por primera vez, Wallander creyó percibir una grieta en su actitud indiferente. Su serenidad empezaba a convertirse en impaciencia.

—¿Hace tiempo que os conocéis?

—No demasiado.

—¿Cuánto?

—Un par de años.

—Pero ella es cinco años menor que tú.

—Así es, y me respeta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es ella la que lo dice, que me respeta.

—¿Y por qué te respeta?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella.

«Pues claro que lo haré», resolvió Wallander. «Pienso preguntarle muchas cosas».

—Bien, ¿puedes contarnos qué sucedió?

—¡Dios!

—Tendrás que hacerlo, quieras o no. Podemos estar aquí hasta la noche, si es necesario.

—Fuimos a tomarnos una cerveza.

—Eva Persson sólo tiene catorce años.

—Sí, pero parece mayor.

—¿Y después?

—Pues que nos tomamos otra.

—¿Y tras esa segunda?

—Pedimos un taxi. ¡Venga!, pero si tú ya sabes todo esto, ¿por qué preguntas?

—En otras palabras, habíais planeado atacar a un taxista.

—Es que necesitábamos dinero.

—Dinero, ¿para qué?

—Nada en particular.

—O sea, que no necesitabais el dinero para nada concreto, ¿me equivoco?

—Eso es.

«No, bonita. Eso no es del todo correcto», dedujo de inmediato Wallander, que ya había percibido un leve tono de inseguridad en su actitud, por lo que comenzó a estar más alerta a sus respuestas.

—Bueno, uno suele necesitar dinero para algo en especial, ¿no?

—Ya, pero no era el caso.

«Claro que sí, ése era precisamente el caso», objetó Wallander para sí, si bien decidió no abundar más en la pregunta, por el momento.

—¿Cómo se os ocurrió atacar a un taxista?

—Habíamos estado hablando del asunto.

—¿Mientras os tomabais la cerveza en el restaurante?

—Sí.

—Es decir, ¿qué no habíais hablado de ello con anterioridad?

—¿Por qué íbamos a hacerlo?

Lötberg guardaba silencio, con la mirada fija en sus manos.

—A ver, a modo de síntesis, podemos decir que no decidisteis asaltar al taxista hasta que no habíais pasado un rato en el restaurante bebiendo cerveza. Bien, ¿de quién fue la idea?

—Se me ocurrió a mí.

—Y Eva no opuso ninguna objeción.

—No.

«Esto tampoco es exacto», se dijo Wallander. «Está mintiendo. Aunque, sin duda, lo hace con gran habilidad».

—Llamasteis al taxi desde el restaurante y lo esperasteis allí mismo, ¿cierto?

—Eso es.

—¿Y de dónde sacasteis el martillo y el cuchillo? A menos que lo hubieseis planeado antes de ir al restaurante…

Sonja Hökberg observó a Wallander. Su mirada no vaciló.

—Yo siempre llevo un martillo en el bolso. Y Eva lleva un cuchillo.

—Y eso, ¿por qué?

—Una nunca sabe qué puede ocurrir.

—A ver, ¿qué quieres decir?

—Pues que las calles están llenas de chalados y una tiene que poder defenderse.

—En otras palabras, que tú siempre llevas un martillo, por si acaso.

—Exacto.

—¿Y lo habías utilizado en alguna ocasión con anterioridad?

El abogado dio un respingo sobresaltado.

—Esa pregunta no es relevante.

—¿Qué quiere decir eso? —quiso saber Sonja Hökberg.

—¿Relevante? Quiere decir que la pregunta no es importante.

—Ya, bueno, pero puedo contestarla de todos modos. Nunca lo había usado antes. Pero Eva sí que le rajó el brazo en una ocasión a un chico que empezó a manosearla.

Una idea cruzó de pronto la mente de Wallander, que se apartó de la línea que había venido siguiendo hasta el momento.

—¿Os visteis con alguien en el restaurante? ¿Habíais concertado una cita con alguien?

—¿Y con quién íbamos a quedar?

—Eso lo sabrás tú.

—Pues no.

—O sea, ¿qué no había allí ningún chico con el que hubierais quedado en encontraros?

—No.

—¿Tú no tienes novio?

—No.

«¡Vaya!, esa respuesta ha sido demasiado rápida», se dijo Wallander al tiempo que tomaba nota del detalle mentalmente. «Más que rápida».

—Así que el taxi llegó y vosotras salisteis a la calle.

—Eso es.

—¿Qué hicisteis entonces?

—Pues, lo que suele hacerse en un taxi, le dijimos adonde queríamos que nos llevase.

—Y vosotras queríais ir a Rydsgård, ¿no? Pero ¿por qué allí, precisamente?

—Pues yo qué sé. Hay que decir algo, así que dijimos Rydsgård, al azar.

—Entonces, Eva se sentó junto al conductor y tú detrás. ¿Lo habíais decidido así con anterioridad?

—Pues claro, ése era el plan.

—¿Qué plan?

—Que le diríamos al viejo que parase a medio camino, porque Eva quería sentarse detrás. Y entonces, atacaríamos.

—En otras palabras, que habíais decidido desde el principio utilizar las armas, ¿cierto?

—No si el conductor era joven.

—Ya, y, ¿qué habríais hecho en ese caso?

—Entonces lo habríamos hecho detenerse levantándonos la falda y haciéndole alguna proposición.

Wallander notó que había empezado a transpirar copiosamente, atormentado por el desparpajo imperturbable de la muchacha.

—¿Qué clase de proposición?

—¿¡Y tú qué crees!?

—Vamos, ¿que habríais intentado seducirlo ofreciéndole una relación sexual?

—¡Qué puta manera de decir las cosas!

En ese momento, Lötberg se inclinó raudo para advertirle a la joven:

—No tienes por qué abusar de ese vocabulario soez.

Sonja Hökberg sostuvo la mirada de su abogado antes de responder:

—Yo soy tan soez como me da la real gana.

Lötberg se retrajo de nuevo a su posición inicial y Wallander retomó decidido su interrogatorio, que quería proseguir sin dilación.

—Bien, el caso es que el conductor resultó ser un hombre mayor. Hicisteis que detuviese el taxi y, ¿entonces?

—Pues yo le di con el martillo y Eva le clavó el cuchillo.

—¿Cuántas veces lo golpeaste con el martillo?

—No sé, unas cuantas. No las conté.

—¿No temías que muriese?

—Es que necesitábamos el dinero.

—Ya, pero no es eso lo que te he preguntado. Yo quiero saber si tú eras consciente de que podía morir.

Sonja Hökberg se encogió de hombros mientras Wallander aguardaba pero la joven no añadió nada más. El inspector no se sentía con fuerzas para repetir la pregunta en aquel momento.

—Bien, dices que necesitabais dinero, pero ¿para qué?

Entonces lo detectó de nuevo, un débil rayo de inseguridad empañó la mirada de la joven poco antes de que ésta respondiese:

—Ya te he dicho que no era para nada en especial.

—¿Qué ocurrió después?

—Le quitamos la cartera y el móvil, y nos fuimos a casa.

—¿Qué fue de la cartera?

—Nos repartimos el dinero y, después, Eva la tiró por ahí.

Wallander hojeó los informes de Martinson, según los cuales Johan Lundberg tenía seiscientas coronas en la cartera; la habían encontrado en una papelera a la que los habían remitido las indicaciones de Eva Persson. Por su parte, Sonja Hökberg se había reservado el teléfono móvil, que fue hallado en su domicilio.

Wallander detuvo la grabadora mientras Sonja Hökberg seguía sus movimientos con la mirada.

—Bueno, ¿puedo irme a casa ya?

—No —repuso Wallander—. Tienes diecinueve años, lo que significa que has incurrido en responsabilidad penal. Has cometido un delito grave por el que acabarás sometida a prisión preventiva.

—¿Qué significa eso?

—Que tendrás que permanecer aquí.

—Pero ¿por qué?

Wallander lanzó a Lötberg una mirada elocuente antes de ponerse en pie.

—Creo que tu abogado podrá explicártelo.

A continuación, el inspector abandonó la sala presa de un profundo malestar. Sonja Hökberg no había estado fingiendo. La joven estaba verdaderamente impasible ante sus propias acciones. Wallander entró en el despacho de Martinson, que le hizo seña de que se sentase mientras hablaba por teléfono. Wallander obedeció dispuesto a esperar. De repente, sintió una necesidad irrefrenable de fumar. Aquello no le sucedía con frecuencia, pero la entrevista con Sonja Hökberg había resultado un auténtico suplicio.

Martinson concluyó su conversación telefónica antes de preguntar:

—Bien, ¿qué tal ha ido la cosa?

—Es un elemento. Lo confiesa todo y permanece como un témpano.

—Pues lo mismo sucede con Eva Persson que, para colmo, no tiene más que catorce años.

Wallander dedicó a Martinson una mirada poco menos que suplicante.

—Pero ¿qué es lo que está sucediendo?

—¡Ojalá lo supiera!

El inspector notó que empezaba a indignarse.

—¡Qué cojones! ¡Si no son más que dos mocosas!

—Ya, y además ni siquiera parecen estar arrepentidas.

Ambos permanecían en silencio. Durante un segundo, Wallander sintió el más absoluto vacío. Al final, fue Martinson quien vino a quebrar la tensión del ambiente.

—¿No comprendes por qué me planteo tan a menudo el dejar esta profesión?

Wallander regresó de su abstracción.

—¿No comprendes por qué es tan importante que no lo hagas?

El inspector se levantó y se encaminó hacia la ventana.

—¿Cómo está Lundberg?

—Sigue estacionario, en estado crítico.

—Tenemos que llegar hasta el fondo de este asunto. Con independencia de que el taxista muera o no. Las chicas lo atacaron porque necesitaban dinero para algo en concreto, si es que no fue por algo totalmente distinto.

—¿En qué estás pensando?

—¡Qué sé yo! No es más que una intuición que me ha asaltado, la sospecha de que puede haber algo más grave sin que, por el momento, podamos entrever de qué se trata.

—De acuerdo, pero lo más probable es que el alcohol se les hubiera subido a la cabeza, ¿no crees? Y que luego hubiesen decidido hacerse con algo de dinero, sin detenerse a considerar las consecuencias.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, yo no creo que estuviesen realmente necesitadas de dinero.

—Puede que tengas razón —admitió Wallander—. Yo también he estado sopesando esa posibilidad, pero quiero saber si es la correcta. Mañana hablaré con Eva Persson. Y con los padres. ¿Ninguna de las dos tiene novio?

—Eva Persson dijo que salía con un chico.

—¿Pero no Hökberg?

—No.

—Pues yo creo que miente. Sí que sale con algún muchacho. Y tenemos que localizarlo.

Martinson tomaba nota.

—¿Quién se hará cargo de esto, tú o yo?

Wallander no se lo pensó dos veces.

—Yo lo haré. Quiero saber qué es lo que está ocurriendo en este país.

—Por mí, encantado, con tal de poder zafarme de este caso.

—Bueno, no vas a librarte del todo. Ni tú, ni Hanson ni Ann-Britt. Tenemos que averiguar lo que se oculta tras esa agresión. En realidad, fue intento de homicidio. Y, si Lundberg llega a morir, será homicidio sin paliativos.

Martinson señaló los montones de documentos que inundaban su escritorio.

—Pues no sé cómo voy a tener tiempo para despachar todo lo que se me está acumulando aquí. Tengo pendientes algunas investigaciones de hace dos años. Ganas me dan, a veces, de hacérselo llegar todo al director general de la policía y preguntarle cómo quiere que lo resuelva.

—Rechazará tu protesta aduciendo que no son más que lamentaciones y mala organización. Y, en ese último punto, estoy parcialmente de acuerdo con él.

Martinson hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, bueno, pero a veces se siente uno mejor sólo con quejarse.

—Sí, ya lo sé —convino Wallander—. A mí me ocurre algo parecido. Hace ya mucho tiempo que no realizamos todo el trabajo que debiéramos, así que tenemos que dedicarnos a seleccionar lo más importante. En fin, hablaré con Lisa.

Wallander estaba ya casi en el pasillo cuando Martinson lo hizo detenerse.

—Se trata de algo en lo que estuve pensando ayer noche: ¿cuándo fue la última vez que acudiste a unas prácticas de tiro?

Wallander hizo memoria.

—Pues hace casi dos años.

—Igual que yo. Hanson se dedica a entrenar por su cuenta, porque es miembro de un club de tiro. Ignoro qué hará Ann-Britt que, además, tiene fobia a los disparos desde los sucesos de hace unos años[[6]](#footnote-6). Sin embargo, según la normativa, hemos de recibir entrenamiento con regularidad y en horario laboral.

Wallander comprendía adonde quería ir a parar Martinson: la ausencia total de entrenamiento durante años no podía considerarse como «entrenamiento regular». Por otro lado, podía resultar peligroso en un enfrentamiento.

—¡Vaya! Pues no había pensado en ello —confesó Wallander—. Pero, ni que decir tiene que no es la situación ideal.

—Yo no creo que fuese capaz de alcanzar ni una pared —exageró Martinson.

—Ya. Tenemos demasiado trabajo y no podemos atender más que lo urgente, en el mejor de los casos.

—Bueno, tú díselo a Lisa —insistió Martinson.

—Estoy seguro de que ella es consciente del problema —aventuró Wallander vacilante—. La cuestión es qué puede hacer para darle solución.

—¿Sabes? Yo aún no he cumplido los cuarenta y ya me sorprendo a mí mismo recordando los buenos tiempos de antaño, Al menos, eran mejores que el infierno laboral que vivimos en la actualidad.

Wallander fue incapaz de hallar una respuesta adecuada. Las lamentaciones de Martinson podían llegar a ser agotadoras, de modo que regresó a su despacho. Habían dado las cinco y media de la tarde. Se colocó junto a la ventana a contemplar la negrura del exterior pensando en Sonja Hökberg y en por qué aquellas dos chicas se habrían visto en una necesidad de dinero tan perentoria y en si, en realidad, no se escondería algo más tras aquel asunto. Después, el rostro de Anette Fredman emergió de pronto en su memoria.

Wallander se sintió sin fuerzas para seguir allí por más tiempo, pese a que no era poco el trabajo atrasado. Tomó su chaquetón y se marchó. Ya en la calle, quedó expuesto a las sacudidas del viento otoñal. Cuando arrancó el coche, el motor volvió a emitir aquel sonido extraño. Giró para salir del aparcamiento mientras pensaba que debería detenerse a hacer alguna compra, pues apenas tenía nada en el frigorífico, salvo una botella de champán que le había ganado a Hanson en una apuesta, cuyo motivo, por cierto, había olvidado por completo. Sin apenas reflexionar sobre ello, se detuvo ante el cajero automático junto al que un hombre había caído muerto la noche anterior. Aprovecharía además, para comprar en alguno de los grandes almacenes que había en la zona.

Una vez que hubo aparcado, se acercó al cajero. Había allí una mujer que, con su bebé en un cochecito, estaba sacando dinero. El asfalto era duro y rasposo. Wallander miró a su alrededor para comprobar que no había viviendas cerca, de lo que dedujo que, a medianoche aquel lugar aparecería desierto. Aunque las calles estuviesen bien iluminadas, ningún viandante podría ver ni oír a un hombre que cayese al suelo con un grito de dolor.

Wallander entró en el comercio más cercano y buscó la sección de alimentación. Como era habitual en él, lo invadió una abrumadora sensación de hastío a la hora de elegir qué comprar, de modo que llenó una cesta con lo más elemental, pagó su compra y se marchó a casa. El soniquete del motor parecía empeorar. Una vez en su apartamento, se quitó el traje oscuro. Después se dio una ducha y comprobó que apenas si le quedaba jabón. Entonces se preparó una sopa de verduras que, para su sorpresa, quedó bastante sabrosa. Hizo café y se llevó una taza a la sala de estar. Notó que estaba cansado. Durante unos minutos, cambió entre los distintos canales de televisión sin hallar ninguno interesante, por lo que se acercó el teléfono para llamar a Estocolmo y hablar con Linda. La joven compartía un apartamento de alquiler en el barrio de Kungsholmen con dos amigas a las que Wallander sólo conocía de nombre. Para ganar algo de dinero, su hija trabajaba de vez en cuando como camarera en un restaurante de la zona en el que Wallander había comido la última vez que estuvo en Estocolmo. La comida era excelente, pero le sorprendió que su hija aguantase trabajar con la música tan alta.

Linda tenía veintiséis años. Él consideraba que su relación seguía siendo buena, pero lamentaba que viviese tan lejos y añoraba la convivencia diaria.

Tras varias señales, saltó el contestador. Ni su hija ni ninguna de sus compañeras estaban en casa. Después de haber oído el mismo mensaje en inglés, Wallander dijo su nombre y añadió que sólo quería charlar un rato.

De manera que se quedó allí sentado, con el café ya frío.

«No puedo seguir llevando esta vida», se dijo irritado. «Tengo cincuenta años, pero me siento como un anciano sin fuerzas».

Entonces cayó en la cuenta de que debería dar su prescriptivo paseo nocturno. Se esforzó por hallar algún pretexto consistente para no hacerlo, mas, por fin, se puso en pie, se calzó las zapatillas de deporte y salió a la calle.

A las ocho y media ya estaba de regreso. La caminata había surtido un efecto beneficioso, disipando el abatimiento que sentía antes de salir.

Ya en el interior del apartamento, sonó el teléfono. Wallander supuso que sería Linda, pero se trataba de Martinson.

—Acaban de llamar del hospital. Lundberg ha muerto —anunció.

Wallander quedó mudo.

—Eso implica que Hökberg y Persson son culpables de agresión con resultado de muerte —prosiguió Martinson.

—Exacto —confirmó Wallander—. Y eso significa, por añadidura, que se nos viene encima una de esas historias bien jodidas.

Acordaron que se verían al día siguiente, a las ocho de la mañana.

Después no les quedó mucho más que decirse.

Wallander pasó un rato sentado en el sofá mirando distraído las noticias. Oyó que el precio del dólar acusaba un alza progresiva… La única noticia que logró atraer su atención fue la historia de la compañía Trustor, por lo sencillo que parecía limpiar una sociedad de acciones de todas sus propiedades, sin que nadie hubiese tomado cartas en el asunto hasta que ya era demasiado tarde.

Linda no llamó aquella noche. Cuando dieron las once, Wallander se fue a dormir.

Sin embargo, tardó bastante en conciliar el sueño.

## 

## 5

Cuando Wallander despertó, poco después de las seis de la mañana del martes 7 de octubre, sintió que le costaba tragar. Estaba empapado en sudor y no le cabía la menor duda de que estaba incubando un buen resfriado. Permaneció en la cama pensando que debería quedarse en casa; pero la sola idea de la muerte del taxista Lundberg, que se produjo la noche anterior como consecuencia de la brutal agresión sufrida, lo hizo salir de la cama. De modo que se dio una ducha y se tomó un café y un par de comprimidos antipiréticos antes de guardarse el frasco en el bolsillo. Además, no se marchó de casa sin antes obligarse a ingerir un tazón de yogur. La farola que divisaba desde la ventana de la cocina se balanceaba al fuerte viento otoñal. Estaba nublado y la temperatura no debía de ser muy alta. De ahí que Wallander fuese a su armario en busca de un jersey grueso. Después, permaneció unos instantes con la mano sobre el auricular del teléfono, indeciso sobre si llamar de nuevo a Linda; finalmente decidió que era demasiado temprano. Ya en la calle y sentado al volante, recordó que había dejado una nota sobre la mesa de la cocina. Había anotado en ella algo que debía comprar, pero no se acordaba de qué podía ser. Tampoco tenía ganas de pensar siquiera en volver a subir al apartamento para recoger la nota, por lo que decidió que, en lo sucesivo, dejaría un mensaje en su contestador de la comisaría cuando tuviese que comprar algo. De este modo, tan pronto como llegase al trabajo, podría escuchar qué necesitaba comprar.

Recorrió en automóvil el camino habitual hasta la comisaría, por la carretera de Österleden. Cada vez que tomaba el coche, sentía remordimientos de conciencia. En efecto, para mantener a raya sus niveles de glucemia, debería acudir al trabajo a pie. Y tampoco se encontraba tan enfermo que no pudiese dejar el coche e ir caminando.

«Si hubiese tenido un perro, jamás se me habría presentado este problema», reflexionaba. «Pero no tengo perro». El año anterior, había visitado un club canino a las afueras de Sjöbo y vio algunos cachorros de labrador. Pero aquello quedó en nada. «Ni casa ni perro ni Baiba. Nada de nada».

Aparcó el coche a la puerta de la comisaría y, cuando entró en su despacho, eran ya las siete de la mañana. Al poco de sentarse ante el escritorio, recordó lo que había escrito en la nota de la cocina. Jabón. De modo que lo anotó enseguida en su bloc escolar. Acto seguido comenzó a reflexionar sobre lo ocurrido. Un taxista había resultado asesinado. Tenían a las dos chicas, que habían confesado la autoría; tenían, además, una de las dos armas empleadas. Una de las niñas era menor de edad, mientras que la otra había sido acusada y sería sometida a prisión preventiva a lo largo de aquel día.

De nuevo lo invadió el malestar del día anterior. La absoluta frialdad de Sonja Hökberg… Intentó convencerse de que la muchacha sentía, pese a todo, algo de compasión, la cual él, simplemente, no había tenido la sensibilidad de detectar. Pero fue en vano, pues la experiencia le decía que, por desgracia, no se había equivocado. Wallander se levantó, fue al comedor por una taza de café y se encaminó hacia el despacho de Martinson, que solía ser tan madrugador como él. En efecto, halló la puerta abierta, lo que movió a Wallander a preguntarse cómo era posible que su colega pudiese trabajar sin cerrar nunca la puerta del despacho. Para él, en cambio, si quería concentrarse, constituía un requisito indispensable el que su puerta estuviese, casi siempre al menos, cerrada.

Martinson le indicó que entrase con un gesto de asentimiento.

—Sabía que vendrías —aseguró.

—Pues la verdad es que no me encuentro muy bien —señaló Wallander.

—¿Un resfriado?

—Bueno, a mí siempre me duele la garganta en el mes de octubre.

Martinson, constantemente preocupado por caer enfermo, apartó unos centímetros la silla que ocupaba.

—En realidad, podrías haberte quedado en casa —comentó—. Esta horrenda historia de Lundberg está ya zanjada.

—Puede, pero sólo parcialmente —corrigió Wallander—. De hecho, no tenemos el móvil. Eso de que lo único que buscaban era dinero no me lo creo. Por cierto, ¿habéis encontrado el cuchillo?

—Eso lo lleva Nyberg, y todavía no lo he llamado.

—Pues llámalo.

Martinson torció el gesto.

—¡Como tiene ese mal humor por las mañanas…!

—Bien, en ese caso, lo llamaré yo.

Wallander tomó el teléfono de Martinson y probó, en primer lugar en el domicilio de Nyberg. Tras un instante de espera, la llamada fue desviada a un teléfono móvil. Nyberg contestó, pero la conexión era bastante deficiente.

—Hola, soy Kurt. Sólo quería saber si habéis encontrado el cuchillo.

—¿Cómo coño vamos a encontrar nada si es de noche? —vociferó el técnico, indignado.

—Ah, bueno. Yo creía que Eva Persson os había indicado dónde lo había arrojado.

—Claro, pero resulta que hemos de buscar en una superficie de varios kilómetros cuadrados. Según ella, debe de estar en algún lugar del barrio de Gamla Kyrkogården.

—¿Y por qué no os lleváis a la chica con vosotros?

—Si está aquí, lo encontraremos —atajó Nyberg.

Dicho esto, dio por finalizada la conversación.

—No he dormido bien esta noche —declaró Martinson—. Mi hija Terese sabe perfectamente quién es Eva Persson. Tienen casi la misma edad. Esa niña también tiene padres. ¿Cómo se sentirán ahora? Por lo que yo sé, es su única hija.

Ambos meditaban en silencio lo que Martinson acababa de decir, hasta que Wallander comenzó a estornudar. Entonces abandonó el despacho a toda prisa y la conversación quedó, por tanto, en el aire.

A las ocho de la mañana, todos estaban ya instalados en una de las salas de reuniones. Wallander se sentó, como de costumbre, en uno de los extremos. Tanto Hanson como Ann-Britt Höglund estaban presentes. Martinson se hallaba al teléfono junto a una de las ventanas hablando con su mujer, según comprendieron todos, a juzgar por la parquedad de sus respuestas y lo inaudible de su tono de voz. En no pocas ocasiones se había preguntado Wallander cómo podían tener tanto que decirse cuando no hacía más que unas horas que habían compartido el desayuno. Era muy posible que Martinson sintiese la necesidad de comentar su preocupación por el hecho de que el resfriado de Kurt Wallander acabase por afectarle a él mismo. El cansancio y la somnolencia imperaban en la sala. De pronto apareció Lisa Holgersson, por lo que Martinson concluyó la conversación y Hanson se levantó para cerrar la puerta.

—¿Y Nyberg? Pensé que él también participaría en la reunión —inquirió.

—Está buscando el cuchillo —aclaró Wallander—. Confiamos en que lo encuentre.

Entonces, miró a Lisa Holgersson. Ella le indicó con un gesto que tenía la palabra. Wallander se preguntó fugazmente cuántas veces no habría vivido aquella misma situación de verse rodeado de colegas, a hora tan temprana y ante un caso que había que desenmarañar. A lo largo de los años, la comisaría se había trasladado a un nuevo edificio con muebles nuevos y nuevas cortinas ante las ventanas. Los aparatos de teléfono tenían otro aspecto, al igual que los proyectores. Por si fuera poco, todo estaba ahora informatizado. Y aun así parecía que todas aquellas personas se hubiesen sentado siempre en aquel lugar. Y él mismo, durante más tiempo que nadie.

Él tenía la palabra.

—Bien, Johan Lundberg ha muerto. Por si alguien lo ignoraba aún os lo comunico —comenzó al tiempo que señalaba el ejemplar del diario Ystads Allehanda, cuya portada dedicaba grandes titulares a la noticia de la muerte del taxista—. Lo que significa sencillamente que las dos muchachas, Hökberg y Persson, han cometido un homicidio. Un atraco con resultado de muerte, para ser exactos. En especial Hökberg ha sido muy clara en sus respuestas: lo tenían planeado, se habían provisto de armas, pensaban atacar al taxista que la casualidad les enviase. Habida cuenta de que Eva Persson es menor de edad, será no sólo asunto nuestro, sino también de otras instituciones. Tenemos el martillo, además de la cartera vacía y el teléfono móvil de Lundberg. Lo único que nos falta es el cuchillo. Ninguna de las dos ha negado nada, y ninguna ha inculpado a la otra. Supongo que podremos hacer llegar todo el material al fiscal mañana mismo, a más tardar. Como es lógico, la investigación forense está aún por concluir pero, por lo que a nosotros respecta, esta historia nefanda puede darse por resuelta.

Wallander guardó un silencio que nadie interrumpió.

—¿Por qué lo hicieron? —intervino al fin Lisa Holgersson—. Todo esto parece tan innecesario.

Wallander asintió lleno de gratitud, pues había confiado en que alguien hiciese esa pregunta para no tener que formularla él mismo.

—Sonja Hökberg parece muy resuelta. Tanto en mi interrogatorio como en el de Martinson siempre adujo la misma razón: «Necesitábamos dinero». Eso es todo.

—Dinero, ¿para qué? —quiso saber Hanson.

—Eso es algo que aún desconocemos. Se resisten a responder a esa pregunta. A decir de Hökberg, ni ellas mismas lo sabían. Sencillamente necesitaban dinero así, en general, y no para un objetivo concreto.

Wallander observó en silencio a cuantos se encontraban sentados en torno a la mesa antes de proseguir.

—Pero yo no lo creo. Hökberg, por lo menos, está mintiendo. Estoy convencido de ello. Con Eva Persson no he hablado todavía, pero estoy completamente seguro de que pensaban invertir el dinero en algo muy concreto. Por otro lado, sospecho que Eva Persson obedecía en todo a Sonja Hökberg. Esa circunstancia no reduce su culpa, pero sí ofrece una clara imagen de la relación entre ellas.

—¿Tiene eso alguna importancia? —inquirió Ann-Britt Höglund—. Me refiero a si querían el dinero para comprar ropa o para cualquier otra cosa.

—Bueno, en realidad, no mucha. El fiscal tendrá pruebas y motivos más que suficientes para condenar a Hökberg. En lo que concierne a Eva Persson, ya sabemos que no es sólo asunto nuestro.

—Ninguna de las dos tiene antecedentes —apuntó Martinson—. Lo he estado investigando. Y nunca les ha ido mal en los estudios.

Wallander se vio de nuevo invadido por la sensación de que tal vez se hallasen tras una pista errónea. O quizá, sin más, habían descartado de forma prematura la posibilidad de que existiese una explicación totalmente distinta a la muerte de Lundberg. Sin embargo, dado que por el momento le resultaba imposible cifrar en palabras aquel presentimiento, optó por guardar silencio. Les quedaba aún una cantidad considerable de trabajo por realizar y, si bien cabía la posibilidad de que la verdad se hallase en la simple urgencia de obtener dinero, no tenía por qué ser menos probable que el móvil hubiese sido otro bien distinto. En consecuencia, debían seguir contemplando el caso a la luz de varias alternativas.

El teléfono sonó y vino a interrumpir su callado razonar. Fue Hanson quien respondió, prestó atención a lo que se le decía y, al final, colgó el auricular.

—Era Nyberg —anunció—. Han encontrado el cuchillo.

Wallander asintió al tiempo que cerraba el archivador que tenía ante sí.

—No cabe duda de que debemos hablar con los padres y procurar que se investigue a fondo la identidad de todos los implicados. Pero el informe para el fiscal podemos redactarlo ahora mismo.

En ese punto, Lisa Holgersson alzó la mano.

—Hemos de ofrecer una conferencia de prensa —advirtió—. Los medios de comunicación no dejan de presionarnos. A decir verdad, resulta bastante insólito que dos chicas tan jóvenes cometan este tipo de delitos violentos.

Wallander miró a Ann-Britt Höglund, pero ella negó con la cabeza. Durante los últimos años, ella lo había relevado de la responsabilidad de las conferencias de prensa que tan engorrosas resultaban para Wallander. Sin embargo, en esta ocasión, la colega no deseaba prestarse a ello y Wallander la comprendía.

—Bien, yo me haré cargo —aceptó el inspector—. ¿Está ya fijada la hora?

—Yo propondría la una de la tarde.

Wallander lo anotó en su bloc.

Una vez distribuidas las tareas, la reunión no tardó en concluir. Todos compartían la sensación acuciante de lo urgente que sin duda resultaba elaborar cuanto antes el informe policial. Aquel crimen resultaba deprimente, y nadie deseaba hurgar en él más de lo necesario. Así, Wallander iría a visitar a los padres de Sonja Hökberg mientras que Martinson y Ann-Britt Höglund hablarían con Eva Persson y con sus padres.

La sala quedó desierta. Wallander notaba que el resfriado estaba a punto de brotar con toda su intensidad. «En el mejor de los casos, me las arreglaré para contagiar a alguno de los periodistas», se animó mientras buscaba un pañuelo de papel en los bolsillos.

Ya en el pasillo, se topó con Nyberg, enfundado en sus botas y vistiendo un grueso mono. Llevaba el crespo cabello desordenado y exhibía su consabido mal humor.

—Oí que habíais encontrado el cuchillo —comentó Wallander.

—Sí, parece ser que el municipio no puede permitirse ya la habitual limpieza de otoño —refunfuñó el técnico—, así que nos hemos visto en la necesidad de bucear entre miles de hojas caídas. Pero acabamos encontrándolo.

—¿Qué tipo de cuchillo es?

—Pues es un cuchillo de cocina. Bastante largo, por cierto. La chica debió de clavarlo con tal ahínco que le partió la punta contra una costilla. Por lo demás, es un cuchillo de pésima calidad.

Wallander hizo un gesto de abatimiento con la cabeza.

—Es difícil de creer, la verdad —se lamentó Nyberg—. ¿Qué queda del respeto por la vida humana? Me pregunto cuánto dinero conseguirían robar.

—La cifra exacta todavía no la sabemos, pero debieron de ser tan sólo unas seiscientas coronas, no creo que mucho más. Lundberg acababa de salir con el taxi y no solía llevar mucho cambio cuando empezaba el turno.

Nyberg masculló una maldición imperceptible antes de marcharse. Wallander regresó a su despacho y permaneció allí sentado, indeciso. Le dolía la garganta pero, pese al malestar, lanzó un suspiro y abrió el archivador que contenía el material de la investigación. Sonja Hökberg vivía en la zona oeste de la ciudad. Anotó la dirección, se puso en pie y tomó su chaquetón pero, cuando ya iba pasillo arriba, sonó el teléfono, de modo que se apresuró a volver al despacho. Era Linda quien llamaba. De fondo, se oía el estrépito de los cacharros de una cocina.

—Oí tu mensaje esta mañana —explicó la joven.

—¿Esta mañana?

—Así es. No dormí en casa anoche.

Wallander fue lo suficientemente sensato como para no preguntar dónde había pasado la noche, pues sabía que aquello no podía conducir más que a que su hija se indignase y le colgase el auricular.

—Bueno, no era nada importante. Tan sólo quería saber cómo estabas.

—Yo bien, ¿y tú?

—Pues un poco resfriado. Por lo demás, como siempre. Quería preguntarte si no piensas hacerme una visita un día de éstos.

—Es que no tengo tiempo.

—Puedo pagarte el billete.

—Ya te digo que no tengo tiempo, no es cuestión de dinero.

Wallander sabía que no lograría convencerla, pues Linda era tan tozuda como él mismo.

—¿De verdad que estás bien? —insistió ella—. ¿No has vuelto a tener contacto con Baiba?

—Eso se acabó hace ya tiempo, como sabes.

—Pues yo creo que no te hace ningún bien ir así por la vida.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero. ¡Hasta empiezas a hablar con voz quejumbrosa…! Antes no sonabas así.

—¿No querrás decir que soy un cascarrabias?

—Ahí lo tienes, ¿ves? Pero tengo una propuesta: yo creo que deberías buscar una agencia matrimonial.

—¿Una agencia matrimonial?

—Claro, ahí encontrarás a alguien. De lo contrario, te convertirás en un viejo protestón y empezarás a preguntarme por qué paso las noches fuera de casa.

«¡Vaya! Parece que me adivine el pensamiento», concluyó Wallander «Como si fuese transparente para ella».

—¿Estás sugiriendo que ponga un anuncio en un periódico?

—Exacto. O que te pongas en contacto con alguna agencia.

—Eso jamás.

—¿Y por qué no?

—Pues porque no creo en esas cosas.

—Pero ¿por qué?

—¡Yo qué sé!

—Es un buen consejo, así que piénsatelo. Bueno, ahora debo seguir trabajando.

—¿Dónde estás?

—En el restaurante. Abrimos a las diez.

La joven se despidió concluyendo así la conversación. Wallander se preguntaba dónde habría dormido aquella noche. Hacía algunos años, Linda había estado saliendo con un chico de Kenya que estudiaba Medicina en Lund. Pero aquello se terminó y, desde entonces él había tenido escaso conocimiento, por no decir ninguno, acerca de las parejas de su hija. Salvo que, al parecer, solían cambiar con asiduidad. Sintió un pinchazo de celos y mal humor. Ya algo repuesto, abandonó el despacho. A decir verdad, aquella idea de poner un anuncio en el periódico o de dirigirse a una agencia ya se le había pasado a él por la cabeza en alguna ocasión, pero siempre la había rechazado por absurda. De hecho, se le antojaba que acceder a tal recurso sería como rebajarse muy por debajo del valor que él se atribuía a sí mismo.

El viento racheado le azotó el rostro. Se sentó al volante, puso el motor en marcha y aplicó el oído al traqueteo que sonaba cada vez peor. Tras un instante, partió hacia la casa adosada en que Sonja Hökberg había vivido en compañía de sus padres. En el informe que Martinson le había proporcionado, constaba la profesión del padre de Sonja, que era «trabajador autónomo». Sin embargo, nada se decía acerca de en qué consistía su actividad con exactitud. Ya ante la casa, Wallander salió del vehículo. Al entrar en el jardín, comprobó que, aunque pequeño, estaba cuidado con esmero. Llamó al timbre y, tras un instante, un hombre acudió a abrir la puerta. Wallander supo enseguida que lo había visto con anterioridad, pues tenía buena memoria para los rostros. En cambio, era incapaz de recordar cuándo o dónde. Por su parte, el hombre que tenía ante sí en el umbral de la puerta también reconoció a Wallander en el acto.

—¡Vaya! ¿Tú por aquí? —exclamó—. Ya sabía yo que la policía vendría tarde o temprano, pero no imaginé que te enviarían a ti, precisamente.

Se apartó para permitir el paso a Wallander, que entró en la casa. Desde algún lugar difícil de precisar se oía el ruido de un televisor. El inspector seguía sin recordar quién era aquel hombre.

—Supongo que me has reconocido —comentó Hökberg.

—Así es, pero debo confesar que no recuerdo dónde nos hemos visto —admitió Wallander.

—Pero hombre, ¿no te dice nada el nombre de Erik Hökberg?

Wallander rebuscaba en vano entre sus recuerdos.

—¿Y el de Sten Widén?

Entonces lo recordó. Sten Widén, el dueño del picadero de Stjärnsund. Y Erik, claro. Los tres habían compartido, hacía ya muchos años una profunda pasión por la ópera. El más aficionado era sin duda Sten, pero Erik, amigo suyo de la infancia, había participado en no pocas ocasiones, cuando se reunían en torno a un gramófono dispuestos a gozar de alguna de las obras de Verdi.

—Sí, ya me acuerdo —afirmó Wallander—. Pero entonces tú no te llamabas Hökberg, ¿no es así?

—No, es cierto, adopté el apellido de mi esposa. Yo me llamaba Erik Eriksson.

Erik Hökberg era un hombre alto y corpulento en cuya mano resultaba diminuta la percha que tendía a Wallander para que éste colgase el chaquetón. Wallander lo recordaba muy delgado, pero ahora sufría un sobrepeso considerable. De ahí que al inspector le hubiese costado identificarlo.

Wallander se quitó el chaquetón y siguió a Hökberg hasta la sala de estar. Había allí un televisor, pero el ruido procedía de un aparato conectado en otra de las habitaciones de la casa. Tomaron asiento. Wallander se sentía algo turbado, pues el asunto era de por sí bastante delicado.

—Es terrible lo que ha sucedido —comenzó Hökberg—. Como comprenderás, no acabo de explicarme lo que pudo pasársele por la cabeza.

—¿Es la primera vez que manifiesta una actitud violenta?

—En efecto, la primera vez.

—¿Y tu mujer? ¿Está en casa?

Hökberg se había hundido en la silla. Tras aquel rostro de gruesos pliegues, Wallander adivinaba aquel otro semblante, el que le recordaba un tiempo que, a aquellas alturas, se le antojaba infinitamente lejano.

—No, se fue con Emil a casa de su hermana, que vive en Höör. Ya no soportaba estar aquí, con todos esos periodistas y sus constantes llamadas intempestivas, sin ningún tipo de miramiento; llaman incluso a medianoche, si a ellos les viene bien.

—Ya. Pues me temo que tendré que hablar con ella también.

—Claro, lo comprendo. Ya le dije yo que la policía vendría a vernos.

Wallander se sentía inseguro, indeciso sobre cómo continuar.

—Tu mujer y tú habréis hablado del asunto, imagino.

—Sí, pero ella sabe tan poco como yo. Fue algo tan totalmente inesperado que nos dejó atónitos.

—Ya. Y tu relación con Sonja, ¿era buena?

—Excelente, jamás tuvimos el menor enfrentamiento.

—¿Qué me dices de su madre?

—Tampoco. Bueno, a veces discutían, pero sobre asuntos sin importancia, lo normal entre madre e hija. Durante todos los años que he vivido con ella, jamás causó ningún problema.

Wallander frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Creí que sabías que es mi hijastra.

Aquel dato no constaba en el informe pues, de lo contrario, Wallander habría tomado buena nota de ello.

—Emil es hijo de Ruth y mío —explicó Hökberg—. Sonja tendría dos años cuando yo aparecí en sus vidas. En diciembre hará diecisiete años. Ruth y yo nos conocimos en una cena de Navidad.

—¿Y quién es el padre de Sonja?

—Se llamaba Rolf. Nunca se preocupó por ella y Ruth y él nunca estuvieron casados.

—¿Sabes dónde vive?

—Murió hace unos años, alcoholizado.

Wallander buscaba ahora un bolígrafo en los bolsillos pues, según había comprobado, había olvidado llevarse el bloc de notas y las gafas. Sobre la hoja de cristal de la mesa había un montón de periódicos.

—¿Puedo rasgar una hoja? —preguntó al tiempo que señalaba los diarios.

—¡Vaya! ¿Acaso la policía ya no puede permitirse comprar blocs de notas?

—Quizá, pero en este caso es culpa mía: lo olvidé en el despacho.

Wallander tomó uno de los periódicos como base sobre la que escribir, sin dejar de notar que se trataba de un periódico financiero en lengua inglesa.

—¿Puedo saber a qué te dedicas?

La respuesta lo dejó perplejo.

—Me dedico a la especulación.

—¿Y con qué especulas?

—Acciones, opciones, moneda extranjera… Además, tengo una buena fuente de ingresos con las apuestas. Críquet inglés, en especial; algo de fútbol americano de vez en cuando.

—O sea, que juegas.

—Sí pero no a los caballos. Ni siquiera hago la quiniela. Pero supongo que el mercado de la Bolsa bien puede describirse como una especie de juego.

—¿Y llevas el negocio desde tu domicilio?

Hökberg se levantó y le hizo una señal de que lo siguiese. Wallander quedó de pie, atónito, en el umbral de la habitación contigua. En efecto no era sólo un televisor el que estaba encendido, sino tres. En sus pantallas parpadeaban, pasando a toda velocidad, infinidad de columnas de cifras. Además, aparecían sobre las mesas unos cuantos ordenadores e impresoras. Fijados a una de las paredes, pendían relojes con indicaciones horarias de diversas partes del mundo. Wallander experimentó la sensación de haber accedido a la torre de control de un aeropuerto.

—Dicen que las nuevas técnicas han hecho que el mundo resulte más pequeño —comentó Hökberg—. Pero eso es, en mi opinión, claramente cuestionable. En cualquier caso, no cabe duda alguna de que al menos mi mundo ha crecido. Desde esta casa adosada de pobre construcción y situada a las afueras de Ystad puedo participar en todos los mercados mundiales. Así, puedo conectarme con agencias de apuestas de Londres o de Roma. Puedo adquirir opciones en la Bolsa de Hong Kong o vender dólares americanos en Yakarta.

—¿En serio que es así de fácil?

—Bueno, no exactamente. Es preciso tener licencias, contactos y conocimientos. Pero en esta habitación me siento como en el centro del mundo. En cualquier momento. La fortaleza y la vulnerabilidad van codo con codo.

Tras la exhibición, regresaron a la sala de estar.

—Quisiera ver la habitación de Sonja —pidió Wallander.

Hökberg lo condujo escaleras arriba, dejaron atrás un dormitorio que Wallander supuso pertenecería al niño llamado Emil, hasta que Hökberg señaló una puerta.

—Te esperaré abajo —aseguró—. A menos que necesites mi ayuda.

—No, gracias.

El sonido de los pesados pasos de Hökberg se atenuó hasta desaparecer por la escalera. Wallander abrió la puerta. La habitación tenía el techo abuhardillado y había una ventana entreabierta. Las cortinas, de un tejido fino, se mecían al viento. Wallander permaneció inmóvil e inspeccionó con calma el recinto. Sabía por experiencia lo importante que resultaba la primera impresión. En posteriores observaciones podían revelarse detalles escénicos imperceptibles a primera vista. Pese a todo, él siempre recurría en su conciencia a la primera impresión.

En aquella habitación vivía una persona cuya identidad él ansiaba conocer. La cama estaba hecha. Cojines de color rosa o de floridos estampados aparecían por doquier. Una de las paredes quedaba oculta por completo tras una estantería atestada de todo tipo de ositos de peluche. Una de las puertas del armario estaba cubierta por un espejo y, extendida sobre el suelo, había una gruesa y mullida alfombra. Bajo la ventana se alzaba una mesa de escritorio sobre cuyo tablero no había nada en absoluto. Wallander permaneció largo tiempo en el umbral, observando la habitación. De modo que allí vivía Sonja Hökberg. Entró en la habitación, se arrodilló y miró bajo la cama. El suelo estaba sucio, pero en algún punto, un objeto había dibujado un rastro en el polvo. Wallander se estremeció ante la sospecha de que aquél había sido, a todas luces, el lugar donde la chica había ocultado el martillo. Se incorporó para sentarse sobre el borde de la cama, que era de una dureza sorprendente. Entonces, se aplicó la mano a la frente intuyendo que la fiebre había vuelto a subir; la garganta aún estaba inflamada, pero el frasco de pastillas seguía en su bolsillo. Se puso en pie con la intención de abrir los cajones del escritorio. Comprobó que ninguno de ellos estaba cerrado con llave. Ni siquiera halló una para cerrarlos. No podía decir qué estaba buscando, tal vez un diario, una fotografía… Pero nada de lo que descubrió en los cajones atrajo su atención. De nuevo tomó asiento sobre la cama y se entregó a rememorar su encuentro con Sonja Hökberg.

La sensación se había manifestado de forma inmediata, ya en el umbral de la puerta.

Allí había algo que no encajaba. Sonja Hökberg y su habitación no encajaban. Por más que se esforzaba, era incapaz de imaginársela allí, entre aquella multitud de ositos de color rosa. Pese a todo, era su habitación, de modo que trató de dilucidar qué podía significar aquello. ¿Qué versión era más fiel a la verdad? ¿La de la Sonja Hökberg con la que él se entrevistó en la comisaría, o tal vez la de la propietaria de aquel dormitorio, en el que un martillo ensangrentado había yacido oculto bajo la cama?

Rydberg le había enseñado a escuchar, hacía ya muchos años. Cada habitación tiene su forma de respirar. Debes aplicar el oído. Una habitación es capaz de desvelar buena parte de los secretos de la persona que la habita.

Al principio, Wallander había albergado serias dudas acerca de la eficacia del consejo de Rydberg. Sin embargo, con el paso del tiempo, comprendió que el viejo colega le había transmitido una valiosísima enseñanza.

Wallander empezaba a sufrir un fuerte dolor de cabeza y sentía un tremendo zumbido en las sienes. Se levantó de nuevo para mirar, en esta ocasión, en el interior del armario. Ropa en las perchas, zapatos en el suelo. De hecho, no había allí más que zapatos y un oso de peluche algo maltrecho. En la cara interna de la puerta del armario había fijado un cartel con un fotograma de la película El abogado del diablo, en que Al Pacino interpretaba el papel protagonista. Wallander recordaba haberlo visto actuar en El padrino. Cerró luego la puerta y se sentó en la silla que había ante el escritorio, desde la cual podía observar la habitación desde otra perspectiva.

«Aquí falta algo», resolvió. Recordaba el aspecto de la habitación de Linda cuando era adolescente. Cierto que había peluches, pero lo que primaba eran las fotografías de los ídolos sagrados, a veces modificados pero siempre presentes bajo alguna forma.

En la habitación de Sonja Hökberg no había nada. Tenía diecinueve años y tan sólo un cartel de una película dentro del armario.

Wallander permaneció sentado todavía unos minutos antes de abandonar la habitación y descender los peldaños de la escalera. Erik Hökberg lo aguardaba en la sala de estar. Wallander le pidió un vaso de agua y se tomó las pastillas mientras Hökberg lo observaba inquisitivo.

—¿Has encontrado algo?

—Bueno, sólo quería echar un vistazo.

—¿Qué va a ocurrirle?

Wallander hizo un gesto con la cabeza.

—Tiene la mayoría de edad de responsabilidad penal y ha confesado, de modo que no va a tenerlo fácil.

Hökberg no hizo ningún comentario, pero Wallander notó que estaba sufriendo.

El inspector anotó el número de teléfono de la cuñada del hombre, en Höör.

A continuación abandonó la casa. El viento había arreciado en oleadas que iban y venían. Emprendió el regreso a la comisaría, aunque se encontraba bastante mal. Después de la conferencia de prensa, se marcharía a casa y se metería en la cama.

Cuando cruzó las puertas de la comisaría y entró en la recepción, Irene le hizo señas de que se acercase. Wallander la notó algo pálida.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió el inspector.

—No lo sé —repuso ella—, pero han estado buscándote. Y, como de costumbre, no llevabas el móvil.

—¿Quién ha estado buscándome?

—Todos.

Wallander perdió la paciencia.

—¿Quiénes son todos? ¿No puedes ser un poco más precisa?

—Martinson y Lisa.

Wallander se dirigió al despacho de Martinson, donde también halló a Hanson.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó de nuevo el inspector.

—Sonja Hökberg ha huido —lo informó Martinson.

Wallander fijó en él una mirada incrédula.

—¿Que ha huido?

—Hace menos de una hora. Todo el personal disponible está fuera entregado a su búsqueda. Pero parece haberse esfumado.

Wallander observaba a sus colegas.

Después, tras quitarse el chaquetón, tomó asiento.

## 

## 6

A Wallander no le llevó muchos minutos forjarse una idea clara de la situación.

Alguien había tenido una actitud negligente. De modo flagrante, alguien había contravenido todas las normas profesionales. Y, sobre todo, alguien había olvidado que Sonja Hökberg no era sólo una chica joven cuyo semblante inspiraba confianza sino que, hacía tan sólo unos días, había cometido un brutal asesinato.

El desarrollo de los acontecimientos no fue difícil de reconstruir. En efecto, Sonja Hökberg acababa de mantener una conversación con su abogado y debía ser conducida de nuevo a la celda. Mientras aguardaba, preguntó si podía ir a los servicios y al salir descubrió que el agente de guardia que la había acompañado le volvía la espalda al tiempo que charlaba con otro que se hallaba dentro de un despacho. De modo que la joven comenzó a alejarse del agente. Por el camino, nadie intentó detenerla, por lo que pudo pasar tranquilamente por la recepción y ganar la calle sin el menor inconveniente. Nadie la había visto. Ni siquiera Irene. Transcurridos cinco minutos, el agente de guardia entró en los servicios y comprobó que Sonja Hökberg no se encontraba allí. Volvió entonces a la habitación en la que se había entrevistado con su abogado y no dio la alarma hasta que comprendió que la muchacha no había vuelto. A aquellas alturas, Sonja Hökberg ya había dispuesto de diez minutos para desaparecer. Y fueron más que suficientes.

Wallander rugía retorciéndose de rabia en su interior. Volvía a dolerle la cabeza.

—He movilizado a todo el personal disponible —explicó Martinson—. Y he llamado a su padre. Me dijo que acababas de marcharte. ¿Averiguaste algo que pueda ayudarte a imaginar hacia dónde se dirige?

—Su madre está en Höör, en casa de una hermana —anunció al tiempo que le tendía a Martinson la nota con el número de teléfono.

—Pues hasta allí no puede ir a pie —observó Hanson.

—Ya, pero Sonja Hökberg tiene permiso de conducir —les recordó Martinson con el auricular contra la oreja—. Puede hacer autoestop o robar un coche.

—Bueno, lo más importante es que hablemos con Eva Persson —señaló Wallander—. De inmediato. Me da igual que sea menor de edad. Tiene que contarnos lo que sabe.

Hanson salía del despacho cuando, en la misma puerta, estuvo a punto de chocar con Lisa Holgersson. La comisaria jefe venía de una reunión que se estaba celebrando a las puertas de la comisaría y acababa de enterarse de que Sonja Hökberg se había dado a la fuga. Mientras Martinson hablaba por teléfono con su madre, Wallander le explicó cómo suponían que se había producido la fuga.

—¡Esto es inadmisible! —exclamó una vez que Wallander hubo concluido.

Lisa Holgersson estaba indignada. Y a Wallander le gustó, pues pensó enseguida en cómo su anterior jefe, Björk, habría empezado a inquietarse por el modo en que su propia imagen hubiese podido quedar deteriorada.

—Es inadmisible que ocurran estas cosas —repitió Wallander—. Pero ha ocurrido. Lo más importante es, pese a todo, dar con ella cuanto antes. Ya veremos después cuáles son las normas rutinarias que se han infringido. Y a quién debemos responsabilizar.

—¿Crees que cabe la posibilidad de que cometa un nuevo ataque violento?

Wallander pensó un poco antes de responder. Recreaba la imagen de aquella habitación repleta de muñecos de peluche.

—La información que poseemos sobre ella es mínima —admitió—. Pero no creo que sea del todo descabellado pensar que sí.

En ese momento, Martinson colgó el auricular.

—Bien, ya he hablado con la madre —declaró—. Y con los colegas de Höör, de modo que allí ya están al corriente.

—Pues yo no creo que ninguno de nosotros esté realmente al corriente —objetó Wallander—. Pero, en cualquier caso, quiero encontrar a esa chica lo antes posible.

—¿Creéis que tenía planeada la huida? —inquirió Lisa Holgersson.

—Según el agente de guardia, no es ése el caso —aclaró Martinson—. Yo creo que aprovechó la oportunidad en cuanto se le presentó.

—Por supuesto que lo había planeado —se opuso Wallander—. Estaba alerta a la menor ocasión. Ella quería salir de aquí. ¿Alguien ha hablado con el abogado? Tal vez él pueda ayudarnos.

—Pues yo no creo que haya tenido mucho tiempo de pensar en lo ocurrido —objetó Martinson—. De hecho, se marchó tan pronto como hubo finalizado la entrevista con ella.

Wallander se puso en pie.

—Yo hablaré con él.

—¿Y la conferencia de prensa? —quiso saber Lisa Holgersson—. ¿Qué hacemos?

Wallander miró su reloj de pulsera. Eran las once y veinte minutos.

—Se celebrará en el momento fijado pero me temo que, por más que nos pese, no nos quedará más remedio que darles la noticia.

—Supongo que mi presencia será necesaria —comentó Lisa Holgersson.

Wallander no replicó sino que se dirigió a su despacho. Le zumbaba la cabeza.

Y le dolía la garganta al tragar.

«Debería estar en casa guardando cama», se dijo. «En lugar de andar por ahí persiguiendo a jovencitas que se dedican a matar a los taxistas a golpes».

En uno de los cajones de su escritorio encontró unos pañuelos de papel que usó para enjugarse el sudor del pecho. Tenía fiebre y transpiraba copiosamente. Después llamó al abogado Lötberg y le refirió lo sucedido.

—¡Vaya! Eso sí que ha sido algo imprevisible —aseguró Lötberg una vez que Wallander hubo terminado.

—Sí, pero sobre todo ha sido nefasto —precisó Wallander—. ¿Podrás ayudarme?

—La verdad, no lo creo. Estuvimos hablando de lo que iba a suceder y le recomendé que tuviese paciencia.

—¿Está en condiciones de ser paciente?

Lötberg reflexionó un instante antes de pronunciarse.

—Si he de ser sincero, no lo sé. No es fácil comunicarse con ella. A juzgar por las apariencias, estaba tranquila, pero ignoro qué se oculta bajo esa imagen.

—¿No mencionó que tuviese novio o alguien que pudiese venir a visitarla?

—No.

—¿Nadie en absoluto?

—No. Tan sólo preguntó por Eva Persson.

Wallander prosiguió, tras haber meditado la siguiente pregunta.

—¿No quiso saber de sus padres?

—Pues, la verdad, no dijo nada.

A Wallander le resultó muy llamativo. Tan extraño como su habitación. Todo aquello no hacía sino fortalecer su sensación de que había algo misterioso en torno a la persona de Sonja Hökberg.

—Como es natural, si se pusiera en contacto conmigo, yo os llamaría de inmediato —prometió Lötberg.

En ese punto, finalizaron la conversación. En la memoria de Wallander seguía patente la imagen de la habitación de la joven. «Es la habitación de una niña pequeña», concluyó. «No la de una joven de diecinueve años. Un dormitorio apropiado para una niña de diez. Es decir, que la habitación dejó de crecer, mientras que Sonja se hacía mayor».

En realidad, era incapaz de precisar las consecuencias de su razonamiento; pero estaba convencido de que era importante.

A Martinson no le llevó ni media hora preparar el encuentro entre Eva Persson y Wallander, que quedó perplejo al ver a la muchacha. En efecto, era de baja estatura y no aparentaba más de doce años. Observó con atención sus manos, pero, por más que se esforzaba, no logró imaginársela sosteniendo un cuchillo que, además, fue a clavar con violencia en el pecho de un semejante. Pero no tardó en descubrir que existía una característica de su persona que recordaba a la de Sonja Hökberg. En un primer momento, no pudo identificar cuál podía ser el rasgo común. Pero lo detectó enseguida.

Eran los ojos, la misma indiferencia en la mirada.

Martinson los dejó solos. Wallander habría preferido contar con la presencia de Ann-Britt Höglund durante la entrevista con Eva Persson, pero la colega se encontraba fuera coordinando las acciones de búsqueda de Sonja Hökberg con objeto de potenciar al máximo su eficacia.

La madre de Eva Persson, que también estaba presente, tenía los ojos enrojecidos. Wallander experimentó enseguida un profundo sentimiento de compasión hacia ella, atormentado él mismo ante la idea de lo que la mujer estaría pasando en aquellos momentos.

No obstante, fue derecho al grano.

—Sonja se ha fugado. Así que quiero que me digas si sabes adónde ha podido ir. Piénsalo bien antes de responder, y hazlo con total sinceridad. ¿Entendido?

Eva Persson asintió.

—Bien, en ese caso, ¿adónde crees que ha podido irse?

—Pues supongo que se habrá marchado a casa. ¿Adónde, si no?

Wallander fue incapaz de dilucidar si la respuesta de la joven era sincera o si respondía a un alarde de soberbia. Por otro lado, el dolor de cabeza le impedía controlar su impaciencia.

—Si se hubiese marchado a casa, ya la habríamos atrapado —explicó en un tono de voz tan elevado que la madre de la joven se encogió en la silla.

—No sé dónde puede estar.

Wallander abrió un bloc escolar.

—¿Quiénes son sus amigos? ¿Con quién suele salir? ¿Conoce a alguien que tenga coche?

—Solemos salir juntas, las dos solas.

—Ya, pero, debe de tener otros amigos.

—Bueno, Kalle.

—¿Cuál es su apellido?

—Ryss.

—¿De verdad se llama Kalle Ryss?

—Sí.

—No quiero oír ni una sola palabra que no sea verdad, ¿está claro?

—¿Por qué coño me gritas, viejo de mierda? Te digo que se llama así, Kalle Ryss.

Wallander estuvo a punto de explotar, pues no le agradaba lo más mínimo que lo llamasen «viejo».

—¿Y quién es?

—Hace windsurfing y pasa la mayor parte del tiempo en Australia, pero ahora está en Suecia y trabaja con su padre.

—¿Dónde?

—Tienen una herrería.

—Así que Kalle es uno de los amigos de Sonja.

—Bueno, estuvieron saliendo.

Wallander siguió con sus preguntas, pero a Eva Persson no se le ocurría ninguna otra persona con la que Sonja hubiese podido ponerse en contacto. Tampoco sabía adonde había podido encaminarse. En un último esfuerzo por obtener algún dato del que partir, Wallander dirigió sus preguntas a la madre de Eva Persson.

—Yo no la conocía —confesó la mujer en un tono tan bajo que Wallander se vio obligado a inclinarse sobre la mesa para descifrar sus palabras.

—¡Cómo! ¿No conocías a la mejor amiga de tu hija?

—No, no me gustaba.

Veloz como un rayo, Eva Persson se volvió y golpeó a su madre en el rostro. Todo ocurrió tan deprisa que Wallander no tuvo tiempo de reaccionar. La mujer empezó a gritar mientras Eva Persson no cesaba de golpearla al tiempo que profería a gritos palabras soeces. Wallander recibió un mordisco en la mano, pero logró al fin, no sin esfuerzo, separar a Eva Persson de su madre.

—¡Saca de aquí a esta vieja! —estalló la niña—. ¡No quiero verla más!

En ese preciso momento, Wallander perdió el control. Y propinó a Eva Persson una fuerte bofetada. El golpe fue tan intenso que la chica cayó de espaldas. Wallander salió trastabillando de la sala, con la mano dolorida. Lisa Holgersson, que encaminaba hacia ellos su paso apresurado, clavó una mirada atónita en el espectáculo que se ofrecía a su vista.

—Pero… ¿qué ha pasado aquí?

Wallander no respondió. Simplemente, se miraba la mano, que le ardía tras el golpe.

Ahora bien, ninguno de ellos había reparado en el periodista de un diario vespertino que había llegado con tiempo a la conferencia de prensa. Durante el tumulto y provisto de una pequeña y discreta cámara fotográfica, había accedido inadvertido hasta el lugar de los hechos. Una vez allí, tomó varias fotografías sin dejar de anotar cuanto vio y oyó. Un sustancioso titular comenzó a fraguarse en su mente. Satisfecho, regresó veloz a la recepción.

La conferencia de prensa no comenzó hasta media hora más tarde de lo previsto. Lisa Holgersson conservó hasta el último minuto la esperanza de que alguna patrulla hubiese encontrado a Sonja Hökberg antes de comenzar. Pero Wallander, que no se había hecho la menor ilusión al respecto, quería respetar la hora acordada desde un principio. Esto se debía en parte al hecho de que consideraba que Lisa Holgersson estaba equivocada. Sin embargo y en la misma medida, era consecuencia del resfriado en el que estaba ya a punto de caer de lleno.

Al final logró convencerla de que no había motivo alguno por el que seguir esperando. Por otro lado, la hizo reparar en el detalle de que, con el retraso, sólo conseguirían poner nerviosos a los periodistas y, de hecho, las cosas estaban ya bastante difíciles.

—¿Y qué quieres que les diga? —inquirió antes de entrar en la gran sala de reuniones en que iba a celebrarse la conferencia de prensa.

—Nada —repuso Wallander—. Yo me ocuparé. Tan sólo quiero tu presencia y tu apoyo.

Wallander entró a los servicios y se enjuagó la cara con agua fría antes de entrar en la sala. Una vez allí, se sobresaltó: en efecto, había muchos más periodistas de los que él había imaginado. Subió a la tarima seguido de cerca por su jefa. Una vez que hubieron tomado asiento, Wallander echó una ojeada a la concurrencia. Algunos de los rostros le resultaban familiares y conocía incluso el nombre de unos cuantos periodistas, pero la mayor parte de ellos le eran totalmente desconocidos.

«¿Qué digo yo ahora?», se preguntó. «Por más que uno se lo proponga al final nunca contamos toda la verdad».

Lisa Holgersson dio la bienvenida a los periodistas antes de ceder la palabra a Wallander.

«¡Cómo odio todo esto!», exclamó en silenciosa resignación. «No es que no me gusten, es que, por muy necesarios que sean, odio estos encuentros con los medios de comunicación».

Contó mentalmente hasta tres, antes de comenzar.

—Hace unos días, un taxista resultó atracado y agredido aquí en Ystad. Como ya sabéis, falleció, por desgracia, a causa de las heridas. Hemos podido relacionar con el delito a dos personas que, además, se han confesado culpables. Dado que uno de los delincuentes es menor de edad, no podemos dar su nombre en esta conferencia de prensa.

Uno de los periodistas alzó la mano.

—¿Por qué dices «uno de los delincuentes», cuando sabemos que se trata de dos muchachas?

—Ya lo explicaré más tarde, si tienes un poco de paciencia —atajó Wallander.

Era un periodista joven y tenaz.

—La conferencia de prensa estaba prevista para la una, y ya es más de la una y media. ¿No tiene la policía ningún respeto por nuestro tiempo?

Wallander pasó por alto la pregunta con un largo silencio elocuente.

—En otras palabras, se trata de un homicidio —prosiguió—. En concreto, robo y agresión con resultado de muerte. En realidad, no hay razón alguna para ocultar que fue un crimen especialmente brutal y despiadado. Por lo que, claro está, resulta bastante satisfactorio el que hayamos aclarado lo acontecido con tanta rapidez.

Dicho esto tomó aliento, pues se sentía como si estuviese a punto de sumergirse en un mar sin saber si había escollos ocultos.

—Por desgracia, la situación se ha complicado por la huida de una de las acusadas. Aunque, por descontado, esperamos poder atraparla en breve.

Un profundo silencio reinó en la sala durante un segundo, transcurrido el cual todas las preguntas se sucedieron en aluvión.

—¿Cómo se llama la acusada que se ha fugado?

Wallander miró inquisitivo a Lisa Holgersson, que asintió enseguida.

—Sonja Hökberg.

—¿De dónde escapó?

—De aquí, de la comisaría.

—¿Cómo pudo suceder tal cosa?

—En estos momentos estamos investigando cómo ocurrió.

—¿Qué quiere decir eso, exactamente?

—Pues exactamente lo que acabo de decir, que estamos investigando cómo pudo huir Sonja Hökberg.

—Es decir, que quien ha huido de la comisaría es una mujer peligrosa.

Wallander vacilaba, pero al final convino.

—Así es. Aunque no es del todo seguro que lo sea.

—A ver, convendrás conmigo en que o bien es peligrosa, o bien no lo es. ¿No puedes pronunciarte en un sentido o en otro?

Entonces, y por enésima vez aquel día, Wallander perdió el control. Deseaba acabar con todo aquello lo antes posible para irse a casa y meterse en la cama.

—Siguiente pregunta.

Pero el periodista no se rendía.

—Quiero una respuesta: ¿es peligrosa o no?

—Acabo de darte la única respuesta que puedo ofrecer. Siguiente pregunta.

—¿Va armada?

—No, que nosotros sepamos.

—¿Cómo fue asesinado el taxista?

—Con un cuchillo y un martillo.

—¿Habéis encontrado las armas del crimen?

—Sí.

—¿Podemos verlas?

—No.

—¿Por qué no?

—Por razones técnicas de la investigación. Siguiente pregunta.

—¿Está en búsqueda y captura a escala nacional?

—Por el momento, es suficiente con la alarma regional. Es cuanto teníamos que decir por ahora.

El modo en que Wallander dio a entender que daba por finalizada la conferencia de prensa fue acogido con airadas protestas. El inspector sabía que al auditorio le quedaban aún un sinnúmero de preguntas más o menos importantes por formular. No obstante, se puso en pie al tiempo que casi arrancaba a Lisa Holgersson de su silla.

—¡Hemos terminado! —casi gritó.

—¿No deberíamos quedarnos un poco más? —musitó Lisa Holgersson.

—Sí, pero entonces tendrás que encargarte tú. Ya les hemos dicho cuanto necesitan saber. De todos modos, ellos suelen arreglárselas para rellenar lo que les falta sin ayuda.

La radio y la televisión querían hacer algunas entrevistas, de modo que Wallander se abrió paso como pudo a través de una multitud de cámaras y micrófonos.

—Esto te lo dejo a ti —declaró mirando a Lisa Holgersson—. O díselo a Martinson. Yo tengo que irme a casa.

Ya habían alcanzado el pasillo y Lisa Holgersson lo miró sin comprender.

—¿A casa?

—Si lo deseas, te doy permiso para que me pongas la mano en la frente. Estoy enfermo. Tengo fiebre. Aquí hay otros policías que pueden dedicarse a buscar a Sonja Hökberg y contestar a todas esas malditas preguntas.

Y, dicho esto, la dejó allí sin aguardar respuesta. «No estoy haciéndolo bien», se recriminó. «Debería permanecer aquí e imponer algo de orden en este caos. Pero en estos momentos me siento incapaz».

Así pues, entró en su despacho, y no había terminado de ponerse el chaquetón cuando llamó su atención una nota que había sobre la mesa y en la que reconoció la letra de Martinson.

«Según los médicos, Tynnes Falk murió de causas naturales. No hay delito. Es decir, que podemos archivar el caso».

A Wallander le llevó varios segundos caer en la cuenta de que la nota se refería al hombre que había sido hallado muerto ante un cajero de la zona comercial.

«Vaya, un problema menos», se dijo aliviado.

Abandonó la comisaría por el garaje, con objeto de evitar toparse con algún periodista. Soplaba un recio viento al que opuso resistencia mientras, encogido, se encaminaba hacia el coche. Cuando, ya en el interior del vehículo, giró la llave del contacto, no sucedió nada. Lo intentó varias veces, pero el motor no reaccionó.

Desabrochó el cinturón de seguridad y salió del automóvil sin molestarse en cerrarlo con llave. De camino hacia la calle de Mariagatan, recordó de pronto el libro que había prometido ir a recoger en la librería. Pero resolvió que aquello podía esperar. Todo podía esperar. Lo único que deseaba hacer en aquellos momentos era dormir.

Cuando despertó, lo hizo como si, en precipitada carrera, pretendiese huir de una ensoñación.

En el sueño se vio a sí mismo otra vez en la conferencia de prensa que se celebraba en la casa adosada donde vivía Sonja Hökberg. Wallander no fue capaz de responder a una sola de las preguntas de los periodistas. Después vislumbró, de repente, la figura de su padre que, impasible, se había acomodado entre las cámaras de televisión para pintar su recurrente motivo del paisaje otoñal.

Entonces, despertó. Permaneció tumbado inmóvil y atento. El viento golpeteaba presionando los cristales de la ventana. Volvió la cabeza y comprobó en el reloj de la mesita que eran las seis y media. Había estado durmiendo durante casi cuatro horas. Intentó tragar saliva, pero notó que la garganta seguía inflamada y dolorida. Sin embargo, parecía que le había bajado la fiebre. Supuso que aún no habrían dado con el paradero de Sonja Hökberg. De lo contrario, le habrían avisado por teléfono. Se levantó y se dirigió a la cocina, donde halló la nota en la que había apuntado que debía comprar jabón y a la que añadió el libro que tenía que recoger en la librería. Se preparó algo de té y buscó, aunque en vano, un limón en su frigorífico. En efecto, en el cajón de las verduras no había más que unos tomates ya sin color y un pepino medio podrido que arrojó a la basura. Se fue a la sala de estar, con la taza de té en la mano. Había polvo acumulado en todos los rincones, de modo que volvió a la cocina y anotó también las bolsas para la aspiradora.

En realidad, lo que debía hacer era, por supuesto, comprar una aspiradora nueva.

Atrajo hacia sí el teléfono y marcó el número de la comisaría. Hanson fue el único a quien pudo localizar.

—¿Qué tal va la cosa?

—No hay ni rastro de ella —declaró Hanson con un eco de cansancio en la voz.

—¿No la ha visto nadie?

—Nada. El director general ha llamado para preguntar qué ha sucedido y cómo ha podido suceder.

—Ya me lo imagino. Pero yo sugiero que nos despreocupemos de ello, por ahora.

—Me dijeron que estabas enfermo.

—Mañana ya estaré bien.

Hanson lo puso al corriente del modo en que se había organizado la búsqueda, que Wallander aceptó sin objeciones. Habían dado la alarma regional y la nacional estaba preparada. Hanson le prometió que lo llamaría en cuanto se produjese alguna novedad.

Finalizada la conversación, Wallander se hizo con el mando a distancia del televisor, persuadido de que, al menos, le convendría ver los informativos. No le cabía la menor duda de que la huida de Sonja Hökberg sería la noticia protagonista de la siguiente emisión del canal regional Sydnytt. Tal vez incluso la estimasen digna de ser tratada en el ámbito nacional. No obstante, volvió a dejar el control remoto sobre la mesa y puso el disco de La Traviata, de Verdi. Acto seguido, se tendió en el sofá y cerró los ojos. Lo asaltaron entonces las imágenes de Eva Persson y de su madre, la imprevista reacción violenta de la chica y la imperturbabilidad de su mirada… En ese momento, sonó el teléfono. Se incorporó, bajó el volumen de la música y atendió la llamada.

—¿Kurt?

Reconoció la voz en el acto. Era Sten Widén, el más antiguo de sus escasos amigos.

—¡Vaya! ¡Cuánto tiempo!

—Sí, como siempre que hablamos. ¿Qué tal te encuentras? Me dijeron en la comisaría que estabas enfermo.

—¡Bah! Un dolor de garganta. Nada del otro mundo.

—Pues yo había pensado que podíamos quedar.

—Ya, bueno, no es éste el mejor momento. ¿No has visto las noticias?

—Ya sabes que yo ni veo las noticias ni leo los periódicos, salvo los resultados de las carreras de caballos y el tiempo.

—Tenemos a una persona huida y debo dar con su paradero y atraparla. Cuando lo haya conseguido, podremos vernos.

—Bueno, el caso es que pensaba despedirme.

Wallander sintió que se le hacía un nudo en el estómago. ¿Estaría enfermo su amigo? Tal vez la bebida hubiese destrozado su hígado por completo.

—¿Cómo que pensabas despedirte? ¿Y eso por qué?

—Quiero vender el picadero y largarme de aquí.

En efecto, durante los últimos años, Sten Widén había manifestado en múltiples ocasiones su deseo de romper con todo. La finca que había heredado de su padre había ido convirtiéndose paulatinamente en una inevitable carga cada vez menos rentable. Durante las largas noches en que se reunían, Wallander había sido testigo de sus sueños de comenzar una nueva vida antes de que la edad se lo impidiese. Wallander nunca se tomó los sueños de Widén más en serio que los suyos propios. Pero era evidente que se había equivocado. Cuando estaba ebrio, su amigo era capaz de exagerar hasta el extremo. Mas ahora parecía sobrio y lleno de energía, y el habitual tono de desidia de su voz sonaba ahora distinto.

—¿Hablas en serio?

—Así es. Salgo de viaje.

—¿Adónde?

—Eso aún no lo he decidido. Pero me iré pronto.

El nudo en el estómago había cedido ya a un sentimiento de envidia. No en vano, los sueños de Sten Widén habían resultado ser más viables que los suyos propios.

—Iré a verte en cuanto pueda. En el mejor de los casos, dentro de un par de días.

—Estaré en casa.

Tras aquella conversación, a Wallander le sobrevino una apatía total y prolongada. No podía negar hasta qué punto envidiaba a su amigo. Sus propias ilusiones de romper un día con la profesión de policía se le antojaban remotas. Y él jamás sería capaz de emprender lo que Sten Widén estaba a punto de llevar a cabo con su vida.

Apuró el resto del té y llevó la taza a la cocina. El termómetro que tenía fijado en el marco de la ventana indicaba que estaban a un grado de temperatura. Hacía demasiado frío para ser primeros de octubre.

Volvió al sofá. La música era apenas perceptible. De nuevo tomó el control remoto, que dirigió hacia el equipo de música.

En ese preciso momento, se fue la luz.

Al principio creyó que podía tratarse de un fusible. Sin embargo, cuando, a tientas, logró alcanzar la ventana, comprobó que las farolas de la calle también estaban apagadas.

Decidió regresar al sofá, dispuesto a aguardar sumido en la oscuridad.

Wallander ignoraba, ciertamente, que una gran parte de Escania había quedado a oscuras.

## 

## 7

Olle Andersson estaba durmiendo. Y sonó el teléfono.

Cuando intentó encender la lámpara de la mesilla, comprobó que no había luz. Entonces comprendió el significado de la llamada. Encendió la potente linterna que siempre tenía junto a la cama y tomó el auricular. Tal y como había supuesto, la llamada procedía de la central de suministro energético Sydkraft, que contaba con la presencia de personal especializado las veinticuatro horas. El autor de la llamada era Rune Ågren que, como Olle Andersson ya sabía, tenía el turno de guardia aquella noche del 8 de octubre. Era oriundo de Malmö, llevaba más de treinta años trabajando para diversas empresas de suministro energético y el año siguiente sería el de su jubilación. Ågren fue derecho al grano.

—Tenemos caída de tensión y corte de suministro eléctrico en una cuarta parte de Escania.

Olle Andersson no salía de su asombro. En efecto, si bien los vientos habían empezado a soplar hacía ya unos días, no habían alcanzado la velocidad suficiente como para que pudiese calificárselos de huracanados.

—A saber qué coño ha pasado —continuó Ågren—. Algo ha fallado en la unidad de transformadores situada a las afueras de Ystad, así que ya puedes vestirte y salir hacia allá como un rayo.

Olle Andersson conocía la urgencia del problema pues, en la compleja red de suministro a través de la cual la electricidad se distribuía por zonas urbanas y rurales, la unidad de transformadores de Ystad constituía, precisamente, uno de los nodos principales. De modo que si algo fallaba en aquella unidad, una gran parte de Escania se quedaba sin suministro eléctrico. Por supuesto que siempre había personal de guardia designado de antemano, por si se presentaba algún imprevisto en la red, justo aquella semana, la responsabilidad sobre el distrito de Ystad había recaído sobre Olle Andersson.

—¡Vaya! Me había dormido —confesó—. ¿Cuándo se produjo el corte?

—Hace catorce minutos. Nos llevó un buen rato localizar el fallo. Ya puedes darte prisa. Por si fuera poco, a la policía de Kristianstad le ha fallado también el generador de reserva, así que las instalaciones de alarma están fuera de servicio.

Olle Andersson era muy consciente de las consecuencias que aquello podía tener, de modo que colgó el auricular y comenzó a vestirse. Berit, su mujer, se había despertado.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que salir. Media Escania está sumida en las sombras.

—¿Tan fuerte sopla el viento?

—No, la causa debe de ser otra. Duérmete, anda.

Linterna en mano, bajó la escalera. Puesto que vivía en Svarte llevaría unos veinte minutos llegar a la unidad de transformadores de Ystad. Se puso la ropa de abrigo sin dejar de preguntarse qué podía haber sucedido.

Ni que decir tiene que también lo inquietaba la posibilidad de que la avería fuese tan complicada de reparar que no pudiese restablecer la normalidad él solo. Si la zona afectada por el corte de corriente era lo suficientemente amplia, tendría que recuperar la tensión lo antes posible.

Cuando salió al jardín, se encontró con que el viento soplaba con violencia. Pese a ello, tenía la certeza de que no había sido el viento el causante de los daños. Se metió en el coche, un auténtico taller ambulante, encendió el transmisor por radio y llamó a Ågren.

—Voy para allá.

Diecinueve minutos más tarde, se hallaba ante la unidad de transformadores. Todo estaba sumido en la más absoluta oscuridad. Cada vez que aquello ocurría, cada vez que se producía un corte de corriente y que él salía para localizar y reparar la avería, lo asaltaba el mismo pensamiento: hacía no más de cien años, aquella oscuridad compacta era lo natural. De hecho, la electricidad lo había transformado todo. En la actualidad, no quedaba ninguna persona viva que pudiese recordar cómo transcurría la existencia entonces. Sin embargo, solía añadir a su reflexión, la sociedad también se había vuelto más vulnerable. Así, si las cosas venían mal, un simple fallo en uno de los nodos fundamentales del suministro energético podía poner en peligro a medio país.

—Ya estoy aquí —anunció.

—Pues date prisa —lo apremió Ågren.

La unidad de transformadores se encontraba en medio de una plantación y estaba rodeada de una alta valla, provista de numerosas señales que advertían de que el acceso no sólo estaba prohibido a toda persona no autorizada, sino que, además, comportaba peligro de muerte. Con varios manojos de llaves en las manos, se encogió para protegerse del fuerte viento. Se había puesto unas gafas de fabricación propia en las que, en lugar de lentes, había colocado un par de pequeñas y potentes linternas sobre los ojos. Buscó hasta localizar el manojo que necesitaba y, al llegar a la verja, se detuvo en seco. En efecto, había sido forzada y abierta. Echó un vistazo a su alrededor, pero no vio ningún coche y tampoco vislumbró a nadie. Tomó de nuevo el transmisor y llamó a Ågren.

—La cerradura de la verja está forzada y abierta —anunció.

Ågren tenía cierta dificultad en entender sus palabras a causa del viento, de modo que se vio obligado a repetir lo que acababa de decir.

—No parece que haya nadie, así que voy a entrar —continuó.

No era la primera vez que le ocurría que, al llegar a una unidad de transformadores, hallaba la verja forzada. En esos casos, siempre se presentaba una denuncia ante la policía que, en algunas ocasiones, lograba dar con los asaltantes. Con no poca frecuencia, se trataba de puras gamberradas cometidas por pandillas de jóvenes. Pero a veces habían comentado lo que podría ocurrir si alguien decidiese sabotear de verdad la red de suministro eléctrico. Él mismo había asistido en septiembre a una reunión en la que uno de los técnicos responsables de la seguridad en Sydkraft les había referido los proyectos de implantación de nuevas normas.

Volvió la cabeza. Puesto que también llevaba la linterna grande en la mano, eran tres los puntos de luz que danzaban sobre el esqueleto de acero de la unidad de transformadores. En el centro de las torres, había una pequeña caseta gris que constituía el núcleo de la estación. Se accedía a ella por una puerta de acero que se abría con dos llaves y que sólo podía forzarse con una fuerte carga explosiva. Él había marcado las llaves con cintas adhesivas de diversos colores. La llave con la cinta roja abría la verja. La amarilla y la azul, la puerta de acero. Miró de nuevo a su alrededor. Todo aparecía desierto. Tan sólo el silbido del viento quebraba el silencio. Comenzó a caminar, pero, tras haber avanzado varios pasos, se detuvo. Algo había llamado su atención. ¿Habría algo a su espalda? La voz entrecortada de Ågren surgió del transmisor que llevaba enganchado del chaquetón. Pero él no respondió. ¿Qué sería lo que lo había hecho detenerse? No había allí nada más que oscuridad. Al menos, nada que él pudiese divisar. Lo que sí había era un intenso olor. «Debe de venir de las plantaciones», supuso. «Algún agricultor que ha estado abonando los campos». Continuó así su avance en dirección a la caseta. El hedor no desaparecía. De repente, se paró en seco. La puerta de acero estaba abierta. Retrocedió unos pasos y tomó el transmisor.

—La puerta está abierta —anunció—. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo. ¿Qué significa eso de que está abierta?

—Pues lo que te acabo de decir.

—Pero ¿hay alguien ahí?

—No lo sé. El caso es que no parece forzada.

—Y, entonces, ¿cómo es que está abierta?

—No lo sé.

El silencio se adueñó también del transmisor. De pronto, experimentó una sensación de profunda soledad. La voz de Ågren se dejó oír de nuevo.

—¿Quieres decir que la han abierto con llave?

—Eso parece. Además, aquí huele muy raro.

—Tendrás que mirar a ver qué es. Y date prisa. Tengo a los jefes encima llamando como condenados para saber lo sucedido.

Así pues, respiró hondo y comenzó a caminar hasta llegar a la puerta. La abrió y enfocó la linterna hacia el interior. Una terrible pestilencia le azotó el rostro. Pero ya sabía lo que había ocurrido. El corte de electricidad que había sumido a Escania en tinieblas aquella noche de octubre lo había provocado un cadáver carbonizado que se extendía a sus pies entre las barras de alta tensión. En efecto, era una persona que había provocado la avería.

Reculó tambaleándose hasta salir de la caseta y llamó a Ågren.

—Hay un cadáver en la unidad de transformadores.

Ågren tardó unos segundos en responder.

—Repíteme lo que acabas de decir.

—Te digo que hay un cuerpo calcinado ahí dentro. Eso es lo que ha provocado el corte en la zona.

—Pero, no es posible…

—¡Ya me has oído! El dispositivo de protección del relé debe de haber fallado.

—Bien, en ese caso, llamaremos a la policía. Quédate donde estás. Tendremos que volver a conectar la red desde aquí.

La transmisión se cortó. Notó que todo su cuerpo comenzaba a temblar con violencia. Aquello era inexplicable. ¿Por qué iba nadie a entrar en una unidad de transformadores para quitarse la vida con una descarga eléctrica de semejante magnitud? Era como sentarse en la silla eléctrica.

Sentía un fuerte mareo y regresó al coche con la esperanza de evitar el vómito.

El viento soplaba racheado y a gran velocidad. Además, había empezado a llover.

La alarma alcanzó las tinieblas de la comisaría de Ystad poco después de la medianoche. El agente que atendió la llamada de Sydkraft anotó lo que se le decía e hizo una rápida valoración. Puesto que el cuadro incluía un cadáver, llamó a Hanson, que estaba de servicio aquella noche y que prometió acudir de inmediato. A la vacilante luz de la vela que tenía junto al teléfono, marcó el número de Martinson, que sabía de memoria. Tardó un buen rato en obtener respuesta, pues su colega estaba durmiendo y no se había percatado del corte eléctrico. Martinson escuchó con atención cuanto le transmitía Hanson y comprendió enseguida la gravedad de la situación. Concluida la conversación, fue tanteando las teclas del teléfono hasta componer otro número que no necesitaba consultar.

Wallander había caído vencido por el sueño en el sofá, mientras aguardaba que volviese la luz. Cuando el timbre del teléfono lo despertó, seguía rodeado de oscuridad. Al intentar descolgar el auricular, se le cayó el teléfono al suelo.

—Soy Martinson. Hanson acaba de llamar.

Wallander intuyó de inmediato que se trataba de algo grave y contuvo la respiración.

—Han hallado un cadáver en una de las instalaciones que Sydkraft tiene a las afueras de Ystad.

—¿Ha sido ésa la causa del corte?

—No lo sé, pero pensé que deberías estar al corriente de ello, aunque estés enfermo.

Wallander tragó saliva. El dolor de garganta persistía, pero ya no tenía fiebre.

—Tengo el coche estropeado, así que tendrás que venir a recogerme —advirtió el inspector.

—Me tendrás ahí dentro de diez minutos.

—Que sean cinco —lo apremió Wallander—. Ni uno más. Estamos sin luz en toda la zona.

Se vistió a tientas en la oscuridad y bajó a la calle, donde lo recibió una fina lluvia. Transcurridos siete minutos, apareció Martinson. Atravesaron la ciudad a oscuras hasta que localizaron a Hanson, que los aguardaba en una de las rotondas de salida de la ciudad.

—Es una de las unidades de transformadores, justo al norte del vertedero municipal —aclaró Martinson.

Wallander sabía dónde se encontraba el lugar. De hecho, había estado paseando por un bosque cercano hacía algunos años, cuando recibió la visita de Baiba.

—¿Qué es lo que ha ocurrido exactamente?

—No sé mucho más de lo que ya te he dicho. Recibimos una llamada de Sydkraft. Hallaron un cadáver cuando se disponían a reparar el corte del suministro.

—¿Qué sabemos del alcance de la avería?

—Según Hanson, afecta a casi una cuarta parte de Escania.

Wallander lo miró incrédulo, pues no era frecuente que un fallo en la red eléctrica alcanzase tal envergadura. Cierto que podía suceder en alguna ocasión, en épocas en que violentos vendavales azotaban la región o, como tras el otoño de 1969, cuando se desató el huracán, pero nunca con los vientos que soplaban ahora.

Cuando se desviaron de la carretera principal, la lluvia ya había arreciado, de modo que el limpiaparabrisas de Martinson trabajaba a toda potencia. Wallander lamentó no haberse puesto un impermeable, y tampoco podía ponerse las botas de agua, pues estaban en el maletero del coche, que había quedado estacionado junto a la comisaría.

Finalmente, Hanson frenó. A la luz de las linternas, Wallander vio a un hombre que les hacía gestos con las manos.

—Esto es una estación de alta tensión —observó Martinson—. Así que, si es cierto que alguien ha quedado carbonizado ahí dentro, no debe de ofrecer un espectáculo muy agradable.

Salieron a la intemperie. Allí, en campo abierto, el viento azotaba con más violencia. Cuando ganaron la caseta, hallaron a un hombre conmocionado. Wallander vio disipadas sus dudas de que en verdad hubiese acontecido algo grave.

—Está ahí dentro —señaló el hombre.

Wallander fue el primero en entrar. La intensidad de la lluvia que le castigaba el rostro le impedía ver con claridad. Martinson y Hanson se situaron a su espalda mientras el técnico, aterrado, se mantenía algo apartado.

—Ahí, ahí dentro —repitió el hombre ya ante la puerta de la unidad de transformadores.

—¿Hay algún transmisor de corriente que aún funcione? —inquirió Wallander.

—Ya no. Ya no hay nada.

Tomó la linterna que llevaba Martinson y la enfocó hacia el interior. Empezaba a percibir el olor. La pestilencia que emanaba de la carne humana carbonizada. Era un hedor al que no acababa de acostumbrarse, por más que lo hubiese experimentado en múltiples ocasiones en los casos de incendio en que las personas acababan ardiendo en el interior de los edificios. Una idea le pasó rauda por la mente: seguro que Hanson terminaría por vomitar, pues no soportaba el olor a cadáver.

El cuerpo estaba totalmente calcinado, ya sin rostro. Tenían ante sí un montón de hollín. Los restos humanos yacían atrapados entre cables y fusibles.

Se hizo a un lado, con el fin de que Martinson pudiese verlo.

—¡Joder! —gimió éste.

Wallander le ordenó a Hanson que llamase a Nyberg y que pidiese la intervención de todas las unidades.

—Por cierto que tendrán que traerse un generador, si quieren ver algo —advirtió.

Se volvió entonces a Martinson, antes de preguntar:

—¿Cómo se llama el hombre que descubrió el cadáver?

—Olle Andersson —declaró el colega.

—¿Y qué había venido a hacer aquí?

—Lo habían enviado de Sydkraft. Es uno de sus técnicos de emergencias, de los que están disponibles las veinticuatro horas, y esta noche estaba de guardia.

—Habla con él y procura que te dé las indicaciones horarias precisas. Y, sobre todo, no andéis pisándolo todo por aquí: ya sabes que Nyberg se pone frenético.

Martinson se llevó a Olle Andersson a uno de los coches. Una vez solo en el lugar de los hechos, el inspector se puso en cuclillas al tiempo que enfocaba la linterna hacia los restos humanos. Nada quedaba de la vestimenta y su aspecto era tal que Wallander creyó estar contemplando una momia, o un cuerpo de hacía mil años hallado en una turbera. Sólo que aquello era una unidad de transformadores moderna. Concentró sus esfuerzos en figurarse lo ocurrido. El corte de luz se había producido a eso de las once de la noche. Y ya era casi la una de la madrugada. Si aquella persona había sido la causante del cortocircuito, debía de haber ocurrido hacía dos horas, aproximadamente.

Se puso en pie, pero dejó la linterna sobre el suelo de cemento. ¿Qué había podido suceder? Una persona entra en una estación de transformadores apartada de la ciudad y provoca un corte en el suministro quitándose la vida. Wallander hizo un gesto con la cabeza. No, no podía ser así de sencillo. Las incógnitas se le acumulaban en la mente en precipitado tumulto. Se agachó entonces para recuperar la linterna y echó un vistazo a su alrededor. Lo único que podía hacer era aguardar la llegada de Nyberg.

Y, no obstante, se sentía presa del desasosiego. Dejó vagar la luz de la linterna sobre el cuerpo abrasado. Ignoraba la procedencia de aquella sensación y, sin embargo, le parecía reconocer en el cadáver algo que ya no se encontraba allí, pero que le había pertenecido.

Salió de la caseta y observó la imponente puerta de acero, pero no detectó en ella daño alguno, como tampoco había indicios de que hubiesen intentado forzar ninguna de las dos robustas cerraduras. Retrocedió sobre sus propios pasos para regresar al punto de partida, procurando pisar sólo donde la tierra estaba intacta y no presentaba huellas, llegar a la valla, inspeccionó con atención la verja, que sí aparecía forzada. ¿Qué podía significar aquello? La verja sí presentaba indicios de violencia, mientras que habían podido abrir la puerta de acero sin dañarla. Martinson se había acomodado en el coche del técnico reparador, en tanto que Hanson hablaba por teléfono desde el suyo. Wallander se sacudió el agua de lluvia antes de sentarse en el de Martinson. El motor estaba encendido y los limpiaparabrisas funcionaban a toda velocidad. Puso la calefacción más fuerte, pues le dolía la garganta. Y encendió después la radio, para escuchar un espacio informativo extraordinario que estaban emitiendo en aquellos momentos. Mientras prestaba atención al locutor, fue tomando conciencia de la gravedad de la situación.

Una cuarta parte de Escania carecía de suministro. Desde Trelleborg hasta Kristianstad, todo se hallaba sumido en la oscuridad. Los hospitales habían recurrido a sus propios generadores, pero en el resto de la zona la falta de corriente era absoluta. Entrevistaron a uno de los responsables de Sydkraft, quien informó de que la avería había sido localizada y que contaban con restablecer la situación en un plazo de media hora, aproximadamente, si bien algunas zonas se verían obligadas a esperar algo más.

«No creo que tengamos luz dentro de media hora», auguró Wallander, que, por otro lado, se preguntaba si el hombre al que estaban entrevistando tenía idea de lo ocurrido.

«Hay que avisar a Lisa Holgersson», se dijo al tiempo que tomaba el móvil de Martinson y marcaba el número. La comisaria jefe tardó en atender la llamada.

—Hola, aquí Wallander. Ya te habrás dado cuenta de que no hay luz, ¿verdad?

—¿Qué pasa? ¿Se ha producido un corte? No sé, estaba durmiendo.

Wallander le refirió lo esencial, que fue suficiente para hacerla despertar del todo.

—¿Quieres que vaya?

—Creo que deberías ponerte en contacto con Sydkraft para hacerles ver que este corte eléctrico llevará aparejada, sin remedio, una investigación policial.

—Pero ¿qué ha sucedido exactamente? ¿Ha sido suicidio?

—No lo sé.

—¿Puede tratarse de un sabotaje o una acción terrorista?

—Es pronto para juzgar. Lo cierto es que no podemos excluir ninguna posibilidad.

—Está bien, llamaré a Sydkraft. Mantenme informada.

Concluyeron la conversación y Wallander vio que Hanson se acercaba a la carrera bajo la lluvia. El inspector le abrió la puerta.

—Nyberg está en camino. ¿Qué aspecto tenía?

—No quedaba nada, ni el rostro…

Sin pronunciar palabra, Hanson se apresuró de nuevo bajo la lluvia en dirección a su coche.

Veinte minutos más tarde, Wallander atisbó en el espejo retrovisor las luces del coche de Nyberg. El cansancio se reflejaba en el rostro del técnico.

—Bien, ¿qué ha sucedido? Como de costumbre, Hanson se ha explicado de forma impenetrable.

—Tenemos un cadáver ahí dentro. Calcinado. Prácticamente reducido a cenizas.

Nyberg echó una ojeada a su alrededor.

—Sí, es lo que suele ocurrir cuando uno se quema por una descarga de alta tensión. ¿Es ésa la razón por la que nos hemos quedado a oscuras?

—Es lo más probable.

—¿Quiere eso decir que media Escania está pendiente de que yo termine con esto, para recuperar la normalidad?

—Bueno, no podemos tener en cuenta esta circunstancia. En cualquier caso, creo que están intentando restablecer el suministro, aunque no hayan empezado por aquí.

—Vivimos en una sociedad ciertamente vulnerable —sentenció Nyberg al tiempo que empezaba a movilizar al perito ayudante.

«¡Vaya! Eso mismo dijo Hökberg», recordó Wallander. «Que vivimos en una sociedad vulnerable. Sus ordenadores estarán fuera de servicio, si es que se dedica a teclear por las noches para ganarse el sueldo».

Nyberg trabajaba con su habitual rapidez y eficacia, como delataban los focos ya instalados y conectados al generador de traqueteo tan familiar. Wallander se había sentado en el coche con Martinson, que hojeaba sus notas.

—A ver, parece ser que recibió la llamada de uno de los responsables de la estación de Sydkraft llamado Ågren, que ya tenía localizada la avería. Andersson vive en Svarte y le llevó veinte minutos llegar hasta aquí. Enseguida comprobó que la verja había sido forzada, pero la puerta de acero la habían abierto con llave. Cuando entró, descubrió el panorama.

—¿Te hizo algún comentario, alguna observación?

—Bueno, cuando él llegó, no había nadie por aquí.

Wallander meditó un instante.

—Bien, esto de las llaves tenemos que aclararlo —afirmó.

Cuando Wallander entró en el coche, Andersson, que estaba allí sentado hablando con Ågren, interrumpió enseguida su conversación.

—Supongo que estarás conmocionado —comenzó Wallander solícito.

—Jamás he visto algo tan espantoso. ¿Qué ha pasado?

—Aún no lo sabemos. Tengo entendido que encontraste la verja forzada al llegar, pero, al parecer, la puerta de acero estaba entreabierta y no presentaba daños. ¿Cómo te lo explicas?

—De ninguna manera.

—¿Quién o quiénes tienen llaves de esa puerta?

—Aparte de yo mismo, otro técnico reparador apellidado Moberg que vive en Ystad. Por supuesto que también hay un juego en la oficina principal. Aquí llevamos un control exhaustivo.

—Ya, pero, al parecer, alguien ha abierto la puerta con las llaves.

—Sí, eso parece.

—Me imagino que no es fácil hacer copias de estas llaves.

—Las cerraduras están fabricadas en Estados Unidos y se supone que no se pueden forzar con llaves falsas.

—¿Cuál es el nombre de pila de Moberg?

—Lars.

—¿Es posible que alguien haya olvidado cerrar con llave?

Andersson movió la cabeza con vehemencia.

—Eso implicaría el despido inmediato. Ya te he dicho que el control es exhaustivo, pues se trata de normas de seguridad básicas que, además, se han endurecido en los últimos años.

Wallander no tenía más preguntas que formular por el momento.

—Lo mejor será que esperes aquí —recomendó—. Por si surgen más dudas. Además, quiero que llames a Lars Moberg.

—Y eso, ¿por qué?

—Por ejemplo, para pedirle que compruebe si tiene las llaves de esta puerta.

Ya fuera del coche, Wallander comprobó que la lluvia era menos intensa. La conversación mantenida con Andersson había acentuado su desasosiego. Claro que el hecho de que una persona hubiese decidido quitarse la vida justo en aquella estación de transformadores podía tratarse de una pura casualidad. Pero no eran pocas las circunstancias que contradecían aquella hipótesis. Y una de ellas era, sin duda, que hubiesen abierto la puerta con las llaves. Wallander comprendió que aquello apuntaba más bien en otro sentido: alguien había resultado asesinado antes de ser arrojado entre la maraña de cables de alta tensión para ocultar lo que había sucedido en realidad.

Ocupado en aquellas reflexiones, acudió al lugar iluminado por los potentes haces de luz de los focos. El fotógrafo acababa de terminar con sus tomas y grabaciones. Nyberg estaba en cuclillas, realizando un primer análisis de los restos. Irritado, masculló algo ininteligible cuando Wallander se interpuso entre la luz y el cadáver, ensombreciéndolo.

—Bien, ¿qué te parece?

—Pues que el médico está tardando en venir más de lo deseable. Y yo necesitaría desplazar un poco el cuerpo para ver qué hay detrás.

—¿Qué crees que puede haber ocurrido?

—Como ya sabes, a mí no me gustan las adivinanzas.

—Ya, pero eso es lo que solemos hacer en todo momento, adivinar. Bueno, ¿qué piensas?

Nyberg reflexionó unos segundos antes de responder.

—Bien, lo cierto es que se trata de una manera de suicidarse, cuando menos, macabra, si es que ha sido un suicidio. Si, por el contrario, se trata de un asesinato, es uno de singular crueldad. Como ejecutar a alguien en la silla eléctrica.

«Exacto», convino Wallander para sí. «Lo que nos conduce a la posibilidad de que nos hallemos ante la ejecución de una venganza perpetrada en una silla eléctrica de índole más que especial».

Nyberg regresó a su trabajo. Uno de los técnicos criminalistas había empezado a estudiar la zona delimitada por la valla. Entonces, apareció el forense, que resultó ser una mujer a la que Wallander ya conocía de otras muchas ocasiones. Se llamaba Susan Bexell y era parca en palabras. De hecho, se puso manos a la obra sin más preámbulo, mientras Nyberg iba por su termo para servirse un café. El técnico le ofreció uno a Wallander, que aceptó agradecido pues ya se había figurado que no tendría ocasión de dormir más aquella noche. Pero, en aquel momento, apareció Martinson, empapado y aterido de frío, y el inspector le cedió su taza.

—Ya han empezado a restablecer el suministro por los alrededores de Ystad —anunció Martinson—. ¡A saber cómo se las han arreglado!

—¿Sabes si Andersson ha hablado con su colega Moberg? Por lo de las llaves…

Martinson lo ignoraba, de modo que fue a consultar mientras Hanson, según Wallander pudo comprobar, permanecía inactivo tras el volante de su coche. Habida cuenta que el centro de Ystad seguía a oscuras y, según sospechaba, Hanson podría ser de más utilidad en la comisaría, Wallander le recomendó que volviese allí. El colega asintió lleno de gratitud y se marchó en el acto. Entonces Wallander se dirigió al lugar en que trabajaba la médico forense.

—¿Puedes decirnos algo sobre él?

Susan Blexell alzó la mirada hacia Wallander.

—Bueno, al menos puedo decirte que has errado tu suposición: no se trata de un hombre, sino de una mujer.

—¿Estás segura?

—Sí. Pero no pienso responder a más preguntas.

—Ya, pues yo tengo una más, por el momento. ¿La trajeron aquí ya cadáver o murió a consecuencia de la descarga eléctrica?

—No lo sé todavía.

Wallander se dio la vuelta meditabundo y contrariado. En efecto, él había supuesto en todo momento que el cadáver pertenecía a un hombre.

En aquel instante, advirtió que el técnico que había estado explorando la zona se encaminaba hacia Nyberg con un objeto en la mano Cuando el inspector se unió a los dos técnicos, comprobó que se trataba de un bolso.

Wallander se quedó mirándolo con fijeza.

En un primer momento pensó que estaba confundido.

Pero, al fin, supo con certeza que ya había visto aquel bolso antes. El día anterior, para ser exactos.

—Lo encontré en el tramo norte de la valla —aclaró el técnico, que se apellidaba Ek.

—¿No será el cadáver de una mujer lo que tenemos ahí dentro? —inquirió Nyberg perplejo.

—Más aún —puntualizó Wallander—. Incluso conocemos su identidad.

De hecho, aquel bolso había estado, hacía tan sólo unas horas, sobre la mesa de la sala de interrogatorios de la comisaría. Lo recordaba por el broche en forma de hoja de encina.

No, no se equivocaba.

—Este bolso pertenecía a Sonja Hökberg —declaró—. De modo que es ella quien yace muerta en el interior de esa caseta.

Eran ya las dos y diez minutos. La lluvia volvía a arreciar.

## 

## 8

Poco después de las tres de la madrugada, la luz regresó a Ystad.

Wallander se hallaba todavía en la estación de transformadores junto con los técnicos cuando Hanson llamó desde la comisaría para comunicarles la noticia. Y de hecho, en la distancia, el inspector pudo observar la iluminación exterior de un establo que se alzaba en medio de los campos.

La forense había terminado su trabajo, el cuerpo había sido trasladado y Nyberg pudo continuar con su inspección técnica. Había recurrido a los conocimientos de Olle Andersson, que en el interior de la caseta le explicó los entresijos de la intrincada red de conexión de los transformadores. Entretanto, continuaban los trabajos de detección de posibles huellas en los alrededores de la zona vallada y ya acordonada. Pero la lluvia, que no cesaba, hacía que la tarea resultase más que ardua. En efecto, Martinson había resbalado antes de caer de lleno en el barro y recibir un fuerte golpe en el codo. Wallander tenía tanto frío que no cesaba de tiritar y de añorar sus botas de goma.

Minutos después de que el suministro se hubiese restablecido en Ystad, Wallander se llevó a Martinson a uno de los coches policiales donde, los dos juntos, revisaron la información de que disponían hasta el momento. Sonja Hökberg había huido de la comisaría unas trece horas antes de morir en la estación de transformadores, a la que bien podía haber llegado a pie, pues había contado con el tiempo suficiente. Sin embargo, ni Wallander ni Martinson consideraban verosímil aquella posibilidad, pues no en vano eran ocho los kilómetros que separaban la estación de la comisaría.

—Tiene que haberla visto alguien —sostuvo Martinson—. Y nuestros coches estuvieron recorriendo toda la zona en su busca.

—Bien pero, para más seguridad, deberíamos comprobar que, en efecto, ningún coche cubrió este tramo sin advertir su presencia —observó Wallander.

—¿Qué otra posibilidad hay?

—Que alguien la hubiese traído hasta aquí en coche. Alguien que la dejó en este lugar y luego se marchó en su vehículo.

Ambos sabían lo que aquello implicaba. El averiguar cómo había muerto Sonja Hökberg era decisivo: ¿se había suicidado o la habían asesinado?

—¿Y lo de las llaves? —apuntó Wallander—. La verja estaba forzada, pero no la puerta interior. ¿Por qué?

Tanto uno como otro rebuscaban taciturnos en sus mentes una posible explicación.

—Hemos de procurarnos una lista de todas las personas que tienen acceso a las llaves —ordenó Wallander—. Quiero un informe sobre cada una de las llaves, quiénes las tienen y dónde se encontraban ayer noche.

—A mí me cuesta ver algo de lógica en todo esto —admitió Martinson—. Sonja Hökberg comete un asesinato y después ella misma resulta asesinada. La verdad es que, pese a todo, para mí es mucho más plausible el suicidio.

Wallander no hizo ningún comentario. Un mar de ideas se agitaba en su mente, pero no lograba engarzar unas con otras. Revisaba mentalmente, una y otra vez, la conversación mantenida con Sonja Hökberg, una conversación que había sido la primera y la última.

—Tú fuiste el primero en hablar con ella —comentó Wallander—. ¿Cuál fue tu impresión?

—La misma que la tuya, que no se arrepentía de nada: tan fácil le resultaba matar a un insecto como a un viejo taxista.

—Pues eso no concuerda con la hipótesis del suicidio. ¿Por qué habría de quitarse la vida si no estaba arrepentida?

Martinson paró los limpiaparabrisas. A través de la luna delantera, divisó a Olle Andersson sentado inmóvil en su coche y, unos metros más allá, distinguió a Nyberg, entregado a la tarea de desplazar uno de los potentes focos. Sus movimientos eran bruscos, de lo que Wallander dedujo que el técnico se sentía tan enfadado como impaciente.

—De modo que tú te inclinas por pensar que se trata de un asesinato, pero, en realidad, ¿qué apoya esa hipótesis?

—Nada —atajó Wallander—. Tiene el mismo fundamento que la del suicidio, de modo que, por el momento, habremos de tener en cuenta ambas posibilidades. Lo que sí podemos descartar es que se haya producido un accidente.

El tema de conversación se agotó y, al cabo de un rato, Wallander le pidió a Martinson que se encargase de reunir al grupo de investigación a las ocho de la mañana. Dicho esto, salió del coche. La lluvia había cesado. Tomó conciencia de su cansancio, del frío que sentía y de lo mucho que le dolía la garganta. Se dirigió hacia Nyberg, que estaba a punto de concluir su trabajo en la estación de transformadores.

—¿Has encontrado algo?

—No.

—¿Qué opina Andersson?

—¿Sobre qué, sobre mi modo de trabajar?

Wallander contó mentalmente hasta diez antes de proseguir. Nyberg estaba de muy mal humor y, si lo provocaba, resultaría imposible seguir hablando con él.

—Él no es capaz de decir qué ha sucedido —explicó Nyberg tras un instante—. Sabe que fue el cuerpo lo que provocó el corte del suministro, pero no puede determinar si fue un cadáver o una persona viva lo que arrojaron entre los cables. Eso es algo que sólo los forenses podrán establecer. Si es que alguien puede.

Wallander asintió. Miró el reloj de pulsera. Eran las tres y media y su presencia allí no era ya de ninguna utilidad.

—Bien. Yo me marcho ya, pero nos reuniremos a las ocho.

Nyberg barbotó una respuesta inaudible, que Wallander interpretó como su confirmación de que acudiría a la hora prevista, antes de regresar al coche en que Martinson seguía ocupado con sus notas.

—Nos vamos —anunció—. Tendrás que llevarme a casa.

—¿Qué le pasa a tu coche?

—El motor está en las últimas.

Regresaron a Ystad sin decirse nada durante el trayecto. Una vez en el apartamento, Wallander se preparó un baño. Mientras llenaba la bañera, se tomó los últimos analgésicos que le quedaban, por lo que lo añadió a la lista que seguía sobre la mesa de la cocina y que no cesaba de crecer. Resignado, se preguntó de dónde sacaría el tiempo para ir a la farmacia.

Su cuerpo, sumergido en el agua caliente del baño, recuperó la temperatura normal. Con la mente en blanco, se adormeció durante unos instantes. Pero las imágenes de Sonja Hökberg y de Eva Persson acudieron enseguida a su conciencia. Con morosidad premeditada, recorrió mentalmente los acontecimientos. Procuraba avanzar con cautela con el fin de no pasar por alto ningún detalle. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. ¿Por qué habían asesinado a Johan Lundberg? ¿Cuál había sido el móvil auténtico de Sonja Hökberg? ¿Qué había movido a Eva Persson a participar en el crimen? Estaba convencido de que no se trataba de una urgencia inopinada y repentina por obtener algo de dinero. En todo caso, el dinero había de invertirse en algo muy concreto. A menos que el trasfondo de la historia fuese otro muy distinto.

En el bolso de Sonja Hökberg, que habían hallado junto a la unidad de transformadores, no había más que treinta coronas, pues la policía se había incautado del dinero del robo.

«La joven huyó», recapituló para sí. «De repente, se le presentó una oportunidad de escapar. Eran las diez de la mañana. Es imposible que lo hubiese planeado. De modo que abandonó la comisaría y estuvo desaparecida durante trece horas, al cabo de las cuales hallamos su cadáver a ocho kilómetros de Ystad».

Se preguntaba cómo pudo llegar hasta allí. «Claro que pudo haber hecho autostop, pero también cabe la posibilidad de que se hubiese puesto en contacto con alguien para que la recogiese. ¿Y qué sucedió después? ¿Le pidió a esa persona que la llevase a un lugar en el que había decidido suicidarse, o resulta asesinada? ¿Quién puede tener las llaves de la puerta interior de acceso a la caseta, pero no de la verja exterior?».

Wallander salió de la bañera. «Hay dos porqués», resolvió. «Dos cuestiones que, en estos momentos, resultan decisivas y que apuntan en dos direcciones distintas. Si realmente había decidido quitarse la vida, ¿por qué eligió para ello una unidad de transformadores? ¿Y de dónde sacó las llaves? Si, por el contrario, fue asesinada, ¿por qué la mataron?».

Sumido en aquella reflexión, el inspector se acurrucó en la cama. Eran las cuatro y media de la mañana. Las ideas se precipitaban en su cabeza, pero estaba demasiado cansado para pensar con un mínimo de eficacia. Tenía que dormir, pero antes de apagar la luz puso la alarma del despertador, que colocó en el suelo, tan lejos como pudo, de modo que se viese obligado a levantarse para pararlo.

Cuando despertó, lo hizo con la sensación de no haber dormido más que unos minutos. Probó a tragar y comprobó que la garganta seguía molestándole, aunque menos que el día anterior. Se tocó la frente, pero no tenía fiebre. La nariz, sin embargo, seguía taponada. Se dirigió al cuarto de baño para sonarse, aunque evitó mirarse al espejo. Le dolía todo el cuerpo de puro cansancio. Mientras se calentaba el agua para el café, se puso a mirar por la ventana. El viento seguía soplando, pero los nubarrones habían desaparecido y estaban a cinco grados. De modo fugaz, se preguntó cuándo tendría un momento para arreglar lo del coche.

Poco después de las ocho, se hallaban reunidos en una de las salas de la comisaría. Wallander observó los rostros estragados de Martinson y de Hanson sin dejar de preguntarse cuál sería el aspecto que él mismo presentaba. Por el contrario, Lisa Holgersson, que tampoco había podido dormir mucho más, no parecía afectada por la falta de sueño. Ella fue quien abrió la sesión.

—Hemos de tener presente que el corte de suministro sufrido la pasada noche en Escania ha sido uno de los más graves y de mayor envergadura hasta la fecha. Lo que revela el grado de vulnerabilidad. Lo que sucedió era, supuestamente, imposible. Pero sucedió. Las autoridades, las compañías eléctricas y protección civil volverán a revisar las mejoras que conviene introducir en materia de seguridad. Esto no ha sido más que una introducción.

Dicho esto, hizo a Wallander una señal para que continuase y el inspector les ofreció una síntesis de los hechos.

—En otras palabras —dijo para concluir—, ignoramos lo que aconteció realmente y si la muerte se produjo por accidente, suicidio o asesinato; aunque, claro está, por lógica, creo que podemos excluir el accidente. Ya fuese ella sola o en compañía de alguien, la joven forzó la verja exterior. Pero, para la puerta siguiente, sí tenía llaves. Lo cual es, cuando menos, bastante curioso.

Observó los rostros congregados en torno a la mesa, Martinson los informó de que le habían confirmado que hubo varios coches patrulla circulando por aquella carretera en busca de Sonja Hökberg.

—Bien, en ese caso ya sabemos que alguien la condujo hasta allí —dedujo Wallander—. ¿Había alguna huella de neumático?

Aquella pregunta iba dirigida a Nyberg, que se encontraba sentado ante uno de los extremos de la mesa, con los ojos enrojecidos y el cabello desordenado y crespo. Wallander sabía que el técnico deseaba ver el día de su jubilación.

—Aparte de las nuestras y las de Andersson, el operario de la compañía eléctrica, hallamos dos, pero con la jodida lluvia las marcas no estaban muy claras.

—Es decir, que otros dos coches estuvieron por allí.

—Así es, pero Andersson cree que unas podían pertenecer al coche de su colega Moberg, así que lo estamos investigando.

—Bien, en tal caso nos queda un coche con conductor desconocido.

—Exacto.

—Y me figuro que no pudisteis establecer a qué hora llegó ese coche al lugar de los hechos…

Nyberg lo observó perplejo.

—¿Cómo íbamos a averiguar tal cosa?

—Ya sabes que tengo plena confianza en tu capacidad.

—Sí, pero todo tiene un límite.

Ann-Britt Höglund, que había permanecido en silencio hasta el momento, alzó la mano para intervenir.

—¿De qué podría tratarse, si no de asesinato? —preguntó—. En realidad, a mí me cuesta tanto como a vosotros imaginar que Sonja Hökberg se quitase la vida. Incluso si hubiese decidido poner fin a su existencia, no creo que hubiese recurrido jamás al procedimiento de achicharrarse hasta morir.

Al oír sus palabras, el recuerdo de un suceso acontecido años atrás asaltó la memoria de Wallander. En efecto, una muchacha de Centroamérica se había suicidado en un campo de colza prendiendo fuego a su propio cuerpo tras haberlo rociado con gasolina[[7]](#footnote-7). De hecho, aquél era uno de sus recuerdos más horrendos, pues él mismo había presenciado el suceso y había visto arder a la joven sin poder hacer nada por evitarlo.

—Las mujeres se suicidan con pastillas —prosiguió Ann-Britt—. Rara vez se pegan un tiro y, desde luego, tampoco parece verosímil que se arrojen entre un montón de cables.

—Sí, creo que tienes razón —admitió Wallander—. Pero también opino que hacemos bien en aguardar el resultado de los forenses antes de pronunciarnos. Quienes estuvimos allí anoche fuimos incapaces de determinar qué sucedió realmente.

Nadie tenía más preguntas.

—Lo más importante son las llaves —prosiguió el inspector—. Hemos de controlar que no hayan robado ningún juego. Ése ha de ser nuestro primer objetivo. Por otro lado, tenemos una investigación de asesinato a medias, Sonja Hökberg está muerta, pero no Eva Persson. Aunque sea menor de edad, tenemos que poner punto final a ese trabajo.

Martinson se hizo responsable de averiguar el asunto de las llaves y la reunión se disolvió, Wallander se encaminó a su despacho, no sin antes acudir al comedor para hacerse con una taza de café. Ya ante su escritorio, sonó el teléfono. Era Irene, que llamaba desde la recepción.

—Tienes visita —anunció.

—¡Vaya! ¿De quién?

—Se llama Enander y es médico.

Wallander rebuscó en su memoria sin caer en quién podía ser aquel sujeto.

—¿Qué quiere?

—Hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Se niega a decírmelo.

—Pues remítelo a otro agente.

—Sí, ya lo he intentado, pero insiste en que quiere hablar contigo. Y asegura que es importante.

Wallander suspiró.

—Está bien, ya salgo —prometió antes de colgar el auricular.

El hombre que lo aguardaba en la recepción era de mediana edad. Llevaba el pelo cortado al cepillo y vestía un chándal. Wallander tomó nota de su poderoso apretón de manos cuando el individuo se presentó como David Enander.

—Lo cierto es que estoy muy ocupado —se excusó Wallander—. ¿De qué se trata?

—No nos llevará mucho tiempo, pero es muy importante.

—Ya, bueno. El fallo eléctrico de anoche ha originado un buen lío, así que no podré concederte [[8]](#footnote-8) más de diez minutos. ¿Deseas presentar una denuncia?

—No, sólo quería aclarar un malentendido.

Wallander aguardaba una continuación que no se produjo, de modo que lo invitó a su despacho. Cuando Enander tomó asiento, el brazo de la silla cayó al suelo.

—Déjalo, la silla está rota —dijo el inspector a modo de disculpa.

David Enander fue derecho al grano.

—Bien, se trata de Tynnes Falk, que falleció hace unos días.

—Ese caso está archivado por lo que a nosotros respecta. Murió por causas naturales.

—Ya, ése es precisamente el malentendido que deseo aclarar —señaló Enander al tiempo que se mesaba el cabello.

Wallander percibió la preocupación del hombre que tenía sentado frente a sí.

—Bien, te escucho.

David Enander se tomó el tiempo necesario antes de comenzar y eligió sus palabras con gran esmero.

—Yo fui el médico de Tynnes Falk durante muchos años. Acudió a mí por primera vez en 1981, es decir, hace más de quince años. Lo que lo llevó a mi consulta en aquella ocasión fue un brote alérgico que le produjo eccemas en las manos. Por aquel entonces, yo trabajaba en la sección de dermatología del hospital. Sin embargo, en el año 1986 abrí mi propia consulta, cuando se estableció la clínica Nya. Tynnes Falk siguió solicitando mis servicios en el nuevo local. Nunca o tan sólo rara vez se ponía enfermo. Los problemas de alergia habían desaparecido, pero se sometía a controles y revisiones periódicas. Él quería conocer en todo momento cuál era su estado de salud. Por otro lado, su estilo de vida era, en ese sentido, ejemplar y se cuidaba bien: comida sana, ejercicio y vida ordenada.

Wallander comenzaba a preguntarse adonde quería ir a parar Enander. Su impaciencia crecía por momentos.

—El caso es que yo estaba de viaje cuando falleció —prosiguió Enander—. Me enteré de la noticia ayer, cuando llegué a casa.

—¿Cómo te enteraste?

—Recibí una llamada de su exmujer.

Wallander le hizo un gesto animándolo a continuar.

—Y ella me dijo que la causa de la muerte había sido un infarto agudo.

—Sí, ésa es la información que nosotros tenemos.

—Ya, claro, lo que ocurre es que eso no puede ser cierto.

Wallander alzó las cejas lleno de asombro.

—Y, ¿por qué no?

—Muy sencillo. No hace más de diez días que examiné a fondo el estado de salud de Falk. Su corazón se hallaba en excelentes condiciones, como el de un joven de veinte años.

Wallander reflexionó un instante.

—¿Qué insinúas, que los médicos cometieron un error?

—Sé bien que, en casos excepcionales, una persona completamente sana también puede sufrir un infarto. Pero me niego a creer que eso le sucediese a Falk.

—Entonces, ¿cuál crees tú que fue la causa de su muerte?

—No lo sé. Sólo quería que quedase claro el error, que no pudo ser el corazón.

—Bien, transmitiré tu mensaje. ¿Alguna otra cosa?

—Tiene que haber ocurrido algo —sugirió Enander—. Si no me equivoco, presentaba una herida en la cabeza. Yo creo que lo atacaron y lo asesinaron.

—Ya, pero no hay nada que respalde esa versión. Ni siquiera le habían robado.

—Bueno. Pero el corazón no fue —repitió Enander resuelto—. No soy médico forense ni experto en medicina legal, de modo que no puedo afirmar de qué murió. Pero sé que no fue el corazón. Estoy convencido de ello.

Wallander hizo algunas anotaciones y escribió en un papel la dirección y el número de teléfono de Enander. Hecho esto, se puso en pie dando así por concluida la conversación. Ya no tenía más tiempo que perder.

Se despidieron en la recepción.

—Estoy totalmente seguro de lo que digo —insistió Enander—. No fue el corazón lo que mató a mi paciente Tynnes Falk.

Wallander regresó al despacho donde, tras haber dejado las notas sobre Tynnes Falk en un cajón del escritorio, se aplicó a redactar un informe sobre los sucesos de la pasada noche.

El año anterior le habían instalado un ordenador en su despacho. Dedicó una jornada completa a asistir a un curso para aprender a manejarlo. Sin embargo, le llevó mucho tiempo conocer siquiera superficialmente los diversos usos y posibilidades de aquel aparato. De hecho, hasta hacía poco más de un mes solía observarlo con displicencia, pero de repente, un buen día, se dio cuenta de que, en el fondo aquella máquina le facilitaba el trabajo. Su escritorio ya no quedaba enterrado bajo las montañas de los papeles sueltos en los que solía garabatear las ideas que se le ocurrían y las observaciones que hacía. Gracias a la computadora, todo estaba más ordenado. Claro que aún seguía escribiendo con dos dedos y se equivocaba con frecuencia pero, al menos, no tenía que corregir los fallos con el lápiz. Y eso ya era un alivio más que suficiente.

A las once de la mañana apareció Martinson con la lista de las personas que tenían llaves de la unidad de transformadores, y que eran un total de cinco. Wallander ojeó los nombres.

—Todos están en condiciones de dar cuenta de sus llaves —le adelantó Martinson—. Ninguno las ha perdido de vista y, salvo Moberg, ninguno ha ido a los transformadores en los últimos días. ¿Quieres que averigüe lo que estuvieron haciendo durante las horas en que Sonja Hökberg estuvo desaparecida?

—No, lo dejaremos por ahora —rechazó Wallander—. Hasta que los forenses no se hayan pronunciado, no podemos hacer nada más que esperar.

—¿Qué quieres que hagamos con Eva Persson?

—Tendremos que someterla a interrogatorios exhaustivos.

—¿Piensas encargarte tú mismo?

—No, gracias. Yo pensaba más bien dejar esa tarea en manos de Ann-Britt. Hablaré con ella personalmente.

Poco después de las doce, Wallander había terminado de revisar con la colega el informe sobre la investigación de Lundberg. La garganta no le molestaba tanto, pero aún se sentía cansado. Tras haber intentado, en vano, poner en marcha el motor de su coche, llamó a un taller para pedirles que enviasen una grúa. Así pues, dejó las llaves a Irene, la recepcionista, y se puso en marcha en dirección al centro para comer en alguno de los restaurantes que servían almuerzos. En las mesas aledañas los comensales comentaban el corte eléctrico de la noche anterior. Después de comer fue a la farmacia, donde compró jabón y analgésicos. De vuelta a la comisaría, se acordó del libro que tenía que haber recogido en la librería. Sopesó brevemente si volver sobre sus pasos e ir a buscarlo, pero el viento soplaba con fuerza y decidió dejarlo para otro momento. El coche había desaparecido del aparcamiento. Llamó al taller, donde le comunicaron que aún no habían detectado el fallo. Preguntó entonces si el importe de la reparación sería elevado, pero no obtuvo ninguna respuesta clara al respecto. Cuando por fin dio por concluida la conversación, estaba decidido a cambiar de coche.

Quedó pues allí sentado, meditabundo. De repente supo que Sonja Hökberg no había ido a parar a aquella unidad de transformadores por casualidad, como tampoco era fortuito el que se tratase de uno de los nodos eléctricos más vulnerables de la red de suministro de Escania.

«Esas llaves…», se decía. «Alguien la condujo hasta allí. Alguien que tenía las llaves más importantes».

La cuestión era por qué habían forzado la valla.

Sacó la lista que le había dejado Martinson. Cinco personas y cinco juegos de llaves.

Olle Andersson, técnico en reparaciones eléctricas.

Lars Moberg, técnico en reparaciones eléctricas.

Hilding Olofsson, jefe de mantenimiento.

Artur Wahlund, responsable de seguridad.

Stefan Molin, director técnico.

Los nombres seguían siendo tan poco reveladores como la primera vez que ojeó la lista. Marcó el número de Martinson, que respondió al instante.

—Esta gente de las llaves…, me preguntaba si, por casualidad, no habrías comprobado si están o no en nuestros principales registros.

—¿Me lo habías pedido?

—No, en absoluto. Pero estoy acostumbrado a que seas tan meticuloso…

—Si quieres, puedo hacerlo ahora mismo.

—No, déjalo, esperaremos. ¿Alguna novedad de los forenses?

—Dudo mucho de que puedan enviar ningún informe antes de mañana, como muy pronto.

—Bien, en ese caso, comprueba los nombres, si tienes tiempo.

En contra de lo que le sucedía a Wallander, Martinson adoraba los ordenadores y, de hecho, si alguien en la comisaría tenía problemas con las nuevas tecnologías, siempre acudía a preguntarle a él.

Wallander prosiguió con su examen del material relativo a la muerte del taxista. Cuando dieron las tres, fue por una taza de café. La congestión había cedido y ya no le dolía la garganta. Supo por Hanson que Ann-Britt estaba interrogando a Eva Persson. «Vaya, esto funciona», se felicitó. «Por una vez en la vida no se nos acumulan las tareas».

Acababa de inclinarse sobre sus documentos cuando Lisa Holgersson se presentó en el umbral de la puerta. La jefa sostenía en la mano uno de los diarios vespertinos y la expresión de su rostro le indicó a Wallander que algo grave había sucedido.

—¿Has visto esto? —inquirió al tiempo que le tendía el periódico abierto por las páginas centrales.

Wallander clavó una mirada incrédula en la fotografía, donde aparecía Eva Persson tendida en el suelo de la sala de interrogatorios, como si se hubiese caído.

Al leer el texto, se le hizo un nudo en el estómago: CONOCIDO INSPECTOR DE POLICÍA MALTRATA A UNA ADOLESCENTE. ÉSTAS SON LAS IMÁGENES.

—¿Quién pudo tomar esta foto? —preguntó sin dar crédito a lo que veía—. Allí no había ningún periodista, ¿verdad?

—Alguno estuvo allí.

Wallander recordó vagamente que la puerta estaba entreabierta y que él vislumbró la sombra de alguien que pasaba por detrás.

—Esto fue antes de la conferencia de prensa —precisó Lisa Holgersson—. Tal vez fue alguien que se presentó antes de tiempo y que se escurrió pasillo adentro.

Wallander estaba destrozado. Durante sus treinta años de servicio se había visto envuelto en un buen número de enfrentamientos violentos, aunque siempre en relación con detenciones peligrosas. Jamás la había emprendido con nadie durante un interrogatorio, por más que lo hubiesen provocado.

Aquello había sucedido una sola vez. Y resultó ser en presencia de un fotógrafo.

—Esto nos acarreará problemas —sentenció Lisa Holgersson—. ¿Por qué no nos lo dijiste?

—La chica atacó a su madre. La golpeé para proteger a su madre.

—Pues eso no es lo que se ve en la fotografía.

—Pero fue así como sucedió.

—¿Por qué no lo dijiste?

Wallander no sabía qué responder.

—Comprenderás que tenemos que iniciar una investigación sobre este asunto.

Wallander percibió la decepción en el tono de su voz. Y eso lo llenó de indignación. «Vaya, ahora resulta que sospecha de mí», se dijo.

—¿Acaso piensas expedientarme y suspenderme?

—No. Pero quiero saber qué sucedió exactamente.

—Ya te lo he dicho.

—Pues la versión que Eva Persson ofreció a Ann-Britt es bien distinta. Según la chica, tu ataque fue totalmente gratuito.

—Ya, pues has de saber que miente. Pregúntale a su madre.

Lisa Holgersson se demoró un instante antes de responder.

—Sí, ya lo hemos hecho —reveló—. La mujer niega que la hija la hubiese golpeado.

Wallander enmudeció. «Lo dejo. Dejo la policía y me marcho de aquí para no volver más».

Lisa Holgersson aguardaba una reacción, pero Wallander seguía sin pronunciar palabra.

La comisaria jefe abandonó el despacho.

## 

## 9

Wallander desapareció de la comisaría de inmediato, sin poder determinar en su fuero interno si se trataba de una huida o si más bien lo hacía para intentar sosegarse. Por supuesto que él sabía que todo había sucedido tal y como lo había relatado. Pero Lisa Holgersson no lo había creído. Y aquello lo indignó.

Cuando salió de la comisaría, lanzó una maldición al verse sin coche, pues cuando algo lo irritaba, solía sentarse al volante y conducir hasta que lograba serenarse.

En aquella ocasión, bajó a pie hasta el Systembolaget[[9]](#footnote-9), donde compró una botella de whisky. Hecho esto, fue directamente a su apartamento, desconectó el teléfono y se sentó ante la mesa de la cocina. Abrió la botella y bebió varios tragos. Aquello sabía muy mal. Pero, en su opinión, era justo lo que necesitaba. En efecto, nada lo hacía sentirse tan indefenso como una acusación injusta y, si bien era cierto que Lisa Holgersson no lo había acusado abiertamente, su actitud suspicaz no dejaba muchas alternativas de interpretación. Tal vez Hanson tuviese razón al afirmar que lo mejor era no tener de jefe a una mujer. Tomó otro trago. Ya se sentía mejor, ya empezaba a arrepentirse de haberse marchado a casa. De hecho, podrían interpretarlo como una especie de reconocimiento de culpabilidad por su parte. Volvió a conectar el teléfono y, presa de una impaciencia algo pueril, lo irritó el hecho de que nadie lo llamase. De modo que marcó el número de la comisaría. Irene respondió enseguida.

—Llamaba para comunicar que me he marchado a casa. Estoy resfriado.

—Hanson ha estado preguntando por ti. Y Nyberg. Y varios periódicos.

—¿Qué querían?

—¿Los periódicos?

—No, Hanson y Nyberg.

—Pues no lo dijeron.

«Seguro que tiene el periódico ante sí», se atormentaba Wallander. «Ella es como todos los demás. Lo más probable es que, en estos momentos, no se hable de otro tema en la comisaría de Ystad. Y seguro que habrá quien se alegre de que “ese maldito Wallander se vea en semejante apuro”».

Le pidió a Irene que lo pasase con Hanson, que tardó unos minutos en atender la llamada. Wallander sospechaba que Hanson estaba entregado a alguno de sus intrincados sistemas de apuestas, de aquellos que, cada vez, iban a proporcionarle un beneficio enorme, pero que nunca resultaban más que en lo comido por lo servido.

—¿Qué tal te va con los caballos? —preguntó Wallander.

Lo dijo para suavizar, para indicar que lo que habían publicado los periódicos no le había hecho perder los estribos.

—¿De qué caballos me hablas?

—¿No estás apostando a los caballos?

—Pues ahora mismo no. ¿Por qué?

—Olvídalo. Intentaba bromear. ¿Qué querías?

—¿Estás en tu despacho?

—No, estoy en casa con un buen resfriado.

—Bueno, quería que supieras que he comprobado a qué hora pasaron nuestros coches por aquella carretera. He estado hablando con los conductores. Ninguno de ellos vio a Sonja Hökberg, pese a que recorrieron aquel tramo cuatro veces en ambas direcciones.

—Bien. Entonces podemos estar seguros de que no fue a pie. Es decir, que alguien fue a buscarla. Lo primero que hizo cuando salió de la comisaría fue sin duda ir a un teléfono público. O a casa de alguien. Espero que Ann-Britt no pasase por alto hacerle esa pregunta a Eva Persson.

—¿Qué pregunta?

—Quiénes eran los demás amigos de Sonja Hökberg. Quién podía haberla llevado hasta allí en coche.

—¿Has hablado con Ann-Britt?

—No, aún no he tenido tiempo.

Entonces se produjo una pausa que Wallander decidió aprovechar para tomar la iniciativa.

—No es nada agradable la fotografía del periódico.

—No, no lo es.

—Me pregunto cómo pudo un fotógrafo invadir nuestros pasillos. Cuando hay conferencia de prensa, siempre los conducimos a todos en grupo.

—Es raro que no notases el reflejo del flash.

—Ya, pero con las cámaras de hoy en día, apenas si hace falta.

—Pero ¿qué fue lo que pasó exactamente?

Wallander le refirió lo ocurrido. Se expresó con las mismas palabras de que se había servido cuando habló con Lisa Holgersson, sin añadir ni eliminar nada.

—¿No hubo ningún testigo? —quiso saber Hanson.

—Aparte del fotógrafo, ninguno. Ni que decir tiene que él mentirá; de lo contrario, su fotografía carece de valor.

—Pues tendrás que dar la cara y contar lo sucedido.

—Eso es lo que estoy haciendo.

—Ya, pero debes hablar con el periódico.

—¿Y de qué crees que serviría? Un viejo policía contra una madre y su hija… Está sentenciado al fracaso.

—No olvides que, pese a todo, la chica ha cometido un asesinato.

Wallander se preguntaba si aquello le ayudaría. El que un policía abusase de su autoridad hasta aquel punto era algo muy grave. Él mismo opinaba así, por lo que de poco servía que hubiesen concurrido circunstancias especiales.

—Lo pensaré —aseguró antes de pedirle a Hanson que intentase pasarlo con Nyberg.

Cuando el técnico acudió por fin al teléfono, habían transcurrido varios minutos que Wallander había aprovechado para tomar algunos tragos más de la botella de whisky. El inspector empezaba a sentir los efectos del alcohol, pero la presión bajo la que se sentía al llegar a casa había cedido.

—Nyberg al habla.

—¿Has visto el periódico? —preguntó Wallander.

—¿Qué periódico?

—El de la foto de Eva Persson.

—Yo no leo la prensa vespertina, pero he oído hablar de ello. Aunque, si no me equivoco, la chica atacó a su madre.

—Sí, pero eso no se ve en la foto.

—¡Bah! ¿Y eso qué tiene que ver?

—Me traerá problemas. Lisa quiere abrir una investigación.

—Claro, lo que hace falta es que la verdad salga a la luz.

—Sí, pero la cuestión es si los periódicos se la creerán. ¿Qué vale un policía viejo comparado con una jovencísima asesina?

El tono de voz de Nyberg dejó traslucir su sorpresa:

—¿Desde cuándo te preocupa lo que digan los periódicos?

—Ya, pero nunca han sacado ninguna fotografía en la que aparezco yo golpeando a una niña.

—Bueno, pero la niña ha cometido un asesinato.

—Sí, pero a mí me preocupa bastante.

—Ya pasará. En fin, lo que yo quería era confirmarte que una de las huellas de neumático corresponde al coche de Moberg. Lo que implica que hemos identificado todas las huellas, salvo una. Pero la del coche desconocido ha resultado ser de un modelo estándar.

—En todo caso, ya tenemos la certeza de que alguien la llevó hasta allí. Y después se marchó en su vehículo.

—Hay otro detalle —advirtió Nyberg—. Sobre su bolso.

—¿Qué pasa con el bolso?

—He estado intentando comprender por qué lo hallamos donde lo hallamos, junto a la valla.

—Pues lo más probable es que quien la recogió en coche lo arrojase allí, ¿no crees?

—Sí, pero ¿por qué? No puede haber sido en la creencia de que no íbamos a encontrarlo.

Wallander comprendió que el razonamiento de Nyberg era correcto y que lo que acababa de decir era importante.

—Quieres decir que por qué no se lo llevó, si confiaba en que el cuerpo no pudiese ser identificado.

—Más o menos.

—¿Y qué respuesta se te ocurre?

—Bueno, ése es tu trabajo. Yo me limito a describir lo que veo. El bolso estaba a quince metros de la entrada a los transformadores.

—¿Alguna otra cosa?

—No. No logramos descubrir ninguna otra pista.

Concluida la conversación, Wallander levantó de nuevo la botella de whisky, pero volvió a dejarla sobre la mesa enseguida. Ya estaba bien. Si seguía bebiendo, sobrepasaría el límite. Y no estaba dispuesto. Fue entonces a la sala de estar. Encontrarse en casa durante el día lo hacía sentirse muy extraño. ¿Acaso no sentiría lo mismo cuando se hubiese jubilado? La sola idea lo hizo estremecerse. Se colocó junto a la ventana y contempló la calle de Mariagatan. Atardecía. Pensó en el médico que lo había visitado y en el hombre que hallaron muerto junto al cajero automático. Decidió que, al día siguiente, llamaría al departamento de Patología para referirle la visita de Enander y su negativa a aceptar que la causa de la muerte de Falk hubiese sido un infarto. Cierto que aquello no cambiaría las cosas, pero al menos él habría cumplido su palabra transmitiendo la información. Y no debía dejarlo por más tiempo.

Entonces se puso a pensar en la observación de Nyberg acerca del bolso de Sonja Hökberg. En el fondo, no había más que una conclusión plausible. Y dicha conclusión tuvo la facultad de despertar todos sus instintos de detective. El bolso estaba allí porque alguien quería que ellos lo encontrasen.

Se sentó en el sofá con la intención de reflexionar sobre ello. «Un cuerpo puede carbonizarse hasta el punto de quedar irreconocible», se dijo. «En especial, si ha sido sometido a una fuerte descarga eléctrica que no se interrumpe de inmediato. Una persona ejecutada en la silla eléctrica se cuece por dentro hasta morir. Quien asesinó a Sonja Hökberg sabía que podía resultar difícil identificarla, y por esa razón dejó allí su bolso».

Sin embargo, aquello no explicaba por qué lo habían dejado junto a la valla.

Revisó los datos una vez más, pero la cuestión de la localización del bolso seguía sin quedar aclarada. Abandonó la pesquisa por el momento, pues intuía que iba demasiado rápido. En primer lugar, debían recibir la confirmación de que Sonja Hökberg había sido, efectivamente, víctima de un asesinato.

Volvió a la cocina y se preparó un café. El teléfono seguía sin sonar y eran ya las cuatro de la tarde, de modo que se sentó ante la mesa con la taza de café en la mano y marcó el número de la comisaría por segunda vez. Irene lo informó de que tanto los periódicos como las cadenas de televisión seguían llamando, pero que ella no les había proporcionado el número de teléfono de su domicilio, que era secreto desde hacía ya varios años. De nuevo lo asaltó la idea de que su ausencia se interpretaría sin duda como indicio de su culpabilidad o, al menos, de lo mal que se sentía por lo ocurrido. «Debería haberme quedado allí», se recriminó. «Debería haber aceptado las entrevistas con todos y cada uno de los periodistas y haberles contado lo sucedido y aclararles que tanto Eva Persson como su madre están mintiendo».

El momento de debilidad estaba superado y, en su lugar, apareció la indignación. Le pidió a Irene que lo pasase con Ann-Britt aunque, en realidad, debería haber comenzado por hablar con Lisa para desmentirlo todo con total firmeza y hacerle ver que no aceptaba sus sospechas.

Pero antes de haber obtenido respuesta se apresuró a colgar el auricular.

En efecto, en aquel preciso instante no deseaba hablar con ninguna de las dos. En cambio, marcó el número de Sten Widén. Fue una las chicas quien atendió la llamada y comprobó que, como era habitual en el picadero de Stjärnsund el personal que cuidaba los caballos cambiaba de forma constante. Wallander sospechaba que tal vez a Sten le costase dejar en paz a las chicas. Cuando su amigo acudió por fin al teléfono, Wallander estaba ya a punto de arrepentirse de haberlo llamado, pero, después de todo, estaba casi seguro de que Sten Widén no habría visto la fotografía del periódico.

—Pensaba pasarme por allí —anunció Wallander—. Pero tengo el coche en el taller.

—Si quieres puedo ir a buscarte.

Acordaron que se verían hacia las siete. Wallander echó una ojeada a la botella de whisky, pero no la tocó.

En ese momento llamaron a la puerta. El inspector se llevó un sobresalto, pues no recibía visitas salvo en contadísimas ocasiones. Pensó que, con toda probabilidad, se trataría de algún periodista que había logrado dar con su dirección. Guardó la botella en un armario y fue a abrir la puerta. Pero, ante su sorpresa, no era ningún periodista quien lo buscaba, sino Ann-Britt Höglund.

—¿Vengo en mal momento?

Él la invitó a pasar al tiempo que procuraba mantener la boca alejada de la colega, de modo que ésta no pudiese percibir el olor a alcohol. Se sentaron en la sala de estar.

—Estoy resfriado —se excusó Wallander—. No tengo fuerzas para trabajar.

Ella asintió, aunque el inspector sospechaba que no lo creía. En realidad, tampoco tenía motivos, pues todos sabían que Wallander solía cumplir con su trabajo, aunque fuese aquejado por la fiebre o por cualquier dolor.

—¿Cómo estás? —inquirió ella, solícita.

«Bien, aunque el momento de flaqueza esté superado, aún quedan los vestigios de la reciente debilidad», se dijo. «Pero están anclados en lo más profundo de mi ser y no pienso consentir que salgan a la luz».

—Si te refieres a la fotografía, comprenderás que me parece terrible. ¿Pudo un fotógrafo colarse y pasar inadvertido hasta las salas de interrogatorios?

—Lisa está muy preocupada.

—Ya, pero debería prestar más atención a lo que le digo en lugar de dar crédito inmediato a lo que dicen en el periódico.

—Pero es que resulta muy difícil negar la fotografía.

—Claro, ni yo lo pretendo. Lo cierto es que la golpeé, puesto que ella agredió a su madre.

—Sí, pero sabrás que ellas sostienen otra versión.

—Pues están mintiendo. Claro que tal vez tú sí des crédito a lo que ellas dicen.

La colega negó con un gesto.

—Yo creo que la madre está aprovechando las circunstancias, que ve en ellas una posibilidad de desviar la atención de lo que hizo su hija. Por otro lado, puesto que Sonja Hökberg está muerta, ahora pueden acusarla de ser la única responsable.

—Bueno, salvo en lo tocante al cuchillo ensangrentado, que pertenece a Eva.

—Hasta eso. Aunque lo hallamos gracias a las indicaciones de Eva, ella siempre podría decir que fue Sonja quien acuchilló a Lundberg.

Wallander comprendió que Ann-Britt estaba en lo cierto. Los muertos no podían prestar testimonio. Lo que sí había era una fotografía de gran tamaño en la que se veía cómo un policía derribaba a una niña de un golpe. La resolución no era muy buena, pero no cabía la menor duda de lo que representaba.

—El fiscal ha solicitado una investigación por procedimiento abreviado.

—¿Cuál de ellos?

—Viktorsson.

A Wallander no le gustaba aquel fiscal. Había llegado a Ystad en agosto, pero él ya había tenido varios encuentros desagradables con él.

—Será su palabra contra la mía.

—Ya, pero ellas son dos.

—Lo más curioso de todo es que Eva Persson desprecia a su madre —comentó Wallander—. Lo vi claramente cuando estuve hablando con ella.

—Sí, pero a estas alturas ya habrá comprendido que las cosas van a irle bastante mal. Aunque sea menor y no pueda ir a la cárcel. Y por eso habrá decidido firmar una tregua provisional con su madre.

De repente, Wallander se sintió incapaz de seguir hablando del asunto. Al menos, no en aquel momento.

—¿Por qué has venido?

—Me dijeron que estabas enfermo.

—Ya, pero no estoy moribundo. Mañana mismo volveré al trabajo. Me gustaría que me contases lo que sacaste en claro de la entrevista con Eva Persson.

—Verás, resulta que ha cambiado su versión.

—De acuerdo, pero es imposible que ella sepa que Sonja Hökberg ha muerto.

—Pues eso es lo extraño.

A Wallander le llevó unos minutos comprender el alcance de las palabras de Ann-Britt, hasta que al fin lo vio claro. Clavó en la colega una mirada elocuente.

—Tienes alguna hipótesis, ¿me equivoco?

—A ver, ¿por qué habría de modificar su versión? Ella se confiesa culpable de un delito cometido junto con otra persona. Todo encaja. Lo que dice la una cuadra a la perfección con lo que refiere la otra. ¿Por qué habría de retractarse ahora?

—Exacto, ¿por qué? Pero tal vez sea más importante preguntarse ¿cuándo?

—Sí, en realidad, ésa es la razón por la que estoy aquí. Es imposible que Eva Persson supiera que Sonja Hökberg estaba muerta cuando yo empecé a interrogarla, pero, pese a todo, modificó por completo su declaración anterior. Ahora resulta que Sonja Hökberg fue la responsable de todo y que ella es inocente, que no pensaban atracar al taxista y que no tenían intención de ir a Rydsgård, sino que Sonja le había sugerido que visitasen a un tío suyo que vive en Bjäresjö.

—¿Existe ese tío?

—Sí, y lo llamé. Asegura que no ha visto a Sonja desde hace cinco o seis años.

Wallander reflexionó un instante.

—Entonces no hay más que una explicación posible —resolvió Wallander—. Eva Persson no habría podido desmentir la primera versión y fraguar una mentira semejante a menos que estuviese segura de que a Sonja Hökberg le resultaría imposible negarla.

—Exacto, a mí tampoco se me ocurre otra explicación plausible para ello. Comprenderás que le pregunté por qué su declaración anterior había sido totalmente distinta.

—Ya. ¿Y qué respondió?

—Que no quería que Sonja cargase con toda la culpa.

—¿Porque eran amigas?

—Eso es.

Ambos sabían lo que aquello significaba. En efecto, la única explicación posible era que Eva Persson conociese la circunstancia de que Sonja Hökberg estaba muerta.

—¿Qué te parece a ti? —quiso saber Wallander.

—Pues que hay dos opciones. Es posible que Sonja llamase a Eva tras haber huido de la comisaría para decirle que pensaba suicidarse.

Wallander rechazó aquella sugerencia con un gesto.

—No me parece muy convincente.

—Ni a mí. Y tampoco creo que Sonja llamase a Eva Persson. Sospecho que llamó a otra persona.

—Que después llamó a Eva Persson y le dijo que Sonja estaba muerta, ¿cierto?

—Así es. Eso es lo que yo creo.

—En tal caso, Eva conoce la identidad del asesino de Sonja, si es que fue asesinada.

—¿Y tú crees que puede no haber sido asesinato?

—No. Pero pienso que debemos esperar a conocer los resultados de los certificados forenses.

—Sí. Intenté conseguir que me proporcionasen un resultado preliminar, pero parece que el trabajo con cuerpos carbonizados es muy lento.

—Espero que sepan que es muy urgente.

—Bueno, siempre lo es, ¿no?

La joven miró el reloj antes de ponerse en pie.

—Mis hijos me esperan en casa.

Wallander pensó que debería decirle algo, pues sabía por propia experiencia lo difícil que resultaba una ruptura matrimonial.

—¿Cómo va el divorcio?

—Bueno, tú mismo tuviste ocasión de sufrirlo y supongo que sabes que es un infierno, desde el principio hasta el final.

Wallander la acompañó hasta la puerta.

—Tómate un whisky —lo animó la colega—. Te sentará bien.

—No, si ya lo he hecho… —replicó Wallander.

A las siete de la tarde, Wallander oyó que alguien tocaba la bocina del coche desde la calle. Miró por la ventana de la cocina y comprobó que se trataba de la oxidada furgoneta de Sten Widén, de modo que metió la botella de whisky en una bolsa de plástico y bajó la escalera.

Se pusieron en marcha hacia la finca y, al llegar, Wallander quiso comenzar su visita, como ya era habitual, con un recorrido por los establos. Había muchos compartimentos vacíos y una chica, de unos diecisiete años, que estaba colgando una silla de montar. La muchacha se marchó y los dos amigos se quedaron a solas. Wallander se sentó sobre un fardo de heno mientras que Sten Widén se quedaba apoyado contra la pared.

—Me voy —anunció—. La finca está a la venta.

—¿Quién crees que puede estar interesado en comprarla?

—Alguien que esté lo suficientemente loco como para creer que sea rentable.

—¿La venderás bien?

—No, pero será suficiente, supongo. Si no cometo excesos, podré vivir de las rentas.

Wallander quería saber cuánto dinero podría obtener de aquella venta, pero no se atrevió a preguntar.

—Primero tengo que venderla; después decidiré adónde ir.

Wallander sacó la botella de whisky y Sten tomó un trago.

—Jamás vivirás a gusto sin los caballos —le advirtió Wallander—. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé.

—La bebida acabará contigo.

—O todo lo contrario. Quién sabe si no la dejaré por completo.

Salieron de los establos y atravesaron el jardín en dirección a la casa. Hacía fresco aquella tarde. Wallander se sintió de nuevo invadido por una envidia corrosiva. Su viejo amigo Per Åkeson, el fiscal, se encontraba en Sudán desde hacía ya varios años y Wallander había empezado a sospechar que nunca volvería a Suecia. Y ahora le tocaba el turno a Sten, que emprendía el viaje hacia algo desconocido pero diferente. Entretanto, él aparecía en un periódico vespertino por haber golpeado a una niña de catorce años.

«Suecia se ha convertido en un país del que la gente huye», concluyó. «Al menos, aquéllos que pueden permitírselo. Y los que no, sacan el dinero de donde pueden para poder unirse a las filas de los emigrantes. ¿Cómo hemos podido llegar a esto? ¿Qué es lo que ha sucedido exactamente?».

Una vez en la casa, se sentaron en la desordenada sala de estar, que también hacía las veces de oficina. Sten Widén se sirvió una copa de coñac.

—Estoy pensando en convertirme en trabajador de algún teatro —declaró por fin.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Podría ir a La Scala de Milán y pedir trabajo como ayudante de escenario.

—¡Qué cojones! No creerás que los telones todavía se suben y se bajan de forma manual, ¿verdad?

—Supongo que algún que otro componente del escenario sí que habrá que trasladarlo a mano. ¿Te imaginas? Estar allí, detrás del escenario todas las noches… Y escuchar las óperas, claro, sin tener que pagar ni un céntimo. Incluso podría ofrecerme a trabajar gratis.

—¿Y eso es lo que has decidido hacer?

—No. La verdad es que se me han ocurrido muchas ideas. A veces incluso me pregunto si no debería irme hacia el norte, a Norrland. Y enterrarme en un montón de nieve frío y desagradable de verdad. No lo sé aún. Lo único de lo que estoy seguro es de que venderé la finca y me marcharé. Pero, en fin, ¿qué es de ti?

Wallander se encogió de hombros sin contestar. Había bebido demasiado y comenzaba a sentirse abotargado.

—¿Continúas persiguiendo la destilación clandestina de alcohol?

Wallander percibió el sarcasmo en el tono de su voz y se enfureció.

—Persigo a asesinos —atajó—. Gente que mata a sus semejantes a martillazos. Me figuro que habrás oído hablar de la muerte del taxista ¿no?

—Pues no.

—Dos chicas jovencísimas lo mataron la otra noche a golpes y a cuchilladas. Ése es el tipo de gente a la que yo persigo. No a los que destilan alcohol en sus casas.

—No comprendo cómo lo aguantas.

—Yo tampoco. Pero es un trabajo que hay que hacer y, al parecer yo lo hago mejor que otros.

Sten Widén le dedicó una sonrisa burlona.

—Bueno, bueno, no te lo tomes así, hombre. Estoy seguro de que eres un buen policía. Siempre lo he creído. La cuestión es si te quedará tiempo para hacer otra cosa en la vida.

—Yo no soy de los que huyen.

—¿Quieres decir como yo?

Wallander guardó silencio. Entre ellos acababa de abrirse un abismo, aunque, de repente, no supo si no habría existido desde hacía ya tiempo sin que ellos mismos se hubiesen percatado de ello. Hubo un tiempo, cuando eran jóvenes, en que fueron buenos amigos. Después, sus vidas discurrieron por senderos diferentes. Cuando se encontraron, muchos años más tarde, echaron mano de los lazos de amistad que antaño los habían unido. Pero tal vez no hubiesen sabido ver que las circunstancias eran ya muy distintas. En aquel momento Wallander comprendió cuál era la situación real y lo más probable era que también a Sten Widén se le hubiesen abierto los ojos.

—El padre de una de las chicas que mataron al taxista es adoptivo —explicó Wallander—. Erik Hökberg.

Sten Widén lo miró perplejo.

—¿En serio?

—En serio. Y lo más seguro es que ahora ella también haya sido asesinada. Así que me temo que no tengo tiempo para marcharme, aunque quisiera.

Volvió a guardar la botella de whisky en la bolsa de plástico.

—¿Puedes llamar a un taxi?

—¿Ya te vas?

—Sí, creo que será lo mejor.

Una pincelada de decepción se reflejó en el rostro de Sten Widén. También Wallander fue presa del mismo sentimiento. Los lazos de la amistad de antaño se habían roto o, más bien, por fin habían descubierto que aquello se había terminado hacía ya mucho tiempo.

—Está bien, te llevaré a casa.

—No —rechazó Wallander—, has bebido.

Sin replicar, Sten Widén llamó para pedir un taxi.

—Estará aquí dentro de diez minutos.

Dicho esto, salieron a una clara tarde otoñal en la que no se dejaba sentir la menor brisa.

—En realidad, ¿qué nos creíamos cuando éramos jóvenes? —inquirió de pronto Sten Widén.

—Yo ya no me acuerdo. Pero, a decir verdad, tampoco suelo volver atrás la mirada. Ya tengo bastante con lo que sucede en el presente. Y con las preocupaciones por el futuro.

En ese momento, llegó el taxi.

—Bueno, escríbeme y me cuentas qué decides al fin.

—No te preocupes, lo haré.

Wallander se acomodó en el asiento posterior y el vehículo partió hacia Ystad hendiendo la oscuridad.

Acababa de entrar en su apartamento cuando sonó el teléfono.

—¡Vaya, ya estás en casa! —oyó ironizar a Ann-Britt—. Llevo toda la tarde intentando localizarte. ¿Por qué nunca llevas el móvil?

—¿Qué ha sucedido?

—Hice un nuevo intento de que me adelantasen alguna novedad en el departamento de Patología de Lund. Al final hablé con ellos y se negaron a confirmar nada, pero me revelaron que habían descubierto algo interesante. Sonja Hökberg presentaba una fractura en la parte posterior del cráneo.

—Es decir, que estaba muerta cuando le sobrevino la descarga.

—Puede que no. Pero no cabe duda de que estaba inconsciente.

—¿No pudo herirse ella misma?

—La forense está totalmente segura de que es imposible que ella misma se hubiese causado tal fractura.

—Bien, en tal caso, ya sabemos que fue asesinada —concluyó Wallander.

—¿Acaso no lo hemos sabido desde el principio?

—No —negó categórico el inspector—. Lo sospechábamos, pero no lo sabíamos. Hasta ahora.

Al fondo empezó a oírse el llanto de un niño y la colega se apresuró a concluir la conversación, no sin antes haber acordado que se verían a las ocho de la mañana siguiente.

Wallander se sentó ante la mesa de la cocina pensando en Sten Widén, en Sonja Hökberg y, sobre todo, en Eva Persson.

«Ella lo sabe. Ella tiene que saber quién es el asesino de Sonja Hökberg».

## 

## 10

De forma un tanto brusca, Wallander se vio arrancado del sueño algo después de las cinco de la madrugada del jueves. Tan pronto como abrió los ojos, supo cuál había sido la causa de tan súbito despertar. En efecto, había olvidado una cosa: la promesa hecha a Ann-Britt Höglund de que aquella misma tarde acudiría en su lugar a dar una charla sobre el trabajo de la policía ante una asociación literaria femenina de Ystad.

Quedó inmóvil, en la oscuridad, aterrado ante la idea de haber olvidado aquello por completo. De hecho, no había preparado nada en absoluto, y ni siquiera había elaborado un guión que sirviese de apoyo a su exposición.

Sintió cómo el desasosiego se le asentaba en el estómago. Lo más probable era que aquellas mujeres ante las que tendría que hablar hubiesen visto la fotografía de Eva Persson. Por otro lado y a aquellas alturas, Ann-Britt ya les habría anunciado que sería él, y no ella misma, quien daría la conferencia.

«No lograré salir airoso», se lamentó. «Todas esas señoras no verán ante sí más que a un brutal maltratador de mujeres y no al hombre que soy en realidad, quienquiera que sea».

Permaneció tendido en la cama mientras se esforzaba por hallar una escapatoria. El único que podría haber dispuesto de tiempo para sacarlo de aquel atolladero era Hanson, pero ya sabía que era imposible, Ann-Britt lo había hecho reparar en el detalle de que Hanson era, en efecto, incapaz de expresarse en público a menos que la exposición versase sobre caballos. Todos sabían que la vida del colega transcurría en un murmullo perpetuo y que tan sólo quienes lo conocían bien lograban comprender qué quería decir exactamente.

Wallander se levantó a las cinco y media, consciente de que no le cabía albergar la menor esperanza de rehuir aquella responsabilidad. Se sentó ante la mesa de la cocina y extrajo su bloc de notas. En el encabezado de la hoja plasmó el título: Conferencia. Acto seguido se preguntó qué les habría contado Rydberg a un grupo de mujeres sobre su profesión de policía, si hubiese estado vivo. Sin embargo, sospechaba que Rydberg jamás se habría dejado convencer para aceptar una intervención pública de aquella índole.

A las seis de la mañana, la misma palabra seguía ocupando la hoja tan solitaria como al principio. A punto estaba de darse por vencido cuando, de pronto, se le ocurrió qué podía hacer. Les contaría lo que estaban haciendo en aquellos momentos; sí, les hablaría acerca de la investigación del asesinato del taxista. Podría incluso, ¿por qué no?, comenzar por el entierro del joven Stefan Fredman. «Unos días en la vida de un policía…». Tal y como era, sin adornos ni eufemismos. De modo que logró escribir unas cuantas columnas con palabras clave y decidió que no evitaría tocar el asunto del suceso con el fotógrafo. Era consciente de que podrían interpretarlo como una apología de sí mismo, lo que, por otro lado, no sería más que la pura verdad. No obstante, él era el único que conocía la realidad de los hechos.

A las seis y cuarto dejó el bolígrafo. La sensación de malestar ante lo que se le avecinaba no se había atenuado lo más mínimo, pero, al menos, ya no se sentía tan vulnerable. Cuando se disponía a vestirse, procuró hacerlo con una camisa limpia que pudiese utilizar por la noche. Sólo le quedaba una en el fondo del armario, pues el resto de sus camisas se hallaban arrumbadas en un gran montón en el suelo: en efecto, hacía ya mucho tiempo que no ponía una lavadora.

Minutos antes de las siete llamó al taller para preguntar por el coche. La conversación resultó deprimente: al parecer, estaban considerando la posibilidad de reemplazar todo el motor. El dueño del taller le prometió que le daría un presupuesto a lo largo del día. El termómetro que tenía en el marco exterior de la ventana de la cocina indicaba que estaban a siete grados. Soplaba una leve brisa y algunas nubes quebraban el azul del cielo, pero no llovía. Siguió con la mirada el penoso caminar de un hombre de edad que avanzaba por la calle. El anciano se detuvo junto a una papelera y se puso a rebuscar con la mano en el interior, pero no halló nada. Wallander pensó en la noche anterior. La animosa sensación de envidia se había extinguido ya y ocupaba ahora su lugar un vago sentimiento de nostalgia. No en vano, cuando Sten Widén desapareciese de su existencia, ¿quién quedaría como testigo de sus lazos con los años vividos? Muy pronto no le quedaría nadie.

Pensó en Mona, la madre de Linda. Ella también había roto los vínculos que los unían. El día en que ella le hizo saber que pensaba dejarlo, él se quedó inerme, sin opción a nada, pese a que, en el fondo de su corazón, él ya presentía que aquello sucedería. Sabía que ella había vuelto a casarse no hacía mucho. Hasta entonces y a intervalos de tiempo más o menos regulares, había estado intentando convencerla de que volviese con él, de que podían empezar de nuevo. Ahora, después del nuevo matrimonio de su exmujer, no acertaba a comprenderse a sí mismo. En el fondo, él no deseaba retomar su relación con Mona. Lo cierto era que no soportaba la soledad, pero que jamás habría podido volver a compartir la vida con ella. A decir verdad, aquella ruptura era necesaria, además de haberse producido demasiado tarde. Como quiera que fuese, ella estaba ya casada con un asesor de seguros aficionado al golf. Wallander no lo había visto jamás, aunque sus voces se habían cruzado al teléfono en alguna que otra ocasión. El individuo tampoco era del gusto de Linda, pero Mona parecía encontrarse satisfecha, incluso tenían una casa en algún lugar de España, de modo que, por lo que parecía, el hombre tenía dinero, algo que Wallander jamás había podido ofrecerle a ella.

Abandonó aquellos pensamientos en el mismo momento en que salía de su apartamento. Ya camino de la comisaría, retomó la reflexión acerca de lo que diría en su charla de aquella noche. Un coche patrulla pasó a su lado y el conductor le preguntó si quería que lo llevasen, pero Wallander rechazó agradecido el ofrecimiento, pues prefería ir a pie.

A la puerta de la comisaría había apostado un hombre para él desconocido. Cuando Wallander se disponía a entrar, el hombre se dirigió a él. Wallander lo reconoció sin poder ubicarlo.

—Kurt Wallander, ¿no es así? —preguntó el hombre—. ¿Tienes un minuto?

—Eso depende. ¿Quién eres?

—Harald Törngren.

Wallander movió la cabeza.

—Yo fui quien tomó la fotografía.

Wallander cayó entonces en la cuenta de que reconocía aquel rostro de la última conferencia de prensa.

—¿Quieres decir que fuiste tú quien se escurrió a hurtadillas por el pasillo de la comisaría?

Harald Törngren, que rondaba la treintena, tenía el rostro alargado y llevaba el pelo corto, exhibió una sonrisa elocuente.

—Lo cierto es que iba buscando unos servicios. Y nadie me dio el alto ni me preguntó adonde iba.

—Bien, ¿y qué quieres?

—Bueno, pensé darte la oportunidad de hacer algún comentario a propósito de la fotografía. Me gustaría hacerte una entrevista.

—Sí, claro. Lo que sucede es que no piensas escribir lo que yo diga.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

Wallander consideró la opción de pedirle que se largase, pero, al mismo tiempo, entendía que de aquel modo se le ofrecía al menos una posibilidad.

—De acuerdo, pero quiero que alguien presencie la entrevista y escuche todo.

La sonrisa volvió a dibujarse en el rostro de Törngren.

—¿Un testigo presencial?

—Sí. Mis experiencias con los periodistas no han sido muy positivas.

—Si lo deseas, puedes llevar diez testigos.

Wallander miró el reloj, que indicaba las siete y veinticinco.

—Bien, te concedo media hora. Ni un minuto más.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Entró seguido del periodista. En la recepción, Irene le comunicó que Martinson ya había llegado. Wallander le pidió a Törngren que aguardase mientras él se dirigía al despacho del colega, al que halló entregado a la búsqueda de algún documento en su ordenador. Wallander le explicó brevemente su encuentro con el periodista.

—¿Quieres que me lleve una grabadora?

—No, será suficiente con que tú estés presente. Siempre que, después, recuerdes lo que yo haya dicho, claro está.

De repente, Martinson pareció vacilar.

—¿No sabes las preguntas que piensa hacerte?

—No. Pero sé lo que ocurrió.

—Ya, con tal de que no estalles…

Wallander se sorprendió.

—Yo siempre digo lo que pienso, ¿no?

—Bueno, a veces.

El inspector comprendió que Martinson tenía razón.

—Está bien. Lo tendré en cuenta. Vamos allá.

Se sentaron en una de las salas de reuniones más pequeñas. Törngren colocó sobre la mesa su minúscula grabadora mientras Martinson se mantenía algo apartado.

—Ayer estuve hablando con la madre de Eva Persson —comenzó Törngren—. Han decidido denunciarte.

—¿Cuál será el motivo de la denuncia?

—Agresión. ¿Tienes algún comentario que hacer al respecto?

—No hubo agresión, en ningún momento.

—Bueno, pero eso no es lo que ellas opinan. Además, recuerda que tengo una fotografía.

—¿Quieres saber lo que ocurrió realmente?

—Sí, claro. Me gustaría mucho escuchar tu versión.

—No es una versión. Es la verdad.

—Es su palabra contra la tuya.

Wallander comprendió lo absurdo de sus expectativas y se arrepintió enseguida de haberse prestado a aquello. Pero ya era, desde luego, demasiado tarde. De modo que le contó los hechos tal y como éstos se habían desarrollado. De repente, Eva Persson atacó a su madre. Wallander intentó interponerse. La muchacha estaba fuera de sí. Y entonces él le dio una bofetada.

—Tanto la madre como la hija niegan la veracidad de tu versión.

—Ya. Y a pesar de todo, eso fue lo que pasó.

—¿Te parece verosímil que una niña golpee a su madre?

—Eva Persson acababa de confesarse coautora de un crimen. Nos hallábamos en una situación muy tensa. En esos casos, pueden producirse reacciones inesperadas.

—Bien, pero Eva Persson me confió ayer mismo que se vio obligada a confesar.

Wallander y Martinson se miraron sin comprender.

—¿Que se vio obligada?

—Así es. Eso fue lo que dijo.

—¿Y quién se supone que la obligó?

—Los agentes que la sometieron a interrogatorio.

Martinson se levantó indignado.

—¡Ésa es la porquería más grande que he oído en mi vida! —exclamó—. Has de saber que aquí no utilizamos medidas de presión en los interrogatorios.

—Pues eso fue lo que dijo. Así que ahora se retracta de todo y sostiene que es inocente.

Wallander clavó sus ojos en los de Martinson, que no dio muestras de querer añadir nada más. El inspector, por su parte, se sentía ya totalmente tranquilo.

—Estamos aún lejos de haber terminado los preliminares de la investigación —anunció—. Eva Persson está ligada al crimen. El que ahora quiera retractarse de su declaración inicial no cambia las cosas en esencia.

—¿Quieres decir que está mintiendo?

—No deseo responder a esa pregunta.

—¿Por qué no?

—Porque equivaldría a ofrecer información sobre una investigación previa en curso. Información que no podemos revelar aún.

—En cualquier caso, tú sostienes que ella está mintiendo, ¿cierto?

—Ésas han sido tus palabras, no las mías. Yo no he hecho más que contarte lo que sucedió.

Wallander ya veía ante sí los titulares, pero estaba convencido de estar haciendo lo correcto. El que Eva Persson y su madre recurriesen a tan astuta argucia no les facilitaría la investigación lo más mínimo como tampoco les sería favorable que los periódicos vespertinos terminasen por dedicar largos reportajes sensibleros a las dos mujeres.

—La muchacha es muy joven —advirtió Törngren—. Y sostiene que fue inducida por su amiga, mayor que ella, a participar en unos sucesos que desembocaron en tragedia. ¿No te parece eso lo más verosímil, no crees que es ahora cuando Eva Persson está diciendo la verdad?

Wallander consideró brevemente si debería revelar cuanto sabían sobre Sonja Hökberg, pues los últimos hallazgos aún no se habían hecho públicos y, aunque comprendió que no tenía potestad para hacerlo, el simple hecho de conocerlos le daba cierta ventaja.

—¿A qué te refieres con «lo más verosímil»? —inquirió.

—Que Eva Persson dice la verdad, que fue inducida a cometer el delito por su compañera.

—No olvides que tú y tu periódico no sois los responsables de la investigación o la resolución del asesinato de Lundberg. Los responsables somos nosotros. Si deseáis extraer vuestras propias conclusiones y dictar una sentencia, ni que decir tiene que nadie puede impedíroslo. Pero ten en cuenta que la realidad terminará por resultar muy distinta. Claro que dudo mucho de que le concedáis demasiado espacio en vuestro periódico a eso.

Wallander dio una palmada sobre la mesa en señal de que daba por concluida la entrevista.

—Gracias por concederme algo de tu tiempo —dijo Törngren mientras recogía su grabadora.

—Martinson te acompañará a la salida —repuso Wallander ya en pie.

Abandonó la sala sin estrecharle la mano. Fue a buscar su correo sin dejar de pensar en cómo calificar la conversación con Törngren, si realmente había sido positiva. ¿Debería haberse expresado en otros términos en algún momento? ¿Hubo algo que pasó por alto y que debería haber dicho? Con las cartas bajo el brazo fue a buscar una taza de café y entró en su despacho. Resolvió que la charla con Törngren había sido, sin duda, positiva, aunque, por supuesto, él era incapaz de predecir el tono del artículo que publicaría el periódico. Se sentó a la mesa y comenzó a hojear el correo, pero no halló nada tan urgente que no pudiese esperar. Entonces recordó la visita que había recibido el día anterior, la del doctor Enander. Wallander rebuscó en sus cajones hasta encontrar sus notas y llamó al departamento de Patología de Lund. Tuvo suerte pues enseguida lo pasaron con el médico con el que deseaba hablar. Wallander le refirió brevemente la opinión de Enander mientras el patólogo escuchaba atento y anotaba la información que le ofrecía Wallander. Tras prometer que se pondría en contacto con Wallander si aquello modificaba en alguna medida el informe médico ya elaborado, el doctor se despidió de él.

A las ocho en punto, Wallander se levantó y se dirigió a la sala de reuniones, donde tanto Lisa Holgersson como el fiscal Lennart Viktorsson ya ocupaban sus puestos. Ante la sola visión del fiscal, Wallander sintió el flujo de la adrenalina a través de su cuerpo. Cualquier otra persona que hubiese aparecido en una fotografía en las páginas centrales de un periódico se habría encogido bajo los efectos de la turbación y el temor. Pero Wallander había sufrido su acceso de debilidad el día anterior, cuando se marchó de la comisaría, y aquélla se había visto reemplazada por un talante combativo. Así pues, se acomodó en su silla y tomó la palabra de inmediato.

—Como todos sabéis, ayer apareció en un periódico vespertino una fotografía de Eva Persson inmediatamente después de que yo le hubiese propinado una bofetada. Pese a que tanto la madre como la hija afirman algo muy distinto, lo que sucedió fue que yo me interpuse entre ambas cuando la joven la emprendió a golpes con su madre. Le di la bofetada para tranquilizarla, y sin hacer uso de una fuerza desmedida, pese a lo cual la chica perdió el equilibrio y cayó al suelo. Esto es lo que le he contado al periodista que se las arregló para colarse en la comisaría. Me he entrevistado con él esta mañana con Martinson como testigo.

Dicho esto, hizo una pausa que aprovechó para calibrar la expresión de los rostros que lo observaban antes de proseguir. Lisa Holgersson no parecía muy satisfecha y él se figuró que la jefa habría preferido que se le hubiese reservado la prerrogativa de tomar la iniciativa.

—Me han informado de que se llevará a cabo una investigación interna sobre el suceso, y yo estoy más que de acuerdo. Bien, dicho esto, creo que lo mejor será que pasemos a tratar otro asunto mucho más urgente: el asesinato de Lundberg y lo que en verdad le ocurrió a Sonja Hökberg.

Tan pronto como él guardó silencio, Lisa Holgersson tomó la palabra. A Wallander le disgustaba la expresión de su rostro y persistía en la sensación de que ella, en cierto sentido, lo estaba traicionando.

—Comprenderás que, a partir de este momento, no podrás celebrar más entrevistas con Eva Persson —advirtió ella.

Wallander asintió.

—Sí, hasta yo soy capaz de comprender esa medida.

«A decir verdad, debería haber dicho algo muy distinto», se reprochó. «Debería haber mencionado que una de las obligaciones elementales de un comisario jefe es apoyar a su personal. Por supuesto que no de forma indiscriminada ni a cualquier precio, pero sí mientras no fuese más que su palabra contra la de los demás. Pero, claro, a ella le parece más cómodo apoyarse en una mentira en lugar de apostar por una verdad que se revela como clara fuente de conflictos».

Viktorsson vino a interrumpir el hilo de sus pensamientos cuando alzó la mano para pedir la palabra.

—Ni que decir tiene que yo seguiré muy de cerca esta investigación interna. Y, por lo que respecta a Eva Persson, es muy posible que debamos tomar en serio su nueva versión de los acontecimientos. Lo más probable es que todo sucediese como ella asegura y que Sonja Hökberg fuese la única responsable tanto de la planificación como de la comisión del delito.

Wallander no daba crédito a lo que oía. Recorrió con la mirada los rostros de sus colegas en busca de un punto de apoyo. Hanson, con su habitual camisa de cuadros, parecía absorto y ausente. Martinson se rascaba la barbilla, mientras que Ann-Britt, por su parte, permanecía silenciosa, hundida en su silla. Nadie lo miraba a los ojos, pero él lo interpretó como un indicio del respaldo que necesitaba.

—Eva Persson miente —sentenció—. Su primera versión era la verdadera. Y, si nos aplicamos, lograremos demostrarlo.

Viktorsson hizo ademán de querer decir algo, pero Wallander se lo impidió. Dudaba de que supieran lo que Ann-Britt le había revelado por teléfono la noche anterior.

—Sonja Hökberg fue asesinada —anunció—. La forense nos comunicó que ha hallado una herida provocada por un fuerte golpe en la parte posterior del cráneo. Un golpe que pudo ser mortal pero que en cualquier caso, la dejó inconsciente o al menos aturdida. Y lo más seguro es que alguien la arrojase después a la maraña del cableado eléctrico. Pero ya no tenemos por qué dudar de que haya sido asesinada.

Tal y como había sospechado, estaba en lo cierto: aquello fue una sorpresa para todos.

—Debo subrayar que aún no es más que un juicio preliminar de la forense —precisó—. Es decir, que puede haber más descubrimientos.

Nadie hizo comentario alguno y Wallander se dio cuenta de que tenía el mando de la situación. Se sentía provocado por la aparición de la fotografía en el periódico y aquella circunstancia le infundió renovadas energías, aunque, sin lugar a dudas, nada lo irritaba tanto como la manifiesta falta de confianza de Lisa Holgersson.

Retomó su exposición con una relación exhaustiva de los hechos.

—Johan Lundberg resulta asesinado en su taxi. Se trata, a primera vista, de un atraco planeado a toda prisa que concluye con resultado de muerte. Las chicas confiesan que necesitaban dinero, pero no exactamente para qué. No se esfuerzan por desaparecer después de haber cometido el delito y, cuando por fin damos con ellas, ambas se confiesan culpables casi de inmediato. Sus versiones coinciden y ninguna de las dos da muestras de arrepentimiento perceptible. Por otro lado, hallamos las armas del crimen. Después, Sonja Hökberg se da a la fuga huyendo de la comisaría, lo que debemos atribuir a un impulso. Doce horas después es hallada cadáver en una de las unidades de transformadores de Sydkraft. Y una cuestión crucial que aún queda por resolver es la de cómo llegó hasta allí. Asimismo, ignoramos por qué fue asesinada. Al mismo tiempo, se produce un acontecimiento que no debemos menospreciar y que no es otro que el hecho de que Eva Persson decida retractarse de su confesión inicial para inculpar a Sonja Hökberg, proporcionando nueva información imposible de verificar, puesto que la inculpada está muerta. La cuestión es cómo llegó a saberlo Eva Persson. O, mejor, está claro que lo sabía. Sin embargo, la noticia del asesinato aún no se había hecho pública y no la conocía más que un número muy reducido de personas, un número que ayer, cuando Eva Persson modificó su declaración, aún era menor.

En este punto, Wallander guardó silencio. El grado de atención de los presentes había crecido, pues el inspector acababa de determinar las cuestiones decisivas para la resolución del caso.

—En otras palabras, lo que hemos de averiguar es qué hizo Sonja Hökberg cuando salió de la comisaría —sintetizó Hanson.

—Sí. Sabemos que no fue a pie hasta la estación de transformadores —les recordó Wallander—. Aunque no podamos probarlo al cien por cien. Pero creo que contamos con los indicios suficientes como para partir de la base de que accedió al lugar en coche.

—Espera, ¿no creéis que os estáis precipitando? —objetó Viktorsson—. ¿Qué nos hace pensar que no estaba muerta cuando llegó a la estación eléctrica?

—Aún no he terminado —replicó Wallander—. Cierto que existe esa posibilidad.

—¿Tenemos algún argumento en contra?

—No.

—En ese caso, ¿no es eso lo más verosímil, que Hökberg estuviese muerta cuando condujeron su cuerpo hasta el lugar donde la hallamos? De otro modo, ¿cómo asegurar que se dirigió hasta allí por voluntad propia?

—Porque conocía a quien la llevó.

Viktorsson negó con la cabeza.

—¿Por qué querría nadie ir a una de las instalaciones de Sydkraft que además está situada en medio de una plantación? Por otro lado, estaba lloviendo, ¿no es así? Todo ello nos indica, en mi opinión, que lo más probable es que ya estuviese muerta cuando llegó al lugar.

—Bueno, ahora soy yo el que piensa que eres tú quien va demasiado aprisa —observó Wallander—. Por ahora, estamos subrayando las opciones posibles, pero no creo que sea el momento de elegir. Todavía no.

—¿Quién la llevó en su coche? —intervino Martinson—. Si lo supiéramos, conoceríamos también la identidad de su asesino, pero no el móvil.

—A eso llegaremos más tarde —advirtió Wallander—. Mi teoría es que Eva Persson no pudo enterarse de la muerte de Sonja Hökberg más que a través de su asesino o de alguien que estaba al corriente de los hechos.

En este punto se volvió a mirar a Lisa Holgersson.

—Lo que significa que Eva Persson es la clave del misterio. Es menor de edad y está mintiendo, pero debemos presionarla de modo que nos revele cómo llegó a conocer el hecho de que Sonja Hökberg estaba muerta.

Dicho esto, Wallander se puso en pie.

—Puesto que no he de ser yo quien se dedique a interrogar a Eva Persson, emplearé mi tiempo investigando otros asuntos hasta que consigamos la respuesta que deseamos.

Abandonó entonces la sala a toda prisa, no poco satisfecho de su salida triunfal. No se le ocultaba que había sido una demostración algo pueril, pero pensaba que o mucho se equivocaba o su ardid surtiría el efecto deseado. Se figuró que el cometido de interrogar a Eva Persson recaería, sin duda, sobre Ann-Britt y estaba seguro de que la colega sabía perfectamente cuál debía ser el objetivo de sus preguntas, con lo que no tenía por qué ayudarla a prepararse. Wallander tomó su cazadora, decidido a invertir el tiempo en intentar hallar la respuesta a otra pregunta sobre la que no dejaba de reflexionar. Una pregunta, por otra parte, cuya respuesta esperaba le permitiese, aunque a la larga, acorralar desde dos frentes distintos a la persona que había asesinado a Sonja Hökberg. Antes de abandonar el despacho, sacó dos fotografías de uno de los archivadores que contenían el material de la investigación y se las guardó en el bolsillo.

Bajó a pie hasta el centro. Había algo extraño en toda aquella historia que no dejaba de inquietarlo. ¿Por qué había sido asesinada Sonja Hökberg? ¿Por qué había tenido que suceder de modo que gran parte de Escania quedase a oscuras? ¿Cabía pensar que todo hubiese sido producto de la casualidad?

Cruzó la plaza Torget hasta ganar la calle de Hamngatan. El restaurante en que Sonja Hökberg y Eva Persson habían estado tomando unas cervezas seguía cerrado. Echó un vistazo a través del cristal de una de las ventanas y comprobó que había alguien en el interior del local. Dio unos toquecitos en la ventana, pero el hombre continuó entregado a la tarea de colocar algo tras la barra, de modo que Wallander golpeó de nuevo con más intensidad. Entonces, el hombre miró hacia la ventana, Wallander lo saludó con la mano y el hombre se acercó. Al reconocer al inspector, sonrió y fue a abrir la puerta.

—¡Pero si no son ni las nueve de la mañana! —observó—. ¿Ya te apetece una pizza?

—Sí, algo así —bromeó Wallander—. Aunque un café tampoco estaría mal. Pero también quería hablar contigo.

István Kecskeméti había emigrado desde Hungría hasta Suecia en 1956. Había dirigido diversos restaurantes en Ystad durante años. Wallander solía acudir a su establecimiento cuando no tenía ganas de prepararse la cena. Era muy hablador, pero Wallander lo apreciaba. Además, ahora sabía que el inspector padecía diabetes.

Aquella mañana, István estaba solo en el restaurante. Procedente de la cocina se oía el ruido del mazo sobre la carne, aunque el almuerzo no empezaría a servirse hasta las once. Wallander se sentó a una mesa situada al fondo del local. Mientras aguardaba a que István le sirviese el café, se preguntó dónde se habrían sentado a tomarse la cerveza las dos muchachas aquella noche, antes de pedir el taxi. István llegó con dos tazas que dejó sobre la mesa.

—Ya no vienes mucho por aquí —le reprochó—. Y resulta que, cuando decides venir, todavía está cerrado. Lo que me dice que no has venido en busca de comida, sino de algo distinto.

István abrió los brazos con un gesto resignado que aderezó con un suspiro.

—Todo el mundo quiere que István le ayude. Todos me llaman a mí, asociaciones deportivas, organizaciones de asistencia social, el que desea abrir un cementerio para animales…, todos quieren mi patrocinio. Todos desean que István contribuya a cambio de publicidad, pero ¿cómo puede hacerse publicidad de una pizzería en un cementerio de animales?

Lanzó otro hondo suspiro antes de proseguir.

—¿No habrás venido tú también a pedirme algo así, verdad? ¿No querréis que István colabore con una aportación económica a la policía sueca?

—No, no temas. Bastará con que respondas a algunas preguntas —tranquilizó Wallander—. ¿Estuviste aquí el miércoles pasado?

—Yo siempre estoy aquí, pero el miércoles pasado…, hace ya bastantes días, ¿no?

Wallander puso las fotografías sobre la mesa. El local estaba en penumbra.

—Fíjate bien, a ver si las reconoces.

István tomó las fotografías y se dirigió a la barra con ellas en mano. Una vez allí, las observó largo rato antes de regresar a la mesa.

—Creo que sí.

—Imagino que habrás oído hablar del asesinato del taxista, ¿no así?

—Sí, es tremendo que puedan suceder cosas así. Y, además, a manos de unas chiquillas.

En ese momento István cayó en la cuenta.

—¿Quieres decir que fueron estas dos?

—Así es. Aquella noche estuvieron aquí, de modo que es importante que me digas cuanto puedas recordar, dónde estaban, si venían acompañadas…

Wallander veía que István se esforzaba de veras por ayudarle, que lo intentaba, de modo que se dispuso a esperar pacientemente. István volvió a tomar en su mano las fotografías y se puso a caminar por el establecimiento, entre las mesas. Muy despacio, vacilante, el dueño del restaurante buscaba mentalmente a sus clientes entre las mesas. «Está intentando situar a los clientes de aquella noche», constató Wallander. «Es decir, está procediendo tal como yo mismo habría hecho. La cuestión es si los localizará en su memoria».

Entonces, István se detuvo junto a una mesa situada cerca de una de las ventanas. Wallander se puso en pie y se dirigió allí.

—Creo que se sentaron aquí.

—¿Estás seguro?

—Bastante.

—¿Qué lugar ocupaba cada una de ellas?

István pareció titubear de nuevo y Wallander se rindió a una segunda espera, mientras que aquél rodeaba la mesa una y otra vez, hasta que concluyó aquella especie de ronda. Como si de dos menús se hubiese tratado, dejó las fotografías de Sonja Hökberg y de Eva Persson cada una en su lugar.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Sin embargo, Wallander notó que István fruncía el entrecejo y concluyó que debía de seguir buceando en su memoria.

—Algo sucedió durante la noche —explicó de pronto—. Las recuerdo porque dudaba mucho de que una de ellas hubiese cumplido los dieciocho.

—Pues sí, no los tiene —aclaró Wallander—. Pero eso no importa.

István llamó en voz alta a alguien que respondía al nombre de Laila y que se hallaba en la cocina. Al final, una pinche con sobrepeso apareció avanzando con un suave balanceo.

—Siéntate —le pidió István al tiempo que le señalaba una silla. La muchacha tenía el cabello rubio y él la acomodó en el lugar que había ocupado Eva Persson.

—¿Qué pasa? —quiso saber la joven Laila, cuyo profundo acento de Escania le resultó impenetrable incluso a Wallander.

—Tú siéntate, anda —insistió István.

Wallander aguardaba paciente mientras veía los esfuerzos del hombre por rememorar lo sucedido.

—Sí, aquella noche sucedió algo —repitió.

Finalmente, se acordó. Entonces le pidió a Laila que se sentase en la otra silla.

—Sí, eso es. Las chicas se cambiaron de lugar —anunció István—. En algún momento de la noche, se cambiaron de sitio.

Laila regresó a la cocina y Wallander se sentó en la silla que Sonja Hökberg había ocupado durante la primera parte de la velada, desde la cual se veía una de las paredes del restaurante y la ventana que daba a la calle. Pero el resto del establecimiento quedaba a sus espaldas. Sin embargo, al cambiar de sitio, la puerta de entrada al establecimiento quedó frente a él. No obstante, como había una columna y un reservado en el centro, sólo podía ver una de las mesas. Una para dos personas.

—¿Había alguien sentado a aquella mesa? —preguntó al tiempo que señalaba—. ¿Podrías recordar si vino alguien más o menos cuando las dos muchachas se cambiaron de sitio?

István hacía esfuerzos por recordar.

—Pues sí —declaró al fin—. Sí que había alguien. Vino una persona que fue a sentarse justo a aquella mesa, aunque no sé si lo hizo cuando las chicas se cambiaron.

—¿Podrías describir a esa persona? ¿Sabes quién es?

—Era la primera vez que lo veía, pero no es difícil de describir.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque tenía los ojos oblicuos.

Wallander no alcanzaba a comprenderlo.

—¿Qué quieres decir con exactitud?

—Pues que era chino. O, por lo menos, asiático.

Wallander meditó unos segundos. Tenía la sensación de haberse aproximado a algo crucial.

—¿Permaneció allí sentado después de que las chicas se hubiesen marchado en el taxi?

—Sí, una hora, como mínimo.

—¿Intercambiaron algún saludo, algún gesto?

István hizo un gesto con la cabeza.

—No lo sé, la verdad, yo no me di cuenta de nada, pero pudo.

—¿Recuerdas cómo pagó la cuenta aquel hombre?

—Creo que utilizó una tarjeta de crédito, pero no estoy seguro.

—¡Estupendo! —exclamó Wallander—. Pues quiero que busques esa cuenta.

—¡Pero si ya está enviada! Creo que pagó con American Express.

—Pues buscaremos tu copia —se empecinó Wallander.

Para entonces, los cafés que tenían sobre la mesa se habían enfriado, pero, de pronto, sintió que debía apresurarse. «Sonja Hökberg vio a una persona que se acercaba por la calle», reconstruyó para sí. «Entonces se cambió de lugar para poder verla mejor. Aquella persona era el hombre asiático».

—¿Qué es lo que estás buscando, si puede saberse? —inquirió István.

—Por ahora lo único que pretendo es comprender qué sucedió —aseguró Wallander—. Aún no he superado ese estadio.

Se despidió de István y salió del restaurante.

«Así que un hombre de ojos oblicuos», se repitió.

De repente, el desasosiego volvió a adueñarse de él. Apremió el paso. En efecto, algo le decía que debía apresurarse.

## 

## 11

Wallander llegó a la comisaría sin resuello. Había caminado a buen paso, pues sabía que Ann-Britt estaría, en aquellos momentos, hablando con Eva Persson y consideraba importante el hecho de que su colega conociese lo que había descubierto en el restaurante de István. Así se aclararían los nuevos interrogantes que dichos descubrimientos habían suscitado. Irene le entregó un montón de mensajes telefónicos que él se guardó sin leer en el bolsillo. Ya en su despacho, marcó el número de la sala donde sabía que se encontraban Ann-Britt y Eva Persson.

—Estoy a punto de terminar —anunció la colega.

—No —rechazó Wallander—. Han surgido un par de preguntas más, así que te recomiendo que propongas una pausa. Voy para allá.

Ella intuyó que se trataba de algo importante, de modo que le prometió proceder como sugería. Wallander la aguardaba con impaciencia cuando la colega salió por fin al pasillo. Él fue derecho al grano, le refirió lo relativo al cambio de posiciones en el restaurante y al hombre que se había sentado a la mesa que Sonja Hökberg podía ver. Una vez que hubo concluido, el inspector comprobó que ella se mostraba algo escéptica.

—¿Un asiático?

—Exacto.

—¿De verdad crees que eso puede revestir alguna importancia?

—Sonja Hökberg se cambió de lugar porque deseaba verle la cara. Eso debe de significar algo.

Ella se encogió de hombros.

—Bien, hablaré con ella, pero ¿qué quieres que le pregunte?

—Por qué intercambiaron sus asientos. Y cuándo. Presta atención Por si miente al responder. Pregúntale también si vio al hombre que se había sentado a su espalda.

—La verdad es que resulta muy difícil detectar si miente o no.

—¿Sigue manteniendo su versión?

—Así es. Sonja Hökberg golpeó y acuchilló a Lundberg. Ella no sabía nada de lo que iba a ocurrir.

—¿Cómo explica haber confesado en una primera versión?

—Se escuda en el miedo que le infundía Sonja.

—¿Por qué le tenía miedo?

—A esa pregunta no responde.

—¿Y tú crees que tenía miedo?

—No. Ahí también miente.

—¿Cómo reaccionó al enterarse de que Sonja ha muerto?

—Guardó silencio. Pero no fue un buen silencio; fue una mala interpretación. En realidad, creo que quedó estupefacta y algo consternada.

—Es decir, que no sabía nada.

—Creo que no.

Ann-Britt no podía demorarse más y se puso en pie para volver con la chica. Ya en el umbral de la puerta, se detuvo un instante.

—La madre le ha buscado un abogado que ya ha redactado una denuncia contra ti. Se llama Klas Harrysson.

A Wallander no le era familiar aquel nombre.

—Un joven y ambicioso abogado de Malmö. Parece muy seguro de ganar el pleito.

Wallander experimentó una repentina sensación de agotamiento que cedió enseguida a un arrebato de ira provocada por la certeza ser víctima de una injusticia.

—¿Le has sacado algo que no supiéramos ya?

—A decir verdad, creo que Eva Persson es un poco tonta, pero sigue aferrándose a la última versión de su historia, sin la menor variación. Te aseguro que suena como una máquina.

Wallander movió la cabeza preocupado.

—El asesinato de Lundberg va más lejos de lo que parece —auguró—. Estoy convencido de ello.

—Pues espero que tengas razón y que no fuese sólo eso, que mataran a un taxista de forma arbitraria, simplemente porque necesitaban dinero.

Ann-Britt volvió a la sala de interrogatorios donde aguardaba Eva Persson, y Wallander regresó a su despacho. Intentó localizar a Martinson, sin éxito. Tampoco Hanson se encontraba en la comisaría, así que comenzó a hojear los mensajes telefónicos que le había entregado Irene. Si bien la mayoría de las personas que lo habían llamado eran periodistas, también halló entre las notas un mensaje de la exmujer de Tynnes Falk. Wallander apartó aquel mensaje antes de llamar a Irene y advertirle que no le pasase ninguna llamada. Marcó después el número del servicio de información telefónica, donde solicitó el de la central de American Express. Tras explicar el motivo de su llamada, lo pusieron al habla con una administrativa llamada Anita, que lo informó de que ella debía realizar una llamada de control para comprobar que él era, en efecto, quien decía ser. El inspector colgó el auricular dispuesto a esperar la llamada cuando, transcurridos unos minutos, cayó en la cuenta de que le había pedido a Irene que no le pasase ningún recado telefónico. Lanzó una maldición y volvió a llamar a American Express para avisarles de lo ocurrido. La segunda llamada de la central sí fue atendida, de modo que Wallander volvió a explicar el porqué de su llamada y le proporcionó a la administrativa todos los datos necesarios.

—Bien, pero comprenderás que esto me llevará algo de tiempo, ¿verdad? —advirtió Anita.

—Sí, claro. Y tú comprenderás que es de suma importancia, ¿cierto?

—Bueno. Haré cuanto esté en mi mano.

Concluida la conversación, Wallander colgó el auricular para, de inmediato, marcar el número del taller mecánico, donde el encargado le ofreció finalmente un presupuesto que lo hizo enmudecer. Al mismo tiempo, le prometieron que el coche podía estar listo para el día siguiente, no sin antes hacerle ver, a modo de excusa, que lo que disparaba el precio no era la mano de obra, sino el coste de las piezas de repuesto. El inspector les aseguró que iría a recoger el coche a las doce del día siguiente.

Por un instante, permaneció sentado inmóvil e inactivo, con la mente en la sala en la que Ann-Britt estaba interrogando a Eva Persson. Lo irritaba profundamente el hecho de no ser él mismo quien dirigiese el interrogatorio, pues era consciente de que su colega podía flaquear cuando se trataba de presionar al interrogado en aquel tipo de sesiones. Por si fuera poco, consideraba que había sido víctima de un trato indebido e injusto. Además de que Lisa Holgersson había mostrado su desconfianza de forma manifiesta. Y aquello era algo que no podría perdonarle. A fin de aprovechar de algún modo el tiempo de espera, marcó el número de la exmujer de Tynnes Falk, que atendió la llamada enseguida.

—Hola, soy Wallander. Quería hablar con Marianne Falk.

—¡Vaya, cómo me alegro! Estaba esperando tu llamada.

La mujer tenía una voz limpia y agradable y Wallander pensó que sonaba exactamente igual que la de Mona. Un amago de punzada, quizá de pesadumbre, le atravesó fugaz el alma.

—¿Se puso en contacto contigo el doctor Enander? —inquirió la mujer.

—Así es. Estuve hablando con él.

—Entonces ya sabes que Tynnes no murió de un infarto.

—Bueno, puede que ésa sea una conclusión precipitada.

—¿Por qué? Estoy segura de que lo atacaron.

La mujer hablaba con total convencimiento, lo que despertó en el acto el interés de Wallander.

—Parece que lo esperases.

—¿Qué esperase qué?

—Que le sucediese aquello, que lo atacasen.

—Pues claro que no. Pero Tynnes tenía muchos enemigos.

Wallander extrajo su bloc y tomó un bolígrafo. Con las gafas encajadas sobre la nariz, se preparó para tomar notas.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de enemigos?

—Yo qué sé. El caso es que siempre estaba inquieto.

Wallander rebuscó en su memoria alguno de los comentarios que había leído en el informe de Martinson.

—Era asesor informático, ¿no es cierto?

—Exacto.

—Pues no parece que ésa sea una profesión de alta peligrosidad.

—Bueno, eso depende de a qué te dediques exactamente.

—¿Y a qué se dedicaba él?

—Pues no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Pues no.

—Y aun así crees que fue atacado.

—Yo conocía a mi marido, aunque no fuimos capaces de vivir juntos. Pero el último año lo pasó en permanente zozobra.

—¿Y nunca te explicó por qué?

—Él no era de los que hablaban sin necesidad.

—Bien. Acabas de decir que tenía enemigos, ¿no es así?

—Ésas eran sus palabras.

—¿Qué enemigos?

La respuesta de la mujer se hizo esperar.

—Ya sé que puede resultar algo extraño el hecho de que no sea capaz de ofrecer más detalles, pese a haber vivido juntos durante tanto tiempo y a que tuvimos dos hijos.

—Bueno, uno no utiliza la palabra «enemigo» así como así.

—Él viajaba mucho por todo el mundo. Siempre lo hizo. E ignoro quiénes eran las personas con las que se veía durante sus viajes. Lo que sí sé es que, en algunas ocasiones, llegaba a casa de muy buen humor, mientras que otras veces, cuando iba a recogerlo al aeropuerto de Sturup, lo veía preocupado.

—Muy bien, pero algo debió de decirte sobre por qué tenía enemigos y quiénes eran.

—Era poco hablador, pero yo sabía leérselo en la cara.

Wallander empezaba a intuir que aquella mujer estaba sometida a una fuerte tensión.

—¿Querías comentarme alguna otra cosa?

—Yo sé que no fue un infarto. Y quiero que la policía llegue al fondo del asunto.

Wallander reflexionó un instante antes de responder.

—Bien, he tomado nota de cuanto me has dicho. Si precisamos de tu colaboración, volveremos a ponernos en contacto contigo.

—Confío en que averigüéis lo que sucedió en realidad. Es cierto que Tynnes y yo estábamos separados, pero yo seguía queriéndolo.

En aquel punto, abandonaron la conversación, Wallander se preguntaba, ausente, si no sería posible que Mona aún lo amase también, pese a estar ya casada con otro hombre. Albergaba serias dudas sobre ello y se cuestionaba incluso si Mona lo habría amado alguna vez. Ahuyentó enojado aquellos pensamientos y trató de meditar sobre todo cuanto había oído de labios de Marianne Falk. Su desazón no parecía fingida, pero tampoco podía afirmarse que le hubiese proporcionado ningún dato especialmente revelador. De hecho, la idea que, gracias a la información de que disponía, pudiera forjarse acerca de la personalidad de Tynnes Falk seguía antojándosele bastante difusa. Buscó el informe redactado por Martinson y marcó el número del departamento de Patología de Lund, sin dejar de aguzar el oído, atento por si los pasos de Ann-Britt Höglund resonaban por el pasillo. Lo que en realidad le interesaba era el desarrollo y posterior desenlace de la conversación con Eva Persson, pues él estaba persuadido de que Tynnes Falk había fallecido a causa de un infarto y aquel convencimiento no se vería cuestionado por el simple hecho de que su exmujer estuviese tan preocupada que viese el cadáver de su marido rodeado de supuestos enemigos. No obstante, volvió a hablar con el médico que le había practicado la autopsia a Tynnes Falk para referirle la conversación mantenida con la exesposa.

—Bueno, no es insólito que el infarto se produzca sin necesidad de historia clínica de insuficiencia cardíaca —aseguró el patólogo—. El hombre al que yo le practiqué la autopsia había muerto por esa causa, sin duda, según reveló la intervención. Lo que me comentaste con anterioridad o lo que acabas de referirme ahora no modifica esa circunstancia en ningún sentido.

—¿Y la herida de la cabeza?

—Se la causó el golpe que recibió al caer sobre el asfalto.

Wallander le dio las gracias antes de colgar el auricular. Una vaga sensación desapacible seguía atormentándolo pese a todo, pues a Marianne Falk no le cabía la menor duda de que Tynnes Falk estaba inquieto.

No obstante, no tardó en cerrar el informe de Martinson, animado por el hecho de que, ciertamente, no tenía tiempo que dedicar a lo que no podían ser más que figuraciones de la gente.

Fue al comedor por un café cuando eran ya casi las doce. Martinson y Hanson seguían fuera, aunque nadie sabía dónde. Wallander regresó a su despacho y revisó una vez más el montón de recados telefónicos. Comprobó que Anita, la administrativa de American Express, no había intentado ponerse en contacto con él. Se colocó junto a la ventana a contemplar el depósito de agua donde unos cuervos chillaban sin cesar. Se sentía impaciente y contrariado. La decisión de Sten Widén de romper con su vida actual lo llenaba de desasosiego, pues lo hacía sentirse como si él hubiese quedado el último en una carrera en la que tal vez no confiase en poder ganar, pero en la que tampoco deseaba llegar en el último puesto. Lo cierto era que no se sentía capaz de formular aquella idea con más claridad, aunque él sabía bien que lo que en realidad lo importunaba era la sensación de que el tiempo, veloz, se le estuviese escapando de las manos.

—No puedo vivir así —exclamó en voz alta—. Aquí tiene que pasar algo, y pronto.

—¿Con quién hablas?

Wallander se dio la vuelta. Martinson se hallaba en el umbral de la puerta y, claro está, él no lo había oído acercarse ya que, en toda la comisaría, nadie se movía de forma más silenciosa que Martinson.

—Pues verás, hablaba conmigo mismo —declaró Wallander resuelto—. ¿A ti no te ocurre nunca?

—Bueno, según mi mujer, yo hablo en sueños. Eso es algo parecido, ¿no crees?

—Ya, bien, ¿qué querías?

—He comprobado en nuestros registros los nombres de quienes están en poder de las llaves de la unidad de transformadores, pero ninguno de ellos figura allí.

—Ya, pero tampoco confiábamos en que así fuese, ¿no?

—He estado pensando en por qué forzaron la cerradura de la verja —reveló Martinson—. Y a mi parecer, no hay más que dos posibilidades. Una es que, simplemente, no tenían la llave de la verja. La otra es que hayan querido hacernos creer algo que aún no hemos comprendido.

—¿Algo como qué?

—Robo, vandalismo, yo qué sé.

Wallander hizo un gesto pausado con la cabeza.

—No, abrieron la puerta de acero con llave de modo que, a mi entender, existe una tercera posibilidad: que quien forzó la verja no fuese la misma persona que abrió la puerta de acero.

Martinson lo miró sin comprender.

—¡Vaya! ¿Y cómo lo explicarías tú?

—No tengo ninguna explicación. Simplemente, ofrezco otra posibilidad.

Agotado el tema de conversación, Martinson abandonó el despacho cuando eran ya las doce en punto. Wallander seguía a la espera hasta que, a las doce y veinticinco, Ann-Britt apareció por fin.

—La verdad, no se la puede acusar de ir demasiado aprisa, precisamente. Me pregunto cómo es posible que una persona tan joven hable tan despacio.

—Tal vez tuviese miedo de decir lo que no debía —sugirió Wallander.

Ann-Britt se había sentado en la silla de las visitas.

—Indagué sobre lo que querías —aclaró la colega—. Ella no vio a ningún chino en el restaurante.

—Yo no dije chino, sino asiático.

—Ya, bueno, pero no había visto a nadie, según dijo. Se cambiaron de sitio porque Sonja se quejó de que había corriente.

—¿Cómo reaccionó a la pregunta?

—Tal y como tú preveías, no se la esperaba. Y ella respondió con una mentira.

Wallander dio una palmada sobre la mesa.

—Bien, entonces, ya podemos estar seguros de que existe alguna relación entre ellas y aquel hombre que entró en el restaurante.

—¿Qué tipo de relación?

—Eso es algo que aún ignoramos, pero te aseguro que no se trata de un asesinato normal y corriente, de los que suelen ser víctima los taxistas.

—De acuerdo, pero no acabo de comprender cómo piensas continuar por esa línea.

Wallander le habló de la llamada que esperaba recibir de American Express.

—Eso nos dará un nombre —observó—. Y, una vez que lo tengamos, habremos dado un paso adelante. Mientras, quiero que hagas una visita a la casa de Eva Persson, que le eches un vistazo a su habitación y que averigües quién es y dónde está su padre.

Ann-Britt hojeó sus documentos antes de aclarar:

—Se llama Hugo Lövström. La madre y él nunca estuvieron casados.

—¿No vive aquí, en Ystad?

—No, al parecer tiene su domicilio en Växjö.

—¿Cómo que «al parecer»?

—Pues que, según su hija, es un borracho que vive en la calle. Esa chica rebosa odio. No sabría decirte a quién detesta más, si a su padre o a su madre.

—¿Sabes si padre e hija mantienen alguna relación?

—No lo creo.

Wallander reflexionó un instante.

—Bien, no hemos llegado al fondo —concluyó—. Hemos de dar con la clave de todo este entramado. Es probable que yo esté equivocado, que la gente joven de hoy en día, no sólo los chicos, considere que el asesinato no es nada excepcional. En ese caso, me rendiré…, pero todavía no. Tiene que haber algo que las haya impelido a hacer tal cosa.

—Tal vez deberíamos verlo como un triángulo trágico —aventuró Ann-Britt.

—¿A qué te refieres?

—Estaba pensando que quizá deberíamos estudiar a Lundberg de forma un poco más exhaustiva.

—¿Qué te hace pensar que eso pueda darnos alguna pista? Ellas no podían saber qué taxista iría a recogerlas, ¿no te parece?

—Sí, claro, tienes razón.

Wallander cayó en la cuenta de que la colega estaba meditando acerca de alguna idea, y decidió esperar.

—A ver, a ver, ¿y si lo enfocamos de otra manera? —propuso reflexiva—. ¿Y si, a pesar de todo, se tratase de una acción fruto del impulso del momento? Pidieron un taxi y quizá logremos averiguar adónde pretendían que las llevase, pero imagínate que una de ellas, o quizás ambas, reaccionan al descubrir que el conductor del taxi es precisamente Lundberg.

Wallander comprendió su planteamiento.

—¡Claro, tienes razón! Existe esa posibilidad.

—Las muchachas iban armadas con un cuchillo y un martillo, ese dato ya lo conocemos. Pero recuerda que el equipamiento estándar de las mochilas o los bolsillos de la juventud de hoy en día incluye, cada vez con más frecuencia, algún tipo de arma. Así que las chicas ven que Lundberg es el conductor, lo atacan y terminan quitándole la vida. Aunque suene rebuscado, los hechos pueden haberse desarrollado de este modo.

—Lo cierto es que no resulta más rebuscado que cualquier otra posibilidad —señaló Wallander—. Veamos si Lundberg ha tenido alguna relación con la policía.

Ann-Britt se puso en pie antes de dejarlo a solas en el despacho. Wallander tomó su bloc de notas y comenzó a ordenar y organizar la información que Ann-Britt le había proporcionado. Dio la una en el reloj sin que pudiese sentir la satisfacción de haber avanzado lo más mínimo. Estaba hambriento, de modo que fue al comedor para ver si quedaba algún bocadillo, pero la mesa estaba limpia, así que salió de la comisaría, en esta ocasión con el móvil en el bolsillo, y tras haberle dejado a Irene instrucciones precisas de que le pasase las llamadas de American Express. Se dirigió al restaurante más próximo a la comisaría, donde se percató de que los allí presentes lo reconocían al entrar. Dedujo que la fotografía del periódico habría sido tema de conversación entre buena parte de los habitantes de Ystad, lo que lo hizo sentirse incómodo y lo impulsó a comer a toda prisa. Acababa de salir a la calle cuando sonó el teléfono. Anita estaba al aparato.

—Lo hemos encontrado —anunció la joven administrativa.

Wallander buscó en vano un lápiz y un trozo de papel en el que anotar la información.

—¿Puedo llamarte dentro de diez minutos? —preguntó.

La joven le proporcionó su número directo y Wallander se apresuró a volver al despacho. Una vez allí, la llamó.

—La tarjeta se expidió a nombre de un tal Fu Cheng.

Mientras Wallander anotaba, la joven prosiguió:

—El lugar de expedición es Hong Kong y tenemos una dirección en Kowloon.

Wallander le pidió que le deletrease el nombre de la ciudad.

—El único problema es que la tarjeta es falsa.

Wallander quedó atónito.

—¡¿Cómo?! Entonces, estará bloqueada, ¿no?

—No, no, es aún más grave. No es que la hayan robado, es que se trata de una falsificación. American Express no ha expedido jamás una tarjeta a nombre de nadie llamado Fu Cheng.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Para empezar, que no ha estado nada mal descubrirlo tan pronto y que, por desgracia, el propietario del restaurante no llegará a ver el dinero, a menos que su seguro cubra ese tipo de riesgo.

—En otras palabras, que el señor Fu Cheng no existe.

—¡Oh, no! Seguro que existe, pero su tarjeta de crédito es tan falsa como su dirección.

—¿Por qué no me lo has dicho de inmediato?

—Lo intenté…

Wallander le dio las gracias por su colaboración antes de despedirse. Así pues, alguien procedente tal vez de Hong Kong se había presentado en Ystad, en el restaurante de István, donde había pagado su cuenta con una tarjeta de crédito falsa y donde había intercambiado unas miradas con Sonja Hökberg.

Wallander se esforzaba por hallar alguna conexión que le permitiese seguir adelante, pero sin éxito. En efecto, no parecía haber ningún eslabón. «Es posible que no sean más que figuraciones mías», concluyó. «Puede que Sonja Hökberg y Eva Persson sean los monstruos de los nuevos tiempos, del todo indiferentes ante el valor de la vida humana».

Quedó asombrado ante el vocablo que había elegido para referirse a las jóvenes. No en vano había calificado de monstruos a una chica de diecinueve años y a otra de catorce…

Apartó los documentos con gesto cansino. Ya no podría aplazar por más tiempo la preparación del discurso que había prometido pronunciar aquella noche. Pese a tener ya más que decidido que hablaría exclusivamente acerca del trabajo y de la investigación en la que se hallaba involucrado en aquel momento, era imprescindible, al menos, ampliar el guión que habría confeccionado. De lo contrario, los nervios se adueñarían de él.

Comenzó a escribir, aunque no le resultaba fácil concentrarse. El cuerpo carbonizado de Sonja Hökberg se resistía a disiparse ante su mirada interior. Llamó a Martinson por teléfono.

—Comprueba si tenemos algo sobre el padre de Eva Persson —ordenó—. Hugo Lövström, alcohólico y sin techo, que debe de andar por Växjö.

—En ese caso, lo mejor será localizarlo a través de los colegas de Växjö —apuntó Martinson—. Además, yo estoy comprobando los posibles antecedentes de Lundberg.

—¡Vaya! ¿De quién fue la idea? ¿Tuya?

Wallander estaba sorprendido.

—No, lo cierto es que me lo pidió Ann-Britt. Me dijo que ella iba a visitar a Eva Persson en su domicilio. Me pregunto qué creerá que va a encontrar allí.

—Ya, bueno. El caso es que tengo otro nombre para tu ordenador —advirtió Wallander—. Fu Cheng.

—¿Cómo?

Wallander le deletreó el nombre asiático.

—¿Y ése quién es?

—Ya te lo explicaré. Deberíamos celebrar una reunión a primera hora de esta tarde. Yo propongo que nos veamos a las cuatro y media, No nos llevará mucho tiempo.

—¿De verdad que se llama Fu Cheng? —inquirió Martinson incrédulo.

Pero Wallander no respondió.

El inspector dedicó el resto de la tarde a reflexionar sobre lo que diría aquella noche. Apenas había comenzado a trabajar sobre su intervención, pero ya sentía un profundo rechazo por lo que se le venía encima. El año anterior había impartido, en la Escuela Superior de Policía, lo que él mismo consideró una clase lamentable sobre sus experiencias como investigador criminal. Sin embargo y contra todo pronóstico, varios de los alumnos se le acercaron después para manifestarle su gratitud. Ni que decir tiene que él nunca comprendió cuál podía ser el motivo de tal agradecimiento.

A las cuatro y media en punto abandonó la tarea de redacción mientras pensaba que aquello no saldría ni más ni menos que como tuviese que salir. Reunió sus papeles y se dirigió a la sala de reuniones, pero la halló vacía. Intentó pergeñar mentalmente una síntesis de lo que conocían hasta el momento, pero el curso de su pensamiento parecía bifurcarse en direcciones opuestas.

«Es que esto no cuadra», sentenció para sí. «La muerte de Lundberg no encaja en absoluto con las dos muchachas. Las cuales, a su vez, tampoco encajan con la muerte de Sonja Hökberg en la unidad de transformadores. La totalidad de esta curiosa investigación carece de una base lógica. Estamos al corriente de lo sucedido, pero nos falta un “porqué”, inmenso y decisivo».

En aquel preciso instante apareció Hanson seguido de Martinson y, poco después, también Ann-Britt se presentó en la sala. Wallander se sintió aliviado al comprobar que Lisa Holgersson no parecía dispuesta a asistir.

La reunión fue bastante breve. Ann-Britt había realizado su visita a la casa de Eva Persson, y les refirió sus impresiones.

—Todo parecía normal —aclaró—. Viven en un apartamento de Stödgatan. La madre trabaja como cocinera en el hospital y la habitación de la chica tenía el aspecto que cabía esperar.

—¿Viste si tenía pósters en las paredes? —quiso saber Wallander.

—Pues sí, de grupos de música pop desconocidos para mí —repuso ella—. Pero nada llamativo ni fuera de lugar. ¿Por qué lo preguntas?

Wallander no contestó.

La transcripción del interrogatorio con Eva Persson estaba lista, de modo que Ann-Britt les entregó una copia a cada uno. Wallander les refirió lo acontecido durante su visita al restaurante de István, que a su vez lo condujo al descubrimiento de la tarjeta de crédito falsificada.

—Hemos de encontrar a ese sujeto, aunque sólo sea para eliminarlo como sospechoso o implicado en el caso.

Continuaron con la revisión de los resultados de la jornada. El primero en exponer los suyos fue Martinson, seguido de Hanson, que había estado hablando con Kalle Ryss, a quien Eva Persson había señalado como uno de los novios de Sonja Hökberg. Sin embargo, a decir de Hanson, el joven no tenía gran cosa que contar sobre Sonja, salvo que la conocía muy poco.

—Según él, era una joven muy misteriosa —concluyó Hanson—. ¡A saber lo que quiso decir con eso!

Veinte minutos más tarde, Wallander les ofreció una breve síntesis de los hechos.

—Lundberg fue asesinado por una de las chicas, si no por ambas —comenzó—. Y, según ellas mismas sostienen, el móvil fue que necesitaban dinero, así, sin más. Ahora bien, yo no creo que la explicación sea tan simple. De ahí que debamos seguir indagando sobre el móvil. Por otro lado, Sonja Hökberg resultó asesinada, y es evidente que debe de existir entre ambos hechos una relación que nosotros no hemos detectado todavía, un fondo que nos es desconocido. Por eso hemos de seguir trabajando sin menospreciar ninguna posibilidad y sin partir de ninguna en concreto. Sin embargo, es cierto que hay algunas cuestiones que se presentan como más urgentes que otras. ¿Quién condujo a Sonja Hökberg hasta la unidad de transformadores? ¿Por qué la golpearon hasta matarla? Debemos seguir localizando a todos cuantos se hallan en su círculo de amigos y conocidos. Me temo que nos llevará mucho más tiempo del que pensábamos encontrar una solución a todas las incógnitas.

Poco antes de las cinco, dieron por concluido el encuentro y Ann-Britt le deseó suerte en su intervención de aquella noche.

—Me acusarán de agresión contra las mujeres —auguró Wallander en tono quejumbroso.

—No hombre, seguro que no. ¡Con la buena fama que tienes a tus espaldas!

—Ya, sólo que esa buena imagen está más que destruida desde hace tiempo.

Se encaminó a casa, donde halló una carta procedente de Sudán que le enviaba Per Åkeson. La dejó sobre la mesa de la cocina. Tendría que leerla más tarde. Se dio una ducha y se cambió de ropa antes de salir a las seis y media camino del lugar en el que lo aguardaban todas aquellas señoras a las que no conocía. Se detuvo por un instante en la oscuridad a observar la casa iluminada antes de acceder al interior, armado de valor.

Cuando salió del edificio, empapado en sudor, eran ya más de las nueve. Había estado hablando más tiempo del que él había previsto. También las preguntas fueron más de las que él esperaba. En efecto, aquellas mujeres le habían brindado la inspiración necesaria; la mayoría de ellas eran de su misma edad y se sintió halagado por la concentrada atención que, a todas luces, le habían prestado. Tanto fue así que cuando puso punto final a la charla sintió que, en el fondo, le habría gustado quedarse un poco más.

Caminó a casa despacio, sin saber ya a ciencia cierta qué era lo que había dicho exactamente. Pero ellas lo habían escuchado. Y eso era lo más importante.

Por otro lado, había allí una mujer de su misma edad a la que él prestó especial atención. Poco antes de marcharse, intercambiaron unas palabras. Ella le dijo que se llamaba Solveig Gabrielsson. Y Wallander no podía dejar de pensar en ella.

Una vez en casa y sin estar seguro de por qué, escribió su nombre en el bloc de la cocina.

Aún no se había quitado el chaquetón cuando sonó el teléfono y acudió a responder.

Enseguida oyó la voz de Martinson.

—¿Qué tal ha ido la conferencia? —preguntó solícito.

—Muy bien, pero no me habrás llamado sólo para eso, ¿verdad?

A Martinson parecía costarle continuar.

—Aún sigo en el trabajo —prosiguió al fin—. Me pasaron una llamada con la que no sé muy bien qué hacer. Era del departamento de Patología de Lund.

Wallander contuvo la respiración.

—¿Te acuerdas de Tynnes Falk? —continuó Martinson.

—Sí, claro, el del cajero automático. ¿Cómo no iba a acordarme?

—Pues parece que su cuerpo ha desaparecido.

Wallander frunció el entrecejo.

—Pero un cadáver sólo puede desaparecer en un ataúd, ¿me equivoco?

—Sí, eso sería lo más lógico; comoquiera que sea, mucho me temo lo han robado.

Wallander no sabía qué decir en tanto que se esforzaba por hallar una explicación.

—Pero aún hay más —anunció Martinson—. En la camilla del depósito ha aparecido un objeto en lugar del cuerpo.

—¿Ah, sí?

—Sí, un relé estropeado.

Wallander no estaba muy seguro de saber qué era un relé exactamente, aunque creía que tenía algo que ver con la electricidad.

—Y no era un relé normal —añadió Martinson—. Sino uno de los grandes.

Wallander notó que su corazón empezaba a latir con acelerada violencia.

—Ya. Un relé de gran tamaño y que se utiliza para…

—Uno de ésos que se encuentran en las unidades de transformadores como aquélla en la que encontramos el cuerpo de Sonja Hökberg.

Wallander guardó silencio durante un instante.

Por fin se había manifestado una conexión.

Sólo que de una naturaleza diferente a la que él había imaginado.

## 

## 12

Martinson esperaba sentado en el comedor.

Eran las diez de la noche del jueves. El tenue parloteo de una radio se oía procedente de la sala de operaciones, a la que llegaban todas las urgencias nocturnas. El resto del edificio estaba sumido en un apacible silencio. Martinson tenía ante sí una taza de té y estaba mordisqueando una galleta cuando Wallander se sentó frente a él sin quitarse el chaquetón.

—¿Qué tal fue la conferencia?

—Eso ya me lo has preguntado antes.

—Yo solía disfrutar hablando en público, pero eso era antes. Hoy ya no sé si podría.

—Estoy convencido de que lo harías mucho mejor que yo. Pero, si de verdad deseas saberlo, pude contar hasta diecinueve mujeres, todas ellas de mediana edad, que me escuchaban llenas de admiración, si bien con algo de repulsa cuando llegué al punto de los aspectos más sangrientos de esa labor policial que tan útil resulta para la sociedad. Todas se mostraron muy amables y formularon preguntas educadas y algo absurdas que yo respondí de un modo que, con total certeza, habría hecho las delicias del director nacional de la policía. ¿Estás satisfecho?

Martinson asintió mientras retiraba con la mano las migas de galleta de la mesa antes de tomar su bloc de notas.

—A ver, empezaré por el principio. A las nueve menos diez minutos suena el teléfono de la centralita. El agente de guardia me pasa la llamada, puesto que no se trata de ninguna redada ni movilización de urgencia y sabe que yo me he quedado trabajando. De no haber estado yo aquí, el agente le habría pedido a la persona que llamaba que volviese a ponerse en contacto con nosotros mañana. Quien llamó era un hombre llamado Pålsson, Sture Pålsson, aunque no alcancé a oír bien todos sus títulos y cargos. Pero es el responsable del depósito del departamento de Patología de Lund que, por lo que se ve, ya no se llama depósito; en fin, tú sabes a qué me refiero, a las cámaras frigoríficas, destinadas a la conservación de los cadáveres que esperan la autopsia o que los recojan de la funeraria. A eso de las ocho notó que una de las cámaras no estaba totalmente cerrada. Al sacar la camilla comprobó que el cuerpo había desaparecido y que un relé eléctrico ocupaba su lugar. Llamó al conserje que había estado de servicio en el turno anterior, un hombre llamado Lyth, que afirmaba poder asegurar que el cuerpo estaba allí a las seis de la tarde, cuando se marchó a casa. De lo que cabe deducir que desapareció entre las seis y las ocho. En la parte posterior de la sala del depósito hay una entrada directa desde el patio. Pålsson ordena entonces examinar la puerta y descubre que han forzado la cerradura. Así que, sin dilación, llama a la policía de Malmö, y todo se pone en marcha de inmediato. Quince minutos más tarde un coche patrulla llega al depósito, pero al saber que el cuerpo desaparecido procede de Ystad y que había sido objeto de examen médico pericial para una investigación, le piden a Pålsson que se ponga en contacto con nosotros. Y eso fue lo que hizo.

Llegado a este punto, Martinson volvió a dejar el bloc sobre la mesa.

—Es decir, que la búsqueda del cuerpo es cometido de los colegas de Malmö —añadió—. Aunque también nos incumbe a nosotros, claro.

Wallander reflexionó un instante. Toda aquella situación se le antojaba en extremo extraordinaria y desagradable por demás. La desazón no cesaba de crecer en su interior.

—Bien, es obvio que los colegas de Malmö intentarán localizar huellas dactilares —apuntó—. La verdad, no tengo ni idea de cómo estará tipificado el delito de «secuestro de un cadáver». ¿Ejecución arbitraria del propio derecho, tal vez? ¿O perturbación de la paz de un difunto? Comoquiera que pueda denominarse, siempre existe el riesgo de que no se lo tomen muy en serio. Me figuro que Nyberg habrá logrado aislar alguna huella dactilar en la unidad de transformadores, ¿no crees?

Martinson intentó hacer memoria.

—Creo que sí, pero ¿quieres que lo llame para asegurarnos?

—No, déjalo. Lo que sí sería conveniente es que los colegas de Malmö localizasen algunas huellas en el relé y en el interior de la cámara del depósito.

—¿Quieres que se lo diga ahora mismo?

—Sí, será lo mejor.

Martinson salió para llamar a Malmö mientras Wallander iba por un café e intentaba comprender el curso de los acontecimientos. Estaba claro que había surgido una conexión, por más que no fuese la que él se había imaginado. Sabía por experiencia que podía tratarse de una curiosa coincidencia. Pero, en aquella ocasión, tenía el presentimiento de que no era el caso. Alguien había irrumpido en un depósito de cadáveres para llevarse uno de los cuerpos y había dejado a cambio un relé eléctrico. A Wallander lo asaltó el recuerdo de algo que Rydberg le había dicho hacía ya muchos años, en los albores de su relación profesional. Los criminales suelen dejarnos algún mensaje, a modo de saludo, en el lugar del crimen. Hay ocasiones en que dicho mensaje es intencionado. Pero otras veces aparecen por error.

«Bien, es evidente que, en este caso, no se trata de ningún error», resolvió. «Nadie se pasea por ahí con un relé de gran tamaño por casualidad. Y mucho menos se lo deja olvidado en una camilla de un depósito de cadáveres. De lo que se desprende que la idea era precisamente que lo hallásemos allí. Nosotros, no los médicos, claro. De modo que es un mensaje para la policía».

La otra cuestión también estaba más que resuelta. ¿Por qué se llevaría alguien un cadáver? Cierto que había ocasiones en que esas cosas sucedían, si el difunto había pertenecido a alguna secta extraña y singular. Pero no era verosímil que Tynnes Falk perteneciese a ningún movimiento de esta índole. Claro que tampoco podían estar totalmente seguros de ello, pero no parecía muy probable. De modo que no quedaba más que una explicación plausible. El cadáver había sido retirado a fin de ocultar algo.

En ese punto de su razonamiento, regresó Martinson.

—Bien, estamos de suerte. No habían arrojado el relé en un rincón, sino que lo habían metido en una saca de plástico.

—¿Y las huellas dactilares?

—Están en ello.

—¿Alguna pista sobre el paradero del cadáver?

—Nada.

—¿Algún testigo?

—Parece que no.

Wallander lo hizo partícipe de las reflexiones a las que se había entregado mientras él llamaba por teléfono y Martinson se mostró de acuerdo con sus conclusiones. La presencia del relé no era fruto de una casualidad y el cuerpo había desaparecido para evitar que se descubriese algún detalle que deseaban mantener oculto. El inspector le reveló además lo relativo a la visita del doctor Enander y a la conversación mantenida con la exmujer de Falk.

—La verdad es que no le atribuí demasiada importancia —confesó—. Se supone que hemos de poder confiar en los forenses, ¿no?

—Bueno, el que hayan secuestrado el cadáver no tiene por qué significar que Tynnes Falk haya sido asesinado.

Wallander comprendió que la observación de Martinson bien podía ser correcta.

—Sí, claro, pero a pesar de todo… Me cuesta imaginar otra explicación que la del temor a que se descubriera la auténtica causa de la muerte —insistió.

—¿Quién sabe si no se había tragado algo?

Wallander alzó las cejas en señal de asombro.

—¿Cómo?

—Diamantes, drogas; no sé, algo así.

—Eso sí que lo habría descubierto la forense.

—Y entonces, ¿qué hacemos?

—¿Quién era Tynnes Falk? —preguntó Wallander—. Puesto que archivamos el caso, no llevamos a cabo ninguna indagación acerca de su vida o su personalidad. Sin embargo, el doctor Enander se tomó la molestia de venir hasta aquí para poner en tela de juicio la causa oficial de su muerte. Y cuando hablé con su exmujer, ella aseguró que Falk se había mostrado inquieto de vez en cuando y que tenía muchos enemigos. En realidad, la señora Falk mencionó bastantes datos que indican que el sujeto no era un hombre sencillo.

Martinson pareció sorprenderse.

—¿Un asesor informático que tenía enemigos?

—Eso fue lo que dijo. Ninguno de nosotros ha hablado con ella en serio.

Martinson tenía consigo el archivador que contenía los escasos detalles sobre el caso de Tynnes Falk.

—Tampoco nos pusimos en contacto con sus hijos ni con ninguna otra persona de su entorno, puesto que creíamos que la muerte se había producido por causas naturales.

—Bueno, pero en eso estamos aún —le recordó Wallander—. O, al menos, esa hipótesis es tan probable como cualquier otra. En cambio, lo que sí ha quedado claro es que existe una conexión entre este hombre y la persona de Sonja Hökberg. Y quizá también con la de Eva Persson.

—¿Y con Lundberg?

—Cierto, quizá también con el taxista.

—En cualquier caso, podemos estar seguros de que Tynnes Falk estaba muerto cuando Sonja Hökberg fue carbonizada —señaló Martinson—. Es decir, que él no pudo matarla.

—Así es. Y si suponemos que, pese a todo, Falk fue asesinado, también podemos jugar con el supuesto de que fue la misma persona quien los mató a ambos.

Wallander sintió que la sensación de malestar que había empezado a experimentar crecía sin freno, que comenzaban a rozar algo que escapaba por completo a su comprensión. «Hay aquí un doble fondo», sentenció para sí. «De modo que hemos de profundizar aún más».

Martinson lanzó un bostezo y Wallander cayó en la cuenta de que el colega solía estar ya en la cama a aquellas horas.

—En fin. La cuestión es si podemos resolver mucho más con respecto a este asunto —comentó—. El ir en busca de cadáveres desaparecidos no figura entre nuestras competencias.

—Aunque sí podríamos echarle un vistazo al apartamento de Falk —observó Martinson al tiempo que profería un nuevo bostezo—. Vivía solo, así que podríamos empezar por ahí, antes de hablar de nuevo con su mujer.

—Su exmujer —precisó Wallander—. Estaba separado.

Martinson se puso en pie.

—Bueno, yo me voy a dormir. ¿Qué ha sido de tu coche?

—Estará listo mañana.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No, gracias, me quedaré un rato más.

Martinson no se retiró todavía, sino que permaneció un instante con las manos apoyadas sobre la mesa.

—Comprendo que estés indignado por la fotografía del periódico —comentó al fin.

Wallander le clavó una mirada penetrante.

—¿Tú qué opinas?

—¿Sobre qué?

—¿Crees que soy culpable o inocente?

—Bueno, está claro que le propinaste una bofetada, pero yo creo que sucedió tal y como tú dijiste, que la chica atacó a su madre.

—Ya, bueno. De todos modos, lo tengo decidido: si me abren un expediente, dejo la policía.

El inspector quedó perplejo ante sus propias palabras pues, a decir verdad, la idea de solicitar el despido en el caso de que la investigación interna arrojase un resultado desfavorable para él no se le había pasado por la cabeza hasta aquel momento.

—Entonces se cambiarán los papeles —observó Martinson.

—¿A qué te refieres?

—Pues que, en ese caso, seré yo quien deba convencerte de que te quedes.

—No lo conseguirías jamás.

Martinson recogió su archivador y se marchó sin replicar palabra. Y allí permaneció Wallander, a solas, hasta que, transcurridos unos minutos, dos de los agentes del servicio nocturno entraron en el comedor. Le hicieron un gesto a modo de saludo. Wallander oía ausente su conversación: uno de ellos estaba pensando en comprarse una motocicleta nueva para la primavera.

Una vez que se hubieron servido el café, los dos policías abandonaron la sala y Wallander se vio solo de nuevo. Sin que él mismo tuviese clara conciencia de ello, una determinación empezaba a fraguarse en su mente.

Miró el reloj y comprobó que estaban a punto de dar las doce. Sabía que, en realidad, debería aguardar hasta la mañana siguiente pero la desazón lo impelía a actuar.

Poco antes de las doce de la noche, abandonó la comisaría.

Pero llevaba en el bolsillo las ganzúas que solía guardar en el cajón inferior del escritorio.

No le llevó más de diez minutos subir hasta la calle de Apelbergsgatan. Soplaba una leve brisa y estaban a pocos grados de temperatura bajo un cielo encapotado. Tenía la sensación de hallarse en una ciudad desierta. Unos vehículos pesados pasaron ante él camino a los transbordadores que los llevarían a Polonia. Wallander recordó que fue aproximadamente a aquella hora de la noche cuando falleció Tynnes Falk, a juzgar por la indicación horaria del comprobante del cajero que habían hallado salpicado de sangre y arrugado en su mano.

Wallander se detuvo al abrigo de la oscuridad y se dispuso a observar desde fuera la casa que correspondía a la dirección de la calle de Apelbergsgatan, número diez. No había luz en el último piso, donde vivía Falk. Y tampoco en el piso de debajo, aunque sí en una de las ventanas del siguiente apartamento. Wallander sintió un escalofrío pues allí, precisamente y hacía ya muchos años, había caído él víctima del sueño en los brazos de una desconocida, mientras se hallaba en un estado tal de embriaguez que no sabía ni dónde estaba.

Vacilante, tanteó las ganzúas que llevaba en el bolsillo. Era consciente de que aquello que estaba a punto de acometer era tan ilegal como innecesario. Bien podía esperar hasta el día siguiente y conseguir las llaves del apartamento, pero se sentía tan acuciado por la preocupación que no pudo resistirse. En efecto, él sentía un profundo respeto por su desasosiego, que solía manifestarse sólo cuando su intuición le advertía que el tiempo apremiaba.

El portal no estaba cerrado con llave. Ya dentro, comprobó que la escalera estaba a oscuras, pero él había caído en el detalle de llevarse una linterna. Aplicó el oído antes de comenzar a subir los peldaños. Intentaba recordar aquella otra ocasión en la que había visitado la casa, en compañía de la desconocida. Pero no logró rememorar ninguna imagen de la aventura. Finalmente, ganó el rellano de la última planta, donde se encontró con que había dos puertas. Sabía que Falk vivía en la de la derecha. De nuevo aguzó el oído, que aplicó a la puerta de la izquierda. No había el menor ruido. Con la pequeña linterna entre los dientes, sacó las ganzúas del bolsillo. Si Falk hubiese tenido una puerta blindada, se habría visto obligado a abandonar en el acto. Pero no había más que una cerradura de seguridad de las corrientes. «Lo que no encaja con lo que decía su mujer sobre el temor que le infundían esos supuestos enemigos», observó para sí, «Deben de ser figuraciones suyas».

Pese a todo, le llevó más tiempo de lo que él suponía abrir aquella puerta, lo que provocó en él la reflexión de que tal vez no sólo necesitase prácticas de tiro. Notó que comenzaba a transpirar copiosamente. Los dedos no respondían y los sentía torpes en el manejo de las ganzúas. No obstante, al final logró vencer la cerradura. Con gran cautela, abrió la puerta y aguzó de nuevo el oído. Por un instante le pareció que el sonido de la respiración de alguien llegaba hasta él de entre la oscuridad. Enseguida desapareció la sensación y entró en el vestíbulo antes de cerrar con sigilo la puerta tras de sí.

El primer detalle del que solía tomar nota cuando entraba en un apartamento extraño era el olor. Pero aquel vestíbulo no despedía ningún aroma en absoluto. Como si el apartamento hubiese sido de nueva construcción y nadie lo hubiese habitado nunca. Grabó aquella sensación en su memoria y, linterna en mano, procedió a examinar la vivienda, siempre alerta a cualquier presencia imprevista. Una vez que se hubo asegurado de que se encontraba solo, se quitó los zapatos y echó todas las cortinas antes de encender ninguna lámpara.

Cuando Wallander se encontraba en el dormitorio, sonó el teléfono. Se llevó un sobresalto. El timbre se dejó oír de nuevo mientras contenía la respiración. Saltó el contestador automático en la sala de estar y el inspector se apresuró a acudir sorteando la oscuridad, pero nadie dejó ningún mensaje. No se oyó más que el ruidito sordo que emite el auricular cuando vuelve a su lugar. ¿Quién habría llamado a medianoche a una persona que estaba muerta?

Wallander se dirigió a una de las ventanas que daban a la calle y miró con sumo cuidado a través de la abertura de la cortina. Pero la calle aparecía desierta. Se esforzó por penetrar la oscuridad con la mirada, pero no, allí no había nadie.

Tras haber encendido la lámpara del escritorio, comenzó a inspeccionar la sala de estar. Se colocó en el centro de la habitación y miró a su alrededor. «Aquí vivió un hombre llamado Tynnes Falk», se dijo. «Su historia comienza con una sala de estar recién limpia en la que todo parece estar bien colocado, lo más opuesto al caos que quepa imaginar. Mobiliario en piel y motivos marinos en las paredes, una de las cuales queda oculta tras una librería».

Se acercó hasta el escritorio donde halló una brújula de cobre. El cartapacio de color verde estaba vacío y una serie ordenada de bolígrafos se extendía junto a un candil de arcilla.

Wallander continuó hacia la cocina. Había una taza en la encimera y un bloc de notas sobre el mantel a cuadros que cubría la mesa. Encendió la luz de la cocina y leyó: «la puerta del balcón». «¡Vaya, a ver si vamos a parecernos Tynnes Falk y yo!», exclamó para sí. «Ahora resulta que los dos tenemos un bloc de notas en la cocina». Volvió a la sala de estar y abrió la puerta del balcón, que se resistía al cerrar. Dedujo que Tynnes Falk no había tenido tiempo de arreglarla. Prosiguió avanzando hacia el dormitorio. La cama de matrimonio estaba hecha. Se arrodilló para mirar debajo, donde halló un par de zapatillas de casa. Abrió el armario y después los cajones de una cómoda. Todo cuanto iba encontrando allí estaba en perfecto orden. Volvió a la sala de estar y al escritorio. Bajo el contestador automático había un libro de instrucciones. No había olvidado llevarse un par de guantes de plástico, de modo que lo abrió para leerlo. Cuando estuvo seguro de poder escuchar los mensajes sin borrar ninguno de ellos, pulsó el botón de reproducción.

El primer mensaje era de un tal Janne, que llamaba para preguntar cómo se encontraba sin mencionar la hora a la que llamaba. Las dos llamadas siguientes no dejaron en la grabadora más que el sonido de la respiración de alguien. A Wallander le dio la impresión de que había sido la misma persona en ambas ocasiones. El cuarto mensaje era de un sastre de Malmö que le avisaba de que sus pantalones estaban listos y que podía pasar a recogerlos. Wallander anotó el nombre de la sastrería. La siguiente llamada registrada volvía a dejar el sonido de alguien que respiraba junto al auricular. Aquélla era la llamada que acababa de producirse en presencia de Wallander. Volvió a escuchar la cinta al tiempo que se preguntaba si Nyberg y sus técnicos serían capaces de determinar si las tres respiraciones procedían de la misma persona.

Dejó el libro de instrucciones en su lugar y prosiguió con la inspección del escritorio, sobre el que había tres fotografías, dos de las cuales pertenecían, con toda probabilidad, a los hijos de Falk. Un chico y una chica. El chico aparecía sonriente sentado sobre una piedra en un paisaje tropical. Wallander estimó que tendría unos dieciocho años. Miró la parte posterior de la fotografía y leyó: «Jan 1996, Amazonas». Concluyó, pues, que el Janne cuya voz se había registrado en el contestador era su hijo. La muchacha tenía menos edad. Estaba sentada en un banco rodeada de palomas. Wallander miró el reverso, donde pudo leer: «Ina, Venecia, 1995». La tercera fotografía mostraba a un grupo de hombres que posaban ante un muro blanco. No era muy nítida. Wallander fue a mirar el reverso de ésta también, pero allí no había indicación alguna de lugar y fecha. Abrió el primer cajón del escritorio, donde halló una lupa con la que examinó los rostros de los sujetos de la foto. Eran todos de edades diferentes y a la izquierda del grupo descubrió a un hombre de origen asiático. Wallander dejó la fotografía e intentó razonar, pero nada parecía encajar. En cualquier caso, él se guardó la fotografía en el bolsillo interior de la cazadora.

Después levantó el cartapacio para ver si había algo debajo, pero no halló más que una receta recortada de una revista: fondue de pescado. Comenzó entonces a revisar los cajones. Todo tenía el mismo sello de un orden modélico. En el tercer cajón, encontró un libro bastante grueso que, según rezaba en la cubierta, grabado en letras doradas, era un cuaderno de bitácora. Wallander lo abrió por la última página. El domingo 5 de octubre, Tynnes Falk había plasmado sus últimas anotaciones en lo que, a todas luces, no era sino su diario personal. Decía allí que el viento había amainado y que estaban a tres grados de temperatura. El cielo estaba despejado. Había limpiado el apartamento, tarea en la que había invertido tres horas y veinticinco minutos, lo que suponía un ahorro de diez minutos con respecto a la vez anterior.

Wallander frunció el entrecejo, algo desconcertado ante las anotaciones sobre la limpieza.

Después leyó la última línea: «Por la noche, paseo corto».

Wallander estaba no poco sorprendido. Cuando Falk murió junto al cajero automático, no pasaban más que unos minutos de las doce de la noche de aquel 6 de octubre. ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso había dado ya aquel paseo nocturno y salió a caminar por segunda vez?

El inspector retrocedió hasta las anotaciones del 4 de octubre:

«Sábado, 4 de octubre de 1997.

»El viento ha persistido racheado todo el día. Según el Instituto Sueco de Meteorología e Hidrología, sopló a una velocidad de entre ocho y diez metros por segundo. Un banco de nubes desgarradas ha estado circulando por el cielo. La temperatura era de siete grados a las seis de la mañana. A las dos de la tarde, había ascendido a ocho, para descender de nuevo por la noche hasta los cinco grados. El espacio aparece hoy vacío y abandonado. No hay mensajes. C. no contesta a mis llamadas. Todo está tranquilo».

Wallander releyó las últimas frases, pues no las comprendía. Había en ellas un mensaje misterioso que él era incapaz de descifrar. Siguió hojeando el libro y comprobó que Falk anotaba a diario las condiciones climáticas bajo las que se encontraban. Además, solía referirse al «espacio», que unas veces se presentaba vacío y otras le hacía llegar mensajes, si bien no era posible dilucidar cuál pudiera ser su naturaleza o contenido. Finalmente, cerró el libro.

Había allí otro detalle que le resultaba, cuando menos, extraordinario: aquel hombre no mencionaba el nombre de ninguna persona en todo el libro, ni siquiera el de sus hijos.

El cuaderno de bitácora contenía exclusivamente informes meteorológicos y las anotaciones relativas a los mensajes recibidos o no desde el espacio. Aquí y allá aparecían también las indicaciones horarias precisas de su limpieza dominical, con la duración exacta de la misma.

Wallander volvió a dejar el libro en el cajón.

Empezaba a preguntarse si Tynnes Falk estaría cuerdo, pues aquellas notas parecían redactadas por un maníaco o por un perturbado mental.

Se levantó para volver a colocarse junto a la ventana. La calle seguía desierta. Era ya más de la una.

Regresó al escritorio y continuó con su inspección de los cajones. Tynnes Falk había sido propietario de una sociedad anónima de cuyas acciones él era propietario único y de cuyos estatutos conservaba una copia en una carpeta. Se dedicaba, asimismo, a la asesoría y el mantenimiento de sistemas informáticos de nueva instalación. Sin embargo, no había ninguna aclaración ulterior acerca de en qué consistía realmente aquella actividad o, al menos, Wallander no supo interpretarlo. En cambio, sí que tomó nota de que, en la cartera de clientes de Falk, figuraban varios bancos y también la central de suministro energético Sydkraft.

Por lo demás, no halló ningún dato sorprendente o llamativo.

Y cerró el último cajón.

«Tynnes Falk es una de esas personas que no dejan tras de sí rastro alguno», pensó. «Todo cuanto lo rodeaba resulta paradigmático e impersonal, todo limpio y neutro. Imposible atisbar su personalidad».

Wallander se puso en pie dispuesto a examinar el contenido de la librería. Convivía en ella una mezcla de todo tipo de literatura en sueco, inglés y alemán. Pero había, asimismo, una notable cantidad de libros de poesía. Wallander extrajo uno, al azar. Sus páginas se abrieron por sí solas, lo que indicaba que había sido objeto de repetidas lecturas. En otro apartado de la librería halló también una serie de gruesos volúmenes sobre historia de las religiones y sobre filosofía, así como algunos títulos de astronomía y acerca del arte de la pesca del salmón. Dejó la librería y se puso en cuclillas ante el equipo de música. Comprobó que el asesor informático poseía una colección musical bastante variada, pues había tanto ópera y cantatas de Bach como ediciones musicales recopilatorias de Elvis Presley y de Buddy Holly. Por último, componían la colección algunos discos con sonidos grabados del espacio y del fondo del mar. En un mueble situado junto al equipo, aparecían bien ordenados algunos viejos LP de vinilo. Wallander no salía de su asombro, pues había entre ellos grabaciones de Siw Malmkvist[[10]](#footnote-10), pero también del saxofonista John Coltrane. Sobre el aparato de vídeo había varias películas originales. Una sobre los osos de Alaska, otra, editada por la NASA, en la que se describía la época de los Challenger en la historia espacial americana. Entre todas ellas había también una película pornográfica.

Wallander se levantó, pues empezaban a dolerle las rodillas. Ahí se quedó, incapaz de hallar ninguna otra conexión más clara. Pese a todo, estaba convencido de que dicha conexión existía.

El asesinato de Sonja Hökberg tenía que estar relacionado con la muerte de Tynnes Falk, de un modo u otro. Así como con el hecho de que su cuerpo hubiese desaparecido.

¿No estarían aquellos hechos relacionados a su vez con Johan Lundberg?

Wallander sacó la fotografía que se había guardado en el bolsillo y la restituyó a su lugar. En efecto, no deseaba que nadie descubriese su visita nocturna. Tal vez la exmujer de Falk tuviese un juego de llaves y los dejase entrar un día y, en ese caso, no quería que ella echase nada en falta.

Comenzó a apagar las luces y descorrió después las cortinas. Escuchó con suma atención antes de abrir la puerta con cuidado. Se aseguró de que las ganzúas no habían dejado ningún arañazo.

Ya en la calle, permaneció inmóvil durante un instante y miró su alrededor. La ciudad estaba vacía y silenciosa. Echó a andar calle abajo, hacia el centro. Era la una y veinticinco.

En ningún momento se percató de la sombra que, silenciosa y apartada, iba siguiendo sus pasos.

## 

## 13

El timbre del teléfono despertó a Wallander.

Fue arrancado del sueño como si, en realidad, no hubiese hecho otra cosa que estar allí tumbado aguardando el sonido de la llamada. En el preciso momento en que asía el auricular, miró el reloj: eran las cinco y cuarto de la mañana.

La voz que le hizo llegar el aparato le era desconocida.

—¿Kurt Wallander?

—Sí, soy yo.

—Disculpa si te he despertado.

—No, estaba despierto.

«¿Por qué habré dicho semejante mentira?», acertó a preguntarse Wallander. «¿Acaso hay algo vergonzoso en el hecho de estar durmiendo aún, cuando no son más que las cinco de la mañana?».

—Verás, me gustaría hacerte algunas preguntas acerca de la agresión.

Wallander terminó de despertarse en el acto, ya sentado en el borde de la cama. El hombre le dio su nombre y el del periódico para el que trabajaba. Y Wallander pensó que debería haber previsto aquella eventualidad mucho antes; que era perfectamente posible que algún periodista lo llamase por la mañana temprano. No debería haber contestado pues, si alguno de sus colegas quería ponerse en contacto con él por algún asunto urgente, lo habrían llamado también al móvil, cuyo número había logrado mantener secreto hasta el momento.

Pero ya era demasiado tarde y no le quedaba otro remedio que responder.

—Ya he dejado bien claro que no hubo agresión alguna.

—¿Quieres decir que la imagen miente?

—No, sólo que no revela toda la verdad.

—Y, en ese caso, ¿por qué no me la cuentas tú?

—No lo haré mientras la investigación esté en curso.

—En fin, supongo que habrá algo que puedas decir.

—Así es. Pero ya lo he dicho: no hubo agresión.

Dicho esto, colgó el auricular y desconectó el teléfono. Se imaginaba los titulares: «LE CUELGA EL AURICULAR A NUESTRO PERIODISTA. EL POLICÍA PERSISTE EN SU SILENCIO». Abatido, se hundió de nuevo entre los almohadones. La farola de la calle que veía a través de la ventana se mecía al viento mientras que la luz que se colaba por entre las cortinas deambulaba por la pared.

Cuando lo despertaron, estaba soñando algo. Y las imágenes de su ensoñación empezaban a emerger lentamente a su conciencia.

Era el otoño del año anterior, y había emprendido un viaje por el archipiélago de Östergötland. Había recibido una invitación de un hombre que vivía en una de las islas y que se encargaba del reparto del correo en archipiélago. Se habían conocido durante uno de los peores casos en los que Wallander se había visto envuelto. Había aceptado la invitación inmerso en una profunda incertidumbre y fue a visitarlo. Una mañana muy temprano, su anfitrión lo llevó a uno de los grupos de islotes alejados, donde las rocas surgían del mar como petrificados animales prehistóricos. Anduvo recorriendo el árido suelo del islote imbuido de una extraña sensación de clarividencia y de perspectiva. Con no poca frecuencia, revivía aquella hora solitaria durante la cual el bote lo aguarda amarrado a la orilla. Y en varias ocasiones experimentó la apremiante necesidad de hacer renacer, alguna vez, las vivencias de aquel día…

«Debe de haber algún mensaje cifrado en ese sueño», se dijo. «Pero ¿cuál puede ser?».

Permaneció tendido en la cama hasta que dieron las seis menos cuarto. Entonces, volvió a conectar el teléfono. El termómetro que tenía fijado al marco exterior de la ventana indicaba que estaban a tres grados y vio que el viento soplaba racheado. Mientras se tomaba café, repasó de nuevo lo ocurrido. Había surgido un elemento de conexión, para él inesperado, entre el ataque al taxista, la muerte de Sonja Hökberg y el hombre cuyo apartamento él había visitado la noche anterior. Revisó mentalmente los acontecimientos. «¿Qué es lo que se me oculta?», se preguntaba. «Aquí hay un fondo que no acabo distinguir. ¿Cuáles son las preguntas que debería plantearme?».

A las siete de la mañana decidió darse por vencido. Lo único que había conseguido era determinar lo que se presentaba como lo absolutamente primordial: hacer que Eva Persson comenzase a decirles la verdad. ¿Por qué se habían cambiado de lugar ella y Sonja Hökberg en el restaurante? ¿Quién era el hombre que entró mientras ellas estaban allí? ¿Cuál era el motivo real de que matasen al taxista? ¿Cómo supo que Sonja Hökberg estaba muerta? Aquéllas eran las cuatro cuestiones por las que había que empezar.

Se dirigió a pie hacia la comisaría. Hacía más frío de lo que se había figurado. Lo cierto era que aún no se había habituado al otoño y lamentaba no haberse puesto un suéter más grueso. Mientras caminaba, notó que se le mojaba el pie izquierdo, de modo que se detuvo para observar la suela y comprobó que tenía un agujero. Aquel descubrimiento lo hizo perder los estribos hasta el punto de que tuvo que dominarse para no arrancarse los zapatos de los pies y continuar descalzo.

«Esto es lo que me queda», se lamentó. «Después de todos estos años como policía, no tengo más que un par de zapatos rotos».

Un hombre que pasaba por allí le lanzó una mirada inquisitiva que le hizo comprender que había pronunciado aquellas palabras en voz alta.

Ya en la comisaría, se paró a preguntarle a Irene quién había llegado, a lo que la recepcionista contestó que tanto Martinson como Hanson estaban allí. Wallander le pidió que les comunicase que los esperaba en su despacho. Pero después cambió de opinión, pues prefería verlos en una de las salas de reuniones, adonde también quería que enviase a Ann-Britt tan pronto como apareciese.

Martinson y Hanson entraron en la sala al mismo tiempo.

—¿Qué tal fue la charla? —quiso saber Hanson.

—Mira, mejor lo dejamos, ¿vale? —atajó Wallander iracundo para, al punto, lamentar que Hanson hubiese tenido que convertirse en la víctima de su mal humor de aquella mañana—. Estoy cansado —adujo a modo de disculpa.

—¿Y quién coño no lo está? —replicó Hanson—. Sobre todo cuando hay que leer estas cosas.

Hanson llevaba un diario en la mano. Wallander pensó que debería interrumpirlo de inmediato, pues no tenían tiempo que perder departiendo sobre lo que Hanson había leído en un periódico. Sin embargo, no lo hizo, sino que se sentó en su lugar habitual.

—La ministra de Justicia se ha pronunciado —anunció Hanson—. «Se está llevando a cabo una reestructuración necesaria de la actividad policial en el país. Se trata de una labor de reforma que ha implicado grandes esfuerzos, pero la policía va por buen camino».

Hanson arrojó el periódico sobre la mesa con una expresión amarga.

—¿Por buen camino? ¿Qué cojones quiere decir eso? Deambulamos en torno a una encrucijada sin tener idea de adónde nos dirigimos. No dejan de llegarnos instrucciones sobre las nuevas prioridades. Por el momento son los homicidios, las violaciones, los delitos relacionados con la infancia y los delitos económicos, pero ¿y mañana? Nadie lo sabe.

—Ya, pero no es ése el problema —objetó Martinson—. La cuestión es que todo sucede tan aprisa que resulta difícil determinar qué es lo que no es una prioridad en cada momento. Pero puesto que no cesan de recortar el presupuesto y las dotaciones, lo que deberían hacer es indicarnos cuáles son los campos de los que no debemos preocuparnos.

—Sí, lo sé —convino Wallander—. Pero también sé que aquí, en Ystad, tenemos en estos momentos cuatrocientos sesenta y cinco casos sin resolver. Y no quiero que éste sea otro.

Dicho esto, dejó caer las manos sobre la mesa en señal de que la pausa de las lamentaciones había llegado a su fin. Bien sabía él, mejor que nadie, que tanto Martinson como Hanson tenían razón. Pero, al mismo tiempo, ante la adversidad se sentía embargado de una voluntad inquebrantable de apretar los dientes y seguir adelante con el trabajo.

Claro que aquello podía deberse, pensaba, al hecho de que estuviese empezando a sentirse tan agotado que ya no le quedaban fuerzas para protestar cuando, a intervalos cada vez más breves, se anunciaban nuevas reformas en la policía.

En ese momento de su reflexión, Ann-Britt abrió la puerta.

—¡Vaya viento que hace! —exclamó mientras se quitaba el abrigo.

—Es que es otoño —replicó Wallander—. Bien, empecemos. Ayer noche se produjo un suceso que modifica el curso de nuestra investigación de un modo radical.

A una señal suya, Martinson les refirió lo relativo a la desaparición del cadáver de Tynnes Falk.

—¡Vaya! Pues eso sí que es una novedad —declaró Hanson una vez que Martinson hubo concluido—. Un cadáver desaparecido no creo yo que hayamos tenido antes. Recuerdo un bote de goma, pero un cadáver, no.

Wallander hizo un gesto displicente con la cabeza. También él recordaba aquel bote de goma[[11]](#footnote-11) que había arribado a tierra en Mossby Strand y que después, por alguna razón que seguía constituyendo un misterio, había desaparecido de la comisaría.

Ann-Britt lo observaba.

—¿Quieres decir que existe alguna relación entre el hombre que falleció junto al cajero automático y el asesinato de Lundberg? No parece muy probable.

—Pues no, tal vez no —convino Wallander—. Pero es evidente que a partir de este momento, debemos empezar a trabajar desde esa perspectiva. Además creo que será conveniente tomar conciencia de que este asunto no será fácil de resolver. Pensábamos que nos hallábamos ante un caso de excepcional brutalidad aunque, en cierto modo, ya resuelto. Pero ya hemos visto las trazas que ha ido tomando, con la huida de Sonja Hökberg y su muerte en la unidad de transformadores. Sabíamos de un hombre que había fallecido de infarto junto a un cajero, pero lo habíamos archivado puesto que no había indicios de comisión de delito. Y así fue, hasta que desapareció el cadáver y su lugar en la camilla pasó a ocuparlo un relé de alta tensión que alguien dejó allí plantado.

Wallander interrumpió su exposición y, al recordar las cuatro cuestiones que se había formulado interiormente aquella misma mañana, cayó en la cuenta de que, en realidad, debían comenzar por otro extremo bien distinto.

—Una persona fuerza la entrada a un depósito de cadáveres y se lleva un cuerpo. No podemos estar seguros pero lo más probable es que esa persona desee ocultar algo. Por otro lado, aparece en la camilla un relé que, con total certeza, no se han olvidado ni ha sido abandonado allí por error, sino que hemos de concluir que la persona que robó el cadáver quería que lo encontrásemos.

—Lo que, a su vez, sólo puede significar una cosa —intervino Ann-Britt.

Wallander asintió.

—Que debe de haber alguien muy interesado en que relacionemos a Sonja Hökberg con Tynnes Falk.

—¿Y no podría tratarse de una falsa pista? —opuso Hanson—. De alguien que haya leído en los periódicos acerca de la chica que murió carbonizada.

—Si no me equivoco y a la luz de los datos revelados por los colegas de Malmö, el relé es bastante pesado —apuntó Martinson—. Vamos, que no se trata de algo que uno pueda llevar en el maletín.

—A ver, hemos de ir paso a paso —advirtió Wallander—. Nyberg debe de poder establecer si ese relé procede de nuestra unidad de transformadores o no. En caso afirmativo, la cuestión está zanjada.

—No necesariamente —objetó Ann-Britt—. Puede tratarse de una pista simbólica que debamos interpretar.

Wallander negó con un gesto.

—Yo me inclino a creer que tengo razón.

Martinson salió para llamar a Nyberg mientras que los demás salían a buscar café. Entretanto, Wallander les refirió lo ocurrido con el periodista que lo llamó de madrugada y lo despertó.

—Ya pasará —lo animó Ann-Britt.

—Espero que tengas razón. Pero, si he de serte sincero, tengo mis dudas.

Ya de vuelta en la sala de reuniones, retomaron el trabajo.

—Tenemos que atender las cuestiones primordiales —señaló Wallander—. Y Eva Persson es una de ellas. Ya no ha de preocuparnos el hecho de que sea menor. Hay que interrogarla en serio y tú, Ann-Britt, tendrás que hacerte cargo de ello. Ya sabes cuáles son las preguntas importantes. Y no deberás cejar en tu empeño ni ceder hasta haber obtenido respuestas de verdad en lugar de un puñado de evasivas.

Continuaron diseñando el plan del trabajo de investigación durante una hora más. De pronto, Wallander notó que ya no estaba resfriado y que comenzaba a recuperar fuerzas. Se separaron poco después de las nueve y media. Hanson y Ann-Britt se perdieron pasillo arriba. Wallander y Martinson tenían intención de visitar el apartamento de Tynnes Falk. Tentado estuvo el inspector de revelarle a su colega que él ya había estado allí, pero no lo hizo. Aquella era, ciertamente, una de sus debilidades más conocidas: no siempre hacía partícipes a sus compañeros de todos y cada uno de sus movimientos. Sin embargo, hacía ya tiempo que había desistido de intentar cambiar aquella particularidad suya.

Mientras Martinson intentaba localizar las llaves del apartamento de Tynnes Falk, Wallander se marchó a su despacho con el periódico que Hanson había estrellado contra la mesa de la sala de reuniones y se dispuso a hojearlo para comprobar si habían escrito algo sobre él. Lo único que halló fue una pequeña nota en la que se decía que un policía de amplia experiencia profesional se había hecho sospechoso de agresión a una menor. Pese a que su nombre no figuraba en la noticia, se sintió tan indignado como si así hubiese sido.

A punto estaba de dejar el periódico sobre la mesa cuando reparó en una página de anuncios de contactos personales que comenzó a leer algo distraído. Había allí una mujer separada que acababa de cumplir los cincuenta y que se sentía sola, pues sus hijos eran ya mayores. Según rezaba el anuncio, sus principales intereses eran los viajes y la música clásica. Wallander intentó imaginársela, pero el único rostro que pudo conjurar su fantasía fue el de una mujer llamada Erika, a la que había conocido el año anterior en un café situado a las afueras de Västervik[[12]](#footnote-12). A decir verdad solía pensar en ella de vez en cuando, sin saber muy bien por qué razón. Bastante enojado, arrojó el periódico a la papelera, pero, justo antes de que Martinson entrase en el despacho, lo sacó de allí y rasgó la página que guardó raudo en uno de los cajones del escritorio.

—Su esposa ya viene con las llaves —anunció Martinson—. ¿Quieres que vayamos dando un paseo o llevamos el coche?

—Mejor vamos en coche. Tengo un agujero en la suela del zapato.

Martinson lo observó lleno de interés.

—¿Qué crees que diría al respecto el director general de la policía?

—Bueno, ya hemos adoptado el sistema de la policía de barrio. El siguiente paso bien podría ser la Policía Descalza…

Abandonaron la comisaría en el coche de Martinson y, ya en camino, prosiguieron la conversación.

—¿Cómo te sientes? —inquirió Martinson solícito.

—Cabreado —repuso Wallander—. Uno cree que llegará a acostumbrarse, pero no es cierto. Durante mis años de servicio en la policía he sido acusado de casi todo, salvo de ser perezoso, tal vez. Así que pensaba que me había agenciado una especie de escudo protector, pero no. O, al menos, no es tan impenetrable como yo quisiera.

—¿Hablabas en serio ayer?

—¿Qué es lo que dije ayer?

—Que lo dejarías si te expedientaban.

—No lo sé. Por ahora no quiero ni pensar en ello.

Martinson comprendió que Wallander no deseaba seguir hablando del tema. Ya en la calle de Alpelbergsgatan, se detuvieron ante el número diez, donde una mujer los esperaba sentada en el coche.

—Marianne Falk —susurró Martinson—. Conservó el apellido del exmarido después de la separación.

Martinson se disponía a abrir la puerta del coche cuando Wallander lo retuvo.

—¿Está al corriente de lo ocurrido? ¿Sabe que el cadáver ha desaparecido?

—Sí, parece que a alguien se le ocurrió informarla…

—¿Qué impresión te dio cuando hablaste con ella? ¿Pareció sorprenderle tu llamada?

Martinson hizo memoria antes de responder.

—No, no me pareció sorprendida.

Salieron del coche y se encontraron con que la mujer que los aguardaba ya fuera del vehículo y expuesta al fuerte viento vestía con extrema elegancia. Era alta y delgada y a Wallander le recordó a Mona. Se intercambiaron unas palabra de saludo durante las cuales Wallander intuyó que la mujer estaba nerviosa, por lo que aguzó enseguida sus sentidos.

—¿Han encontrado el cuerpo? ¿Cómo puede suceder una cosa así?

Wallander dejó que Martinson respondiese.

—Sí, es lamentable que ocurran estas cosas.

—¡¿Lamentable?! Es indignante. Yo me pregunto para qué sirve la policía.

—En efecto, es algo que cabe preguntarse —atajó el inspector—. Pero no en este momento.

Entraron en el edificio y subieron la escalera. Wallander se sentía algo incómodo ante la duda de si, pese a todo, no habría olvidado algo en la vivienda la noche anterior.

Marianne Falk encabezaba la marcha y, al llegar a la última planta, se detuvo en seco al tiempo que señalaba la puerta. Martinson se hallaba justo detrás de ella y Wallander lo apartó a un lado. Entonces lo vio: la puerta del apartamento había sido abierta. Y la cerradura que tanto esfuerzo le había costado a él abrir con sus ganzúas la noche anterior, sin dejar ningún arañazo, había sido forzada, al parecer, con una palanca de hierro. La puerta estaba entreabierta y Wallander prestó atención. Martinson estaba a su lado, pero, puesto que ninguno de los dos iba armado, el inspector no acertaba a decidir qué hacer. Finalmente, le hizo una seña indicándole que debían descender una planta.

—Quién sabe si no hay alguien ahí dentro —aclaró en un susurro—. Será mejor que llamemos para pedir refuerzos.

Martinson sacó el móvil.

—Tendrás que esperar en el coche —le ordenó a Marianne Falk.

—¿Qué crees que ha sucedido?

—Haz lo que te digo. Espera en el coche.

La mujer obedeció y comenzó a bajar la escalera mientras Martinson hablaba con la comisaría.

—Están en camino —anunció.

Se apostaron inmóviles, dispuestos a aguardar en el descansillo. Del interior del apartamento no surgía el menor ruido.

—Les advertí que no encendiesen las sirenas —murmuró Martinson.

Wallander expresó su conformidad con un gesto de asentimiento.

Transcurridos ocho minutos, apareció Hanson escaleras arriba acompañado de otros tres agentes. Todos iban armados y uno de los policías le prestó una pistola a Wallander.

—Bien, ya podemos entrar —ordenó.

Formaron un pequeño grupo en el rellano, delante de la puerta. Wallander notó que la mano que sostenía el arma no cesaba de temblarle. En efecto, tenía miedo. Tanto miedo como solía sentir siempre que estaba a punto de adentrarse en una situación en la que podía suceder cualquier cosa. Buscó a Hanson con la mirada antes de comenzar, con suma cautela, a empujar despacio la puerta con la punta del pie al tiempo que preguntaba en voz alta si había alguien dentro. No obtuvo respuesta, de modo que volvió a gritar. Transcurridos unos segundos, fue la puerta situada a sus espaldas la que se abrió, provocando en él un tremendo sobresalto. Una señora de avanzada edad se asomó cauta pero curiosa. Martinson la hizo volver a entrar y cerrar la puerta. Wallander preguntó por tercera vez, de nuevo sin resultado.

Entonces, entraron.

El apartamento estaba vacío. Sin embargo, no era el mismo que él había visitado la noche anterior, cuya principal característica era el orden enfermizo que reinaba por doquier. Muy al contrario, todo aparecía ahora revuelto, los cajones abiertos y su contenido esparcido por el suelo; los cuadros torcidos y los discos también dispersos por todas partes.

—Aquí no hay nadie —declaró—. Pero Nyberg tiene que venir con sus técnicos lo antes posible. Mientras, no quiero que nadie ande pisoteando por aquí sin ton ni son.

Así pues, Hanson y los policías se marcharon, en tanto que Martinson comenzaba a interrogar a los vecinos. Wallander permaneció un instante totalmente inmóvil junto a la puerta de la sala de estar. Ignoraba cuántas veces se habría encontrado en la misma situación, ante un apartamento saqueado. Pero, por más que no fuese capaz de decir por qué, intuía que aquella vez era diferente. Paseó la mirada por la habitación y no le cupo ya la menor duda: allí faltaba algo. Aún no veía qué podía ser, con lo que repitió su inspección, y al observar el escritorio por segunda vez, no tardó en caer en la cuenta de lo que había echado en falta. Se quitó los zapatos y se acercó a la mesa.

La fotografía había desaparecido. Aquella fotografía que representaba a un grupo de hombres, uno de los cuales era asiático, que posaban ante un muro encalado con los ojos entrecerrados ante un sol intenso. Se agachó para mirar debajo del escritorio y rebuscó con sumo cuidado entre los papeles esparcidos por el suelo. Pero no cabía duda: la fotografía no estaba allí.

En ese preciso momento comprendió que faltaba algo más. En efecto, tampoco el cuaderno de bitácora que él había estado hojeando la noche anterior se encontraba allí.

Dio un paso atrás. «Alguien sabía que yo estaba aquí. Alguien que me vio llegar y me vio partir», concluyó presa de un súbito temor que le obligó a inspirar aire profundamente.

¿Fue su instinto, la intuición de que estaban vigilándolo, lo que lo movió a acercarse a mirar por la ventana en aquellas dos ocasiones la noche anterior? Y así había sido, de hecho. Alguien cuya presencia él no alcanzó a descubrir se ocultaba acechante entre las sombras.

Martinson vino a interrumpir su meditar.

—La vecina de al lado es viuda, se llama Håkansson y asegura que no ha oído ni visto nada en absoluto.

A la mente de Wallander acudió de nuevo el recuerdo de aquella ocasión en que, bajo los efectos de una profunda embriaguez, había pasado la noche en el piso de abajo.

—Habla con todos los vecinos. Puede que alguno sí lo haya hecho.

—¿No puedes encargárselo a otro? Yo ya tengo bastante que hacer.

—Ya, pero es fundamental que esto se lleve a cabo de forma exhaustiva —insistió Wallander—. Además, no son tantos los vecinos que habitan el edificio.

Martinson se marchó dispuesto a obedecer mientras Wallander aguardaba. Veinte minutos más tarde se presentó uno de los peritos criminales.

—Nyberg está en camino —afirmó—. No podía interrumpir lo que tenía entre manos, pues no sé qué estaba analizando en la unidad de transformadores que no podía esperar.

Wallander asintió.

—Bien, manos a la obra con el contestador —ordenó Wallander—. Quiero saber qué hay grabado en la cinta.

El policía tomaba nota.

—Debéis filmarlo todo —prosiguió Wallander—. Quiero un informe detallado del apartamento.

—¿Los dueños están de viaje? —inquirió el policía.

—No. El inquilino era el hombre que murió junto al cajero automático la otra noche, de modo que es crucial que lo examinéis todo a fondo.

Salió del apartamento y bajó la escalera hasta llegar a la calle. Marianne Falk estaba fumando en el coche, bajo un cielo totalmente despejado. Al ver a Wallander, abrió la puerta y salió.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un robo.

—¡Vaya frialdad, entrar a saco en el apartamento de una persona que acaba de morir!

—Ya sé que estabais separados, pero ¿conocías su apartamento?

—Sí, manteníamos una buena relación y lo visitaba a menudo.

—Estupendo. Esta tarde, cuando los técnicos hayan concluido con su inspección, te llamaré para que vuelvas aquí y lo revisemos juntos. Siempre cabe la posibilidad de que eches en falta algo.

La mujer respondió decidida.

—No lo creo.

—¿Cómo que no?

—Estuve casada con él muchos años. Al principio, sabía quién era, pero después…

—¿Qué ocurrió después?

—Nada. Pero él sufrió un gran cambio.

—¿En qué sentido?

—Yo dejé de saber qué pensaba.

Wallander la miró pensativo.

—Ya, pero aun así tú deberías advertir si falta algo en su apartamento. Tanto más cuanto que acabas de asegurar que solías visitarlo a menudo.

—Bueno, sí, podría reparar en un cuadro o una lámpara que hubiese desaparecido. Pero nada más. Tynnes tenía muchos secretos.

—¿A qué te refieres?

—¿Puede una referirse a más de una cosa al mismo tiempo? Simplemente, yo ignoraba tanto lo que pensaba como lo que hacía. Ya intenté explicártelo durante nuestra conversación telefónica.

Wallander recordó lo que había leído en el cuaderno de bitácora la noche anterior.

—¿Sabes si escribía algún diario?

—Estoy segura de que no.

—¿Nunca lo hizo?

—Jamás.

«Entonces, es cierto», concluyó Wallander. «No sabía a qué se dedicaba su marido o, al menos, desconoce que sí escribía un diario».

—¿Sabes si estaba interesado en el espacio?

Su sorpresa parecía del todo sincera.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa?

—Era sólo una pregunta.

—Bueno, cuando éramos jóvenes, tal vez nos detuvimos a contemplar un cielo estrellado alguna que otra vez. Pero eso es todo.

Wallander desvió la conversación en otro sentido.

—Dijiste que tu exmarido tenía muchos enemigos y que se sentía asustado.

—Bueno, eso fue lo que él mismo me confesó.

—De acuerdo, pero ¿qué dijo exactamente?

—Que la gente como él solía tener enemigos.

—¿Sólo eso?

—Sí, sólo eso.

—¿«La gente como yo suele tener enemigos»?

—Exacto.

—¿Y qué crees que quería decir con eso?

—Ya te he dicho que no lo conocía bien.

En ese momento frenó junto a la acera un coche del que salió Nyberg, lo que movió a Wallander a interrumpir la conversación por el momento. Tomó nota del número de teléfono de la mujer al tiempo que le aseguraba que se pondría en contacto con ella más tarde.

—Espera, tengo una última pregunta. ¿Se te ocurre por qué razón querría llevarse alguien su cadáver?

—Por supuesto que no.

Wallander asintió y la dejó marchar, pues no tenía más dudas que plantearle en ese momento.

Una vez que ella, ya al volante, dio marcha atrás para salir con el coche, Nyberg se acercó al lugar donde se hallaba Wallander.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—Un robo.

—¿Y tú crees que tenemos tiempo para eso?

—Bueno, resulta que, de un modo u otro, está relacionado con los demás sucesos. Pero lo que más me interesa en estos momentos es saber lo que has encontrado en la unidad de transformadores.

Nyberg se sonó la nariz antes de contestar.

—Pues que tenías razón. Cuando los colegas de Malmö llegaron con el relé, todo encajó. Y los empleados de la central nos mostraron sin problemas dónde había estado instalado.

Wallander comenzaba a sentir la tensión.

—¿Estaban completamente seguros?

—Sí, del todo.

Nyberg desapareció por el portal hacia el interior del edificio. Wallander quedó allí, mirando hacia el otro lado de la calle, contemplando el centro comercial y el cajero automático.

La conexión entre Sonja Hökberg y Tynnes Falk había sido confirmada.

Y, pese a todo, no alcanzaba a comprender qué implicaba dicha conexión.

Poco a poco, muy despacio, empezó a regresar a pie a la comisaría. Pero, tras unos pocos metros, apremió el paso.

El desasosiego se había adueñado de él.

## 

## 14

Una vez en la comisaría, Wallander se dedicó a intentar organizar, aun de modo provisional, el embrollo de datos que se habían acumulado en torno al caso. Sin embargo, resultaba evidente que no había un curso de los acontecimientos, sino varios, y que, por si fuera poco, se hallaban en un estadio que bien podía denominarse de «caída libre», entrechocando en su decurso para salir enseguida despedidos y quedar dispersos en direcciones opuestas.

Poco antes de las once fue a los servicios a lavarse la cara con agua fría. Aquella costumbre, como tantas otras, la había aprendido de Rydberg.

No hay nada mejor para combatir la intromisión de la impaciencia. Nada mejor que el agua fría.

Hecho esto, se encaminó al comedor dispuesto a tomarse un café, pero, como era habitual, la máquina estaba estropeada. De hecho, Martinson había sugerido en alguna ocasión que hicieran una colecta entre los ciudadanos para comprar una nueva, lo cual podrían justificar aduciendo que no cabía esperar una buena realización del trabajo policial sin la garantía de un acceso fluido a las tazas de café. Wallander observaba abatido el aparato cuando recordó que, por suerte, tenía un tarro de café soluble en alguno de los cajones de su escritorio. Así pues, regresó al despacho decidido a buscarlo. Lo halló, finalmente, en el fondo del último cajón, junto con un cepillo para los zapatos y un par de guantes viejos y rotos.

Ya provisto de café, se aplicó a elaborar un esquema de los diversos sucesos con las indicaciones horarias al margen. No cejaba en su empeño de penetrar la superficie de los hechos, pues, a aquellas alturas, estaba convencido de que había un trasfondo que se les ocultaba todavía. Y era ese trasfondo lo que debían descubrir.

Pero lo único que consiguió tras su ardua tarea de redacción fue algo que más bien se asemejaba a un cuento incomprensible y mal narrado.

Dos chicas van a un restaurante una noche y se toman una cerveza. Una de ellas es tan joven que ni siquiera deberían servirle alcohol. En algún momento de la velada se cambian de lugar en torno a la mesa que ocupan, lo que sucede en el momento en que un hombre de origen asiático entra en el restaurante y se sienta a una mesa. Este hombre paga su cuenta con una tarjeta de crédito falsa, expedida a nombre de un sujeto llamado Fu Cheng, con domicilio en Hong Kong.

Unas horas más tarde, las muchachas piden un taxi y solicitan que las lleven a Rydsgård, pero, por el camino, atacan al taxista, que muere más tarde a raíz de la agresión, y le roban antes de marcharse cada una a su casa. Cuando son detenidas, se confiesan culpables de inmediato, compartiendo la responsabilidad del delito, y aducen la necesidad de dinero como móvil. La mayor de las chicas huye de la comisaría en un momento de descuido para ser hallada más tarde carbonizada, probablemente tras haber sido asesinada, en una unidad de transformadores a las afueras de Ystad. Dicha unidad de transformadores es fundamental para el suministro energético de una gran parte de Escania. Cuando Sonja Hökberg muere, sume con ello en las tinieblas una extensa zona de la región, desde Trelleborg hasta Kristianstad. Tras este suceso, la otra chica modifica su declaración y se retracta de su confesión.

Sin embargo, existe una línea de hechos paralela. Cabe la posibilidad de que sea precisamente esta línea paralela la decisiva, la que constituya el núcleo que buscamos. Así, un asesor informático separado llamado Tynnes Falk invierte varias horas de un domingo en limpiar su apartamento y sale a dar un paseo, posiblemente dos, por la noche. Es hallado muerto más tarde ante un cajero automático próximo a su domicilio. Tras un primer examen del lugar, así como a la luz del informe forense preliminar, se excluye toda sospecha de delito. No obstante, el cadáver desaparece después del depósito y es sustituido por un relé que pertenece a la unidad de transformadores de las afueras de Ystad. El apartamento del asesor es objeto de un robo como consecuencia del cual desaparecen una fotografía y un cuaderno de bitácora, como mínimo.

En la periferia de estos sucesos, hemos de contar con la presencia de un hombre asiático, que aparece como uno de los retratados en la fotografía sustraída y, probablemente, como cliente del restaurante.

Wallander releyó su escrito, consciente de que era demasiado pronto para extraer conclusiones siquiera provisionales. Pese a todo, no pudo por menos de hacerlo. En efecto, durante el proceso de redacción de aquella síntesis había caído en la cuenta de algo que le había pasado inadvertido hasta entonces.

Si Sonja Hökberg había resultado asesinada, tenía que deberse a que alguien estaba interesado en impedir que hablase. Asimismo, era poco probable que el cuerpo de Tynnes Falk hubiese sido robado por otro motivo que el de mantener algo en secreto. Y ahí había un denominador común. Dos sucesos que apuntaban a la necesidad de ocultar algo.

«De modo que la cuestión es qué es lo que pretenden ocultar», concluyó Wallander. «Y quién desea ocultarlo».

Se dispuso a avanzar a tientas, con extremo cuidado, como si caminase por un terreno minado, en busca de un núcleo que no lograba divisar. Probó diferentes vías, sin dejar de tener presentes las enseñanzas de Rydberg, según el cual el curso de los acontecimientos no tenía por qué analizarse siempre desde el punto de vista cronológico. Lo más importante, decía, podía haber ocurrido en primer lugar, pero también al final o en cualquier punto intermedio de la cadena de sucesos.

A punto estaba de apartar de sí los papeles cuando, de pronto, algo acudió a su mente. No supo, al principio, de qué se trataba. Pero enseguida lo recordó: era algo que había dicho Erik Hökberg acerca de la vulnerabilidad de la sociedad actual. De modo que se inclinó de nuevo sobre sus anotaciones y retomó el análisis desde el principio. ¿Qué sucedería si colocaba la unidad de transformadores en el punto central de la acción? Utilizando el cuerpo de un ser humano, alguien había provocado un corte en el suministro eléctrico que afectó a gran parte de Escania. Habían sido horas de oscuridad total. Lo que podría interpretarse como sabotaje por parte de alguien que tuviese planeado un ataque. ¿Por qué razón habrían colocado el relé en la camilla cuando retiraron el cuerpo de Tynnes Falk? La única explicación plausible era, sin duda, que la relación entre Sonja Hökberg y Tynnes Falk se presentase como algo del todo evidente, pero ¿qué implicaba, en realidad, aquella conexión?

Presa de gran enojo, el inspector volvió a apartar las anotaciones. Era muy precipitado confiar en la viabilidad de una interpretación satisfactoria. Se imponía seguir indagando, sin ideas preconcebidas y de forma exhaustiva.

Apuró el café mientras se balanceaba ausente en la silla y volvió a tomar la página rasgada del periódico para seguir leyendo los anuncios. «¿Cómo me anunciaría yo si lo hiciera?», se preguntó. «¿Quién mostraría interés por un policía cincuentón que padece diabetes y al que cada vez le atrae menos su trabajo? ¿Al que no le interesan ni los paseos por el bosque, ni las noches ante la chimenea ni la navegación a vela?».

Apartó una vez más la hoja del periódico y se puso a escribir.

La primera propuesta de anuncio resultó parcialmente inexacta:

«Agente de policía de cincuenta años, separado, una hija mayor, busca acabar con su soledad. El aspecto o la edad no son importantes, pero ha de ser una mujer casera y aficionada a la ópera. Enviar respuesta a “Policía 97”».

«Menuda patraña», sentenció para sí, «Por supuesto que el aspecto es de suma importancia. Y tampoco es acabar con mi soledad lo que persigo. Lo que deseo es sentirme unido a alguien. Y eso es algo muy distinto. Lo que yo quiero es alguien con quien acostarme, alguien que esté cuando lo necesite. Y, sobre todo, alguien que me deje en paz cuando así lo prefiera». De modo que rompió el papel y comenzó de nuevo. Pero, en esta ocasión, el anuncio sonaba demasiado sincero:

«Agente de policía de cincuenta años, separado, una hija mayor, busca conocer a alguien con quien pasar el rato cuando se tercie. Ha de ser una mujer guapa, tener buen tipo y poseer cualidades eróticas. Enviar respuesta a “Perro viejo”».

«¿Y quién contestaría a un anuncio así?», se preguntó. «Desde luego, nadie que esté en sus cabales».

Pasó a una hoja limpia y comenzó de nuevo. Pero enseguida vinieron a interrumpirlo unos toquecitos en la puerta. Habían dado ya las doce del mediodía. Era Ann-Britt quien lo buscaba y, demasiado tarde, se dio cuenta de que los anuncios de contactos personales seguían sobre la mesa. Agarró la hoja, la arrugó y la arrojó a la papelera con un gesto ostensivo, aunque se figuraba que ella habría visto de qué se trataba. Y aquello lo puso de mal humor.

«Jamás escribiré un anuncio de este tipo», decidió enojado. «Puede uno correr el riesgo de que conteste alguien como Ann-Britt».

La colega presentaba un aspecto de profundo agotamiento.

—Acabo de terminar con Eva Persson —declaró al tiempo que se dejaba caer en la silla.

Wallander apartó los anuncios de su mente.

—¿Cómo se ha comportado?

—No consintió en cambiar de opinión. Sostiene que fue Sonja Hökberg y sólo ella quien golpeó y acuchilló a Lundberg.

—Ya, pero lo que yo quiero saber es cómo se comportó.

Ann-Britt reflexionó un segundo antes de responder.

—Estaba distinta, parecía más preparada.

—¿En qué lo notaste?

—Bueno, para empezar, hablaba más deprisa. Muchas de sus respuestas parecían confeccionadas de antemano. Y hasta que no comencé a plantearle preguntas inesperadas, no adoptó de nuevo esa indiferencia morosa con que me obsequió la primera vez. Yo creo que la utiliza para protegerse, para ganar el tiempo necesario para la reflexión. No sé decir si es especialmente inteligente o no, pero te aseguro que no es una atolondrada y controla sus propias mentiras. No pude pillarla ni una sola vez en ningún tipo de contradicción, pese a haberlo intentado durante más de dos horas. A mí me parece excepcional.

Wallander sacó su bloc escolar.

—Bueno, concentrémonos en lo fundamental, tus impresiones. Ya podré leer el resto cuando el informe esté listo.

—Bien. A mí no me cabe la menor duda de que está mintiendo. Si he de ser sincera, no me explico cómo alguien tan joven puede ser tan duro.

—En especial tratándose de una chica, ¿no es eso?

—Lo cierto es que hasta entre los chicos es difícil hallar tanta crueldad.

—¿Así que no lograste quebrantar su firmeza?

—A decir verdad, no. Sigue negando su participación y asegura que tenía miedo de Sonja Hökberg. Intenté sonsacarle por qué le temía, pero no resultó. Lo único que dijo fue que Sonja era muy valiente.

—Sí, algo de lo que no hay razón para dudar.

Ann-Britt hojeó sus páginas de anotaciones.

—Igualmente, negó que Sonja la hubiese llamado por teléfono después de haber huido de la comisaría y, según ella, ninguna otra persona la llamó.

—¿Cuándo se enteró de que Sonja estaba muerta?

—Erik Hökberg llamó a su madre para contárselo.

—Pero la muerte de Sonja debió de afectarle bastante, ¿no es así?

—Eso dice ella. Pero yo no puedo decir que dejase traslucir ningún tipo de dolor por ello. Aunque, claro está, sí mostró sorpresa. Tampoco sabía por qué Sonja había podido dirigirse a la unidad de transformadores ni podía figurarse la identidad de la persona que la condujo hasta allí.

Wallander se puso en pie y fue a colocarse junto a la ventana.

—¿De verdad que no reaccionó en absoluto ni manifestó indicio alguno de pena ni de dolor?

—Como te lo cuento. Puro autocontrol y frialdad toda ella. Muchas de las respuestas las tenía ya más que preparadas de antemano; otras eran simples mentiras. Pero yo me llevé la impresión de que en el fondo lo ocurrido no la sorprendía lo más mínimo, pese a que ella insistía en lo contrario.

A Wallander se le ocurrió una idea que se le antojó importante.

—¿Parecía temerosa de que a ella también pudiese ocurrirle algo?

—No, y lo cierto es que también yo pensé que lo que le había ocurrido a Sonja no parecía haberla puesto nerviosa ni temerosa de que ella misma también pudiese estar en peligro.

El inspector regresó al escritorio.

—Bien, supongamos que todo esto es cierto. ¿Qué implicaría ese presupuesto?

—Pues que Eva Persson dice, hasta cierto punto, la verdad. Si no con respecto al asesinato de Lundberg, en el que estoy segura de que participó, al menos sí en lo concerniente a lo poco que sabe sobre los negocios que Sonja pudiera traerse entre manos.

—¿Y en qué consistían esos negocios?

—No lo sé.

—¿Por qué se cambiaron de silla en el restaurante?

—Según declara una y otra vez, porque a Sonja le molestaba la corriente.

—¿Y qué dice sobre el hombre que se sentó detrás de ella?

—Insiste en afirmar que ella no vio a nadie. Y tampoco se dio cuenta de que Sonja mantuviese ningún tipo de contacto visual con ninguna otra persona que no fuera ella misma.

—¿Tampoco vio nada extraño cuando abandonaron el restaurante?

—No. Pero ahí sí que puede haber algo de verdad. No creo que podamos acusarla de ser la persona más despabilada del mundo.

—¿Le preguntaste si conocía a Tynnes Falk?

—Sí. Y, según dice, no había oído ese nombre jamás.

—¿Crees que decía la verdad?

Ann-Britt se demoró un instante antes de responder.

—Tal vez hubo un indicio de vacilación, pero no estoy del todo segura.

«Tendría que haber interrogado a esa chica yo mismo», se lamentó resignado. «Si Eva Persson hubiese dudado un segundo, yo lo habría visto».

Ann-Britt pareció haberle leído el pensamiento.

—Yo no tengo tanta pericia como tú. Siento no haber podido ofrecerte mejor respuesta.

—No te preocupes, lo averiguaremos antes o después. Si la puerta principal está cerrada, tendremos que entrar por la de atrás.

—Te aseguro que me esfuerzo por intentar comprender algo de todo este asunto —admitió Ann-Britt—. Pero es que no parece tener pies ni cabeza.

—Nos llevará tiempo —la alentó Wallander—. Aunque me pregunto si no nos vendría bien algo de ayuda. No disponemos del número suficiente de agentes. Pese a que, claro está, le hayamos dado prioridad a este caso y pospuesto todo lo demás.

Ann-Britt lo observó llena de asombro.

—Tú siempre has preconizado que resolviésemos nuestras propias investigaciones nosotros solos. ¿Has cambiado de parecer?

—Es posible.

—¿Sabes si hay alguien que conozca las consecuencias reales de la reorganización que está produciéndose en estos momentos? Yo no tengo la menor idea.

—Bueno, algo sí sabemos —objetó Wallander—. El distrito policial de Ystad ha dejado de existir. En la actualidad pertenecemos a lo que se denomina área policial del sur de Escania.

—Sí, que además cuenta con un personal de doscientos veinte empleados para atender a la población de ocho municipios, desde Simrishamn hasta Vellinge. Nadie sabe si esto va a funcionar, ni si comportará alguna mejora.

—Ya, pero eso es irrelevante por el momento. Lo que a mí me preocupa es cómo vamos a realizar todo el trabajo de intendencia que exige esta investigación. Eso es lo único que importa. Y pienso comentárselo a Lisa en su momento. Si no me abre un expediente y me retira del caso.

—Por cierto, Eva Persson sigue afirmando que todo sucedió tal y como ella y su madre lo refirieron y asegura que tú la golpeaste sin motivo.

—Claro que sí. Pero miente con respecto a ello, igual que en lo demás.

Wallander se levantó de nuevo y decidió ponerla al corriente del asalto al apartamento de Tynnes Falk.

—¿Ha aparecido el cadáver?

—No, que yo sepa.

Ann-Britt seguía allí, sentada en la silla.

—¿Tú entiendes algo de todo este enredo?

—Nada de nada —confesó Wallander—. Lo que sí sé es que estoy preocupado. No olvides que una gran parte de Escania quedó completamente a oscuras.

Mientras caminaban juntos pasillo arriba, Hanson asomó la cabeza desde su despacho y les hizo saber que la policía de Växjö había localizado al padre de Eva Persson.

—Según me dijeron, vive en una choza de aspecto ruinoso situada entre Växjö y Vislanda. Y quieren saber qué queríamos preguntarle.

—Nada, por ahora —respondió Wallander—. Hay asuntos más importantes que atender.

Acordaron que celebrarían una reunión del grupo de investigación a la una y media, cuando Martinson hubiese regresado. Wallander volvió a su despacho y llamó al taller, donde le comunicaron que podía ir a recoger el coche enseguida. Salió de la comisaría y bajó la calle de Fridhemsgatan hasta la explanada de Surbrunnsplan. El viento racheado le azotaba el rostro.

El mecánico del taller se llamaba Holmlund y se había ocupado de los coches de Wallander durante muchos años. Era un hombre que profesaba una gran afición a las motocicletas y que se expresaba con un fuerte dialecto escaniano que se hacía indescifrable a través de su boca desdentada. Holmlund había conservado el mismo aspecto durante todos aquellos años y Wallander era incapaz de determinar si estaba más próximo a los sesenta que a los cincuenta.

—Ha resultado un poco caro —comentó Holmlund con su sonrisa hueca—. Pero merecerá la pena. Siempre y cuando vendas el coche cuanto antes.

Wallander se marchó de allí y comprobó durante el trayecto que el molesto ruido había desaparecido. La idea de comprarse un coche nuevo lo puso de buen humor. La cuestión era si seguir conduciendo un Peugeot o si debía cambiar de marca, y decidió que lo consultaría con Hanson, que sabía de coches tanto como de caballos de carreras.

Se dirigió a un bar de Österleden, donde se detuvo a comer. Intentó hojear un periódico, pero le costaba concentrarse. De repente, se le ocurrió una idea. Él había estado buscando un núcleo a partir del cual probar varios caminos por los que avanzar. El último de esos núcleos había sido el corte en el suministro eléctrico, en la idea de que lo sucedido en la unidad de transformadores no hubiese sido sólo un asesinato, sino un sabotaje por parte de un profesional muy inteligente. Pero ¿qué sucedería si, en lugar de partir de ese punto, se centrase en el hombre que apareció en el restaurante y cuya presencia hizo que Sonja Hökberg le cambiase el asiento a su compañera? Aquel hombre había presentado una identidad falsa y, por si fuera poco, la fotografía en la que también aparecía un asiático había desaparecido del apartamento de Tynnes Falk. Wallander se maldijo entre dientes por no haber actuado como su intuición le indicó en un principio y haberse llevado la fotografía. De haberlo hecho, tal vez István hubiese podido identificar al asiático.

Wallander dejó el tenedor y marcó el número del móvil de Nyberg. A punto estaba de colgar cuando oyó la voz del técnico.

—Me pregunto si habéis encontrado una fotografía de un grupo de hombres o algo así —inquirió Wallander.

—Voy a preguntar.

Wallander aguardó impaciente mientras pinchaba con el tenedor el filete de un pescado frito absolutamente insípido.

Nyberg regresó.

—Tenemos una fotografía de tres hombres que, en pie, sostienen en sus manos unos cuantos salmones. Está tomada en Noruega, en 1983.

—¿Nada más?

—No. Por cierto, ¿cómo sabes tú que tiene que haber una fotografía de un grupo de hombres?

«¡Vaya! A Nyberg no hay quien lo engañe», se dijo Wallander. Pero él ya se había preparado una respuesta.

—No tenía ni idea. Pero quería saber si habíais encontrado alguna fotografía de las amistades de Tynnes Falk.

—Bien. Nosotros no tardaremos en estar listos —advirtió el técnico.

—¿Has encontrado algo de interés?

—No, parece un robo de los corrientes. Quizá drogadictos.

—¿Alguna pista?

—Bueno, tenemos algunas huellas dactilares, pero, como es lógico, pueden pertenecer a Falk. Y a saber cómo lo comprobamos ahora que el cuerpo ha desaparecido.

—Lo encontraremos, tarde o temprano.

—Pues yo no estaría tan seguro. Si uno roba un cadáver no lo hace con otra intención que la de enterrarlo.

Wallander comprendió que Nyberg tenía razón. En ese momento lo asaltó otra idea, pero Nyberg se le adelantó.

—Estuve hablando con Martinson y le pedí que realizase una búsqueda de Tynnes Falk, pues no podemos excluir la posibilidad de que figure en nuestros registros.

—¿Y lo encontró?

—Sí, pero no tenemos sus huellas dactilares.

—¿Qué había hecho para merecer un puesto en los registros?

—Según Martinson, lo multaron por un delito de daños.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Pregúntaselo a Martinson —barbotó el técnico iracundo.

Wallander finalizó la conversación cuando ya pasaban diez minutos de la una. Después de haber llenado el depósito, volvió a la comisaría, adonde llegó al mismo tiempo que Martinson.

—Nadie ha visto ni oído nada en absoluto —le adelantó Martinson mientras atravesaban el aparcamiento—. Pude localizarlos a todos. La mayoría son personas mayores que están en casa durante el día, salvo una fisioterapeuta que tendrá tu edad, más o menos.

Wallander no pronunció palabra, sino que pasó a referirle su conversación con Nyberg.

—Mencionó un delito de daños. ¿Qué fue exactamente?

—Tengo los documentos en mi despacho. No sé, algo relacionado con unos visones.

Wallander lo miró inquisitivo, pero no hizo ningún comentario.

Ya en el despacho de Martinson, leyó el informe del registro. Se desprendía de dicho documento que en 1991 Tynnes Falk había sido detenido por la policía, justo al norte de Sölvesborg. En efecto, el dueño de un criadero de visones había descubierto una noche que alguien estaba abriéndole las jaulas. Entonces llamó a la policía, que acudió con dos coches patrulla. Por lo visto, había alguien más, pero sólo lo detuvieron a él. Llegado el momento del interrogatorio, lo confesó todo de inmediato y explicó que se oponía a que mataran animales para convertirlos en abrigos de piel. No obstante, negó rotundamente su pertenencia a ninguna organización y no consintió en revelar la identidad de las personas que lograron escapar aquella noche.

Wallander dejó el informe sobre la mesa.

—Vaya, pues yo pensaba que sólo los jóvenes se dedicaban a este tipo de actividades. En el año 1991 Tynnes Falk tenía más de cuarenta denuncias.

—Ya, bueno. En realidad, deberíamos apoyarlos —comentó Martinson—. Mi hija pertenece a una de esas organizaciones, Fältbiologerna.

—Bueno, estudiar a los pájaros no es lo mismo que arruinar a los criadores de visones, digo yo.

—Sí, según dice, aprenden a sentir respeto por los animales.

Wallander estaba lejos de desear verse envuelto en una discusión en la que, sin duda, tendría todas las de perder, pero lo cierto era que se sentía profundamente desconcertado ante la idea de que Tynnes Falk se hubiese dedicado a liberar visones.

Poco después de la una y media se hallaban todos en la sala de reuniones. El encuentro fue breve. Wallander había planeado ofrecerles los resultados de sus reflexiones. Pero, en el último momento, decidió postergarlo. Era demasiado precipitado. Así pues, se despidieron a las dos menos cuarto. Hanson debía acudir a una entrevista con el fiscal. Martinson desapareció para refugiarse en sus ordenadores, mientras que Ann-Britt debía enfrentarse a una nueva visita a la madre de Eva Persson. Wallander, por su parte, fue a su despacho y llamó a Marianne Falk. Al cabo de un rato, saltó el contestador, pero, en cuanto dijo su nombre, ella misma contestó enseguida. Acordaron que se verían a las tres de la tarde en el apartamento de la calle de Apelbergsgatan. Wallander acudió al lugar con bastante antelación, y comprobó que Nyberg y sus técnicos ya se habían marchado. En la calle se veía un coche de policía aparcado ante el edificio. Cuando Wallander comenzó a subir la escalera, la puerta de aquel apartamento cuyo recuerdo deseaba borrar de su memoria se abrió de repente. Y allí, en el umbral, apareció una mujer a la que reconoció, o creyó reconocer, enseguida.

—Te he visto por la ventana —explicó ella con una amplia sonrisa—, y quería saludarte, pero no sé si te acuerdas de mí.

—Pues claro que me acuerdo —repuso Wallander.

—Ya, pero me prometiste que me llamarías y no lo hiciste.

Wallander no tenía noción de haberle hecho promesa alguna, pero no dudaba de que fuese cierto, pues bien sabía que, cuando estaba tan borracho como en aquella ocasión y se sentía atraído por una mujer, era capaz de prometer casi cualquier cosa.

—Bueno, es que me surgió un imprevisto… —se excusó Wallander—. Ya sabes lo que suele ocurrir.

—¿Debería saberlo?

Wallander masculló una respuesta inaudible.

—¿Me permites que te invite a un café?

—Como sabes, se ha producido un robo en el piso de arriba, así que no tengo tiempo.

Ella señaló su cerradura.

—Yo me agencié una puerta blindada hace ya varios años, como casi todos los vecinos, salvo Falk.

—¿Lo conocías bien?

—No, era muy reservado. Nos saludábamos si nos veíamos por la escalera, pero nada más.

Wallander intuyó enseguida que era muy posible que no estuviese diciendo toda la verdad, pero no se molestó en seguir indagando. Lo único que deseaba era marcharse de allí.

—Podemos dejar el café para otra ocasión —sugirió el inspector.

—Ya veremos.

Cuando ella cerró la puerta, Wallander notó que estaba empapado en sudor. Se apresuró a subir el último tramo de escalera al tiempo que caía en la cuenta de que la mujer había hecho una observación importante. En efecto, según ella, la mayor parte de los vecinos del edificio habían cambiado las antiguas puertas por otras blindadas. Pero Tynnes Falk, que a decir de su exmujer siempre se sentía temeroso y rodeado de enemigos, no había adoptado esta medida.

Ya en el piso superior, comprobó que la puerta aún no había sido reparada. Entró en el apartamento, donde Nyberg y sus técnicos habían dejado el mismo desbarajuste original.

Se sentó en una silla de la cocina dispuesto a esperar a la señora Falk. Un pesado silencio reinaba en la casa. Miró el reloj, que indicaba las tres menos diez, cuando le pareció oír sus pasos por la escalera, «Está claro, es posible que Tynnes Falk fuese un tacaño», se decía. «Una puerta blindada puede costar entre diez y quince mil coronas. Al menos eso afirman los folletos publicitarios que me han dejado en el buzón de casa alguna que otra vez. Sin embargo, también cabe la posibilidad de que Marianne Falk esté en un error, que todos esos enemigos no sean más que una invención». Wallander no terminaba de decidirse al respecto. Recordó las misteriosas anotaciones que había leído en el cuaderno de bitácora; el cuerpo cadáver de Tynnes Falk desaparecido del depósito y, poco después, el robo en el apartamento, del que desaparecen una fotografía y un diario personal, como mínimo.

Súbitamente, lo vio todo muy claro. Había alguien que deseaba a toda costa evitar que lo reconociesen o que el diario fuese sometido a un estudio exhaustivo.

En su fuero interno, volvió a maldecir el no haberse llevado la fotografía. Por otro lado, las anotaciones del cuaderno de bitácora eran extrañas por demás, como escritas por un lunático, pero, de haber tenido la posibilidad de analizarlas con detenimiento, tal vez hubiesen podido extraer más información.

El ruido de pasos procedente de la escalera se aproximaba. De pronto se abrió la puerta. Wallander se puso en pie con la intención de ir a recibirla, de modo que salió de la cocina camino del vestíbulo.

Su instinto lo hizo presentir el peligro. Se dio la vuelta.

Pero ya era demasiado tarde. El violento retumbar de un disparo atravesó el aire.

## 

## 15

Wallander se arrojó a un lado.

Sólo después llegó a comprender que había sido precisamente aquel movimiento veloz lo que le había salvado la vida. Pero, para entonces, Nyberg y sus técnicos ya habían extraído el proyectil que se había incrustado en la pared contigua a la puerta de entrada. A raíz de la posterior reconstrucción de los hechos y, muy especialmente, del análisis de la cazadora de Wallander, pudieron establecer lo que había sucedido con exactitud. Así, concluyeron que todo se produjo de modo que, cuando salió al pasillo para recibir a Marianne Falk, Wallander estaba de espaldas a la puerta, pero que, de forma instintiva, intuyó que había alguien detrás de él y que ese alguien constituía una amenaza. Alguien que, por supuesto, no era Marianne Falk. Sobresaltado, tropezó con el borde de la alfombra. Y aquello fue suficiente para que el proyectil que, en ese mismo momento, salía en dirección a su pecho, le pasase entre el tórax y el brazo izquierdo, si bien rozó la cazadora, en la que dejó un rasguño; pequeño, pero no menos perceptible.

Aquella misma noche buscó en casa una cinta métrica. La cazadora estaba en poder de la policía para ser sometida a un examen más detallado, pero midió la distancia que separaba la cara interior de la manga de la camisa del lugar en que suponía se hallaba su corazón, operación que arrojó un resultado de siete centímetros. La conclusión que extrajo, mientras se servía un whisky, fue que, en efecto, el borde de la alfombra le había salvado la vida. Por enésima vez recordó entonces aquella ocasión en que, siendo un joven policía destinado en Malmö, sufrió una herida de navaja. La hoja había atravesado su pecho a ocho centímetros a la derecha del corazón. Aquel día formuló para sí mismo una máxima: «Hay un momento para vivir, otro para morir». Y ahora le sobrevino la inquietante sospecha de que, durante aquellos treinta años, el margen había disminuido en un centímetro.

Lo que había sucedido en realidad, quién podía haber sido la persona que le disparó, era un enigma. De hecho, en ningún momento percibió otra presencia que la de una sombra, un ser que, fugaz, apenas vislumbró al pasar y que se desintegró en el violento chasquido provocado por el proyectil y su propia caída sobre los abrigos y chaquetones que Tynnes Falk tenía colgados en la entrada.

Él pensó, en un principio, que el disparo lo había alcanzado. Cuando, aún con el retumbar del eco del balazo en los oídos, oyó un grito, llegó a pensar que era él mismo quien lo había proferido. La realidad era, no obstante, muy distinta. En efecto, el grito procedía de la garganta de Marianne Falk, a quien la sombra, que ya había emprendido la fuga, había atropellado hasta hacerla caer. Tampoco ella pudo ver su aspecto. Cuando, después del suceso, la interrogó Martinson, la mujer confesó que siempre se miraba los pies cuando subía una escalera y que, si bien había oído el estallido del disparo, tuvo la sensación de que procedía de abajo, por lo que se había detenido y se había vuelto a mirar. Después, al darse cuenta de que alguien bajaba hacia ella a la carrera, volvió a mirar hacia arriba, pero entonces recibió un golpe en la cara que la derribó.

En cualquier caso, lo más extraño fue que ninguno de los dos policías que vigilaban desde el coche patrulla aparcado ante el edificio hubiesen notado nada de particular. El hombre que disparó contra Wallander tuvo que abandonar el bloque de apartamentos por la puerta principal, pues la del sótano estaba cerrada con llave. Pero los agentes no observaron que nadie hubiese cruzado el portal precipitadamente, aunque sí el momento en que Marianne Falk entró. Después oyeron el disparo sin comprender de inmediato de qué se trataba exactamente y sin que ellos hubiesen visto a nadie abandonar el edificio.

Aquella versión apenas convenció a Martinson, que rebuscó por todo el bloque obligando a los aterrados pensionistas, así como a una fisioterapeuta algo más sosegada, a abrir sus puertas para examinar todos los armarios y mirar debajo de cada una de las camas. Nada halló, sin embargo y, de no ser por la bala que quedó incrustada en la pared, el propio Wallander habría empezado a creer que todo habían sido figuraciones suyas.

Pero él sabía bien lo que había ocurrido. Y sabía algo que, por el momento, había decidido reservarse: que, de hecho, le debía más de un servicio al borde de la alfombra, pues no sólo había salvado la vida al tropezar con él, sino que además el hecho de que hubiese caído habría convencido al hombre que efectuó el disparo de que lo había alcanzado de verdad. El proyectil que Nyberg extrajo del hormigón era de los que abren en la persona alcanzada una herida similar a un cráter. Y cuando el técnico le mostró la bala, Wallander comprendió porqué el individuo sólo había realizado un disparo. En efecto, estaba seguro de que ese único disparo sería mortal.

Tras la confusión inicial, comenzó la persecución. La escalera quedó inundada de hombres armados con Martinson a la cabeza. Pero nadie sabía con exactitud qué buscaban, y ni Marianne Falk ni Wallander eran capaces de ofrecer la más vaga descripción. Los coches patrulla circulaban a toda velocidad por las calles de Ystad; dieron la alarma regional, pero, naturalmente, todos sabían que no lograrían efectuar ninguna detención. Martinson y Wallander se quedaron en la cocina mientras Nyberg y sus peritos se dedicaban a la detección de huellas y a extraer de la pared el proyectil reventado. Marianne Falk se había marchado a casa a cambiarse de ropa y Wallander entregó su cazadora a los expertos. Aún le dolían los oídos a causa de la detonación. Lisa Holgersson llegó acompañada de Ann-Britt, y Wallander se vio obligado a referir de nuevo lo ocurrido.

—Lo interesante sería saber por qué disparó —apuntó Martinson—. Aquí ya ha ocurrido un robo y ahora resulta que alguien vuelve armado.

—Claro, lo que debemos preguntarnos, en ese caso, es si se trata del mismo hombre —observó Wallander—. ¿Por qué habría de volver? Lo único que se me ocurre es que estuviese buscando algo que no consiguió llevarse la primera vez.

—Bueno, en realidad la pregunta también podría ser: ¿a quién quería disparar? —señaló Ann-Britt.

Wallander ya se había formulado la misma pregunta. ¿No estaría aquello relacionado con la noche en que él acudió solo a visitar el apartamento? ¿Habría sido certera su intuición y su sospecha de que allí se ocultaba alguien lo que lo movió a acercarse a la ventana en aquellas dos ocasiones para otear la oscuridad? Pensó que debería revelarles la verdad, pero algo seguía impidiéndoselo.

—¿Por qué iban a querer dispararme a mí? —inquirió Wallander—. Simplemente, dio la casualidad de que yo estaba aquí justo en el momento en que el hombre regresó. De modo que lo que debemos preguntarnos es qué buscaba, lo que a su vez implica que Marianne Falk debe volver aquí lo antes posible.

Martinson abandonó la calle de Apelbergsgatan junto con Lisa Holgersson. Los técnicos estaban concluyendo ya su trabajo. Ann-Britt se quedó sentada en la cocina haciendo compañía a Wallander. Marianne Falk, por su parte, los llamó para advertir de que ya estaba en camino.

—¿Qué tal te encuentras? —quiso saber Ann-Britt.

—Tú ya sabes cómo se siente uno en estas situaciones. Fatal.

En efecto, Ann-Britt Höglund había recibido un disparo, hacía ya algunos años, en un barrizal a las afueras de Ystad. Wallander había sido parcialmente culpable, pues él le había ordenado que se adelantase sin apercibirse de que la persona a la que pretendían detener había encontrado la pistola que Hanson había perdido momentos antes. La colega recibió una herida tan grave que la obligó a estar de baja durante un largo período de tiempo. El día en que, por fin, volvió a ocupar su puesto, parecía haber sufrido un cambio. Y en varias ocasiones le había hablado a Wallander acerca de aquel temor que la perseguía hasta lo más profundo de sus sueños.

—A mí no me ha ido mal —prosiguió Wallander—. Me dieron un navajazo en una ocasión, pero, hasta ahora, me he librado de los disparos.

—Pues yo creo que deberías hablar con alguien —sugirió ella—. Ya sabes que hay grupos de terapia para este tipo de situaciones críticas.

Wallander hizo un gesto vehemente con la cabeza.

—No, gracias, no es necesario. Y, además, no quiero seguir hablando del asunto.

—La verdad, no me explico por qué eres tan terco. Ya sé que eres un buen policía, pero no por ello dejas de ser una persona como los demás. Claro que tú puedes ir por la vida pensando cualquier otra cosa, pero me temo que te equivocas.

Wallander quedó atónito ante la reacción de la colega y pensó que, en efecto, ella tenía toda la razón. Bajo el papel de policía que representaba a diario se ocultaba un ser humano que él había echado en el olvido.

—Bueno, por lo menos, deberías irte a casa —concluyó Ann-Britt.

—¿Y qué arreglaría con eso?

En ese preciso instante, Marianne Falk entró en el apartamento y Wallander vio la oportunidad de zafarse de las fastidiosas preguntas de su compañera.

—Bueno, prefiero hablar con ella a solas —explicó el inspector—. Gracias por tu ayuda.

—¿Qué ayuda?

Ann-Britt se marchó sin haber obtenido respuesta. Al levantarse, Wallander sufrió un ligero y breve mareo.

—¿Qué fue lo que sucedió? —inquirió Marianne Falk.

Wallander observó que, de su mandíbula izquierda, empezaba a emerger una hinchazón considerable.

—Llegué unos minutos antes de las tres. Cuando oí que alguien se acercaba a la puerta, pensé que serías tú. Pero me equivoqué.

—¿Y quién era?

—Lo ignoro. Y, según parece, tú tampoco lo sabes.

—Ni siquiera pude verle la cara.

—Pero ¿estás segura de que era un hombre?

Ella quedó algo desconcertada ante la pregunta, sobre cuya respuesta reflexionó un instante antes de asegurar:

—Así es, era un hombre.

Aun sin tener pruebas de ello, Wallander estaba convencido de que, en efecto, se trataba de un hombre.

—Bien, empecemos por la sala de estar —propuso el inspector—. Quiero que te des una vuelta por la habitación para ver si echas algo en falta. Después, haremos lo propio con las demás. Tómate el tiempo que necesites. Si lo deseas, puedes ir abriendo cajones y mirando tras las cortinas.

—Tynnes jamás habría permitido tal cosa, pues no eran pocos los secretos que guardaba.

—Bueno, ya hablaremos después —la interrumpió Wallander—. Ahora comienza a recorrer la sala de estar.

Era evidente que la mujer estaba esforzándose al máximo. Él la seguía con la mirada desde el umbral de la puerta, y cuanto más la miraba, más hermosa le parecía. Hasta el punto de que llegó a preguntarse cómo habría formulado un anuncio capaz de provocar su respuesta. La mujer continuó hacia el dormitorio mientras él prestaba la máxima atención a la menor señal de vacilación o de sospecha de que algo faltase. Más de media hora después, regresaban a la cocina.

—Ni siquiera has abierto los armarios —señaló Wallander.

—No tengo ni idea de lo que guardaba dentro, así que no habría podido decir si faltaba algo.

—¿No has notado la ausencia de ningún objeto?

—No, nada.

—Pero, en realidad, ¿hasta qué punto conocías su apartamento?

—La verdad es que nunca llegamos a vivir juntos aquí. Tynnes se mudó cuando nos separamos. Él me llamaba a veces y, en alguna que otra ocasión, cenábamos juntos. Pero los niños lo visitaban más a menudo que yo.

Wallander se esforzaba por recordar lo que Martinson había dicho la primera vez que le habló del hombre que habían hallado muerto junto al cajero automático.

—¿Es cierto que tu hija vive en París?

—Así es. Ina sólo tiene diecisiete años, pero trabaja como niñera en la embajada danesa. Quiere aprender francés.

—¿Y tu hijo?

—¿Jan? No, él estudia en Estocolmo. Tiene diecinueve.

Wallander volvió a orientar la conversación hacia el tema del apartamento.

—¿Crees que, de haber desaparecido algo, lo habrías echado de menos?

—Sí, si lo hubiese visto con anterioridad.

Wallander asintió y, tras disculparse, volvió a la sala de estar, donde retiró uno de los tres gallos de porcelana que decoraban uno de los alféizares de la ventana. De vuelta en la cocina, le pidió a la mujer que examinase la sala de estar una vez más.

Ella no tardó en descubrir la falta de la figura de porcelana y Wallander comprendió que no avanzarían más por aquel camino. La mujer tenía buena memoria visual, pero no conocía el contenido de los armarios.

Se sentaron de nuevo en la cocina cuando eran ya casi las cinco y la penumbra del ocaso otoñal comenzaba a caer sobre la ciudad.

—¿A qué se dedicaba? —quiso saber Wallander—. Según tengo entendido, tenía una sociedad unipersonal en el ramo de la informática.

—Era asesor.

—¿Y qué significa eso, exactamente?

Ella lo observó inquisitiva.

—En la actualidad, este país está gobernado por asesores. Los dirigentes políticos no tardarán en quedar sustituidos por asesores, que no son sino expertos muy bien retribuidos que van por ahí ofreciendo soluciones. Si no funcionan, no les queda más remedio que aceptar el papel de cabeza de turco, pero, a cambio de ello, están más que bien pagados.

—En otras palabras, tu marido era asesor informático, ¿no es así?

—Te agradecería que dejases de referirte a Tynnes como «mi marido», puesto que ya no lo era.

Wallander empezaba a impacientarse.

—¿Podrías explicarme de forma más detallada cuál era su actividad?

—Era un experto en la elaboración de diversos sistemas de dirección internos.

—¿Y qué es eso exactamente?

Entonces y por primera vez a lo largo de la conversación, la mujer sonrió.

—Pues no creo que pueda explicártelo a menos que tengas un conocimiento básico de cómo funciona un ordenador.

Wallander comprendió que tenía razón.

—¿Quiénes eran sus clientes?

—Por lo que yo sé, trabajaba con muchos bancos.

—¿Alguno en concreto?

—No lo sé.

—Entonces, ¿quién puede saberlo?

—Tenía un contable.

Wallander rebuscó en los bolsillos para ver si tenía algún papel en el que anotar el nombre, pero lo único que halló fue la factura del taller.

—Se llama Rolf Stenius y tiene la oficina en Malmö, pero no tengo ni la dirección ni el número de teléfono.

Wallander dejó el bolígrafo con el presentimiento de que su mente había pasado por alto algún detalle importante. Intentó concretar la idea, sin lograrlo. Entretanto, Marianne Falk había sacado un paquete de cigarrillos.

—¿Te molesta que fume?

—En absoluto.

Ella tomó un cenicero que había en el fregadero y encendió el cigarrillo.

—Tynnes estaría revolviéndose en su tumba ahora mismo, pues odiaba el tabaco. Durante todo el tiempo que estuvimos casados, me hacía salir a la calle cada vez que quería fumar. Así que esto es una especie de venganza.

Wallander aprovechó la digresión para orientar la conversación en otro sentido.

—La primera vez que hablamos me dijiste que tenía enemigos. Y que estaba preocupado.

—Exacto, ésa era la impresión que daba.

—Comprenderás que esto es muy importante.

—Comprenderás que, si tuviera más datos que ofrecerte los daría. Pero lo cierto es que no sé nada más.

—Bueno, al ver a una persona, uno puede concluir que está preocupada, pero no que tiene enemigos, de modo que algo te diría al respecto.

Ella tardó un instante en responder, mientras fumaba y miraba por la ventana. Ya había anochecido. Y Wallander aguardaba.

—Todo comenzó hace algunos años —explicó ella por fin—. Noté que no sólo estaba preocupado, sino también tenso, como si se hubiese vuelto un maníaco. Por otro lado, comenzó a hacer comentarios muy extraños. Así, en alguna ocasión en que vine a tomar café, dijo: «Si la gente lo supiese, me mataría». O también: «Uno nunca sabe lo próximos que están los perseguidores».

—¿De verdad que hacía semejantes observaciones?

—De verdad.

—¿Así, sin más explicación?

—Así.

—¿Y tú nunca le preguntaste qué quería decir exactamente?

—No, porque entonces estallaba y me mandaba callar.

Wallander reflexionó un instante antes de proseguir.

—Bien, hablemos de vuestros dos hijos.

—Sí, claro, ellos ya están al corriente de su muerte.

—¿Crees que alguno de los dos pudo haber notado, como tú, que estaba nervioso o haberlo oído mencionar a sus enemigos?

—Me extrañaría mucho. Se veían muy poco. Además, vivían conmigo y a Tynnes no le hacía mucha gracia que viniesen a visitarlo. Y, sin ánimo de criticarlo, tanto Jan como Ina pueden confirmártelo.

—Ya. Tendría amigos, ¿no?

—Muy pocos. Poco después de nuestra boda comprendí que me había casado con un hombre muy solitario.

—Además de ti, ¿quién más lo conocía bien?

—Sé que solía ver a una mujer, asesora informática como él, llamada Siv Eriksson. No tengo su número de teléfono, pero tiene la oficina en Skansgränd, muy cerca de la calle de Sjömansgatan. Colaboraron en la elaboración de varios proyectos.

Wallander tomó nota mientras Marianne Falk apagaba el cigarrillo.

—Una última pregunta, al menos por el momento —advirtió Wallander—. Hace algunos años Tynnes Falk fue detenido por la policía tras haber liberado a los visones de una granja, por lo que le impusieron una multa.

Ella lo miró con una expresión de sorpresa que parecía auténtica.

—Jamás había oído hablar de ello.

—Pero ¿tú te lo explicas?

—¿Qué liberase a los visones de una granja? ¿Y por qué habría de hacer tal cosa?

—Es decir, que tú no tienes noticia de que colaborase con ninguna de las organizaciones que se dedican a ese tipo de actividades.

—¿Qué tipo de organización sería?

—Asociaciones para la protección de los animales y del medio ambiente.

—Me cuesta creerlo.

Wallander asintió, consciente de que le decía la verdad. La mujer se puso en pie con la intención de marcharse.

—Tendré que hablar contigo de nuevo —anunció Wallander.

—Mi exmarido me dejó una pensión bastante sustanciosa cuando nos separamos, de modo que no tengo por qué hacer lo que más odio en esta vida.

—Ajá, ¿qué es?

—Trabajar. Así, dedico mi tiempo a la lectura y a bordar motivos florales en pequeños tapetes de hilo.

Wallander se preguntaba si la mujer no estaría tomándole el pelo. Sin embargo, no dijo nada, sino que la acompañó hasta la entrada, donde ella se detuvo a mirar el agujero que había en la pared.

—¿Así que los ladrones de apartamentos han empezado a disparar a la gente?

—Bueno, son cosas que pasan.

Ella lo estudió con la mirada de arriba abajo.

—Pero no parece que tú lleves ningún arma con la que defenderte, ¿me equivoco?

—No, no llevo ninguna.

Ella movió la cabeza, le tendió la mano y se despidió.

—¡Ah! Hay algo más —la retuvo Wallander—. ¿Sabes si Tynnes Falk tenía algún interés por el espacio?

—¿Qué quieres decir?

—Naves espaciales, astronomía…

—Eso ya me lo has preguntado con anterioridad. Y te respondo como ya lo hice: no solía levantar la vista para contemplar el cielo y, si lo hacía, no creo que fuese más que para comprobar que las estrellas seguían en el firmamento. No era una persona especialmente romántica.

Se detuvo aún un momento y preguntó:

—¿Quién arreglará esta puerta?

—¿No hay ningún encargado del mantenimiento del edificio?

—Eso no me lo preguntes a mí.

Marianne Falk comenzó a bajar por la escalera. Wallander, por su parte, regresó al interior del apartamento y fue a sentarse en una silla de la cocina, el lugar en el que, por primera vez, tuvo la sensación de que se le había escapado algún detalle. Rydberg le había enseñado a no menospreciar su alarma interior. En aquel mundo de tecnicismo y racionalismo en el que transcurría la labor policial, la intuición revestía siempre, pese a todo, una importancia indiscutible y decisiva.

De modo que permaneció sentado e inmóvil durante unos minutos, hasta que cayó en la cuenta de qué era lo que había obviado. Como solía ocurrir, se trataba de ponerlo todo patas arriba para poder darle después su justa ordenación. En efecto, Marianne Falk no había echado en falta ningún objeto, pero ¿no significaría aquello que el ladrón vino a dejar algo más que a llevarse nada? Wallander negó con la cabeza ante su propio razonamiento. Y estaba a punto de ponerse en pie cuando unos toquecitos en la puerta lo sobresaltaron. El corazón empezó a latirle con violencia, pero al oír los golpes por segunda vez, comprendió que en modo alguno podía ser que aquella persona que le había disparado volviese para repetir el ataque. Así pues, fue al vestíbulo y abrió la puerta para comprobar que era un hombre de edad, apoyado en un bastón, quien aguardaba a que le abrieran.

—Quería ver al señor Falk —anunció en tono decidido—. He venido para exponerle una queja.

—¿Y quién eres tú? —quiso saber Wallander.

—Mi nombre es Carl-Anders Setterkvist, propietario de este edificio. He recibido diversas protestas de los inquilinos, que se quejan de las carreras y el consiguiente alboroto provocados por algunos miembros del Ejército. Si el señor Falk se encuentra en casa, quisiera hablar con él personalmente.

—El señor Falk está muerto —reveló Wallander con innecesaria brusquedad.

Setterkvist clavó en él una mirada inquisitiva.

—¿Cómo? ¿Muerto?

—Soy policía —explicó Wallander—. De la brigada judicial. Aquí se ha producido un robo, pero Tynnes Falk está muerto desde la noche del pasado lunes. Y quienes suben y bajan a la carrera no son miembros del Ejército, sino agentes de la policía.

Setterkvist pareció tomarse un instante para sopesar si Wallander estaba diciendo la verdad o no.

—Pues tengo que ver la insignia —exigió terminante.

—Ya hace mucho tiempo que no llevamos insignia, pero puedo enseñarte mi placa —advirtió Wallander al tiempo que la sacaba del bolsillo para mostrársela. Setterkvist la examinó minuciosamente mientras el inspector le exponía lo sucedido de forma sucinta.

—Vaya, es lamentable, pero ¿qué sucederá ahora con los apartamentos? —inquirió el anciano.

Wallander quedó sorprendido.

—¿Cómo «los apartamentos»?

—A mi edad, resulta siempre muy engorroso cambiar de inquilino, pues uno quiere estar seguro de quiénes son los que se instalan en sus propiedades. Sobre todo en un edificio como éste, en el que la mayoría de los arrendatarios son personas mayores.

—¿Tú también vives aquí?

Setterkvist se sintió ofendido.

—Yo vivo en un chalet a las afueras.

—Ya, bueno. Te has referido a «los apartamentos», ¿no?

—¿Y a qué iba a referirme si no?

—¿Quieres decir que Tynnes Falk te alquilaba más de un apartamento?

Setterkvist le indicó con el bastón su deseo de entrar en la vivienda y Wallander se hizo a un lado para dejarle paso.

—Te recuerdo que ha habido un robo y que todo está bastante revuelto.

—Sí, a mí también me robaron, así que sé perfectamente el aspecto que puede tener —aseguró Setterkvist imperturbable mientras Wallander lo conducía a la cocina.

—El señor Falk era un inquilino extraordinario —aseguró Setterkvist—. Jamás se retrasó en pagar el alquiler. Te garantizo que, a mis años, uno ya no se asombra de nada, pero las quejas que me han hecho llegar en los últimos días me han sorprendido bastante. Por eso he venido.

—A ver, entonces, Tynnes Falk te alquilaba más de un apartamento —repitió Wallander.

—Así es. Soy propietario de un antiguo edificio noble situado cerca de la plaza de Runnerströms Torg —aclaró Setterkvist—. Y allí le arrendé a Falk una de las buhardillas más pequeñas pues, según me dijo, la necesitaba para su trabajo.

«Lo cual bien puede ser la explicación de que no hubiese aquí ningún ordenador», concluyó Wallander. «En este apartamento no hay muchos indicios de que se desarrollase ninguna actividad laboral».

—Pues necesitaría ver ese otro apartamento —comentó Wallander.

Setterkvist meditó un instante antes de sacar del bolsillo el llavero más grande que Wallander había visto en su vida, aunque el anciano propietario seleccionó enseguida las llaves que buscaba y las soltó del llavero.

—Ni que decir tiene que te haré un recibo —afirmó Wallander.

Setterkvist negó vehemente con la cabeza.

—No, uno debe poder fiarse de la gente o, más bien, de su buen juicio —precisó.

El anciano se marchó y Wallander llamó a la comisaría para pedir que precintaran el apartamento. Después, cuando faltaban ya pocos minutos para las siete, se fue derecho a la plaza de Runnerströms Torg. El viento seguía soplando racheado y el inspector sentía frío. La cazadora que Martinson le había prestado no era muy gruesa. Mientras caminaba, le vino a la mente el recuerdo del disparo, que aún se le antojaba irreal, y se preguntó cómo reaccionaría dentro de unos días, cuando de verdad hubiese comprendido lo cerca que había estado de la muerte.

El edificio de la plaza de Runnerströms Torg era una construcción de principios de siglo y constaba de tres plantas. Wallander se colocó al otro lado de la calle para observar las ventanas de las buhardillas de la última planta, pero no vio ninguna luz encendida. Antes de encaminarse al portal, echó una ojeada a su alrededor. Un hombre pasó ante él montando en bicicleta, pero, por lo demás, el lugar estaba desierto. Cruzó la calle y abrió el portal. Se oían las notas de una canción procedentes de uno de los apartamentos. Encendió la luz de la escalera y empezó a subir. Ya en el piso de arriba, comprobó que no había más que una puerta, blindada y sin nombre ni buzón. Wallander escuchó con atención, pero todo estaba en silencio. A continuación, abrió la cerradura. Permaneció allí a la escucha y, durante un instante, creyó oír la respiración de alguien en el interior, de modo que se preparó para huir. Sin embargo, comprendió enseguida que no eran más que figuraciones suyas. Encendió la luz y cerró la puerta tras de sí.

Se hallaba en una habitación amplia, pero prácticamente vacía. En realidad, no había allí más que una mesa y una silla. Sobre la mesa había un ordenador, Wallander se acercó y vio que, junto al ordenador, había algo parecido a un plano. Entonces, encendió el flexo.

Transcurridos unos minutos, comprendió qué representaba el dibujo.

En efecto, reproducía la unidad de transformadores en la que habían hallado muerta a Sonja Hökberg.

## 

## 16

Wallander contuvo la respiración.

Pensaba que, sin duda, debía de estar confundido y que aquel plano representaba alguna otra cosa. Pero no tardó en desechar sus reservas. Tenía el convencimiento de estar en lo cierto. Con gran cautela, devolvió el dibujo a su lugar junto al monitor apagado del ordenador, en el que podía ver su rostro reflejado a la luz del flexo. Sobre la mesa había también un teléfono y pensó que debería llamar a alguien, a Martinson o a Ann-Britt. Y a Nyberg. Pero ni siquiera levantó el auricular. En cambio, comenzó a pasear despacio por la habitación, mientras pensaba que, al parecer, Tynnes Falk acudía a trabajar a aquella buhardilla, protegida por una puerta blindada que resultaría muy difícil de forzar para cualquiera que lo intentase. En efecto, allí era donde realizaba su trabajo de asesor informático. «Sigo sin tener la menor idea de en qué consistía su trabajo exactamente», se dijo. «Pero resulta que un buen día aparece tendido muerto ante un cajero. Después, desaparece su cadáver del depósito y ahora encuentro los planos de una unidad de transformadores junto a su ordenador».

Durante un instante de vértigo, le pareció atisbar una explicación a aquel hecho. Pero la maraña de detalles era aún enorme. Wallander prosiguió inspeccionando la habitación. «¿Qué hay?», se preguntó. «Y ¿qué falta? Un ordenador, una mesa, una silla y un flexo. Un teléfono y un plano. Pero no hay estanterías, ni archivadores ni libros. Ni siquiera un bolígrafo».

Tras la primera ronda por la dependencia, volvió a la mesa, tomó la cabeza del flexo y la hizo girar de modo que el haz de luz recorriese lentamente las paredes. La lámpara despedía una luz potente, pero aun así, no logró detectar en los muros indicio alguno de la existencia de ningún escondrijo. Se sentó entonces en la silla, atento a la solidez del silencio que lo rodeaba. Las paredes eran muy gruesas, al igual que los cristales de las ventanas. Y tampoco la puerta permitía el paso de ningún sonido exterior. De haber estado allí Martinson, le habría pedido que encendiese el ordenador. Y éste lo habría hecho encantado. Pero él no se atrevía a tocarlo. De nuevo se le ocurrió pensar que debería llamar a Martinson, pero no acababa de decidirse. «Lo más importante en estos momentos es comprender esta situación», resolvió. «En efecto, en mucho menos tiempo del que yo podía prever, una gran cantidad de sucesos han quedado relacionados entre sí. El único problema es que no logro interpretar lo que veo».

Eran ya casi las ocho y, al final, decidió llamar a Nyberg. Por más que ya fuese de noche y que el técnico hubiese estado trabajando y casi sin dormir durante varios días. Sin duda que no faltarían quienes opinasen que la inspección de la oficina de Falk podía esperar hasta el día siguiente. Pero no Wallander, acuciado como estaba por el presentimiento cada vez más intenso de que aquello urgía. De modo que llamó al móvil de Nyberg, que lo escuchó sin hacer ningún comentario. Una vez que el técnico hubo anotado la dirección, Wallander dio por finalizada la conversación y bajó a la calle con la intención de aguardarlo allí.

Nyberg apareció solo en su coche y Wallander le ayudó a subir sus maletines.

—¿Qué se supone que debo buscar? —inquirió ya en la buhardilla.

—Huellas, algún escondrijo…

—Bien, en ese caso, no llamaré a nadie más, por el momento. Las fotografías y las filmaciones pueden esperar, ¿no es así?

—Sí, claro, eso puede hacerse mañana.

Nyberg asintió y, tras descalzarse, sacó de uno de los maletines otro par de zapatos de plástico de fabricación especial. Hasta hacía unos años, Nyberg se había mostrado muy descontento con la protección de que disponían para los pies, de modo que terminó por idear un modelo propio y por ponerse en contacto con un fabricante. Wallander suponía que él había costeado la operación de su bolsillo.

—¿Tú sabes de ordenadores? —preguntó el inspector.

—Bueno, a decir verdad, sé tan poco como cualquier otra persona sobre cómo funcionan en realidad, pero ni que decir tiene que puedo encenderlo, si quieres.

Wallander negó con un gesto.

—No, será mejor que lo haga Martinson. Además, si permitiese que otra persona se hiciera cargo del ordenador, no me lo perdonaría jamás.

Entonces, le mostró a Nyberg el plano que había sobre la mesa. Nyberg comprendió enseguida qué representaba y observó a Wallander inquisitivo.

—¿Qué significa esto? ¿Acaso fue Falk quien mató a la chica?

—No, cuando ella fue asesinada él ya estaba muerto —le recordó Wallander.

—Sí, estoy tan agotado que mezclo los días, las horas y los sucesos sin ton ni son. En realidad, lo único que deseo es que llegue el momento de la jubilación.

«¡Tú qué coño vas a esperar la jubilación! Lo que tienes es miedo a jubilarte», rectificó Wallander para sí.

Nyberg sacó una lupa de uno de los maletines y se sentó ante el escritorio, dispuesto a estudiar el plano al detalle, mientras Wallander aguardaba en silencio.

—Bien, esto no es ninguna copia, sino un plano original —afirmó el técnico.

—¿Estás seguro?

—No del todo. Pero casi.

—Lo que significa que alguien lo estará echando en falta en algún archivo, ¿no?

—A ver, no sé si lo entendí bien, pero yo estuve hablando un buen rato con Andersson, el técnico, sobre las medidas de seguridad que protegen las líneas de corriente y, según dichas medidas, debería ser imposible que nadie ajeno a los servicios de suministro hiciese una copia de este plano. Y aún más complicado sería acceder a un original —explicó Nyberg.

Wallander comprendió hasta qué punto era interesante aquel comentario de Nyberg pues, en el supuesto de que el plano hubiese sido robado de algún archivo, ello les reportaría, sin lugar a dudas, alguna pista nueva.

Nyberg montó su lámpara de trabajo mientras Wallander se retiraba con el fin de que el técnico pudiese trabajar con tranquilidad.

—Me voy a la comisaría, por si me necesitas.

Nyberg no se molestó en responder, enfrascado como estaba ya en su tarea.

Cuando Wallander llegó a la calle, cayó en la cuenta de que, en su mente, estaba tomando forma otra determinación. De modo que decidió no ir a la comisaría o, al menos, no directamente. En efecto, Marianne Falk le había hablado de una mujer llamada Siv Eriksson, que podría responder a sus preguntas sobre la auténtica naturaleza de la actividad de Tynnes Falk como asesor informático; y aquella mujer vivía muy cerca de donde se encontraba o, por lo menos, tenía por allí sus oficinas. Wallander dejó el coche aparcado, tomó la calle de Långgatan en dirección al centro y giró hacia la derecha a la altura de la calle de Skansgränd. La ciudad aparecía desierta y se detuvo para volverse a mirar en dos ocasiones, pero nadie lo seguía. El viento continuaba soplando con fuerza y sentía frío. Mientras caminaba, lo asaltaron de nuevo las imágenes del disparo, que lo llevaron a preguntarse no sólo cuándo tomaría conciencia de lo cerca que había estado de morir, sino también cuál sería su reacción.

Tan pronto como llegó a la casa que le había descrito Marianne Falk, vio el letrero que había fijado junto al portal: «Sercon, es decir, Siv Eriksson Consultaría», dedujo.

Según aparecía indicado bajo el nombre, la oficina se hallaba en la segunda planta, de modo que pulsó el botón correspondiente del portero automático con la esperanza de tener suerte pues, si aquello no era más que una oficina, se vería obligado a buscar la dirección de su domicilio.

Pero la respuesta fue prácticamente inmediata, de modo que Wallander se inclinó hacia el receptor de sonido del portero, se presentó y explicó el motivo de su visita. La mujer que le había contestado permaneció en silencio, pero, al final, se oyó el zumbido sordo de la puerta al abrirse y Wallander entró.

Ya en el rellano de la segunda planta, comprobó que ella lo aguardaba en el umbral de la puerta y, pese a que la luz del vestíbulo lo deslumbraba, la reconoció enseguida.

En efecto, la había conocido la noche anterior, durante la conferencia ante la asociación femenina. Incluso se habían dado un apretón de manos. Pero Wallander no había sido capaz de grabar su nombre en la memoria. Al mismo tiempo, pensó en lo extraño que resultaba el hecho de que ella misma no se hubiese dado a conocer enseguida, pues debía de estar al corriente de que Falk estaba muerto.

Por un instante, dudó de si ella conocería, en realidad, aquel dato y de si no tendría que transmitirle la noticia del fallecimiento de Falk.

—Siento molestar —se excusó Wallander.

La mujer lo hizo pasar al vestíbulo y él percibió que, de algún lugar impreciso, llegaba un olor a maderos ardiendo. Ahora sí podía ver con claridad el rostro de la mujer. Tenía unos cuarenta años, el cabello oscuro cortado en media melena y los rasgos bien definidos. El nerviosismo de la noche anterior le había impedido fijarse de verdad en su aspecto, pero la persona que ahora tenía ante sí lo hacía sentir aquella clase de turbación que solía experimentar cuando una mujer le parecía atractiva.

—Te explicaré el porqué de mi visita —aseguró el inspector.

—Ya sé que Tynnes está muerto —le advirtió ella—. Marianne me llamó y me lo dijo.

Wallander notó que parecía apesadumbrada en tanto que él, por su parte, experimentó un gran alivio, pues en todos los años que llevaba como policía no había sido capaz de acostumbrarse a transmitir los comunicados de defunciones.

—Imagino que seríais buenos amigos, dado que erais compañeros de trabajo —aventuró Wallander.

—Pues…, en parte sí y en parte no —repuso ella—. Manteníamos una relación estrecha, incluso muy estrecha, pero sólo en lo concerniente al trabajo.

Wallander se preguntó fugazmente si aquella relación no habría adquirido, pese a todo, otro cariz distinto del puramente laboral; y aquella duda lo hizo sentir un efímero e impreciso sentimiento de celos.

—Bien, imagino que, puesto que la policía viene a visitarme a estas horas, debe de existir un motivo importante —observó ella mientras le ofrecía una percha.

Él la siguió hasta una sala de estar que halló amueblada con gusto exquisito y comprobó que la chimenea estaba encendida. Le dio la impresión de que tanto los muebles como los cuadros eran muy costosos.

—¿Te apetece tomar algo?

«Sí, un whisky», se dijo Wallander. «Un whisky no me vendría nada mal».

—No, gracias, no es necesario.

Se sentó en un sofá de color azul oscuro que había en un rincón, mientras ella se acomodaba en el sillón de enfrente. Wallander observó que tenía unas piernas bonitas y a ella no le pasó inadvertida su mirada.

—Acabo de visitar el despacho de Tynnes Falk y, sorprendentemente, no hay allí nada, salvo un ordenador —comenzó Wallander.

—Tynnes era un asceta y deseaba que todo estuviese limpio y vacío a su alrededor cuando trabajaba.

—Bien, en realidad es ésa la razón por la que estoy aquí, para averiguar a qué se dedicaba o, quizás, a qué os dedicabais exactamente.

—Ya, bueno, a veces trabajábamos juntos, pero no siempre.

—Claro, pero, para empezar, ¿por qué no me explicas qué hacía cuando trabajaba solo?

Wallander lamentaba no haber llamado a Martinson, pues corría el riesgo evidente de obtener respuestas incomprensibles para él.

A decir verdad, aún habría podido hacerlo, pero, por tercera vez aquella tarde, decidió abstenerse.

—Confieso que mi conocimiento acerca de cómo funcionan los ordenadores es más que limitado —declaró—. Te ruego por ello que seas lo más explícita posible ya que, de lo contrario, cabe la posibilidad de que no comprenda nada de cuanto me digas.

Ella lo observó con una sonrisa.

—¡Vaya!, me sorprende —admitió ella—. Ayer noche, mientras escuchaba tu exposición, tuve la sensación de que, en la actualidad, los ordenadores constituyen una de las principales herramientas de trabajo de la policía.

—Así es, pero no en mi caso. Algunos de nosotros debemos dedicarnos a hablar con la gente. Las búsquedas en bases de datos o el intercambio de mensajes electrónicos no es más que una parte de nuestro trabajo.

La mujer se puso en pie y fue a atizar el fuego en la chimenea, siempre bajo la mirada atenta de Wallander que, raudo, bajó la vista y fijó la mirada en sus propias manos cuando ella se dio la vuelta.

—En fin, ¿qué quieres saber? ¿Y por qué?

Wallander resolvió responder en primer lugar a la segunda pregunta.

—Ya no estamos tan seguros de que la muerte de Tynnes Falk se haya producido por causas naturales, pese a que los médicos así lo dictaminaron en un principio, al atribuir el fallecimiento a un infarto agudo.

—¿Un infarto?

Su sorpresa parecía auténtica y Wallander recordó al médico que fue a visitarlo con la única intención de manifestar su desacuerdo con el diagnóstico de los forenses.

—No parece muy verosímil que se tratase de un fallo cardíaco, pues Tynnes se encontraba en perfectas condiciones físicas.

—Sí, y no eres la primera que lo hace notar. Ése es uno de los motivos por los que hemos tomado la determinación de investigar el asunto. El problema, si excluimos el infarto, es determinar cuál habría podido ser la causa real de su muerte. Lo más probable es que sufriese algún tipo de ataque violento, claro está; o, simplemente, un accidente: que hubiese tropezado y, al caer, hubiese recibido un fuerte golpe en la cabeza con tan mala fortuna que el impacto de la caída hubiese provocado su muerte.

Ella negó escéptica.

—Tynnes Falk jamás habría permitido que nadie se le acercase demasiado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que siempre estaba alerta y solía decir que se sentía inseguro cuando caminaba por la calle, de modo que estaba preparado para cualquier eventualidad. Y, además, sabía reaccionar con asombrosa rapidez. Por si fuera poco, había aprendido no sé qué arte marcial oriental cuyo nombre no recuerdo.

—O sea, que era capaz de partir un ladrillo con la mano…

—Sí, más o menos.

—Entonces, tú crees que fue un accidente, ¿no?

—Sí, eso es lo que creo.

Wallander asintió sin hacer comentario alguno antes de proseguir.

—El caso es que mi visita se debe también a otros motivos, cuya naturaleza no me está permitido revelar aún, por desgracia.

Ella se había servido una copa de vino tinto que colocó cuidadosamente sobre el brazo del sillón.

—Comprenderás que sienta curiosidad por conocerlos, ¿verdad?

—Pues sí, pero, de todos modos, no puedo hablar de ello.

«¡Menuda patraña!», se recriminó Wallander. «En el fondo, nada me impide ser mucho más explícito al respecto. Lo que estoy haciendo es ejercer una especie de extraño poder».

Interrumpió su reflexión cuando la oyó preguntar:

—¿Qué es lo que deseas saber?

—Lo que hacía exactamente.

—Era un excelente innovador de sistemas.

Wallander alzó la mano.

—Bien, ésta es la primera parada: ¿qué implica eso?

—Se dedicaba a elaborar programas informáticos para diversas empresas y, como te digo, era realmente bueno. De hecho, recibió varias ofertas para llevar a cabo trabajos de gran complejidad tanto en Estados Unidos como en Asia, pero siempre las rechazó, pese a que habría podido ganar mucho dinero.

—¿Y por qué las rechazaba?

De repente, la mujer pareció desconcertada.

—A decir verdad, no lo sé.

—Pero hablasteis del asunto, ¿no?

—Bueno, él me explicó en qué consistían las ofertas de trabajo y cuáles eran los salarios y, la verdad, si me los hubieran ofrecido a mí, no me lo habría pensado dos veces. Pero él las rechazó todas.

—¿Te dijo por qué?

—Porque no quería, porque pensaba que no lo necesitaba.

—Es decir, que tenía bastante dinero.

—Pues no, no lo creo. De hecho, hubo ocasiones en que me pidió dinero prestado.

Wallander frunció el entrecejo, intuyendo que estaba a punto de obtener un dato crucial.

—¿No adujo nunca ninguna otra razón?

—No, sólo que no creía que necesitara aceptar aquellos trabajos. Sólo eso. Cuando intentaba sonsacarle algo más, interrumpía la conversación de la forma más abrupta que quepa imaginar. Lo cierto es que podía ser bastante brusco. Él marcaba los límites de nuestra relación, no yo.

«¿De qué podría tratarse?», se preguntó Wallander. «¿Cuál podía ser el motivo real de que rechazase aquellas ofertas?».

—¿Qué circunstancias determinaban el que realizaseis algún trabajo juntos?

La respuesta sorprendió al inspector.

—El grado de aburrimiento.

—¿Cómo? No lo entiendo…

—Todo trabajo tiene unas etapas más aburridas que otras. Tynnes era bastante impaciente, de modo que solía hacerme responsable de las partes menos interesantes, en tanto que él se dedicaba a lo más complejo y emocionante. En especial aquello que exigía innovación, aquello en lo que nadie había reparado con anterioridad.

—¿Y tú lo aceptabas?

—Bueno, hay que ser consciente de las propias limitaciones. Además, para mí no resultaba tan aburrido. Y él estaba mucho más capacitado que yo.

—¿Cómo os conocisteis?

—Yo fui ama de casa hasta los treinta. Entonces me separé y comencé a estudiar. En una ocasión, lo oí dar una conferencia, y me fascinó, de modo que le pregunté si podía trabajar como ayudante suya. Entonces me dijo que no, pero, un año después, me llamó por teléfono. Nuestro primer trabajo conjunto consistió en el diseño de un sistema de seguridad para un banco.

—¿Qué es eso exactamente?

—Bueno, en la actualidad se realizan transferencias de una cuenta a otra a una velocidad de vértigo: entre personas y empresas, entre bancos de distintos países… Siempre hay alguien que pretende manipular estos sistemas y la única forma de impedirlo es ir siempre por delante en materia de seguridad. Es una lucha sin fin.

—Vaya, eso suena muy complicado.

—Sí, y lo es.

—Pero, la verdad, he de admitir que me resulta algo extraño el que un asesor informático autónomo de Ystad fuese capaz de acometer tareas tan complejas.

—En realidad, una de las principales ventajas de las nuevas tecnologías de la información consiste precisamente en el hecho de que, donde quiera que uno viva, puede operar como si se hallase en el centro del mundo. Tynnes tenía contacto con empresas, con fabricantes de material informático y con programadores de todo el mundo.

—¿Desde su despacho de Ystad?

—Exacto.

Wallander no estaba muy seguro de cómo continuar, pues sospechaba que aún no había comprendido del todo a qué se dedicaba Tynnes Falk. Sin embargo, no se le ocultaba que sería inútil intentar adentrarse en el mundo de la informática sin la presencia de Martinson. Por otro lado, comprendió que deberían ponerse en contacto con la sección de informática de la brigada judicial a escala nacional.

Wallander decidió cambiar de asunto.

—¿Sabes si tenía enemigos? —inquirió sin dejar de observar el rostro de la mujer que, no obstante, no le reveló nada más que sorpresa.

—No, que yo sepa.

—¿Notaste algún cambio de actitud en él durante los últimos meses?

La mujer reflexionó un instante antes de responder.

—No, se comportaba como siempre.

—¿Y cómo se comportaba siempre?

—Tenía bastante mal genio. Y trabajaba incesantemente.

—¿Dónde os conocisteis?

—Aquí. Nunca nos vimos en su despacho.

—¿Y eso por qué?

—Si quieres que te sea sincera, me parece que tenía una especie de fobia a los virus. Además, detestaba que le ensuciasen el suelo. Creo que era un maniático de la limpieza.

—¡Vaya! Me da la impresión de que Tynnes Falk era una persona muy compleja.

—Bueno, no tanto, cuando uno se había acostumbrado… En realidad, era como la mayoría de los hombres.

Wallander la observó lleno de interés.

—¡Ajá! ¿Y cómo suelen ser los hombres?

Siv Eriksson exhibió de nuevo su sonrisa.

—¿Formulas esa pregunta a título personal, o guarda relación con el caso de Tynnes Falk?

—Yo no suelo hacer preguntas a título personal.

«Vaya, me ha pillado. Pero ya no tiene remedio», se resignó Wallander.

—Pues los hombres suelen ser infantiles y vanidosos, pese a que sostienen con encono lo contrario.

—Me parece que generalizas demasiado.

—Es lo que pienso.

—¿Y así era Tynnes Falk?

—Exacto. Aunque no era sólo eso. También era capaz de mostrarse generoso. Por ejemplo, a mí me pagaba más de lo estipulado. Pero nunca podías estar segura del humor con que aparecería al día siguiente.

—Había estado casado y tenía hijos, ¿no?

—El tema de la familia jamás salió a colación entre nosotros. De hecho, creo que tardé un año en descubrir que había estado casado y que, en efecto, tenía dos hijos.

—¿Tenía alguna afición, aparte del trabajo?

—No, que yo sepa.

—¿Nada?

—Nada.

—Pero algún amigo tendría, ¿no?

—Sí, pero se comunicaba con ellos a través del ordenador. Por lo que yo sé, ni siquiera recibió una postal en los cuatro años transcurridos desde que nos conocimos.

—¿Cómo puedes tú conocer semejante extremo si jamás lo visitaste?

Ella hizo amago de ir a aplaudir.

—Ésa es una buena pregunta. Lo cierto es que utilizaba mi dirección para sus envíos postales. Sólo que nunca recibía nada.

—Pero ¿nada de nada?

—Tal como suena. Durante todos esos años no recibió ni una sola carta. Ni una factura. Nada.

Wallander frunció el entrecejo.

—¡Vaya, eso me resulta inexplicable! De manera que su dirección postal es la tuya, pero no recibe nada en cuatro años.

—Bueno, en alguna rara ocasión echaban al buzón algún folleto publicitario a su nombre. Pero eso fue todo.

—En otras palabras, debía de tener otra dirección postal.

—Es lo más probable, pero yo no la conocía.

Wallander pensó en los dos apartamentos de Falk: en el de la plaza de Runnerströms Torg no había nada; pero tampoco recordaba haber visto correo alguno en el de la calle de Apelbergsgatan.

—Bien, esto es algo que debemos investigar —decidió Wallander—. No cabe duda de que la imagen que ofrece es de lo más misteriosa.

—Bueno, quizás haya gente a la que no le guste recibir correo, mientras que a otras personas les encanta oír el sordo golpeteo de los sobres al caer en el buzón.

Wallander no tenía más preguntas que hacer. Tynnes Falk se le antojaba un misterio. «Estoy apresurándome demasiado», se recriminó. «Lo primero que hemos de hacer es ver qué hay en su ordenador. Si llevaba una vida normal, seguro que encontramos allí su rastro».

La mujer se sirvió más vino y le preguntó a Wallander si había cambiado de opinión, pero el inspector negó con un gesto.

—Has dicho que manteníais una relación estrecha, pero, a juzgar por lo que me has contado, él no mantenía relación con nadie. ¿De verdad que nunca te habló de su mujer y sus hijos?

—Muy pocas veces.

—Y cuando lo hacía, ¿qué decía?

—Bueno, por lo general eran comentarios repentinos e inesperados. Por ejemplo, podíamos estar trabajando y, de repente, me decía que era el cumpleaños de su hija. Y no tenía sentido preguntar o interesarse por el tema, porque entonces interrumpía la conversación de inmediato.

—¿Lo visitaste en su casa alguna vez?

—Jamás.

«Una respuesta demasiado rápida», sentenció Wallander para sí. «Demasiado rápida y demasiado tajante. Yo creo que la cuestión es si no hubo, pese a todo, algo más entre Tynnes Falk y su ayudante femenina».

Wallander vio que habían dado las nueve. Las ascuas se consumían paulatinamente en el hogar.

—Me figuro que no habrá recibido ninguna carta en los últimos días.

—No, nada.

—¿Qué crees tú que sucedió?

—No lo sé. Yo creía que Tynnes moriría de viejo. Por lo menos, a eso aspiraba él. Debió de ser un accidente.

—¿Y no padecería alguna enfermedad que tú desconocieses?

—Claro, es posible, pero me cuesta creerlo.

Wallander sopesó la posibilidad de revelarle el hecho de que el cadáver de Tynnes Falk había desaparecido del depósito, pero, al final, tomó la determinación de no hacerlo para orientar la conversación hacia otro asunto de su interés.

—En su despacho había un plano de una unidad de transformadores. ¿Sabes de su existencia?

—Apenas si sé qué es una unidad de transformadores…

—Una de las instalaciones de la compañía de suministros energéticos Sydkraft, situada a las afueras de Ystad.

La mujer meditó un instante antes de responder.

—Bueno, él trabajaba para Sydkraft —declaró—. Pero yo nunca estuve involucrada en esos encargos.

Una idea cruzó la mente del inspector.

—Quiero que elabores una lista de los proyectos en los que sí colaborasteis y de los que él llevaba en solitario.

—¿Desde cuándo?

—Los del último año, para empezar.

—Bueno, comprenderás que es posible que Tynnes hubiese aceptado y llevado a cabo proyectos que yo desconocía.

—Hablaré con su contable —señaló Wallander—. Él debe de haber emitido las facturas correspondientes de todos los clientes. Pero, aun así, quiero que tú confecciones esa lista.

—¿Ahora mismo?

—No, puedo esperar a mañana.

Ella se puso en pie para atizar el fuego mientras Wallander intentaba redactar mentalmente un anuncio al que Siv Eriksson se sintiese tentada de responder. La mujer regresó al sillón.

—¿Tienes hambre?

—No. Además, tengo que irme ya.

—En fin, no parece que mis respuestas hayan sido de gran ayuda.

—Bueno, lo cierto es que ahora conozco a Tynnes Falk mejor de lo que lo conocía cuando llegué. El trabajo policial exige paciencia.

Dicho esto, pensó que, en realidad, debería marcharse enseguida, puesto que no tenía más preguntas que hacer, de modo que se puso en pie.

—Volveré a ponerme en contacto contigo —le advirtió—. Pero te agradecería que me proporcionases la lista mañana mismo. Puedes enviármela por fax a la comisaría.

—¿Y no da igual si la envío por correo electrónico?

—Seguro que sí, pero ni sé cómo se hace ni conozco el número o la dirección de la comisaría.

—Bueno, eso puedo averiguarlo yo.

La mujer lo acompañó hasta el vestíbulo, donde Wallander se puso la cazadora.

—¿Recuerdas que Tynnes Falk hablase contigo de visones en alguna ocasión? —inquirió de pronto.

—¿Por qué habría de hablarme de tal cosa?

—No, era sólo curiosidad.

Ella abrió la puerta, pero Wallander experimentaba una intensa y tormentosa sensación de que, en realidad, le habría gustado quedarse.

—Tu conferencia fue muy buena —comentó ella entonces—. Aunque estabas bastante nervioso.

—Bueno, no es extraño, cuando uno se ve solo y abandonado ante tantas mujeres —repuso él.

Se despidieron y Wallander bajó a la calle. Justo en el momento en que abría la puerta del portal, sonó su móvil. Era Nyberg.

—¿Dónde estás?

—Cerca de la comisaría, ¿por qué?

—Creo que será mejor que vengas.

Nyberg interrumpió la conversación bruscamente. Wallander, por su parte, notó que el corazón le latía con fuerza, pues sabía que el técnico no llamaba a menos que hubiese un motivo importante.

No cabía duda: algo había sucedido.

## 

## 17

A Wallander le llevó menos de cinco minutos volver al edificio de la plaza de Runnerströms Torg. Una vez arriba, vio que Nyberg lo aguardaba ante la puerta, fumando en el descansillo. Al verlo, el inspector comprendió el grado de agotamiento del técnico, pues sabía que éste jamás fumaba a menos que se sintiese exhausto por la falta de sueño y por el cansancio. En efecto, Wallander recordaba cuándo había sucedido la última vez, hacía ya algunos años, durante una investigación al cabo de la cual detuvieron al joven Stefan Fredman. Durante el curso de aquella investigación, vio cómo Nyberg, que estaba sobre el muelle de un lago y acababa de izar un cadáver, de repente caía de bruces. El inspector creyó que había sufrido un ataque al corazón y que había fallecido allí mismo. Sin embargo, transcurridos unos segundos, el técnico abrió los ojos de nuevo, pidió un cigarrillo y se lo fumó sin mediar palabra. Hecho esto, prosiguió con la inspección del lugar del crimen en el más absoluto silencio.

Nyberg apagó el cigarrillo con el pie y le indicó a Wallander con un gesto que lo siguiese.

—Comencé por estudiar las paredes y vi que había algo que no encajaba —explicó—. Suele ocurrir en las casas antiguas; a veces sufren reformas que ocultan el plan original del arquitecto. Pero, como te digo, me puse a medir…, hasta que descubrí esto.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, Nyberg condujo a Wallander hasta una de las paredes más estrechas, donde había un ángulo muy pronunciado que parecía haber alojado originariamente una chimenea.

—Di unos golpecitos y sonó a hueco —prosiguió el técnico—. Y entonces…, mira lo que encontré.

Nyberg señaló una de las planchas de parquet del suelo mientras Wallander se sentaba en cuclillas y veía que, en efecto, estaba dividida en dos por un corte imperceptible a simple vista. Asimismo, detectó una grieta en la pared, oculta bajo una tira de cinta adhesiva cubierta por una fina capa de pintura.

—¿Has visto lo que hay detrás?

—No, he esperado hasta que vinieras.

Wallander asintió y Nyberg retiró con sumo cuidado la tira de cinta adhesiva. Comprobaron entonces que había una puerta más baja de lo habitual, de un metro y medio de altura aproximadamente. El técnico se hizo a un lado y Wallander empujó la puerta, que se abrió sin emitir el menor ruido. Nyberg enfocaba por encima de su hombro con una linterna.

La habitación oculta era más amplia de lo que Wallander había imaginado y el inspector se preguntó fugazmente si Setterkvist conocería su existencia. Tomó la linterna de Nyberg e iluminó el interior del habitáculo, hasta que halló el interruptor.

La dependencia mediría unos ocho metros cuadrados. No tenía ventanas, pero sí una válvula de aire tras una rejilla y no había en ella más que una mesa que se asemejaba a un altar. Sobre la mesa se erguían dos candelabros y, tras ellos, fijada a la pared, una imagen de Tynnes Falk. A Wallander le dio la impresión de que la habían tomado justo en aquella habitación y le pidió a Nyberg que sostuviera la linterna mientras él se disponía a estudiarla. Tynnes Falk miraba fijamente al interior de aquella cámara y mostraba una expresión grave.

—¿Qué es lo que tiene en la mano? —quiso saber Nyberg.

Wallander se caló las gafas y se inclinó para examinar la fotografía más atentamente.

—Pues no sé lo que te parecerá a ti —comentó mientras se incorporaba de nuevo—. Pero a mí se me antoja que es un control remoto.

Se cambiaron de lugar y, tras haber observado la imagen, el propio Nyberg no tardó en llegar a la misma conclusión. Ciertamente, lo que Tynnes Falk sostenía en su mano era un control remoto.

—No me pidas que interprete lo que estoy viendo, porque yo lo entiendo tanto como tú —observó Wallander.

—¿No será que este hombre había perdido el juicio y se rezaba a sí mismo? —inquirió Nyberg.

—No lo sé —confesó Wallander.

Dejaron el altar y pasaron a examinar el resto de la habitación donde, no obstante, no hallaron nada más. Tan sólo aquel pequeño altar. Wallander se enfundó un par de guantes de plástico que Nyberg le había proporcionado antes de descolgar la fotografía para mirar el reverso. Pero no había ninguna anotación, de modo que se la entregó a Nyberg al tiempo que le advertía:

—Tendrás que examinarla con más detenimiento.

—Es posible que esta habitación forme parte de algún sistema —aventuró el técnico vacilante—. Como las cajas chinas. Tal vez ahora que hemos dado con esta cámara secreta, hallemos otra más.

Revisaron la dependencia juntos, pero las paredes eran macizas y no había más puertas ocultas, de modo que regresaron a la habitación contigua.

—¿Algún otro hallazgo? —quiso saber Wallander.

—Nada. Sólo parece que alguien haya acabado de limpiar todo esto.

—Tynnes Falk era un hombre muy limpio —aclaró Wallander, que recordaba tanto lo que había leído en el cuaderno de bitácora como la información recibida de Siv Eriksson.

—En fin, no creo que pueda hacer mucho más esta noche —observó Nyberg—. Pero está claro que hemos de continuar mañana temprano.

—Sí, y entonces nos traeremos a Martinson, pues quiero saber qué hay en ese ordenador —aseguró Wallander.

El inspector ayudó a Nyberg a recoger sus instrumentos.

—¿Cómo coño puede alguien adorarse a sí mismo? —gritó Nyberg indignado una vez que hubieron terminado y ya estaban listos para marcharse.

—Bueno, existen muchos ejemplos de semejante comportamiento —repuso Wallander.

—En cualquier caso, dentro de unos años, ya no tendré que vérmelas con este tipo de cosas —refunfuñó Nyberg—. ¡Un demente que se construye un altar en el que murmurar plegarias ante sí mismo…!

Ya en la calle, donde el viento había amainado, metieron los maletines en el coche de Nyberg. Wallander hizo un gesto a modo de despedida y vio cómo el técnico se alejaba en su coche. Eran casi las diez y media de la noche. Tenía hambre, pero la sola idea de marcharse a casa y ponerse a cocinar se le hacía insoportable, de modo que se sentó al volante y se dirigió a un quiosco de perritos calientes de la calle de Malmövägen, que sabía estaría aún abierto. Wallander se sintió tentado de mandar callar a unos chicos que alborotaban ante una máquina de juegos, pero no dijo nada. A hurtadillas, lanzó una ojeada a las primeras planas de los periódicos, y aunque no vio ninguna noticia que aludiese al incidente que él había protagonizado, tampoco osó abrirlos. Estaba seguro de que algo dirían sobre él, y no sentía el menor deseo de verlo. ¿Y si el fotógrafo hubiese logrado tomar alguna otra fotografía? ¿Y si la madre de Eva Persson hubiese declarado nuevas mentiras ante la prensa?

Tomó la bandeja con las salchichas y el puré de patatas y se la llevó al coche y, ya al primer mordisco, embadurnó de mostaza la cazadora de Martinson. Ganas le dieron de abrir la puerta del coche y arrojarlo todo a la calle, pero se contuvo.

Después de la cena, le costó decidir entre irse a casa o dirigirse a la comisaría. Era consciente de que necesitaba dormir, pero el desasosiego no le daba tregua, de modo que se puso en marcha camino de la comisaría. El comedor estaba desierto y, aunque habían reparado la máquina del café, alguien había dejado sobre ella un mensaje airado en el que advertía de que no era conveniente tirar de las palancas con demasiada fuerza.

«¿Qué palancas?», se preguntó Wallander resignado. «Lo único que hay que hacer es colocar la taza en su sitio y pulsar un botón. Jamás he visto ninguna palanca». Tomó la taza llena de café y salió al pasillo, también desierto. Y pensó que sería capaz de decir cuántas noches solitarias habría pasado en su despacho a lo largo de los años.

En una ocasión, cuando aún estaba casado con Mona y Linda era pequeña, su entonces esposa se presentó una noche en la comisaría y, fuera de sí, le exigió que eligiese entre el trabajo y la familia. Aquella vez se marchó con ella a casa de inmediato. Pero hubo muchas otras ocasiones en las que se negó.

Se dirigió a los servicios con la cazadora de Martinson, decidido a intentar eliminar la mancha, pero no lo consiguió, de modo que regresó a su despacho, se sentó y extrajo su bloc escolar. Durante treinta minutos, se esforzó en plasmar sobre el papel lo que recordaba de la conversación mantenida con Siv Eriksson. En cuanto hubo concluido, lanzó un bostezo largo y profundo. Eran ya las once y media, por lo que pensó que debería irse a casa y dormir a fin de recuperar fuerzas para continuar. Sin embargo, se obligó a leer lo que había escrito y, hecho esto, permaneció allí, sentado, preguntándose acerca de la curiosa personalidad de Tynnes Falk; acerca de aquel habitáculo secreto en el que figuraba un altar con una fotografía que representaba al propio Falk como una imagen divina; y también acerca del hecho de que nadie supiese dónde recibía su correspondencia. Asimismo, recordó que Siv Eriksson había mencionado algo que se le había quedado grabado en la memoria: Tynnes Falk jamás aceptó ninguna de las tentadoras ofertas que había recibido de distintos clientes pues, según decía, ya tenía suficiente.

Miró el reloj y comprobó que eran las doce menos veinte minutos, de modo que era demasiado tarde para llamar por teléfono. No obstante, tenía el presentimiento de que Marianne Falk aún no se habría ido a la cama. Así pues, hojeó sus papeles hasta que halló el número de teléfono. Tras la quinta señal, cuando ya estaba dispuesto a aceptar la idea de que estaba durmiendo, ella descolgó el auricular. Wallander se presentó y pidió disculpas por llamar a aquellas horas.

—Yo nunca me voy a dormir antes de la una —aseguró Marianne Falk—. Pero ni que decir tiene que no es frecuente que me llamen a medianoche.

—Verás, tengo una pregunta que hacerte. Quería saber si Tynnes Falk dejó algún testamento.

—Pues no, que yo sepa.

—¿Es posible que exista un testamento sin que tú tengas conocimiento de ello?

—Por supuesto que sí. Pero no lo creo.

—¿Y por qué no?

—Cuando nos separamos hicimos una distribución de bienes bastante ventajosa para mí. Tanto es así que tuve la impresión de que me anticipaba una herencia a la que jamás tendría derecho tras la separación. Nuestros hijos, eso sí, lo heredarán automáticamente.

—Bien, no era más que eso.

—¿Han encontrado ya su cadáver?

—Aún no.

—¿Y al hombre que te disparó?

—Tampoco. El problema es que ni siquiera tenemos una descripción del sujeto, ni tenemos certeza de que se trate de un hombre, aunque tanto tú como yo así lo creamos.

—Siento mucho no haber podido ofrecer mejores respuestas.

—Ya, en fin. Pese a todo, investigaremos si hay algún testamento.

—Yo recibí mucho dinero —apuntó ella de repente—. Muchos millones. Y los niños también cuentan con que les quede bastante, claro.

—Es decir, que era rico, ¿no es así?

—Bueno, yo me quedé completamente perpleja cuando vi la cantidad de dinero que me dejaba al separarnos.

—¿Cómo explicó él estar en posesión de semejante fortuna?

—Bueno, dijo que había hecho algunos negocios muy lucrativos en Estados Unidos. Pero, claro está, eso no era cierto.

—¡Ah! ¿Y por qué no?

—Pues porque él nunca estuvo en Estados Unidos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque vi su pasaporte en una ocasión. Y no había ni rastro de visados ni de sellos de entrada a ningún país.

«Ya, pero pudo haber hecho negocios con Estados Unidos de todos modos», se dijo Wallander. «De hecho, Erik Hökberg los hace con países lejanos y gana dinero con ello desde su apartamento. Lo mismo puede haber ocurrido con Tynnes Falk».

Wallander se excusó de nuevo y dio por concluida la conversación. A las doce y dos minutos de la medianoche, tras lanzar otro gran bostezo, se puso la cazadora y apagó la luz. Al llegar a la recepción, el policía de servicio asomó la cabeza desde la central de operaciones.

—Creo que tengo algo para ti —le advirtió.

Wallander cerró los ojos con fuerza albergando la esperanza de que no hubiese sucedido nada que lo obligase a mantenerse despierto toda la noche. Alcanzó la puerta de la central al tiempo que el agente le tendía el auricular.

—Al parecer, alguien ha encontrado un cadáver —le anticipó el policía.

«¡Otro más no, por favor!», suplicó Wallander para sí. «No lo soportaremos. Ahora no».

Tomó pues el auricular y se presentó:

—Kurt Wallander al aparato. ¿Qué ha ocurrido?

El hombre cuya voz se dejó oír al otro lado del hilo telefónico estaba indignado y hablaba a gritos, de modo que Wallander mantuvo el auricular a cierta distancia de la oreja.

—Habla despacio —le recomendó Wallander—. Tranquilo y despacio. De lo contrario, no podremos ayudarte.

—Bien, mi nombre es Nils Jönsson. Y hay un tío muerto en medio de la calle.

—¿Dónde exactamente?

—En Ystad. Tropecé con él. Está desnudo y muerto. Tiene un aspecto terrible. Y uno no debería toparse con este tipo de cosas, que yo padezco del corazón, ¡joder!

—A ver, despacio —insistió Wallander—. Despacio y con tranquilidad. ¿Dices que hay un hombre muerto y desnudo en medio de la calle?

—¿Es que estás sordo?

—No, a ver, dime qué calle.

—¿Y cómo cojones voy a saber yo cómo se llama este aparcamiento?

Wallander hizo un gesto con la cabeza.

—Veamos, se trata de un aparcamiento y no de una calle, ¿es así?

—Bueno, es una mezcla.

—¿Y dónde está esa mezcla?

—¡Yo qué sé! Yo estoy de paso, vengo de Trelleborg y voy a Kristianstad. Sólo iba a repostar. Y me tropecé con él.

—Bien, entonces, ¿te refieres a una gasolinera? ¿Desde dónde llamas?

—Desde mi coche.

Wallander empezaba a alimentar la esperanza de que aquel hombre estuviese ebrio y que todo hubiesen sido figuraciones suyas. Pero su excitación sonaba tan auténtica…

—Dime, ¿qué ves a través de la ventanilla?

—Pues…, parecen unos grandes almacenes.

—¿Cómo se llaman?

—El nombre no lo veo, pero dejé la carretera a la altura de la entrada.

—¿Qué entrada?

—¡Pues la de Ystad!, naturalmente.

—¿Desde Trelleborg?

—No, desde Malmö. Tomé la autopista.

Una idea fue emergiendo poco a poco desde el subconsciente de Wallander. Aunque aún le costaba creer que fuese posible.

—¿Puedes ver, desde la ventanilla, si hay algún cajero automático? —preguntó.

—¡Claro! Ahí es donde está el muerto. Sobre el asfalto.

Wallander contuvo la respiración. Cuando el hombre reanudó sus explicaciones, el inspector le tendió el auricular al policía, que había estado escuchando lleno de curiosidad.

—Se trata del mismo lugar en el que hallamos muerto a Tynnes Falk —explicó Wallander—. La cuestión es si no lo encontraremos allí por segunda vez.

—O sea, que llamamos a todas las unidades, ¿no?

Wallander negó con un gesto.

—Llama y despierta a Martinson. Y también a Nyberg, aunque él no creo que se haya ido a dormir aún. ¿Cuántos coches tenemos fuera en estos momentos?

—Sólo dos. Uno en Hedeskoga, por una pelea familiar, una fiesta de cumpleaños que ha degenerado en disputa.

—¿Y el otro?

—En el centro.

—Que vayan al aparcamiento de la calle de Missunnavägen lo antes posible. Yo iré en mi propio vehículo.

Dicho esto, Wallander abandonó la comisaría. Sentía frío, protegido únicamente por aquella cazadora tan fina. Durante el trayecto, que no le llevó más que unos minutos, se preguntaba con qué se encontraría al llegar. Sin embargo, en el fondo, él ya tenía la certeza: Tynnes Falk había regresado al lugar en el que lo habían hallado muerto.

Wallander y el coche patrulla cuya asistencia había reclamado el agente de guardia llegaron casi al mismo tiempo y, justo entonces, vio a un hombre que salía a toda prisa de un Volvo rojo sin dejar de agitar los brazos. Era él, Nils Jönsson, procedente de Trelleborg y camino de Kristianstad. Wallander salió también del coche mientras el hombre se le acercaba gritando y señalando con la mano. Wallander notó que le olía el aliento.

—¡Quédate donde estás! —rugió el inspector, antes de dirigirse al cajero.

El hombre que yacía sobre el asfalto estaba desnudo. Y, en efecto, era Tynnes Falk. Estaba tendido boca abajo con el cuerpo sobre las manos y la cabeza girada hacia la izquierda. Wallander le dijo al policía que acordonase la zona y le pidió que le tomase los datos a Nils Jönsson, pues a él ya no le quedaban fuerzas. Por otro lado, sospechaba que Nils Jönsson no tendría ningún dato relevante que aportar, salvo el del hallazgo. Con toda certeza, la persona o las personas que habían abandonado allí el cuerpo sin vida de Tynnes Falk habrían procurado hacerlo en un momento en el que nadie pudiese verlos. Sin embargo, el centro comercial estaba vigilado por guardas nocturnos y, de hecho, la primera vez que descubrieron el cuerpo de Tynnes Falk fue precisamente uno de ellos quien dio la alarma.

Wallander nunca se había visto en una situación similar con anterioridad: una muerte que se repetía; un cadáver que volvía a aparecer.

A decir verdad, no comprendía nada en absoluto. Muy despacio, fue rodeando el cuerpo, como si esperase que Tynnes Falk fuera a incorporarse en cualquier momento.

«Vaya, en realidad, lo que tenemos aquí es la imagen de un dios», se dijo. «Así que te adorabas a ti mismo y, a decir de Siv Eriksson, tenías planes de vivir muchos años; pero ni siquiera lograste vivir tantos como yo».

En ese momento, apareció el coche de Nyberg que, perplejo, clavó la mirada en el cadáver antes de dirigirse a Wallander.

—Pero ¿no estaba muerto? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿No será que quiere que lo entierren aquí, junto al cajero?

Wallander no se molestó en responder, pues no sabía qué decir. En ese momento, vio el coche de Martinson, que frenaba para estacionar detrás del coche patrulla, y fue a su encuentro.

Martinson salió del coche, enfundado en un chándal, y observó displicente la mancha de la cazadora, aunque nada dijo al respecto.

—¿Qué ha pasado?

—Tynnes Falk ha regresado.

—¿Estás de broma?

—Ya sabes que yo no suelo bromear. Tynnes Falk yace en estos momentos en el mismo lugar en que falleció.

Se dirigieron al cajero, junto al que Nyberg aguardaba, teléfono en mano, intentando arrancar del sueño a uno de sus peritos ayudantes. Al verlo, Wallander se preguntó abatido si Nyberg no estaría a punto de desmayarse una vez más a causa del agotamiento.

—Quiero que tengas en cuenta un detalle importante —advirtió Wallander—: debes recordar si estaba tendido en la misma posición la noche que lo hallasteis la primera vez.

Martinson asintió y, lentamente, dio un rodeo en torno al cadáver. Wallander sabía que su colega tenía buena memoria y, al cabo de un instante, Martinson movió la cabeza.

—No, estaba más apartado del cajero y tenía una pierna torcida.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

Wallander reflexionó un momento.

—En realidad, no tenemos por qué esperar al médico —concluyó—. Tenemos una declaración de fallecimiento de hace poco menos de una semana, de modo que opino que podemos darle la vuelta sin temor a que nos denuncien por incumplimiento del deber.

Martinson no las tenía todas consigo, pero Wallander estaba convencido de que no había motivo alguno para esperar, así que, una vez que Nyberg hubo tomado varias fotografías, le dieron la vuelta al cadáver. Martinson retrocedió espantado, pero a Wallander le llevó varios segundos comprender por qué, antes de ponerse en pie. En efecto, faltaba un dedo de cada mano, el índice de la derecha y el corazón de la izquierda.

—¿A qué clase de personas nos enfrentamos? —barbotó Martinson—. ¿Qué son, saqueadores de cadáveres?

—No lo sé, pero está claro que esto tiene algún significado. Al igual que el hecho de que alguien se haya tomado la molestia de robar el cadáver para luego volver a dejarlo en este lugar.

El rostro de Martinson había palidecido y Wallander se lo llevó a un lado.

—Tenemos que localizar al guarda nocturno que lo encontró la primera vez —afirmó—. Y también necesitamos un horario con sus turnos para saber cuándo pasan por este lugar. De ese modo podremos establecer en qué momento pudieron dejarlo aquí.

—¿Quién lo encontró esta vez?

—Un hombre llamado Nils Jönsson, de Trelleborg.

—Ya, ¿iba a sacar dinero?

—No, dice que lo que quería era repostar combustible para continuar su viaje. Además, asegura que padece del corazón.

—Pues sería de agradecer que no se le ocurriese morirse aquí y ahora. No creo que pudiese soportarlo.

Wallander fue a hablar con el policía que le había tomado los datos a Nils Jönsson y, tal y como Wallander había previsto, el hombre no había hecho ninguna observación importante.

—¿Qué hacemos con él?

—Déjalo ir, ya no lo necesitamos.

Wallander vio cómo Nils Jönsson desaparecía como un rayo y se preguntó abstraído si aquel hombre llegaría sin novedad a Kristianstad, o si se le pararía el corazón por el camino.

Martinson había estado hablando con la empresa de vigilancia.

—Uno de los guardas pasó por aquí a las once —anunció.

Ya eran las doce y media y Wallander recordaba que la llamada de alarma entró a eso de las doce de la noche y que Nils Jönsson había indicado que descubrió el cadáver hacia las doce menos cuarto, de modo que las indicaciones horarias encajaban.

—Este cuerpo ha estado aquí durante una hora, como máximo —concluyó al fin—. Y tengo la firme sospecha de que quienes lo dejaron en este lugar conocían el horario de ronda de los guardas.

—¿«Quienes lo dejaron»?

—Así es. Tuvo que ser más de uno —sostuvo Wallander—. Estoy convencido de ello.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que encontremos testigos?

—Muy remota, en todo caso. Nadie puede haberlos visto desde una ventana, puesto que esto no es una zona residencial ¿y quién puede andar por aquí a altas horas de la noche?

—No sé, la gente que tenga perro y lo saque de paseo, quizá.

—Tal vez.

—Alguien puede haber visto algún coche o algo anormal. Los dueños de los perros son gente fiel a sus hábitos y suelen recorrer el mismo trayecto todos los días más o menos a la misma hora. Si sucede algo extraño, ellos se dan cuenta, creo yo.

Wallander convino con él en que podía merecer la pena intentarlo.

—Bien, mañana por la noche pondremos aquí a algún agente que dé el alto e interrogue a todo aquel que pase con un perro o que salga a correr.

—A Hanson le encantan los perros —apuntó Martinson.

«Sí, a mí también, pero no por eso me muero de ganas de estar aquí mañana por la noche», se dijo Wallander.

En aquel momento, se detuvo ante la zona acordonada un coche del que salió un joven que vestía un chándal similar al de Martinson, por lo que a Wallander empezó a darle la impresión de hallarse rodeado de un equipo de fútbol.

—Es el vigilante nocturno que estuvo de guardia el domingo por la noche —aclaró Martinson antes de acercarse a donde estaba el muchacho para hablar con él. Wallander, por su parte, volvió al lugar donde se hallaba el cadáver.

—Bueno, alguien le ha cortado dos dedos —observó Nyberg—. Esto se pone cada vez peor.

Wallander hizo un gesto de asentimiento.

—Ya sé que tú no eres médico; pero has dicho que le «cortaron» los dedos, ¿cierto? —inquirió el inspector.

—Sí, se trata de superficies de corte totalmente limpias. Claro que pueden haber sido producidas por unas grandes tenazas. Es algo que tendrá que determinar la doctora, que ya está en camino.

—¿Es Susan Bexell?

—Pues no lo sé.

La doctora llegó media hora más tarde. Y, en efecto, era Bexell. Wallander le explicó la situación al tiempo que llegaba el perro policía que Nyberg había solicitado para que localizase los dedos seccionados de las manos de Tynnes Falk.

Para entonces, Nyberg había empezado a fumar otra vez. Wallander no acababa de comprender cómo él mismo no se sentía más cansado de lo que parecía estar. El perro, al lado de su guía, ya había comenzado a olisquear. El inspector rememoró fugazmente la imagen de otro perro que, en una ocasión, encontró un dedo negro[[13]](#footnote-13). Sin embargo, no recordaba cuánto hacía ya de aquello; le parecía una eternidad.

La doctora trabajaba con gran rapidez.

—Creo que los han seccionado con unas tenazas —terminó por declarar—. Lo que no puedo decir es si lo hicieron aquí o en otro lugar.

—Aquí no ha podido ser —afirmó Nyberg con determinación.

Nadie lo contradijo, aunque tampoco ninguno de los presentes le preguntó cómo podía estar tan seguro.

La doctora había terminado su examen y el coche del depósito había llegado, de modo que podían retirar el cuerpo.

—No me gustaría que desapareciese del depósito otra vez —señaló Wallander—. Así que no estaría mal que lo enterrasen.

Tanto la doctora como el coche fúnebre desaparecieron. El perro policía parecía haberse dado por vencido.

—Estoy seguro de que habría encontrado un par de dedos si hubiesen estado por aquí —dijo el guía canino—. Jamás se le habría escapado algo así.

—Ya, bueno. De todos modos, creo que lo mejor será que examinemos a fondo toda la zona mañana sin falta —apostilló Wallander mientras le venía a la mente la imagen del bolso de Sonja Hökberg—. El que le cortó los dedos bien pudo lanzarlos más o menos lejos de aquí, sólo por no ponerlo demasiado fácil.

Habían dado ya las dos menos cuarto y el vigilante nocturno se había marchado a casa.

—El joven vigilante estaba de acuerdo —explicó Martinson—. El cuerpo yacía en una posición distinta la primera vez.

—Bien, eso puede significar dos cosas, como mínimo —observó Wallander—. O que no se preocuparon de colocar el cuerpo en la misma postura que en la primera ocasión. O que ignoraban cómo quedó entonces.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué razón habrían de devolver el cuerpo al mismo lugar?

—No lo sé. Pero no tiene sentido que permanezcamos aquí por más tiempo. Necesitamos descansar.

Por segunda vez aquella noche, Nyberg se disponía a recoger su material en los maletines. La zona quedaría acordonada toda la noche, hasta el día siguiente.

—Bueno, nos vemos mañana a las ocho —se despidió Wallander.

Y todos se marcharon a casa.

Cuando llegó a casa, el inspector se preparó un té, se tomó la mitad de la taza y se fue a la cama. Le dolía la espalda, y también las piernas. A través de la ventana veía cómo la farola se balanceaba al viento.

Y, justo cuando estaba a punto de caer vencido por el sueño, algo lo hizo emerger a la vigilia de nuevo. No supo, en un principio, identificar lo que podía haber despertado su atención de modo tan brusco. Escuchó con interés, hasta que comprendió que la alarma procedía de su interior.

Era algo relacionado con los dedos cortados.

Se sentó en el borde de la cama. Eran las dos y veinte minutos de la noche.

«Tengo que saberlo ya, cuanto antes», se conminó a sí mismo. «No podré esperar hasta mañana».

Así pues, se levantó de nuevo y fue a la cocina. La guía de teléfonos estaba sobre la mesa.

En menos de un minuto, ya tenía el número que buscaba.

## 

## 18

Siv Eriksson estaba dormida.

Wallander esperaba no haberla arrancado de un sueño del que ella no quisiese despertar. Tras once señales de llamada, la mujer levantó el auricular y respondió.

—Hola, soy Kurt Wallander.

—¿Quién?

—Estuve en tu casa ayer por la noche.

Al oírlo, la mujer pareció empezar a despertar.

—¡Ah, sí! El policía. Pero ¿qué hora es?

—Las dos y media. Te aseguro que no te habría llamado de no haber sido importante.

—¿Ha ocurrido algo?

—Hemos encontrado el cuerpo.

El auricular le hizo llegar un ruido sordo y el inspector supuso que ella se había incorporado y que estaba ya sentada sobre la cama.

—A ver, ¿puedes repetirlo?

—Digo que hemos encontrado el cuerpo de Tynnes Falk.

Acababa de pronunciar aquellas palabras, cuando comprendió que ella no sabía que el cadáver había sido robado. Estaba tan cansado, que había olvidado comunicárselo cuando fue a verla la noche anterior.

De modo que le refirió los sucesos relativos a la desaparición mientras ella lo escuchaba sin interrumpir.

—Ya. ¿Y de verdad quieres que me lo crea? —inquirió ella una vez que él hubo concluido.

—Bueno, reconozco que suena algo raro. Pero cuanto acabo de decirte es la pura verdad.

—¿Quién es capaz de hacer una cosa semejante? Y, sobre todo, ¿por qué?

—Sí, eso mismo nos preguntamos nosotros.

—¿Y dices que habéis encontrado el cadáver en el mismo lugar en que lo hallasteis muerto?

—Exacto.

—¡Dios santo!

Wallander oía claramente su respiración.

—Pero ¿cómo pudo llegar allí?

—Aún no lo sabemos, pero… En fin, te llamaba porque tengo una pregunta importante que hacerte.

—¿Pensabas venir aquí?

—No, esta conversación telefónica será suficiente.

—Bien, ¿qué quieres saber? Por cierto, ¿tú no duermes nunca?

—Bueno, estamos algo acelerados estos días. La pregunta que voy a formular quizá te suene algo extraña.

—En realidad, todo tú me pareces bastante extraño. Tanto como lo que acabas de contarme. Y disculpa que sea tan sincera así, a medianoche.

Wallander quedó desconcertado.

—Creo que no te entiendo muy bien.

Ella lanzó una carcajada.

—Vamos, no te lo tomes tan en serio. Pero yo creo que las personas que rechazan una copa cuando es evidente que tienen sed son extrañas. Al igual que cuando no aceptan algo de comer pese a que se ve a la legua que se mueren de hambre.

—Si te refieres a mí, no estaba ni hambriento ni sediento.

—¿A quién iba a referirme si no?

Wallander no comprendía por qué no le decía la verdad. ¿De qué tenía miedo? Por otro lado, dudaba mucho de que ella hubiese creído sus palabras.

—¿Te chocó la invitación?

—No, en absoluto —negó el inspector—. ¿Puedo hacerte mi pregunta?

—Adelante.

—¿Podrías describir el modo en que Tynnes Falk escribía sobre el teclado del ordenador?

—¿Y ésa es tu pregunta?

—Eso es. Y quiero una respuesta.

—Pues, supongo que escribía como suele escribirse.

—Bueno, cada uno escribe de una manera. Por lo general, se representa a los policías aporreando con un dedo el teclado de una máquina de escribir anticuada.

—¡Ah, ahora te entiendo!

—¿Utilizaba todos los dedos?

—Bueno, no hay mucha gente que lo haga, ¿no?

—Es decir, que sólo utilizaba algunos.

—Sí.

Wallander contenía la respiración pues estaba a punto de comprobar si sus sospechas tenían algún fundamento.

—¿Y qué dedos utilizaba?

—La verdad, tengo que pensarlo.

Wallander aguardaba presa de una gran tensión.

—Escribía con los índices —declaró ella.

Wallander sintió que la decepción se apoderaba de él.

—¿Estás completamente segura?

—Bueno, en realidad, no del todo.

—Es muy importante que me des la respuesta correcta.

—A ver, estoy intentando imaginármelo.

—Tómate el tiempo que necesites.

La mujer estaba ya despabilada y Wallander comprendió que se esforzaba al máximo.

—Preferiría llamarte dentro de un momento —rogó—. No estoy segura y creo que será más fácil si me siento ante mi ordenador. Quizás eso me ayude a recordar.

Wallander convino en que tenía razón y le dio el número de su domicilio.

Después, se sentó ante la mesa de la cocina, dispuesto a esperar su llamada.

Tenía un fuerte dolor de cabeza y pensó que, aquella noche, tendría que acostarse temprano y descansar hasta el amanecer, pasara lo que pasara. Se preguntó abstraído cómo se sentiría Nyberg, si sería capaz de conciliar el sueño o si se pasaría la noche dando vueltas despierto en la cama.

Diez minutos más tarde, ella le devolvió la llamada. Wallander se llevó un sobresalto al oír el timbre del teléfono y volvió a invadirlo el temor de que se tratase de un periodista, aunque lo tranquilizó pensar que era demasiado temprano para ellos, que no solían llamar antes de las cuatro y media de la madrugada. Levantó el auricular y la mujer le contestó sin preámbulos:

—El dedo índice de la mano derecha y el corazón de la izquierda.

Wallander se sintió presa de una gran tensión.

—¿Estás segura?

—Sí. Es un modo bastante inusual de utilizar los dedos al teclado de un ordenador, pero era el suyo.

—¡Estupendo! —la felicitó Wallander—. Esa respuesta sí ha sido de gran ayuda.

—Pero ¿es la correcta?

—Bien, ha venido a confirmar una sospecha —le reveló Wallander.

—¿Comprenderás que me muero de curiosidad por saber de qué sospecha se trata?

Wallander contempló la posibilidad de hacerla partícipe del suceso de los dedos seccionados pero, finalmente, decidió que lo mantendría en secreto.

—Lo siento, no puedo revelar ningún dato al respecto. Al menos, no por ahora. Tal vez más adelante.

—¿Qué es lo que ha sucedido en realidad?

—Eso es lo que intentamos averiguar —aseguró Wallander—. ¡Ah!, y no olvides la lista que te pedí. Buenas noches.

—Buenas noches.

El inspector se puso en pie y se acercó a la ventana. Comprobó que la temperatura había subido ligeramente, pues estaban a siete grados aunque el viento seguía racheado. Por otro lado, había empezado a lloviznar. Eran las cuatro menos tres minutos y Wallander se fue a la cama pero la imagen de los dos dedos cortados bailoteó en su mente hasta que logró caer vencido por el sueño.

El hombre que aguardaba agazapado entre las sombras de la plaza de Runnerströms Torg contaba despacio cada una de sus inspiraciones y espiraciones. Era algo que había aprendido a hacer en su infancia: el control de la respiración y el grado de paciencia guardaban relación. Un ser humano debe tener clara conciencia de los momentos en que la espera es lo fundamental.

Escuchar su propia respiración le ayudaba a controlar el desasosiego que ahora sentía. Ya se habían producido demasiados sucesos imprevistos. Sabía que no era fácil guardarse de todas las contingencias inesperadas, pero la muerte de Tynnes Falk había constituido un gran perjuicio que los había obligado a reorganizar todo el plan, por lo que no tardarían en volver a tenerlo todo bajo control. El tiempo empezaba a apremiar, pero si nada imprevisto acontecía, podrían ajustarse a su calendario inicial.

Pensó en el hombre que, en algún lugar del oscuro trópico, lo tenía todo en su mano. Aquél a quien él jamás había visto en persona, pero al que respetaba y temía.

No podían permitirse que nada fallase.

Aquel hombre jamás lo consentiría.

Pero, en realidad, nada podía fallar. Nadie podría acceder al ordenador que contenía el cerebro mismo de la operación. Su desazón no tenía razón de ser y no era más que una expresión de la fragilidad de su autocontrol.

El que su disparo no hubiese alcanzado al policía que había subido al apartamento de Falk había sido un error imperdonable, pero el hecho de que el agente siguiese con vida tampoco ponía en peligro la seguridad. Lo más probable era que no supiese nada de nada, aunque no podían estar seguros de ello.

El propio Falk lo había dicho: «Nada es nunca totalmente seguro». Y ahora él estaba muerto. Y su muerte había venido a confirmar sus palabras. En verdad que nada era nunca «totalmente seguro».

Debían andarse con cuidado. Aquel que, a partir de ahora, era el único responsable a la hora de tomar todas y cada una de las decisiones le había dicho que aguardase. Si atacaban al policía de nuevo y éste resultaba muerto, el suceso provocaría un revuelo innecesario. Por otro lado, tampoco concurría ninguna circunstancia que les permitiese sospechar que la policía abrigase el menor temor por lo que estaba a punto de suceder.

De modo que él había seguido vigilando el edificio de la calle de Apelbergsgatan. Cuando el policía salió de allí, él lo siguió hasta la plaza de Runnerströms Torg. Tal y como él había supuesto, el habitáculo secreto había sido descubierto. Después llegó otro policía, cargado de maletines. Una hora más tarde, el policía había regresado y antes de medianoche, todos abandonaron el apartamento definitivamente.

Pero él había mantenido su paciente guardia, atento a su propia respiración. Eran ya las tres de la madrugada y la calle se extendía ante él, desierta. El frío viento lo hacía tiritar. Consideraba más que improbable que nadie apareciese por allí en aquellos momentos, así que, con gran cautela, se apartó de las sombras que lo envolvían y cruzó la calle. Abrió el portal y se apresuró en silenciosa carrera hasta el piso más alto del edificio. Una vez allí, abrió la puerta, las manos cuidadosamente enfundadas en sus guantes. Entró, encendió la linterna y dejó que el haz de luz recorriese las paredes. Y, en efecto, tal y como él se había figurado, habían dado con la entrada secreta a la habitación interior. Sin saber por qué, el policía con el que se había topado en el apartamento le inspiraba cierto respeto. El agente había reaccionado con inesperada rapidez, pese a no ser muy joven. Aquella enseñanza también la había incorporado muy pronto en su vida: subestimar a un contrincante constituía un pecado capital tan grave como la codicia.

Linterna en mano, enfocó después el ordenador antes de encenderlo. La pantalla se iluminó enseguida. Buscó entonces una ventana que le permitió ver cuándo se había utilizado el ordenador por última vez. Hacía seis días, de lo que dedujo que los policías ni siquiera habían encendido el aparato.

Aun así, era demasiado pronto para sentirse del todo seguro. Podía ser una cuestión de tiempo. O tal vez habían pensado llevar allí a algún especialista. El temor volvió a adueñarse de él. Sin embargo, en el fondo, estaba convencido de que jamás lograrían descifrar los códigos. Aunque se empeñasen durante años. Tan sólo en el caso de que uno de los policías fuese un hombre de intuición inusitada, tendrían alguna posibilidad. O si diese muestras de una agudeza muy superior a cuanto él había visto hasta entonces. Pero aquello era, cuando menos, dudoso. Tanto más cuanto que ignoraban qué era exactamente lo que buscaban. Y nadie podía siquiera imaginar por un instante la naturaleza de las fuerzas que, concentradas en aquel ordenador, aguardaban el momento de la liberación.

Salió del apartamento, tan silencioso como había llegado.

Después, su figura volvió a desaparecer, engullida por las sombras.

Wallander despertó con la sensación de haber dormido demasiado, pero, cuando miró el reloj, comprobó que no eran más que las seis y cinco de la mañana. Había dormido tres horas. Se dejó caer de nuevo sobre la almohada, víctima de un fuerte dolor de cabeza que atribuyó a la falta de sueño. «Diez minutos más», se concedió. «Aunque sean cinco. Soy incapaz de levantarme ahora mismo».

Sin embargo, se incorporó de inmediato y se dirigió trastabillando al cuarto de baño. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Se colocó bajo la ducha y dejó caer el peso de su cuerpo contra la pared. Así, fue despertando paulatinamente.

A las siete menos cinco detuvo el coche y lo estacionó en el aparcamiento de la comisaría. La fina lluvia que había comenzado a caer durante la noche persistía invariable. Al entrar, comprobó que Hanson había llegado más temprano de lo usual aquella mañana y que, ataviado con traje y corbata, hojeaba un periódico en la recepción. Aquello sorprendió a Wallander, pues la indumentaria habitual del colega era pantalón de pana y camisa sin planchar.

—¿Es tu cumpleaños? —no pudo por menos de preguntar el inspector.

Hanson negó con un gesto.

—No. Es que el otro día me tomé la molestia de mirarme al espejo. Y te aseguro que no fue una imagen muy agradable la que éste me devolvió. Así que pensé que debía intentar mejorar mi aspecto. Además, hoy es sábado. En fin, ya veremos lo que me dura…

Se encaminaron juntos al comedor en busca del café de rigor mientras Wallander lo hacía partícipe de los sucesos acontecidos durante la noche.

—¡Qué despropósito! —exclamó Hanson cuando Wallander hubo concluido su relato—. ¿Por qué coño iban a volver a colocar el cadáver de un hombre en medio de la calle?

—Bueno, se supone que nosotros cobramos para averiguarlo —le recordó Wallander—. Por cierto, que esta noche te tocará buscar perros.

—¡Ajá! ¿Puedes ser algo más explícito?

—Bueno, en realidad, fue idea de Martinson, Según él, alguien que hubiera estado paseando a su perro podía haber visto algo raro en la calle de Missunnavägen ayer noche. Así que pensamos que tú podrías apostarte allí y darle el alto a cuantos pasen con sus chuchos e interrogarlos.

—Ya, ¿y por qué tengo que ser yo?

—Pues porque a ti te gustan los perros, ¿no?

—La verdad es que iba a salir esta noche. Es sábado, ¿recuerdas?

—Podrás hacer las dos cosas. Será suficiente con que estés allí poco antes de las once.

Hanson asintió. Si bien a Wallander nunca le había caído en gracia el colega, no podía por menos de admitir su disponibilidad para trabajar cuando era necesario.

—Nos vemos a las ocho en la sala de reuniones. Tenemos que repasar lo sucedido bien a fondo —lo emplazó Wallander.

—A mí me da la impresión de que no hacemos otra cosa, aunque tanto análisis no parece conducirnos a ninguna parte.

Ya en su despacho, Wallander se sentó ante el escritorio pero no tardó en apartar el bloc escolar pues, de pronto, tomó conciencia de que ya no sabía qué anotar. Ciertamente, era incapaz de recordar haberse sentido tan perdido, tan carente de directrices para conducir un trabajo de investigación. Tenían a un taxista muerto y a un asesino tan muerto como su víctima. Asimismo, tenían a un hombre que había fallecido ante un cajero automático y su cadáver, que había desaparecido del depósito para luego reaparecer ante el mismo cajero, eso sí, con dos dedos menos. Y precisamente los dos dedos que el sujeto solía utilizar cuando trabajaba al ordenador. Por otro lado, también tenían aquel tremendo corte en el suministro eléctrico que afectó a gran parte de Escania y que había resultado estar extrañamente relacionado con todas aquellas muertes y sucesos. Y, pese a todo, ninguno de los acontecimientos parecía encajar ni guardar relación directa con ningún otro. A todo aquello había que añadir la circunstancia de que Wallander había sido objeto de un intento de asesinato, pues habría sido absurdo pensar que el objetivo del disparo era simplemente asustarlo para que se apartase del caso. No, el objetivo era, sin duda, su muerte.

«Nada parece lógico», concluyó el inspector. «No tengo ni idea de dónde empieza y dónde termina todo esto. Y, sobre todo, no tengo ni idea de por qué han muerto estas personas. Pero, a pesar de todo, debe de existir un móvil».

Se levantó sumido en profunda reflexión, y se dirigió a la ventana con la taza de café en la mano.

«¿Qué habría hecho Rydberg?», se preguntó. «¿Se le habría ocurrido a él cómo proceder en este caso o se habría sentido tan perdido como yo?».

Pero, en aquella ocasión y en contra de lo habitual, no obtuvo respuesta alguna. Rydberg guardaba silencio.

Cuando dieron las ocho, se sentó de nuevo dispuesto a preparar la reunión del grupo de investigación. No en vano era él quien debía guiarlos. Hizo un nuevo esfuerzo por contemplar los acontecimientos desde otra perspectiva, y retomó el análisis desde el principio, intentando, en esta ocasión, dilucidar cuáles eran los sucesos primordiales y cuáles podían considerarse como accesorios. Tenía la impresión de estar construyendo un sistema planetario, alrededor de cuyo núcleo una serie de satélites describían diversas órbitas. Pero el núcleo era, precisamente, lo que le faltaba, pues en su lugar no había más que un agujero negro.

«Siempre hay un personaje principal oculto en algún lugar», advirtió para sí. «Todos los papeles no revisten la misma importancia. Así, algunas de las víctimas han representado un papel secundario. Pero ¿quién es quién y cuál es la representación? ¿De qué trata, en realidad, todo este embrollo?».

Se vio, así, arrojado al punto de partida y lo único de lo que creía poder estar seguro era de que el intento de asesinato contra él no constituía ningún hecho fundamental. Como tampoco se le antojaba que la muerte del taxista pudiese considerarse como detonador del resto de los acontecimientos.

Lo único que quedaba era, por tanto, la figura de Tynnes Falk. En efecto, intuía que entre él y Sonja Hökberg había existido un eslabón, del que eran indicio un relé defectuoso y los planos de la unidad de transformadores. A eso debían aferrarse. No cabía duda de que el eslabón era frágil e impenetrable, pero allí estaba.

Apartó de nuevo el bloc escolar. «No sé interpretar lo que veo», sentenció resignado.

Permaneció aún sentado un par de minutos. Desde el pasillo le llegó la risa de Ann-Britt Höglund y pensó que hacía mucho que no oía reír a su compañera. Se levantó, recogió sus papeles y archivadores y se encaminó a la sala de reuniones.

Hicieron una revisión exhaustiva del caso, lo que les llevó casi tres horas de aquella mañana del sábado. El tono somnoliento y cansino que dominaba a los allí reunidos fue desvaneciéndose paulatinamente.

Hacia las ocho y media, Nyberg hizo su aparición en la sala y, sin mediar palabra, se sentó en uno de los extremos de la mesa. Wallander lo observó, pero el técnico movió la cabeza en señal de que nada tenía que aportar por el momento.

Se dedicaron a probar diversas vías de avance, distintas direcciones por las que encauzar la investigación, pero el fundamento fallaba sin cesar.

—¿Es posible que alguien esté dejándonos pistas falsas? —preguntó Ann-Britt durante una de las pausas que tomaron para estirar las piernas y ventilar el ambiente—. Tal vez todo resulte ser, en el fondo, de una sencillez palmaria en cuanto hallemos el móvil.

—¿Qué móvil? —inquirió Martinson—. Quien roba a un taxista no puede hacerlo impulsado por el mismo móvil que quien carboniza a una joven dejando a oscuras buena parte de la región de Escania. Por otro lado, ni siquiera sabemos si Tynnes Falk fue asesinado realmente. Yo sigo creyendo que falleció por causas naturales o a consecuencia de un accidente.

—Ya, bueno. A decir verdad, lo más fácil habría sido que lo hubiesen asesinado, pues, en ese caso, no tendríamos por qué dudar de que esto es, de hecho, una serie de sucesos criminales acaecidos sin solución de continuidad.

Concluida la pausa y tras haber cerrado la puerta, volvieron a ocupar sus puestos en torno a la mesa.

—A mi entender, lo más grave ha sido que te disparasen a ti —declaró Ann-Britt—. Después de todo, no es habitual que un ladrón esté dispuesto a matar a quien se le cruce en el camino.

—Bueno, yo no estoy seguro de que ese incidente fuese más grave que ningún otro —objetó Wallander—. Sin embargo, sí viene a poner de manifiesto la falta absoluta de miramientos que impera entre los responsables de todo esto, sea cual sea su objetivo.

Continuaron hurgando en el material con que contaban sin que Wallander, muy atento a cuanto se decía, prodigase sus intervenciones. De hecho, no sería la primera ocasión en que una investigación que se les resistía experimentaba un giro radical a raíz de unas palabras lanzadas al aire de forma casi inopinada, en forma de observación secundaria o de comentario casual. Se esforzaron por hallar las entradas y las salidas del caso, sin perder de vista la necesidad de dar con el centro, el núcleo que ocupase aquel espacio en el que, por el momento, no distinguían más que un agujero negro. Y fue un proceder penoso y agotador, como una pronunciada cuesta arriba, pero no se les ocurría otro modo de actuar.

Dedicaron la última hora de la reunión a la revisión y síntesis de la información y a desmenuzar las listas de cometidos que cada uno se había confeccionado, seleccionando aquéllos a los que debían dar prioridad. Poco antes de las once, Wallander comprendió que apenas si tenían fuerzas para continuar.

—Bien, la resolución de este caso nos llevará mucho tiempo —auguró—. Es posible que nos veamos obligados a solicitar más personal. Por si acaso, se lo comentaré a Lisa Holgersson. Por otro lado, creo que no tiene mucho sentido que continuemos ahora, aunque ninguno de nosotros pueda tomarse el día libre. Hemos de seguir en la brecha.

Hanson fue a hablar con el fiscal, que había solicitado un resumen informativo de la reunión. Wallander ya le había pedido a Martinson, durante una de las pausas, que lo acompañase a la plaza de Runnerströms Torg, al apartamento de Falk, y el colega fue a su despacho para llamar a casa y avisar de que no regresaría hasta más tarde. Nyberg, que había permanecido sentado y en silencio sin dejar de mesarse el cabello siempre crespo, se levantó y abandonó la sala sin pronunciar palabra. Sólo quedaba, pues, Ann-Britt, y Wallander comprendió que la colega deseaba hablar con él a solas, por lo que cerró la puerta mientras la observaba expectante.

—He estado pensando… —comenzó ella—. El hombre que te disparó…

—¿Qué pasa con él?

—Pues que te vio. Y que disparó sin vacilar.

—Lo cierto es que prefiero no pensar en ello más de lo necesario.

—Ya, pero quizá deberías, ¿no crees?

Wallander le dedicó una mirada inquisitiva.

—¿Qué insinúas?

—No, nada. Sólo que creo que deberías ser algo más precavido. Claro que su reacción pudo deberse al hecho de que lo sorprendiera tu presencia. Pero tampoco podemos excluir la posibilidad de que crea que tú sabes algo y que lo intente de nuevo.

Wallander quedó atónito, pues él mismo no había reparado en ese detalle que, ahora, lo llenaba de temor.

—No es mi intención asustarte —lo tranquilizó ella—. Pero tenía que decírtelo.

Él asintió con un gesto.

—Está bien. Lo tendré en cuenta —prometió el inspector—. Pero, si estás en lo cierto, la cuestión es qué cree que sé.

—Ya, bueno, puede que el sujeto tenga razón y que tú hayas visto algo de cuya importancia no eres consciente…

En ese momento, a Wallander se le ocurrió una idea.

—Sí… Tal vez deberíamos mantener vigilados los apartamentos de la plaza de Runnerströms Torg y de la calle de Apelbergsgatan. Ningún coche oficial, algo muy discreto, por si acaso.

Ella se mostró de acuerdo y decidió ir a solicitar la vigilancia enseguida. Y allí quedó Wallander, a solas con su miedo y pensando en Linda. Al final, se encogió de hombros y fue a esperar a Martinson en la recepción.

Poco antes de las doce, entraban los dos en el apartamento de la plaza de Runnerströms Torg. Martinson deseaba comenzar de inmediato con el ordenador, pero Wallander quiso mostrarle primero la habitación secreta donde se hallaba el sorprendente altar.

—¡Vaya! El espacio cibernético trastorna las mentes de las personas —sentenció Martinson—. Este apartamento fortificado me produce náuseas.

Wallander no respondió, pero se quedó pensando en lo que Martinson acababa de decir. En efecto, había utilizado una palabra: «el espacio». La misma que Tynnes Falk había escrito en su cuaderno de bitácora.

Aquel espacio que, decía, se mostraba silencioso. Sin mensajes de los «Amigos».

«¿A qué mensajes se refería?», se preguntaba Wallander. «Daría cualquier cosa por saberlo».

Martinson se había quitado la cazadora y estaba ya sentado ante el ordenador, mientras Wallander se colocaba detrás de él, sin tomar asiento.

—Bien, tenemos una serie de programas bastante complicados —declaró el colega tras haber encendido el aparato—. Y lo más probable es que se trate de una máquina muy rápida. No estoy seguro de poder con ella.

—Quiero que lo intentes de todos modos. Si no funciona, tendremos que llamar a los expertos informáticos de la brigada nacional.

Martinson no replicó palabra, sino que siguió examinando el ordenador.

Luego se puso en pie con la intención de inspeccionar la parte trasera del aparato, mientras Wallander lo seguía con la mirada. El colega volvió a sentarse. La pantalla se había encendido ya y mostraba una gran cantidad de iconos que se arremolinaban sobre su superficie. Finalmente, cesó el movimiento y una imagen del firmamento pasó a ocupar la pantalla.

—Bien, parece que se conecta a un servidor de forma automática, tan pronto como se enciende.

«El espacio», se repitió Wallander. «Al menos, no puede negarse que Tynnes Falk era un hombre consecuente…».

—¿Quieres que vaya explicándote lo que hago? —inquirió Martinson.

—No, gracias. De todos modos, no creo que lo entienda.

Martinson abrió el disco duro. Una serie de nombres de ficheros codificados apareció en la pantalla. Wallander se encajó las gafas y se inclinó sobre el hombro de Martinson. Pero no vio más que listados de combinaciones alfanuméricas. Martinson marcó con el ratón la primera de la columna de la izquierda e intentó abrir el fichero. Enseguida dio un respingo, sobresaltado.

—¿Qué sucede?

Martinson señaló la esquina superior derecha de la pantalla, donde un pequeño punto luminoso aparecía de forma intermitente.

—Pues, no sé si estoy en lo cierto o no —repuso el colega despacio—. Pero creo que alguien acaba de advertir que estamos intentando abrir un fichero al que no tenemos acceso.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Bueno, este ordenador está conectado en red con otros aparatos.

—¿Quieres decir que, gracias a esa conexión en red, alguien se ha percatado de que estamos intentando poner en marcha este ordenador?

—Sí, algo así.

—¿Y dónde está esa persona?

—¡En cualquier parte del mundo! —exclamó Martinson—. En alguna granja aislada de California o en una isla de las antípodas. Y, por supuesto, también en el piso de abajo.

—¡Vaya! Me cuesta comprenderlo —admitió Wallander.

—Con un ordenador y una conexión a Internet estás en el centro del mundo, dondequiera que te encuentres.

—¿Crees que podrás abrir el fichero?

Martinson comenzó a trabajar con diversos comandos, mientras Wallander aguardaba. Diez minutos más tarde, Martinson retiró la silla de la mesa.

—Todo está bloqueado —anunció—. Una amalgama de códigos muy complejos obstaculiza todas las vías de acceso que, a su vez, están protegidas por diversos sistemas de seguridad.

—¿Quieres decir que te das por vencido?

Martinson le dedicó una sonrisa.

—Aún no —repuso—. No del todo.

Continuó tecleando diversos comandos.

Casi de inmediato lanzó un grito.

—¿Qué sucede? —inquirió Wallander alarmado.

Martinson observaba inquisitivo la pantalla.

—Pues no estoy del todo seguro, pero creo que alguien ha estado trabajando en este ordenador hace tan sólo unas horas.

—¿Cómo puedes saber algo así?

—Déjalo, no creo que merezca la pena intentar explicártelo.

—Pero ¿estás seguro?

—Aún no.

Wallander guardó silencio armado de paciencia mientras Martinson proseguía con su trabajo. Transcurridos otros diez minutos, se puso en pie.

—¡Lo sabía! Alguien ha estado trasteando este ordenador. Ayer, tal vez esta noche.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

Sus miradas se cruzaron.

—Lo que quiere decir que hay otra persona, aparte de Falk, con acceso a la información almacenada en esta máquina.

—En efecto —confirmó Martinson—. Por otro lado, no se trata de alguien que no disponga de los códigos necesarios para abrir los ficheros.

Wallander le dio a entender que comprendía con un gesto.

—¿Cuál es la conclusión? —inquirió Martinson.

—Es demasiado pronto para saberlo —se lamentó Wallander.

Dicho esto, Martinson volvió a ocupar su puesto ante el ordenador. Debía seguir trabajando.

A las cuatro y media, se tomaron una pausa y Martinson invitó a Wallander a que lo acompañase a cenar a casa. Poco antes de las seis y media, ya estaban de vuelta. Wallander se percató de que su presencia allí era por completo superflua, al tiempo que sentía que no deseaba dejar solo a Martinson.

Finalmente, a las diez de la noche, el colega se rindió.

—No consigo descifrar los códigos —declaró—. Jamás en mi vida he visto un sistema de seguridad semejante. Este aparato contiene miles de kilómetros de series de códigos electrónicos que, a su vez, componen unos cortafuegos imposibles de penetrar.

—Bien, no está mal saberlo —comentó Wallander—. Y, en ese caso, recurriremos a los especialistas de la brigada nacional.

—Sí, quizá sea lo mejor —repuso Martinson vacilante.

—¿Qué otra opción nos queda?

—Lo cierto es que tenemos una —afirmó Martinson—. Un joven llamado Robert Modin. Vive en Löderup, cerca de la casa donde vivía tu padre.

—¿Y quién es?

—Un simple joven de diecinueve años. Por lo que yo sé, salió de la cárcel hace tan sólo unas semanas.

Wallander miró a Martinson sin comprender.

—¿Y qué te hace pensar que él puede ayudarnos?

—Porque se las arregló para entrar en el superordenador del Pentágono hace un par de años y está considerado como una de las personas más hábiles de toda Europa a la hora de acceder a entornos informáticos prohibidos.

Wallander se mostró indeciso, si bien la sugerencia de Martinson le resultaba tan atractiva que, al final, no lo dudó más.

—Ve a buscarlo —ordenó resuelto—. Entretanto, iré a ver cómo le va a Hanson con el asunto de los perros.

Martinson subió a su coche y puso rumbo a Löderup.

Wallander echó una ojeada a las sombras que lo circundaban. Había un coche aparcado unas manzanas más allá. Se despidió de Martinson con un gesto de la mano.

Después, recordó las palabras de Ann-Britt, que le había recomendado cautela.

De nuevo miró a su alrededor antes de encaminarse a la calle de Missunnavägen.

La llovizna había cesado.

## 

## 19

Hanson había aparcado el coche ante la puerta de las oficinas de la Agencia Tributaria.

Wallander lo vio a lo lejos. En efecto, allí estaba el colega, leyendo el periódico bajo una farola. «Está claro: ahí tenemos a un policía», concluyó. «Cualquiera podría ver que se halla ahí apostado para realizar una misión, aunque pueda resultar más difícil averiguar cuál. Pero va poco abrigado y, aparte de la regla de oro que no es otra que la de regresar vivo a casa una vez finalizado el trabajo, no hay otra más importante para un agente de policía que la de ir bien abrigado cuando se le asigne una misión en la calle».

Hanson estaba tan absorto en su periódico que no se percató de la presencia de Wallander hasta que éste no estuvo junto a él. El inspector observó que se trataba de un periódico de carreras de caballos.

—¡Vaya! ¡No te oí llegar! —exclamó Hanson—. Me pregunto si no habré empezado a perder el oído…

—¿Qué tal va lo de los caballos?

—Supongo que, como tantas otras personas, vivo de la ilusión de que yo solito tendré en mi poder, un buen día, la combinación correcta. Pero ¡qué coño!, los caballos nunca corren como deben. Eso no sucede nunca.

—¿Y cómo va lo de los perros?

—La verdad, acabo de llegar, pero, por ahora, no ha pasado ninguno.

Wallander echó un vistazo a su alrededor.

—Cuando yo llegué a esta ciudad, en esta zona no había más que plantaciones —rememoró—. Nada de esto existía entonces.

—Sí, Svedberg solía comentar lo mismo —observó Hanson—. Y hablaba de los cambios que había experimentado la ciudad. Pero, claro, él había nacido aquí.

Ambos meditaron en silencio sobre el recuerdo del colega muerto. Wallander creía incluso poder revivir el instante en que oyó a Martinson gritar a su espalda cuando descubrió a Svedberg muerto de un tiro en la cabeza y medio tendido en el suelo de su sala de estar.

—Pronto habría cumplido los cincuenta —señaló Hanson—. Por cierto, ¿cuándo es tu cumpleaños?

—El mes que viene.

—¡Hombre! Me invitarás, ¿verdad?

—¿Invitarte? ¿A qué? No pienso celebrar ninguna fiesta.

Agotado el tema, comenzaron a caminar calle arriba mientras Wallander le refería los denodados esfuerzos de Martinson por acceder a la información almacenada en el ordenador de Tynnes Falk. Mientras caminaban, habían alcanzado el cajero automático, ante el cual se detuvieron.

—No tardamos mucho en acostumbrarnos, ¿eh? —comentó Hanson de pronto—. Ya casi no recuerdo cómo era la vida antes de que estos aparatos hiciesen su aparición. Y ni que decir tiene que no entiendo cómo funcionan. A veces me imagino que, dentro y detrás de la pantalla, hay un hombre sentado, un señor que cuenta los billetes y se asegura de que salgan las cuentas.

Las palabras de Hanson hicieron pensar a Wallander en aquellas otras de Erik Hökberg acerca del grado de vulnerabilidad que había alcanzado la sociedad en que vivían. Y el corte en el suministro eléctrico sufrido pocas noches antes había venido a confirmar su observación.

Regresaron al lugar en que Hanson tenía su coche, pero no vieron a nadie paseando al perro.

—Me voy. ¿Qué tal la cena?

—Pues, al final, no asistí. ¿Dónde está la gracia de ir a comer, sí uno no puede tomarse una copa de vino?

—Podrías haberle pedido a algún colega que te recogiese y te trajese aquí.

Hanson miró incrédulo a Wallander.

—Es decir que, en tu opinión, yo podría haber estado aquí hablando con la gente mientras apestaba a alcohol, ¿no es eso?

—Bueno, una copa… —explicó Wallander—. Yo no he sugerido que te emborrachases.

A punto estaba ya de irse cuando recordó que Hanson había mantenido una conversación con el fiscal unas horas antes.

—Por cierto, ¿qué te dijo Viktorsson?

—La verdad es que no mucho.

—¡Anda ya! Algo tendría que decir.

—Bueno, que no veía motivo alguno para orientar el desarrollo de la investigación en ningún sentido en concreto y que continuásemos trabajando con una perspectiva lo más amplia posible, sin presuposiciones.

—Los policías jamás investigamos sin presuposiciones —sentenció Wallander—. Eso es algo que él debería saber.

—Ya, en fin. Eso fue lo que dijo.

—¿Nada más?

—No, nada más.

De repente, le sobrevino la sensación de que Hanson respondía en tono evasivo, como si hubiese algo que no se atreviese a decir. El inspector aguardó un instante, pero el colega guardó silencio.

—Bien, creo que podrás irte a eso de las doce y media. Yo me marcho ya. Nos vemos mañana —se despidió Wallander.

—Sí. ¡Joder! Tendría que haberme puesto ropa de más abrigo. La verdad, hace frío.

—Así es. Estamos en otoño. Y pronto llegará el invierno.

Dicho esto, encaminó sus pasos en dirección al centro de la ciudad. Cuanto más pensaba en ello, tanto más convencido se sentía de que había algo que Hanson le había ocultado. Ya en la plaza de Runnerströms Torg, concluyó que sólo existía una posibilidad: que Viktorsson hubiese hecho algún comentario sobre él y sobre la supuesta agresión y la investigación interna que estaba en curso.

A Wallander le irritó el hecho de que Hanson no se lo hubiese hecho saber, aunque no le sorprendía la actitud del colega. En efecto, la vida de Hanson transcurría en un esfuerzo constante por procurar ser amigo de todos. Wallander se sintió, de pronto, muy cansado. Quizás abatido.

Miró a su alrededor y comprobó que el agente vestido de civil seguía en su puesto. Pero, por lo demás, la calle aparecía desierta. Abrió el coche y se sentó al volante cuando, en el preciso momento en que se disponía a poner el motor en marcha, sonó el teléfono. Lo rebuscó en sus bolsillos hasta que logró atender la llamada para oír la voz de Martinson.

—¿Dónde estás?

—Me vine a casa.

—¿Y eso? ¿No conseguiste localizar a Molin?

—Modin —corrigió Martinson—. Robert Modin. No, es que, de pronto, me asaltó la duda…

—¿Qué duda?

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas. Según el reglamento, no podemos servirnos de personas ajenas al Cuerpo como nos venga en gana. Después de todo, Modin fue condenado a prisión, aunque no fuese más que por un par de meses.

Wallander comprendió que Martinson se había enfriado. Y no era la primera vez que aquello sucedía. De hecho, en varias ocasiones habían tenido algún que otro enfrentamiento a causa de aquella actitud. A Wallander le daba la impresión, a veces, de que Martinson era demasiado precavido y, pese a que nunca utilizaba la palabra «cobarde» para calificar a su compañero, eso era, en el fondo, lo que pensaba.

—Creo que, antes de proceder, deberíamos solicitar la aprobación del fiscal —prosiguió Martinson—. O, al menos, no estaría de más comentárselo a Lisa.

—Ya sabes que yo me responsabilizo de todo —le recordó Wallander.

—Sí, claro. Pero, aun así…

Wallander llegó a la conclusión de que Martinson estaba decidido a no recurrir al expresidiario.

—Bueno, de todos modos, podrías darme la dirección de Modin —sugirió—. Y te libero de toda responsabilidad.

—De acuerdo, pero ¿no crees que deberíamos esperar?

—No —rechazó Wallander—. El tiempo se nos escapa de las manos. Y quiero saber cuanto antes qué hay en ese ordenador.

—Si quieres que te dé mi opinión, yo creo que lo que deberías hacer es irte a dormir. ¿Has visto en el espejo el aspecto que tienes?

—Sí, ya lo sé —concedió Wallander—. Pero dame la dirección, anda.

Buscó hasta hallar un bolígrafo en la guantera, que estaba llena de papeles y de platos de plástico arrugados de diversos restaurantes de comida rápida. El inspector anotó la dirección que Martinson le proporcionó en el reverso de un recibo de gasolina.

—Son casi las doce de la noche —advirtió Martinson.

—Sí, ya lo sé. Mañana nos vemos —se despidió Wallander.

Concluida la conversación, el inspector dejó el teléfono sobre el asiento del acompañante dispuesto a partir, pero, cuando estaba a punto de poner el motor en marcha por segunda vez, se detuvo y permaneció sentado e inmóvil. Martinson tenía razón. Lo que más necesitaba en aquellos momentos era dormir. ¿Qué sentido tenía partir hacia Löderup a aquellas horas? Lo más probable era que Robert Modin estuviese ya en la cama, durmiendo. «Lo dejaré para mañana», se dijo.

Pero, acto seguido, se puso en marcha hacia la salida de Ystad, en dirección a Löderup.

Pisó el acelerador para desahogarse de la irritación que le provocaba su incapacidad para ser consecuente con sus propias decisiones.

Había dejado el trozo de papel con la dirección junto al teléfono móvil, sobre el asiento del acompañante; pero él supo enseguida de qué casa le hablaba Martinson cuando éste le explicó dónde vivía Robert Modin. En efecto, se encontraba tan sólo a escasos kilómetros de aquella otra en la que había vivido su padre. Por si fuera poco, Wallander sospechaba que ya había hablado con el padre de Robert Modin con anterioridad, aunque no recordaba el nombre. Bajó la ventanilla y dejó que el fresco aire otoñal le diese en el rostro. Se sentía enojado, tanto con Hanson como con Martinson. «Se arrastran como alimañas», pensó enfurecido. «Ante sí mismos y ante su jefe».

Habían dado las doce y cuarto cuando salió de la carretera principal. Era consciente de que se arriesgaba a encontrarse con que todos estuviesen ya dormidos y las luces apagadas. Pero la ira y el enojo habían venido a sustituir al agotamiento que sintiese minutos antes, de modo que estaba decidido a ver a Robert Modin y a llevarlo consigo al apartamento de la plaza de Runnerströms Torg.

Una finca vallada con un gran jardín precedían a la casa. A la luz de las farolas, Wallander divisó un caballo solitario e inmóvil en su dehesa. Ante la casa encalada había estacionados dos vehículos, un jeep y un turismo más pequeño. Contra todo pronóstico, se veía luz en varias de las ventanas de la planta baja.

Wallander detuvo el coche, apagó el motor y se bajó. En ese preciso instante, se encendió la luz de la entrada y un hombre apareció al final del pequeño tramo de peldaños que conducía hasta la puerta. Wallander lo reconoció de inmediato y pensó que, tal y como él sospechaba, ya se habían visto con anterioridad.

El inspector se le acercó y lo saludó. Era un individuo de unos sesenta años de edad, enjuto y encorvado. Sus manos, no obstante, no eran las de un agricultor.

—¡Yo te conozco! —exclamó Modin—. Tu padre vivía por aquí, ¿no es así?

—Sí, nos hemos visto alguna vez —convino Wallander—. Pero no recuerdo el motivo.

—Bueno, fue cuando a tu padre le dio por deambular por una plantación cargado con una maleta…

En ese momento, Wallander lo recordó. En efecto, su padre había sufrido un ataque de locura transitoria en medio del cual había decidido viajar a Italia, por lo que, tras preparar la maleta, salió de casa y echó a andar. Modin lo descubrió hundido en el fango y llamó a la comisaría.

—Creo que no nos habíamos visto desde que murió. Y ahora que la casa está vendida… —observó Modin.

—Sí, Gertrud se mudó a casa de una hermana suya que vive en Svarte. Lo cierto es que ignoro quién compró la casa.

—Es un tipo del norte que asegura ser hombre de negocios. Pero a mí me da la impresión de que, en realidad, se dedica a la destilación ilícita de alcohol.

A Wallander no le costó imaginar el viejo taller de su padre convertido en destilería casera.

—Supongo que vienes por Robert —apuntó Modin interrumpiendo así el hilo de sus pensamientos—. Pensé que ya había pagado su culpa suficientemente.

—Sí, sin duda que ya ha satisfecho su deuda con la justicia —lo tranquilizó Wallander—. Pero es cierto, vengo por él.

—¿Y qué ha hecho ahora?

Wallander no pudo por menos de percibir el tono angustiado del padre.

—No, no. Nada. Todo lo contrario. Estoy aquí porque quizás él pueda prestarnos su ayuda.

Modin quedó sorprendido, pero también aliviado, e indicó a Wallander que lo acompañase al interior de la vivienda.

—Mi mujer ya está durmiendo, pero se pone tapones en los oídos —explicó Modin.

Y, en ese preciso momento, Wallander recordó que Modin era tasador de fincas, si bien no tenía la menor idea de cómo o dónde había obtenido esa información.

—Y Robert, ¿está en casa?

—No, fue a una fiesta con unos amigos, pero se llevó el móvil.

Modin le indicó a Wallander el camino hacia la sala de estar.

Al entrar, el inspector quedó perplejo. En efecto, sobre el sofá y fijado a la pared colgaba uno de los cuadros de su padre. El paisaje sin urogallo.

—Sí, me lo regaló él —aclaró Modin—. Cuando caían grandes nevadas, yo solía tomar la pala y limpiarle de nieve el acceso a su casa. A veces me paraba a charlar con él un rato. Era un hombre extraordinario, a su manera.

—Sí, eso creo yo también.

—A mí me caía bien. Ya no queda gente como él.

—Cierto. El caso es que no siempre era fácil tratar con él —señaló Wallander—. Pero créeme que lo echo de menos… Y estoy de acuerdo en que ese tipo de hombres escasean cada vez más. Llegará el día en que no quede ni rastro de su existencia.

—Bueno, no creo que haya nadie con quien sea fácil tratar. ¿O tú sí lo eres? Yo no, desde luego. Si no, pregúntale a mi mujer.

Wallander se sentó en el sofá mientras Modin limpiaba su pipa.

—Robert es un buen chico —declaró—. En mi opinión, fueron demasiado duros con él. Aunque sólo fuese un par de meses, él sólo estaba jugando…

—A decir verdad, yo no estoy muy al tanto de lo que ocurrió —confesó Wallander—, salvo que logró acceder a los ordenadores del Pentágono.

—¡Sí! Se le dan muy bien esos aparatos —subrayó Modin ufano—. Cuando se compró el primero, tan sólo tenía nueve años. Y lo compró con dinero que él mismo había ganado recogiendo fresas. Desde entonces, se perdió en el mundo de la informática. Pero, mientras no descuidase el colegio, a mí no me preocupaba. Mi mujer, en cambio, estaba en contra. Y comprenderás que ahora piensa que el tiempo le ha dado la razón.

A Wallander le dio la impresión de que Modin era una persona muy solitaria pero, por más que él quisiera, no tenía tiempo de charlar.

—Bien, el caso es que necesito hablar con Robert —atajó el inspector—. Cabe la posibilidad de que sus conocimientos informáticos nos sean de utilidad.

Modin fumaba de su humeante pipa.

—¿Puedo saber qué tipo de ayuda puede proporcionaros?

—Lo único que puedo decirte es que se trata de un complejo problema informático.

Modin asintió antes de ponerse en pie.

—De acuerdo, no haré más preguntas —aseguró.

El hombre desapareció hacia el vestíbulo y Wallander lo oyó hablar por teléfono. Se volvió a contemplar el paisaje obra de su padre.

«¿Adónde habrán ido a parar los Caballeros de Seda de mi niñez?», se preguntó. «Aquellos compradores que aparecían en sus radiantes cochazos para llevarse los cuadros de mi padre a precio de saldo, ¿dónde estarán ahora, enfundados como iban en aquellos flamantes trajes y sus melenas revueltas? Tal vez exista un cementerio sólo para ellos, para sus bien cebadas carteras y sus coches deslumbrantes».

En ese momento, Modin regresó.

—El chico está en camino —anunció—. Estaba en Skillinge, así que le llevará un rato.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad. Que no había ningún problema, pero que la policía necesitaba su ayuda.

Modin volvió a ocupar su asiento. La pipa se había apagado.

—Debe de tratarse de algo muy importante, puesto que te has presentado aquí a medianoche.

—Bueno, hay asuntos que no pueden esperar.

Modin comprendió que Wallander no deseaba hablar del tema.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, gracias, un café no me vendría mal.

—¿A estas horas?

—Lo cierto es que pensaba seguir trabajando un par de horas más, pero no importa.

—En ese caso, claro, te prepararé un café —aseguró Modin.

Estaban sentados en la cocina cuando oyeron el motor de un coche que se acercaba a la finca. Tras unos minutos, la puerta se abrió y dio paso a Robert Modin.

Wallander pensó que no aparentaba más de trece años. Llevaba el pelo muy corto y gafas de montura redonda, y era de baja estatura. Con toda probabilidad, el parecido con su padre iría acentuándose a medida que transcurriesen los años. Vestía pantalón vaquero, una camisa y una cazadora de piel. Wallander se puso en pie y le estrechó la mano.

—Lamento haber venido a interrumpir tu fiesta —se excusó el inspector.

—No importa, ya estábamos a punto de irnos.

Modin los observaba desde la puerta de la sala de estar.

—Os dejaré a solas —declaró antes de desaparecer.

—¿Estás cansado? —quiso saber Wallander.

—No especialmente.

—Quería proponerte que vinieses conmigo a Ystad.

—¿Para qué?

—Quiero mostrarte algo. Te lo explicaré por el camino.

El chico se mostraba reticente y Wallander intentó esbozar una sonrisa.

—No tienes de qué preocuparte.

—Bueno, voy a cambiarme de gafas —concedió al final Robert Modin.

El joven desapareció escaleras arriba hacia la planta alta mientras Wallander volvía a la sala de estar para dar las gracias por el café.

—Me ocuparé personalmente de que vuelva a casa sano y salvo, pero quiero que sepas que necesito llevármelo a Ystad.

De pronto, Modin adoptó un gesto preocupado.

—¿De verdad que no se ha metido en ningún lío?

—Te lo aseguro. Puedes creerme.

Robert Modin apareció de nuevo y, a la una y veinte de la noche, ambos abandonaron la casa. El muchacho se sentó junto a Wallander no sin antes apartar el móvil.

—Tienes una llamada perdida —observó Robert.

Wallander comprobó que era Hanson y se reprochó no haberse llevado el móvil en el bolsillo.

Marcó el número, pero Hanson tardó un rato en responder.

—¿Te he despertado?

—¡Pues claro que me has despertado! ¿Qué te creías? Es la una y media. Me quedé allí hasta las doce y media. A esa hora estaba tan destrozado que pensé que me caía redondo allí mismo.

—Ya, claro. Bueno, me has llamado.

—Sí, porque, al final, apareció alguien.

Wallander se estiró tras el volante.

—¿Cómo?

—Pues sí. Una mujer con un pastor alemán. Si no la entendí mal, ella vio a Tynnes Falk la misma noche que murió.

—¡Magnífico! ¿Vio algo extraño entonces?

—La mujer tiene un recuerdo claro de aquella noche. Se llama Alma Högström. Dentista jubilada. Asegura que a menudo veía a Tynnes Falk por las noches. Al parecer, solía salir a pasear a esa hora.

—¿Y la noche en que el cadáver reapareció?

—Afirma que creyó haber visto una furgoneta. Si las indicaciones horarias que dio son correctas, debió de ser hacia las once y media. Según ella, estaba aparcada justo delante del cajero. Dice que se fijó porque estaba justo en medio de los dos aparcamientos.

—¿Te dijo si vio a alguien?

—Creía haber visto a un hombre.

—¿Cómo que creía haberlo visto?

—No estaba segura.

—¿Sería capaz de identificar el vehículo?

—No sé. En cualquier caso, le pedí que fuera a la comisaría mañana a primera hora.

—¡Estupendo! —exclamó Wallander satisfecho—. Esto puede dar algún resultado.

—Y tú, ¿dónde estás? ¿En casa?

—Bueno, no exactamente —repuso Wallander con reserva—. Nos vemos mañana.

Eran las dos de la mañana cuando Wallander estacionó el vehículo ante el edificio de la plaza de Runnerströms Torg. Ya era otro el coche patrulla aparcado en el mismo lugar que el anterior. Wallander echó una ojeada rápida a la calle, preocupado por que, si algo imprevisto sucedía, Robert Modin también podía correr peligro. La calle aparecía, no obstante, desierta. Y ya había dejado de llover.

Durante el trayecto desde Löderup, Wallander lo había puesto al corriente del asunto y le había explicado que quería que desbloquease el acceso al ordenador de Falk, ni más ni menos.

—Sé que se te dan bien estas cosas —lo animó el inspector—. Además, a mí eso del Pentágono me trae sin cuidado. Lo que me interesa son tus conocimientos de informática.

—En realidad, no tendría que haberme dejado atrapar —se lamentó Robert, de repente, en medio de la penumbra—. Fue culpa mía.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque no borré mis huellas a conciencia.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Si uno penetra en una zona de acceso vedado, suele dejar huellas. Es como cuando cortas una valla metálica. Al salir, debes dejarla como nueva. Y yo no me preocupé de hacerlo bien. Por eso pudieron localizarme.

—Es decir, que hubo gente en el Pentágono que logró averiguar que alguien de la insignificante Löderup les había hecho una visita, ¿no es así?

—Sí, bueno, no podían saber quién era ni cómo me llamaba, pero sí que el intruso era mi ordenador.

Wallander se esforzó por recordar si había oído hablar acerca de aquel caso. Debería haberlo hecho, pues Löderup pertenecía al entonces llamado distrito de Ystad. Pero no halló rastro alguno en su memoria.

—¿Quiénes te detuvieron?

—Fueron dos policías de la brigada judicial de Estocolmo.

—¿Y qué ocurrió después?

—Pues que vino gente de Estados Unidos para interrogarme.

—¿Para interrogarte?

—Eso es. Querían saber cómo lo había hecho. Y yo se lo conté.

—¿Y qué pasó después?

—Que me condenaron.

A Wallander le habría gustado seguir haciendo preguntas, pero el chico no parecía dispuesto a seguir respondiendo.

Cruzaron el portal y subieron por la escalera. A Wallander no se le ocultaba que el muchacho no bajaba la guardia. Antes de abrir la cerradura de seguridad, permaneció inmóvil un instante y prestó atención. Robert Modin lo observaba desde detrás de sus lentes, sin pronunciar palabra.

Por fin, entraron en el apartamento. Wallander encendió la luz y señaló el ordenador. Con un gesto, le indicó que tomase asiento ante el escritorio. Robert obedeció y encendió el ordenador sin pestañear. Una avalancha de imágenes comenzó a circular por la pantalla mientras Wallander observaba en pie, detrás del muchacho. Robert posó vacilante los dedos sobre el teclado, como si estuviese preparándose para un concierto de piano. Mantenía el rostro muy cerca de la pantalla y parecía que, con los ojos, estuviese buscando algo que Wallander era incapaz de divisar.

Después comenzó a teclear más rápido.

Le llevó poco más de un minuto, transcurrido el cual apagó raudo el ordenador y se volvió hacia Wallander.

—Jamás he visto nada parecido —afirmó sin ambages—. No lograré abrirlo.

Wallander experimentó una profunda desilusión, que percibió tanto en su interior como en el tono de voz de Robert Modin.

—¿Estás seguro?

El chico respondió con un gesto.

—Para conseguirlo tendría que dormir unas horas —afirmó decidido—. Y no andar con prisas.

En aquel momento, Wallander comprendió lo absurdo de su empeño en ir a buscar a Robert Modin a medianoche. Era evidente que Martinson tenía razón y, aunque muy a su pesar, admitió en su fuero interno que lo que había desatado su tozudez había sido la vacilación de Martinson.

—¿Tienes tiempo mañana? —inquirió Wallander.

—Todo el día.

Wallander apagó las luces y echó la llave antes de acompañar al joven hasta el coche camuflado para pedirle al agente que lo llevasen a casa. Antes de despedirse, acordaron que irían a recogerlo a las doce del día siguiente, cuando hubiese descansado lo suficiente.

El inspector se dirigió a la calle de Mariagatan. Cuando, por fin, pudo acurrucarse entre las sábanas, eran casi las tres de la madrugada y no tardó en caer vencido por el sueño, con la determinación inamovible de no personarse en la comisaría antes de las once del día siguiente.

La mujer llegó a la comisaría el viernes, poco antes de la una. Apocada, pidió que le trajeran un mapa de Ystad. Pero la joven que la atendió le sugirió que se dirigiese a la oficina de información turística o a una librería. La mujer le dio las gracias amablemente y preguntó entonces dónde estaban los servicios, a lo que la joven le respondió señalando la puerta de acceso a los servicios para el público. La mujer cerró la puerta tras de sí y abrió la ventana. Después, volvió a cerrarla, no sin antes cubrir los pestillos con cinta aislante. La limpiadora del viernes noche no se había percatado de nada.

La noche del domingo, poco después de las cuatro, la sombra de un individuo apareció deslizándose junto a una de las fachadas de la comisaría hasta alcanzar la ventana, por la que desapareció hacia el interior del edificio. Los pasillos estaban desiertos y el único ruido que se oía era el procedente de una radio solitaria cuyas voces le llegaban desde la central de alarmas. El hombre llevaba un plano en la mano; un plano que había logrado copiar accediendo al ordenador del despacho de un arquitecto. Y sabía perfectamente adonde debía ir.

El sujeto abrió la puerta del despacho de Wallander. Colgada de una única percha, languidecía una cazadora que presentaba una gran mancha amarilla.

El hombre se dirigió al ordenador que había sobre la mesa. Antes de encenderlo, lo observó en silencio durante un instante.

Lo que tenía que hacer le llevaría veinte minutos, pero el riesgo de que alguien entrase en el despacho a aquellas horas era prácticamente inexistente. No le costó el menor esfuerzo entrar en el ordenador de Wallander y hacerse con todas sus cartas y documentos.

Una vez alcanzado su objetivo, el hombre apagó la luz y entreabrió la puerta con extrema cautela. Pero el pasillo estaba tan vacío como cuando llegó.

Entonces se marchó, sin hacer el menor ruido, por el mismo camino por el que había entrado.

## 

## 20

Eran las nueve cuando Wallander despertó aquella mañana del domingo 12 de octubre. Pese a no haber podido dormir más de seis horas, se sentía descansado. Antes de dirigirse a la comisaría, dio un paseo de media hora. La llovizna de la noche anterior había cesado y el cielo prometía un claro y hermoso día otoñal. Por si fuera poco, la temperatura había ascendido a nueve grados. A las diez y cuarto, cruzó las puertas de la comisaría. Antes de ir a su despacho, se asomó a la central de alarmas para preguntar qué tal había ido la noche. Aparte de un robo perpetrado en la iglesia de Sankta María, donde los ladrones huyeron asustados por una alarma, la guardia nocturna había sido inusualmente tranquila. Los coches camuflados que vigilaban la calle de Apelbergsgatan y la plaza de Runnerströms Torg tampoco habían observado ningún movimiento digno de mención.

Wallander le preguntó al agente de servicio quiénes de sus colegas habían llegado ya.

—Martinson está aquí y Hanson ha ido a recoger a alguien. Pero a Ann-Britt no la he visto.

—¡Aquí estoy! —la oyó gritar entonces detrás de él—. ¿Me he perdido algo? —quiso saber la colega.

—No, nada —repuso Wallander—. Podemos ir a mi despacho.

—Espera, voy a dejar mi abrigo.

Wallander le explicó al agente que necesitaba que alguien fuese a Löderup a buscar a Robert Modin a las doce. Le explicó el camino antes de añadir:

—Ha de ser un coche civil —precisó—. Es muy importante.

Minutos después, Ann-Britt entró en el despacho del inspector. Tenía mejor aspecto que los últimos días y parecía menos cansada. Wallander pensó que debería interesarse por la marcha de sus asuntos familiares, pero, como era habitual en él, no estaba muy seguro de que aquél fuese el momento oportuno. En cambio, le reveló que Hanson estaba a punto de llegar con un testigo y le habló acerca del joven de Löderup y de que tal vez él pudiese ayudarles a acceder a la información que contenía el ordenador de Tynnes Falk.

—Sí, recuerdo a ese muchacho —comentó ella una vez que Wallander hubo concluido.

—Según me dijo, vinieron policías de la brigada nacional. ¿Por qué harían tal cosa?

—Lo más probable es que se pusieran nerviosos en Estocolmo. No creo que las autoridades suecas tengan ningún interés en alardear de que un ciudadano sueco pueda leer los secretos de las medidas de defensa americanas desde el ordenador de su casa.

—Ya, pero me resulta más que extraño que yo no hubiera oído hablar del tema siquiera.

—¿No estarías de vacaciones?

—Sí, claro, es posible. Pero, aun así, es muy raro.

—Pues yo no creo que aquí suceda nada importante de lo que tú no estés al corriente.

Wallander recordó la sensación que había experimentado la noche anterior, cuando intuyó que Hanson estaba ocultándole algo. Incluso estuvo a punto de preguntarle a Ann-Britt, pero no llegó a hacerlo. En realidad, sus presentimientos no eran muy halagüeños pues se trataba de una joven de corta edad que, con el apoyo de su madre, lo acusaba de agresión. Los policías solían ser muy corporativistas, pero, por otro lado, si un colega se buscaba problemas, también podían reaccionar dándole la espalda.

—En otras palabras, tú crees que la solución está en el ordenador, ¿me equivoco? —adivinó Ann-Britt.

—Yo no creo nada de nada, pero opino que sería interesante averiguar a qué se dedicaba Falk y quién era exactamente. Parece que, en la actualidad, la gente empiece a adquirir identidades electrónicas.

Pasó entonces a referirle el hallazgo de la mujer con la que Hanson no tardaría en aparecer por la comisaría.

—¡Estupendo! Desde luego, es la primera persona que parece haber visto algo en este caso —se congratuló Ann-Britt.

—Sí, si tenemos suerte.

La colega estaba apoyada contra el dintel de la puerta, según una costumbre de reciente adquisición; en efecto, antes solía entrar en el despacho y sentarse directamente.

—Ayer noche estuve intentando reflexionar acerca de todo esto —reveló ella—. Estaba sentada ante el televisor. Daban algún programa de humor, pero no podía concentrarme; y los niños estaban ya dormidos.

—¿Y tu marido?

—Mi exmarido. Está en Yemen, creo. El caso es que apagué el televisor y me fui a la cocina, me serví una copa de vino e intenté revisar todo lo ocurrido con la mayor sencillez posible, excluyendo los detalles secundarios.

—Eso es misión imposible —opuso él—. En la medida en que ignoramos por completo lo que es relevante y lo que es accesorio en todo este asunto.

—Cierto, pero tú me has enseñado que no podemos sustraernos al deber de probar diversas alternativas, a separar lo que es importante de lo que no lo es.

—Bien, ¿y cuál fue tu conclusión?

—Pues resolví que, ciertamente, hay circunstancias que podemos dar por supuestas. Para empezar, no creo que debamos poner en duda la conexión entre Tynnes Falk y Sonja Hökberg. En este sentido, el descubrimiento del relé es decisivo. Por otro lado, existe una característica en todas las indicaciones horarias de que disponemos que apunta a una posibilidad inadvertida hasta el momento.

—¡Ajá! ¿Cuál?

—Que la relación entre Tynnes Falk y Sonja Hökberg no fuese directa, sino tangencial.

Wallander comprendió enseguida su razonamiento y lo relevante que podía resultar.

—A ver, quieres decir que la relación entre ellos no era inmediata, sino indirecta, a través de otra persona, ¿no es así?

—Exacto. El móvil puede tener cualquier otro origen, dado que, de hecho, Tynnes Falk había fallecido cuando Sonja Hökberg murió carbonizada. Sin embargo, puede que quien cambiase de lugar el cadáver de Tynnes Falk fuese la misma persona que la mató a ella.

—Sí, quizá. Pero el caso es que seguimos sin saber qué buscamos —se lamentó Wallander—. No hemos detectado ningún móvil que los vincule a ambos. Ningún denominador común, salvo la oscuridad que afectó a todos por igual cuando se produjo el corte en el suministro.

—Y la pregunta es: ¿fue una casualidad que ese corte se produjese en una de las unidades de transformadores más importantes?

Wallander señaló el mapa que tenía fijado a la pared.

—Veamos, es la unidad eléctrica más próxima a Ystad, que, a su vez, es la ciudad de la que huyó Sonja Hökberg.

—Pero estamos de acuerdo en que tuvo que ponerse en contacto con alguien que decidió conducirla hasta allí.

—Si es que ella misma no se lo pidió a ese alguien —sugirió Wallander despacio—. No cabe duda de que pudo ser así, ¿no crees?

Ambos observaban el mapa en silencio.

—Me pregunto si no deberíamos empezar por Lundberg, el taxista —apuntó Ann-Britt meditabunda.

—¿Sabes si hemos encontrado algo sobre él?

—En nuestros registros no aparece y, además, he estado hablando con algunos de sus compañeros y con su viuda. Pero nadie tiene ningún dato extraordinario que aportar sobre él. Al parecer, era un hombre que trabajaba con el taxi y que dedicaba el tiempo libre a su familia. Un hermoso y corriente destino existencial sueco con desenlace dramático y brutal. Lo cierto es que, después de haber hablado con todas esas personas, anoche, mientras reflexionaba en la cocina, se me ocurrió pensar que era «demasiado bonito». El panorama de su vida era inmaculado… Así que, a menos que tengas algo en contra, pienso seguir indagando un poco más en la vida de Lundberg.

—No, en absoluto. De hecho, creo que haces bien. Hemos de perforar el caparazón hasta el núcleo, hasta el corazón de la roca, dondequiera que esté. ¿Tenía hijos el taxista?

—Sí, dos varones. Uno de ellos vive en Malmö. El otro sigue en la ciudad. Quiero intentar localizarlo hoy mismo.

—Muy bien, hazlo. En cualquier caso, no estaría nada mal que, de una vez por todas, pudiésemos cerrar su caso como un robo normal y corriente, con resultado de muerte.

—¿Tenemos alguna reunión para hoy?

—No, por ahora. Pero te avisaré si cambian los planes.

La colega se marchó dejando a Wallander sumido en una profunda reflexión acerca de sus palabras. A continuación, el inspector se dirigió al comedor para hacerse con una taza de café. Había un periódico sobre una de las mesas. Se lo llevó a su despacho y empezó a hojearlo distraído. De repente, algo atrajo su atención. En efecto, alguien anunciaba allí sus excelencias y sus servicios. Con proverbial falta de imaginación, la persona en cuestión había elegido darse el apodo de «Cita cibernética». Wallander leyó el anuncio y, sin pensárselo dos veces, encendió el ordenador y redactó un anuncio, consciente de que, si no lo escribía en aquel momento, no lo haría jamás. Nadie tenía por qué saberlo. Y él podría permanecer en el anonimato todo el tiempo que quisiera. Por otro lado, las respuestas que recibiese llegarían a su casa sin la identidad del remitente. Se esforzó por formular su propuesta con la mayor sencillez posible: «Policía, cincuenta años, separado, una hija, busca compañía. No matrimonio, pero sí amor». En lugar de «Perro viejo», como había pensado en un principio, tomó el apodo de «Labrador». Imprimió una copia y guardó el texto en el ordenador. En el primer cajón del escritorio tenía sobres y sellos, de modo que escribió la dirección y cerró el sobre con el anuncio dentro. Después, se lo guardó en el bolsillo de la cazadora. Cuando hubo terminado, no pudo por menos de admitir para sí que, verdaderamente, experimentaba cierta tensión ante las consecuencias. Dudaba de que las respuestas a su anuncio fuesen muchas. Tal vez incluso fuesen de tal naturaleza que tuviese que desecharlas en el acto. Pero era innegable que la idea se le antojaba de lo más emocionante.

De repente, Hanson apareció en el umbral de la puerta.

—Alma Högström ya está aquí —anunció—. La dentista jubilada, ¿recuerdas? Nuestro testigo.

Wallander se puso en pie y acompañó a Hanson hasta una de las salas de reuniones más pequeñas. En el suelo, junto a la silla que ocupaba la mujer, yacía un pastor alemán que observaba su entorno con mirada atenta. Wallander la saludó con la sensación de que la señora se había vestido para la ocasión: visita a la comisaría.

—Me complace enormemente que haya accedido a venir, pese a que sea domingo —comenzó Wallander agradecido, al tiempo que se preguntaba cómo era posible que, después de todos aquellos años en la policía, fuese capaz de seguir expresándose con tanto formalismo.

—Uno debe cumplir con su deber de ciudadano, si sus observaciones pueden ser de utilidad a la policía —replicó la mujer.

«¡Vaya! Ella se expresa aún peor que yo», constató Wallander con resignación. «Ha sido como escuchar una réplica de una película antigua».

Poco a poco, fueron desbrozando los sucesos de aquella noche y comentando lo que la mujer había visto. Wallander dejó que Hanson se hiciese cargo de las preguntas, mientras él tomaba nota. Alma Högström tenía la mente despejada y sus respuestas eran claras y concisas. Cuando no estaba segura, lo admitía sin rodeos. Pero lo más importante era, tal vez, su certeza sobre las indicaciones horarias.

La pensionista había visto una furgoneta de color oscuro a las once y media. Y estaba tan segura de ello porque había mirado la hora un instante antes de que se percatase de que el vehículo estaba allí.

—Es un hábito adquirido por deformación profesional —se lamentó la mujer—. Jamás podré erradicarlo. El paciente en la silla, la sala de espera llena y el tiempo que pasaba a toda velocidad…

Hanson quería que la mujer identificase el tipo de furgoneta y, con este fin, se había llevado un archivador que él mismo había confeccionado hacía ya varios años y que contenía diversos modelos de vehículos y un muestrario de colores que le habían dado en un comercio de pinturas. Claro que todo aquello podía hacerse ya con la ayuda de diversos programas informáticos, pero, al igual que a Wallander, también a Hanson le costaba relegar sus costumbres inveteradas.

Después de mucho probar, llegaron a la conclusión de que podía haberse tratado de un modelo de furgoneta de la casa Mercedes, de color negro o azul oscuro.

En el número de matrícula no se había fijado, como tampoco vio si había alguien sentado al volante. En cambio, sí que había podido distinguir la silueta de una sombra detrás del vehículo.

—Bueno, a decir verdad, no fui yo quien la divisó, sino mi perro, Redbar. Enderezó las orejas con la mirada fija en la furgoneta.

—Comprendo que no es fácil describir una sombra —comentó Hanson—. Pero quizá podrías hacer un esfuerzo por recordar algún otro detalle, por ejemplo, si pertenecía a un hombre o a una mujer.

La mujer reflexionó largo rato antes de responder:

—Aquella sombra no tenía falda, de eso estoy segura. Y creo que era un hombre. Pero no puedo garantizarlo.

—¿Oíste algo? —intervino Wallander—. ¿Algún ruido?

—No. Pero me parece que, en aquellos momentos, pasaron varios coches por la carretera principal.

Hanson retomó el interrogatorio.

—¿Qué sucedió después?

—Proseguí mi ronda habitual.

Hanson extendió un mapa sobre el escritorio y ella señaló el trayecto que solía recorrer.

—Es decir, que pasaste por el mismo lugar una vez más. Y para entonces el vehículo había desaparecido, ¿no es así? —intervino Hanson.

—Exacto.

—¿A qué hora fue eso?

—Debían de ser las doce y diez.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Pues porque llegué a casa a las doce y veinticinco y desde el centro comercial suelo tardar un cuarto de hora, más o menos.

La mujer señaló en el mapa el lugar donde vivía y Wallander y Hanson asintieron convencidos de que, con toda probabilidad, ella tenía razón.

—Pero no viste nada sobre el asfalto y el perro tampoco reaccionó, ¿no es así?

—No, nada.

—¿No te parece un tanto extraño? —preguntó Hanson a Wallander.

—Bueno, el cuerpo debió de conservarse congelado —observó Wallander—. Por esa razón no despedía ningún olor. Podemos preguntarle a Nyberg o a cualquiera de nuestros guías caninos.

—Si he de ser sincera, me alegro de no haber visto nada —confesó Alma Högström con determinación—. La sola idea de que la gente vaya por ahí con un cadáver en el automóvil a medianoche me parece monstruosa.

Hanson le preguntó entonces si había visto a alguna otra persona por allí cuando pasó por el cajero, pero ella aseguró que estaba sola.

Pasaron a hablar de sus anteriores encuentros con Tynnes Falk.

De repente, a Wallander le surgió una pregunta que se le antojó urgente.

—¿Sabías que el hombre con el que solías toparte se llamaba Falk?

La respuesta de la dentista jubilada sorprendió al inspector.

—Sí, claro. Hubo un tiempo en que fue paciente mío. Tenía una buena dentadura y no acudía muy a menudo a mi consulta, pero yo tengo buena memoria para los nombres y las caras.

—Bien, de modo que solía pasear por las noches, ¿no es así? —intervino entonces Hanson.

—Sí, nos encontrábamos varias veces por semana.

—¿Lo viste en compañía de alguien en alguna ocasión?

—Jamás. Siempre iba solo.

—¿Solíais cruzar alguna frase o deteneros a charlar?

—Bueno, yo intenté intercambiar algún saludo con él alguna vez, pero él parecía preferir que lo dejaran en paz.

Hanson no tenía más preguntas que formular, por lo que miró a Wallander, indicándole que podía continuar.

—¿Lo notaste distinto durante los últimos días?

—Distinto, ¿en qué sentido?

El propio Wallander no estaba muy seguro de lo que quería preguntar.

—No sé, si parecía atemorizado, si miraba a su alrededor como buscando a alguien…

La mujer reflexionó un instante antes de responder.

—Bueno, si alguna diferencia había, he de decir que era en sentido contrario.

—¿A qué te refieres, lo contrario de qué?

—Pues que aparentaba cualquier cosa menos miedo. En realidad, últimamente parecía estar de buen humor y lleno de energía. En ocasiones anteriores me había causado la impresión de que andaba desganado, casi abatido.

Wallander frunció el entrecejo.

—¿Estás segura de lo que dices?

—¿Cómo puede una estar segura de lo que sucede en el interior de otra persona? Estoy diciéndote lo que me pareció a mí.

Wallander se mostró de acuerdo con su observación.

—Bien, creo que eso es todo por ahora, así que gracias —resolvió—. Es posible que volvamos a necesitar tu colaboración, pero, ni que decir tiene que si recuerdas algo más has de ponerte en contacto con nosotros de inmediato.

Hanson la acompañó hasta la salida mientras Wallander permanecía sentado, meditando sobre la última observación de la mujer, la relativa al buen humor de Tynnes Falk. Wallander movió la cabeza contrariado: las contradicciones se multiplicaban a medida que avanzaba la investigación.

Al cabo de unos minutos, Hanson estaba de vuelta.

—No sé si he oído bien. ¿De verdad que el perro se llamaba Redbar*[[14]](#footnote-14)*?

—Pues vaya nombre para un perro.

—No sé…, ¿un perro honrado…? Te aseguro que he oído cosas peores.

—Ya, pero un perro no puede llamarse Redbar, ¿no te parece?

—Bueno, al parecer, ella le ha puesto ese nombre. Y dudo mucho de que podamos considerar su acción como ilícita.

Hanson hizo un gesto displicente.

—A ver, una furgoneta Mercedes, negra o azul —dijo retomando la cuestión—. Supongo que debemos empezar por los coches robados.

Wallander se mostró de acuerdo.

—Sí pero, además, podrías hablar con alguno de los guías caninos sobre aquello del olor, si es normal que el perro no lo percibiera. En cualquier caso, ya contamos con una indicación horaria precisa a la que atenernos, lo cual no es poco, dadas las circunstancias.

Dicho esto, el inspector regresó a su despacho. Eran las doce menos cuarto, y decidió llamar a Martinson para referirle lo que había sucedido durante la noche. El colega lo escuchó sin pronunciar palabra. Esta actitud irritó a Wallander que, no obstante, logró controlar su mal humor. En cambio, le pidió a Martinson que fuese a ver a Robert Modin, no sin antes prometer que dejaría las llaves del apartamento en la recepción.

—De acuerdo, puede que sea muy enriquecedor ver cómo un buen pirata informático sortea un cortafuegos.

—Te prometo que la responsabilidad será sólo mía —sostuvo Wallander—. Pero no quisiera que el joven estuviese allí a solas.

Martinson notó enseguida la cauta ironía de Wallander y comenzó a hacer apología de sí mismo.

—Bueno, no todos somos como tú, que observas las reglas de la profesión como te viene en gana.

—Sí, ya lo sé —aceptó Wallander paciente—. Ya sé que tienes toda la razón, pero yo no pienso recurrir al fiscal, ni siquiera a Lisa, para pedirles permiso.

Cuando concluyeron la conversación, Wallander sintió que estaba hambriento, de modo que decidió disfrutar del buen día otoñal dando un paseo hasta el centro para almorzar en la pizzería de István. El propietario del local estaba muy ocupado, con lo que no tuvieron ocasión de charlar acerca de Fu Cheng y su tarjeta de crédito falsa. De regreso a la comisaría, el inspector se detuvo en Correos para echar la carta con el anuncio. Después continuó su camino, aliviado por el convencimiento de que no recibiría ni una sola respuesta.

Apenas había entrado en su despacho, cuando sonó el teléfono. Era Nyberg, que deseaba verlo. Así pues, volvió a recorrer el pasillo para acudir al despacho del técnico, que estaba en la planta baja del edificio. Al entrar, vio que Nyberg tenía ante sí, sobre la mesa, el martillo y el cuchillo que habían utilizado en el robo al taxista.

—Hoy se cumplen cuarenta años de mi vida como policía —barbotó Nyberg enojado—. En realidad, empecé un lunes por la mañana. Pero celebraré este absurdo aniversario el domingo.

—Si tan harto estás, no comprendo por qué no lo dejas ahora mismo —le espetó Wallander.

El inspector se sorprendió ante lo airado de su propia reacción, pues nunca antes había perdido los estribos de aquel modo con Nyberg. Antes al contrario, siempre procuraba dirigirse al hábil aunque colérico técnico criminalista con gran cautela.

Pese a todo, Nyberg no pareció ofendido, sino más bien asombrado.

—¡Vaya! Yo creía que era el único que tenía mal humor en esta casa —ironizó.

—Lo siento, no era mi intención estallar así —se excusó Wallander en un murmullo.

Entonces, el técnico se enojó.

—¡Qué coño! ¡Claro que era tu intención! No me explico por qué la gente tiene tanto miedo a manifestar sus arrebatos. Además, tienes razón. Lo único que hago últimamente es quejarme.

—Bueno, quizá sea ésa la única opción que nos quede —subrayó Wallander.

Nyberg echó mano de la bolsa que contenía el cuchillo con un gesto malhumorado.

—Veamos. Tengo los resultados de las huellas dactilares. Y resulta que aquí hay dos distintas.

Wallander se mostró enseguida interesado.

—Eva Persson y Sonja Hökberg —aventuró.

—Exacto. Las dos.

—Lo que puede indicar que Persson no miente a ese respecto.

—Bueno, es una posibilidad.

—¿Crees que, pese a todo, la inductora de la agresión fue Hökberg?

—Yo no creo nada. Lo único que digo es que existe esa posibilidad.

—¿Qué hay del martillo?

—Ahí sólo aparecen las huellas de Hökberg. Nada más.

Wallander asintió despacio.

—Bien, ya sabemos algo.

—Sí, pero sabemos algo más —prosiguió Nyberg al tiempo que hojeaba los papeles que se amontonaban sobre su escritorio—. Hay ocasiones en que los facultativos de medicina legal se superan a sí mismos. Y, en este caso, sostienen que, con verosimilitud rayana en la certidumbre, son capaces de establecer que la agresión se produjo en dos turnos. Primero atacaron con el martillo y después con el cuchillo.

—Ya, ¿y al contrario no?

—No. Ni tampoco al mismo tiempo.

—¡Vaya! ¿Cómo pueden llegar a semejante precisión?

—Yo creo saberlo, más o menos. Pero me temo que no podría explicártelo.

—Eso implica que Hökberg pudo haber cambiado de arma en medio del ataque.

—Así es, al menos, como yo creo que se produjeron los acontecimientos. Es posible que Eva Persson llevase el cuchillo en el bolso. Pero Hökberg se lo pidió y ella se lo dio.

—Ya, como en un quirófano —comentó Wallander presa de un profundo malestar—. Cuando el cirujano va pidiendo los distintos instrumentos…

Ambos permanecieron en silencio, entregados a meditar acerca de aquel símil tan desagradable. Finalmente, Nyberg rompió el silencio.

—Por cierto, hay algo más. He estado pensando en el bolso, ¿recuerdas? El que hallamos cerca de la unidad de transformadores pero en el sitio equivocado, por así decirlo.

Wallander aguardaba expectante la continuación. Nyberg era eminentemente un técnico, experto y exhaustivo, pero, en ocasiones, los sorprendía con su inesperada capacidad para combinar sus habilidades con otras que quedaban fuera de su competencia.

—El caso es que fui allí y me llevé el bolso. Intenté arrojarlo desde distintos puntos probables, pero jamás logré que llegase tan lejos.

—¿Cómo que no?

—¿Recuerdas el lugar con exactitud? Postes de la luz, alambres de púas y altos pilares de hormigón por todas partes… Así que el bolso chocaba siempre con algo. Lo intenté veinticinco veces. Y sólo una dio resultado.

—De lo que se deduce que alguien se tomó la molestia de ir hasta la valla con el bolso.

—Sí, es bastante probable. La cuestión es por qué.

—¿Se te ocurre algo?

—Lo más lógico es, claro está, que dejaran el bolso allí para que lo encontrásemos, pero no de inmediato.

—Es decir, que el asesino estaba interesado en que identificásemos el cuerpo, aunque no enseguida.

—Sí, eso es lo que yo pensé, hasta que caí en la cuenta de que justo en el lugar donde estaba el bolso la luz es mucho más intensa, pues uno de los focos está dirigido precisamente hacia el punto en el que lo hallamos.

Wallander intuía la conclusión a la que Nyberg estaba a punto de llegar, pero guardó silencio.

—En fin, lo que quiero decir es que cabe la posibilidad de que el bolso estuviese allí porque alguien se colocó bajo el haz de luz para registrar su contenido.

—¡Claro! Y seguramente encontró algo.

—Sí, ésa era mi idea. Aunque las conclusiones son cosa tuya, por supuesto.

Wallander se puso en pie.

—Bien —convino al fin—. Es posible que tu razonamiento sea de lo más acertado.

Dejó al técnico, subió la escalera y se dirigió al despacho de Ann-Britt, que estaba inmersa en la lectura de una montaña de papeles.

—Quiero que te pongas en contacto con la madre de Sonja Hökberg y le preguntes si ella sabe qué solía llevar su hija en el bolso —ordenó el inspector.

Tras escuchar su explicación sobre la idea de Nyberg, la colega se dispuso a buscar el número de teléfono.

Wallander no se quedó a esperar el resultado de la llamada, pues sentía un profundo desasosiego, de modo que regresó a su despacho mientras se recreaba en la duda de cuántos kilómetros habría recorrido por aquellos pasillos a lo largo de los años. Entonces oyó que el teléfono sonaba en su despacho, así que apremió el paso. Una vez hubo descolgado, escuchó la voz de Martinson.

—Creo que es hora de que vengas por aquí.

—¿Por qué?

—Robert Modin es un joven muy inteligente.

—¿Qué ha sucedido?

—Lo que tanto deseábamos. Hemos entrado. El ordenador nos ha abierto sus puertas.

Wallander colgó el auricular.

«Bien, esto sí que es un avance», se felicitó. «Nos ha llevado mucho tiempo. Pero, al final, llegó el momento».

Tomó la cazadora antes de abandonar la comisaría.

Eran las dos menos cuarto del domingo 12 de octubre.

# Segunda parte

El cortafuegos

## 21

El aire acondicionado dejó de funcionar de repente, y Carter se despertó. Quedó inmóvil, bajo las sábanas, atento al silencio de la oscuridad. Las cigarras interpretaban su canto sempiterno y, en la distancia, ladraba un perro. Se había producido un nuevo corte de luz. Era algo que solía suceder allí, en Luanda, día sí día no. Eran los secuaces de Savimbi, siempre a la expectativa de provocar el cese del suministro eléctrico en la capital. Y, claro, entonces se apagaba el aire acondicionado. Carter seguía sin moverse bajo las sábanas. En tan sólo unos minutos, el calor haría irrespirable el aire de la estancia. La cuestión era si sería capaz de levantarse y bajar a la habitación exterior, contigua a la cocina, y poner en marcha el generador. Por otro lado, no habría sabido decir qué le resultaba más insoportable, si el estruendo del generador o el calor sofocante que invadiría el dormitorio en un instante.

Giró la cabeza para ver la hora en el reloj. Eran las cinco y cuarto. Desde el interior de la casa oía los ronquidos de uno de los vigilantes nocturnos que dormía fuera. Sospechaba que sería José pero, mientras el otro vigilante, Roberto, se mantuviese despierto, aquello no tenía mayor importancia. Desplazó la cabeza sobre la almohada hasta que sintió la culata de la pistola que siempre tenía debajo. De hecho, pese a los vigilantes nocturnos y las vallas de que había rodeado la casa, era aquélla la única garantía de seguridad que le quedaba, en el caso de que cualquiera de los numerosos ladrones que poblaban la noche decidiese atacar. Él comprendía a la perfección que lo convirtiesen en el objetivo de sus desmanes. En efecto, él era blanco y estaba bien situado. Y en un país mísero y pobre como Angola, el crimen era algo natural. De haber sido él uno de los otros, uno de los pobres, se decía, se habría robado a sí mismo.

Entonces, el aire acondicionado volvió a ponerse en funcionamiento de forma tan repentina como se había apagado. Así solían ser los apagones, momentáneos. Pero en esos casos no eran consecuencia de la intervención de los bandidos, sino de algún fallo técnico. Los tendidos eléctricos eran muy antiguos, instalados por los portugueses durante la época colonial, e ignoraba cuántos años habían transcurrido desde entonces sin que nadie los supervisase.

Carter permaneció despierto en la negrura de la noche. Lo asaltó la idea de que pronto cumpliría los sesenta y que, en realidad, resultaba extraordinario el hecho de que hubiese vivido tanto, habida cuenta del modo en que había transcurrido su existencia, rica en experiencias y nada monótona, aunque sí llena de peligros.

Apartó las sábanas para que el aire frío le diese de lleno en todo el cuerpo. Le desagradaba despertarse al alba, pues era precisamente durante las horas que precedían a la salida del sol cuando más desprotegido se sentía. Eran horas en las que se encontraba solo con la oscuridad y los recuerdos. Horas en las que caía en la debilidad de excitarse y montar en cólera al revivir todas las injusticias. Y se veía incapaz de sosegarse hasta que no lograba concentrar todo su pensamiento en la venganza que se avecinaba. Pero lo normal era que, para entonces, hubiesen transcurrido varias horas y el sol se hubiese alzado ya sobre el horizonte. Los vigilantes nocturnos se habían puesto a charlar y el tintineo de los candados había empezado ya a llenar el aire, cuando Celina los abría para entrar en la cocina a prepararle el desayuno.

Volvió a cubrirse con la sábana. Cuando empezaba a picarle la nariz, sabía que no tardarían en sobrevenirle las ganas de estornudar. Y él detestaba los estornudos. Odiaba sus alergias. Para él eran claro indicio de una debilidad despreciable. En especial, porque solía estornudar a todas horas. Incluso había llegado al extremo de tener que interrumpir una intervención pública a raíz de una serie inacabable de estornudos continuados.

En otras ocasiones, las alergias se manifestaban bajo la forma de sarpullidos que le escocían o de un lagrimeo incontrolado e incontenible de los ojos.

Se cubrió la boca con la sábana y consiguió, en esta ocasión, salir vencedor y combatir el estornudo, que murió antes de nacer. Permaneció inmóvil, pensando en los años transcurridos y en todas aquellas circunstancias que habían concurrido para conducirlo a acabar tumbado en la cama de aquella casa, en Luanda, la capital de Angola.

Hacía ya más de treinta años que había empezado a trabajar como joven economista para el Banco Mundial, en Washington. Por aquel entonces tenía el convencimiento inquebrantable de que las posibilidades del banco para mejorar el mundo o, al menos, hacerlo más justo eran reales. Los enormes créditos que precisaban los países pobres y que ni los bancos privados ni las naciones podían conceder de forma individual fueron la causa de la creación del Banco Mundial, que nació en una reunión celebrada en Bretton Woods. Y pese a que muchos de sus compañeros de la universidad californiana en la que había cursado sus estudios aseguraban que había equivocado la elección pues, según ellos, en las oficinas del Banco Mundial jamás se gestaría ninguna solución plausible a los problemas económicos del mundo, él se había mantenido firme en su decisión. Él no era, en absoluto, menos radical que los demás. Y había participado en las mismas manifestaciones, incluidas las celebradas en contra de la guerra de Vietnam. Sin embargo, nunca se dejó convencer por la idea de que la desobediencia civil pudiese, por sí sola, conducir a un mundo mejor. Como tampoco había sucumbido a la debilidad de depositar su confianza en los partidos socialistas, demasiado raquíticos y limitados en su capacidad de intervención. Así, él había llegado a la conclusión de que debía operar en el seno de las estructuras existentes, pues para derribar el poder era preciso mantenerse en sus esferas.

Por otro lado, él guardaba un secreto que lo había movido a dejar Nueva York y la Universidad de Columbia para trasladarse a California. En efecto, había participado en la guerra de Vietnam durante un año. Y le había gustado. Durante aquel tiempo, formó parte de una célula de combate destinada en An Khe, desplegada a lo largo de aquella carretera tan vital que discurría por el oeste desde Qui Nhon. Y sabía que, en el transcurso de aquel año, había matado a varios soldados enemigos sin haber dudado, en ningún momento, de que, en el fondo, no se arrepentía lo más mínimo. De modo que, en tanto que sus compañeros habían caído en el mundo de la droga, él supo conservar su disciplina de soldado. Asimismo, no lo abandonó ni por un instante la convicción de que él sobreviviría, de que jamás atravesaría el océano para regresar a casa en un saco de plástico. Y fue entonces, durante las noches sofocantes que pasaban patrullando en medio de la selva, cuando adquirió aquella convicción. Uno debe estar del lado del poder, en sus inmediaciones, para lograr destruirlo. Y el mismo convencimiento lo dominaba aquella noche, tendido mientras aguardaba el despuntar del alba angoleña. La sensación de hallarse en una jungla, bajo un calor sofocante, y de tener tanta razón ahora como hacía treinta años.

Se dio cuenta enseguida de que quedaría un puesto libre de responsable del banco en Angola, de modo que comenzó a estudiar portugués. El ascenso en su carrera había sido veloz y carente de obstáculos. A sus superiores no se les ocultaba su enorme capacidad y, pese a que se habían presentado aspirantes cuyos méritos eran superiores o al menos, más numerosos que los suyos, fue él el elegido, sin vacilación, para ocupar la dirección de Luanda.

Era aquélla la primera ocasión en que visitaba África; la primera vez que ponía el pie en un país verdaderamente pobre y arruinado de la mitad sur del planeta. El tiempo que había servido como soldado en Vietnam no contaba, pues allí no había sido sino un enemigo no deseado. En Angola, en cambio, sí fue bien recibido. Al principio se dedicó a escuchar, mirar y conocer. Y recordaba su admiración ante una alegría y una dignidad incapaces de sucumbir a toda aquella miseria profunda.

Una vez allí, le llevó dos años comprender que lo que el banco estaba intentando hacer era totalmente erróneo. En efecto, en lugar de favorecer medidas propicias para la independencia del país y facilitar la reconstrucción tras la ruina acarreada por la guerra, las medidas de la entidad bancaria contribuían, en el fondo, a permitir que medrasen aquéllos que ya pertenecían a la clase más rica. En razón de su posición de poder, se encontraba a diario con personas que se doblegaban temerosas. Tras la verborrea radical no halló otra cosa que corrupción, cobardía y mal disimulados intereses. Ni que decir tiene que había otros —intelectuales independientes y algún que otro ministro— tan clarividentes como él mismo. Pero éstos se hallaban siempre en inferioridad de condiciones y ningún oído, salvo el suyo, se les ofrecía presto a escuchar sus razones.

Finalmente, no pudo soportarlo por más tiempo. Se había esforzado por explicarles a sus jefes que las estrategias del banco no eran en modo alguno las adecuadas. Pero nadie se hacía eco de sus puntos de vista, pese a los constantes viajes que emprendía a través del Atlántico con objeto de ejercer su influencia sobre los responsables de la sede principal. Les hizo llegar un sinnúmero de serios informes que no recibieron más que amable indiferencia por respuesta. En una de aquellas reuniones experimentó la sensación de que habían empezado a considerarlo como un elemento molesto, como alguien que estaba a punto de rebasar los márgenes permitidos. Preocupado, habló una noche con el más antiguo de sus mentores, un analista financiero llamado Whitfield que había seguido su trayectoria desde la universidad y que había contribuido a su contratación. Se vieron en un pequeño restaurante de Georgestown, y Carter le preguntó sin preámbulos si estaba convirtiéndose en una persona incómoda; si no había, en verdad, nadie que comprendiese que él estaba en lo cierto y que la postura del banco era equivocada. Whitfield respondió a sus indagaciones con total sinceridad: había formulado mal la pregunta. El hecho de que él tuviese o no razón era secundario. Lo verdaderamente importante era que el banco se había decantado por una política que había de aplicarse, con independencia de su bondad.

Carter voló de regreso a Luanda la noche siguiente. Pero, durante el viaje en su cómodo asiento de primera clase, una determinación empezó a forjarse en su mente.

A partir de ahí, invirtió una serie de noches de vigilia en definir qué quería con exactitud.

Y fue también entonces cuando conoció al hombre que acabaría por persuadirlo del todo de que él tenía razón.

Después de aquello, Carter empezó a pensar que lo más importante en la vida de una persona solía ser el resultado de una combinación de decisiones conscientes y de sucesos fortuitos. Por ejemplo, las mujeres a las que había amado habían llegado a su vida por las vías más extraordinarias. No era menos cierto que lo habían abandonado del mismo modo.

Y una noche de marzo a mediados de los años sesenta, sumido en lo más profundo de aquel periodo insomne durante el que buscaba una solución a su dilema, se sintió tan agitado que decidió bajar a visitar uno de los restaurantes del paseo portuario de Luanda. El restaurante se llamaba Metropol, y solía visitarlo porque sabía que era más que improbable toparse allí con ninguno de los demás empleados del banco ni, en general, con ninguna de las personas que constituían la élite del país. En el Metropol podía estar tranquilo. Esa noche, en la mesa contigua vio a un hombre que hablaba mal el portugués. El inglés del camarero tampoco parecía suficiente, de modo que Carter intervino para prestarles su ayuda.

Después, empezaron a charlar. De este modo, se enteró de que el hombre era de nacionalidad sueca y que se hallaba en Luanda para realizar un trabajo para el Estado como asesor en telecomunicaciones, un sector en el que el país adolecía de un retraso considerable. Carter nunca acertó a determinar después qué fue en realidad lo que despertó su interés por aquel individuo. De hecho, en condiciones normales, él solía guardar las distancias con respecto a los demás. Pero había algo en aquella persona que enseguida llamó su atención. Carter era un ser desconfiado y, cuando conocía a alguien, presuponía, de entrada, que se trataba de un enemigo.

Apenas si habían intercambiado algunas frases cuando Carter ya había comprendido que aquel hombre que ocupaba la mesa contigua y que no tardaría en cambiarse a la suya era muy inteligente. Por si fuera poco, no era un técnico estrecho de miras y con un elenco de intereses reducido; antes al contrario, resultó ser un hombre muy leído y bien informado tanto sobre la historia colonial de Angola como sobre la intrincada situación política del momento.

El individuo en cuestión se llamaba Tynnes Falk, según él mismo se había presentado aquella noche, poco antes de que se despidiesen. Fueron los últimos clientes del restaurante, donde no quedaba ya más que un adormilado camarero que aguardaba junto a la barra. A la puerta del local, los esperaban sus respectivos chóferes. Falk se alojaba en el hotel Luanda y decidieron que se verían la noche siguiente.

Falk permaneció en Luanda durante tres meses. Hacia el final de su estancia en la capital angoleña, Carter le ofreció un nuevo trabajo de asesoría aunque, en el fondo, no fue más que una excusa que le brindaría la posibilidad de regresar y de retomar sus charlas.

Falk regresó dos meses más tarde. En aquella segunda visita, le confesó que no estaba casado. Carter tampoco lo estaba, aunque había vivido durante años con diversas mujeres, de las que tenía cuatro hijos, tres niñas y un niño, a los que prácticamente no veía. Además, tenía dos amantes negras en Luanda, que solía alternar. Una era profesora de la universidad y la otra la exmujer de un ministro. Como era habitual, mantenía sus relaciones en el más absoluto secreto para todos, salvo para el servicio doméstico. Por otro lado, había procurado evitar mantener relaciones con empleadas del banco. Dado que Falk parecía sufrir un alto grado de soledad, Carter le facilitó la oportuna compañía de una mujer llamada Rosa, hija de un comerciante portugués y la sirvienta negra de éste.

Falk empezó a encontrarse a gusto en África. Carter le había ayudado a localizar una casa con jardín y vistas al mar, junto al hermoso golfo de Luanda. Por si fuera poco, había redactado un contrato conforme al cual Falk recibía un salario altísimo por el escaso trabajo que, en realidad, llevaba a cabo.

Continuaron entregándose a sus conversaciones y no tardaron en comprobar que, cualquiera que fuese el tema en que se centrasen durante las largas y calurosas noches africanas, ellos dos compartían en gran medida sus opiniones, ya fuesen de índole política o moral. Aquello llevó a Carter a pensar que, por primera vez en su vida, había dado con una persona a la que poder confiarse sin reservas. Otro tanto pensaba Falk. Se dedicaban a escucharse mutuamente, con creciente interés y con un asombro nacido del descubrimiento de que sus pareceres fuesen tan similares. De hecho, aquel radicalismo traicionado no era lo único que los unía. Ninguno de los dos había sucumbido a una amargura pasiva e introvertida. Hasta el instante en que la casualidad hizo que se cruzasen sus caminos, cada uno de ellos había hallado su vía de escape particular. Ahora podrían adoptar una común. Así, enumeraron unas cuantas condiciones sobre las que no cabía el menor desacuerdo entre los dos. ¿A qué podían recurrir, más allá de las ya obsoletas ideologías al uso, en medio de aquel inextricable bullir de personas y de ideas nacidas en un mundo que cada vez se les antojaba más corrupto? ¿Cómo construir un mundo verdaderamente mejor? ¿Acaso era posible llevar a término aquel cometido, mientras siguiesen en pie los viejos cimientos? Poco a poco, llegaron a la conclusión, incitándose el uno al otro, de que tal empresa apenas si sería posible a menos que se diese una condición absoluta para ello: la destrucción total de cuanto existiese hasta el momento.

De modo que, durante aquellas tertulias nocturnas, comenzó a forjarse el plan. Muy despacio, fueron indagando hasta hallar el punto en que poder aunar sus conocimientos y experiencias. Carter escuchaba con creciente fascinación los asombrosos relatos que Falk le refería acerca del mundo de la electrónica y la informática en el que él se desenvolvía. Gracias a su nuevo amigo sueco llegó a comprender que, en verdad, nada era imposible. Aquéllos que dominaban los entresijos de la comunicación electrónica eran los auténticos dueños del poder. Y con no menos excitado interés escuchaba Carter cómo Falk describía las guerras del futuro. Según él, las tecnologías de la información supondrían para los conflictos actuales e inminentes lo que el tanque durante la primera guerra mundial o la bomba atómica en la segunda. En efecto, el arsenal del enemigo podría verse furtivamente invadido de bombas de relojería compuestas simplemente de virus informáticos programados con antelación. Sus mercados de acciones y sus sistemas de comunicaciones se verían reducidos a la ruina tan sólo mediante impulsos eléctricos. Las nuevas técnicas harían que el poder sobre el futuro no se decidiese en los ámbitos más sofisticados, como sería de suponer, sino ante unos teclados de ordenador o en laboratorios. La era de los submarinos nucleares no tardaría en ser historia. La verdadera amenaza la constituían ahora los cables de fibra óptica que tejían sus redes, cada vez más densas, a lo largo de toda la superficie terrestre.

El gran plan comenzó a fraguarse paulatinamente, en el transcurso de aquellas cálidas noches africanas. Desde el principio, ambos se mostraron resueltos a tomarse todo el tiempo necesario; a no precipitarse nunca. Un buen día, llegaría el gran momento. Y entonces ellos estarían preparados.

Además, sus personalidades y conocimientos se complementaban. Carter disponía de los contactos adecuados; sabía cómo funcionaba el Banco Mundial y conocía con detalle los sistemas financieros, por lo que era bien consciente de la fragilidad de la economía mundial. Lo que muchos no dudaban en calificar de fortaleza, el hecho de que todas las economías del mundo avanzasen para entrelazarse, podría convertirse en su antítesis. Y Falk era el técnico capaz de diseñar el modo en que las diversas ideas podrían convertirse en realidad.

Durante muchos meses, cada noche, se reunieron para perfilar los detalles del gran golpe.

Después, mantuvieron el contacto de forma regular durante más de veinte años, pues sabían que aún no era el momento. Pero ese momento llegaría y, entonces, atacarían. El día en que la electrónica contase con las herramientas necesarias y que el mundo financiero internacional fuese tan interdependiente que un único golpe fuese capaz de deshacer el nudo; ése sería el gran día.

Un ruido vino a arrancar de su reflexión a Carter que, instintivamente, echó mano de la pistola que guardaba bajo la almohada. Hasta que comprendió que tan sólo era Celina, que zarandeaba los candados de la entrada a la cocina. Irritado, pensó que debería despedirla. Alborotaba demasiado cada mañana, mientras le preparaba el desayuno. Además, los huevos nunca estaban como a él le gustaban. Celina era fea, gorda, tonta. No sabía ni leer ni escribir y tenía nueve hijos, además de un marido cuya única labor, cuando no estaba borracho, era tumbarse a parlotear a la sombra de un árbol.

Hubo un tiempo en que Carter confió en que serían precisamente aquellas personas quienes crearían el nuevo mundo. Pero ya había mudado de parecer, de modo que tanto daba si desaparecían con el orden existente, si todo quedaba reducido a despojos.

El sol se afirmaba ya sobre el horizonte, pero Carter permaneció aún un instante bajo las sábanas, pensando en lo sucedido. Tynnes Falk estaba muerto. Aquello que tanto temían, había sucedido a pesar de todo. Ellos siempre lo habían tenido presente en el proceso de elaboración de su plan. Siempre habían contado con la posibilidad de que sucediese algo inesperado, algo que no fuese posible prever ni controlar. De hecho, lo tenían calculado y habían construido sistemas defensivos y soluciones alternativas. Sin embargo, jamás imaginaron que uno de ellos dos pudiese morir de una muerte tan absurda y accidental. Y, pese a todo, eso fue, precisamente, lo que ocurrió. El día en que Carter recibió la llamada telefónica de Suecia, se resistió a dar crédito a lo que le decían. Su amigo estaba muerto. Tynnes Falk había dejado de existir. Aquella circunstancia, además de venir a arruinar los proyectos de ambos, le causaba un profundo dolor. Por otro lado, había ocurrido en el peor momento imaginable, justo antes de que diesen el golpe decisivo. De modo que ahora tan sólo a él se le concedería participar del gran momento. Aun así, sabía de sobra que la vida no estaba conformada únicamente por decisiones conscientes y planes bien elaborados. La vida también contenía las casualidades.

Él ya había asignado en su cabeza un nombre a aquella gran operación: «La ciénaga de Jakob».

Aún recordaba cómo en una ocasión excepcional en que había bebido demasiado vino, Falk comenzó a hablar de su niñez, que había transcurrido en una finca donde su padre era una especie de administrador; algo así como el capataz de las antiguas plantaciones portuguesas de Angola. Allí, en los aledaños de un bosque cercano, había una ciénaga. La flora que por allí se prodigaba era, a decir de Falk, desconcertante y caótica, pero hermosa. Los juegos de su niñez habían tenido aquella ciénaga por escenario; allí había visto volar las libélulas y había pasado los mejores momentos de su vida. Aquel lugar se llamaba La Ciénaga de Jakob porque, según supo contar, un hombre llamado Jakob, víctima de un amor no correspondido, se había ahogado en ella hacía ya muchos años.

Cuando Falk alcanzó la edad adulta, el pantano cobró otro significado para él; en especial cuando conoció a Carter y ambos comprendieron que compartían una profunda experiencia del auténtico sentido de la vida. El pantano y sus inmediaciones se convirtieron en un símbolo del caos del mundo en que vivían, un mundo en que la solución última a la que acogerse no era sino ahogarse en sus aguas pantanosas. O, por lo menos, hacer que otros desapareciesen en sus profundidades.

«La ciénaga de Jakob». Sin duda; si la operación que pretendían emprender necesitaba un nombre, aquél era de lo más adecuado. Ahora, se convertiría en un homenaje póstumo a la memoria de Falk; un homenaje cuyo alcance y significado sólo él conocería.

Se quedó tendido unos minutos más, entretenida la mente con los recuerdos de Falk. Sin embargo, tan pronto como tomó conciencia de que comenzaba a sentir nostalgia, se levantó como un rayo, se dio una ducha y bajó a la cocina para desayunar.

Tenía planes de pasar el resto de la mañana en la sala de estar, escuchó algunos compases de música para violín de Beethoven, hasta que el trastear de Celina en la cocina lo hizo desesperar. De modo que bajó hasta la playa para dar un paseo por la orilla. A pocos pasos de él, justo detrás, lo seguía su chófer, Alfredo, que también hacía las veces de guardaespaldas. Cada vez que Carter viajaba por Luanda y contemplaba la decadencia, las montañas de basura, la pobreza y la miseria, se reafirmaba en la idea de que estaba haciendo lo correcto. Falk había estado con él casi hasta el final, pero, ahora, se veía obligado a hacerse cargo del resto él solo.

Caminaba por la orilla del mar sin dejar de contemplar la ciudad en descomposición. Sentía una gran paz interior: lo que quiera que surgiese de las cenizas fruto del incendio que él estaba a punto de provocar sería, sin lugar a dudas, algo mucho mejor que lo que existía.

Poco antes de las once, ya estaba de vuelta en su residencia. Celina ya se había marchado a casa. Carter se tomó un café y un vaso de agua antes de subir a su despacho, situado en la segunda planta. Lo conmovía el espectáculo de las vistas al mar, pero, aun así, corrió las cortinas. En realidad, lo que más le hacía disfrutar eran los atardeceres africanos o el ambiente que se creaba cuando la luz del sol entraba tamizada por las finas cortinas, menos ofensiva entonces para sus delicados ojos. A continuación se sentó ante el ordenador y comenzó a repasar todas las rutinas de forma casi mecánica.

En algún lugar impreciso del mundo electrónico, un reloj invisible emitía su tictac. Un reloj que Falk le había confeccionado según sus instrucciones. Era domingo, 12 de octubre. Estaban a tan sólo ocho días del momento fijado.

Hacia las once y cuarto, ya había comprobado el sistema.

Y, a punto estaba de salir de la habitación cuando, de repente, vio algo que lo dejó helado. Un diminuto punto de luz había empezado a brillar intermitente en una de las esquinas de la pantalla. Los impulsos eléctricos eran regulares: dos cortos, uno largo, dos cortos. Sacó entonces el manual que Falk le había proporcionado para identificar el código.

Al principio pensó que se había equivocado de código, pero, al final, no pudo por menos de admitir que no se trataba de ningún error. En Suecia, en la pequeña ciudad de Ystad, de la que Carter tan sólo había visto alguna que otra fotografía, alguien acababa de romper la última barrera de códigos de seguridad del ordenador de Falk.

Clavó la mirada en la pantalla, reacio a dar crédito a lo que veía: Falk le había asegurado que nadie podría jamás atravesar su sistema de seguridad.

No obstante, era evidente que alguien lo había logrado.

Carter empezó a transpirar, pero enseguida se recuperó y se obligó a mantener la calma. Falk tenía activadas un sinnúmero de funciones de protección, y el núcleo más recóndito de su sistema, los imperceptibles misiles informáticos de dimensiones microscópicas quedaban ocultos detrás de pantallas de refuerzo y de toda una serie de cortafuegos insalvables.

Pese a todo, alguien estaba intentándolo.

Carter estudió la situación. Inmediatamente después de la muerte de Falk, él había enviado a Ystad a una persona con la misión de observar lo que sucedía y mantenerlo informado. Y ya se habían producido varias situaciones de peligro, pero, hasta aquel momento, Carter había creído que todo estaba bajo control, dado que su reacción había sido siempre inmediata y decidida.

Por último, pensó que seguían dominando la situación, si bien no podía desentenderse del hecho de que alguien hubiese irrumpido o, al menos, intentado irrumpir en el ordenador de Falk. Aquello constituía un hecho innegable y un incidente que requería su inmediata intervención.

La mente de Carter se esforzaba febrilmente. ¿Quién había podido ser? En efecto, le costaba creer que se tratase de alguno de los agentes de policía que, según los informes que había recibido, investigaban, dando palos de ciego, tanto la muerte de Falk como parte de los demás sucesos.

Pero, en ese caso, ¿quién era?

A pesar de haber estado meditando sentado ante el ordenador hasta que la luz del atardecer comenzó a bañar la ciudad de Luanda, no halló ninguna respuesta. Cuando, finalmente, se puso en pie con la intención de dar por terminadas sus comprobaciones, aún mantenía la calma.

No obstante, se había producido un contratiempo. Y ahora se veía en la necesidad de averiguar cuál era su naturaleza exacta para, lo antes posible, estar en disposición de adoptar las medidas oportunas.

Poco antes de la medianoche, volvió a sentarse ante el aparato.

De repente, tomó conciencia de que añoraba a Falk como nunca hasta entonces.

Acto seguido, efectuó su llamada al ciberespacio.

Tras un minuto aproximadamente, obtuvo respuesta.

Wallander se había situado junto a Martinson mientras que Robert Modin ocupaba el asiento ante el ordenador. La pantalla se mostraba plagada de cifras que, a una velocidad inusitada aparecían y desaparecían en vertiginosas columnas. Después, la imagen quedó inmóvil congelada en la pantalla. Unas cifras compuestas de unos y ceros centellearon en la pantalla antes de que ésta quedase a oscuras. Robert Modin lanzó una mirada a Martinson, que asintió con gesto elocuente. El joven prosiguió introduciendo sus comandos en el ordenador. Nuevos ejércitos de cifras desfilaron veloces por la pantalla. Después se detuvieron de forma repentina y los dos agentes se inclinaron para ver mejor.

—No tengo ni idea de qué puede ser esto —confesó Robert Modin—. Es la primera vez que veo nada semejante.

—Puede que sean cálculos de algo, ¿no crees? —propuso Martinson.

Robert Modin negó con un gesto.

—Lo dudo. Más bien parece un sistema numérico que precisa de otro comando.

En esta ocasión, fue Martinson quien movió la cabeza.

—¿Puedes ser algo más explícito? —le rogó el inspector.

—No creo que se trate de ningún cálculo, pues no son fórmulas lo que utilizan. Por otro lado, las cifras no tienen más referente que ellas mismas. En mi opinión, estamos más bien ante un código cifrado.

Wallander experimentó un ligero grado de insatisfacción. Cierto que no sabía bien qué esperaba obtener de aquel intento, pero, desde luego, no aquello ante lo que ahora se hallaban: un barullo de cifras sin sentido.

—¿No dejaron de utilizarse las claves tras la segunda guerra mundial? —preguntó sin obtener respuesta.

Continuaron con la mirada clavada en las cifras.

—Esto tiene algo que ver con el número veinte —resolvió de pronto Robert Modin.

Martinson se acercó de nuevo a la pantalla, aunque Wallander permaneció en la misma posición, pues había empezado a dolerle la espalda. Robert Modin comenzó a explicarle lo que veía al tiempo que señalaba las columnas de cifras. Y Martinson lo escuchaba con atención, en tanto que Wallander dejaba vagar su pensamiento en otro sentido.

—¿Es posible que guarde relación con el año 2000? —inquirió Martinson—. ¿No dicen que los ordenadores perderán el control y que reinará el caos ese año?

—No tiene nada que ver con el año 2000 —se empecinó Robert Modin—. Es el número veinte. Además, no son los ordenadores sino las personas quienes pierden el control.

—Dentro de ocho días —auguró Wallander pensativo, sin saber muy bien por qué.

Robert Modin y Martinson continuaron intercambiando opiniones. Aparecieron nuevas combinaciones de dígitos en la pantalla. Wallander tuvo ocasión de aprender qué era un módem exactamente. Lo único que sabía hasta el momento era que se trataba de un aparato capaz de conectar un ordenador con el resto del mundo a través de líneas telefónicas. El inspector comenzaba a impacientarse. Al mismo tiempo, intuía que lo que Robert Modin estaba haciendo podía revestir no poca importancia para el caso.

De pronto, el teléfono, que había dejado en el bolsillo de la cazadora, comenzó a sonar. Se apartó unos metros y se colocó junto a la puerta de entrada antes de responder para comprobar que era Ann-Britt.

—Creo que he encontrado algo —anunció la colega.

Wallander salió a la escalera.

—¡Vaya! ¿Qué es?

—¿No te dije que pensaba profundizar en la vida de Lundberg? —le recordó ella—. Bien, lo primero que tenía intención de hacer era hablar con sus dos hijos. El mayor se llama Carl-Einar Lundberg. De pronto, tuve la impresión de que había visto ese nombre con anterioridad, en algún sitio. Sólo que no recordaba cuándo ni en qué contexto.

Aquel nombre no le decía nada a Wallander, que guardó silencio y la dejó proseguir.

—Así que hice una búsqueda del nombre en nuestros registros informatizados.

—¡Ah!, ¿sí? Y yo que creía que el único capaz de hacer esas cosas era Martinson…

—Más bien eres tú el único que no es capaz de hacer esas cosas…

—Ya, bueno. ¿Y qué has encontrado?

—Pues fíjate que di con él. Carl-Einar Lundberg se vio involucrado en un juicio, hace unos años, creo que durante el largo periodo en el que tú estuviste de baja.

—¡Interesante! ¿Y qué había hecho?

—Al parecer, nada de nada, porque resultó absuelto. Pero lo habían acusado de violación.

Wallander quedó pensativo.

—Bien… tal vez merezca la pena investigarlo —decidió por fin—, pero no es fácil de encajar en todo este asunto. En especial, en lo que a Falk se refiere, aunque también me cuesta ver la relación con Sonja Hökberg.

—Sí, es cierto, pero yo creo que seguiré indagando —opuso Ann-Britt—. Eso es lo que acordamos, ¿no?

Concluida la conversación, el inspector Wallander volvió junto al ordenador.

«Nada, nuestras pesquisas no nos conducen a ningún lugar», tuvo que admitir en un arrebato de abatimiento. «No tenemos la menor idea de qué es lo que andamos buscando. Nos hallamos inmersos en el más absoluto vacío».

## 

## 22

Poco después de las seis, Robert Modin sintió que no podía más. Además, empezó a quejarse de un fuerte dolor de cabeza.

Sin embargo, no tenía intención de abandonar. Aguzó la vista por encima de las lentes de sus gafas al tiempo que les aseguraba a Martinson y a Wallander que continuaría encantado al día siguiente.

—Pero necesito pensar —aclaró—. Tengo que diseñar una estrategia y consultar a unos amigos.

Martinson procuró que un coche llevase al joven a Löderup.

—¿Qué quiso decir? —inquirió Wallander cuando ambos hubieron regresado a la comisaría.

—Pues eso, que necesita pensar y elaborar una estrategia —repitió Martinson—. Exactamente igual que nosotros. Nosotros resolvemos problemas, y ése es el motivo por el que hemos solicitado la ayuda de Robert Modin, ¿no es cierto?

—Sí, claro. Pero es que sonaba como un viejo doctor al que se le hubiese presentado un paciente con una sintomatología extraña. Hasta dijo que quería consultar a unos amigos…

—Ya, bueno. Yo creo que lo que hará será consultar a otros hackers. O que hablará con ellos a través del ordenador. Pero el símil del doctor y los síntomas raros es realmente bueno.

Martinson parecía haber superado la anomalía de procedimiento que suponía haber recurrido a la colaboración de Robert Modin sin permiso de los superiores, de modo que Wallander decidió que no tenía sentido sacar a relucir el asunto de nuevo.

Tanto Ann-Britt como Hanson habían acudido a la comisaría, pero, por lo demás, reinaba una benefactora paz dominical. Wallander pensó fugazmente en el montón de casos que crecía sin cesar antes de convocarlos a todos a una breve reunión, persuadido de que, al menos de forma simbólica, estaban a punto de cerrar una semana de trabajo; por más que les quedase mucho por averiguar.

—Estuve hablando con uno de los guías caninos, con Norberg, que, por cierto, estaba planteándose cambiar de animal. Según él, Herkules está ya demasiado viejo —informó Hanson.

—¡Ah!, pero ¿sigue vivo ese perro? —inquirió Martinson incapaz de ocultar su asombro—. Recuerdo que ya estaba aquí cuando yo llegué.

—Pues, al parecer, sus días están contados, porque ha empezado a quedarse ciego.

Martinson rompió a reír, aunque sin ganas.

—¡Vaya!, sería un buen tema para un artículo: el destino de los perros policía cuando se quedan ciegos.

Pero a Wallander no le pareció en absoluto divertido, pues no podía negar que echaría de menos al viejo animal. Quizás incluso más de lo que añoraría a algún que otro colega.

—He estado pensando en el asunto de los nombres de los perros —prosiguió Hanson—. Con algo de esfuerzo, puedo comprender que le pongan a un chucho el nombre de Herkules, pero lo de Redbar ya se me escapa.

—¿Cómo? No hay ningún perro policía que se llame así, ¿no? —preguntó Martinson con cara de sorpresa.

Wallander dejó caer las palmas de las manos sobre la mesa en sonora palmada: el gesto más autoritario que era capaz de hacer en aquel momento.

—Bueno, bueno. Dejemos ese tema. ¿Qué dijo Norberg?

—Que sí, que es posible que cuando los cuerpos o los objetos están o han estado congelados dejen de despedir ningún tipo de olor. De hecho, a los perros les resulta mucho más complicado localizar cadáveres en invierno si las temperaturas son demasiado bajas.

Wallander pasó página rápidamente.

—¿Y el vehículo? El Mercedes, ¿has podido comprobar algo?

—Sí. Hace unas semanas que robaron en Ånge una furgoneta Mercedes, de color negro.

Wallander sondeaba su memoria en un intento de localizar Ånge geográficamente.

—¿Dónde está Ånge? —se rindió.

—Cerca de Luleå —afirmó Martinson sin el menor titubeo.

—¡Anda ya! —exclamó Hanson—. Está cerca de Sundsvall.

Ann-Britt se puso en pie y fue a mirar el mapa que había en la pared. Era Hanson quien estaba en lo cierto.

—Ni que decir tiene que ésa puede ser nuestra furgoneta —observó Hanson—. Suecia es un país pequeño.

—Ya, bueno, apenas si parece verosímil —objetó Wallander—. Puede que haya habido más coches robados cuya desaparición no se haya denunciado aún. Así que seguiremos pendientes del asunto.

Dicho esto, pasaron a escuchar la información recabada por Ann-Britt.

—Bien. Lundberg tenía dos hijos, distintos como la noche y el día. El que vive en Malmö, Nils-Emil, trabaja como conserje en un colegio. Intenté ponerme en contacto con él por teléfono, pero su mujer me dijo que estaba entrenando con un grupo que se dedicaba a hacer ejercicios de orientación en el campo. Es bastante habladora y me aseguró que su marido se había visto muy afectado por la muerte del padre. Si no la entendí mal, parece que Nils-Emil es cristiano practicante. De modo que el que puede resultar interesante para nosotros parece ser el mayor, Carl-Einar. En 1993, fue acusado de haber violado a una chica que se apellida Englund, vecina de Ystad. Pero jamás se demostró su culpabilidad.

—¡Ah, sí! Me acuerdo bien de aquel caso. Bastante desagradable, por cierto.

Wallander, a su vez, no tenía más recuerdo de aquella época que el de su deambular por las playas danesas de Skagen, hasta que, a raíz del asesinato de un abogado [[15]](#footnote-15), se reincorporó a su puesto en la policía, aunque el primer sorprendido era él mismo.

—¿Llevaste tú el caso? —inquirió el inspector.

Martinson hizo una mueca de tristeza antes de responder:

—No, fue Svedberg.

Un denso silencio inundó la sala por un instante durante el que todos rememoraron en silencio la figura del colega muerto.

—Todavía no he terminado de revisar toda la documentación —continuó Ann-Britt—. Así que aún ignoro por qué no lo declararon culpable.

—Lo cierto es que nadie fue condenado por aquel delito —precisó Martinson—. Así que el autor quedó suelto, pues nunca encontramos otro sospechoso. Lo que sí recuerdo es que Svedberg siguió convencido de que, pese a todo, había sido Lundberg. Pero, la verdad, no se me había ocurrido que podía tratarse de ese Lundberg, del hijo del taxista.

—A ver, supongamos que hubiese sido él —propuso Wallander—. ¿Explicaría esa circunstancia, en realidad, el hecho de que su padre pierda la vida víctima de un robo, o que Sonja Hökberg muera carbonizada, o que a Tynnes Falk le corten dos dedos?

—Bueno, fue una violación de una brutalidad extrema —intervino Ann-Britt—. Es decir, que el autor era un hombre difícil de amedrentar. La joven Englund estuvo ingresada en el hospital durante mucho tiempo. Y presentaba heridas graves, tanto en la cabeza como en el resto del cuerpo.

—Bien, naturalmente, debemos investigarlo más a fondo —concedió Wallander—. Pero no creo que esté relacionado con este caso. Detrás de todo lo sucedido se esconde algo muy distinto cuya naturaleza aún desconocemos.

Llegó entonces el momento de dar paso al asunto de Robert Modin y el ordenador de Falk. Ni Hanson ni Ann-Britt parecieron reaccionar ante el hecho de que hubiesen buscado la ayuda de una persona condenada con anterioridad por un delito de pirateo informático del más alto nivel.

—A ver, creo que no lo entiendo bien —confesó Hanson una vez que Wallander puso punto final—. ¿Qué crees tú que podemos encontrar en ese ordenador? ¿Una confesión o una exposición aclaratoria de lo ocurrido? Y, en ese caso, ¿por qué habrían de figurar esos datos en el ordenador?

—Verás, no sé si encontraremos algo —admitió Wallander sin rodeos—, pero estoy convencido de que debemos averiguar a qué se dedicaba Falk exactamente. Al igual que debemos hacernos una idea lo más clara posible de quién era. Por cierto, que mucho me temo que tendremos que indagar en su pasado. Tengo la impresión de que era un hombre bastante especial.

Hanson no pareció ceder a los argumentos de Wallander, pues seguía sin ver con claridad la utilidad que podría tener el que dedicasen tanto tiempo a trastear en el ordenador de Falk. Sin embargo, no opuso más objeciones. Wallander intuyó que debía dar por finalizada la reunión lo antes posible: todos estaban agotados y necesitaban descansar.

—Bien, continuaremos como hasta ahora —prosiguió—. Sin descartar alternativas y adentrándonos hasta el fondo de cada brecha en la investigación. Aislaremos cada uno de los acontecimientos y nos comunicaremos los resultados para ver si hallamos algún otro denominador común. Hemos de recabar más información acerca de Sonja Hökberg. ¿Quién era, en realidad? Al parecer, estuvo trabajando en el extranjero, hizo un poco de todo. Los datos con que contamos son demasiado escasos.

En este punto, se interrumpió para preguntar a Ann-Britt:

—Por cierto, ¿qué pasó con su bolso?

—¡Ah, sí! Se me olvidaba —adujo ella en tono de disculpa—. La madre creía que era posible que faltase una agenda.

—¿Que «era posible»?

—Así es. Eso dijo. Y estoy por creerla, la verdad. Parece que la única persona a la que Sonja Hökberg facilitó el acceso a su intimidad fue Eva Persson. Según cree la madre de Sonja, su hija tenía una pequeña agenda de color negro en la que anotaba direcciones y números de teléfono. Y, de ser así, dicha agenda habría desaparecido del bolso. Pero ya te digo que no estaba segura.

—En fin, si es cierto, es un dato importante. Pero supongo que Eva Persson debe de saberlo. —Wallander meditó un momento antes de seguir adelante—. Bien, en mi opinión, debemos reorganizarnos en lo relativo a la distribución de tareas. A partir de este momento, quiero que tú, Ann-Britt, te dediques de forma exclusiva a investigar a Sonja Hökberg y a Eva Persson. Algún novio debió de existir en la vida de Sonja; alguien que pudiera llevarla en coche fuera de la ciudad, tal vez. Y quiero que indagues en su entorno y su pasado, que averigües quién era. Martinson se encargará de mantener a Robert Modin de buen humor. Del hijo de Lundberg puede responsabilizarse otra persona. Yo mismo, sin ir más lejos. Y también seguiré rebuscando en la vida de Falk. Hanson, por su parte, se dedicará a dar cohesión a cuanta información consigamos, informando a Viktorsson, por ejemplo, y capitaneando un grupo paralelo que se encargue de localizar más testigos y de buscar una explicación al hecho de que un cadáver desaparezca del depósito de Lund. Además, alguien debería ir a Växjö y hablar con el padre de Eva Persson, sólo por no tenerlo pendiente.

Antes de concluir la reunión, echó una ojeada a su alrededor para comprobar que todo había quedado claro.

—Todo esto nos llevará bastante tiempo, pero tarde o temprano daremos con algo que nos conduzca al extraordinario denominador común que, pese a todo, debe de existir.

—¿No estamos obviando algo? —observó Martinson una vez que Wallander hubo guardado silencio—. Alguien se tomó la molestia de disparar contra ti, ¿recuerdas?

—No, no lo he olvidado —corrigió Wallander—. Pero, a mi entender, ese disparo no es más que un índice inequívoco de la gravedad de este caso; de que, sin duda, debe de haber un fondo que resultará mucho más complejo de lo que hemos osado imaginar.

—Ya, claro. O tal vez sea tan simple que se nos escapa —apuntó Hanson.

Por fin, disolvieron la reunión. Wallander sentía la necesidad de salir de la comisaría lo antes posible. Eran ya las siete y media y, pese a haber comido muy poco durante el día, no estaba hambriento. Se dirigió a la calle de Mariagatan. El viento había amainado, pero la temperatura se mantenía. Antes de abrir la puerta y entrar en el portal echó una ojeada a su alrededor.

Una vez en casa, dedicó la hora siguiente a adecentar el apartamento y a seleccionar y amontonar la ropa sucia. De vez en cuando se detenía a mirar las noticias del telediario, de repente, un titular llamó su atención. En efecto, emitían una entrevista a un general americano al que preguntaron cómo creía él que serían las guerras del futuro. Según el oficial, la mayor parte de las operaciones bélicas se ejecutarían a través de ordenadores. Los días de las tropas de infantería estaban contados o, al menos, su importancia se vería considerablemente menguada.

Aquellas palabras suscitaron una duda en el inspector. Puesto que aún no habían dado las nueve y media, buscó un número de teléfono y se sentó a llamar junto a la mesa de la cocina.

Erik Hökberg respondió casi en el acto.

—¿Qué tal va todo? —inquirió—. Nosotros estamos de luto, como comprenderás. Y nos gustaría saber cuanto antes qué le ocurrió a Sonja con exactitud.

—Trabajamos a marchas forzadas, no lo dudes.

—Pero ¿tenéis algún resultado? ¿Sabéis ya quién la mató?

—No, aún no.

—Pues no me explico que sea tan difícil dar con alguien que ha sido capaz de quemar viva a una pobre chica en una central transformadora.

Wallander se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Ya, bueno. Te llamaba porque quería preguntarte si Sonja sabía manejar un ordenador.

La respuesta fue inmediata y decidida.

—¡Pues claro que sabía! Como todos los jóvenes de ahora.

—¿Y le interesaban los ordenadores?

—Bueno, solía navegar por Internet. Y no se le daba mal. Pero no era tan buena como Emil.

A Wallander no se le ocurrían más preguntas. De pronto, sintió que sus conocimientos de informática eran insuficientes. En realidad, era Martinson quien debería haberle hecho aquel tipo de preguntas a Hökberg.

—Oye, supongo que habrás estado pensando en lo ocurrido y te habrás preguntado cómo pudo Sonja matar al taxista y por qué ella misma resultó asesinada después, ¿no es así?

La voz de Erik Hökberg sonó entrecortada al contestar:

—La verdad, yo suelo entrar en su habitación —confesó en tono lastimero—. Suelo quedarme allí sentado, contemplando sus cosas. Y, si he de ser sincero, no comprendo nada de nada.

—¿Cómo describirías a Sonja?

—Era una joven fuerte y algo obstinada. Tenía un carácter difícil. Creo que se las habría arreglado bien en la vida. Como se suele decir, estaba bien equipada para vivir. Sí, ella lo estaba, sin la menor duda.

Wallander revivió en su memoria la imagen de la habitación de la joven y su impresión de que aquella estancia había dejado de crecer mientras ella se hacía mayor. La habitación de una niña pequeña y no de la persona a la que el padrastro acababa de describir.

—¿No tenía novio? —continuó indagando Wallander.

—No, que yo sepa.

—¿Y no te resulta un tanto extraño?

—¿Por qué?

—Bueno, después de todo, tenía diecinueve años y era bastante guapa.

—Pues a casa no trajo nunca a nadie.

—¿Y tampoco recibía llamadas?

—No sé. Ella tenía su propio teléfono. Fue el regalo que pidió cuando cumplió los dieciocho. Lo cierto es que la llamaban continuamente, pero, como comprenderás, yo no sé quién.

—¿Tenía contestador?

—Sí, pero ya lo he escuchado y estaba vacío.

—Bien, si volviera a recibir alguna llamada, me gustaría escuchar el mensaje.

A Wallander lo asaltó de pronto el recuerdo del póster que había fijado en el interior del armario de la chica. Lo único, aparte de la ropa, que indicaba que allí vivía una adolescente, casi una mujer. Rebuscó en su memoria el nombre de la película…: El abogado del diablo.

—Höglund, la agente de la brigada judicial, se pondrá en contacto con vosotros. Tendrá muchas preguntas que haceros. Si de verdad deseáis que averigüemos qué le ocurrió a Sonja, debéis colaborar al máximo con vuestras respuestas.

—¿Acaso no te he dado las respuestas que pides? —le espetó Erik Hökberg en un tono inesperadamente agresivo que Wallander, no obstante, supo comprender.

—Vuestra colaboración es modélica —lo tranquilizó Wallander—. Bien, no te molesto más.

Se despidió antes de colgar el auricular y permaneció allí sentado sin poder apartar de su mente la imagen del póster cinematográfico que había hallado en el armario de Sonja. Miró el reloj y comprobó que eran las nueve y media. Entonces marcó el número del restaurante en el que trabajaba Linda. Un hombre muy estresado respondió en sueco con un fuerte acento extranjero y le prometió que iría a buscarla. La muchacha tardó varios minutos en contestar. Al oír que era su padre quien llamaba, se enojó.

—¡Ya sabes que no puedes llamar a estas horas, cuando más ocupados estamos! Lo único que consigues es que se cabreen conmigo.

—Sí, ya lo sé —repuso Wallander en tono de disculpa—. Es sólo una pregunta.

—Bueno, pero rápido.

—Claro. ¿Has visto una película que se llama El abogado del diablo? Es de Al Pacino.

—O sea, que me llamas y me molestas en medio del trabajo para preguntarme por una película, ¿no es eso?

—No tenía otra persona a la que preguntar…

—Bueno, pues cuelgo ahora mismo.

Al oír su respuesta, fue Wallander quien se indignó.

—¡No puede ser tan difícil responder a una simple pregunta! ¿La has visto o no?

—¡Sí, la he visto! —barbotó ella.

—¿Y de qué trata?

—¡Dios santo!

—¿Trata de Dios?

—Bueno, en cierto modo. Trata de un abogado que, en realidad, es el mismo diablo.

—¿Y eso es todo?

—¿No te parece suficiente? ¿Por qué quieres saberlo? ¿Acaso tienes pesadillas por las noches?

—No, estoy investigando un asesinato. Y necesito saber por qué una joven de diecinueve años tiene el póster de esa película en su dormitorio.

—Pues lo más probable es que Al Pacino le parezca guapo. O que adore al diablo. ¿Cómo coño quieres que lo sepa yo?

—¿Tienes que usar ese vocabulario?

—Pues sí.

—¿Y no trata de nada más?

—Oye, ¿por qué no vas y la alquilas? Seguro que ya está en vídeo.

Wallander se sintió como un imbécil. En efecto, debería habérsele ocurrido antes; podría ir a uno de los videoclubes de la ciudad y alquilar la película en lugar de andar irritando a Linda.

—Siento haberte molestado —se disculpó.

De repente, la cólera de la joven desapareció.

—No importa, pero ahora tengo que dejarte.

—Lo sé. Hasta luego.

El inspector colgó el auricular, pero el teléfono volvió a sonar enseguida. Descolgó de nuevo, en medio de grandes dudas, pues podía tratarse de algún periodista. Y si había algo que no estaba dispuesto a soportar en aquel momento era otra intromisión de los medios de comunicación.

Al principio, no reconoció la voz, pero enseguida cayó en la cuenta de que era Siv Eriksson.

—Espero no molestar —se disculpó ella.

—No, en absoluto.

—Verás, he estado pensando…, intentando recordar algo que pueda serte de ayuda.

«Invítame a ir a tu casa», sugirió Wallander para sus adentros. «Si de verdad deseas ayudarme, invítame. Tengo hambre y sed y no quiero pasar las horas en este asqueroso apartamento».

—¿Se te ha ocurrido algo? —inquirió, no obstante, con el tono más formal de que fue capaz.

—No, por desgracia. Supongo que era su mujer quien mejor lo conocía. O quizá sus hijos.

—Si no recuerdo mal, decías que los encargos que le hacían solían ser de la más diversa índole; le surgían tanto aquí en Suecia como en el extranjero y, al parecer, era bastante bueno, así que estaba muy solicitado. ¿No te hizo nunca ningún comentario sorprendente sobre su trabajo? ¿Algo que jamás habrías esperado oírle decir?

—Como te dije, no era muy hablador. Era muy cauto con las palabras. Lo cierto es que era muy cauto en general.

—¿Podrías ser un poco más explícita?

—Bueno, a veces me daba la impresión de que se encontraba en otro mundo. Por ejemplo, si estábamos comentando algún problema, él me escuchaba e incluso respondía a mis preguntas y comentarios, pero, pese a todo, era como si estuviese ausente.

—¿Y dónde crees que estaba?

—Lo ignoro. Era muy misterioso. Aunque no me había dado cuenta hasta ahora. De hecho, antes pensaba que su actitud reservada era una manifestación de su timidez. O a que estaba abstraído. Pero ya no. A decir verdad, la impresión que una tiene de una persona se modifica después de su muerte.

Wallander pensó fugazmente en su propio padre, aunque la imagen del anciano no se le antojaba, tras su muerte, muy distinta de como había sido en vida.

—Entonces, ¿no tienes ni idea de en qué podía estar pensando? —insistió el inspector.

—Pues, en realidad, no…

Dado que la respuesta le pareció algo inconclusa, se dispuso a esperar pacientemente a que la mujer se decidiese a completarla.

—En honor a la verdad, no tengo memoria más que de un recuerdo que puede interpretarse como anómalo. Lo cual, por otro lado, no es mucho, si tenemos en cuenta que nos conocíamos desde hacía varios años.

—Ajá. Cuéntame.

—Fue hace dos años, en octubre o a principios de noviembre. Una noche en que se presentó aquí alterado en extremo. Tanto, que no logró ocultar su indignación. Teníamos entre manos un trabajo de asesoría que era bastante urgente. Algo para el catastro. Ni que decir tiene que yo le pregunté qué había pasado. Y entonces me contó que había sido testigo de cómo unos adolescentes habían iniciado una pelea con un hombre de edad que, al parecer, estaba algo ebrio. Según dijo, cuando el hombre intentó defenderse, lo abatieron a golpes y, una vez que lo tenían tendido sobre la acera, la emprendieron a patadas con él.

—¿Y eso fue todo?

—¿No te parece suficiente?

Wallander meditó un instante. Tynnes Falk había reaccionado ante el hecho de que una persona hubiese sido víctima de un acto violento. Por más que pensaba en ello, no veía con claridad qué podía significar aquello, al menos en el contexto de la investigación en curso.

—¿Y él no intervino?

—No. Sólo se enfureció.

—¿Qué dijo exactamente?

—Que esto era un caos. Que ya no merecía la pena…

—¿Qué era lo que no merecía la pena?

—¡Yo qué sé! A mí me dio la sensación de que, en cierto modo, se refería al ser humano en sí. Como si la condición de animal se impusiera a la de racional. De todos modos, como era habitual en él, cuando intenté indagar un poco más en su comentario, me cortó. Y nunca más volvió sobre el tema.

—Y tú, ¿cómo interpretas su indignación?

—Bueno, a mí me pareció bastante natural. ¿Acaso tú no habrías reaccionado del mismo modo?

«Sí, tal vez sí», admitió Wallander para sus adentros. «Sólo que no estoy seguro de si yo habría llegado a la conclusión de que el mundo es un caos».

—Me figuro que no sabrás quiénes eran aquellos jóvenes, ni tampoco el hombre borracho que fue objeto de su agresión.

—¡Por Dios! ¿Cómo iba yo a conocer semejante dato?

—Bueno, yo soy policía. Mi misión es hacer preguntas.

—En fin, siento no haber podido contribuir con algo más de información.

Wallander notó que deseaba retenerla al teléfono, pero comprendió que ella lo descubriría enseguida si lo intentase.

—Bien, gracias por llamar. No dudes en hacerlo de nuevo si se te ocurre algo más. Yo te llamaré mañana, con toda probabilidad.

—De acuerdo. Ahora estoy preparando un trabajo de programación para una cadena de restaurantes, de modo que estaré todo el día en la oficina.

—¿Cómo afectará todo esto a tu trabajo?

—No lo sé. Sólo espero que mi fama sea lo suficientemente buena como para poder sobrevivir sin Tynnes. De lo contrario, ya se me ocurrirá algo.

—¿Como qué?

Ella lanzó una carcajada.

—¿Es algo que necesites saber para la investigación?

—No, es sólo curiosidad.

—Pues quizá me dedique a viajar.

«Todos se van de viaje», se lamentó Wallander con un punto de envidia. «Al final, no quedaremos en este país más que los malhechores y yo».

—Sí, yo también lo he pensado, pero estoy atado por muchos motivos, como el resto, supongo.

—Yo no estoy atada —objetó ella ufana—. Uno debe decidir por sí mismo.

Concluida la conversación, Wallander siguió pensando en sus últimas palabras: «Uno debe decidir por sí mismo». Claro que ella tenía razón. Tanta como Per Åkeson y Sten Widén.

De repente, sintió una gran satisfacción ante el hecho de haber enviado aquel anuncio a la sección de contactos del periódico. A pesar de que no contaba con recibir ninguna respuesta, al menos, había tomado alguna iniciativa.

Se puso una cazadora y se encaminó a uno de los videoclubes que había al final de la calle de Stora Östergatan. Sin embargo, al llegar vio que los domingos cerraban a las nueve. De modo que siguió subiendo en dirección a la plaza de Torget deteniéndose de vez en cuando ante algún que otro escaparate.

Ignoraba cuál podía ser el origen de aquella sensación, pero, de repente, se dio la vuelta. A excepción de algunos jóvenes y un guarda nocturno, no había nadie en la calle. Rememoró de nuevo la advertencia de Ann-Britt y su consejo de que procurase ser más cauteloso.

«¡Bah!, son imaginaciones mías», resolvió. «No hay nadie tan necio que intente atacar al mismo policía dos veces consecutivas».

Ya en la plaza de Torget, giró hacia la calle de Hamngatan para después tomar la de Österleden, camino a casa. El aire fresco le acariciaba el rostro. El inspector se dio cuenta de que necesitaba hacer ejercicio.

Eran las diez y cuarto cuando llegó a la calle de Mariagatan. Una vez en casa, vio que no le quedaba más que una cerveza en el frigorífico. Se preparó unos bocadillos y se sentó ante el televisor con la intención de seguir un debate sobre la economía sueca. Lo único que creyó comprender fue que las finanzas del país eran halagüeñas y deficientes al mismo tiempo. Enseguida empezó a dar cabezadas, deseando poder dormir por fin toda una noche, sin sobresaltos.

Al parecer, los problemas de la investigación habían decidido darle un respiro por un momento.

A las once y media, se fue a la cama y apagó la luz.

Apenas vencido por el sueño, sonó el teléfono. El timbre resonaba en la oscuridad.

Contó hasta diez, y el timbre cesó. Entonces desconectó el teléfono y decidió esperar: si lo buscaban de la comisaría, intentarían localizarlo a través del móvil, aunque él deseaba que no fuese el caso pero… En ese momento se oyó el zumbido del teléfono móvil que tenía sobre la mesilla de noche.

Era la patrulla que estaba de guardia en la calle de Apelbergsgatan y quien llamaba era el agente Elofsson.

—No sé si será importante —comenzó el colega excusándose—, pero hemos visto pasar el mismo coche varias veces por aquí durante la última hora.

—¿Pudisteis ver al conductor?

—Por eso llamo, como tú dejaste instrucciones claras…

Wallander aguardaba presa de renovada tensión.

—El caso es que podría ser chino —prosiguió Elofsson—, aunque comprenderás que no es fácil asegurarlo.

El inspector no tuvo que pensárselo dos veces. Su noche de reposo se había malogrado apenas comenzada.

—Voy para allá ahora mismo.

Colgó y miró el reloj.

Acababa de dar la medianoche.

## 

## 23

Wallander dejó a sus espaldas la calle de Malmövägen.

Después, pasó la de Apelbergsgatan y dejó el coche aparcado en la calle de Jörgen Krabbes Väg, desde donde no le llevó ni cinco minutos alcanzar la casa en la que había vivido Falk. No soplaba ya la menor brisa y el cielo estaba raso. Poco a poco, el clima se recrudecía. Pero el mes de octubre escaniano solía ser así: al tiempo parecía costarle decidirse.

El vehículo en que esperaban Elofsson y su colega estaba aparcado cerca de la casa de Falk, en la acera de enfrente. Cuando Wallander llegó a la altura del coche, la puerta trasera se abrió y el inspector se sentó en el interior, que olía a café. Pensó entonces en todas aquellas noches que él mismo había pasado luchando contra el sueño, o en pie y muerto de frío en cualquier calle perdida, con motivo de alguna de las desesperantes investigaciones en que había intervenido.

Intercambiaron un rápido saludo. El colega de Elofsson no llevaba en Ystad más de seis meses. Se llamaba El Sayed y era tunecino: el primer policía de origen extranjero destinado a Ystad y directamente enviado por la Escuela Superior de Policía. Al conocer la noticia, Wallander se había sentido preocupado por el hecho de que El Sayed fuese recibido con malevolencia o incluso intransigencia, pues no se hacía ilusiones sobre el modo en que muchos de sus compañeros interpretarían el tener que acoger en la comisaría a un colega de raza árabe. Y, en efecto, sus temores se habían visto confirmados. Comentarios malévolos, aunque velados, surgían aquí y allá. Lo que el inspector ignoraba era hasta qué punto el propio El Sayed lo habría notado o cuánto rechazo había esperado encontrar. Abatido por el cargo de conciencia, Wallander lamentaba de vez en cuando no haberlo invitado a su casa en alguna ocasión. Y no sabía de nadie que lo hubiese hecho hasta la fecha. Pese a todo, aquel joven de cálida sonrisa se había incorporado a la comunidad, por más que le hubiese llevado más tiempo del habitual. Y Kurt Wallander se preguntaba qué habría ocurrido si El Sayed se hubiese hecho eco de los comentarios y hubiese reaccionado ante ellos, en lugar de exhibir inquebrantable aquella sonrisa suya.

—Llegó de la zona norte —explicó Elofsson—, desde Malmö. Y ha pasado por aquí tres veces.

—¿Cuándo fue la última?

—Justo antes de que te llamase. Antes de hacerlo al móvil, lo intenté con el fijo, pero debes de dormir como un tronco.

Wallander no replicó.

—Bien, cuéntame.

—En fin, ya sabes lo que suele suceder; hasta que la misma persona no pasa dos veces, no te fijas.

—¿Qué coche era?

—Un Mazda azul oscuro.

—¿Notaste si aminoró la marcha al pasar por aquí?

—La primera vez no me di cuenta. Pero, la segunda, sin la menor duda.

En este punto, El Sayed terció en la conversación.

—La primera vez también frenó ligeramente.

Wallander notó que Elofsson se molestó con su intervención, como si no le agradase que el hombre que ocupaba el asiento de al lado hubiese visto más que él.

—Pero no llegó a detenerse, ¿no es así?

—No.

—¿Crees que descubrió vuestra presencia?

—Dudo mucho de que lo hiciera la primera vez. Pero probablemente la segunda, sí.

—¿Y después?

—Veinte minutos más tarde pasó de nuevo. Pero entonces no redujo la velocidad.

—Ya, en ese caso, lo único que pretendía era comprobar si seguíais aquí. ¿Visteis si había alguien más en el coche?

—Ya lo hemos comentado y, aunque no estamos seguros, nos dio la impresión de que iba solo.

—¿Habéis hablado con los colegas de la plaza de Runnerströms Torg?

—Sí, pero ellos no han visto el coche.

Esta noticia sorprendió a Wallander pues, si alguien mostraba interés por la residencia de Falk, era de esperar que también quisiese controlar el lugar donde tenía su despacho.

Reflexionó un instante hasta concluir que la única explicación plausible era que la persona que iba en el coche no conociese la existencia del despacho. Siempre que el policía que estaba de guardia en Runnerströms Torg no se hubiese dormido, una posibilidad que Wallander no se sentía inclinado a excluir por completo.

Elofsson se volvió hacia atrás y le dio a Wallander una nota con el número de matrícula del coche.

—Supongo que ya lo habréis comprobado en el registro, ¿no?

—Así es, pero, al parecer, hay algún problema con los ordenadores de la central, porque nos dijeron que teníamos que esperar.

Wallander sostuvo el trozo de papel contra la ventanilla del cristal para que quedase iluminado por la luz de la farola y leyó la matrícula, «MLR 331», antes de memorizarla.

—¿Cuándo calculaban que los ordenadores volverían a estar operativos?

—No lo sabían.

—Pero algo os habrán dicho, ¿no?

—Sí, que tal vez mañana.

—¿Cómo que mañana?

—Pues eso, que tal vez estuviesen operativos mañana.

Wallander hizo un gesto displicente con la cabeza.

—Pues necesitamos esta información lo antes posible. ¿A qué hora os llega el relevo?

—A las seis.

—Bien, pues antes de marcharos a dormir a casa quiero que escribáis un informe que dejaréis en el despacho de Hanson, o en el de Martinson. Para que alguno de ellos se encargue del asunto.

—¿Qué hacemos si vuelve?

—No lo hará —afirmó Wallander—. No mientras sepa que estáis aquí.

—Pero si, pese a todo, volviese a aparecer, ¿hemos de intervenir?

—No. Después de todo, no es delito pasearse en coche por la calle de Apelbergsgatan.

Wallander permaneció sentado en el coche unos minutos más.

—Si vuelve a presentarse, quiero que me llaméis. Pero al móvil.

Tras desearles suerte, regresó a la calle de Jörgen Krabbes Väg y, ya en el interior de su vehículo, se puso en marcha hacia la plaza de Runnerströms Torg. La situación no era tan catastrófica como él la había imaginado. De hecho, tan sólo uno de los policías estaba dormido. Pero no habían visto ningún Mazda azul.

—Mantened los ojos abiertos —ordenó Wallander al tiempo que les entregaba la nota con el número de matrícula.

Cuando iba de regreso a su coche, cayó en la cuenta de que llevaba las llaves de Setterkvist en el bolsillo. En realidad, era Martinson quien las necesitaba, puesto que él sería quien acompañase a Robert Modin para seguir hurgando en el ordenador de Falk. Sin saber muy bien por qué, abrió el portal y subió a la buhardilla. Antes de abrir, escuchó con atención junto a la puerta. Una vez dentro y ya con la luz encendida echó una ojeada a su alrededor, al igual que hizo la primera vez, por si veía algo que le hubiese pasado inadvertido en aquella primera ocasión tanto a él como a Nyberg. No halló nada nuevo, no obstante, de modo que se sentó en la silla contemplando la pantalla negra.

Robert Modin había mencionado una combinación de cifras relacionadas con el número veinte. Wallander comprendió enseguida que el joven había detectado algo; que, en lo que para Martinson y para él mismo no era más que una laberíntica sucesión de cifras, Robert Modin había sabido distinguir un patrón. Lo único que a él se le ocurría era que, en una semana, estarían a 20 de octubre, y que veinte era la primera mitad de la cifra del sugerente año 2000. Sin embargo, la cuestión seguía sin respuesta. ¿Qué podía significar aquello? Y, sobre todo, ¿significaría algo para la investigación que los tenía ocupados?

Durante sus años escolares, a Wallander no se le habían dado muy bien las matemáticas. Más aún, de todas aquellas asignaturas en las que había obtenido malos resultados a causa de la pereza, las matemáticas se distinguían porque, en el fondo, jamás las había comprendido, pese a haberlo intentado. Los números y las cifras conformaban un mundo en el que él jamás había conseguido penetrar.

De repente, el teléfono que había junto al ordenador empezó a sonar.

Wallander se llevó un tremendo sobresalto. El timbre resonaba en la habitación. Fijó la mirada en el sombrío aparato y, al séptimo tono, levantó el auricular y se lo llevó al oído.

Se oían interferencias, como si la línea quisiera conectarle con algún lugar remoto en el que alguien estaba a la escucha.

Wallander dijo «hola» una vez, dos veces… Pero lo único que pudo distinguir fue la respiración de alguien entremezclada con el ruido.

Después, se oyó un clic y la comunicación se cortó. Wallander colgó el auricular con el corazón acelerado. En efecto, ya había oído aquel ruido en otra ocasión: el día en que escuchó el contestador de Falk en el apartamento de la calle de Apelbergsgatan.

«Había alguien al otro lado del hilo telefónico», dedujo. «Alguien que quería hablar con Falk. Pero él está muerto y no puede contestar».

De repente, lo asaltó la idea de que existía otra posibilidad: que la persona que llamaba quisiese hablar con él. ¿No lo habría visto nadie subir al despacho de Falk?

Recordó que, aquella misma tarde, se había detenido en medio de la calle como si alguien lo estuviese siguiendo.

Un renovado desasosiego lo inundó enseguida. Hasta aquel momento, había logrado domeñar la amenaza de aquella sombra que le había disparado hacía tan sólo un par de días. Pero las palabras de advertencia de Ann-Britt resonaban en su mente: debía conducirse con cautela.

Se puso en pie y se encaminó hacia la puerta. Pero no se oía el menor ruido.

De modo que regresó junto al escritorio y, en un acto inopinado y distraído, levantó el teclado. Debajo halló, para su sorpresa, una tarjeta postal.

Enfocó la luz del flexo y se encajó las gafas. La postal llevaba allí, a juzgar por sus colores desvaídos, bastante tiempo y tenía por motivo una playa flanqueada de palmeras con un muelle, un mar salpicado de pequeños pesqueros y una hilera de altos edificios al fondo. Le dio la vuelta y comprobó que estaba dirigida a Tynnes Falk y a la dirección de Apelbergsgatan, de lo que dedujo que Siv Eriksson no recibía todo su correo. ¿Le habría mentido la mujer o simplemente no sabría que Falk recibía correo también en su domicilio? El texto de la misiva era corto, tanto como pudiera imaginarse, pues constaba tan sólo de una letra: la letra ce. Wallander intentó descifrar el matasellos. El sello estaba totalmente desgastado y no pudo distinguir en él más que las letras ele y de, lo que significaba que dos de las letras restantes serían, con toda probabilidad, vocales. No obstante, fue incapaz de distinguir de cuáles se trataba. Tampoco la fecha era legible ni había impresión alguna en el reverso que aclarase qué ciudad representaba la fotografía. Excepción hecha de la dirección y la consonante ce, no había nada más que una mancha que cubría la mitad de la dirección, como si alguien hubiese estado comiéndose una naranja mientras la escribía; o mientras la leía. El inspector se esforzaba por combinar las letras ele y de con algunas otras, más no logró componer ninguna palabra. En la imagen, también había algunas personas, perceptibles como puntos diminutos. Mientras contemplaba la fotografía, le vino a la mente aquella ocasión en que, hacía ya algunos años, emprendió su poco afortunado y no menos caótico viaje a las Antillas. Allí también había palmeras. Pero la ciudad le resultaba desconocida.

Pensó entonces en la letra, la misma ce solitaria que había leído en el cuaderno de bitácora de Falk. Un nombre. Tynnes Falk sabía quién era el remitente y por eso había conservado la postal. En aquella habitación vacía, en la que, salvo el ordenador, no había más que unos planos de la central transformadora, había guardado aquella postal. Un saludo de Curt, o de Conrad… Wallander se guardó la postal en el bolsillo antes de proseguir su inspección mirando debajo del ordenador. Pero allí no había nada. Buscó luego bajo el teléfono. Sin resultado.

Permaneció sentado aún unos minutos, transcurridos los cuales se levantó, apagó las luces y abandonó el despacho.

De regreso en la calle de Mariagatan, notó que sentía una tremenda fatiga. Pese a todo, no pudo por menos de ir a buscar una lámpara, sentado a la mesa de la cocina, aplicarse a estudiar la postal una vez más. No obstante, no detectó nada que no hubiese visto ya.

Poco antes de las dos, se fue a la cama.

Enseguida lo venció el sueño.

La visita de Wallander a la comisaría el lunes por la mañana fue muy breve. Le dejó a Martinson las llaves del despacho de Falk y lo puso al corriente del coche que los agentes de guardia habían detectado durante la noche. De hecho, Martinson ya tenía sobre su mesa el correspondiente informe en el que figuraba el numero de matrícula. No obstante, prefirió reservarse el descubrimiento de la postal, no porque desease mantenerlo en secreto, sino porque tenía prisa y no quería enredarse en una prolongada discusión infructuosa. Antes de abandonar la comisaría, hizo dos llamadas telefónicas. La primera, a Siv Eriksson, para saber si el número 20 le sugería algo y si recordaba que Falk hubiese mencionado en alguna ocasión a alguna persona cuyo nombre o apellido comenzase por la letra ce. La mujer no fue capaz de responder de inmediato y le prometió que pensaría en ello. Entonces, el inspector le reveló el hallazgo de la postal que, si bien había aparecido en el despacho de Runnerströms Torg, estaba dirigida a la calle de Apelbergsgatan. La reacción de ella fue de tan sincera sorpresa, que Wallander no vio motivo para dudar de su veracidad. En efecto, la colaboradora del difunto Falk lo había creído sin reservas cuando éste le aseguró que todo el correo iría a parar a su dirección. Sin embargo, había algunas personas, entre las que se hallaba aquélla que se hacía llamar C., que se habían servido de la dirección de Apelbergsgatan. Y ella jamás tuvo conocimiento de tal circunstancia.

Wallander le hizo una descripción de la fotografía de la postal pero ni el motivo ni las dos letras que había logrado distinguir le sugerían nada a la mujer.

—Es posible que, pese a todo, tuviese varias direcciones —aventuró ella.

El inspector intuyó cierto tono de decepción en su voz, como si sintiese que Falk la había traicionado.

—Está bien, lo investigaremos —aseguró Wallander—. De hecho, cabe la posibilidad de que estés en lo cierto.

Siv Eriksson no había olvidado la lista que él le había pedido y le prometió que pasaría a dejarla en la comisaría a lo largo del día.

Concluida la conversación, Wallander constató que el simple hecho de oír su voz lo había puesto de buen humor. Sin embargo, no se abandonó a la deriva de ulteriores indagaciones sobre posibles estados de ánimo, sino que marcó sin dilación el segundo número, que no era otro que el de Marianne Falk. El recado que tenía para ella era muy breve: iría a verla media hora más tarde.

Después, hojeó rápidamente cuantos documentos aparecían amontonados sobre su mesa, entre los que halló algunos que habrían precisado su intervención inmediata. Sin embargo, no tenía tiempo para ello, de modo que, resolvió, habría que dejar crecer la montaña un poco más. Poco antes de las ocho y media, salía de la comisaría sin dejar dicho hacia dónde se dirigía.

Wallander pasó las horas siguientes sentado en el sofá de Marianne Falk mientras ésta le hablaba del hombre con el que había estado casada. El inspector decidió empezar por el principio, por lo que le preguntó cuándo se habían conocido, dónde, qué impresión le había causado él entonces… Marianne Falk resultó ser una mujer con muy buena memoria que rara vez se trababa o tardaba en encontrar las respuestas. Pese a haber tomado la precaución de llevarse uno de sus blocs escolares, Wallander no hizo muchas anotaciones, pues tan sólo una ínfima parte de la información que Marianne Falk le estaba proporcionando aquella mañana precisaría de ulterior investigación. En efecto, no se hallaba aún más que en los preliminares, en su primera aproximación a una visión general de la historia personal de Tynnes Falk.

Marianne Falk explicó que Tynnes había crecido en una finca situada a las afueras de Linköping, de la que el padre era administrador. Era hijo único y, tras completar sus estudios de bachillerato en aquella ciudad, prestó el servicio militar en el regimiento de infantería de Skövde, antes de emprender sus estudios universitarios en Uppsala. Al parecer, se había sentido algo perdido e indeciso al principio pues, por lo que ella sabía, había estudiado tanto Derecho como Historia de la Literatura. No obstante, tras aquel primer año en Uppsala, se trasladó a Estocolmo y se matriculó en la facultad de Empresariales. Y fue precisamente entonces, durante una fiesta de estudiantes, cuando se conocieron.

—A Tynnes no le gustaba bailar —aseguró ella—. Pero, aun así, allí estaba. Alguien nos presentó y recuerdo que, al principio, pensé que era un aburrido. Vamos, que no puede decirse que fuese amor a primera vista. Al menos, no por mi parte. Pocos días después, me llamó. Yo ni siquiera sabía cómo había conseguido mi número de teléfono. Dijo que le gustaría que nos viéramos de nuevo; pero no para dar un paseo o para ir al cine… Su propuesta me dejó atónita.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quería?

—Pues quería que fuésemos al aeropuerto de Bromma para contemplar los aviones.

—¡Vaya! Y eso, ¿por qué?

—Porque le gustaban los aviones. De modo que fuimos allí. Lo sabía casi todo acerca de los aparatos que se alineaban en los hangares. Y sobre los que aterrizaron o despegaron mientras estuvimos allí. La verdad es que a mí me parecía un poco raro. De hecho, no era así como yo había imaginado conocer al hombre de mi vida.

Aquello sucedía en 1972, Wallander dedujo que Tynnes había sido muy persistente, en tanto que Marianne había adoptado una postura bastante más escéptica ante aquella relación. Y la sinceridad de que ella hizo gala al referirle este asunto sorprendió no poco a Wallander.

—Su conducta era de una contención modélica —confesó la mujer—. En realidad, creo que le llevó más de tres meses caer en la cuenta de que tal vez debiera besarme. Y, de no haberlo hecho, estoy segura de que yo me habría cansado y lo habría dejado. Lo más probable es que él se diese cuenta de ello, y entonces se dejó caer con aquel beso.

Durante el tiempo transcurrido entre 1973 y 1977, ella llevó a cabo sus estudios de enfermería. En realidad, Marianne soñaba con ser periodista, pero no pudo entrar en la Escuela Superior de Periodismo. Sus padres vivían en Spånga, a las afueras de Estocolmo, donde su padre poseía un pequeño taller de mecánica.

—Tynnes jamás hablaba de sus padres —aseguró ella—. Tuve que sacarle con cuentagotas cualquier dato sobre su infancia. Ni siquiera estaba segura de que estuvieran vivos. Lo único que sí sabía es que no tenía hermanos. Y yo tengo cinco…, así que me llevó una eternidad convencerlo para que viniese a casa a conocer a mis padres. Era muy tímido o, al menos, lo parecía.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que era un hombre muy seguro de sí mismo. Yo creo que en el fondo, sentía un profundo desprecio por gran parte de la humanidad. Por más que él sostuviese lo contrario.

—¿En qué sentido?

—Verás, cuando lo pienso, me doy cuenta de que nuestra relación fue muy extraña en realidad. Él vivía solo, en una habitación alquilada en la plaza de Odenplan. Yo, por mi parte, me quedé en casa de mis padres, en Spånga. No tenía mucho dinero y no me atrevía a pedir más créditos para los estudios. Pero a Tynnes jamás se le ocurrió sugerir siquiera que nos fuésemos a vivir juntos. Nos veíamos tres o cuatro noches a la semana y, aparte de estudiar y contemplar los aviones, yo ignoraba por completo lo que hacía con su tiempo…, hasta el día en que empecé a hacerme una serie de preguntas.

Marianne Falk recordaba aquella tarde de un jueves de abril o tal vez primeros de mayo, unos seis meses después de que se hubiesen conocido. Precisamente aquel día no habían acordado verse. Tynnes tenía, según dijo, una clase muy importante a la que en modo alguno podía faltar. De modo que ella aprovechó para hacerle algunos recados a su madre. Camino de la estación central, se vio obligada a detenerse antes de atravesar la calle de Drottninggatan debido al paso de una manifestación a favor del Tercer Mundo. Las pancartas y las banderas hablaban del Banco Mundial y de las guerras coloniales portuguesas. Por su parte, ella no había sentido nunca especial interés por la política, pues procedía de un hogar socialdemócrata en el que reinaba la estabilidad, ni se había dejado arrastrar por la creciente ola izquierdista. En cuanto a Tynnes, tampoco él había manifestado otra orientación que un radicalismo generalizado, aunque siempre había sabido ofrecer respuestas determinantes a cualquiera de sus preguntas. Por otro lado, él parecía no poder sustraerse a la tentación de impresionar con sus conocimientos teóricos sobre política. Y, pese a todo, ella no podía dar crédito a sus ojos cuando, de repente, lo vio en medio de la manifestación, portando una pancarta que rezaba «Viva Cabral». Marianne averiguó más tarde que Amílcar Cabral era el líder del movimiento de liberación de Guinea Bissau. Pero allí, en la calle de Drottninggatan, quedó tan atónita que, al verlo, retrocedió unos pasos, de modo que él no la descubrió.

Después, Marianne le había hecho algunas preguntas, y cuando Tynnes comprendió que ella, confundida con la gente que se agolpaba en las aceras, lo había visto desfilar sin que él se hubiese percatado, estalló en un ataque de cólera: el primero de que ella era testigo. No obstante, se calmó enseguida, sin que ella llegase a comprender nunca el porqué de aquella reacción tan violenta. Aunque sí tomó conciencia de cuántas cosas ignoraba acerca de Tynnes Falk.

—En el mes de junio le dije que quería dejarlo —prosiguió Marianne—. Y no porque hubiese conocido a otro hombre, no. Simplemente, no albergaba la menor esperanza de éxito para nuestra relación; en cierta medida, a causa de su ataque de cólera de aquel día.

—¿Cuál fue su reacción cuando se lo dijiste?

—No lo sé.

—¡¿Cómo?!

—El caso es que nos vimos en una cafetería del parque de Kungsträdgården. Yo le dije lo que pensaba sin rodeos, que quería dejar la relación y que pensaba que no tenía ningún futuro. Él me escuchó con atención. Después, se puso en pie y se marchó.

—¿Y eso fue todo?

—Así es. No dijo ni una palabra. Recuerdo su rostro impávido, totalmente inexpresivo, mientras yo hablaba. Cuando hube terminado se marchó sin más. Eso sí, no sin antes dejar sobre la mesa el dinero para pagar el café.

—¿Qué sucedió después?

—Pues que no lo vi durante varios años.

—¿Cuántos, exactamente?

—Cuatro.

—¿A qué se dedicó durante aquellos cuatro años?

—No lo sé.

La perplejidad de Wallander crecía por momentos.

—¿Quieres decir que estuvo desaparecido durante cuatro años, sin que tú supieses dónde estaba ni qué hacía?

—Sí, ya sé que resulta difícil de creer, pero así es. De hecho, una semana después de nuestra cita en Kungsträdgården pensé que, pese a todo, quizá debería llamarlo por teléfono. Pero, cuando lo hice, me dijeron que se había trasladado sin dejar la nueva dirección. Algunas semanas más tarde, logré localizar a sus padres en la finca de las afueras de Linköping, pero tampoco ellos conocían el paradero de su hijo. De modo que estuvo desaparecido durante cuatro años, sin la menor noticia. Además, había terminado sus estudios en la facultad de Empresariales y nadie sabía nada de él…, hasta que apareció de nuevo.

—¿Cuándo fue eso?

—Pues lo recuerdo muy bien. Fue el 2 de agosto de 1977. Yo acababa de empezar en mi primer trabajo como enfermera en el hospital Sabbatsberg. Y, un buen día, se presentó allí, a la entrada del hospital, con un ramo de flores en la mano y una amplia sonrisa en el rostro. Durante aquellos cuatro años, yo había vivido una relación que había terminado en fracaso y, al verlo, la verdad, me alegré. En realidad, me encontraba en un periodo en el que me sentía sola y desorientada, para colmo de males, mi madre había fallecido no hacía mucho.

—Es decir, que empezasteis a salir de nuevo.

—Él propuso que nos casásemos tan sólo unos días después.

—Pero algo te contaría acerca de lo que había estado haciendo durante aquellos cuatro años, ¿no?

—Pues no. Decía que él no me haría preguntas sobre mi vida si yo no las hacía sobre la suya. Es decir, como si aquellos cuatro años no hubiesen existido.

Wallander la miró inquisitivo.

—¿Notaste algún cambio en su persona?

—Nada, aparte de su bronceado.

—¿Cómo? ¿Estaba moreno?

—Así es. Pero, por lo demás, era el mismo. Finalmente, me enteré de dónde había estado durante aquellos años por casualidad.

En aquel punto del relato, sonó el teléfono de Wallander, que dudó un instante antes de contestar hasta que, al final, sacó el aparato del bolsillo y atendió la llamada para oír la voz de Hanson.

—Martinson me dejó anoche el encargo de buscar el número de matrícula. Los ordenadores están raros, pero registré una entrada de la matrícula en el fichero de robos.

—¿Qué es lo que se robó, el vehículo o la matrícula?

—La matrícula. Pertenecía a un Volvo que estaba estacionado en las inmediaciones de la plaza de Nobeltorget, en Malmö. La semana pasada.

—Bien, en ese caso, ya sabemos algo —constató Wallander—. Así que Elofsson y El Sayed tenían razón: aquel coche se paseaba por allí para controlar la situación.

—La verdad, no sé muy bien qué más he de hacer con este asunto.

—Ponte en contacto con los colegas de Malmö. Quiero que den la alarma de búsqueda de ese vehículo a escala regional.

—¿De qué es sospechoso el conductor?

Wallander reflexionó un instante.

—Bueno, en parte, de estar relacionado con el asesinato de Sonja Hökberg. Y, además, quizá sepa algo del disparo de que fui víctima.

—¿Crees que fue él quien disparó?

—No necesariamente, pero pudo ser testigo —repuso Wallander evasivo.

—¿Dónde estás?

—En casa de Marianne Falk. Luego te llamo.

La mujer sirvió unos cafés de una hermosa cafetera blanca con decoraciones en azul y al inspector le vino a la memoria otra, similar a aquélla, que había en su casa cuando él era niño.

—Bien, sigamos con lo que estabas contándome —la invitó él cuando ella se hubo sentado de nuevo.

—Sí, sucedió aproximadamente un mes después de que Tynnes reapareciese. Se había comprado un coche en el que solía venir a recogerme y uno de los médicos de la planta donde yo trabajaba lo vio saludarme en una ocasión. Al día siguiente, me preguntó si no se había confundido y si el hombre al que había visto era Tynnes Falk. Cuando le dije que así era, me aseguró que lo había conocido el año anterior. Pero no en un lugar cualquiera, sino en África.

—¿Dónde, exactamente?

—En Angola. El médico había trabajado allí como voluntario, inmediatamente después de la independencia de Portugal. Una noche, bastante tarde, cuando se hallaba en un restaurante, se topó con otro sueco. Estaban sentados en mesas separadas, pero me contó que, cuando Tynnes se disponía a pagar, sacó su pasaporte sueco, en el que tenía guardado el dinero. El médico se dirigió a él y Tynnes lo saludó y se presentó, pero no le reveló mucho más. El voluntario aún lo recordaba, tanto más cuanto que le había resultado de lo más extraño el que Tynnes se mostrase tan reservado, como si en realidad le hubiese molestado que lo identificasen como ciudadano sueco.

—Ya, y entonces tú le preguntarías qué había estado haciendo allí, ¿no?

—Bueno, verás, lo pensé muchas veces. Me decía que debería averiguar a qué se había dedicado y por qué se había ido allí, precisamente. Pero, puesto que nos habíamos prometido no indagar sobre aquellos cuatro años, intenté recabar la información por otras vías.

—Ya, ¿qué vías?

—Pues llamé a varias organizaciones que destinaban a sus colaboradores a África, pero no obtuve ningún resultado hasta que no hablé con un representante de SIDA[[16]](#footnote-16). Y, ciertamente, Tynnes había estado en Angola durante dos meses, para prestar su colaboración en la instalación de una serie de torres de emisión radiofónica.

—Ya, pero estuvo desaparecido cuatro años —precisó Wallander—. Y eso no explica más que la ausencia de dos meses.

La mujer permaneció un rato en completo silencio, sumida en una reflexión que Wallander no deseaba estorbar.

—Nos casamos y tuvimos dos hijos. Pero, aparte del trabajo en África, no tengo ni idea de lo que hizo durante aquellos años. Y jamás le pregunté. De hecho, hasta ahora, después de su muerte y mucho tiempo después de nuestra separación, no lo he sabido.

Marianne Falk se levantó y salió de la habitación para regresar al momento con un paquete que, envuelto en un plástico rasgado, dejó sobre la mesa ante Wallander.

—Cuando Tynnes murió, bajé al sótano, pues sabía que guardaba allí una caja de acero que estaba cerrada con llave. Forcé la cerradura y, salvo un montón de polvo, no hallé más que este paquete.

Dicho esto, le hizo señas al inspector de que lo abriese. Wallander apartó el plástico dejando al descubierto un álbum de fotos de piel marrón. Manuscrita con rotulador aparecía en la portada la siguiente leyenda: «Angola 1973-1977».

—Estuve mirando las fotos —comentó ella—. En realidad, no sé qué pensar, pero creo que es fácil deducir que la estancia de Tynnes en Angola no se redujo a aquellos dos meses en los que trabajó como asesor para SIDA. Al parecer, estuvo prácticamente cuatro años.

Wallander no había abierto el álbum todavía cuando, de repente, se le ocurrió una idea.

—Disculpa mi ignorancia, pero ni siquiera sé cuál es la capital de Angola…

—Luanda.

Wallander asintió y extrajo la postal que había hallado bajo el teclado de Falk y que aún guardaba en el bolsillo. En efecto, había detectado en ella dos consonantes, la ele y la de.

«De modo que la postal fue enviada desde Luanda», resolvió. «Pero ¿qué sucedió allí?».

»¿Y quién es el hombre o la mujer cuyo nombre comienza por la letra ce?».

El inspector se limpió las manos con una servilleta.

Después, se inclinó sobre el álbum y lo abrió, dispuesto a ver su contenido.

## 

## 24

En la primera fotografía aparecían los restos destrozados de un autobús que había sido pasto de las llamas. Estaba a uno de los lados de una carretera roja de arena y quizá también de sangre. La toma se había efectuado a cierta distancia y, más que a un autobús, aquello se asemejaba al cadáver de un animal. Junto a la imagen fijada sobre la página del álbum alguien había escrito a lápiz: «Nordeste de Huambo, 1975». Bajo la fotografía, había una mancha muy parecida a la que afeaba la postal. Wallander pasó la hoja. Un grupo de mujeres negras reunidas junto a una charca, en un paisaje árido y reseco. Era una fotografía sin sombras, de lo que dedujo que el sol debía de hallarse muy alto en el cielo cuando se tomó. Ninguna de las mujeres miraba al fotógrafo y la charca tenía muy poca profundidad.

Wallander observó la imagen. La intención aparente de Tynnes Falk al tomar la fotografía, si en verdad fue él quien la hizo, era retratar a aquellas mujeres, pero, en cierto modo, era la charca medio seca la que protagonizaba la foto. De hecho, pensaba Wallander, el fotógrafo quería llamar la atención sobre aquella charca. Y, de paso, sobre unas mujeres que, muy pronto, no tendrían ya más agua. Siguió pasando páginas mientras Marianne Falk lo observaba sentada y en silencio desde el otro extremo de la mesa. Wallander percibió el tictac de un reloj procedente de algún punto de la habitación. También las siguientes fotografías representaban un paisaje desértico; un poblado lleno de chozas redondeadas y de techos bajos. Niños y perros. Nadie miraba a la cámara.

Pero, de repente, desaparecieron los poblados, que dejaron paso a un campo de batalla. O a los restos de un campo de batalla. La vegetación era ya más espesa y más verde. Un helicóptero yacía boca arriba, cual insecto gigantesco aplastado por un pie inconsciente. Cañones abandonados cuyas bocas apuntaban a un enemigo invisible. Pero en las imágenes no aparecían más que las armas: ni rastro de seres humanos, vivos o muertos. Cada fotografía iba acompañada de las correspondientes fechas y nombres geográficos, nada más. Seguían a éstas una serie de instantáneas de torres de radio, algunas de ellas poco nítidas.

Después, de improviso, una foto de grupo. Wallander intentó distinguir los rostros de los nueve hombres apostados ante algo que se asemejaba a un búnquer. Nueve hombres, un niño y una cabra. El animal parecía haberse colado en la fotografía por la derecha y uno de los hombres estaba intentando espantarlo cuando se tomó. El niño miraba directamente a la cámara y reía. Siete de los hombres eran negros; los demás, blancos. Los negros parecían contentos; los blancos, adoptaban un gesto grave. Wallander le mostró la foto a Marianne Falk y le preguntó si reconocía a alguno de los hombres blancos, pero ella negó con un gesto. Junto a la fotografía se leían con dificultad el lugar y la fecha: «Enero, 1976». «Para aquel entonces, Falk debía de tener ya instaladas las torres de radio», concluyó Wallander. «De modo que debía de tratarse de una visita de inspección; habría vuelto a Angola para asegurarse de que aún estaban en pie. ¿O tal vez no abandonó nunca el país? Nada parece indicar que no permaneciese allí todo el tiempo. Por más que ignoremos su nuevo objetivo. Tampoco parece que nadie sepa de que vivía…». Wallander pasó la hoja de nuevo. Las fotografías que ahora tenía ante su vista eran de Luanda, un mes más tarde que las últimas, febrero de 1976. Alguien que aparecía pronunciando un discurso en un estadio deportivo mientras el público hacía ondear banderolas de color rojo. También agitaban banderas, y Wallander supuso que se trataba de los colores de Angola. Persistía allí el desinterés de Falk por los individuos en particular. En efecto, aquél era el retrato de una muchedumbre y la instantánea estaba tomada desde una distancia tal que resultaba difícil distinguir los rostros de los individuos. Pero parecía claro que Falk había estado en el estadio, quién sabe si en el día de la fiesta nacional del país, o en la celebración de la recién ganada independencia de Angola. ¿Por qué habría tomado Falk aquellas fotos que, por si fuera poco, no eran demasiado buenas, siempre a demasiada distancia? ¿Qué sería lo que quería conservar en la memoria?

Venían a continuación algunas fotografías urbanas. Luanda, abril de 1976. Wallander empezó a pasar las páginas más deprisa.

Hasta que, de pronto, se detuvo.

Ciertamente, una fotografía rompía con su motivo la sucesión argumental de las anteriores. Se trataba de una fotografía antigua, en blanco y negro. Representaba a un grupo de europeos de gesto severo que posaban para el retrato. Las mujeres estaban sentadas; los hombres, en pie. La foto era del siglo XIX y al fondo, sobre un paisaje rural, se recortaba un caserón enorme. Asimismo, se entreveían unos sirvientes negros vestidos de blanco. Alguno de ellos sonreía, pero quienes estaban en primer plano se mostraban muy serios. Junto a la fotografía, podía leerse: «Misioneros escoceses, Angola, 1894».

Wallander se preguntaba qué explicaba el que hubiesen incluido allí aquella fotografía. Un autobús carbonizado por el fuego, campos de batalla abandonados, mujeres a punto de quedarse sin agua, torres de radio y, finalmente, el retrato de unos misioneros.

Después, las imágenes volvían a transportar al espectador al periodo en que Falk se encontraba, sin lugar a dudas, en Angola. Y, por primera vez, habían fotografiado a las personas de cerca, de modo que ya sí eran el centro de la imagen. Se estaba celebrando una fiesta. Las fotos estaban tomadas con flash y sólo había blancos. La luz del flash les había enrojecido los ojos y les daba un aspecto animal allí donde alternaban entre copas y botellas. Entonces, Marianne Falk se inclinó sobre la mesa y señaló a uno de los hombres que sostenía una copa. En la fotografía, estaba rodeado de un grupo de hombres bastante jóvenes. La mayor parte de ellos estaban brindando y animando misteriosamente al fotógrafo. Pero Tynnes Falk aparecía sentado y en silencio. Y fue su rostro el que Marianne Falk señaló. No sólo estaba callado, sino también con la expresión grave. Estaba bastante delgado y vestía camisa blanca abotonada hasta el cuello. Los demás hombres estaban medio desnudos, enrojecidos por el alcohol y sudorosos. Wallander volvió a preguntarle a Marianne si no reconocía ningún rostro de los que allí había retratados, a lo que ella volvió a negar con un gesto.

«Bien, en algún lugar hay una persona cuyo nombre comienza por ce. Falk se quedó en Angola. La mujer a la que amaba lo abandonó. O tal vez fuese él quien la abandonó a ella… Y entonces aceptó un trabajo situado lo más lejos posible. Quién sabe si para olvidar o para curar sus heridas. Pero sucede algo que lo mueve a quedarse». Wallander pasó página de nuevo para, en la siguiente fotografía, ver a Tynnes Falk posando ante una iglesia encalada. El fotografiado mira e incluso sonríe al fotógrafo. De hecho, es la primera vez que aparece sonriente. Además, lleva abiertos un par de botones de la camisa. «¿Quién estará detrás de la cámara? ¿No será C.?».

En la página siguiente, Falk volvía a ser el fotógrafo. Wallander se acercó a la fotografía pues, por primera vez, apareció un rostro que se repetía. El hombre estaba bastante cerca de la cámara, un hombre alto, delgado y bronceado por el sol. Exhibía una mirada decidida, llevaba el cabello muy corto y, por su aspecto, podía ser del norte de Europa: alemán o ruso… Wallander se dispuso entonces a examinar el contenido. La fotografía había sido tomada en el exterior. Al fondo se perfilan unas lomas cubiertas de espesa y verdeante vegetación, pero, más cerca, justo a la espalda del fotografiado, hay algo que, en un principio, le recordó una máquina de grandes dimensiones. A Wallander le pareció reconocer la construcción. Sin embargo, hasta que no observó la foto a cierta distancia, no reconoció de qué se trataba. En efecto, era una central transformadora. Una central de tendido de cables de alta tensión.

«Bien, aquí tenemos un punto de contacto. Ignoro qué consecuencias tendrá. Pero, si fue Falk quien tomó la fotografía, su intención era, sin duda, retratar a un hombre que posa ante una central transformadora no muy diferente de aquélla en la que fue hallada muerta Sonja Hökberg». Pasó la hoja muy despacio, como si confiase en que la solución a la incógnita se encontrase en la página siguiente; como si albergase la esperanza de que aquel álbum de fotos pudiese revelarle la clave, el relato fiel de cuanto había sucedido. Pero, algo decepcionado, vio que era un elefante quien lo observaba desde la fotografía siguiente; así como algunos leones que dormitaban al borde del camino, de lo que dedujo que Falk iba en coche cuando hizo aquella toma. Junto a la imagen, pudo leer: «Parque Kruger, agosto, 1976». Falk tardaría un año más en regresar a Suecia y presentarse ante la puerta del hospital Sabbatsberg a esperar a que Marianne saliese del trabajo. Aquella ausencia de cuatro años no había concluido. Leones adormecidos, Falk desaparecido… Wallander recordaba que el parque Kruger se encontraba en Sudáfrica. Tuvo ocasión de enterarse cuando, hacía ya algunos años, una corredora de fincas apareció asesinada y él se vio envuelto en una investigación que desembocó en aquel país africano[[17]](#footnote-17). Recordaba, asimismo, que anduvo mucho tiempo dudando de su capacidad para llevar el caso a buen puerto.

«De modo que Falk salió de Angola y aquí lo tenemos en coche, fotografiando animales a través de la ventanilla. Ocho páginas, ni más ni menos, repletas de imágenes de pájaros y de animales; en especial, una ingente cantidad de hipopótamos bostezando. Esto no son más que recuerdos de turista. Falk no es ningún artista, precisamente». Tras aquellas páginas, Wallander se detuvo de nuevo a examinar las fotografías con más atención. En efecto, en las que venían a continuación, Falk estaba de vuelta en Angola. «Luanda, junio, 1976.» Y allí estaba la misma figura escuálida de las fotografías anteriores; la misma mirada imperturbable y el cabello corto sentado, en esta ocasión, en un banco junto al mar. Por una vez, había logrado componer una escena realmente afortunada. Y aquélla era la última fotografía. El álbum no estaba, por tanto, completo, sino que quedaban algunas páginas vacías sin rastro de que hubiesen retirado ninguna foto ni tachado anotación alguna. La fotografía que cerraba aquella serie era, sin duda, la del hombre que contempla el mar sentado en un banco. Y, al fondo, la misma silueta urbana de la postal.

Wallander se echó hacia atrás acomodándose en su silla mientras Marianne Falk lo observaba inquisitiva.

—Bien, no estoy seguro de cómo he de interpretar estas fotografías, pero tengo que llevarme el álbum unos días. Es posible que debamos ampliar alguna de ellas.

La mujer lo acompañó hasta el vestíbulo.

—¿Qué importancia puede tener lo que hizo durante aquellos años? Aquello sucedió hace tanto tiempo…

—Cierto, pero algo ocurrió entonces que lo marcó para toda su vida.

—¿Qué crees tú que pudo ser?

—No tengo la menor idea.

—¿Y quién disparó contra ti en su apartamento?

—Tampoco lo sabemos. No tenemos idea de quién era ni qué hacía allí.

Ya se había puesto la cazadora y estaba estrechándole la mano cuando Wallander le advirtió:

—Si lo deseas, podemos hacerte llegar un comprobante de que nos has cedido el álbum para su examen.

—No te preocupes, no es necesario.

Wallander abrió la puerta.

—Hay algo más… —lo retuvo ella.

Wallander la observaba expectante, sin dejar de advertir su falta de decisión.

—Es posible que a la policía sólo le interesen los hechos verificables —prosiguió ella, siempre vacilante—. Y ni siquiera yo veo con claridad lo que se me ha ocurrido.

—Bueno, lo cierto es que, dadas las circunstancias, cualquier aportación puede ser útil.

—Ya… El caso es que yo estuve viviendo con Tynnes durante muchos años —afirmó—. Y, como es natural, pensaba que lo conocía bien. Cierto que no podía decir qué había estado haciendo durante los años en que estuvo desaparecido, pero se me antojaba algo anecdótico. Además, no era un hombre de temperamento desigual y siempre nos trató bien, a los niños y a mí, de modo que tampoco me preocupaba.

En este punto, la mujer hizo una pausa algo brusca. Wallander se mantuvo a la espera.

—En cualquier caso… Había ocasiones en que me daba la impresión de que estaba casada con un fanático —reveló al fin—. De que mi marido tenía una doble personalidad.

—¿Con un fanático? ¿Qué quieres decir?

—Sí, en ocasiones…, ¡era capaz de manifestar opiniones tan extrañas!

—Ya. ¿Acerca de qué?

—Sobre la vida en general. Sobre las personas. Sobre el mundo. Prácticamente sobre todo lo habido y por haber. De repente, estallaba en violentas acusaciones que no parecían dirigidas a nadie en particular, como si enviase sus mensajes al vacío.

—¿Y no solía explicar con detalle a qué se refería?

—La verdad es que a mí me inspiraba un gran temor y no me atrevía a preguntar. Era como si, de pronto, se colmase de un intenso odio. Por otro lado, aquellos ataques pasaban de forma tan inopinada como repentino era el modo en que se producían. A mí me daba la impresión de que se arrepentía de haber hablado de más. O, al menos, él creía que había hablado demasiado; como si hubiese revelado algo que, en el fondo, deseaba mantener en secreto.

Wallander reflexionó un instante.

—Y estás completamente segura de que nunca fue políticamente activo, ¿no es así?

—Él despreciaba a los políticos. Creo que ni siquiera llegó a votar nunca.

—¿Y tampoco estaba ligado a ningún otro movimiento u organización?

—No.

—¿No había nadie por quien sintiese admiración?

—No, que yo sepa —afirmó Marianne para, de inmediato, cambiar de parecer—. Bueno, lo cierto es que parecía tener cierta predilección por la personalidad de Stalin.

Wallander frunció el entrecejo.

—¡Vaya! ¿Te explicó por qué?

—No, no lo hizo, Pero lo oí comentar en varias ocasiones que Stalin había estado en posesión de un poder ilimitado. O, más bien, se había adueñado de ese poder para poder gobernar sin límite.

—¿Eso decía?

—Así es.

—¿Y nunca llegó a explicártelo con más detalle?

—Pues no.

Wallander asintió.

—Bien, si se te ocurre algo más, me llamas enseguida.

Ella le prometió que así lo haría antes de cerrar la puerta.

Wallander se sentó al volante con el álbum de fotos en el asiento del acompañante. En la lejana Angola y hacía más de veinte años, un hombre había posado ante una central transformadora.

¿Sería el mismo que había enviado la postal? ¿Aquél cuyo nombre comenzaba por la letra ce?

Wallander hizo un gesto vehemente con la cabeza. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

Aun así, movido por un impulso difícil de caracterizar, salió de la ciudad y volvió a visitar el lugar donde habían hallado el cuerpo sin vida de Sonja Hökberg. La zona aparecía desierta; la verja, cerrada. Wallander miró a su alrededor. Campos de color canela, el graznar de las urracas en la distancia… Tynnes Falk yacía entonces muerto junto a un cajero automático, de modo que él no pudo asesinar a Sonja Hökberg. Había, pues, otros eslabones aún invisibles que se ramificaban, semejando una red que entretejiese los diversos sucesos.

Pensó en los dedos amputados de Falk, los mismos con los que solía escribir. Regresó al coche y puso la calefacción antes de ponerse en marcha de regreso a Ystad. Pero, al llegar a la rotonda que había justo antes de la entrada a la ciudad, sonó el móvil. Se desvió hacia el arcén y se detuvo antes de contestar la llamada, que era de Martinson.

—Estamos en ello —lo informó.

—¿Y cómo va la cosa?

—Bueno, esas series de cifras son como un muro infranqueable. Modin se esfuerza sin descanso por salvarlo, pero no sabría decirte qué está haciendo exactamente.

—Ya. Paciencia.

—Supongo que la policía le pagará el almuerzo, ¿no?

—Tú pide la factura y dámela a mí luego —lo tranquilizó Wallander.

—¿Sabes?, a pesar de todo, yo creo que deberíamos ponernos en contacto con la brigada nacional y con sus expertos informáticos. En realidad, no ganamos nada posponiendo algo que tendremos que hacer antes o después.

Wallander no pudo por menos de conceder que Martinson tenía razón, pero, aun así, él prefería esperar y darle algo más de tiempo a Robert Modin.

—Sí, lo haremos, pero más adelante —repuso el inspector.

Continuó rumbo a la comisaría, donde Irene le comunicó que Gertrud lo había llamado. Wallander fue a su despacho y le devolvió la llamada de inmediato. El inspector iba a visitarla algún que otro domingo, aunque no muy a menudo, por lo que solía sufrir un enorme y constante cargo de conciencia. No en vano había sido ella, Gertrud, quien se había compadecido de su fastidioso padre en los últimos años de su vida. Y estaba convencido de que sin ella el anciano no habría llegado a cumplir tantos como, pese a todo, llegó a celebrar. Pero, ahora que el padre había muerto, no tenían mucho de que hablar.

Fue la hermana de Gertrud quien atendió la llamada. Aquella mujer, habladora como pocas, pertenecía a la clase de las que quieren opinar sobre casi todo. Wallander intentó ser breve y la mujer fue a buscar a Gertrud, que tardó una eternidad en dejar oír su voz en el auricular.

No obstante, Wallander se había preocupado en vano, pues nada grave había sucedido.

—No, sólo quería saber cómo estabas —lo tranquilizó Gertrud.

—Mucho trabajo, pero, por lo demás, todo bien.

—¡Hace tanto tiempo que no vienes a verme…!

—Lo sé. En cuanto encuentre un hueco, me acercaré por allí.

—Ya, bueno. Puede que llegue el día en que sea demasiado tarde —le advirtió ella—. Cuando se tiene mi edad, no se sabe nunca cuánto tiempo queda de vida.

Gertrud no había cumplido aún los sesenta, pero Wallander comprendió que, a imitación de su padre, también ella la emprendía con el chantaje sentimental.

—Iré en cuanto pueda —prometió amable.

Dicho esto, se disculpó con la excusa de que había gente esperándolo para una reunión importante, pero, una vez hubo finalizado la conversación, fue a buscar un café al comedor, donde se topó con Nyberg, que estaba tomándose una infusión de una hierba muy especial y difícil de conseguir. Para variar, aquella mañana el técnico aparecía descansado. Incluso se había peinado el crespo cabello que, en condiciones normales, solía lucir alborotado.

—No encontramos ningún dedo —declaró Nyberg—. Los perros han estado buscando. Pero comprobamos otras huellas que hallamos en su apartamento y que han de pertenecer a Falk.

—¿Y disteis con algo?

—No figura en los registros suecos.

Wallander no tardó mucho en tomar una decisión.

—Envíalas a la Interpol. Por cierto, ¿sabes si Angola forma parte de esa organización?

—¿Y cómo voy a saberlo?

—No, era sólo una pregunta, hombre.

Nyberg se marchó con su infusión mientras Wallander sustraía unas cuantas tostadas de la bolsa de Martinson antes de encaminarse a su despacho. Eran las doce y Wallander pensó que la mañana se le había pasado demasiado rápido. Allí tenía el álbum de fotos, pero, en realidad, no tenía muy claro qué hacer con él. Cierto que ahora conocía más datos acerca de la persona de Falk de los que poseía horas antes. Pero, a decir verdad, ninguno de ellos lo había aproximado a nada que pudiese explicar aquella misteriosa relación con Sonja Hökberg.

Alzó el auricular y llamó a Ann-Britt, pero no obtuvo respuesta. Tampoco Hanson se encontraba en su despacho, y sabía que Martinson estaba con Robert Modin. Hizo un esfuerzo por imaginar qué habría hecho Rydberg y, en esta ocasión, le resultó más fácil oír la voz del colega. Rydberg, se decía, habría comenzado a pensar con la máxima atención. Eso es lo más importante que debía hacer un policía después de recabar datos. De modo que el inspector cruzó los pies sobre el escritorio y cerró los ojos. En esta postura, revisó mentalmente cuanto había ocurrido. En ningún momento cejó en su empeño de mantener su mirada interior fija en aquella suerte de espejo retrovisor que, de algún modo extraordinario, conducía a la Angola de hacía veinte años. De nuevo intentó abordar el caso de diversos modos y desde distintos puntos de vista. La muerte de Lundberg; y la de Sonja Hökberg. Sin olvidar el hecho de que se hubiese producido un importante corte en el suministro eléctrico.

Cuando, al cabo de un rato, volvió a abrir los ojos, no fue sino para experimentar la misma sensación de unos días atrás: la solución estaba allí, muy próxima; pero no era capaz de verla.

El sonido del teléfono vino a interrumpir el hilo de sus pensamientos. Era Irene, que le anunciaba que Siv Eriksson lo aguardaba en recepción. Se levantó de un salto, se pasó los dedos por el cabello y salió a recibirla. Se trataba, en verdad, de una mujer muy hermosa. Él había pensado pedirle que lo acompañase a su despacho, pero ella se adelantó con la excusa de que no tenía tiempo, de modo que, simplemente, le dejó un sobre, al tiempo que añadía:

—Aquí tienes la lista que me pediste.

—Gracias. Espero que no te haya supuesto demasiada molestia.

—No demasiada, pero una molestia sí que ha sido.

El inspector le ofreció una taza de café que ella rechazó.

—Tynnes dejó unos cuantos cabos sin atar —explicó—. Así que yo me dedico a rematar lo que quedó a medias.

—Pero, según tú misma me dijiste, no puedes asegurar que no tuviese otros encargos, ¿no es así?

—Pues, la verdad, no lo creo. Últimamente, no hacía otra cosa que rechazar ofertas. Lo sé porque solía pedirme que respondiera a las solicitudes.

—¿Cómo interpretabas tú su desinterés por aceptar trabajo?

—Bueno, yo pensaba que quizá necesitase un respiro.

—¿Era la primera vez que ocurría que declinase tantas ofertas de trabajo?

—Ahora que lo dices, sí. Era la primera vez que sucedía.

—¿Y no te explicó por qué?

—No.

Wallander no tenía más preguntas que hacer y Siv Eriksson desapareció por la puerta hacia el taxi que la aguardaba en la calle. Cuando el taxista le abrió la puerta, Wallander vio que, en torno a uno de los brazos, el hombre llevaba una cinta negra, en señal de luto.

Volvió a su despacho y abrió el sobre. La lista era bastante larga y comprobó que un buen número de las empresas para las que Falk y Siv Eriksson habían llevado a cabo diversos trabajos le resultaban desconocidas. Sin embargo, todas se encontraban en Escania, a excepción de una, con sede social en Dinamarca y que, según Wallander creyó deducir, se dedicaba a la fabricación de grúas de carga. Entre todas aquellas empresas desconocidas había, pese a todo, algunas que él sí pudo identificar, como, por ejemplo, varios bancos. Con todo, ni Sydkraft ni ninguna otra compañía de suministros energéticos figuraba entre ellas. Wallander apartó la lista a un lado y se sumió en una profunda meditación.

Tynnes Falk había sido hallado muerto junto a un cajero automático. Había salido por la noche para dar un paseo. Una mujer que paseaba a su perro lo había visto. Él se había detenido ante el cajero para solicitar un comprobante de movimientos; ningún reintegro. Y, después, cayó muerto. De repente, el inspector tuvo la sensación de que había obviado algo. Si no había sido víctima de un infarto ni tampoco de una agresión, ¿qué fue, entonces, lo que le pasó?

Tras otro momento de reflexión, hizo una llamada a la sucursal del banco Nordbanken en Ystad. Wallander se había visto obligado a solicitar un crédito en varias ocasiones, cada vez que tenía que cambiar de coche. Por este motivo, había llegado a conocer a uno de los empleados del banco, llamado Winberg, de modo que pidió que lo pasasen con él. Sin embargo, la chica de la centralita le comunicó que estaba ocupado con un cliente. El inspector le dio las gracias y colgó el auricular. Salió entonces de la comisaría camino de la sucursal bancaria. Al entrar, vio que, en efecto, Winberg seguía ocupado. El empleado le indicó con un gesto que tomase asiento mientras él terminaba.

Cinco minutos más tarde, Winberg quedó libre y pudo atenderlo.

—Estaba esperándote —declaró—. Ha llegado el momento de cambiar de coche, ¿no es así?

A Wallander no dejaba de sorprenderlo que los empleados del banco fuesen tan jóvenes. La primera vez que acudió a aquellas oficinas para solicitar el préstamo ya se preguntó si Winberg, que aprobó la concesión personalmente, habría alcanzado siquiera la edad prescrita para obtener el permiso de conducir.

—No, el motivo de mi presencia aquí es distinto. Es más bien una visita profesional. El coche aún puede esperar.

Sus palabras borraron la sonrisa del rostro de Winberg que, según Wallander pudo comprobar, se puso algo nervioso.

—¿Ha sucedido algo aquí, en el banco?

—No, en tal caso, me habría dirigido a tus jefes, ¿no crees? He venido para recabar información sobre vuestros cajeros.

—Comprenderás que no puedo revelar gran cosa, por razones de seguridad.

Wallander pensó que, al igual que él, Winberg se expresaba con una verborrea rígida y estirada.

—En realidad, se trata más bien de cuestiones de carácter técnico. La primera de ellas, bien sencilla, por cierto: ¿se ha establecido la frecuencia con que un cajero expide un comprobante erróneo, ya sea de reintegro o de movimientos?

—Con una frecuencia mínima, aunque, como es lógico, en estos momentos no dispongo de los correspondientes datos estadísticos.

—Yo interpreto eso de la «frecuencia mínima» como que, en realidad, no sucede nunca.

Winberg asintió.

—Sí, yo también.

—¿Y tampoco existe el riesgo de que, por ejemplo, las indicaciones horarias de un comprobante sean erróneas?

—Jamás he tenido noticia de que ocurriese algo así. Supongo que es probable que suceda alguna vez, pero no puede ser muy frecuente. Como puedes figurarte, en todas las operaciones relativas al manejo del dinero, se extreman las medidas de seguridad.

—En otras palabras, que uno puede fiarse de los cajeros.

—En general, sí. ¿Has tenido algún problema?

—No. Pero necesitaba tener la certeza de que era así.

Winberg abrió uno de los cajones de su escritorio y rebuscó hasta hallar una copia de una viñeta que dejó sobre la mesa y que representaba a un hombre que, poco a poco, iba siendo engullido por un cajero.

—Puedes estar tranquilo, que no es tan grave… —comentó con una sonrisa—. Pero es un buen chiste. Y ni que decir tiene que los ordenadores del banco son tan vulnerables como cualquier otro.

«Ahí lo tenemos otra vez», se dijo Wallander. «El tema de la vulnerabilidad». Observó el dibujo y, ciertamente, también a él le pareció muy bueno.

—Bien, Nordbanken tiene un cliente llamado Tynnes Falk —prosiguió el inspector—. Y yo necesito una copia de todos los movimientos registrados en sus cuentas durante el último año, incluidos los reintegros realizados mediante cajero automático.

—Para ello tendrás que acudir a los directivos —le aconsejó Winberg—. En materia de seguridad, yo no tengo competencia.

—De acuerdo. ¿Y con quién he de hablar?

—Lo mejor será que te dirijas a Martin Olsson. Su despacho está en el piso de arriba.

—¿Podrías comprobar si está libre?

Winberg desapareció mientras Wallander se imaginaba el largo y penoso procedimiento burocrático que tendría que soportar.

Sin embargo, cuando Winberg lo condujo hasta la segunda planta, el inspector fue recibido por uno de los directivos del banco, tan sorprendentemente joven como el otro empleado, y que se puso a su disposición. Lo único que necesitaba, advirtió, era una petición oficial de las instituciones policiales. Con todo, al oír que el titular de la cuenta había fallecido, le reveló que también existía la posibilidad de que la viuda cursase la solicitud.

—Sí, bueno, pero estaba separado —aclaró Wallander.

—En ese caso, será suficiente con el documento de la policía —aseguró Martin Olsson—. Te prometo que me ocuparé de que se gestione con toda la rapidez deseable.

Wallander le dio las gracias y bajó de nuevo al despacho de Winberg, pues le había quedado una pregunta por formular.

—¿Podrías buscar en vuestros registros si Tynnes Falk tenía alquilada alguna caja fuerte?

—Lo cierto es que no sé si eso me está permitido… —objetó Winberg vacilante.

—Tu jefe dijo que sí —mintió Wallander.

Winberg se marchó para regresar minutos más tarde.

—No, bajo el nombre de Tynnes Falk no había ninguna.

Wallander se puso en pie pero volvió a sentarse enseguida; dado que, después de todo, estaba en el banco, podía aprovechar y pedir su crédito para el coche que no tardaría en verse obligado a comprar.

—Será mejor que arreglemos lo del coche ahora mismo —explicó—. Tienes razón, pronto tendré que comprar otro.

—¿Cuánto necesitas?

Wallander hizo un rápido cálculo mental y, dado que no tenía ninguna otra deuda que amortizar, pidió:

—Pues, unas cien mil coronas, si es posible.

—Sin problemas —repuso Winberg al tiempo que tomaba un impreso.

A la una y media, todo estaba listo. Winberg autorizó el préstamo personalmente, sin que fuese precisa la aprobación de instancias superiores. Wallander salió del banco con la incierta sensación de ser, de repente, un hombre rico. Al pasar ante la puerta de la librería próxima a la plaza se acordó de que tenían un libro sobre tapizado de muebles que debería haber recogido hacía ya varios días. Además, recordó que llevaba la cartera vacía, de modo que volvió sobre sus pasos y se encaminó al cajero que había junto a la oficina de Correos y se puso en la cola. Había cuatro personas delante de él: una mujer con un cochecito de bebé, dos jovencitas y un hombre mayor. Wallander miraba abstraído cómo la mujer introducía la tarjeta por la ranura, recogía el dinero y, acto seguido, el comprobante. Entonces, se puso a pensar en Tynnes Falk. Vio después cómo las dos muchachas sacaban un billete de cien coronas antes de ponerse a discutir acaloradamente el contenido del comprobante. El señor de edad echó una ojeada a su alrededor antes de introducir la tarjeta y teclear su número secreto. Retiró quinientas coronas y se guardó el comprobante en el bolsillo, sin leerlo. Llegó así el turno de Wallander, que sacó mil coronas y leyó detenidamente el comprobante. Todo parecía en orden, tanto las cantidades como las fechas y las indicaciones horarias. Arrugó el papel antes de arrojarlo a una papelera que halló a su paso. Pero entonces, de repente, se detuvo en seco. En efecto, se le vino a la mente el corte en el suministro eléctrico que había sumido en la oscuridad a gran parte de Escania. Alguien, se decía, conocía la localización de los puntos débiles de la cadena de suministro energético. Por más que la técnica hubiese avanzado, siempre había algún punto débil, alguna conexión más endeble en la que el flujo de aquello que todos daban por supuesto podía ser detenido sin dificultad. Recordó asimismo el plano que había sobre la mesa del despacho de Falk, junto al ordenador. Sabía que no estaba allí por casualidad, como tampoco era fortuito el hecho de que hubiesen hallado un relé en su camilla del depósito.

Aquellas constataciones no eran, por inmediatas, menos conocidas para él. Pero, de pronto, vio con total claridad algo que, hasta el momento, había estado flotando en una especie de nebulosa intangible.

Nada de cuanto había ocurrido era fruto de la casualidad. El plano estaba donde lo hallaron porque Tynnes Falk lo había utilizado. Lo que a su vez significaba que tampoco era producto del azar el que Sonja Hökberg hubiese sido asesinada justo en la central transformadora.

«La joven era una especie de víctima», concluyó el inspector. «En la cámara secreta de Tynnes Falk había un altar con el rostro del propio Falk como divinidad objeto de adoración. Sonja Hökberg no había sido asesinada, simplemente, sino que, en cierto modo, había sido sacrificada. Tal vez para poner de manifiesto la vulnerabilidad de los puntos débiles. Así habían puesto un velo sobre el rostro de Escania, para que cesase toda actividad».

La idea lo hizo estremecer. La sensación de que tanto él como sus colegas aún navegaban a la deriva en un enorme vacío se hizo más intensa.

Mientras observaba a las personas que se acercaban al cajero, se le ocurrió pensar que, si podían interrumpir el suministro energético, también podrían inutilizar un cajero. «¡Sabe Dios qué otras cosas podrían inutilizar, reprogramar o, simplemente, apagar! Una torre de control, el cambio de las vías del tren, el suministro de agua y de electricidad…, todo esto es posible. Con una sola condición: hay que conocer el punto débil, aquél en que la vulnerabilidad potencial se hace realidad».

Echó a andar de nuevo sin preocuparse ya de la librería. Regresó a la comisaría y, al entrar en recepción, Irene le hizo seña de que quería hablar con él, pero Wallander la rechazó con un gesto. Ya en su despacho, dejó la cazadora sobre la silla y sacó su bloc escolar al tiempo que se sentaba. Una vez más, hizo un nuevo intento de análisis de lo sucedido durante unos minutos de gran concentración. Pero, en esta ocasión, intentó aproximarse a los acontecimientos desde una perspectiva totalmente nueva. ¿No habría, pese a todo, algo que apuntase a que en todo aquello subyacía un intento de sabotaje estudiado y planificado al detalle? ¿No sería aquel sabotaje el fondo que él tan denodadamente buscaba? De nuevo le vino a la mente aquella ocasión en que Falk había sido detenido por liberar a unos visones de granja. ¿No se escondería, tras aquel suceso en apariencia anecdótico, algo de mayor envergadura? ¿No sería una especie de ensayo de otra intentona posterior?

Cuando dejó el bolígrafo y se echó hacia atrás en la silla, no tenía en modo alguno la certeza de haber encontrado el punto de arranque que les permitiera avanzar sin incidentes en la investigación. Pese a todo, sí que veía en ello una posibilidad, incluso aunque el asesinato de Lundberg quedase, a la luz de esta interpretación, por completo fuera de lugar. «Después de todo, es innegable que ahí comenzó todo» se dijo. «¿No cabría sospechar que, contra todo pronóstico, un suceso incontrolable empezase a desencadenarse? ¿Algo que en absoluto hubiese figurado en el plan inicial pero que después, una vez producido, tenía que corregirse? De hecho, ya sospechamos, o al menos así lo creemos, que Sonja Hökberg fue asesinada para evitar que revelase algo. ¿Y por qué le extirparían a Falk aquellos dos dedos? Tal vez para ocultar algo…».

Entonces cayó en la cuenta de que, de hecho, existía una tercera posibilidad. Si podían dar por cierta la sospecha de que Sonja Hökberg había sido sacrificada, también el hecho de que a Falk le hubiesen cortado los dos dedos con que escribía podía responder a una suerte de ritual.

De nuevo se entregó a desbrozar esta vía, de nuevo se empleó en el análisis bajo esta perspectiva, pero, en esta ocasión, intentando llegar más lejos. ¿Qué sucedería si el asesinato de Lundberg no estuviese en modo alguno relacionado con lo que aconteció después? ¿Si la muerte de Lundberg no hubiese sido, en el fondo, más que un error?

Media hora más tarde, comenzó a desesperar. Era demasiado pronto para extraer tales conclusiones. Nada encajaba, por ahora.

Aun así, experimentaba la sensación de haber avanzado un trecho más. No en vano había visto con claridad que existían varios códigos a partir de los cuales interpretar los sucesos y su relación interna, algunos más de los que había entrevisto hasta entonces.

Acababa de ponerse en pie para ir a los servicios cuando Ann-Britt llamó a la puerta.

La colega fue derecha al grano.

—Tenías razón —admitió la mujer—. Sonja Hökberg tenía, efectivamente, un novio.

—¡Ajá! ¿Cómo se llama?

—Sé cómo se llama, pero no dónde está.

—¿Y eso?

—Porque parece que ha desaparecido.

Wallander la observó incrédulo. Después, decidió posponer la visita a los servicios y volvió a tomar asiento. Eran las tres menos cuarto de la tarde.

## 

## 25

Más tarde, Wallander llegaría a convencerse de que, aquella tarde en que se prestó a escuchar las novedades que Ann-Britt tenía que contar, él había cometido uno de los mayores errores de su vida. En efecto, cuando ella le refirió su descubrimiento de que, después de todo, Sonja Hökberg sí que había tenido un novio, él debería haber comprendido en el acto que había algo muy extraño en aquella historia; que, en cierto modo, no era una verdad completa la que Ann-Britt había logrado desvelar, sino tan sólo una verdad a medias. Y a él no se le ocultaba que las verdades a medias tienen una tendencia lógica a transformarse en mentiras absolutas. En otras palabras, aquella tarde, el inspector no supo ver la evidencia. Simplemente, vio algo distinto de la evidencia; algo que, sólo de forma parcial, lo orientó en el sentido correcto.

En cualquier caso, aquel error le costó muy caro. En los peores momentos, Wallander pensaba que, de hecho, su torpeza había sido una de las causas coadyuvantes al hecho de que otra persona perdiese la vida. Además de haber estado a punto de contribuir a que se produjese otra catástrofe.

La mañana del lunes 13 de octubre, Ann-Britt había resuelto dedicarse a la localización de aquel novio que, sin duda, debía de existir en la vida de Sonja Hökberg. Comenzó retomando la cuestión con Eva Persson. El desconcierto general sobre cuál sería el modo más adecuado de retener a Eva Persson no se había extinguido. Sin embargo, a aquellas alturas, el fiscal y los servicios sociales habían logrado llegar al acuerdo de que la muchacha debía permanecer bajo vigilancia domiciliaria hasta nueva orden. A esta resolución había contribuido el suceso acontecido en la sala de interrogatorios, cuando el fotógrafo se las arregló para hacer aquella fotografía de consecuencias tan nefastas. En efecto, al menos en algunas esferas, se habrían dejado oír los gritos de alarma si Eva Persson hubiese quedado bajo arresto en la comisaría o en cualquier otra dependencia policial. Así pues, Ann-Britt estuvo hablando con la joven en su casa. Y había comenzado aclarándole la circunstancia de que ella, que ahora parecía menos fría y retraída, no tenía nada que temer por revelarle la verdad. Sin embargo, Eva había persistido en su afirmación de que ella, al menos, no conocía la existencia de ningún novio. A no ser el ya mencionado Kalle Ryss, con el que Sonja había estado saliendo hacía un tiempo. Ann-Britt seguía sin estar segura de que Eva Persson estuviese diciéndole la verdad, pero, en vista de que no sacaba nada en claro, se dio por vencida. Antes de irse, no obstante, habló un instante a solas con la madre de Eva Persson. En la cocina y con la puerta cerrada. Dado que la madre se había empeñado en hablar en un susurro apenas perceptible, Ann-Britt supuso que la mujer sospechaba que la hija andaba escuchando al otro lado de la puerta. En cualquier caso, tampoco ella tenía noticia de que Sonja Hökberg tuviese o hubiese tenido ningún novio. Y, comoquiera que fuese, la única culpable era Sonja: ella había asesinado al taxista. Su hija Eva era inocente y, por si fuera poco, se había visto expuesta a la agresión de aquel terrible miembro de la policía llamado Wallander.

Ann-Britt atajó la conversación con irritación apenas contenida antes de abandonar la casa, al tiempo que se imaginaba el intercambio de pareceres que madre e hija iniciarían de inmediato. En realidad, ¿qué era lo que la mujer le había dicho en la cocina?

La agente fue directamente a la ferretería en la que trabajaba Kalle Ryss. Halló al joven en el almacén, donde, entre cajas de clavos y sierras de motor, estuvieron hablando de lo ocurrido. A diferencia de Eva Persson, que no parecía capaz sino de mentir constantemente, Kalle Ryss respondía de forma sencilla y directa a sus preguntas y, en el fondo, le dio la sensación de que el muchacho aún seguía albergando profundos sentimientos por Sonja, pese a que su relación había visto su fin hacía ya más de un año. El joven la echaba de menos, lamentaba su muerte y lo sucedido lo llenaba de temor. Sin embargo, poco pudo decirle sobre la vida de la muchacha a partir del momento en que sus caminos se separaron y, por más que Ystad fuese una ciudad pequeña, no solía uno cruzarse con sus conocidos todos los días. Por si fuera poco, Kalle Ryss tenía por costumbre pasar los fines de semana en Malmö, donde vivía su actual pareja.

—De todos modos, yo creo que hay un chico… —reveló de pronto el muchacho—. Uno con el que salía Sonja.

Pero los datos que Kalle Ryss poseía acerca de su rival eran escasos. De hecho, nada en absoluto, salvo que se llamaba Jonas y que vivía solo en un chalet de la calle de Snapphanegatan, y aunque no sabía el número, sí creía que se encontraba en la esquina con la calle de Friskyttegatan según se subía desde el centro, y en la acera de la izquierda. Finalmente, tampoco estaba enterado de cómo se ganaba la vida el tal Jonas Landahl ni de a qué se dedicaba.

Ann-Britt partió enseguida hacia la dirección indicada. La primera de la izquierda era una casa moderna muy hermosa. Cruzó la verja e hizo sonar el timbre. Sin saber muy bien por qué, le dio la impresión de que la vivienda estaba abandonada. De hecho, nadie acudió a abrir la puerta, pese a haber llamado varias veces antes de dirigirse a la parte posterior. Tras aporrear con insistencia la puerta trasera e intentar ver el interior a través de las ventanas, volvió a la parte delantera donde, de la forma más imprevista, se encontró con que un hombre en bata y botas altas de goma la observaba desde el otro lado de la verja. Fue aquélla una aparición ciertamente extraordinaria, la del hombre que, de aquella guisa, se presentaba en la calle aquella fresca mañana otoñal. El sujeto la puso al corriente de que él vivía en la casa de enfrente, desde donde la había visto llegar. Acto seguido, se presentó como Yngve, sin apellidos. Yngve a secas.

—Aquí no hay nadie —aseveró con convicción—. Ni siquiera el chico.

La charla que allí mantuvieron fue, aunque corta, bastante productiva. Sin asomo de duda, Yngve era un hombre que mantenía a sus vecinos bajo constante vigilancia y la informó al punto de que, antes de jubilarse hacía ya unos años, había sido jefe de seguridad de los servicios de salud en Malmö. La familia Landahl, le reveló, era una pareja de lo más rara que se había instalado en el barrio con su hijo hacía unos diez años. Le habían comprado la casa a un ingeniero del Ayuntamiento que se trasladó a Karlstad. Yngve ignoraba cuál pudiera ser la ocupación del señor Landahl. Cuando llegaron con su mudanza, ni siquiera se preocuparon de presentarse a sus vecinos. Simplemente, metieron sus muebles y a su hijo en su nuevo domicilio y cerraron las puertas tras de sí. Por lo demás, rara vez se dejaban ver. Al niño, que tendría unos doce o trece años cuando llegaron, solían dejarlo solo en casa mientras los padres partían de viaje, a menudo por espacios de tiempo prolongados, Dios sabía adonde. De vez en cuando, regresaban para, enseguida, volver a marcharse y dejar solo al muchacho. Él saludaba, eso sí, en tono afable, pero era bastante reservado en general. Compraba la comida justa, recogía el correo y se iba a la cama a horas más que intempestivas. En una de las casas vecinas vivía una maestra de la escuela a la que iba el chico, quien según ella aseguraba, era buen estudiante. Y así habían seguido hasta la fecha. El niño creció y los padres continuaron emprendiendo sus viajes con destino desconocido. Hubo un tiempo en que se rumoreaba que habían ganado un buen pellizco en las quinielas, o quizás en la lotería. El caso es que ninguno de los dos parecía ligado a ningún trabajo. Y, sin embargo, dinero sí que había. La última vez que alguien los vio por allí había sido en septiembre. Desde aquella fecha el hijo, que ya era mayor, había estado solo. Pero, hacía unos días, había llegado un taxi y se lo había llevado a él también.

—En otras palabras, la casa está vacía —concluyó Ann-Britt.

—Así es. No hay nadie.

—¿Cuándo vino el taxi a buscarlo?

—El miércoles pasado, por la tarde.

A Ann-Britt no le costaba imaginar cómo aquel jubilado llamado Yngve registraba, desde la ventana de su cocina, cada uno de los movimientos de sus vecinos. «Cuando no hay trenes a los que ver pasar, uno se dedica a mirar la pared o a espiar a los vecinos», resolvió la agente.

—¿Recuerdas a qué compañía de taxis pertenecía el vehículo?

—No.

«Sí señor, claro que te acuerdas», desmintió ella para sí. «Es posible que incluso grabases en tu memoria la marca y hasta la matrícula. Lo que quieres evitar es que yo sospeche lo que ya sé: que te dedicas a espiar a los vecinos».

Finalmente, no le quedaban ya más preguntas, de modo que le advirtió:

—Te agradecería que nos avisases si alguno de ellos aparece por aquí.

—¿Qué ha hecho el chico?

—Nada en absoluto. Pero tenemos que hacerle algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

La curiosidad de aquel hombre no parecía conocer límites, pero la agente negó con la cabeza y, aunque él no insistió, era evidente que se sentía contrariado, como si ella hubiese quebrantado alguna norma corporativa.

De vuelta en la comisaría, trató de averiguar con qué compañía de taxis había viajado el joven y, de hecho, tuvo suerte, pues no le llevó ni quince minutos localizar incluso al taxista que había ido a recogerlo en la calle de Snapphanegatan. El hombre se dirigió a la comisaría. Ella se sentó en el asiento del acompañante para hablar con él. El taxista que se llamaba Östensson y que rondaría la treintena, llevaba una cinta negra en señal de luto en torno a una de las mangas de la chaqueta. Después, Ann-Britt comprendió que era por la muerte de Lundberg.

Ella le preguntó por la carrera y el joven dio muestras de gozar buena memoria.

—Llamaron poco antes de las dos. El nombre era Jonas.

—¿No dijeron el apellido?

—Bueno, yo pensé que ése sería el apellido. La gente se llama cualquier cosa hoy día.

—¿Cuántos pasajeros había?

—Sólo uno. Un chico joven bastante educado.

—¿Llevaba mucho equipaje?

—No, una maleta pequeña, con ruedas. Eso era todo.

—¿Adónde quería ir?

—Al transbordador.

—Entonces, iría a Polonia, ¿no?

—Los únicos transbordadores que salen son los que van a Polonia que yo sepa.

—¿Qué impresión te causó?

—Ninguna, sólo que era un chico educado.

—¿Parecía nervioso?

—No.

—¿Hizo algún comentario durante el trayecto?

—No, iba en el asiento trasero, en silencio y mirando por la ventanilla. Pero recuerdo que dejó propina.

Östensson no recordaba ningún otro detalle, de modo que Ann-Britt le dio las gracias y, acto seguido, decidió pedir una orden de registro para entrar en la casa de la calle de Snapphanegatan. Fue a hablar con el fiscal, que la escuchó en silencio y le expidió el documento en cuestión.

Pero, cuando iba camino de la casa, la llamaron de la guardería donde se encontraba el menor de sus hijos. El pequeño estaba vomitando, de modo que se lo llevó a casa, donde se vio obligada a pasar las siguientes horas. Comoquiera que fuese, los vómitos cesaron de improviso y aquella enviada de Dios que era su vecina y que, siempre que podía, le cuidaba a los niños estaba en casa y disponible. Así pues, cuando regresó a la comisaría, se encontró con que también Wallander estaba allí.

—¿Tenemos las llaves de la casa? —quiso saber el inspector.

—No, había pensado llevarme a un cerrajero.

—¡Qué coño vamos a llevarnos a nadie! ¿Eran puertas blindadas?

—No, sólo cerraduras de seguridad, de las normales.

—Pues con ésas me las arreglo yo sólito.

—Supongo que sí, pero creo que deberías saber que un sujeto en bata y botas de agua de color verde estará observando todos nuestros movimientos desde la ventana de su cocina.

—En ese caso, te vas y hablas con él. Compón una buena historia; dile que, gracias a su vigilancia, hemos podido obtener la ayuda que necesitábamos. Pero adviértele que debe seguir prestándonos sus servicios asegurándose de que nadie nos acecha por la espalda y que, como es natural, no debe revelar a nadie una sola palabra de cuanto hacemos: es posible que haya más de un vecino curioso.

Ann-Britt estalló en una sonora carcajada.

—¡Sí, él es precisamente de la clase de personas capaces de tragarse algo así!

Pusieron rumbo a la calle de Snapphanegatan. Fueron en el coche de Ann-Britt y, como de costumbre, Wallander constató en silencio que la colega conducía mal y como a trompicones. Había pensado aprovechar el trayecto para hablarle del álbum de fotos al que había dedicado aquella mañana, pero fue incapaz de concentrarse en otra cosa que en la esperanza de que no se estrellasen con otro vehículo.

Mientras Wallander la emprendía con la puerta, Ann-Britt fue a hablar con el vecino. Al igual que ella, también al inspector le sobrevino la sensación de que la casa estaba abandonada. Cuando Ann-Britt volvió, él acababa de abrir la cerradura.

—El hombre de la bata acaba de entrar a formar parte de la patrulla de vigilancia —lo informó ella irónica.

—No le habrás dicho nada de que buscamos al chico por lo del asesinato de Sonja Hökberg, ¿verdad?

—¡Ésa sí que es buena! Me gustaría saber qué opinión tienes de mí, en realidad.

—La mejor posible.

Wallander abrió la puerta y ambos entraron en la casa cerrando tras de sí.

—¡Hola! ¿Hay alguien aquí? —gritó Wallander.

Sus palabras se apagaron en el silencio y quedaron sin respuesta.

De forma pausada pero bien programada se dispusieron a inspeccionar toda la casa. Todo aparecía, según advirtieron, limpio y ordenado y, pese a que el muchacho recibió aviso de salir de forma repentina, no detectaron el menor indicio de que hubiese abandonado la casa atropelladamente. Reinaba allí, en efecto, un orden ejemplar. Tanto los muebles como los cuadros parecían tocados de un halo de impersonalidad. Como si lo hubiesen comprado todo al mismo tiempo y, después, lo hubiesen colocado con el fin de rellenar una serie de habitaciones vacías. Excepción hecha de la fotografía de una pareja joven con un recién nacido que adornaba una estantería, no había más recuerdos personales en toda la vivienda. Sobre una de las mesas había un teléfono con contestador, cuyo testigo relucía intermitente. Wallander pulsó el botón. Una compañía de material informático de Lund comunicaba que ya habían recibido el módem solicitado. Después, la llamada de alguien que se había equivocado de número. El mensaje de alguien que no dejó su nombre y, por último aquello que Wallander más ansiaba escuchar.

La voz de Sonja Hökberg.

Wallander la reconoció en el acto. A Ann-Britt le llevó unos segundos identificarla.

«Volveré a llamar más tarde. Es muy importante. Volveré a llamar».

Tras el mensaje, el sonido del auricular al colgar.

Wallander logró dar con la tecla para guardar los mensajes antes de reproducirlo de nuevo.

—Bien. Ahora ya podemos estar seguros de que Sonja tenía contacto con el joven que vivía aquí. Ni siquiera dejó su nombre.

—¿Crees que ésta es la conversación por la que nos preguntábamos? ¿Que ésta es la llamada que hizo cuando huyó?

—Con toda probabilidad.

Wallander fue a la cocina y, de allí, al lavadero, hasta llegar a la puerta del garaje. Al abrirla, comprobó que había allí un coche. Un Golf de color azul oscuro.

—Llama a Nyberg —ordenó el inspector—. Quiero que examinen este vehículo a conciencia.

—¿Será éste el coche que la condujo a su propia muerte?

—Quién sabe. En cualquier caso, no podemos excluir esa posibilidad.

Ann-Britt se dispuso a localizar a Nyberg por teléfono mientras Wallander proseguía con su examen en el piso de arriba. Había cuatro dormitorios, de los que tan sólo dos parecían haber sido utilizados: el de los padres y el del muchacho. El inspector abrió las puertas del armario de los padres, que estaba lleno de ropa bien colocada, cuando oyó los pasos de Ann-Britt en la escalera.

—Nyberg está en camino —anunció la colega.

Entonces, también ella comenzó a observar las distintas prendas.

—¡Vaya! —exclamó—. Esta gente tiene buen gusto. Y mucho dinero.

Wallander había encontrado una cadena de perro y un pequeño látigo de piel en el fondo del armario, que ahora mostraba a su compañera.

—Sí, y tal vez tengan también otros gustos no tan corrientes… —comentó reflexivo.

—Bueno, dicen que esas cosas están de moda —aseguró Ann-Britt resuelta—. Se ve que se folla mejor si te pones una bolsa de plástico en la cabeza y juegas a la danza de la muerte.

Wallander se sobresaltó, atónito ante la manera de expresarse de su colega. De hecho, se sintió abochornado, aunque, por supuesto, nada dijo al respecto.

Dejaron la habitación de los padres para entrar en el dormitorio del muchacho, donde los sorprendió lo austero de la decoración: paredes limpias, una cama y un escritorio enorme sobre el que descansaba un ordenador.

—Esto tendrá que verlo Martinson —afirmó Wallander.

—Si quieres, puedo encenderlo.

—No, ya lo haremos luego.

Volvieron a la planta baja, donde Wallander se puso a revolver entre los papeles que halló en un cajón de la cocina, hasta dar con lo que buscaba.

—No sé si te diste cuenta, pero no había ninguna placa con el nombre en la puerta. Lo cual es, cuando menos, poco habitual. Pero aquí sí que hay algunos folletos publicitarios enviados a nombre de Harald Landahl, que debe de ser el padre de Jonas.

—¿Quieres que pidamos una orden de búsqueda? —inquirió ella—. Me refiero al chico.

—No, aún no. Primero hemos de averiguar algo más.

—¿Sospechas que fue él quien la mató?

—No es seguro, pero está claro que ese viaje suyo tan precipitado podría interpretarse como una tentativa de huida.

Mientras aguardaban la llegada de Nyberg, se dedicaron a revisar los cajones y los armarios. Ann-Britt encontró una serie de fotografías de una casa de nueva construcción en Córcega.

—¿Será allí adonde van los padres?

—Puede ser.

—Habría que preguntarse de dónde sacarán el dinero, ¿no?

—Por ahora, quien nos interesa es el hijo.

En ese momento, llamaron a la puerta. Nyberg y sus técnicos habían llegado y Wallander los condujo hasta el garaje.

—Huellas dactilares —ordenó—. A ser posible, algunas que coincidan con las que ya tenemos, por ejemplo, del bolso de Sonja Hökberg o del apartamento de Tynnes Falk. O del despacho de la plaza de Runnerströms Torg. Pero, ante todo, quiero que busques indicios de si este coche ha estado en las proximidades de la central transformadora y de si Sonja Hökberg viajó en él.

—En ese caso, empezaremos por los neumáticos —decidió Nyberg—. Es lo más rápido. Supongo que recordarás que había una huella de neumático que no pudimos identificar.

Wallander aguardaba impaciente, pero a Nyberg no le llevó ni diez minutos proporcionarle la respuesta que él deseaba obtener.

—Pues sí, estas huellas coinciden —declaró el técnico, tras haberlas comparado con las fotografías tomadas en la central transformadora.

—¿Estás totalmente seguro?

—Por supuesto que no. Hay miles de neumáticos que son prácticamente iguales. Sin embargo, si te fijas en éste, el posterior izquierdo le falta aire. Además, el interior está muy desgastado, pues las ruedas no están bien equilibradas. Todo ello incrementa de forma decisiva las posibilidades de que se trate de este coche precisamente.

—En otras palabras, que sí estás seguro.

—Tanto como uno pueda estarlo.

Wallander salió del garaje. Ann-Britt estaba examinando la sala de estar, de modo que él se fue a la cocina. «¿Estoy haciendo lo correcto o debería pedir la orden de búsqueda de inmediato?», se preguntó. Impulsado por un repentino desasosiego, subió de nuevo a la planta superior, se sentó ante el escritorio del muchacho y miró a su alrededor. Entonces, se levantó y fue a mirar en el armario, pero nada de lo que allí vio llamó su atención. De puntillas, tanteó las baldas superiores y comprobó que no había nada en ellas. Regresó a la silla. Y allí estaba el ordenador. Movido por un impulso, levantó el teclado, pero tampoco allí encontró nada. Reflexionó un instante antes de salir al rellano y llamar a Ann-Britt, que entró con él en el dormitorio. Wallander señaló el ordenador.

—¿Quieres que lo encienda?

El inspector asintió.

—¿O sea, que no esperamos a Martinson?

Wallander percibió un inconfundible retintín irónico en su voz y se preguntó si no se habría ofendido antes, cuando él propuso que aguardasen al colega. Pero, en tal caso y en aquel preciso momento, no le importaba lo más mínimo que así hubiese sido. De hecho, ¿en cuántas ocasiones no se había sentido él mismo humillado durante todos los años que llevaba en la policía? Por otros colegas, por los delincuentes, por los fiscales y por los periodistas y, ¿cómo no?, también por «el público».

La agente se sentó ante el ordenador y pulsó el botón de encendido. El aparato emitió un sonido agudo y la pantalla se encendió. Cuando abrió el disco duro, aparecieron varios iconos.

—¿Qué quieres que busque?

—No lo sé.

Ella hizo clic sobre uno de los iconos, al azar. Pero, a diferencia de lo ocurrido con el ordenador de Falk, éste no opuso la menor resistencia. El único problema era que el fichero que acababa de abrirse estaba vacío.

Con las gafas encajadas, Wallander se inclinaba sobre el hombro de su colega.

—¿Qué significa eso? —inquirió.

—Que está vacío.

—O que lo han vaciado. Bueno, sigue.

Ella continuó, icono tras icono, pero siempre con el mismo resultado.

—¡Vaya! Es un tanto extraño —exclamó al fin—. Pero lo cierto es que aquí no hay nada de nada.

Wallander echó una ojeada en busca de algún disquete o de un disco duro adicional, pero no vio ninguno.

Ann-Britt tecleó en busca de la información sobre el contenido del ordenador.

—La última vez que se utilizó el aparato fue el 9 de octubre —anunció.

—Eso fue el jueves pasado.

Ambos agentes se miraron extrañados.

—¿Un día después de que se marchase a Polonia?

—Si nuestro vecino y detective privado está en lo cierto. Y yo estoy segura de que lo está.

Wallander se sentó en la cama.

—A ver, explícamelo.

—Bueno, por lo que sabemos, esto sólo puede significar dos cosas: o que el joven ha regresado, o que aquí ha estado husmeando otra persona.

—Y esa persona puede haber borrado toda la información del ordenador, ¿no es así?

—Sí, claro, sin la menor dificultad, puesto que este aparato no está protegido por ningún sistema de bloqueo.

Wallander se esforzaba por servirse de los escasos conocimientos y términos informáticos que, de forma del todo autodidacta, había logrado adquirir.

—¿Quiere eso decir que, de haber existido algún código de acceso, también habrían podido borrarlo?

—Naturalmente. Quien abrió el disco duro también pudo borrar el código.

—¿Y dejar el ordenador limpio?

—Así es, pero pueden quedar huellas —aseguró ella.

—¿A qué te refieres?

—Es algo que me explicó Martinson.

—¡Pues explícamelo tú a mí!

—Veamos. Si nos imaginamos que el ordenador es como una casa de la que sacamos todos los muebles, siempre quedarán señales. La pata de una silla puede haber dejado arañazos en el parquet, o la madera puede estar más o menos clara en las superficies sobre las que no haya incidido la luz del sol.

—Ya, como cuando quitamos un cuadro que ha estado colgado de la pared durante mucho tiempo, ¿no es eso?

—Exacto. Martinson decía que los ordenadores tienen un sótano en el que quedan los vestigios de lo que dejó de existir. En realidad, nada desaparece por completo, a menos que se destruya el disco duro. Es decir, que puede reconstruirse lo que se supone que ya no está; lo que se ha borrado sigue existiendo de alguna manera.

Wallander hizo un gesto con la cabeza.

—Bueno, sí, aunque no lo entienda, lo entiendo —afirmó—. Pero a mí lo que más me interesa en estos momentos es el hecho de que alguien haya utilizado el ordenador el día 9, hace nada.

La agente se volvió de nuevo a la pantalla.

—A ver, déjame que examine los juegos que tenía por aquí —pidió antes de empezar a activar aquellos iconos que no había tocado hasta entonces—. ¡Mira! Aquí hay un juego del que jamás había oído hablar —se extrañó—. La ciénaga de Jakob.

Ann-Britt hizo clic sobre el icono y movió la cabeza, decepcionada.

—Aquí no hay nada en absoluto. ¿Por qué habrán dejado el icono?

Decidieron entonces buscar por toda la habitación, por si encontraban algún disquete, pero no tuvieron éxito. Wallander tenía plena confianza en su intuición de que aquel acceso al ordenador con fecha del 9 de octubre podía resultar decisivo para la investigación. Alguien había hecho desaparecer el contenido del aparato, ya hubiese sido el propio Jonas Landahl u otra persona.

Finalmente, se dieron por vencidos. Wallander bajó al garaje y le pidió a Nyberg que diese una batida por toda la casa en busca de algún disquete. Aquél sería, le advirtió, su principal objetivo una vez finalizada la revisión del vehículo.

De nuevo en la cocina, se encontró con que Ann-Britt estaba hablando por teléfono con Martinson. Ella le pasó el auricular.

—¿Cómo va eso?

—Verás, Robert Modin es un caballero muy enérgico —explicó Martinson—. A la hora de almorzar, se atiborró de una especie de empanada bastante curiosa, pero, cuando yo no había llegado ni a pedir el café ya quería volver manos a la obra.

—Ya, pero ¿tiene algún resultado?

—Él se empeña en que el número veinte es importante. Dice que aparece constantemente, de una forma u otra. Pero aún no ha logrado atravesar el muro.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Es lo que dice él. Significa que no ha conseguido desbloquear las barreras. Aunque asegura que está persuadido de que se trata de dos palabras o de la combinación de una cifra y una palabra. Pero no me preguntes cómo ha llegado a esa conclusión.

Wallander le refirió brevemente dónde se encontraba y las novedades que se habían producido hasta entonces y, concluida la conversación, le pidió a Ann-Britt que fuese a hablar otra vez con el vecino para preguntarle si estaba totalmente seguro de la fecha y si no había visto a nadie merodear por la casa el día 9.

Ella obedeció mientras el inspector se acomodaba en el sofá, dispuesto a reflexionar. Sin embargo cuando, veinte minutos más tarde, ella regresó de sus pesquisas con el vecino, Wallander no había llegado a ninguna conclusión.

—¡Ese hombre lleva una especie de diario, con anotaciones! La verdad, es inaudito. ¿Es a eso a lo que puede aspirarse tras la jubilación? En fin, el caso es que está totalmente seguro de lo que dice: el joven se marchó el miércoles.

—¿Y el día 9?

—Nadie se acercó a la casa pero, claro está, ha admitido que tampoco se pasa el día entero pegado a la ventana de la cocina.

—Bien, pues ya sabemos algo —afirmó Wallander—. Pudo haber sido el chico, pero también otra persona. Lo único que hemos podido constatar es que todo esto sigue constituyendo un enigma difícil de descifrar.

Habían dado ya las cinco y Ann-Britt se marchó para ir a recoger a sus hijos, no sin antes ofrecerse a volver en algún momento de la noche. Wallander le prometió que la llamaría si se producía algún suceso inesperado o urgente.

Por tercera vez, volvió al dormitorio del muchacho, donde se agachó para mirar bajo la cama. Ann-Britt ya lo había hecho, pero él quería ver con sus propios ojos que no había nada.

Entonces, se tumbó en la cama.

«Supongamos que tenga algo importante escondido en la habitación», pensó. «Algo que quiere ver tan pronto como se despierta por la mañana». Wallander paseó la mirada por las paredes. Nada. Pero cuando ya estaba a punto de sentarse de nuevo, descubrió que la librería que había junto al armario estaba algo inclinada. Desde la cama se veía claramente, pero, al sentarse, comprobó que dejaba de percibirse la inclinación. Se acercó a la librería y se puso en cuclillas. La base del mueble estaba montada sobre dos cuñas apenas perceptibles. Tanteó con una mano debajo de la estantería. El espacio no podía ser mayor de tres centímetros, pero él notó enseguida que había un objeto bajo la última balda. Logró sacarlo y, al ponerlo a la luz, supo inmediatamente de qué se trataba: era un disquete. Aún no había alcanzado el escritorio cuando ya había marcado un número de teléfono en su móvil. Martinson respondió de inmediato. Wallander le explicó la situación y él tomó nota de la dirección. Robert Modin tendría que quedarse solo ante el ordenador de Falk por un tiempo.

Un cuarto de hora más tarde, Martinson se presentó en la casa. Encendió el ordenador e introdujo el disquete. Cuando apareció en la pantalla, Wallander se acercó para leer el nombre del archivo: La ciénaga de Jakob. Entonces recordó vagamente que Ann-Britt había dicho que se trataba de un juego. Un profundo sentimiento de decepción le invadió enseguida. Martinson abrió el disquete, que no contenía más que un fichero. Había sido modificado por última vez el día 29 de septiembre. Martinson volvió a hacer clic.

Llenos de asombro, leyeron el texto que apareció en la pantalla «Los visones han de ser liberados».

—¿Y qué quiere decir eso? —inquirió Martinson.

—No lo sé —admitió Wallander—. Pero lo cierto es que, con esta frase, acaba de establecerse una nueva conexión, entre Jonas Landahl y Tynnes Falk, para ser exactos.

Martinson lo observó sin comprender.

—¿No habrás olvidado que, hace algunos años, Falk fue condenado al pago de una multa por haber participado en un ataque contra una granja de visones, verdad? —le recordó Wallander. Entonces, Martinson se acordó.

—Y me pregunto —prosiguió Wallander— si Jonas Landahl no sería una de aquellas personas que lograron escapar al abrigo de las sombras y que la policía nunca logró atrapar.

Martinson seguía atónito.

—¿Quieres decir que todo este asunto va de visones?

—No —sentenció Wallander—. Te apuesto lo que quieras a que no. Pero tengo el presentimiento de que lo más sensato sería encontrar a Jonas Landahl lo antes posible.

## 

## 26

En la madrugada del martes 14 de octubre, en Luanda, Carter se vio obligado a tomar una decisión muy importante. Abrió los ojos en la oscuridad y quedó atento al zumbido del aparato de aire acondicionado. Su oído le reveló enseguida que había llegado el momento de limpiar el ventilador, pues un leve sonido anómalo se confundía con el ronroneo del aire frío que invadía la habitación. Así pues, se levantó, sacudió las zapatillas, por si se había ocultado en ellas algún insecto, se puso la bata y bajó a la cocina. A través de las ventanas enrejadas pudo ver a uno de los vigilantes nocturnos, José, lo más probable, dormido y hecho un ovillo en la vieja hamaca. En cambio Roberto estaba inmóvil junto a la verja observando la noche, con el pensamiento fijo en alguna idea que sólo él conocía. Muy pronto tomaría uno de los grandes escobones y comenzaría a barrer la zona de la parte delantera de la casa. Y aquel sonido siempre le brindaba a Carter un profundo sentimiento de seguridad. En efecto, había algo atemporal y reconfortante en el hecho de que alguien repitiese la misma acción día tras día. Roberto y su escobón constituían una imagen emblemática de la vida en su mejor momento. Sin sorpresas, sin exigencias. Tan sólo aquella serie de movimientos reiterados, rítmicos, que producía la escoba cuando barría la arena y la gravilla y las hojas y ramas caídas. Carter sacó una botella del agua hervida que había conservado en el frigorífico durante la noche y bebió dos grandes vasos a tragos despaciosos. Después, subió la escalera y se sentó ante el ordenador, que siempre tenía encendido, y al que había conectado una potente batería de reserva, además de estar provisto de un estabilizador que equilibraba la fluctuante tensión de la red eléctrica.

Vio enseguida que había recibido correo electrónico de Fu Cheng. Abrió el mensaje y lo leyó con suma atención.

Después, permaneció como estaba, sentado en la silla.

Malas noticias. No, lo que Cheng le comunicaba no tenía buena pinta. En efecto, le aseguraba que había llevado a cabo cuantas tareas le había ordenado pero, al parecer, los policías persistían en su empeño de acceder al ordenador de Falk. En realidad, Carter no sentía la menor preocupación por que de verdad lograsen acceder a los programas. Si, contra todo pronóstico, lo consiguiesen, no alcanzarían a comprender absolutamente nada de lo que apareciese en la pantalla. Por no hablar de lo imposible que les resultaría adoptar cualquier tipo de medida al respecto. No obstante, en aquel mensaje que había recibido durante la noche, Cheng hacía una observación que sí era preocupante. Según el remitente del mensaje, la policía había solicitado la ayuda de un joven.

Y a Carter le inspiraban un gran temor los jóvenes con gafas sentados ante un ordenador. De hecho, Falk y él habían conversado en repetidas ocasiones acerca de aquellos nuevos genios del momento. Los que eran capaces de introducirse en las redes secretas y descifrar e interpretar los protocolos electrónicos más complejos.

Y resultaba que, a decir de Cheng, había motivos suficientes para sospechar que aquel joven caballero llamado, según decía, Modin era uno de esos genios. Por otro lado, Cheng señalaba en su mensaje que los hackers suecos habían logrado acceder en varias ocasiones a los sistemas de defensa de otros países.

De modo que, se decía, el tal Modin podía ser uno de esos peligrosos herejes. «Los herejes de nuestro tiempo, que se niegan a dejar en paz la electrónica y sus secretos. De haber vivido en otra época, Modin y los de su calaña habrían sido quemados en la hoguera».

Aquello no le gustaba lo más mínimo. Como tampoco lo satisfacían tantos otros imprevistos que se habían presentado últimamente. Falk había muerto demasiado pronto y lo había dejado solo con todos los preparativos y las decisiones que aún faltaban por tomar. Él se había visto obligado a hacer limpieza a su alrededor sin la menor dilación. Y no había tenido mucho tiempo para reflexionar. Había tomado todas y cada una de las decisiones tras haber hecho una valoración previa de las medidas adoptadas con ayuda de un programa informático que había sustraído de la Universidad de Harvard. Aun así, era obvio que era insuficiente. Había sido, en efecto, un error trasladar el cuerpo de Falk y empezaba a dudar de que hubiese sido acertado o necesario eliminar a la joven. Claro que ella podía haber empezado a hablar y… ¿Quién podía saberlo? Y, ahora, los policías no parecían dispuestos a darse por vencidos.

Carter reconocía aquella actitud. La de una persona que perseveraba en seguir la pista tras un ciervo herido que se había ocultado en algún lugar del bosque.

Hacía ya varios días que tenía la certeza de que era el agente llamado Wallander el que dirigía todas las operaciones. Las apreciaciones de Cheng eran muy claras; de ahí que hubiese decidido hacerlo desaparecer. Pero fracasaron. Y el hombre no parecía dispuesto a cejar en su denodado empeño.

Se levantó y se acercó a la ventana. La ciudad no había comenzado todavía a desperezarse. La noche africana, llena de perfumes, retenía aún la penumbra. «Cheng es de fiar», se tranquilizó. En efecto, poseía ese tipo de entregado fanatismo oriental que Falk y él habían sospechado que podrían necesitar un día. La cuestión era si aquello sería suficiente.

Se sentó al ordenador y comenzó a teclear. El programa informático le daría un consejo. No le llevó ni una hora introducir todos los datos, definir las que él consideraba eran sus alternativas y pedirle al ordenador que arrojase un pronóstico. Aquel programa era inhumano en el mejor de los sentidos: no había en él espacio para la duda ni tampoco para otros sentimientos que impidiesen la claridad más absoluta en la dirección o el rumbo a tomar.

La respuesta apareció transcurridos unos segundos.

Ni el menor asomo de duda. Carter había introducido la debilidad detectada en Wallander. Una debilidad que, al mismo tiempo, les abría una posibilidad de atraparlo sin problemas.

«Todo el mundo tiene secretos», constató Carter. «Y también este tal Wallander los tiene, claro está. Secretos y puntos débiles».

Comenzó a escribir de nuevo. El alba ya había despuntado y Celina llevaba un buen rato alborotando con sus cacharros en la cocina cuando él puso punto final. Leyó lo que había escrito tres veces, hasta que se encontró totalmente satisfecho con el resultado. Entonces pulsó la tecla de «enviar» y su mensaje desapareció en el ciberespacio.

Carter no recordaba con exactitud quién había sido el primero en utilizar aquella comparación; pero suponía que había sido Falk quien dijo que eran como una nueva especie de astronautas que se deslizaban por los no menos nuevos espacios de los que empezaban a verse rodeados los humanos. «Amigos en el espacio», decía. «Esos somos nosotros».

A continuación bajó a la cocina y se tomó el desayuno. Todas las mañanas observaba a Celina a hurtadillas para ver si estaba embarazada de nuevo, pues había decidido despedirla la próxima vez que eso ocurriese. Después, le dio la lista que había confeccionado la noche anterior para que fuese al mercado a hacer la compra. A fin de asegurarse de que la mujer lo había entendido todo, solía obligarla a memorizar y repetir en voz alta lo que él había escrito. Le dio el dinero y salió para cerrar con llave las dos puertas de la fachada principal. Tenía más que contado el número de cerraduras que, en total, había que abrir cada mañana: eran dieciséis.

Celina salió de la casa. La ciudad ya había despertado de su sueño pero aquella casa, construida hacía ya tiempo por un médico portugués, se sustentaba sobre gruesos muros. Carter regresó al piso de arriba con la sensación de estar rodeado de silencio. De aquel silencio omnipresente en el corazón de la alarma africana. En la pantalla parpadeaba una señal, lo que significaba que había recibido saludos del espacio, de modo que se sentó a leer el mensaje.

Aquélla era la respuesta que esperaba obtener. En un plazo de veinticuatro horas, empezarían a utilizar la debilidad descubierta en el agente Wallander.

Permaneció así largo rato, contemplando la pantalla. Luego se puso en pie y fue a vestirse.

No faltaba ni una semana para que la ola electrónica comenzase a rodar sobre el mundo entero.

Inmediatamente después de las siete de la mañana del lunes, tanto Wallander como Martinson sintieron como si todo el aire hubiese escapado de sus cuerpos. Habían dejado la casa de la calle de Snapphanegatan y estaban ya de vuelta en la comisaría. Mientras estuvieron allí, Nyberg anduvo inspeccionando el garaje, junto con otro de los técnicos, trabajando a su ritmo normal: exhaustivo pero impulsado por una especie de ira muda que rara vez emergía a la superficie. De hecho, Wallander solía imaginarse a Nyberg como una explosión ambulante que, por diversas razones, hubiese sido interrumpida en mitad de la cadena.

Habían estado intentando comprender qué había sucedido. ¿Habría sido Jonas Landahl quien vino, en persona, a borrar toda la información de su ordenador? Y, en tal caso, ¿por qué había dejado el disquete si, cualesquiera que fuesen las razones, lo que pretendía era ocultar dicha información? ¿No creería que el disquete estaba vacío? Pero, de ser así, ¿por qué se había tomado la molestia de devolverlo a su escondrijo, debajo de aquella librería inclinada? No eran pocas las preguntas. Cierto que tampoco resultaban tan difíciles, pero, en el fondo, no sabían cómo responderlas adecuadamente. Martinson lanzo al aire, en un tono bastante cauto, la teoría de que el mensaje «los visones han de ser liberados» formaba, en realidad, parte del plan, y tenía como objetivo, precisamente, el que ellos lo encontrasen y se dedicasen a buscar en el sentido equivocado. «Pero ¿cuál es, en el fondo, el sentido equivocado, si no hay aquí nada que tenga sentido?», se preguntaba Wallander con resignación. Además, habían estado discutiendo si deberían pedir o no la búsqueda y captura de Landahl aquella misma noche. Wallander se mostró, no obstante, poco decidido, pues, a su parecer, no podían aducir ninguna razón de peso. Al menos, no hasta que Nyberg hubiese examinado el coche a conciencia. Martinson, por su parte, no estaba de acuerdo. Y fue más o menos en este punto de las deliberaciones en el que se vieron incapaces de alcanzar una postura común, cuando ambos experimentaron un cansancio atroz. ¿O sería simplemente desidia? A Wallander lo atormentaba la idea de no poder dirigir la investigación con una orientación sensata. Y se temía que Martinson suscribía este temor, aunque en silencio. Camino de la comisaría pasaron ante la plaza de Runnerströms Torg. Wallander se quedó esperando en el coche mientras Martinson subía para decirle a Robert Modin que podía dejarlo hasta el día siguiente. El agente y el joven bajaron juntos y el coche que debía llevarlo a su casa no tardó en llegar. Martinson le reveló después a Wallander que el muchacho se opuso, en principio, a marcharse a casa y que de buena gana se habría quedado ante aquellos misterios electrónicos toda la noche. Seguía sin avanzar pero, según Martinson, persistía en su afirmación inamovible de que el número veinte era crucial.

Ya en la comisaría, Martinson se lanzó enseguida a buscar a Jonas Landahl en los archivos informáticos, según los diversos grupos que existían en los registros policiales. Uno de ellos era el constituido por quienes se dedicaban a combatir el comercio de pieles de animales y quizás incluso a liberar visones de las granjas. Sin embargo, la respuesta obtenida fue «acceso denegado». Tras apagar el ordenador, se topó en el pasillo con Wallander, que estaba allí como pasmado, con la mirada perdida y un café frío en la mano.

Decidieron entonces dar por terminada la jornada y marcharse a casa. No obstante, el inspector permaneció un rato más en el comedor, tan cansado para pensar como para irse a casa. Lo último que hizo fue intentar averiguar qué estaba haciendo Hanson. Al parecer y según le dijeron, había partido hacia Växjö poco después de mediodía. Llamó entonces a Nyberg, que no tenía novedades que contarle, salvo que los técnicos seguían analizando el coche.

De camino a casa, el inspector se detuvo a comprar algo de comida en una tienda de alimentación y, cuando llegó el momento de pagar, se dio cuenta de que había olvidado la cartera sobre el escritorio. Pero como la cajera lo reconoció, le fió la cuenta. Lo primero que hizo al llegar a casa fue escribir una nota con letras mayúsculas en la que se recordaba a sí mismo que debía pagar al día siguiente. Acto seguido, dejó el papel sobre la alfombra del vestíbulo, justo ante la puerta. Hecho esto, se preparó unos espaguetis que saboreó ante el televisor pensando que, por una vez en la vida, la comida le había salido buenísima. Cambió entre los diversos canales hasta que decidió quedarse con aquel en el que daban una película, pero, como ya estaba empezada, no tuvo fuerzas para interesarse por ella. Entonces cayó en la cuenta de que había olvidado aquella otra película que debería ver, la de Al Pacino. A las once de la noche ya estaba en la cama, no sin antes haber desconectado el teléfono. La farola parecía suspendida en el aire, inmóvil, al otro lado de la ventana. Wallander no tardó en caer vencido por el sueño.

Poco antes de las seis de la mañana del martes, el inspector se despertó recuperado de su cansancio del día anterior. Durante la noche había soñado tanto con su padre como con Sten Widén. Ambos se encontraban, en su ensoñación, en un extraordinario paisaje pedregoso y la mayor preocupación de Wallander era no perderlos de vista. «Hasta yo soy capaz de interpretar ese sueño», se dijo. «Es una manifestación del miedo infantil que siento ante la idea de quedarme solo».

En ese momento, sonó el teléfono y, al contestar, oyó la voz de Nyberg que, como de costumbre, fue derecho al grano: cualquiera que fuera la hora del día o de la noche en que llamase, el técnico presuponía que la persona con la que deseaba hablar estaba ya despierta. Y aquella presuposición era para él tan natural como su queja ante la circunstancia de que anduviesen despertándolo siempre a las horas más intempestivas.

—Acabo de llegar al garaje de Snapphanegatan —comenzó—, y resulta que, entre el respaldo y el asiento trasero, he encontrado algo que no vi ayer.

—¿Y qué es?

—Un chicle de la marca Spearmint, con sabor a limón.

—¿Está pegado en el asiento?

—Ni siquiera está abierto. Si hubiera estado pegado, lo habría visto enseguida ayer mismo.

Wallander se había levantado de la cama y estaba en pie, descalzo sobre el frío suelo.

—Bien —repuso terminante—. Ya hablaremos luego.

Media hora más tarde, tras haberse dado una ducha y ya vestido, salió para dirigirse a la comisaría: el primer café del desayuno tendría que esperar. Aquella mañana en la que no corría la menor brisa, el inspector había decidido ir a pie al trabajo, pero, una vez en la calle, cambió de opinión y tomó el coche, resuelto a no prestar demasiada atención al consiguiente cargo de conciencia. La primera persona a la que buscó al llegar a la comisaría fue Irene. Pero la joven no había llegado aún. «Ebba ya habría estado en su puesto», pensó agriamente. «Aunque ella también empezaba a las siete, y no antes. Ebba habría intuido que, esta mañana, yo necesitaba hablar con ella lo antes posible». Se arrepintió enseguida, no obstante, de su reproche, convencido de que estaba siendo injusto con Irene: en efecto, nadie podía compararse con Ebba. Se dirigió al comedor en busca de una taza de café. Aquel día se llevaría a cabo un gran control en las carreteras y Wallander intercambió unas frases con los colegas de tráfico que se quejaban de que cada vez hubiese más personas que conducían con exceso de velocidad tras haber consumido alcohol y, en algunos casos, sin tener siquiera el permiso de conducir. Wallander los escuchaba ausente pensando que el Cuerpo de Policía siempre se había caracterizado por ser una raza de cascarrabias quejumbrosos. Regresó a la recepción, donde Irene ya estaba quitándose el abrigo.

—¿Recuerdas que te pedí prestado un chicle hace unos días?

—Bueno, nadie puede prestarte un chicle. Te lo di. O, mejor dicho, se lo di a aquella joven.

—¿De qué marca era?

—La más normal, Spearmint.

Wallander asintió.

—¿Eso es todo lo que querías saber? —preguntó Irene atónita.

—¿Te parece poco?

Se dirigió entonces a su despacho, con el café salpicando en la taza. En efecto, necesitaba con urgencia seguir su razonamiento. Ya ante el escritorio, marcó el número particular de Ann-Britt. Wallander oyó el lloriqueo infantil de fondo cuando ella contestó.

—Quiero que me hagas un favor —rogó—. Quiero que hables con Eva Persson y que le preguntes cuál es el sabor de chicle que más le gusta y si solía darle de sus chicles a Sonja.

—¿Puedo saber por qué es eso tan importante?

—Ya te lo explicaré cuando llegues.

Diez minutos más tarde, ella le devolvió la llamada, con el mismo alboroto de fondo.

—Estuve hablando con su madre. Según ella, su hija no tiene un sabor favorito, sino que va cambiando. Me imagino que no iba a mentirme al respecto.

—En otras palabras, que la madre sabe qué chicles suele mascar su hija, ¿no?

—Bueno, las madres pueden llegar a saberlo casi todo de sus hijas —señaló ella.

—Ya, o no saber nada en absoluto.

—Exacto.

—¿Y de Sonja?

—Creo que podemos suponer que Eva Persson le daba de sus chicles.

Wallander emitió un chasquido.

—¡Pero, por Dios! ¿Por qué son tan importantes ahora los dichosos chicles? —inquirió Ann-Britt impaciente.

—Ya te lo contaré cuando llegues.

—Pues yo tengo un buen lío aquí. Por alguna razón que se me escapa, las mañanas de los martes son siempre las peores.

Wallander colgó el auricular pensando que todas las mañanas eran «las peores». «Al menos, cuando te despiertas a las cinco y no puedes volver a dormirte», se dijo mientras se dirigía al despacho de Martinson. El colega no estaba allí, por lo que supuso que se encontraba ya en el despacho de la plaza de Runnerströms Torg, junto con Modin. Tampoco Hanson había regresado de lo que sospechaba había sido un viaje totalmente inútil a Växjö.

Se sentó en su despacho dispuesto a elaborar un balance por su cuenta. No cabía, se dijo, la menor duda de que Sonja Hökberg había hecho su último viaje en el Golf azul oscuro que había estacionado en el garaje de la calle de Snapphanegatan. Jonas Landahl la había conducido hasta la central transformadora donde fue asesinada, antes de marcharse en uno de los transbordadores a Polonia.

Claro que había lagunas y deficiencias en su reconstrucción. En efecto, Jonas Landahl no tenía por qué haber conducido el coche personalmente, como tampoco tenía por qué ser él quien mató a Sonja. Pero era, a todas luces, sospechoso. Y, en cualquier caso, debían localizarlo lo antes posible para interrogarlo.

El ordenador, por su parte, constituía un problema mucho más grave. Si Jonas Landahl no había borrado la información, habría que suponer la intervención de otra persona. Además, estaba el disquete con las copias de seguridad que había hallado oculto bajo la librería.

Wallander se esforzaba por obtener una interpretación plausible, pero, transcurridos unos minutos, cayó en la cuenta de que había, de hecho, otra posibilidad: que el propio Jonas hubiese borrado el contenido, pero que otra persona hubiese estado allí después para comprobarlo.

Wallander abrió su bloc escolar y buscó un bolígrafo, antes de escribir una línea cronológica provisional con los diversos nombres según el orden de la primera aparición en el caso.

Lundberg, Sonja y Eva.

Tynnes Falk.

Jonas Landahl.

Entre todos ellos se había establecido una conexión, pero no habían dado con el móvil lógico de los asesinatos. «Seguimos sin entrever el fondo», concluyó. «Aún no hemos llegado al fondo».

La aparición de Martinson en el umbral de la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Robert Modin ya está en pleno trabajo —anunció—. Pidió que lo recogieran a las seis. Hoy se llevó la comida de casa. Unos tés muy raros y unas tostadas más raras todavía, elaboradas con materias primas de cultivo ecológico, procedentes de Bornholm… Además, se llevó un reproductor de cintas. Según dice, trabaja mejor con música de fondo. Le eché un ojo a sus casetes y anoté los nombres.

Martinson sacó del bolsillo un trozo de papel.

—El Mesías de Händel y el Réquiem de Verdi —leyó—. ¿Te dice eso algo?

—Sí, que Robert Modin tiene un gusto musical exquisito.

Wallander le refirió sus conversaciones telefónicas con Nyberg y Ann-Britt y la conclusión de que, a aquellas alturas, podían asegurar, sin temor a equivocarse, que Sonja había viajado en aquel coche.

—Ya, pero no tuvo por qué ser en su último viaje —observó Martinson.

—Cierto, pero, por el momento, partiremos de esa base, apoyándonos en la circunstancia de que Landahl se marchó después de una forma, cuando menos, precipitada.

—¿Es decir, búsqueda y captura?

—Exacto. Tendrás que hablar con el fiscal.

Martinson hizo una mueca de disgusto.

—¿No podría hacerlo Hanson?

—Aún no ha vuelto.

—¿Y dónde coño está?

—Me dijeron que había ido a Växjö.

—¿Para qué?

—Parece que el padre de Eva Persson arrastra su vida de alcohólico por aquellos lares.

—¿Tan importante es hablar con él?

Wallander se encogió de hombros.

—Bueno, yo no puedo dedicarme a ir diciendo qué es lo prioritario.

Martinson se puso en pie.

—Está bien, hablaré con Viktorsson. Y veré qué puedo averiguar sobre Landahl en cuanto los ordenadores empiecen a funcionar.

Wallander lo retuvo un instante.

—Oye, en realidad, ¿qué sabemos de todos esos grupos? Los ecologistas, o esos que se hacen llamar «veganos» entre otros.

—Hanson sostiene que son una especie de bandas de moteros, pero más refinados porque a lo que se dedican, en definitiva, es a irrumpir en los laboratorios que hacen pruebas con animales.

—¡Vaya! Eso no es muy justo por parte de Hanson.

—¿Quién ha podido alguna vez acusar a Hanson de ser justo?

—En cualquier caso, yo creía que eran grupos «incruentos». Desobediencia civil sin violencia…

—Sí, y así es, en la mayoría de los casos.

—Pero Falk estaba involucrado en uno de ellos.

—Ya, pero no olvides que no hay ninguna prueba irrefutable de que lo asesinaran.

—Pero a Sonja Hökberg sí. Y a Lundberg.

—Cierto, pero lo que eso significa, sinceramente, es que no tenemos ni idea de lo que se esconde detrás de todo esto.

—¿Tú crees que Robert Modin lo conseguirá?

—No es fácil saberlo. Pero yo no pierdo la esperanza, claro está.

—¿Y sigue empeñado en que el número veinte es importante?

—Así es. Está seguro. Yo no entiendo sus explicaciones más que a medias, pero, créeme, es muy convincente.

Wallander echó una ojeada a su almanaque.

—Estamos a 14 de octubre. El 20 será dentro de una semana.

—Sí, pero no sabemos si se trata de «ese» número veinte.

De pronto, Wallander recordó una cuestión.

—¿Qué sabemos de Sydkraft? Me imagino que habrán iniciado una investigación interna. ¿Cómo pudo producirse el incidente? ¿Por qué estaba rota la verja, pero no la puerta?

—Hanson es quien se encarga de este asunto. Pero, al parecer, Sydkraft se lo ha tomado muy en serio. Según Hanson, van a rodar muchas cabezas.

—Ya, la cuestión es si nosotros nos lo hemos tomado con la suficiente seriedad —observó Wallander pensativo—. ¿Cómo consiguió Falk aquellos planos? ¿Y para qué los quería?

—Sí, todo esto es tan turbio… —se lamentó Martinson—. Claro que no podemos excluir la posibilidad de que fuese un sabotaje. La distancia entre liberar visones y cortar el suministro eléctrico de una región entera tal vez no sea insalvable…, sobre todo si uno cuenta con la dosis de fanatismo suficiente.

Wallander sintió una nueva punzada de desasosiego.

—Ese número veinte me tiene aterrado —confesó—. Si, pese a todo, fuese el 20 de octubre, ¿qué es lo que se supone que ocurrirá entonces?

—Sí, y yo comparto ese temor —admitió Martinson—. Pero, como tú, ignoro la respuesta.

—Me pregunto si no deberíamos celebrar una reunión con Sydkraft. Por lo menos, para que comprueben sus planes de prevención ante las emergencias.

Martinson asintió sin convicción.

—El caso es que cabe ver el asunto de este modo: primero fueron los visones; luego el transformador. ¿Qué será lo siguiente?

Ambos guardaron un pesado silencio.

Martinson salió del despacho y Wallander dedicó las horas siguientes a revisar las montañas de papeles que se habían acumulado sobre su escritorio, obsesionado con hallar algún detalle que le hubiese pasado inadvertido hasta entonces. Pero nada encontró, salvo la confirmación de que seguían a la deriva en un agujero negro.

El grupo de investigación se reunió a última hora de la tarde. Martinson había hablado con Viktorsson. Jonas Landahl estaba ya en búsqueda y captura, tanto dentro como fuera del país. La policía polaca respondió en el acto al télex que les enviaron: Landahl había viajado a Polonia, en efecto, el día en que el vecino lo vio salir por última vez de su domicilio en la calle de Snapphanegatan, aunque no habían registrado su salida del país. Pese a todo, Wallander no estaba convencido de que Landahl estuviese en Polonia: su intuición le decía que no era así. Ann-Britt, por su parte, había mantenido una conversación sobre chicles con Eva Persson justo antes de la reunión. La chica le confirmó que Sonja compraba a veces los de limón. Pero no recordaba cuándo había sido la última vez que la vio con uno de aquellos paquetes. En cuanto a Nyberg, había registrado el coche de arriba abajo y había enviado al laboratorio, para su análisis, un sinnúmero de bolsas de plástico con restos de fibras y cabellos. Pero tendrían que esperar los resultados para estar seguros de que Sonja Hökberg había viajado en el coche de Landahl. Precisamente este extremo originó una discusión, a ratos acalorada, entre Martinson y Ann-Britt. Si era cierto que Sonja Hökberg y Jonas Landahl eran novios, no debía resultar extraño que ella hubiese subido a su coche de vez en cuando y, aunque así hubiese sido, nada apuntaba al hecho de que lo hubiese hecho también el día de su muerte.

Wallander se mantuvo expectante, mientras ellos discutían. Ninguno de los dos tenía razón, pero ambos estaban cansados. El infructuoso intercambio de pareceres se extinguió, al fin, por sí solo. Por lo que a Hanson se refería, el agente había emprendido un viaje, ciertamente inútil, hasta Växjö. Fue en coche y, por si fuera poco, se equivocó de carretera y no lo descubrió hasta que fue demasiado tarde. El padre de Eva Persson vivía en una chabola increíble, a las afueras de Vislanda. Cuando Hanson logró dar con la dirección, lo encontró totalmente borracho e incapaz de proporcionarle la menor información de interés. Por otro lado, el hombre rompía a llorar cada vez que mencionaba el nombre de su hija ante la sola idea del porvenir de la joven, Hanson se marchó de allí tan pronto como pudo zafarse del sujeto.

Tampoco habían dado con ninguna furgoneta Mercedes que pudiese ser la que buscaban. Y Wallander había recibido un fax procedente de Hong Kong enviado desde las oficinas de American Express, en el que un jefe de policía llamado Wang le hacía saber que, en la dirección que les habían proporcionado, no vivía ningún Fu Cheng. Mientras ellos celebraban su reunión, recordaron que Robert Modin seguía manteniendo una lucha sin cuartel con el ordenador de Falk. Tras una prolongada y, en opinión de Wallander, absurda discusión, optaron por aguardar unos días antes de ponerse en contacto con los expertos informáticos de la brigada nacional.

A las seis de la tarde, ya no podían más. Wallander se vio rodeado de una serie de rostros ajados y ojerosos y supo que lo único que podían hacer era dar la reunión por terminada, no sin antes haber acordado que se verían de nuevo a las ocho del día siguiente. Wallander se quedó trabajando hasta las ocho y medía, hora a la que también él se marchó a casa. Se comió los restos de los espaguetis y se tumbó en la cama a leer un volumen sobre las guerras napoleónicas tan absolutamente aburrido que no tardó en dormirse con el libro sobre la cara.

Lo despertó el zumbido del teléfono. Al principio, no sabía ni dónde estaba ni qué hora era. Contestó a la llamada, que procedía de la comisaría.

—Han dado la alarma desde uno de los transbordadores que se dirigen hacia Ystad —anunció el agente de guardia.

—¿Qué ha ocurrido?

—Al parecer, tuvieron complicaciones en el eje de una de las hélices. Y, cuando intentaron localizar el fallo, encontraron también la causa.

—¿Qué era?

—Han encontrado un cadáver en la sala de máquinas.

Wallander contuvo la respiración.

—¿Dónde está ahora el transbordador?

—A unos minutos del puerto.

—Voy para allá.

—¿Quieres que llame a alguien más?

Wallander reflexionó un instante.

—Sí, a Martinson y a Hanson. Y también a Nyberg. Diles que nos veremos en la terminal.

—¿Alguien más?

—Avisa a Lisa Holgersson.

—Está en Copenhague, en un congreso de la policía.

—Me importa un bledo. Llámala.

—¿Y qué le digo?

—Que un sospechoso de asesinato está a punto de volver a Suecia desde Polonia. Pero que, por desgracia, está muerto.

El inspector concluyó la conversación con la certeza de que ya no tendría que elucubrar más acerca del paradero de Jonas Landahl.

Veinte minutos más tarde, reunidos en la terminal, esperaban abatidos a que el gran transbordador atracase en el muelle.

## 

## 27

Cuando Wallander bajó por la escalerilla que conducía a la sala de máquinas, lo hizo con la sensación de estar descendiendo al mismo infierno. Por más que la embarcación yacía inmóvil junto al muelle y que no se oía ya más que un sordo zumbido, él estaba persuadido de que lo que lo aguardaba allá abajo no era sino el averno. Un alteradísimo primer oficial y dos maquinistas no menos pálidos los recibieron en el barco. Wallander sabía ya que el cuerpo que flotaba en las aguas oleosas estaría tan destrozado que sería imposible reconocerlo. Alguien, quizá Martinson, lo había informado de que la forense estaba en camino. Y el coche de bomberos con personal de salvamento ya había acudido a la terminal de transbordadores.

Pero, pese a todo, era Wallander quien debía bajar primero. Martinson prefería no hacerlo en absoluto y Hanson no había llegado todavía. Wallander le pidió a Martinson que intentase hacerse una idea de lo sucedido, con la promesa de que Hanson le ayudaría tan pronto como apareciese.

Dicho esto, se puso en marcha, seguido muy de cerca por Nyberg. Descendieron por la escalerilla, acompañados por el maquinista que había descubierto el cadáver, que había recibido órdenes de guiarlos. En el último tramo, los desvió hacia la popa de la embarcación. Wallander se sorprendió de que la sala de máquinas fuese tan amplia. El maquinista se detuvo junto a la última escalerilla y señaló las profundidades. Wallander descendió. Cuando se encontraban en el último peldaño, Nyberg le pisó la mano. Wallander lanzó una maldición de dolor y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero logró mantenerse. Finalmente, llegaron abajo y allí, en la sentina de aguas relucientes por el aceite, estaba el cuerpo.

El maquinista no había exagerado lo más mínimo. Wallander experimentó la sensación de que aquello que contemplaba no era, en el fondo, una persona. Era como si alguien hubiese arrojado al fondo del barco el cuerpo de un animal recién sacrificado. Nyberg lanzó un rugido a su espalda y Wallander creyó entender que el técnico gritaba algo así como que quería jubilarse de inmediato. El inspector, por su parte, estaba atónito, pues ni siquiera se había mareado. Durante su vida como policía, se había visto obligado a soportar espectáculos tremendos. Restos humanos tras violentas colisiones de vehículos, o los cuerpos de personas que habían yacido muertas en sus casas durante meses o años… Pero aquello era, ciertamente, de lo peor a lo que se había enfrentado nunca. En la pared del dormitorio donde halló la librería inclinada había una fotografía de Jonas Landahl. Un chico joven de aspecto normal. Ante aquella visión, Wallander intentaba ahora dilucidar si debía dar por confirmados los temores que empezó a albergar en cuanto sonó el teléfono. ¿Serían los restos de Landahl aquello que flotaba en el aceitoso líquido? El rostro estaba deshecho casi por completo, reducido a un sangriento muñón sin rasgos perceptibles.

El chico de la fotografía tenía el cabello rubio. Y la cabeza que sobresalía allá abajo, a sus pies, casi por completo desgajada del cuerpo, conservaba aún algunos mechones que ni se habían desprendido del cuero cabelludo ni se habían impregnado de aceite. Y aquellos mechones eran rubios. Wallander estaba seguro, aun sin poder probar nada, de que era Landahl. Se hizo a un lado para permitir que Nyberg viese el cuerpo y, en ese preciso momento, apareció la forense, Susan Bexell, escaleras abajo acompañada de dos bomberos.

—¿Cómo cojones pudo ir a parar ahí abajo? —rugió Nyberg.

Pese a que las máquinas estaban en ralentí, se vio obligado a gritar para hacerse oír. Wallander negó con un gesto, sin pronunciar palabra. Entonces sintió que debía salir de allí, alejarse de aquella pesadilla cuanto antes para poder pensar con claridad. Dejó a Nyberg, a la forense y a los bomberos y subió de nuevo por la escalerilla hasta llegar a cubierta, donde pudo, por fin, respirar hondo. De repente, sin saber cómo, se dio cuenta de que Martinson estaba a su lado.

—¿Qué tal?

—Peor de lo que puedas imaginar.

—¿Es Landahl?

No habían intercambiado ningún comentario acerca de aquella posibilidad, pero era evidente que Martinson también la había contemplado. El cuerpo de Sonja Hökberg en la central transformadora había provocado un corte de electricidad. Landahl moría bajo la sala de máquinas de uno de los transbordadores que iban a Polonia.

—Es imposible decirlo a simple vista —explicó Wallander—. Pero creo que podemos dar por supuesto que es Jonas Landahl.

Dicho esto, intentó rehacerse y organizar el trabajo policial. Martinson había sido informado de que el transbordador debía partir de nuevo a la mañana siguiente, por lo que para entonces la inspección técnica había de quedar terminada y el cuerpo retirado del lugar.

—Pedí que me entregasen una copia de la lista de pasajeros —le adelantó Martinson—. El nombre de Jonas Landahl no figuraba en la de hoy.

—Es él —afirmó Wallander convencido—. Esté o no en esa lista, es él.

—Pues yo pensaba que, tras la catástrofe del Estonia, se habían endurecido las normas de control del número exacto de pasajeros y sus nombres.

—Ya, aunque puede haber subido a bordo bajo otro nombre —advirtió Wallander—. En cualquier caso, necesitamos esa lista de pasajeros. Y la de todos los componentes de la tripulación. Ya veremos si figura en ellas algún nombre que nos suene familiar o que podamos relacionar con el de Landahl.

—Es decir, que excluyes por completo la posibilidad de que haya sido un accidente, ¿estoy en lo cierto?

—Así es —repuso Wallander—. Es el mismo tipo de accidente que el ocurrido a Sonja Hökberg. Y los responsables son los mismos.

El inspector quiso saber si Hanson había llegado y Martinson le explicó que estaba hablando con el personal de la sala de máquinas.

Abandonaron la cubierta y pasaron al interior. La embarcación aparecía desierta. Tan sólo algunos miembros del personal de limpieza trabajaban en la gran escalinata que unía las diversas cubiertas. Wallander condujo a Martinson hasta la cafetería, que estaba tan solitaria como el resto de la embarcación. No había allí ni un alma, pero Wallander oyó el soniquete de los cacharros en la cocina. A través de los ojos de buey, se veían las luces de la ciudad de Ystad.

—Ve a ver si puedes conseguir un par de cafés —lo animó—. Tenemos que sentarnos a hablar.

Martinson se encaminó a la cocina mientras Wallander tomaba asiento ante una de las mesas. ¿Qué significaba que Jonas Landahl hubiese muerto? Poco a poco, fue construyendo en su mente las dos teorías provisionales que tenía intención de exponerle a su colega.

De repente, un hombre vestido de uniforme apareció junto a él.

—¿Podría explicarme por qué no ha abandonado usted la embarcación?

Wallander observó a aquel hombre de poblada barba larga y rostro enrojecido. En las hombreras lucía unas bandas amarillas. «Estos transbordadores son grandes», se dijo el inspector. «Seguro que no todo el mundo se ha enterado de lo ocurrido en la sala de máquinas».

—Soy policía —aclaró Wallander—. ¿Quién eres tú?

—Soy el tercer oficial de la nave.

—Muy bien. Pues ve a hablar con el capitán o con el primer oficial, y sabrás por qué estoy aquí.

El hombre pareció dudar, pero resolvió que lo más probable era que Wallander estuviese diciendo la verdad y no fuese un pasajero despistado, de modo que desapareció. En ese momento, apareció Martinson abriéndose paso con una bandeja a través de las puertas abatibles.

—Estaban comiendo —aclaró—. Y no sabían nada de lo ocurrido, aunque sí habían notado que la embarcación navegó a velocidad de crucero durante gran parte de la travesía.

—Sí. Por aquí ha pasado un oficial y tampoco él estaba enterado —comentó Wallander.

—¿No crees que hemos cometido un error?

—¿A qué te refieres?

—¿No deberíamos haber impedido que nadie abandonase el barco? Al menos, hasta que hubiésemos comprobado los nombres y revisado los vehículos.

Wallander comprendió que Martinson tenía razón, pero una operación de tal envergadura habría requerido la intervención de demasiadas personas. Por otro lado, dudaba de que les hubiese proporcionado ningún resultado positivo.

—Tal vez —repuso lacónico—. Pero ya es tarde.

—Yo soñaba con la mar cuando era joven —declaró Martinson.

—Claro, y yo también. Como todo el mundo, ¿no? —replicó el inspector antes de ir derecho al asunto—. Hemos de buscarle una interpretación a lo sucedido —comenzó—. Ya estábamos dispuestos a creer que fue Landahl quien condujo a Sonja Hökberg a la central transformadora antes de asesinarla. Y que ése fue el motivo por el que se marchó huyendo de su domicilio de la calle de Snapphanegatan. Pero resulta que ahora también él ha sido asesinado. Y la cuestión es en qué forma modifica el cuadro esa circunstancia.

—Es decir, que tú excluyes la posibilidad del accidente.

—¿Y tú no?

Martinson removió el café en la taza.

—A mi modo de ver, existen dos teorías probables —prosiguió Wallander—. Una, que Jonas Landahl acabase realmente con la vida de Sonja Hökberg por razones que ignoramos pero que intuimos que están relacionadas con la necesidad de silenciar a la joven. Ella sabía algo que Landahl no deseaba que saliese a la luz. Entonces Landahl se marcha, sin que nos sea dado determinar si lo hizo presa del pánico o según un plan prefijado. Y entonces él mismo resulta muerto, ya sea en venganza, ya porque el propio Landahl, de repente, constituye un riesgo para alguien que desea eliminar toda posible huella.

Wallander guardó silencio, pero Martinson no hizo comentarios por lo que el inspector continuó.

—La otra posibilidad es, claro está, que todo se haya desarrollado de modo distinto por completo, que sea un desconocido quien haya asesinado tanto a Sonja Hökberg como a Landahl.

—Pero, entonces, ¿cómo explicas que Landahl se marchase de forma tan precipitada?

—Pues porque se dio cuenta de lo sucedido a Sonja, se asustó e intentó desaparecer. Pero alguien lo alcanzó.

Martinson asintió y Wallander pensó que, en aquellos momentos, estaban dilucidando juntos una posible solución.

—Sabotaje y asesinato —sintetizó Martinson—. Electrocutan a Hökberg, cortando así el suministro en Escania. Y después arrojan a Landahl entre los ejes de las hélices.

—Recuerda lo que dijimos antes: primero los visones liberados; después el corte eléctrico; ahora un transbordador con destino a Polonia: ¿qué será lo siguiente?

Martinson movió la cabeza con resignación.

—Bien, pero todo esto es un despropósito —sentenció—. Puedo comprender lo de los visones. Me imagino a una banda de defensores de los animales que se oponen al uso comercial de las pieles y decide atacar. Incluso puedo explicarme lo del corte eléctrico como un deseo de demostrar el grado de vulnerabilidad de la sociedad en que vivimos. Pero ¿qué quieren demostrar provocando el caos en la sala de máquinas de un transbordador?

—Sí, es como un juego de dominó. Si una ficha cae, todo se derrumba, como una reacción en cadena. Falk era la primera ficha.

—¿Dónde encajas el asesinato de Lundberg?

—Sí, ése es el problema. No logro encajarlo. Lo que me está sugiriendo otra posibilidad.

—Que no debamos incluir a Lundberg en el plan general.

Wallander asintió, satisfecho al comprobar la rapidez mental del colega.

—En efecto. Ya nos ha ocurrido con anterioridad que nos hemos topado con dos sucesos que se interfieren de modo fortuito —le recordó Wallander—. Y, en general, nos ha costado detectar la colisión y nos hemos empeñado en que estaban relacionados cuando, en el fondo, todo era pura casualidad.

—¿Quieres decir que deberíamos establecer dos investigaciones distintas? Claro que Sonja Hökberg desempeña un papel importante en ambas.

—Exacto. Ésa es la cuestión —precisó Wallander—. Supón que no sea ése el caso, que sea todo lo contrario que su papel sea mucho menor de lo que hemos estado creyendo.

En ese preciso instante, Hanson entró en la cafetería y miró con envidia sus tazas de café. Iba acompañado de un hombre de cabello gris y mirada cálida, cuyas hombreras estaban repletas de bandas amarillas. Wallander se puso en pie y saludó al que le presentaron como capitán Sund. Para su sorpresa, Sund se expresaba en un dialecto que Wallander reconoció como propio de la región de Dalarna.

—¡Es terrible! —se lamentó Sund.

—Nadie ha visto nada —explicó Hanson—. Pero de algún modo debió de llegar Landahl hasta la sala de máquinas.

—En otras palabras, no hay testigos.

—No. He estado hablando con los dos maquinistas que estuvieron de servicio durante el viaje desde Polonia. Pero ninguno de los dos se percató de nada.

—Y las puertas de la sala de máquinas, ¿se mantienen bajo llave o no? —inquirió Wallander.

—Pues no, las normas de seguridad lo prohíben. Lo que sí hay, como es lógico, son indicadores con la leyenda de «prohibida la entrada». Cuantos trabajan allí reaccionarían de inmediato si viesen a alguien ajeno a la zona. Ni que decir tiene que algún que otro pasajero más cargado de la cuenta se deja caer de vez en cuando, pero jamás pensé que pudiese ocurrir nada semejante —confesó Sund.

—Me figuro que, en estos momentos, el transbordador estará vacío, que no habrá quedado ningún coche, ¿no? —inquirió Wallander.

Sund llevaba en la mano un radioteléfono y lo utilizó para ponerse en contacto con la cubierta de vehículos. Un carraspeo se dejó oír junto con la respuesta:

—Todos los vehículos han salido del barco y la cubierta está vacía —afirmó.

—¿Qué hay de los camarotes? ¿No habrán encontrado ninguna maleta olvidada?

Sund se marchó, dispuesto a averiguar si era así. Hanson tomó asiento y Wallander reconoció que había sido extremadamente exhaustivo a la hora de recabar la información sobre lo sucedido.

Según sus pesquisas, cuando el transbordador salió de la ciudad de Swinoujscie, la duración estimada de la travesía hasta Ystad era de unas siete horas. Wallander quiso saber si los maquinistas habían podido determinar la hora aproximada a la que el cuerpo fue a caer en los ejes de la hélice. ¿Cabía la posibilidad de que hubiese ocurrido mientras el transbordador estaba aún atracado en aguas polacas, o habría ocurrido poco antes de que notasen las primeras anomalías? Pero Hanson, que ya les había hecho la misma pregunta a los maquinistas, cuyas respuestas, por otro lado, coincidieron, le aclaró que, según ellos, el cuerpo podría haber caído allí mientras estaban en Polonia.

Aparte de aquella información, no tenían mucho más que añadir. Nadie había visto nada ni parecía haber reparado en Landahl. A bordo de la nave viajaban unos cien pasajeros, la mayor parte de ellos camioneros polacos. Además, había una delegación de representantes de la industria sueca del cemento que había estado de visita en Polonia con el fin de realizar un estudio sobre futuras inversiones.

—Necesitamos saber si Landahl iba solo o acompañado —aseguró Wallander una vez que Hanson hubo concluido—. Eso es lo más importante. Necesitamos, además, una fotografía de Landahl. Alguien tendrá que hacer un viaje de ida y vuelta en el transbordador y mostrar la fotografía a los trabajadores del barco por si alguno lo reconoce.

—Sólo espero que no me mandes a mí: yo me mareo muchísimo en alta mar.

—Pues elige tú mismo al afortunado. Busca a un cerrajero y vete a la casa de Snapphanegatan para recoger la fotografía del chico. Después, pregunta a la persona que trabaja en la ferretería si reconoce en ella a Jonas Landahl —ordenó Wallander.

—¿Te refieres al chico que se llama Ryss?

—Exacto. Supongo que habrá visto a su rival en alguna ocasión, ¿no?

—El barco sale mañana, a las seis de la mañana.

—Pues déjalo todo listo esta misma noche —le advirtió el inspector.

Hanson estaba ya a punto de marcharse, cuando a Wallander se le ocurrió otra pregunta.

—¿Había algún pasajero asiático en el transbordador?

Ambos comenzaron a buscar en la lista que les había proporcionado Martinson, pero no vieron ningún nombre asiático.

—Bien, pues quien vaya mañana a Polonia tendrá que preguntar si alguien vio a bordo a un pasajero de aspecto oriental.

Hanson se fue, pero Wallander y Martinson permanecieron sentados aún un instante, transcurrido el cual apareció Susan Bexell, que fue a hacerles compañía. El rostro de la forense era de una palidez extrema.

—Jamás había visto nada parecido —aseguró—. Primero, una chica carbonizada en unas instalaciones de alta tensión. Y ahora, esto.

—¿Podemos presuponer que se trata de un hombre joven? —quiso saber Wallander.

—Sin lugar a dudas.

—Pero imagino que no puedes aventurar la causa ni la hora de la muerte, ¿no es así?

—¡Tú mismo has visto el aspecto que tenía aquello! Ese pobre chico está totalmente machacado. Uno de los bomberos llegó a vomitar. Y la verdad es que lo comprendo.

—¿Sabes si Nyberg sigue allí?

—Creo que sí.

Susan Bexell se marchó y el capitán Sund no había vuelto aún cuando el teléfono de Martinson empezó a sonar. Era Lisa Holgersson, que llamaba desde Copenhague. Martinson le tendió el teléfono a Wallander, pero éste lo rechazó con un gesto.

—No, habla tú con ella.

—¿Y qué le digo?

—Pues la verdad. ¿Qué le vas a contar si no?

Wallander se levantó y se puso a recorrer la cafetería desierta. La muerte de Landahl había obstruido una vía que parecía practicable, pero lo que más lo inquietaba era la sospecha de que podían haberla evitado. Si Landahl había huido porque tenía miedo, porque otra persona, y no él, había cometido un crimen…

Wallander se reprochaba no haber reflexionado a conciencia y haberse contentado con el motivo más fácil en lugar de establecer desde el principio varias teorías alternativas. Ahora Landahl estaba muerto y, aunque no estaba seguro, se preguntaba si no habría sido posible evitarlo.

Martinson concluyó su conversación y el inspector regresó a la mesa.

—Te aseguro que no parecía estar del todo sobria… —le confió Martinson.

—¿Y qué quieres? Está en una fiesta de jefes de policía —le recordó—. En cualquier caso, ahora ya está al corriente de lo que nos traemos entre manos.

En ese momento, el capitán Sund entró en la cafetería.

—Bueno, pues resulta que se han olvidado una maleta en uno de los camarotes.

Los dos agentes se pusieron en pie al mismo tiempo, dispuestos a seguir al capitán a través de los inestables pasillos, hasta que llegaron a un camarote donde aguardaba una mujer polaca que vestía el uniforme de la compañía naviera y que no hablaba muy bien el sueco.

—Según la lista de pasajeros, este camarote había sido reservado por alguien llamado Jonasson.

Wallander y Martinson intercambiaron una mirada elocuente.

—¿Hay alguien que pueda describir a esa persona?

El capitán hablaba el polaco casi con la misma fluidez que su propio dialecto de Dalarna, y le preguntó a la mujer en su lengua, pero tras haberlo escuchado, ella negó con un gesto.

—¿Reservó el camarote él solo?

—Así es.

Wallander entró en el habitáculo, que era de dimensiones muy reducidas y no tenía ojos de buey. El inspector se estremeció ante la sola idea de tener que pasar una noche de tormenta encerrado en semejante reducto. Sobre la litera que había fijada a la pared había una maleta con ruedas. Martinson le dio a Wallander un par de guantes de plástico, que éste se enfundó antes de abrirla. Pero, contra todo pronóstico, ésta estaba vacía. En vano rebuscaron por el camarote.

—Nyberg tendrá que echarle un vistazo —afirmó cuando ya habían perdido toda esperanza de encontrar nada—. Y el taxista que llevó a Landahl al transbordador también. Puede que la reconozca.

Wallander salió de nuevo al pasillo mientras Martinson daba instrucciones al capitán para que no limpiasen aquel camarote. Entretanto, el inspector observaba las puertas de los camarotes situados a uno y otro lado de aquél, el trescientos nueve y el trescientos once. Ante ambas puertas yacía un bulto de toallas y sábanas.

—Intenta averiguar quiénes ocupaban estos camarotes —ordenó—. Es posible que hayan oído algo, o que hayan visto a alguien salir o entrar.

Martinson tomó nota en su bloc antes de ponerse a hablar con la mujer polaca. Como en tantas otras ocasiones, Wallander le envidió su buen inglés. El suyo era, desde luego, pésimo, e incluso Linda solía burlarse de él cuando viajaban juntos al extranjero, por su deficiente pronunciación. El capitán Sund acompañó a Wallander escaleras arriba.

Se acercaba ya la medianoche.

—¿Me permites que te invite a una copa después de este plato tan exquisito? —preguntó el capitán.

—Lo siento, no puede ser —repuso Wallander.

En ese momento, el radioteléfono de Sund volvió a carraspear. El hombre contestó y, tras disculparse, se marchó. Wallander se sintió aliviado al verse solo. Le remordía la conciencia. Se preguntaba, en efecto, si Landahl no habría estado aún con vida de haber razonado él de otro modo. No obstante, sabía que no había respuesta; tan sólo aquella monódica acusación que él dirigía contra sí mismo y ante la que no encontraba el modo de defenderse.

Veinte minutos más tarde, apareció Martinson de nuevo.

—En el camarote trescientos nueve se alojaba un noruego llamado Larsen que a estas horas estará en su coche camino de Noruega. Pero tengo el número de teléfono de su domicilio en la ciudad de Moss. El trescientos once lo ocupaba una pareja de Ystad, el señor y la señora Tomander.

—Bien, mañana mismo hablarás con ellos —le advirtió Wallander—. Por si acaso.

—Me topé con Nyberg en la escalera y tenía manchas de grasa hasta la cintura. Pero me prometió venir a ver el camarote en cuanto se hubiese puesto un mono limpio.

—Bien, aunque me pregunto si avanzaremos mucho más esta noche —se lamentó Wallander.

Fueron juntos a través de la solitaria terminal. Unos jóvenes dormían a pierna suelta sobre un par de bancos. Las ventanillas de venta de billetes estaban cerradas. Cuando llegaron al coche de Wallander, se despidieron.

—Mañana hemos de estudiarlo todo desde el principio —aseguró—. Nos vemos a las ocho.

Martinson lo observaba atento.

—¿Te ocurre algo? Pareces preocupado.

—Y lo estoy. Como siempre que no alcanzo a comprender lo que está sucediendo.

—¿Sabes algo de la investigación interna?

—No, no he oído nada más al respecto. Ni tampoco he recibido más llamadas de periodistas. Pero eso quizá dependa de que suelo tener el teléfono de casa desconectado.

—Es triste que ocurran esas cosas —comentó Martinson.

Wallander intuyó que las palabras de Martinson tenían un doble sentido y no sólo se puso en guardia enseguida sino que, además, se enojó.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Pues eso, que es lo que más solemos temer, que perdamos el control y nos dé por agredir al personal, ¿no?

—Le di una bofetada para proteger a su madre.

—Ya. Pero aun así…

«¡Vaya! Él no me cree», constató para sí ya sentado ante el volante. «Tal vez nadie lo haga».

Aquel pensamiento lo conmocionó por dentro, jamás le había ocurrido algo semejante; jamás se había sentido traicionado o, al menos, abandonado por sus colegas más próximos. Permaneció sentado en el coche, sin poner el motor en marcha. De repente, aquel sentimiento dominaba sobre todos los demás. Incluso sobre el que le provocaba la imagen del joven que había muerto destrozado bajo el eje de una hélice.

Y, por segunda vez durante aquella semana, se sintió herido y lleno de amargura. «¡Bah, me retiro!», exclamó para sí. «Entregaré mi solicitud de despido mañana mismo. Y que se las arreglen ellos solos para aclarar este maldito caso».

Cuando llegó a casa, aún se sentía indignado; tanto más cuanto que no veía el fin de la acalorada conversación que, mentalmente, había entablado con Martinson.

Y, de hecho, le costó conciliar el sueño.

A las ocho de la mañana del miércoles se hallaban todos en la sala de reuniones. Incluido Viktorsson y hasta Nyberg, que aún llevaba restos de grasa en los dedos. Wallander se había despertado con un estado de ánimo algo más halagüeño que el que sufría en el momento de dormirse, por lo que había mudado de parecer y ya no pensaba dejar su puesto de trabajo ni dar lugar a un enfrentamiento con Martinson. En todo caso, aguardaría hasta que los resultados de la investigación interna demostrasen lo que en verdad había ocurrido en aquella sala de interrogatorios. Después, escogería el momento más adecuado para hacer partícipes a sus colegas de la opinión que le había merecido su desconfianza.

De modo que examinaron con detenimiento los sucesos de la noche anterior. Martinson ya había hablado con el señor Tomander, pero ni él mismo ni su mujer habían visto ni oído nada en el camarote contiguo. El noruego llamado Larsen, vecino de Moss, aún no había llegado a casa. La mujer que respondió al teléfono y que debía de ser la señora Larsen le había asegurado, no obstante, que esperaba el regreso de su marido aquella misma mañana.

Wallander, por su parte, desarrolló las dos teorías que había elaborado durante su conversación con Martinson. Nadie parecía tener objeción alguna que oponer y la reunión del grupo de investigación se desarrollaba a un ritmo lento y metódico. Sin embargo, Wallander percibía la urgencia que todos sentían por volver cuanto antes a sus respectivos cometidos.

Cuando por fin terminaron, Wallander estaba resuelto a concentrar todas sus energías en la persona de Tynnes Falk. En efecto, hasta tal punto estaba convencido de que aquel hombre era el origen de todo el enredo. Les quedó, eso sí, por determinar la relación existente entre el asesinato del taxista y el resto de los acontecimientos. Las cuestiones cuyas respuestas Wallander se había propuesto encontrar eran bien sencillas: ¿qué fuerzas misteriosas debieron de desencadenarse la noche en que Falk cayó muerto durante su paseo nocturno, justo en el momento en que acababa de obtener el comprobante de un cajero automático? ¿Habría sido aquélla una muerte natural? Llamó de nuevo a la sección de Patología de Lund y no cejó en su empeño hasta que logró hablar con el forense que había practicado la autopsia. ¿Cabía la posibilidad de que, pese a todo, Falk hubiese fallecido víctima de algún acto violento? ¿Habían examinado todas las opciones? Llegó incluso a llamar al doctor Enander, el médico que había ido a visitarlo a la comisaría. Las opiniones de las causas que podían considerarse como verosímiles y las que ni siquiera eran discutibles se enfrentaban entre sí. Pero, al final, cuando ya pasado el mediodía Wallander se sentía tan hambriento que le crujía el estómago, decidió que había suficientes elementos de juicio como para asegurar que la muerte se había debido a causas naturales. Pese a todo, era incuestionable que aquella muerte natural ante un cajero había puesto en marcha una serie de procesos diversos.

Se hizo con un bloc escolar y anotó:

«Falk».

«Visones».

«Angola».

Tras contemplar un instante lo que había plasmado en el papel, añadió aún otra línea:

«20».

Hecho esto, se quedó mirando fijamente aquellas palabras, que parecían agotarse en sí mismas. ¿Qué era lo que su mente era incapaz de ver con claridad? Con el fin de paliar su irritación y su impaciencia, salió de la comisaría para dar un paseo y despejarse. Se detuvo a almorzar en una pizzería antes de regresar a su despacho y, a las cinco de la tarde, estaba ya dispuesto a abandonar. Por alguna razón, no conseguía ver a través de los acontecimientos para vislumbrar el móvil, aquella guía que tanto necesitaban. No, no lograba acceder a aquel punto.

Acababa de regresar al despacho con una taza de café, cuando sonó el teléfono, que le trajo la voz de Martinson.

—Estoy en la plaza de Runnerströms Torg —aclaró—. Ya está.

—¿El qué?

—Robert Modin acaba de desbloquear el código. Y ha accedido al ordenador de Falk. No quiero contarte la de cosas extrañas que aparecen en la pantalla.

Wallander colgó el auricular bruscamente.

«Por fin», se felicitó. «Lo conseguimos».

## 

## 28

Cuando Wallander llegó a la plaza de Runnerströms Torg y cerró el coche, debió echar una ojeada a su alrededor. De haberlo hecho, habría tenido ocasión de entrever la silueta que, veloz, se esfumó adentrándose en las sombras hacia el final de la calle. Por otro lado, habría comprendido que no se trataba simplemente de que hubiese alguien que los tuviese sometidos a vigilancia constante, sino que, además, esa persona sabía en todo momento dónde se hallaban, qué hacían y casi hasta qué pensaban. Los coches que no cesaban de patrullar la calle de Apelbergsgatan y la plaza de Runnerströms Torg en modo alguno podían evitar que alguien se ocultase en la negrura.

Pero Wallander no miró en torno suyo sino que, simplemente, cerró el coche y se apresuró a cruzar la calle para alcanzar el edificio en el que, a decir de Martinson, estaban produciéndose en el ordenador una serie de acontecimientos dignos de admiración. Cuando entró en la habitación, comprobó que tanto Robert Modin como Martinson, en tensa concentración, miraban con fijeza la pantalla. Ante su sorpresa, observó que Martinson se había llevado algo que parecía una silla plegable de las que se usan en los safaris. Asimismo, había ahora dos ordenadores más en la sala. Modin y Martinson musitaban señalando aquí y allá en la pantalla. Wallander experimentó la sensación de estar accediendo a una sala en la que se desarrollaba una operación electrónica de gran complejidad…, o una especie de ritual religioso, que le trajo a la memoria el altar que Falk se había dedicado a sí mismo.

La pantalla tenía ahora un aspecto diferente. En efecto, nada quedaba ya de la incontrolada sucesión de cifras que, en las ocasiones anteriores, había visto pasar a velocidad de vértigo para luego desaparecer en un espacio desconocido, y aunque seguían siendo números lo que los dos expertos observaban, aquellos aparecían ahora estáticos. Robert Modin no tenía ya puestos los auriculares y sus dedos describían un curioso itinerario entre los tres teclados. Sus manos se movían con rapidez inusitada, como si se tratase de un virtuoso que interpretase una pieza sobre tres instrumentos a la vez. El inspector aguardaba paciente. Martinson sostenía en la mano un bloc de notas y, de vez en cuando, Modin le pedía que escribiese algo. Era éste quien, sin lugar a dudas, dominaba aquella situación. Diez minutos más tarde, parecieron advertir por fin la presencia de Wallander y cesó el traqueteo de los teclados.

—¿Qué pasa? —inquirió el inspector—. ¿Por qué tenéis varios ordenadores?

—Si uno no puede escalar la montaña, tendrá que rodearla —sentenció Modin, que tenía el rostro sudoroso pero satisfecho, con la expresión de aquél que ha logrado abrir una puerta que se resistía a todos.

—Será mejor que te lo explique Robert —advirtió Martinson.

—No conseguí dar con la contraseña que facilita el acceso, de modo que me traje mis ordenadores, los conecté al de Falk y me colé por la puerta trasera —explicó el joven.

Ya aquel comienzo se le antojó a Wallander demasiado abstracto: bien sabía él que los ordenadores tenían «ventanas», pero nunca antes había oído hablar de que tuviesen puertas…

—Yo pensaba que estaba entrándole de frente, pero después comprendí que lo que estaba haciendo en realidad era perforar poco a poco un acceso subsidiario.

—Ya, y eso ¿cómo se hace?

—Bueno, no es fácil de explicar. Además, es una especie de secreto profesional.

—Bien, en ese caso, pasemos a otra cosa. ¿Qué habéis encontrado?

En ese punto, Martinson tomó las riendas.

—Falk disponía, como comprenderás, de conexión permanente a Internet. En un fichero que, curiosamente, se llama «La ciénaga de Jakob», hallamos una serie de números de teléfono dispuestos en un orden de sucesión muy especial. Al menos, eso creíamos nosotros. Sin embargo, hemos llegado a la conclusión de que no se trata de números de teléfono, sino de códigos, distribuidos en dos grupos, una palabra y una combinación de cifras. Y en estos momentos estamos intentando averiguar qué significan.

—En el fondo, son tanto códigos como números de teléfono —apuntó Modin—. Además, hay una larga serie de números almacenados que son nombres codificados de diversas instituciones de todo el mundo: Estados Unidos, Asia y Europa. También hay algo en Brasil incluso en Nigeria.

—¿Qué tipo de instituciones?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —explicó Martinson—. Pero Robert reconoció el nombre de una de ellas. Por eso te llamé.

—¡Vaya! ¿Cuál es?

—El Pentágono —reveló Modin.

Wallander no supo determinar si fue un retintín de triunfo lo que resonó en la voz del joven al pronunciar aquellas palabras, o si era más bien cierto velado temor.

—¡Vamos a ver! ¿Qué es todo esto?

—Aún no lo sabemos —admitió Martinson—. Aunque sí podemos adelantarte que en este ordenador hay almacenada una gran cantidad de información de suma importancia, tal vez secreta. Simplemente, puede significar que Falk tenía acceso a todas estas instituciones.

—A mí me da la sensación de que quien ha estado manipulando este aparato era alguien como yo —declaró Modin de repente.

—¿Quieres decir que también Falk se dedicaba a piratear otros sistemas informáticos?

—Eso parece.

A Wallander todo aquello se le antojaba cada vez más inextricable. Y, aun así, notó cómo la preocupación volvía a reinar en su interior.

—¿Para qué puede utilizarse esa información? —inquirió el inspector—. ¿Puede deducirse alguna finalidad en todo esto?

—Es pronto todavía —lo frenó Martinson—. Lo primero que hemos de hacer es identificar a todas esas instituciones. Puede que entonces podamos forjarnos una idea más clara de la situación. Pero nos llevará tiempo. Todo esto es muy complejo. Ten en cuenta que se supone que ninguna persona ajena podrá acceder a la información o comprobar qué hay en el ordenador.

Dicho esto, se incorporó de la silla plegable donde estaba sentado, antes de añadir:

—Tengo que pasar por casa y quedarme allí durante una hora. Es el cumpleaños de Terese. Pero volveré —prometió al tiempo que le tendía su bloc de notas a Wallander.

—¡Vaya! Salúdala de mi parte —rogó—. ¿Cuántos cumple?

—Dieciséis.

El inspector la recordaba muy pequeña. En efecto, él mismo había estado en su quinto cumpleaños, en casa de Martinson, degustando una deliciosa tarta. Al mismo tiempo, se le ocurrió pensar que era dos años mayor que Eva Persson.

Martinson desapareció para regresar enseguida.

—Se me olvidaba comentarte que he estado hablando con Larsen, el noruego de Moss —aclaró.

A Wallander le llevó varios segundos descubrir de quién le hablaba el colega.

—Asegura que oyó ruido en el camarote contiguo. Se ve que las paredes no son muy gruesas. Pero no llegó a ver a nadie. Según declaró estaba muy cansado, de modo que pasó durmiendo toda la travesía desde Polonia.

—¿Qué fue lo que oyó?

—Eso mismo le pregunté yo, pero, al parecer, nada que indicase que se hubiese organizado una pelea.

—¿Oyó voces?

—Sí, pero no estaba seguro de cuántas personas pudo haber allí dentro.

—Bien, en cualquier caso no es frecuente que la gente hable sola —observó Wallander—. De lo que podemos deducir que, como mínimo, había dos personas.

—En fin. Yo le pedí que se pusiera en contacto con nosotros si recordaba algún otro detalle —señaló Martinson antes de marcharse.

Wallander tomó asiento, con gran cautela, en la silla plegable que había ocupado Martinson, mientras Robert Modin seguía trabajando. El inspector consideró que sería absurdo hacer preguntas. En su opinión, al tiempo que los ordenadores se adueñaban de los sistemas que dirigían la sociedad, ésta precisaría de otro tipo de policías muy diferente al tradicional. Así, el Cuerpo ya había empezado a preparar a los agentes según otros modelos en una medida, no obstante, insuficiente, ya que los delincuentes solían llevarles ventaja, como de costumbre. Las bandas del crimen organizado de Estados Unidos habían sido pioneras a la hora de descubrir los posibles usos de la electrónica y, si bien estaba aún por probar, se decía que los grandes carteles de la droga de Sudamérica contaban ya con medios de comunicación vía satélite que los mantenían al corriente del control aduanero americano y de los turnos de los aviones que vigilaban el espacio aéreo, entre otros datos. Por supuesto, también utilizaban redes de telefonía móvil que, en ocasiones, no servían más que para realizar una única llamada antes de ser desmanteladas, con el fin de que resultase imposible localizar a la persona que la había efectuado.

Robert Modin pulsó una tecla y se retrepó en la silla. El testigo del módem que había junto al ordenador empezó a parpadear.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Wallander.

—Estoy intentando enviar un mensaje de correo electrónico para ver adonde va a parar. Pero lo estoy enviando desde mi ordenador.

—¡Pero si lo has escrito desde el aparato de Falk!

—Así es, pero los tengo en red.

La pantalla empezó a parpadear. Robert Modin se sobresaltó y se inclinó para ver mejor. Después, se puso a teclear de nuevo, mientras Wallander aguardaba.

De repente, cuanto había en la pantalla desapareció y, tras un instante, ésta se apagó. Poco después, las hileras de cifras volvieron a aparecer en alocada sucesión.

Robert Modin frunció el entrecejo.

—Y ahora, ¿qué?

—Pues no estoy seguro, pero me han negado el acceso. Tengo que borrar mis huellas, pero no me llevará más que unos minutos.

El monótono teclear prosiguió mientras la paciencia de Wallander comenzaba a agotarse.

—¡Vaya! Otra vez —masculló Modin.

Entonces, sucedió algo que movió al joven a saltar literalmente de su asiento. Durante un buen rato, se dedicó a estudiar la pantalla.

—El Banco Mundial —anunció por fin.

—¿Qué quieres decir?

—Que una de las instituciones cuya identidad está codificada en el ordenador es el Banco Mundial. Si no me equivoco, se trata de una de las secciones que se encargan de una especie de inspección financiera global.

—O sea, primero el Pentágono y ahora el Banco Mundial, que no son precisamente unas tenduchas de nada —ironizó Wallander.

—Bien, creo que es el momento de celebrar una pequeña reunión —declaró Modin—. Será mejor que consulte a mis amigos. Les pedí que estuviesen preparados.

—¿Y dónde están tus amigos?

—Uno de ellos vive a las afueras de Rättvik. El otro en California.

Wallander empezaba a tomar conciencia de la necesidad de ponerse en contacto con los expertos informáticos de la brigada de Estocolmo. Por otro lado, intuía ya con malestar la naturaleza de los problemas a los que se vería obligado a enfrentarse. No debía, en efecto, hacerse ilusiones respecto de las severas críticas que, con toda certeza, recibiría por haber recurrido a los servicios de Modin, por más que el joven hubiese dado muestras de gran profesionalidad.

Mientras Modin se comunicaba con sus amigos, Wallander se dedicó a pasear por la habitación y a pensar en Jonas Landahl, al que habían hallado muerto en la sentina de un barco; y en el cuerpo carbonizado de Sonja Hökberg. Y ahora, aquel extraordinario despacho de la plaza de Runnerströms Torg en el que se encontraba. Percibió asimismo una comezón, un incipiente temor a haber emprendido un camino totalmente erróneo. Era su cometido dirigir el trabajo del grupo de investigación, y ya no creía estar capacitado para ello. A todo aquello había que sumar, por cierto, el que sus colegas hubiesen comenzado a sospechar de él. Sospecha que, por otro lado, tal vez no sólo afectase a la cuestión de lo sucedido en la sala de interrogatorios cuando le propinó una bofetada a Eva Persson y aquel reportero gráfico acertó a tomar la fotografía. Él temía que, en el fondo, anduviesen murmurando a sus espaldas que ya no estaba a la altura de las circunstancias, que quizás había llegado el momento de que Martinson lo relevase en el cargo de director del grupo de investigación cada vez que tuviese entre manos crímenes de envergadura.

Se sentía herido e imbuido de un sentimiento de autocompasión que convivía, no obstante, con la ira que todo aquello alumbraba su interior. No entraba en sus planes rendirse tan blandamente, no. Además, él no tenía ningún lugar como el Sudán de Åkeson en el que comenzar una nueva vida ni tampoco una finca que vender, al igual que Widén. A lo único que podía aspirar era a una menguada pensión estatal.

En aquel punto de su meditar, cesó a sus espaldas el golpeteo del teclado. Modin se levantó para desentumecerse un poco.

—Tengo hambre —confesó el joven.

—¿Qué te dijeron tus amigos?

—Nos hemos tomado una pausa para la reflexión. Una hora, más o menos. Después retomaremos la charla.

Wallander también se sentía hambriento y le propuso que fuesen a comer una pizza. Pero le dio la impresión de que a Modin le resultó ofensiva la propuesta.

—Yo jamás como pizza —sentenció—. No es saludable.

—Y, entonces, ¿qué comes?

—Germen.

—¿Eso es todo?

—Bueno, unos huevos con vinagre tampoco están mal.

Wallander se preguntaba qué restaurante de Ystad sería capaz de ofrecer un menú que fuera del gusto de Robert Modin. En realidad, dudaba de que existiese alguno.

Modin empezó a mirar el interior de las bolsas de plástico en las que guardaba la comida que se había traído de casa, pero nada de lo que allí había pareció despertar su apetito.

—Bueno, en el peor de los casos, una ensalada normal y corriente puede valer —aclaró.

Salieron del edificio y Wallander preguntó si quería recorrer en coche las escasas manzanas que los separaban del centro, pero el muchacho aseguró que prefería caminar. Al salir, comprobó que el coche patrulla camuflado seguía en su puesto.

—Me pregunto qué esperan que suceda —comentó Modin una vez que dejaron atrás el vehículo.

—Sí, es una buena pregunta —replicó Wallander.

Acudieron al único restaurante vegetariano que éste conocía en Ystad. El inspector comió dando muestras de buen apetito. Modin, en cambio, inspeccionaba cada hoja de lechuga y cada trozo de verdura que se metía en la boca. Wallander jamás había visto a nadie masticar tan despacio.

—¡Vaya! Veo que eres muy cuidadoso con la cuestión de la comida —observó Wallander.

—Así es, quiero mantener la mente clara —explicó el joven.

«Y el culo limpio», pensó Wallander malicioso. «Sí, a eso tendré que dedicarme yo también».

A lo largo de la cena, se esforzó por mantener una conversación con Modin, cuyas respuestas fueron, no obstante, de lo más escueto. Wallander comprendió más tarde que se hallaba inmerso en sus elucubraciones en torno a las ristras de números y los secretos contenidos en el ordenador de Falk.

Poco antes de las siete, ya se encontraban de vuelta en la plaza de Runnerströms Torg. Martinson aún no había regresado y Robert Modin tomó asiento dispuesto a reanudar su conversación con los colegas de Dalarna y California. Wallander se los imaginaba con el mismo aspecto que el joven que tenía a su lado en aquellos momentos.

—Nadie me ha seguido la pista —aseguró tras haber realizado una serie de complejas maniobras sobre el teclado.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé.

Wallander se rebulló en la silla plegable hasta adoptar la posición más cómoda. «Esto es como estar de cacería», se dijo. «A la caza de alces electrónicos que se ocultan en alguna parte, aunque no podamos saber de antemano por dónde aparecerán».

En ese momento, su móvil empezó a sonar y Modin, sobresaltado, dio un respingo.

—¡Cómo detesto los teléfonos móviles! —exclamó con determinación.

Wallander salió al rellano de la escalera. Al responder, comprobó que era Ann-Britt. El inspector le reveló dónde se encontraba y lo que habían sacado en claro hasta entonces del ordenador de Falk.

—El Banco Mundial y el Pentágono —repitió admirada—. Dos de los centros de poder absoluto de todo el mundo…

—Bueno, el Pentágono sí sé lo que es, claro. Pero del Banco Mundial no tengo una idea muy clara. Aunque Linda se ha referido a él en varias ocasiones, en términos muy negativos.

—Pues es el banco de los bancos. El que concede créditos, en especial a países del Tercer Mundo, al tiempo que, según se dice, impide que florezcan otras economías. A decir verdad, recibe numerosas críticas, puesto que para aprobar la concesión de créditos suele imponer exigencias no demasiado razonables a los solicitantes.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Mi exmarido solía toparse con esa institución cuando viajaba por ahí instalando bombas y a veces me lo contaba.

—Ya. Bueno, el caso es que aún sabemos bien poco acerca de este asunto. ¡Es todo tan confuso! —se lamentó Wallander—. Pero ¿por qué llamabas?

—Sí, verás. Se me ocurrió que debía hablar de nuevo con el tal Ryss. Después de todo, él fue quien nos puso sobre la pista de Landahl. Por otro lado, empiezo a creer que, en el fondo, Eva Persson sabía bastante poco acerca de aquella Sonja Hökberg a la que ella, sin duda, admiraba. Está claro que miente, pero tengo la impresión de que también nos ha dicho una buena parte de verdad.

—¡Ajá! ¿Y qué dijo? ¿No se llamaba Kalle?

—Eso es, Kalle Ryss. Bueno, pensé que sería oportuno preguntarle por qué habían cortado Sonja y él. Supongo que no se esperaba semejante pregunta y opuso cierta resistencia a contestarla. Pero yo no cedí y, entonces, descubrí algo de lo más extraño: él la dejó porque ella jamás había mostrado el menor interés.

—¿Interés? Pero ¿interés por qué?

—¡Vamos, hombre! ¿A qué crees que se refería? ¡Interés por el sexo, naturalmente!

—¿De verdad que te dijo eso?

—Pues sí. Cuando por fin se desató, lo dijo todo de golpe. La chica le gustó en cuanto la conoció, pero, con el tiempo, resultó que ella no tenía el menor interés por mantener relaciones sexuales y, al final, se cansó. Claro está que lo interesante de todo esto son las causas de tal desinterés.

—Que son…

—Ella le había contado que había sido violada hacía unos años y que aún sufría las secuelas de aquella experiencia.

—¿Quieres decir que Sonja Hökberg había sido violada?

—Según él, así fue. De modo que me puse a mirar en los registros en busca de informes antiguos, pero no hallé absolutamente nada sobre Sonja Hökberg.

—¿Y te dijo que sucedió aquí, en Ystad?

—Exacto. Pero ni que decir tiene que yo empecé a pensar en algo totalmente distinto…

Wallander supo enseguida a qué se refería su colega.

—Ya, el hijo de Lundberg, Carl-Einar, ¿no es eso?

—Precisamente. Ya sé que es una idea algo aventurada, pero no me negarás que entra dentro de lo posible.

—Dime, ¿cómo lo ves tú?

—Pues yo me imagino que Carl-Einar Lundberg se vio envuelto en un asunto de violación como sospechoso. Fue absuelto, pese a que había bastantes indicios que lo señalaban como el autor de la violación. Lo que, además, significa que nada impide que ya hubiese cometido el mismo tipo de delito con anterioridad. Pero Sonja Hökberg no acudió a la policía.

—Ya, ¿y por qué no?

—Bueno, son muchas las razones por las que las mujeres no denuncian que han sido violadas. Deberías saberlo.

—De modo que has llegado a una especie de conclusión, ¿me equivoco?

—Sí, pero muy provisional.

—Claro, pero, aun así, yo quiero oírla.

—Ahora viene lo más complicado. Ya sé que la posible verdad puede resultar algo rebuscada, lo admito. Pero, a pesar de todo, Carl-Einar era hijo de Lundberg, ¿no?

—¿Estás sugiriendo que se vengó en el padre de su violador?

—Bueno, eso al menos nos da un móvil. Por otro lado, conocemos un rasgo muy importante de Sonja Hökberg.

—¿Cuál?

—Que era pertinaz. Según tú mismo nos referiste, eso era lo que había dicho su padrastro, ¿no?, que tenía un carácter muy fuerte.

—Ya, bueno. En cualquier caso, a mí me cuesta imaginar que haya sucedido como propones. Era imposible que las muchachas supiesen que sería justo el taxi de Lundberg el que acudiría a cubrir la carrera. Y, además, ¿cómo iban a saber que él era el padre de Carl-Einar?

—Recuerda que Ystad es una ciudad pequeña. Además, tampoco sabemos cómo reaccionó Sonja. Quién sabe si no estaba totalmente obsesionada con la idea de la venganza. Las mujeres que sufren una violación quedan tremendamente afectadas. Supongo que la mayoría acaban por aceptarlo. Pero hay ejemplos de mujeres que han quedado dominadas por la idea de vengarse.

Antes de proseguir, la colega hizo una pausa.

—Nosotros mismos nos las hemos visto con una de ellas, ¿lo recuerdas?

Wallander asintió, antes de adivinar:

—¿Te refieres a Ivonne Ander[[18]](#footnote-18)?

—¿A quién si no?

Wallander rememoró los sucesos acontecidos hacía ya algunos años, cuando una mujer sola cometió una serie de brutales asesinatos casi ejecuciones, contra otros tantos hombres que habían atacado a mujeres. Y fue precisamente durante aquella investigación cuando Ann-Britt resultó gravemente herida.

Wallander comprendió que cabía la posibilidad de que, con todo, Ann-Britt hubiese dado con una pista que pudiera resultar decisiva. Por si fuera poco, aquello venía en cierto modo a confirmar sus sospechas de que el asesinato de Lundberg era un crimen «periférico», ajeno a la investigación, cuyo centro estaba constituido por la figura de Falk, su cuaderno de bitácora y su ordenador.

—Bien, en cualquier caso, deberíamos comprobar cuanto antes si Eva Persson tenía conocimiento de todo esto —convino el inspector.

—Sí, soy de la misma opinión. Además, también habría que averiguar si Sonja Hökberg llegó a casa malherida en alguna ocasión. La violación cometida por Carl-Einar fue brutal.

—Sí, tienes razón.

—Bien, yo misma me encargaré de ello.

—De acuerdo, cuando tengas la información, nos sentaremos a comprobar los datos a la luz de esta hipótesis.

Ann-Britt prometió que volvería a llamarlo en cuanto supiese algo más. Wallander se guardó el teléfono en el bolsillo y quedó pensativo en el oscuro rellano. Una idea había ido emergiendo paulatinamente a su conciencia. Ellos buscaban, en efecto, un núcleo, un punto en torno al cual fuese lógico que los sucesos se desarrollasen. Entre todas las vías de acceso alternativas que Wallander había intentado hallar, le parecía ahora que tal vez hubiese una más. Así, se preguntaba por qué habría huido Sonja Hökberg de la comisaría. No consideraba que hubiesen indagado muy a fondo sobre aquella cuestión, sino que se habían contentado con detenerse ante la explicación más inmediata: que la joven deseaba marcharse, liberarse de la responsabilidad, pues ya tenían su confesión. Pero Wallander empezó a barruntar que, de hecho, existía otra posibilidad: Sonja Hökberg bien podría haber escapado porque tuviese aún alguna otra cosa que ocultar. Y la cuestión era qué podía ser. Wallander presentía que, con aquella hipótesis que acababa de formular, se había aproximado a algo decisivo. En realidad, había una idea más rondándole la cabeza, otra pista que no alcanzaba a fijar en su mente.

Al final, cayó en la cuenta de qué se trataba: Sonja Hökberg podría haber huido de la comisaría con la vana esperanza de poder escapar, y, hasta ese extremo, el razonamiento del equipo podía considerarse acertado. No obstante, cabía la posibilidad de que alguien que la aguardaba fuera anduviese preocupado por que ella hubiese confesado algo más que el asesinato de un taxista. Algo relacionado con una circunstancia que nada tenía que ver con la venganza por una violación.

«Bueno, yo creo que esto concuerda», se dijo ufano. «Así encajamos la figura de Lundberg en todo este meollo y contamos con una explicación plausible a lo ocurrido. Había que ocultar cierta información que Sonja Hökberg podría habernos desvelado o que podría desvelar en el futuro. De modo que es asesinada para garantizar su silencio. Después, su asesino resulta, a su vez, asesinado. Al igual que cuando Robert Modin se empeña en borrar sus huellas en el ordenador, podría decirse que la vía abierta por la muerte de Falk ha sido recorrida por otros. Además, ¿qué fue lo que sucedió en Luanda?», prosiguió razonando el inspector. «¿Quién se oculta tras la letra ce? ¿Qué significado puede tener el veinte? Y, sobre todo, ¿qué información secreta es la que se guarda en ese ordenador?».

En este punto, se dijo que, en honor a la verdad, la conversación mantenida con Ann-Britt lo había sacado del letargo que había dominado su ánimo hasta el momento. Y así, regresó al despacho en que trabajaba Robert Modin con renovada energía.

Un cuarto de hora más tarde, también Martinson volvió al apartamento, donde no los privó de una prolija descripción de la increíble tarta que acababa de degustar. Wallander lo escuchó impaciente hasta que llegó el momento de explicarle al colega los resultados obtenidos durante su ausencia.

—¿El Banco Mundial? ¿Y qué tenía que ver Falk con esa institución?

—Exacto, eso es lo que deberíamos averiguar.

Martinson se quitó la cazadora, se apoderó de la silla plegable y fingió que se escupía en las manos en un gesto simbólico. Wallander refirió la conversación mantenida con Ann-Britt y notó que su colega era consciente de que aquellas novedades revestían una inusitada gravedad.

—Bien, esa hipótesis nos abre, al menos, una vía de acceso —se consoló una vez que Wallander hubo concluido.

—Pues yo creo que nos abre algo más —puntualizó éste—. Yo creo que nos abre las puertas de la lógica de todo este embrollo.

—A decir verdad, jamás me había visto envuelto en nada parecido —confesó Martinson meditabundo—. Pero piensa en los agujeros que presenta esta red de sucesos: seguimos sin tener una explicación sensata del hecho de que aquel relé apareciese en la camilla de Falk, en el depósito; asimismo, ignoramos por qué razón se les ocurrió llevarse el cuerpo, pues me niego a creer que el móvil principal fuese amputarle los dos dedos con los que escribía en el ordenador…

—Sí, y ésos son los agujeros que pretendo ir tapando —anunció Wallander—. Me marcho. Quiero hacer una síntesis completa, pero si hay novedades, me llamas de inmediato.

—Estaremos aquí hasta las diez —dijo Modin—. Necesito dormir algo.

Una vez en la calle, Wallander se sintió indeciso ante la duda de si resistiría trabajando unas horas más o si, por el contrario, también él debería marcharse a casa.

Tras una breve reflexión, resolvió que haría las dos cosas pues, en realidad, nada le impedía elaborar aquel resumen sentado a la mesa de su cocina. Lo que necesitaba era, ante todo, tiempo para digerir las sugerencias y la información aportadas por Ann-Britt, de modo que se sentó al volante y puso rumbo a su apartamento.

Tras un largo y penoso sondeo de su despensa, halló una bolsa de sopa de tomate olvidada en el fondo. Siguió las instrucciones con sumo cuidado, pero aquello no sabía a nada. Le añadió entonces tanto tabasco que quedó demasiado fuerte. Decidió obligarse a ingerir la mitad, se preparó después un café bien cargado y extendió sus papeles sobre la mesa de la cocina. Muy despacio, comenzó a desbrozar de nuevo cada uno de los sucesos que, de un modo u otro, se habían rozado entre sí. Lo removió todo, avanzando y retrocediendo por el escabroso terreno que conformaban los hechos sin dejar de escuchar la voz de su intuición. En todo momento tenía presente la teoría de Ann-Britt, como una retícula invisible que matizase su razonar. El teléfono no lo molestó en ningún momento y, cuando dieron las once, se levantó para estirarse.

«Las inconsistencias son evidentes», concluyó. «Pero la cuestión es si Ann-Britt no nos habrá orientado, con su hipótesis, hacia una vía que nos permita avanzar».

Poco antes de las doce se fue a la cama. No tardó en caer vencido por el sueño.

A las diez en punto, Robert Modin anunció que lo dejaba. Recogieron los ordenadores del joven y Martinson lo condujo hasta Löderup y lo dejó en casa, no sin antes acordar con él que volvería a buscarlo a las ocho de la mañana siguiente. El agente se fue directamente a su casa. En el frigorífico lo esperaba un buen trozo de la celebrada tarta.

Pero, ya en casa, Robert Modin no se fue a la cama. Era consciente de que no debía acometer aquello que se había propuesto. No en vano aún sentía vivo el recuerdo de lo ocurrido el día que logró forzar los muros electrónicos del Pentágono. Pero la tentación era, simplemente, irresistible. Por otro lado, había aprendido desde aquella funesta ocasión. Ahora se conduciría con más cautela. Jamás olvidaría borrar definitivamente su rastro tras cada intromisión.

Sus padres ya dormían. Un denso silencio se había apoderado de Löderup. Y Martinson no se percató de que el muchacho grababa en sus ordenadores parte de la información a la que había logrado acceder en el aparato de Falk. Así pues, volvió a conectar sus dos ordenadores y comenzó a revisar los archivos una vez más en busca de nuevas vías de acceso; a la caza de otras grietas en el cortafuegos.

Una borrasca había ido cerniéndose sobre Luanda a lo largo de la tarde.

Carter se había dedicado a leer un informe en el que, con mirada crítica, se examinaba la actuación del Fondo Monetario Internacional en algunos países del este africano. El análisis era duro y estaba bien formulado. El propio Carter no lo habría redactado mejor. Y aquello le había reafirmado en su convicción: ya no había otra salida; ningún cambio radical se cosecharía mientras se mantuviese el sistema financiero mundial.

Cuando dejó el informe, se apostó junto a la ventana a contemplar los rayos que rasgaban el firmamento. Los vigilantes nocturnos se acuclillaban en las sombras, al abrigo de un improvisado refugio.

A punto estaba de irse a la cama cuando un presentimiento lo hizo dirigirse al despacho. El aire acondicionado emitía su sordo silbido.

Nada más entrar, comprobó en la pantalla que alguien estaba irrumpiendo en su servidor. Sin embargo, se había producido cierto cambio. Se sentó ante la pantalla y, tras unos minutos, comprendió de qué se trataba.

En efecto, de repente, ese alguien se había descuidado.

Carter se secó las manos con un pañuelo.

Hecho esto, se dio a la caza de la persona que amenazaba con desvelar el secreto.

## 

## 29

Wallander se quedó en casa hasta cerca de las diez de la mañana del jueves. Se despertó temprano tras haber disfrutado de un sueño reparador. Era tal la satisfacción que experimentaba por haber dormido sin interrupciones durante toda una noche, que enseguida sintió un punto de cargo de conciencia ante el convencimiento de que, en lugar de descansar, debería haber estado trabajando. Tendría que haberse levantado a las cinco de la mañana, se decía, y haber invertido las primeras horas matinales en hacer algo útil. Él solía preguntarse de dónde procedía esta inclinación por el trabajo. Su madre había sido siempre ama de casa y jamás le oyó una queja por no tener una vida laboral fuera del hogar. O, al menos, él no lo recordaba.

En cuanto a su padre, tampoco había abordado jamás ninguna empresa que lo llevase a transgredir el límite que él mismo se había propuesto como deseable. En las contadas ocasiones en que había recibido encargos de mayor envergadura, solía mostrarse irritado ante la idea de no poder pintar a su propio ritmo. Después, cuando alguno de aquellos señores trajeados llegaba para retirar el pedido, todo volvía de inmediato al cadencioso compás habitual. Cierto que solía acudir a su taller muy temprano cada mañana, y que allí permanecía hasta bien entrada la noche, sin compartir con el resto de la familia más que las pausas para las comidas. Pero Wallander, que gustaba de mirar a hurtadillas por la ventana, había descubierto en más de una ocasión que su padre no siempre se hallaba trabajando ante el caballete. Antes al contrario y según él mismo había comprobado, pasaba más de un rato tendido sobre un sucio colchón, entregado bien al sueño, bien a la lectura. Incluso lo había visto sentado ante la desvencijada mesa de su lugar de trabajo, haciendo solitarios. De modo que al inspector no le resultaba fácil identificarse con ninguno de sus progenitores por lo que a su actitud ante el trabajo se refería. En el físico, sin embargo, se parecía cada vez más a su padre, por más que su energía interior se componía, sin duda, de una serie de furias malévolas siempre insatisfechas.

Hacia las ocho de la mañana, llamó a la comisaría, donde sólo pudo contactar con Hanson. Dedujo que los demás miembros del grupo de investigación estaban ocupados en llevar a término sus respectivos cometidos, por lo que decidió que la reunión matinal bien podía aplazarse hasta el mediodía. Bajó a la lavandería de su edificio y comprobó, sorprendido, que estaba vacía y que nadie se había inscrito para las próximas horas, así que anotó allí su nombre rápidamente y volvió al apartamento para recoger la primera tanda de ropa sucia.

Cuando, tras haber puesto en marcha la lavadora, subió de nuevo a buscar más ropa, encontró que había una carta en el suelo del vestíbulo. El sobre no llevaba remite y el nombre y la dirección de Wallander estaban escritos a mano. La dejó sobre la mesa de la cocina en la creencia de que sería alguna invitación o algún colegial interesado en cartearse con un policía. De hecho, no era insólito que le dejasen correspondencia directa, sin mediación del servicio de Correos. Tendió las sábanas a secar en el balcón y comprobó que las temperaturas habían vuelto a bajar, aunque aún no había escarcha por las mañanas. Soplaba una leve brisa y una capa de nubes pendía sobre el cielo de la ciudad. Así pues, no se decidió a abrir la carta hasta algo más tarde, cuando se sentó a tomar la segunda taza de café de la mañana. Entonces descubrió que, dentro del sobre, había otro sobre cerrado y más pequeño, éste sin el nombre del destinatario. Lo abrió para leerlo. Al principio no comprendió nada, pero al final cayó en la cuenta de que, efectivamente, acababa de recibir una respuesta al anuncio que había enviado al periódico para la agencia de contactos Datamötet. Dejó la carta a un lado, dio unas cuantas vueltas alrededor de la mesa y volvió a leer la misiva.

La mujer que le escribía se llamaba Elvira Lindfeldt, pero a él se le ocurrió que la llamaría Elvira Madigan[[19]](#footnote-19). Su corresponsal no había incluido en el sobre ninguna fotografía, pero el inspector decidió imaginar que sería sin duda muy hermosa. Tenía una letra derecha y clara, sin torceduras ni garabatos. Según decía, el periódico le había hecho llegar a ella el anuncio que él había enviado para Datamötet. Y ella lo había leído, le había resultado interesante y había contestado enseguida. Además, le hacía saber que tenía treinta y nueve años, también estaba separada y residía en Malmö. Trabajaba en una compañía de transportes llamada Heinemann & Nagel y concluía el mensaje con su número de teléfono, con la esperanza, según confesaba, de que no tardarían en verse. Wallander se sentía como un lobo hambriento que, por fin, daba alcance a una presa. Lo invadía un acuciante deseo de llamarla de inmediato, pero se contuvo y, en cambio, optó por desechar la carta, persuadido de que el encuentro estaba abocado al más estrepitoso fracaso pues, según sospechaba, ella quedaría decepcionada al verlo tras habérselo imaginado distinto a como en realidad era.

Por si fuera poco, no tenía tiempo, inmerso como estaba en una de las investigaciones de asesinato más complejas de cuantas había tenido a su cargo. Dio unos cuantos paseos más en torno a la mesa para llegar finalmente a la certeza de lo absurdo que había sido enviar aquel anuncio a la agencia Datamötet. Tomó la carta, la hizo trizas y la arrojó a la basura. Hecho esto, se dispuso a procesar todas las hipótesis que había diseñado la noche anterior, tras la llamada de Ann-Britt. Antes de salir camino de la comisaría, bajó a recoger la colada y a poner otra lavadora. Lo primero que hizo al llegar al trabajo fue dejarse una nota donde se recordaba a sí mismo que tenía que sacar la ropa de la lavadora y de la secadora a las doce, a más tardar. En el pasillo, se cruzó con Nyberg, que llevaba una bolsa de plástico en la mano.

—Hoy obtendremos algunos resultados definitivos —anunció el técnico—. Entre otras cosas, hemos estado comprobando un montón de huellas dactilares por si aparecen en varios escenarios de forma recurrente.

—¿Qué fue lo que pasó exactamente en la sala de máquinas del transbordador?

—No puedo decir que envidie al forense. El cuerpo estaba tan aplastado que no creo que quedase un solo hueso entero. Ya lo viste tú mismo.

—Sonja Hökberg estaba muerta o inconsciente cuando la dejaron en la estación de transformadores —le recordó Wallander—. La cuestión es si no ocurriría otro tanto con Jonas Landahl. Si es que era él.

—Sí, sí, era él —confirmó raudo Nyberg.

—O sea, que se ha comprobado.

—Exacto. Al parecer, fue posible identificarlo por un lunar de lo más curioso que tenía en el tobillo.

—¿Quién se ocupó de que identificaran el cadáver?

—Creo que fue Ann-Britt. Al menos, fue ella quien me lo comunicó.

—Entonces, no cabe la menor duda de que era él, ¿no?

—Así lo interpreté yo. Por lo visto, también habían logrado dar con los padres.

—Bien, una incógnita menos —se alegró Wallander—. Primero Sonja Hökberg y luego su novio.

Nyberg pareció sorprendido.

—¿¡Cómo!? Yo pensaba que sospechabais que fue él quien la asesinó. En tal caso, su muerte debería interpretarse como un suicidio, ¿no? Por más que sea una forma insensata de quitarse la vida.

—Ya, bueno… Puede haber más opciones —señaló Wallander—. Pero lo importante por ahora es que sepamos con certeza que era él.

El inspector se encaminó a su despacho. Acababa de quitarse la cazadora y empezaba ya a lamentar el haber roto la carta de Elvira Lindfeldt cuando sonó el teléfono. Lisa Holgersson quería verlo lo antes posible. Embargado de un sinfín de malos presentimientos, se dirigió al despacho de la comisaria jefe. En condiciones normales, le gustaba hablar con ella, pero, desde que la comisaria le había mostrado su desconfianza manifiesta hacía poco más de una semana, él procuraba evitar encontrarse con ella, convencido de que no podrían invocar el buen tono que solía existir entre ambos. Lisa estaba sentada tras su escritorio y lucía una sonrisa imperceptible y algo forzada que en nada recordaba a aquella otra tan sincera y habitual en ella. Wallander tomó asiento preparado, gracias a su enojo, a responder a los ataques, cualquiera que fuera su naturaleza.

—Bien, iré derecha al grano —comenzó ella—. La investigación interna iniciada a propósito de lo sucedido entre Eva Persson, su madre y tú está ya en marcha.

—¿A cargo de quién?

—De un hombre de Hässleholm.

—¿Un hombre de Hässleholm? Suena como el título de una serie de televisión.

—Es agente de la brigada judicial. Además, se ha presentado una denuncia contra ti y, por cierto, contra mí también, ante la comisión de Justicia.

—Pero tú no le diste ninguna bofetada a la chica, ¿no?

—No, pero soy responsable de lo que sucede aquí.

—¿Quién ha presentado la denuncia?

—El abogado de Eva Persson. Un tal Klas Harrysson.

—Bien, bueno es saberlo —aseguró Wallander al tiempo que se ponía en pie. Estaba terriblemente irritado y no tenía la menor intención de permitir que se disipase la energía con que había comenzado aquella mañana.

—Aún no he terminado.

—Ya, es que tenemos una investigación muy complicada de la que hacernos cargo…

—Estuve hablando con Hanson esta mañana. Y estoy al corriente de lo que está pasando.

«¡Vaya, Hanson no me comentó nada de eso cuando hablé con él por teléfono!», exclamó para sí, de nuevo presa de la desagradable sensación de que sus colegas actuaban a sus espaldas o, al menos, no le contaban toda la verdad.

Wallander se dejó caer pesadamente sobre la silla.

—Ésta es una situación difícil —puntualizó ella.

—Bueno, en realidad, no tanto —la interrumpió Wallander—. Lo que sucedió en aquella sala entre Eva Persson, su madre y yo fue exactamente lo que yo dije desde el principio. Yo no he modificado ni una sola palabra de mi declaración y debe de notarse que ni transpiro ni me inquieto ni me indigno siquiera al hablar de ello. Lo único que me altera es que no me creas.

—¿Y qué quieres que haga?

—Sólo quiero que me creas.

—Pero tanto la muchacha como su madre sostienen otra versión de los hechos. Y ellas son dos.

—Podrían haber sido mil. Tú tendrías que haber dado crédito a mis palabras, no a las suyas. Además, ellas tienen motivos para mentir.

—Tantos como tú.

—¿Yo? ¿Por qué habría de mentir yo?

—Si la golpeaste sin razón.

En este punto, Wallander se levantó por segunda vez, con más vehemencia en esta ocasión.

—Me ahorraré los comentarios sobre lo que acabas de decir. Pero has de saber que lo interpreto como una clara ofensa.

Ella hizo amago de protestar, pero él volvió a interrumpirla.

—¿Alguna otra cosa que decir?

—Pues sí, sigo sin haber terminado.

Wallander permaneció en pie en esta ocasión. La tensión y la aspereza se respiraban en el ambiente. Pero él no tenía intención de ceder un ápice. Lo único que deseaba era salir de allí cuanto antes.

—Verás, resulta que la gravedad de la situación es tal que debo adoptar una medida muy concreta —explicó Lisa Holgersson—. Mientras la investigación interna esté en curso, quedarás suspendido de tus funciones.

Wallander escuchó sus palabras y las comprendió a la perfección. De hecho, tanto el ya fallecido Svedberg como Hanson habían quedado temporalmente suspendidos del servicio en sendas ocasiones mientras se desarrollaban las investigaciones internas correspondientes a supuestos delitos de agresión cometidos por ellos. Wallander recordaba haber estado convencido de que las acusaciones eran falsas en el caso de Hanson. En cuanto a Svedberg, tuvo sus dudas… Sin embargo, en ninguno de los dos casos estuvo de acuerdo con Björk, entonces comisario jefe, sobre la conveniencia de impedir que los dos colegas continuasen con su trabajo, pues consideraba que no era de su competencia el declararlos culpables antes de que la investigación interna hubiese concluido.

De repente, la ira abandonó su espíritu y le embargó la calma más absoluta.

—Puedes hacer lo que quieras —declaró—. Pero si me suspendes del servicio, presento mi dimisión en el acto.

—Eso suena como una amenaza.

—Me importa dos cojones cómo lo interpretes, pero te aseguro que lo haré. Y no retiraré esa dimisión cuando lleguéis a la conclusión de que eran ellas las que mentían y yo quien decía la verdad.

—Piensa que la fotografía es una circunstancia en tu contra.

—Ya, bueno. Yo creo que en lugar de escuchar a Eva Persson y a su madre, el hombre de Hässleholm y tú deberíais investigar si el individuo que tomó la fotografía no estaba haciendo algo ilegal cuando se paseaba por nuestros pasillos.

—Me gustaría que te mostrases más colaborador en lugar de amenazar con despedirte.

—He sido policía durante muchos años —replicó Wallander—. Y sé lo suficiente de esta profesión como para asegurar que no es en absoluto necesario adoptar esa medida de que hablas. Lo que ocurre es que alguien de las altas esferas se ha puesto nervioso por una fotografía que apareció en un periódico vespertino, de modo que hay que sentar un claro precedente. Y tú has optado por no oponerte.

—Estás totalmente equivocado —protestó ella.

—Sabes tan bien como yo que no. ¿Cuándo habías pensado suspenderme del servicio? ¿Ahora mismo? ¿Cuándo salga del despacho?

—El hombre de Hässleholm trabajará tan aprisa como pueda. Y yo había pensado retrasarlo, dada la complejidad de la investigación de asesinato en que nos hallamos inmersos.

—Ya. Y eso, ¿por qué? Pon a Martinson al frente. Él lo hará de maravilla.

—Yo pensaba dejar las cosas como están esta semana.

—No —rechazó Wallander terminante—. Nada es como debe ser. O me suspendes ahora mismo, o no me suspendes en absoluto.

—Te aseguro que no acabo de comprender por qué me amenazas. Yo creía que tú y yo manteníamos una relación cordial.

—Sí, yo también lo creía. Pero parece que estaba equivocado.

Tras un breve silencio, añadió:

—Estoy esperando. ¿Estoy o no suspendido?

—No, no lo estás. Al menos, todavía no.

Wallander salió al pasillo y notó que estaba empapado en sudor. Volvió a su despacho, cerró la puerta y echó la llave. Y entonces dio rienda suelta a su indignación. Tanto daba si redactaba su renuncia allí mismo, recogía sus cosas y abandonaba la comisaría para siempre. La reunión del grupo de investigación fijada para aquella tarde tendría que celebrarse sin su participación. Nunca más volvería a asistir a ninguna.

No obstante, había algo en su interior que lo obligaba a oponer resistencia. En efecto, si se marchaba, todos lo interpretarían como prueba evidente de su culpabilidad. Y poco importaría después cuál fuese el resultado de la investigación interna. Siempre lo considerarían culpable.

Una resolución fue, poco a poco, tomando cuerpo en su mente. Por ahora, se quedaría en su puesto. Pero informaría a sus colegas en la reunión de la tarde. Lo más importante era, pese a todo, que se había opuesto a Lisa Holgersson. Y no pensaba doblegarse, ni amilanarse ni pedir clemencia.

Una suerte de paz interior empezó a colmarlo despacio. Abrió la puerta de par en par en un gesto ostensivo y continuó con su trabajo. A las doce del mediodía, se marchó a casa, sacó la ropa de la lavadora y metió las camisas en la secadora. Acto seguido, subió al apartamento, donde recuperó de la basura los restos de la carta que había destrozado, sin saber muy bien por qué. Al menos, Elvira Lindfeldt no era policía.

Almorzó en el restaurante de István mientras charlaba con uno de los contados amigos de su padre que aún seguían con vida, un comerciante de pinturas jubilado que había provisto al artista de cuantos lienzos, pinceles y pinturas había necesitado para su labor artística. Poco después de la una, salió del restaurante y regresó a la comisaría.

Atravesó las puertas de cristal presa de cierta tensión. Lisa Holgersson podría haber mudado de parecer, irritada, tal vez, por su actitud, y podría haber resuelto suspenderlo del servicio con efecto inmediato. La cuestión era, en tal caso, cómo debía reaccionar él. En el fondo, la sola idea de presentar su dimisión le parecía aterradora. No osaba imaginar cómo se desarrollaría su existencia a partir de aquel momento. Sin embargo, una vez en su despacho, comprobó que lo único que tenía sobre la mesa eran unos avisos de llamadas que podían esperar. Lisa Holgersson no había preguntado por él. Wallander respiró aliviado, al menos de momento, y llamó a Martinson, que seguía en el apartamento de la plaza de Runnerströms Torg.

—Esto va lento, pero seguro —afirmó Martinson—. Ha conseguido descifrar otros dos códigos.

Wallander oyó el crujir de unos papeles antes de que la voz de Martinson regresase al auricular:

—Uno nos ha conducido a lo que parece ser un agente de Bolsa de Seúl y el otro a una compañía inglesa llamada Lonrho. Llamé al grupo de delincuencia económica de Estocolmo y hablé con un compañero que, según dicen, lo sabe casi todo sobre empresas extranjeras. Me dijo que Lonrho tiene su sede en África y que realizó no pocas operaciones ilegales en Rodesia del Sur durante el periodo de las sanciones.

—Ya, pero, todo eso ¿adónde nos lleva? —inquirió Wallander interrumpiendo su exposición—. Un agente de Bolsa en Corea y esa otra empresa, comoquiera que se llame ¿qué significa todo eso?

—Sí, es una buena pregunta. Pero según Robert Modin aquí hay unas ochenta ramificaciones en la red, como mínimo. Quizá debamos aguardar un poco más para poder encontrar algo que las una a todas.

—Sí, pero imagina que estás pensando en voz alta, ¿qué dirías entonces?

Martinson resopló.

—Dinero. Eso es lo que yo veo.

—¿Y qué más?

—¿No te parece bastante? El Banco Mundial, los agentes de Bolsa coreanos y las compañías inglesas con sede en África tienen, a mi entender, ese denominador común: el dinero.

Wallander se mostró de acuerdo.

—Sí, quién sabe, quizás el papel protagonista de esta representación lo tenga el cajero automático ante el que murió Falk.

Martinson lanzó una risotada y Wallander concluyó la conversación no sin antes proponerle que se viesen a las tres.

Una vez que hubo colgado el auricular, el inspector siguió sentado, meditabundo… Pensaba en Elvira Lindfeldt e intentaba imaginarse cuál seria su aspecto. Pero era la imagen de Baiba la que acudía a su memoria. Y la de Mona. Incluso le pareció atisbar en sus figuraciones el rostro de otra mujer, aquélla a la que había conocido en un café a las afueras de Västervik.

Hanson apareció entonces en el umbral de la puerta, y truncó de este modo sus evocaciones. Wallander se sobresaltó, como si su mente hubiera sido transparente y sus pensamientos evidentes.

—Las llaves están controladas —irrumpió el colega. Wallander lo miró inquisitivo, pero no hizo comentario alguno, pues intuía que debería saber de qué llaves le hablaba.

—He recibido un informe de Sydkraft según el cual todos los empleados que estaban en posesión de un juego de llaves de acceso a la estación de transformadores pudieron dar cuenta de ellas.

—¡Estupendo! —exclamó Wallander—. Cuantos más puntos podamos borrar de la lista, más se simplifica todo.

—Lo que no he conseguido es dar con ninguna furgoneta Mercedes —se lamentó Hanson.

Wallander se balanceaba sentado en la silla.

—Creo que, por el momento, puedes dejarlo. Aunque nos veremos en la necesidad de identificarla tarde o temprano, ahora hay asuntos más urgentes.

Hanson asintió y trazó una línea en su bloc de notas, Wallander lo informó de que celebrarían la reunión a las tres y el agente se marchó.

De este modo se disiparon las evocaciones de Elvira Lindfeldt. Se inclinó sobre sus papeles al tiempo que reflexionaba acerca de lo que Martinson le había contado. En ese momento, sonó el teléfono. Era Viktorsson, que deseaba saber cómo iba la investigación.

—Creía que Hanson te mantenía constantemente informado.

—Así es, pero tú eres el responsable de las pesquisas, ¿no?

El comentario de Viktorsson lo llenó de asombro. En efecto, él creía que las palabras de Lisa Holgersson eran producto de un acuerdo entre ella y Viktorsson. Pero ahora tenía la sensación de que el fiscal no estaba fingiendo y de que, en verdad, consideraba a Wallander el jefe de los trabajos de investigación. Y aquella sensación le inspiró una disposición favorable hacia Viktorsson.

—Iré a verte mañana por la mañana.

—A las ocho y media no tengo ningún compromiso.

Wallander tomó nota de la hora.

—Pero adelántame algo, ¿cómo va todo en estos momentos?

—Va despacio —declaró Wallander.

—¿Qué sabemos de lo sucedido ayer en el transbordador?

—Sabemos que el fallecido era Jonas Landahl. Además, hemos logrado establecer una conexión entre él y Sonja Hökberg.

—Según Hanson, parecía probable que Landahl hubiese asesinado a Hökberg, pero no supo motivar la sospecha.

—Ya te lo explicaré mañana —adujo Wallander esquivo.

—Eso espero. Tengo la impresión de que andáis dando palos de ciego.

—¿Quieres cambiar nuestras directrices?

—No, pero sí quiero un informe exhaustivo.

Concluida la conversación, el inspector dedicó media hora más a preparar la reunión. A las tres menos veinte, fue al comedor a hacerse con un café, pero la máquina estaba estropeada, lo que provocó en él una reflexión sobre lo que Erik Hökberg había dicho acerca de la vulnerabilidad de la sociedad en que vivían. Y aquello, a su vez, le sugirió otra idea, así que decidió que llamaría a Hökberg antes de que comenzase la reunión. Regresó a su despacho, aún con la taza vacía en la mano. Hökberg respondió enseguida a su llamada y Wallander le ofreció un prudente resumen de lo acontecido desde la última vez que estuvieron en contacto, antes de preguntarle si había oído hablar de Jonas Landahl. Pero Hökberg le dio un rotundo no por respuesta que sorprendió al inspector.

—¿Estás completamente seguro?

—Con ese nombre tan poco habitual… Lo recordaría si lo hubiera oído con anterioridad. ¿Fue él quien mató a Sonja?

—Aún no lo sabemos. Pero se conocían. Incluso creemos, por los datos de que disponemos, que mantuvieron una relación.

Wallander consideró la posibilidad de comentarle lo de las violaciones, pero no le pareció el momento más oportuno, pues prefería no tratar aquel asunto por teléfono. Así pues, pasó a formular la pregunta que había motivado su llamada:

—El día que estuve en tu casa, me hablaste de todos los negocios que puedes hacer desde tu ordenador, y me dio la impresión de que, en realidad, no hay límites.

—Si uno puede conectarse a las grandes bases de datos del mundo, siempre está en el centro, muy cerca del núcleo, sin importar dónde resida.

—Lo que significa que puedes hacer negocios con un agente de Bolsa de Seúl, por ejemplo, si se te ocurre.

—Así es, en principio.

—Ya. ¿Y qué es lo que hay que saber para hacer tal cosa?

—En primer lugar, necesito su dirección de correo electrónico. Después, nuestras credenciales deben estar normalizadas, de modo que ellos puedan identificarme a mí y yo a ellos. Pero, por lo demás no hay ningún impedimento. Al menos no desde el punto de vista técnico.

—¿A qué te refieres?

—Pues que, como es natural, cada país cuenta con una legislación que regula el comercio de acciones. Y es preciso conocerla, a menos que uno pretenda dedicarse a hacer negocios fuera de la ley.

—Ya, pero, puesto que suele haber mucho dinero en juego, me imagino que la seguridad será extrema.

—Lo es.

—¿Y a ti te parece que sea imposible romper los sistemas de seguridad?

—No creo que yo sea la persona adecuada para responder a esa pregunta, la verdad. Mis conocimientos son muy limitados. Pero tú, que eres policía, deberías saber que uno puede hacer cualquier cosa, si lo desea con la fuerza suficiente. Como se suele decir, si alguien desea de verdad asesinar al presidente de Estados Unidos, lo consigue. Oye, ¿por qué me haces todas estas preguntas?

—Bueno, parecías muy al corriente cuando hablamos la última vez.

—De un modo muy superficial. El mundo de la electrónica es tan complicado y avanza a tal velocidad que tengo serias dudas de que haya nadie que de verdad comprenda lo que sucede. Y mucho menos que lo controle.

Wallander prometió volver a llamarlo más tarde, o a la mañana siguiente, y colgó antes de encaminarse a la sala de reuniones. Hanson y Nyberg ya estaban allí, enfrascados en una acalorada conversación en torno a aquella máquina de café que no paraba de estropearse. Wallander los saludó con un gesto y tomó asiento. Ann-Britt y Martinson acudieron al mismo tiempo, mientras Wallander sopesaba la alternativa de si comenzaría o, por el contrario, finalizaría la reunión revelándoles el contenido de su conversación con Lisa Holgersson. Al final, decidió que aguardaría. A pesar de todo, se hallaba allí rodeado de un grupo de colegas que trabajaban duramente para sacar adelante una compleja investigación de asesinato, por lo que no quería abatirlos más de lo estrictamente necesario.

Abrieron la reunión con un repaso a los sucesos acaecidos en torno a la muerte de Jonas Landahl. Los testimonios con los que contaban eran escasos en extremo. Nadie parecía haber visto nada. Ni los movimientos de Jonas Landahl en el interior de la embarcación ni cómo llegó a la sala de máquinas. Ann-Britt aportó un informe elaborado por el policía que había hecho el viaje a Polonia en el transbordador, y, al parecer, una camarera creyó reconocer a Landahl en la foto que el agente le mostró y declaró no sin cierta reserva que el joven había entrado en la cafetería tan pronto como abrieron las puertas y había pedido un bocadillo. Y eso era todo.

—¡Vaya! Esto es de lo más extraño —exclamó Wallander—. Nadie lo vio, ni a la hora de pagar el pasaje ni a bordo del barco, en cubierta. Y nadie lo vio entrar en la sala de máquinas. A mí no me parece lógico ese vacío de información.

—Es imposible que estuviese solo —intervino Ann-Britt—. Antes de venir estuve hablando con uno de los maquinistas para asegurarme. Según aquel hombre, es imposible que Landahl quedase atrapado bajo el eje de la hélice por voluntad propia.

—En ese caso, alguien lo obligó —remató Wallander—. Lo que significa que hay, como mínimo, otro implicado, y puesto que no parece verosímil que ninguno de los empleados de la sala de máquinas sea culpable, ha de tratarse de otra persona. Alguien a quien nadie vio ni llegar en compañía de Landahl ni abandonar el barco. Lo que a su vez nos conduce a extraer otra conclusión: Landahl acudió al lugar por voluntad propia. Nadie lo obligó, pues, en tal caso, alguien lo habría notado. Por otra parte, habría sido imposible hacer bajar a Landahl por las angostas escalas en contra de su voluntad.

Durante otras dos horas estuvieron argumentando cada punto de la investigación. Cuando Wallander expuso sus hipótesis fruto, a su vez, de las reflexiones de Ann-Britt, la discusión alcanzó a ratos cotas de acaloramiento significativas. No obstante, nadie podía negar que la pista que tal vez los condujese a Carl-Einar Lundberg y, de ahí, hasta su padre pudiese abrirles nuevas vías. Pese a que apenas contaba con argumentos sólidos a favor de su tesis, Wallander insistió en que la clave de todo lo ocurrido era la persona de Tynnes Falk. Él tenía el convencimiento de estar en lo cierto. A las seis de la tarde consideró que ya era suficiente. El cansancio había empezado a dejarse notar y las pausas para despejarse se producían cada vez con más frecuencia. De modo que el inspector decidió que no haría mención alguna de su conversación con Lisa Holgersson. Simplemente, no le quedaban fuerzas.

Martinson se marchó a la plaza de Runnerströms Torg, donde Robert Modin seguía trabajando en solitario. Según Hanson, habría que proponer a la Dirección General de la Policía que condecorasen a ese joven con algún tipo de medalla. O, al menos, que le abonasen unos honorarios de consultoría. Nyberg se quedó sentado en la silla, entre bostezos. Wallander observó que aún tenía grasa en los dedos. El inspector permaneció unos minutos en el pasillo, en compañía de Ann-Britt y Hanson, con quienes repasó lo que debían hacer en las próximas horas antes de repartirse los diversos cometidos. Hecho esto, Wallander fue a su despacho y se aseguró de cerrar bien la puerta.

Permaneció largo rato sentado, contemplando el teléfono sin alcanzar a comprender el porqué de su extrema indecisión. Finalmente, levantó el auricular y marcó un número de Malmö: el de Elvira Lindfeldt.

Tras el séptimo tono de llamada, alguien respondió:

—Lindfeldt.

Wallander colgó enseguida. Lanzó una maldición y aguardó unos minutos antes de volver a marcar. En esta ocasión, la mujer respondió de inmediato, con una voz que le agradó desde el primer momento.

Wallander se presentó y empezaron a conversar sobre cosas cotidianas. Al parecer, el viento soplaba más fuerte en Malmö que en Ystad. Elvira Lindfeldt se quejaba de que gran parte de sus compañeros de trabajo estuviesen resfriados. Wallander convino con ella en que el otoño era una época del año muy molesta. Él acababa de recuperarse de un resfriado.

—Sería estupendo que nos viésemos un día de éstos —propuso ella.

—Bueno, en el fondo, yo no tengo mucha fe en esto de las agencias de contactos —confesó Wallander arrepintiéndose de inmediato de sus palabras.

—Bueno, es una forma tan buena como cualquier otra —precisó ella—. Uno debe ser adulto, con todas sus consecuencias.

Entonces, la mujer añadió algo que dejó a Wallander estupefacto.

En efecto, le preguntó qué pensaba hacer aquella noche, y si no podían quedar en Malmö.

«No, no puedo», se dijo Wallander. «Tengo demasiadas cosas que hacer y esto va demasiado deprisa».

Wallander aceptó.

Acordaron que se verían a las ocho y media en el bar del Hotel Savoy.

—Nada de flores de identificación —bromeó ella antes de concluir la conversación—. Estoy segura de que nos reconoceremos sin problemas el uno al otro.

Wallander se preguntaba atemorizado en qué se habría embarcado con aquella cita. Pero no dejaba de sentir la excitación.

Eran ya las seis y media y debía darse prisa.

## 

## 30

Wallander aparcó a la entrada del Hotel Savoy, en Malmö, cuando daban las ocho y veintisiete minutos. Había conducido demasiado rápido desde Ystad. Estuvo dando demasiadas vueltas a su vestimenta antes de salir. «A lo mejor espera que vaya vestido de uniforme», pensó. «De hecho, antes los cadetes resultaban muy populares como acompañantes». Sin embargo, él no se puso, como era de esperar, el uniforme, sino que eligió una camisa limpia, aunque arrugada, que sacó directamente del cesto de la ropa que había lavado aquel mismo día. Asimismo, dedicó demasiado tiempo a la elección de la corbata, hasta que resolvió por fin que no llevaría ninguna. Eso sí, los zapatos estaban muy sucios y exigían una intervención. El resultado de toda aquella operación fue que salió de la calle de Mariagatan demasiado tarde.

Por si fuera poco, Hanson lo había llamado en el peor momento para preguntarle por Nyberg, sin que Wallander llegase a comprender por qué era tan importante para Hanson averiguar el paradero del técnico. Sus respuestas fueron tan exiguas que Hanson le preguntó si tenía prisa, a lo que el inspector respondió afirmativamente y en tono tan confidencial que a Hanson no se le pasó por la cabeza preguntar por qué. Cuando por fin estuvo listo para salir, sonó el teléfono por segunda vez. Con la mano sobre la manivela de la puerta, consideró en un primer momento la posibilidad de no atender aquella llamada, cosa que, no obstante, hizo enseguida. Era Linda. No había mucho movimiento en el restaurante y su jefe estaba de vacaciones, de modo que, para variar, tenía tiempo y posibilidad de llamarlo para charlar un rato. Wallander se sintió tentado de contarle adonde iba. Después de todo, había sido Linda quien le había hecho aquella sugerencia que él rechazó en un principio. La muchacha notó enseguida, que su padre tenía prisa. Wallander sabía por experiencia que era casi imposible engañarla pero, aun así, adujo con tanta convicción como pudo que debía salir por cuestiones de trabajo. Acordaron que ella lo llamaría al día siguiente. Ya en el coche y con la ciudad de Ystad a sus espaldas, descubrió que el indicador del depósito de combustible se encendía. Suponía que tendría suficiente para llegar a Malmö, pero no quería correr el riesgo de quedarse a medio camino. Así pues, giró entre maldiciones hasta llegar a la gasolinera situada a las afueras de Skurup dudando ya de llegar a tiempo a la cita. De todas formas no fue capaz de explicarse por qué aquello había de ser tan importante. En cualquier caso, recordaba a la perfección el día en que Mona, al poco de conocerse, se marchó tras haber estado esperándolo diez minutos.

Pero allí estaba por fin, en Malmö. Echó una ojeada al espejo retrovisor para ver su aspecto. Estaba más delgado. Las facciones quedaban ahora mejor definidas que hacía unos años. Y la mujer que estaba a punto de conocer no sabía que cada vez se parecía más a su padre. Cerró los ojos y respiró profundamente, obligándose a desechar toda posible expectativa: no le cabía la menor duda de que ella quedaría decepcionada. Se verían en el bar, charlarían un rato y ahí acabaría la historia. Poco antes de las doce, él estaría durmiendo en su cama de la calle de Mariagatan. Y cuando despertase a la mañana siguiente, la habría olvidado por completo. Además, vería confirmada su fundada sospecha de que la persona que a él le convenía jamás se cruzaría en su camino gracias a la intervención de una de aquellas agencias.

Había llegado a tiempo a Malmö, pero se quedó sentado en el coche hasta las nueve menos veinte, hora a la que salió del vehículo, volvió a tomar aliento y cruzó la calle en dirección al bar.

Se identificaron el uno al otro sin dificultad. Ella estaba sentada junto a una mesa situada en un rincón del fondo. Aparte de algunos hombres que tomaban cerveza en la barra, no había muchos más clientes en el establecimiento. Por otro lado, ella era la única mujer sola que había en el bar. Wallander captó su mirada y ella se levantó sonriente. El inspector reparó enseguida en que era muy alta. Vestía un traje de chaqueta azul marino, la falda por encima de las rodillas. Tenía unas piernas bonitas.

—¿He acertado? —preguntó Wallander al tiempo que le tendía la mano.

—Si tú eres Kurt Wallander, yo soy Elvira.

—¿Lindfeldt?

—Así es, Elvira Lindfeldt.

Tomaron asiento, el uno frente al otro.

—Yo no fumo —advirtió ella—. Pero sí bebo.

—Igual que yo —señaló Wallander—. Sólo que ahora tengo que conducir, así que me conformo con un agua mineral con gas.

En realidad, le habría gustado tomarse una copa de vino. O varias. Pero en una ocasión, hacía ya muchos años y, por cierto, también en Malmö, bebió demasiado alcohol durante una cena. Había quedado con Mona. Ya estaban separados, pero él le rogó que volviese. Ella se negó, y cuando se marchó, él vio que había un hombre esperándola en un coche. Aquella noche, él durmió en el suyo y se puso en marcha por la mañana. Su inestable avance por la carretera se vio, no obstante, detenido por dos de sus colegas, Peters y Norén. Ellos guardaron silencio, pero su estado de embriaguez era tal que bien podrían haberlo despedido. Era aquél uno de los peores recuerdos de su vida y no sentía el menor deseo de volver a pasar por nada semejante.

El camarero acudió a la mesa y Elvira Lindfeldt apuró el resto del vino antes de pedir otra copa.

Wallander estaba preocupado ya que, desde los primeros años de la adolescencia, se había forjado la idea de que estaba más favorecido de perfil que visto de frente, motivo por el que giró la silla de modo que le ofreciese a su acompañante su mejor cara.

—¿No tienes sitio para los pies? —preguntó ella—. Si quieres puedo acercarme la mesa un poco más.

—No, no, en absoluto. Estoy bien.

«¿Y qué coño le digo ahora?», se preguntó. «¿Qué me enamoré de ella en el instante mismo en que crucé la puerta? O mejor, cuando recibí su carta…».

—¿Has hecho esto antes? —quiso saber ella.

—Jamás. De hecho, me lo pensé mucho.

—Pues yo sí —repuso ella en tono festivo—. Pero nunca dio resultado.

Wallander notó que era una mujer muy directa. A diferencia de él que, en aquel momento, se sentía más preocupado por su perfil.

—¿Y por qué no dio resultado? —inquirió el inspector.

—La persona equivocada, el sentido del humor equivocado, la actitud equivocada, las expectativas equivocadas, la formalidad equivocada, la manera de beber equivocada… Casi todo puede fallar.

—No habrás encontrado ya algún fallo en mí, ¿verdad?

—Tú pareces amable, por lo menos —aseguró ella.

—Bueno, he de admitir que no es frecuente que se me califique como el típico policía de la amable sonrisa, pero tampoco como el antipático.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando se acordó de la fotografía que había aparecido en el periódico. Aquella imagen ponía al descubierto al malvado policía de Ystad que se atrevía a atacar a menores indefensos. Se preguntaba si ella la habría visto.

Mas, durante las horas que compartieron aquella noche junto a aquella mesa del bar, ella no hizo ningún comentario al respecto, por lo que Wallander empezó a pensar que lo más probable era que no, que tal vez ella fuese una de esas personas que rara vez o incluso nunca leían los periódicos de la tarde. Allí estaban, pues, en animada conversación, él con su agua mineral, sediento de algo más consistente, mientras ella bebía vino. Ella le preguntó cómo era la vida de un policía y el inspector se esforzó por responder con tanta objetividad como le fue posible. Sin embargo, no se le ocultaba que, de vez en cuando, subrayaba los aspectos más duros de su trabajo, tal vez en un deseo de ganarse una comprensión justificada tan sólo parcialmente.

Por otro lado, sus preguntas estaban bien meditadas, inesperadas a veces, con lo que tuvo que esforzarse por hallar respuestas sensatas.

También ella le habló acerca de su trabajo. La compañía de transportes en la que trabajaba se encargaba, entre otras muchas cosas, de los portes de mudanzas de los misioneros suecos que se trasladaban a otros países o que volvían a casa. Poco a poco, él fue dándose cuenta de que aquella mujer tenía una gran responsabilidad dado que, además, su jefe siempre estaba de viaje. Era evidente que le gustaba su trabajo.

El tiempo pasó volando. Así, eran ya más de las once cuando Wallander se sorprendió hablando de su fracasado matrimonio con Mona y de cómo no se había percatado de lo que estaba ocurriendo hasta que no fue demasiado tarde. Y ello a pesar de que Mona se lo había advertido en numerosas ocasiones, tantas como él había prometido que todo cambiaría. Pero un buen día, aquello se acabó. Ya no había vuelta atrás, como tampoco existía la menor esperanza de un futuro común. Y allí estaba Linda, junto con una buena cantidad de recuerdos inclasificables y, en parte, tormentosos, con los que él aún no se había reconciliado por completo. Ella lo escuchaba atenta, grave, pero también alentadora.

—¿Y después? —inquirió Elvira cuando él guardó silencio—. Si no te he entendido mal, llevas ya separado muchos años, ¿no?

—Bueno, la mayor parte del tiempo mi vida ha sido bastante insulsa. Conocí a una mujer de Riga, Letonia. Se llama Baiba. Ella encarnó una esperanza y, durante unos años, creí que también ella la compartía. Pero, al final, aquello tampoco funcionó.

—¡Vaya! ¿Por qué?

—Ella no quería abandonar Riga y yo quería que viniese a vivir a Suecia. ¡Había hecho tantos planes…! Una casa en el campo, un perro, otra vida.

—Puede que fuesen demasiado, todos esos planes —comentó ella, reflexiva—. Eso siempre acaba pagándose.

Wallander experimentó la sensación de haber hablado de más, de haberse expuesto demasiado. Y quizá también a Mona y a Baiba. Pero la mujer que tenía frente a sí le inspiraba una enorme confianza.

También ella le habló de sí misma y de una vida que, en el fondo poco se diferenciaba de la de Wallander, salvo por el hecho de que, en su caso, eran dos los matrimonios fracasados, con un hijo de cada uno. Sin que ella lo mencionase abiertamente, él intuyó que su primer marido la golpeaba, tal vez no muy a menudo, pero lo suficiente como para que, al final, fuese insoportable. Su segundo marido era argentino. Elvira le refirió, de forma inteligente e irónica, cómo la pasión la había conducido en primer lugar por el buen camino para luego desviarla hacia un laberinto.

—Desapareció hace dos años —aseguró cerrando así su relato—. Me llamó desde Barcelona, donde se encontraba sin un céntimo. Le envié dinero para que, al menos, pudiese regresar a Argentina, y hace ya un año, si no más, que no he vuelto a saber de él. Y su hija pregunta por él, claro está.

—¿Qué edad tienen tus hijos?

—Alexandra tiene diecinueve y Tobias veintiuno.

A las once y media pidieron la cuenta. Wallander quería invitarla, pero ella insistió en pagar a medias.

—Mañana ya es viernes —comentó Wallander una vez en la calle.

—¿Sabes?, yo no he estado nunca en Ystad.

Wallander tenía pensado preguntarle si no podría llamarla algún día. Pero ahora, tras la charla, las cosas habían cambiado y no sabía cómo se sentía exactamente. Al parecer, ella no había detectado ninguna deficiencia inmediata en su persona y, por el momento, aquello le parecía más de lo que esperaba.

—Yo tengo coche —persistió ella—. Aunque también puedo tomar un tren. Si tienes tiempo, claro.

—Bueno, la verdad es que estoy liado con una investigación de asesinato muy complicada —aclaró él—. Pero hasta los policías necesitamos tomarnos un descanso de vez en cuando.

Ella vivía en una de las zonas residenciales de Malmö, en dirección a Jägersro, y Wallander se ofreció a llevarla en el coche. Pero Elvira Lindfeldt rechazó la oferta aduciendo que prefería caminar y tomar un taxi después.

—Yo suelo dar largos paseos —aseguró—. Detesto correr.

—Yo también —convino Wallander que, no obstante, nada dijo acerca de su diabetes.

Se dieron la mano a modo de despedida.

—Ha sido un placer conocerte —afirmó ella.

—Sí, lo mismo digo —replicó Wallander.

La vio desaparecer tras una de las esquinas del hotel, antes de encaminarse hacia su coche y partir rumbo a Ystad. Por el camino, se detuvo para buscar en la guantera una de sus cintas. Encontró una de Jussi Björling, cuya voz inundó el interior del vehículo durante el trayecto. Cuando pasó la salida hacia Stjärnsund, donde Sten Widén tenía su finca, pensó que el sentimiento de envidia que antes le inspiraba la situación de su amigo no era, ya, tan intenso.

Eran las doce y media cuando aparcó el coche. Ya en el apartamento, se sentó en el sofá embargado de una alegría que hacía años no experimentaba. La última vez, se decía, debió de ser cuando adivinó que sus sentimientos por Baiba eran correspondidos.

Al final, ya en la cama, se durmió sin detenerse a pensar en la investigación ni un segundo.

Por primera vez en mucho tiempo, aquello podía esperar.

La mañana del viernes, Wallander llegó a la comisaría desplegando una energía arrolladora. Lo primero que hizo fue retirar la vigilancia de la calle de Apelbergsgatan, aunque no así la de la plaza de Runnerströms Torg. Fue después al despacho de Martinson, que estaba vacío, al igual que el de Hanson, que tampoco había llegado. A Ann-Britt, sin embargo, sí que la vio por el pasillo. Hacía mucho tiempo que no la veía tan cansada e irritable, por lo que pensó que debería decirle algo para animarla; pero no se le ocurrió nada que pudiese sonar lo suficientemente espontáneo.

—La agenda que se supone que Sonja Hökberg llevaba en el bolso, ¿recuerdas? Pues no aparece por ninguna parte —lo informó la agente.

—Pero ¿podemos estar seguros de que tuviese una agenda?

—Eva Persson lo confirmó. Según ella, solía llevar en el bolso una agenda de color azul marino sujeta con una goma.

—Bien, en ese caso, podemos dar por supuesto que quien la mató y arrojó su bolso se llevó antes la agenda.

—Sí, es lo más probable.

—La cuestión es qué números de teléfono tendría anotados, qué nombres…

Ella se encogió de hombros. Wallander la observó con detenimiento.

—Oye, ¿estás bien?

—Tan bien como pueda estar… A menudo, estamos mucho peor de lo que merecemos —repuso ella.

Dicho esto, se fue a su despacho y cerró la puerta tras de sí. Wallander vaciló un instante. Pero, finalmente, se acercó, tocó a su puerta y entró al oír su respuesta.

—Tenemos algún otro tema pendiente —aseguró él.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Por qué? Como tú bien has dicho, suele irnos peor de lo que merecemos.

Wallander tomó asiento. Reinaba allí, como de costumbre, un perfecto orden.

—Tenemos que aclarar lo de la violación —le advirtió Wallander—. Además, aún no he hablado con la madre de Sonja Hökberg.

—Es una mujer algo complicada —observó Ann-Britt—. Claro que siente la muerte de su hija, pero, al mismo tiempo, tengo la sensación de que le tenía miedo.

—¿Por qué crees eso?

—No sé, es sólo una impresión. No puedo explicártelo.

—¿Y su hermano Erik?

—Emil, no Erik. Parece tener un carácter sólido pero está muy afectado.

—Ya. Bueno, yo tengo una reunión con Viktorsson a las ocho y media —prosiguió Wallander—. Y luego había pensado ir a ver a la familia Hökberg. Supongo que la madre habrá vuelto ya de Höör, ¿no?

—Sí, están organizando el funeral. ¡Todo esto es tan desagradable!

Wallander se puso en pie.

—Si necesitas hablar…, no tienes más que decirlo, ¿vale?

Ella negó con un gesto.

—No, gracias. Ahora no.

Ya en la puerta, el inspector se dio media vuelta y añadió:

—¿Tienes idea de lo que sucederá con Eva Persson?

—No, no lo sé.

—Aunque, al final, Sonja Hökberg aparezca como culpable, la vida de esa chica quedará marcada y destrozada para siempre.

Ann-Britt pareció dudar.

—No sé hasta qué punto… Eva Persson parece pertenecer a esa clase de personas a las que todo les resbala. Y la verdad, no me explico cómo puede haber personas así.

Wallander consideró su observación en silencio. Tal vez llegase a comprender más tarde lo que ahora escapaba a su entendimiento…

—Por cierto ¿has visto a Martinson?

—Sí, lo vi esta mañana, cuando llegué.

—Pues no estaba en su despacho.

—Ya, iba al despacho de Lisa.

—¿Sí? ¡Pero si ella no suele venir tan temprano!

—Por lo visto, tenían una reunión.

Algo en su tono de voz dejó a Wallander en suspenso. Ella lo observó vacilante y, al final, le hizo señas de que entrase de nuevo y cerrase la puerta.

—¿Qué clase de reunión?

—De verdad que a veces me sorprendes —confesó ella—. A ti no se te escapa nada, todo lo ves y lo oyes. Y eres un buen policía que sabe motivar a sus colegas. Y, sin embargo, al mismo tiempo parece que no te das cuenta de nada.

Wallander notó que se le hacía un nudo en el estómago. Pero no hizo ningún comentario, sino que aguardó a que ella continuase.

—Tú siempre hablas bien de Martinson y él sabe seguir tu ejemplo. Además, trabajáis muy bien juntos.

—Sí, me preocupa que se harte y presente la dimisión.

—No lo hará.

—Pues es lo que siempre me dice a mí. Y, como ya sabes, es muy buen policía.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—Yo no debería decirte esto, pero lo haré de todos modos: creo que confías demasiado en él.

—¿Qué quieres decir?

—Ni más ni menos, que se mueve a tus espaldas. ¿Qué crees que está haciendo en el despacho de Lisa? Están hablando de que tal vez haya llegado el momento de introducir ciertos cambios en esta casa; unos cambios que te afectarán a ti y que prepararán el camino para Martinson.

A Wallander le costaba creer lo que acababa de oír.

—¿Y cómo, exactamente, se mueve Martinson a mis espaldas?

Ella arrojó airada el abrecartas sobre la mesa.

—Si he de ser sincera, a mí me ha llevado bastante tiempo descubrirlo. Pero ahora sé que Martinson es un intrigante, es avieso y muy habilidoso. Y se dedica a quejarse ante Lisa de lo mal que estás llevando esta investigación.

—¿Pero, qué dice, que no me ocupo del caso?

—No, tan directo no es. Simplemente, va por ahí dando a entender que está ligeramente insatisfecho, aduciendo que la dirección es débil, las prioridades ilógicas… Además, fue y le contó a Lisa que querías utilizar los servicios de Robert Modin.

Wallander estaba atónito.

—De verdad, simplemente, no doy crédito a lo que me dices.

—Pues deberías hacerlo. Aunque espero que tengas presente que todo lo que te he revelado es confidencial.

Wallander asintió. El estómago le dolía ahora con más intensidad.

—Sencillamente, creí que debías saberlo —remató ella.

Wallander la observaba.

—¿Y tú no piensas como él?

—En ese caso, ya te habrías enterado. Te lo habría dicho personalmente y no a tus espaldas.

—¿Qué me dices de Hanson y Nyberg?

—No, esto es sólo cosa de Martinson. Nadie más. Va a la caza y captura del trono…

—¡Pero si no para de jurar y perjurar que no sabe si aguantará como policía!

—Ya lo sé, pero tú siempre dices que hay que ver más allá de las apariencias y buscar el fondo. Y lo único que tú mismo has visto de Martinson es la superficie. Yo veo más allá. Y no me gusta lo que veo, te lo aseguro.

Wallander se sentía paralizado. La alegría que experimentó aquella mañana al despertar se había esfumado y, poco a poco, una oleada de furia venía a sustituirla.

—Pues voy a ir a por él. Iré a buscarlo ahora mismo.

—Eso no sería muy sensato.

—¿Y cómo quieres que siga trabajando con una persona de esa calaña?

—No lo sé. Pero creo que no es el momento idóneo. Si te enfrentas a él ahora, le proporcionarás aún más argumentos en tu contra; dirá que estás desequilibrado, que la bofetada que le propinaste a Eva Persson no fue un accidente casual.

—Ya. Supongo que estarás enterada de que Lisa pretende suspenderme como responsable de esta investigación, ¿no?

—No ha sido idea de Lisa —declaró ella con amargura—. Sino de Martinson.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Martinson tiene un punto débil —confesó ella—. Y es que confía en mí. Él cree que yo comparto sus opiniones, por más que no me canso de decirle que deje de chismorrear a tus espaldas.

Wallander se puso en pie para marcharse.

—Espera un poco antes de hablar con él —insistió ella—. Lo que sí puedes hacer es utilizar la ventaja que te he dado al contártelo cuando llegue el momento.

Wallander comprendió que su colega tenía razón.

A continuación, se fue derecho a su despacho. Su indignación tenía un tinte de tristeza. En efecto, habría podido creer aquello de cualquier otro, pero no de Martinson. De él, jamás.

El teléfono interrumpió sus pensamientos. Era Viktorsson, que se preguntaba dónde se había metido. Wallander se dirigió a las dependencias de la fiscalía, temeroso de toparse con Martinson en el pasillo, aunque lo más probable era que el colega estuviese ya con Robert Modin en la plaza de Runnerströms Torg.

El encuentro con Viktorsson fue breve. Wallander se obligó a apartar todo pensamiento sobre lo que Ann-Britt acababa de revelarle y le ofreció al fiscal una escueta pero detallada síntesis de la investigación: en qué punto se encontraban, qué directrices les parecía más importante seguir… Viktorsson le hizo un par de preguntas, pero en general no tenía ninguna observación que hacerle.

—Si no te he interpretado mal, parece que no hay ningún sospechoso claro, ¿es correcto?

—Exacto.

—¿Qué crees que podéis encontrar en el ordenador de Falk?

—No lo sé, pero todo parece indicar que de allí sacaremos algo parecido a un móvil.

—¿Crees que Falk cometió algún tipo de delito?

—No, que nosotros sepamos.

Viktorsson se rascó la frente reflexivo.

—Pero ¿vosotros sabéis lo suficiente de estas cosas? ¿No crees que deberíamos pedir apoyo a los expertos de la brigada de Estocolmo?

—Ya tenemos el apoyo de un experto de esta zona, pero hemos decidido que también informaremos a Estocolmo.

—Hazlo cuanto antes. De lo contrario, nos van a hacer la vida imposible, ya sabes. Por cierto, ¿quién es ese experto local?

—Se llama Robert Modin.

—¿Y sabe de lo suyo?

—Más que la mayoría.

Wallander pensó que acababa de cometer un grave error, que debería haberle dicho a Viktorsson la verdad acerca de Robert Modin y que había sido condenado por un delito de piratería informática. Pero ya era demasiado tarde. Había optado por proteger la investigación en lugar de protegerse a sí mismo. Con ello había dado el primer paso hacia una vía que podía conducirlo directamente a su ruina profesional. Si no había ya motivos suficientes para que lo suspendiesen del servicio, en aquel momento acababa de agenciarse otro motivo para ello. Y Martinson, se decía, contaría con un argumento más, si es que le faltaba alguno, para destruirlo.

—Doy por sentado que estarás al corriente de la investigación interna que se está llevando a cabo por aquella desagradable historia en la sala de interrogatorios —dijo Viktorsson de improviso—. Han presentado tanto una denuncia a la comisión de Justicia como una demanda en el juzgado.

—La fotografía no da cuenta fiel del contexto —precisó Wallander—. Yo estaba protegiendo a la madre, cualquiera que sea ahora su versión.

Viktorsson no replicó.

«¿Habrá alguien que crea en mis palabras, aparte de yo mismo?», se preguntó.

El inspector salió de la comisaría cuando habían dado ya las nueve. Fue directamente a la casa de la familia Hökberg, sin antes llamar siquiera para advertir de su llegada. Lo único que le importaba era dejar atrás aquellos pasillos en los que corría el riesgo de toparse con Martinson. Tarde o temprano, aquello sucedería, pero todavía le parecía demasiado pronto; aún no se creía capaz de controlarse.

Acababa de salir del coche cuando su móvil empezó a sonar. Era Siv Eriksson.

—Espero no molestar —dijo, a modo de disculpa.

—No, en absoluto.

—Te llamo porque necesito hablar contigo.

—Pues ahora estoy algo ocupado.

—Es algo que no puede esperar.

Wallander notó entonces que la mujer estaba muy alterada. Presionó el auricular contra la oreja y le dio la espalda al viento para oír mejor.

—¿Ha ocurrido algo?

—No quisiera hablar de ello por teléfono. Prefiero que vengas aquí.

Wallander sintió que hablaba en serio y le prometió que acudiría enseguida. La conversación con la madre de Sonja Hökberg tendría que esperar. Regresó al centro y aparcó el coche en la calle de Lurendrejargränd. Un viento racheado procedente del este había empezado a soplar inclemente, enfriando el aire. Wallander pulsó el botón del portero de la entrada y la puerta se abrió. Ella lo aguardaba y él comprobó enseguida que estaba asustada. Ya en la sala de estar, la mujer encendió un cigarrillo con mano temblorosa.

—Pero ¿qué ha pasado? —quiso saber Wallander.

Le llevó unos instantes encender el cigarrillo, dio una honda calada y lo apagó enseguida.

—Mi madre es una mujer de edad —comenzó—. Vive en Simrishamn, adonde acudí a visitarla ayer. Como se me hizo tarde, me quedé a pasar la noche. Cuando regresé esta mañana, vi lo que había sucedido.

En este punto, interrumpió su relato y se levantó nerviosa del sofá. Wallander la siguió al despacho, donde ella le señaló el ordenador.

—Me senté ante el aparato para empezar a trabajar, pero, cuando lo encendí, no pasó nada. Al principio creí que el cable del monitor estaba suelto, pero después comprendí… —afirmó al tiempo que señalaba la pantalla.

—La verdad, no estoy seguro de haberte entendido —confesó Wallander.

—Alguien ha vaciado el ordenador de todo su contenido. El disco duro está vacío. Más aún…

Se dirigió entonces al armario donde guardaba los documentos y abrió las puertas.

—Todos mis disquetes han desaparecido. No han dejado nada. Además, tenía otro disco duro, que tampoco está.

Wallander echó una ojeada a su alrededor.

—Es decir, que esta noche se ha cometido un robo en tu casa, ¿no es eso?

—Sí, pero ¡si no hay rastro de nada! Y, además, ¿quién sabía que iba a estar fuera esta noche, precisamente?

Wallander reflexionó un instante.

—¿No te habrías dejado abierta alguna ventana? ¿No había rasguños en la puerta?

—No, ya he mirado.

—¿Y no hay nadie más que tenga llave?

La mujer se demoró en responder.

—Bueno, sí y no —simplificó—. En realidad, Tynnes tenía unas llaves de reserva.

—¿Y eso por qué?

—Por si sucedía algo, no sé. Por si yo estaba fuera y necesitaba algún material… Pero nunca las usó.

Wallander asintió consciente de la causa de su agitación. En efecto, alguien había entrado en su apartamento abriendo la puerta con la llave. Y la única persona que tenía llave estaba muerta.

—¿Sabes dónde las guardaba?

—Cuando se las di, dijo que las guardaría en el apartamento de la calle de Apelbergsgatan.

Wallander asintió de nuevo ante el recuerdo del hombre que le disparó para luego desaparecer sin dejar rastro.

Ahora ya podía responder a la pregunta de qué era lo que buscaba aquel hombre en el apartamento.

Ni más ni menos que las llaves del apartamento de Siv Eriksson.

## 

## 31

Por primera vez desde el inicio de la investigación, Wallander creyó ver una clara conexión entre los diversos acontecimientos. Tras haber inspeccionado la puerta y las ventanas del apartamento, quedó convencido de que Siv Eriksson tenía razón. La persona que había vaciado el ordenador había tenido que utilizar una llave para entrar. Pero, además, había otra conclusión que se atrevió a sacar sin reservas. Siv Eriksson había estado sometida a algún tipo de vigilancia, ya que la persona que tuvo acceso a aquellas llaves había esperado el momento oportuno para utilizarlas. Y aquí también intuía Wallander la intervención de aquella sombra que pasó veloz ante él tras el disparo en el apartamento de Falk. Sin embargo, pensó igualmente en lo que Ann-Britt le había dicho acerca de su falta de precaución. Y el temor lo invadió de nuevo.

Regresaron a la sala de estar, ella aún en visible estado de agitación, encendiendo y apagando sus cigarrillos sin cesar. Wallander optó por esperar antes de llamar a Nyberg ya que había algo que deseaba tener aclarado cuando llegase el técnico. Se sentó en el sofá, frente a ella.

—¿Tienes alguna idea de quién puede haber hecho esto?

—No. Es absolutamente inexplicable.

—Supongo que tus ordenadores son caros, pero el ladrón no se ha molestado en llevárselos. Lo único que parecía interesarle era el contenido.

—Sí, lo han borrado todo —repitió ella—. Todo. La base de mi subsistencia. Como te dije, tenía copia de todo en otro disco duro, pero ése también ha desaparecido.

—¿No tenías ninguna clave de acceso para evitar que pudiese suceder algo así?

—¡Pues claro que la tenía!

—Es decir, que el ladrón debía de conocerla, ¿no?

—Bueno, debe de haberla sorteado de alguna manera.

—Lo que significa que no se trata de un simple ladronzuelo, sino de alguien que entiende de ordenadores.

Ella empezaba a seguir su razonamiento y a comprender adonde quería llegar.

—La verdad es que no había caído en la cuenta. Estaba tan nerviosa…

—Claro, es normal. ¿Cuál era tu código de acceso?

—«Galleta». Era como me llamaban cuando era pequeña.

—¿Y quién lo conocía?

—Nadie.

—¿Ni siquiera Tynnes Falk?

—No.

—¿Estás totalmente segura?

—Sí.

—¿Lo tenías anotado en algún sitio?

Ella hizo memoria antes de responder.

—No, no lo tenía escrito en ningún papel. Estoy segura.

Wallander sospechaba que aquello podía resultar decisivo y siguió preguntando con cautela.

—¿Quiénes sabían cómo te llamaban de niña?

—Mi madre, claro. Pero está tan mayor…

—¿Alguien más?

—Bueno, tengo una amiga que vive en Austria. Ella lo sabe.

—¿Te escribías con ella?

—Sí. Pero durante los últimos años casi siempre nos comunicábamos por correo electrónico.

—¿Y solías firmar con tu apodo?

—Así es.

Wallander reflexionó un instante.

—Yo no sé cómo funcionan estas cosas —admitió—. Pero supongo que esos mensajes se almacenan en tu ordenador, ¿no es así?

—Exacto.

—O sea, que alguien que haya tenido acceso al ordenador ha podido ver las cartas y, en consecuencia, tu apodo, e intuir que ése era tu código, ¿no es así?

—¡Eso es imposible! Es imprescindible tener el código para poder acceder a las cartas, nunca al revés.

—A eso precisamente me refiero —aclaró Wallander—. Si esa persona no habrá accedido a tu ordenador para vaciarlo de su contenido.

Ella negó con un gesto vehemente.

—¿Por qué haría alguien algo así?

—Tú eres la única que puede responder a esa pregunta; la única capaz de comprender la importancia de una pregunta crucial: ¿qué era lo que tenías en el ordenador que pudiera despertar tanto interés?

—Yo no trabajaba con proyectos secretos.

—Es muy importante que medites bien la respuesta.

—No es preciso que me recuerdes algo que ya sé.

Wallander aguardaba paciente mientras ella se esforzaba cuanto podía por recordar.

—No, no tenía nada —reiteró.

—¿Crees que podía haber allí algo que fuese importante sin que tu lo supieras?

—¿Como qué?

—Eso sólo puedes decirlo tú.

Ella respondió tajante:

—Siempre he tenido a gala mantener un orden absoluto en mi vida —aseguró—. Y eso incluía mi ordenador. Lo limpiaba a menudo y nunca tenía proyectos demasiado complicados. Ya te lo dije.

Wallander meditó aún unos minutos antes de proseguir.

—Bien, hablemos de Tynnes Falk. A veces trabajabais juntos. ¿Jamás utilizó tu ordenador?

—¿Por qué había de hacerlo?

—Es una pregunta necesaria. ¿Pudo suceder que lo hicieran sin que tú lo supieses? Después de todo, tenía las llaves, ¿no?

—Yo lo habría notado.

—¿Cómo?

—De muchas maneras. No sé hasta qué punto me entenderás si me explico en términos técnicos.

—No mucho. Pero ya sabemos que Falk sabía mucho. Tú misma lo dijiste. De modo que debe de ser posible que utilizase tu equipo sin dejar ningún rastro. Se trata de quién es el más habilidoso, ¿no?, si el que sabe piratear o el que sabe hacerlo sin que se note.

—En cualquier caso, no alcanzo a comprender por qué haría tal cosa.

—Supón que quisiese ocultar algo. El cuco pone sus huevos en los nidos ajenos.

—Pero ¿por qué?

—Eso es algo que ignoramos. Pero alguien puede haber creído que lo hizo. Y ahora que está muerto, deseaba comprobar que no había en tu ordenador nada que tú pudieses descubrir tarde o temprano.

—¿Quién haría algo así?

—Sí, yo también me hago esa pregunta.

«Tiene que haber sucedido de este modo», se dijo Wallander. «No se me ocurre otra explicación plausible. Falk está muerto. Y por alguna razón muy concreta están haciendo limpieza en torno a su persona y a su actividad. Se trata de ocultar algo a cualquier precio, está claro».

Repitió mentalmente aquellas palabras, «se trata de ocultar algo a cualquier precio». Aquélla era la principal incógnita. Si lograban despejarla, todo se resolvería.

Wallander intuía que el tiempo apremiaba.

—¿Habló Falk contigo en alguna ocasión del número veinte? —inquirió.

—¿¡Cómo!? ¿Del número veinte? ¿Por qué?

—Limítate a responder, por favor.

—Pues no, que yo recuerde.

Wallander marcó el número de Nyberg, pero no obtuvo respuesta, de modo que llamó a Irene y le pidió que intentase localizarlo.

Siv Eriksson lo acompañó al vestíbulo.

—Vendrá un técnico —anunció el inspector—. Te agradecería que no tocases nada. Puede que encuentren alguna huella.

—No sé qué voy a hacer —se lamentó abatida—. Lo han borrado todo. El trabajo de toda mi vida ha desaparecido en una noche.

Wallander no sabía cómo consolarla. En cambio, sí que rememoró una vez más las palabras de Erik Hökberg sobre la vulnerabilidad de la sociedad.

—¿Sabes si Tynnes Falk era creyente? —preguntó.

El asombro de la mujer era evidente.

—Jamás dijo nada que indicase tal cosa.

No le quedaban ya más preguntas que formular, así que se despidió no sin antes prometerle que la llamaría de nuevo a lo largo del día. Ya en la calle, quedó un momento pensativo. Lo que más necesitaba en aquellos momentos era hablar con Martinson. Y se le planteaba la cuestión de si debía seguir el consejo de Ann-Britt o si, por el contrario, no sería más conveniente abordar el asunto con él de inmediato. Por un instante, experimentó una sensación de profundo cansancio por todo aquello. La decepción había sido tan grande y tan inesperada… Seguía costándole creer que fuese cierto, pero, en el fondo, él sabía que así era.

No habían dado aún las once de la mañana y decidió posponer el encuentro con Martinson. En el mejor de los casos, su ánimo se calmaría y su juicio mejoraría si dejaba pasar unas horas. Iría, en primer lugar, a visitar a la familia Hökberg. Al mismo tiempo, recordó algo que había echado en el olvido y que estaba en cierto modo relacionado con su última visita a los Hökberg. De modo que aparcó el coche ante el videoclub que había encontrado cerrado el domingo anterior y donde, en esta ocasión, logró alquilar la película de Al Pacino que deseaba ver. Hecho esto, prosiguió rumbo a la casa de los Hökberg, aparcó y, justo cuando se disponía a llamar al timbre, se abrió la puerta de la calle.

—Te vi llegar —aclaró Erik Hökberg—. También te vi antes, hace una hora más o menos, pero no entraste en el jardín.

—Es cierto. Sucedió algo inesperado que tuve que solucionar.

Entraron en la casa. No se oía el menor ruido.

—En realidad, yo quería hablar con tu mujer.

—Está arriba, descansando. O llorando. Tal vez ambas cosas.

Wallander se percató de que Erik Hökberg presentaba un aspecto de profundo agotamiento, la piel sin brillo y los ojos enrojecidos.

—El chico ha vuelto a ir a la escuela. Creo que es lo mejor para él.

—Seguimos sin saber quién asesinó a Sonja —admitió Wallander—. Pero tenemos esperanzas fundadas de poder atraparlo.

—¿Sabes? Yo pensaba que me oponía a la pena de muerte —aseguró Erik Hökberg—. Pero ahora…, no estoy tan seguro. Me has de prometer que no tendré a mano al que lo hizo. Te aseguro que no sé cómo respondería.

Wallander se mostró comprensivo con aquellas palabras y el hombre desapareció escaleras arriba. El inspector paseaba por la sala de estar mientras aguardaba. El silencio era como una losa. Transcurrieron quince minutos hasta que volvió a oír pasos en la escalera, pero era Erik Hökberg, que venía solo.

—Está agotada, pero bajará en un momento —explicó.

—Siento no poder retrasar esta entrevista —se disculpó Wallander.

—Sí, los dos somos conscientes de ello.

Esperaron en silencio hasta que, de repente, ella apareció, descalza y vestida de negro. Comparada con el marido, era menuda. Wallander le estrechó la mano y le presentó sus condolencias. Ella fue a sentarse con paso vacilante. Al inspector le recordó vagamente a Anette Fredman[[20]](#footnote-20). No en vano, también ella había perdido a un hijo y, al observarla, el inspector se preguntó cuántas veces no se había visto él en una situación similar: la de tener que hacer preguntas que reavivarían una dolorosa herida.

Aunque en realidad aquella situación era peor que otras, no sólo por el hecho de que Sonja Hökberg estuviese muerta, sino porque, además, se veía obligado a hacer preguntas sobre un suceso violento del que la joven parecía haber sido víctima hacía ya unos años.

Se concentró para encontrar el modo más adecuado de abrir la entrevista.

—Para que podamos atrapar al criminal que le quitó la vida a Sonja hemos de indagar en su pasado. Y hay un suceso sobre el que necesito conocer más datos. Lo más probable es que vosotros seáis los únicos que podáis dar cuenta de lo que ocurrió realmente.

Tanto Hökberg como su mujer lo observaban con atención.

—Retrocedamos unos tres años en el tiempo, digamos a 1994 o 1995 —propuso Wallander—. ¿Recordáis que le hubiese ocurrido algo anormal por aquella época?

La mujer enlutada hablaba en un susurro tan imperceptible que Wallander se vio obligado a inclinarse hacia delante para oír lo que decía.

—¿Algo como qué?

—Me refiero a si, en alguna ocasión, llegó a casa con aspecto de haber sufrido un accidente, con contusiones o algo así.

—Bueno, se fracturó un pie una vez.

—Se torció el tobillo, no hubo fractura —precisó Hökberg.

—Me refiero más bien a si apareció con contusiones en la cara o en otras partes del cuerpo —insistió Wallander.

La respuesta de Ruth Hökberg fue rauda e inesperada.

—Mi hija jamás se paseó desnuda por la casa.

—Ya, bien. Tal vez llegó conmocionada o asustada.

—Ella tenía un humor muy variable.

—Es decir, que no recordáis nada especial.

—No comprendo por qué nos haces estas preguntas.

—Tiene que hacerlas —aclaró Erik Hökberg—. Es su trabajo.

Wallander agradeció en silencio su intervención.

—No recuerdo que llegase nunca a casa llena de moratones.

Wallander comprendió que no podía seguir dando rodeos, de modo que fue derecho al grano.

—Se nos ha informado de que Sonja fue violada en aquella época, aunque nunca presentó ninguna denuncia.

La mujer dio un respingo en la silla, visiblemente sobresaltada.

—Eso no es cierto.

—¿Ella nunca le habló del tema?

—¿De que la hubiesen violado? Jamás.

De repente, la mujer, impotente, estalló en una risotada.

—¿Quién ha dicho algo semejante? Eso es falso. Una mentira y nada más.

Pese a todo, Wallander experimentó la sensación de que sí sabía alguna cosa o quizá lo había intuido cuando sucedió. Sus objeciones eran demasiado terminantes.

—Ya, el caso es que hay muchos indicios de que, efectivamente, aquella violación se produjo.

—¿Y quién lo dice? ¿Quién se atreve a mentir de ese modo sobre Sonja?

—Lo lamento, pero no puedo revelar la fuente de información.

—¿Por qué no?

Erik Hökberg lanzó la pregunta como una daga. Wallander creyó percibir cierto tono de agresividad contenida que emergió de forma repentina.

—Por razones técnicas de la investigación.

—Ya, ¿y qué significa eso?

—Que, por el momento, considero mi obligación proteger la identidad de la persona o personas que han proporcionado dicha información.

—¡Ya!, ¿y quién protege a mi hija? —gritó la mujer—. Ella está muerta. Y a ella nadie la defiende.

Wallander se dio cuenta de que la conversación se le escapaba de las manos y lamentó no haber dejado que Ann-Britt se hubiese hecho cargo del asunto. Erik Hökberg tranquilizó a su mujer, que había empezado a llorar. El inspector pensó que aquélla era una situación deplorable.

Transcurridos unos minutos, pudo retomar su interrogatorio.

—De modo que ella nunca mencionó el hecho de que la hubiesen violado.

—Jamás.

—¿Y ninguno de vosotros notó un comportamiento anormal por su parte?

—Era una joven difícil de comprender.

—¿En qué sentido?

—Era muy especial. Solía estar irritada, pero supongo que eso es normal en la adolescencia.

—¿Y lo pagaba con vosotros?

—Sobre todo con su hermano menor.

Wallander recordó la única conversación que él había mantenido con Sonja Hökberg, y cómo la joven se quejó de que su hermano siempre anduviese metiéndose en sus cosas.

—Bien, ¿qué tal si nos retrotraemos a los años 1994 y 1995? —insistió Wallander—. Sonja estuvo en Inglaterra y regresó de su estancia en aquel país. ¿No notasteis nada extraño, repentino?

Erik Hökberg se levantó de la silla con tal violencia que ésta cayó al suelo.

—Sonja llegó a casa una noche sangrando por la boca y por la nariz. Fue en febrero de 1995. Le preguntamos qué había ocurrido, pero se negó a responder. Tenía la ropa sucia y estaba conmocionada. Jamás nos contó lo sucedido. Dijo que se había caído y se había lastimado. Pero ambos comprendimos que aquello no era cierto. Y ahora sé por qué. Lo que no comprendo es por qué íbamos a mantener algo así en secreto.

La enlutada mujer lloraba de nuevo. Intentaba decir algo, pero Wallander no entendió sus palabras. Erik Hökberg le hizo señas de que lo siguiese hasta su despacho.

—No te dirá nada más.

—De todos modos, las preguntas que me quedan por hacer también puedes contestarlas tú.

—¿Sabéis quién la violó?

—No.

—Pero sospecháis de alguien, ¿no es así?

—Así es, pero no puedo darte nombres.

—¿Fue el mismo que la mató?

—De ninguna manera. Pero esto puede llevarnos a comprender lo ocurrido.

Erik Hökberg guardó silencio.

—Fue a finales de febrero —reiteró—. Un día en que todo aparecía nevado. Por la noche, la tierra estaba cubierta de un manto blanco. Y llegó a casa sangrando. A la mañana siguiente, los restos de sangre seguían plasmados en la nieve.

De repente, el hombre pareció experimentar la misma impotencia que la mujer que habían dejado llorando en la sala de estar.

—Quiero que atrapéis al que ha hecho esto. Una persona de esa calaña merece un castigo.

—Te garantizo que hacemos cuanto está en nuestra mano —aseguró Wallander—. Atraparemos al responsable, pero tenéis que ayudarnos.

—Compréndela, ha perdido a su hija —le recordó Hökberg—. ¿Cómo crees que va a sobrellevar la idea de que su niña hubiese sufrido una violación con anterioridad?

Wallander asintió.

—De modo que a finales de febrero de 1995. ¿Recuerdas algún otro detalle? ¿Sabes si tenía novio por aquel entonces?

—Nosotros nunca sabíamos en qué andaba metida.

—¿No la traían nunca en coche? ¿No la viste nunca en compañía de ningún hombre?

Hökberg le lanzó una mirada acerada.

—¿Un hombre? Acabas de hablar de un «novio», ¿no?

—Sí, eso es.

—¿Quieres decir que fue un hombre mayor quien la violó?

—No te revelaré ningún nombre, ya te lo he advertido.

Hökberg alzó las manos en señal de rechazo.

—Pues ya te he dicho cuanto sé. Creo que debería ir junto a mi esposa.

—De acuerdo. Pero antes de irme, quisiera ver de nuevo la habitación de Sonja.

—Está como la viste la primera vez. No hemos cambiado nada.

Hökberg se marchó a la sala de estar y Wallander subió la escalera. Cuando entró en el dormitorio de la joven, experimentó la misma sensación que la vez anterior. Aquélla no era la habitación que uno esperaba de una joven casi adulta. Abrió la puerta del armario y allí estaba el póster, El abogado del diablo. «Pero ¿quién será el diablo?», se preguntó el inspector. Tynnes Falk se adoraba a sí mismo como a un dios. Y Sonja Hökberg tenía una fotografía del diablo en el interior de su armario, pero Wallander jamás había oído hablar de la existencia de sectas satánicas en Ystad.

Volvió a cerrar el armario. No había nada más que inspeccionar allí. Estaba ya a punto de irse cuando un muchacho apareció en el umbral de la puerta.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió el chico.

Wallander se presentó y el muchacho lo miró displicente.

—Pues si eres policía, ya podrías pillar al tipo que mató a mi hermana.

—Sí, estamos en ello —afirmó Wallander.

El joven no se inmutó y el inspector no podía determinar si estaba asustado o a la expectativa.

—Tú eres Emil, ¿no es así?

El chico no respondió.

—Querías mucho a tu hermana, ¿no?

—A veces.

—¡Vaya! ¿Sólo a veces?

—¿No te parece suficiente? ¿Tiene uno que querer a las personas siempre?

—No, no es necesario.

Wallander sonrió, pero el muchacho no correspondió.

—Yo sé de una vez en que seguro que pensaste que la querías mucho —comentó Wallander.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Hace unos años, una noche en que llegó a casa sangrando.

El muchacho dio un respingo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Soy policía —le recordó Wallander—. Es mi deber saber cosas. ¿Te contó ella alguna vez qué le había pasado?

—No, pero alguien le había pegado.

—¿Y tú cómo lo sabes, si no te lo contó?

—Eso es un secreto.

Wallander reflexionó mucho antes de proseguir pues sabía que si se precipitaba, el chico se cerraría al diálogo.

—Acabas de preguntar por qué no habíamos atrapado al asesino de tu hermana. Pero, para hacerlo, necesitamos ayuda. Y lo mejor que puedes hacer es explicarme cómo sabías tú que alguien la había golpeado.

—Hizo un dibujo.

—Ah, ¿es que dibujaba?

—Sí, se le daba muy bien. Pero no se lo enseñaba a nadie. Hacía los dibujos y luego los rompía. Pero yo entraba en su habitación a veces, cuando no estaba en casa.

—¿Y entonces encontraste algo?

—Sí, había dibujado lo que pasó.

—¿Te lo dijo ella?

—No, pero ¿por qué si no iba a dibujar a un tío pegándole en la cara?

—No tendrás el dibujo guardado en alguna parte, ¿verdad?

El chico no respondió sino que desapareció para volver unos minutos después con un dibujo a lápiz en la mano.

—Pero quiero que me lo devuelvas.

—Te prometo que así lo haré.

Wallander se colocó junto a la ventana para observar mejor y el dibujo provocó en él un inmediato malestar, pero constató que Sonja era, verdaderamente, muy buena con el lápiz. Así, era fácil reconocer su rostro, aunque lo que dominaba la imagen era el hombre que se alzaba ante ella, el puño contra su cara. Wallander observó el rostro del hombre persuadido de que, si estaba plasmado con la misma precisión con que Sonja se había autorretratado, no debía de resultar demasiado difícil identificarlo. Además, había algo en la muñeca derecha del hombre que llamó la atención del inspector. Al principio creyó que se trataba de una pulsera o algo similar. Pero después comprendió que era un tatuaje.

De repente, el inspector sintió que urgía desentrañar aquello.

—Hiciste bien en conservar el dibujo —le dijo al chico—. Y te prometo que te lo devolveré en perfecto estado.

El muchacho lo acompañó escaleras abajo. Wallander había doblado el dibujo con cuidado y lo llevaba guardado en el bolsillo. Desde la sala de estar, aún se oían los suspiros.

—¿Crees que mi madre estará siempre así? —preguntó el chico.

A Wallander se le hizo un nudo en la garganta.

—No, se le pasará algún día, pero le llevará tiempo.

Wallander no entró a despedirse de Hökberg y su mujer. Pasó una mano rauda por la cabeza del muchacho y se marchó, no sin antes cerrar la puerta con sigilo. El viento había arreciado y también había empezado a llover. Se marchó directamente a la comisaría, donde intentó localizar a Ann-Britt, cuyo despacho estaba vacío. El inspector intentó entonces dar con ella a través del móvil, pero la colega no respondía a las llamadas. Por fin, Irene lo informó de que la agente se había visto obligada a marcharse a casa a toda prisa, pues uno de los niños se había puesto enfermo. Wallander no se lo pensó ni un segundo. Volvió al coche y se puso en marcha hacia la casa de la calle de Rotfruktsgatan, donde sabía que vivía ella. La lluvia empezaba a caer con más intensidad y el inspector intentaba proteger el dibujo con los brazos cruzados sobre la cazadora mientras se dirigía a la puerta. Ann-Britt fue a abrir con una niña en brazos.

—No se me habría ocurrido venir a molestar… Pero es muy importante —se excusó Wallander.

—No te preocupes. Es sólo un poco de fiebre. Y mi bendita vecina no puede quedarse con ella hasta dentro de unas horas.

Wallander entró. Había pasado ya mucho tiempo desde la última vez que la visitó. Ya en la sala de estar, comprobó que las máscaras japonesas que, según recordaba, habían adornado una de las paredes habían desaparecido. Ella se dio cuenta y explicó:

—Se llevó los recuerdos de sus viajes.

—¿Sigue viviendo en la ciudad?

—No, se trasladó a Malmö.

—¿Te quedarás con la casa?

—Ya veremos si puedo pagarla.

La niña que tenía en brazos estaba medio dormida y Ann-Britt la tendió en el sofá con mucho mimo.

—Quería enseñarte un dibujo —aclaró Wallander—. Pero antes me gustaría hacerte una pregunta sobre Carl-Einar Lundberg. Ya sé que no lo has visto en persona, pero sí en fotografía. Además, has leído antiguos informes suyos, ¿no? Pues bien, ¿recuerdas si decía en alguna parte que tuviese un tatuaje en la muñeca derecha?

Ella respondió sin vacilar.

—Así es, una serpiente.

Wallander dio una palmada sobre el brazo del sofá de modo que la niña se despertó sobresaltada y rompió en un breve lloriqueo, que cesó enseguida, y se volvió a dormir. Por fin habían dado con una pista que parecía consistente. Desplegó el dibujo sobre la mesa para que lo viese su colega.

—¡Vaya! Ése es Carl-Einar Lundberg, sin lugar a dudas. Aunque nunca lo he visto en persona, lo reconozco por las fotografías. Pero ¿de dónde has sacado este dibujo? —inquirió Ann-Britt.

Wallander le habló de Emil y del hasta entonces desconocido talento de Sonja Hökberg para el dibujo.

—En fin, lo más probable es que jamás podamos llevarlo a juicio —lamentó Wallander abatido—. Pero tal vez eso no sea lo más importante en estos momentos. Sin embargo, hemos obtenido una prueba que sustenta tus sospechas. Tu hipótesis está fundamentada y ha dejado de ser provisional.

—Ya, bueno… A pesar de todo, me cuesta creer que ella quisiese matar al padre de su agresor.

—Puede haber más hechos ocultos. Pero ahora podemos presionar a Lundberg. Partiremos de la base de que materializó su venganza en el padre. Después de todo, es posible que Eva Persson haya dicho la verdad y que fuese Sonja quien golpeó y acuchilló al taxista. El que Eva Persson siga mostrándose tan fría es un misterio sobre el que tendremos que indagar más adelante.

Ambos reflexionaron sin decir palabra acerca del nuevo giro que había tomado el caso, hasta que Wallander rompió el silencio con un replanteamiento de los hechos:

—Alguien se puso nervioso ante la eventualidad de que Sonja Hökberg nos revelase algo que ella sabía. Es decir, que hay tres preguntas cuya respuesta es crucial para nosotros en estos momentos: qué era lo que sabía, de qué modo estaba ese conocimiento relacionado con la persona de Tynnes Falk y quién fue la persona que se puso nerviosa.

La niña que dormitaba en el sofá comenzó a quejarse entre sueños y Wallander se puso en pie.

—¿Has visto ya a Martinson? —inquirió Ann-Britt.

—No. Iba a verlo ahora. Y creo que seguiré tu consejo: no le diré nada por el momento.

El inspector salió de la casa presuroso.

Bajo la recia lluvia, llegó a la plaza de Runnerströms Torg.

Una vez allí, permaneció largo rato sentado en el coche, haciendo acopio de todas sus fuerzas.

Hasta que, finalmente, subió, resuelto a hablar con Martinson.

## 

## 32

Martinson recibió a Wallander con una de sus más amplias sonrisas.

—He estado llamándote. Aquí pasan cosas… —reveló el colega.

Presa de una gran tensión, Wallander había abierto la puerta del despacho en el que Martinson y Modin se afanaban visiblemente excitados sobre el ordenador de Falk. Lo que Wallander deseaba, en el fondo, era propinar a Martinson un buen puñetazo en la mandíbula antes de acusarlo abiertamente por su actitud falsa e intrigante. Pero Martinson le sonrió y orientó enseguida el interés de la conversación hacia las novedades que tenía que participarle, lo cual fue, según Wallander comprobó, un alivio para él mismo. En efecto, aquello le dio un respiro. Ya llegaría el momento adecuado para aclarar las cosas cuando, a solas él y Martinson, se viesen enfrentados al acuerdo que tarde o temprano, deberían alcanzar. Por otro lado, el inspector atisbó un rayo de esperanza, de posible declaración de inocencia del compañero, al ver su franca sonrisa. Así pues, cabía la posibilidad, pese a todo, de que Ann-Britt hubiese malinterpretado la situación. Martinson podía haber tenido razones del todo legítimas para entrar en el despacho de Lisa Holgersson y el modo algo torpe de expresarse que a veces tenía el colega podía inducir a desagradables malentendidos.

Pero, en su fuero interno, el inspector sabía que todo aquello era falso. Ann-Britt no había exagerado lo más mínimo y le había dicho la verdad en un tono de sincera indignación que no dejaba lugar a dudas.

Al mismo tiempo, Wallander intuía que aquel respiro que la actitud de Martinson le brindaba no era sino la salida de emergencia que él necesitaba en aquel momento y que el enfrentamiento se presentaría como ineludible el día en que ya no se viesen en la necesidad de posponerlo más o, simplemente, cuando ya no pudiesen aguantar por más tiempo.

Wallander se acercó hasta la mesa y saludó a Robert Modin.

—¿Qué es lo que ha pasado exactamente? —quiso saber el inspector.

—Robert está anulando las trincheras electrónicas —declaró Martinson ufano—. Lo que nos permite penetrar cada vez con mayor profundidad en el sorprendente y fascinante mundo de Falk.

Martinson le ofreció a Wallander la silla plegable, pero el inspector aseguró que prefería estar de pie. El colega empezó a hojear sus anotaciones mientras Robert Modin bebía un líquido que parecía zumo de zanahoria y que llevaba en una botella de plástico.

—Hemos logrado identificar cuatro instituciones más de las que figuran en la red de Falk. La primera es el Banco Nacional de Indonesia. Cuando Robert intenta verificar la identidad, se le deniega el acceso pero, aun así, nosotros sabemos que es el Banco Nacional de Yakarta. Eso sí, no me pidas que te explique por qué estamos tan seguros. Robert es un mago a la hora de hallar vías alternativas.

Martinson siguió hojeando.

—Después tenemos un banco de Liechtenstein, el Lyders Privatbank. A partir de ahí se complican las cosas. Si no vamos muy descaminados, las otras dos identidades codificadas que hemos logrado descifrar son una compañía francesa de telefonía y una empresa de comercialización de satélites de Atlanta.

Wallander frunció el entrecejo.

—Ya, pero ¿qué significa eso?

—Verás, la sospecha inicial de que el trasfondo es el dinero se sostiene, por más que resulte difícil explicar qué pintan aquí la telefonía francesa y los satélites de Atlanta.

—Nada aquí es casual —terció de pronto Robert Modin.

Wallander le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Podrías explicármelo de un modo medianamente inteligible?

—Todo el mundo ordena sus estanterías, sus archivadores o sus papeles en general de un modo particular. También en un ordenador se organizan según un modelo que puede identificarse. Este hombre ordenó el contenido de su aparato con un celo extremo. Todo limpio y bien dispuesto, nada de archivos superfluos ni de secuencias tradicionales por orden alfabético o numérico.

Wallander lo interrumpió.

—Eso tendrás que aclarármelo con más detalle.

—Bueno, la forma más usual de clasificar las cosas es el orden alfabético o el orden numérico. A antes que be, be antes que ce… O bien, el uno antes del dos, el cinco antes del siete… Pero aquí no hay simplezas de ese tipo.

—Y entonces, ¿qué es lo que hay?

—Pues otra cosa. Algo que me hace pensar que los órdenes alfabético y numérico carecen de significado.

Wallander empezaba a intuir a qué se refería Modin.

—Es decir, que aquí tenemos otro modelo de ordenación, ¿no es eso?

Modin asintió al tiempo que señalaba la pantalla. Los dos agentes se inclinaron sobre el aparato.

—Hay dos componentes que aparecen de forma constante —prosiguió Modin—. El primero que detecté fue el número veinte. He hecho pruebas añadiendo un par de ceros o cambiando el orden de los valores indicados para ver qué pasaba. Y la reacción es muy interesante.

Dicho esto, señaló en la pantalla el dos y el cero.

—Y ahora, mirad bien.

Modin tecleó, seleccionó la cifra y ésta desapareció.

—Se comportan como astutos animales que corretean y, de pronto, se esconden. Como si alguien los enfocase con una potente luz. Entonces se precipitan hacia la oscuridad. Pero si los dejo y no hay nada más, aparecen de nuevo en el mismo lugar.

—¿Cómo interpretas tú ese comportamiento?

—Eso quiere decir que son importantes, aunque no sé por qué. Pero hay otro componente que presenta un comportamiento similar.

Modin volvió a señalar la pantalla, pero, en esta ocasión, se trataba de una combinación de consonantes: «JK».

—El resultado con ellas es el mismo —explicó—. Si pretendes marcarlas, se ocultan.

—Sí, y aparecen constantemente; cada vez que logramos identificar una institución, allí están. Pero Robert ha descubierto algo más interesante todavía.

Wallander mantuvo las gafas a cierta distancia, mientras las limpiaba.

—Si intento tocarlas con el puntero, se ocultan, ¿lo ves? —indicó Modin—. Pero si las dejo, se mueven.

El joven señaló de nuevo.

—El primer código que desciframos figuraba el primero en el orden establecido por Falk. Y entonces estos animales nocturnos estaban en la primera columna.

—¿Qué animales nocturnos?

—Hemos llamado así a esas combinaciones de cifras y consonantes —aclaró Martinson—. Pensamos que les iba bien.

—Venga, sigue.

—La segunda identidad que logramos desvelar aparece en segundo lugar, en la segunda columna. Y entonces los códigos se movieron hacia la derecha y hacia abajo. Si seguimos con la lista, verás que sus movimientos son muy regulares. Parece que sepan adonde tienen que ir. Y se dirigen hacia la esquina inferior derecha.

Wallander estiró la espalda.

—Ya, pero esto no nos dice nada de lo que queremos saber, en realidad.

—Bueno, aún no hemos terminado —le advirtió Martinson—. Ahora es cuando empieza lo interesante, quizás incluso espeluznante.

—Así es. Encontré un esquema temporal —continuó Modin—. Estos «animalitos» han estado en movimiento desde ayer. Lo que significa que aquí dentro hay instalado un reloj invisible que avanza sin cesar. Me entretuve en hacer un cálculo: si partimos del hecho de que la esquina izquierda representa el cero y de que hay setenta y cuatro identidades en esta red, y de que el número veinte representa una fecha, por ejemplo, el 20 de octubre, entonces ocurre lo siguiente…

El joven comenzó a teclear y un nuevo texto apareció en la pantalla. Wallander leyó el nombre de la empresa de satélites con sede en Atlanta. Modin señaló los dos componentes.

—Este nombre ocupa el cuarto lugar si contamos desde el final —afirmó—. Y, si no me equivoco, hoy estamos a 17 de octubre.

Wallander asintió despacio.

—¿Quieres decir que el desenlace se producirá este lunes? O sea, que estos bichos habrán alcanzado entonces la meta de su carrera, constituida por un punto llamado «Veinte».

—Bueno, es una posibilidad.

—Ya, pero ¿y el otro componente, las consonantes «JK»?

Ninguno de los dos supo qué contestar, de modo que Wallander prosiguió.

—A ver, el lunes 20 de octubre, ¿qué sucederá entonces?

—No lo sé —confesó Modin sin ambages—. Pero está claro que está desarrollándose un proceso, una especie de cuenta atrás.

—¿Y si desenchufamos el cable, sin más? —sugirió el inspector.

—Bueno, estamos ante una terminal, de modo que eso no serviría de nada —objetó Martinson—. Tampoco tenemos acceso a toda la red, con lo que ignoramos si son varios los servidores que nos proporcionan la información o si es sólo uno.

—A ver, figurémonos que alguien pretende hacer estallar algún tipo de bomba —propuso Wallander—. ¿Desde dónde se controlaría, si no desde aquí?

—Desde otro lugar. Ni siquiera tiene por qué tratarse de una estación de control.

Wallander reflexionó un instante.

—Bien, eso significa que empezamos a comprender algo, por más que no tengamos ni idea de qué es lo que empezamos a comprender.

Martinson asintió.

—En resumen, tenemos que averiguar en qué coinciden estos bancos y compañías telefónicas…, e intentar identificar un denominador común a todos ellos.

—Bueno, en realidad no tiene por qué tratarse del 20 de octubre —advirtió Modin—. Eso no era más que una propuesta de interpretación.

De repente, a Wallander le sobrevino la sensación de que iban por un camino totalmente equivocado.

En efecto, aquella creencia de que la clave se ocultaba en el ordenador de Falk, ¿no sería errónea? De hecho, ahora sabían que Sonja Hökberg había sido violada y el homicidio de Lundberg bien podía ser una venganza desesperada e indirecta. Asimismo, Tynnes Falk podría haber fallecido por causas naturales. Y quién sabía si todos los demás sucesos, incluida la muerte de Landahl, no responderían a causas que, si bien ahora se les ocultaban, podrían más tarde revelarse como perfectamente lógicas.

Wallander se sentía inseguro, presa de una duda sin paliativos.

—Bien, yo creo que hemos de revisarlo todo de nuevo, de principio a fin —resolvió.

Martinson lo observó perplejo.

—¿Quieres que paremos?

—En mi opinión, deberíamos volver a analizarlo todo desde la base. Por otro lado, se han producido algunos acontecimientos de los que aún no estás al corriente.

Ambos agentes salieron al rellano de la escalera, donde Wallander le expuso una síntesis de las conclusiones a las que habían llegado a propósito de Carl-Einar Lundberg. El inspector notó la falta de seguridad que ahora experimentaba en compañía de Martinson, pero se esforzó por ocultarla en la medida de lo posible.

—En otras palabras, que será mejor que dejemos a Sonja Hökberg a un lado, por el momento —concluyó Wallander—. Me inclino a creer que la causa de su muerte fue que alguien temía que ella supiese algo de otra persona.

—Y entonces, ¿cómo explicas la muerte de Landahl?

—Bueno, habían sido novios, de modo que cabe la posibilidad de que él supiese lo que se suponía que Sonja sabía. Y todo ello guarda relación, de un modo u otro, con la persona de Falk.

El inspector le contó lo acontecido en la casa de Siv Eriksson.

—Todo ello puede encajar con el resto de las piezas —observó Martinson.

—Ya, pero eso no explica lo del relé. Ni tampoco que el cuerpo de Falk fuese trasladado del depósito. Ni que Hökberg y Landahl hayan aparecido muertos en una estación de transformadores y en la sentina de un transbordador, respectivamente. Hay un rasgo de desesperación en todo esto, no exenta de frialdad y premeditación. Un plan tan detallado como despiadado. ¿Qué clase de personas son capaces de actuar de este modo?

Martinson sopesó la respuesta.

—Los fanáticos —declaró—. Gente convencida que pierde el control sobre sus convicciones. Los sectarios presentan ese tipo de comportamiento.

Wallander señaló hacia el interior del despacho de Falk.

—Pues ahí dentro hay un altar en el que un hombre se adoraba a sí mismo. Y, además, ya comentamos que había algo de ritual en la muerte de Sonja Hökberg.

—Verás, a mi entender, todo esto nos conduce de nuevo a la información contenida en ese ordenador —apuntó Martinson—. Se está desarrollando un proceso, al cabo del cual algo ocurrirá.

—Robert Modin ha realizado un trabajo excelente —admitió Wallander—. Pero creo que ha llegado el momento de acudir a los expertos de la brigada de Estocolmo. No podemos arriesgarnos a que este lunes suceda algo que alguno de los informáticos de la capital hubiese podido analizar y prever.

—¿Dejaremos a Robert fuera de todo esto?

—Creo que será lo mejor. Quiero que te pongas en contacto con Estocolmo de inmediato. Lo mejor sería que enviasen a alguien hoy mismo.

—¡Pero si es viernes!

—Eso no importa. Lo único que debe preocuparnos es que el próximo lunes será día 20.

Regresaron al despacho, donde el inspector prodigó sus alabanzas al brillante trabajo de Modin antes de explicarle que ya no lo necesitaban. Wallander se percató de que el joven quedaba algo decepcionado, aunque no elevó la menor protesta, sino que empezó a cerrar los programas enseguida.

Tanto Wallander como Martinson volvieron la espalda mientras, en un susurro, discutían el modo de recompensar a Modin por su colaboración. Wallander prometió que él mismo se encargaría de ello.

Y ninguno de los dos advirtió que, mientras ellos hablaban, Modin se apresuraba a copiar todo el material disponible en su propio ordenador.

Ya en la calle, se despidieron bajo la lluvia. Martinson llevaría a Modin a Löderup.

Wallander le estrechó la mano y le dio las gracias.

Después puso rumbo a la comisaría. Las ideas acudían pertinaces a su cabeza. Aquella misma noche, Elvira Lindfeldt iría a visitarlo desde Malmö. Y aquella circunstancia le infundía tanto entusiasmo como inquietud. Pero, antes de su llegada, él tenía que haber revisado de nuevo todo el material de la investigación, pues estaba persuadido de que la violación había modificado las premisas de análisis de forma radical.

Al ver entrar a Wallander en la recepción, un hombre que aguardaba sentado en un sofá se puso en pie de inmediato, se dirigió hacia él y se presentó como Rolf Stenius. A Wallander le resultaba familiar el nombre, pero no cayó en quién era hasta que el hombre mencionó que había sido el contable de Tynnes Falk.

—Ya sé que tendría que haber llamado antes de presentarme aquí —se excusó Stenius—. Pero tenía que venir a Ystad de todos modos para acudir a una reunión que luego han suspendido y…

—Por desgracia, no es el mejor momento, pero puedo dedicarle unos minutos —accedió Wallander.

El inspector lo condujo a su despacho. Rolf Stenius era un hombre de constitución delgada, cabello escaso y aproximadamente de su misma edad. En alguna nota suelta de las que inundaban su mesa Wallander había visto apuntado que Hanson se había puesto en contacto con él. El hombre sacó del maletín una funda de plástico llena de papeles.

—Ni que decir tiene que yo ya estaba al corriente de la muerte de Falk cuando la policía se puso en contacto conmigo.

—¿Quién te lo comunicó?

—Su exmujer.

Wallander le hizo un gesto animándolo a que continuase.

—He elaborado un resumen de la contabilidad de los dos últimos años, en el que he incluido algunos otros datos que pueden resultar de interés.

Wallander tomó la carpeta sin mirarla.

—¿Puede decirme si Falk era un hombre rico? —inquirió.

—Bueno, eso depende de lo que uno considere que es una gran cantidad de dinero. Por lo que yo sé, Falk poseía bienes por valor de unos diez millones.

—En tal caso, y en mi opinión, puede decirse que era un hombre rico. ¿Tenía deudas?

—Alguna que otra, pero insignificantes. Además, tampoco tenía demasiados gastos.

—Y sus ingresos procedían de los diversos trabajos que realizaba como asesor, ¿no es así?

—Ahí tiene la lista —informó el contable al tiempo que señalaba la carpeta.

—¿Tenía clientes especialmente generosos a la hora de pagar?

—Bueno, recibía algunos pedidos de Estados Unidos y, aunque allí pagaban bastante bien, tampoco eran sumas demasiado llamativas.

—¿Qué clase de trabajos le pedían?

—De asesoría para una cadena nacional de agencias publicitarias, Mosesons and Sons. Al parecer, mejoró algunos de los programas gráficos que utilizaban.

—¿Alguno más?

—Un importador de whisky llamado DuPont. Si no recuerdo mal, en este caso se trataba de la elaboración de un complejo programa de mantenimiento de almacén.

Wallander reflexionó un instante, aunque le costaba concentrarse.

—¿Se ralentizó el incremento de su capital en los últimos años?

—No, más bien todo lo contrario. Siempre invertía su dinero de forma muy sensata y no solía poner todos los huevos en la misma cesta. Tenía títulos en fondos suecos, en todo el norte de Europa y en Estados Unidos. Una reserva monetaria de cierta importancia, en verdad. Le gustaba tener liquidez. También tenía acciones, sobre todo en Ericsson.

—¿Quién le aconsejaba dónde invertir?

—Él mismo.

—¿Sabes si tenía alguna propiedad en Angola?

—¿Perdón?

—Si disponía de algunos bienes inmuebles en Angola —repitió Wallander.

—No, que yo sepa.

—¿Y es posible que lo tuviese sin que tú lo supieras?

—Por supuesto que sí. Pero no lo creo.

—¿Y por qué no?

—Tynnes Falk era un hombre muy honrado. Era de los que opinaban que pagar los impuestos constituye un deber cívico ineludible. De hecho, yo le propuse en una ocasión que se registrase como residente en algún país extranjero, dada la elevada presión fiscal de nuestro país. Pero él rechazó siempre la idea con disgusto.

—¿Cómo reaccionó entonces?

—Se enojó y me amenazó con cambiar de contable si volvía a sugerir nada semejante.

Wallander no podía más con aquel asunto.

—Leeré los documentos en cuanto pueda —anunció concluyente.

—Una pérdida lamentable la de Falk —opinó Stenius al tiempo que cerraba el maletín—. Era un hombre agradable. Algo reservado, quizás, pero agradable.

Wallander lo acompañó hasta la salida.

—Por cierto, una sociedad de accionistas ha de contar con un consejo de administración, ¿no? ¿Quién lo formaba?

—Él, por supuesto, además del jefe de mi gestoría y mi secretaria.

—¿Y no celebraban reuniones periódicas?

—Lo cierto es que yo solía arreglar lo más urgente por teléfono.

—O sea, que no tenían por qué verse, ¿no es así?

—No, por lo general, bastaba con el imprescindible intercambio de documentos y firmas.

Stenius abandonó la comisaría y, ya en la calle, abrió el paraguas. Mientras regresaba a su despacho, Wallander cayó en la cuenta de que ignoraba si alguien habría tenido tiempo de hablar con los hijos de Falk. «Las horas del día no nos alcanzan ni para lo más importante», lamentó para sí. «A pesar de que nos matamos a trabajar, se nos acumulan las tareas. La sociedad de derechos sueca está transformándose en un lúgubre almacén abarrotado de casos sin resolver».

A las tres y media de aquella tarde, Wallander tenía ya reunido al grupo de investigación. Nyberg había anunciado que no podría acudir y, según Ann-Britt, su ausencia se debía a que había sufrido un mareo, lo que dio pie a que comenzasen la reunión con un debate sobre quién sería el primero en sucumbir al infarto de miocardio. Tras el funesto prolegómeno, revisaron de forma exhaustiva las consecuencias que para el curso de la investigación tendría el hecho de que Sonja Hökberg hubiese sido, según parecía, violada por Carl-Einar Lundberg. Viktorsson asistió a aquella puesta en común a instancias del propio Wallander, pero, si bien prestó atención a cuanto allí se dijo, el fiscal se abstuvo de intervenir o de hacer preguntas. Cuando Wallander propuso que Lundberg fuese llamado a interrogatorio tan pronto como fuese posible, Viktorsson se mostró de acuerdo. Asimismo, el inspector exhortó a Ann-Britt a que intensificase el trabajo de investigación sobre la circunstancia de la posible intervención del padre de Lundberg en lo ocurrido.

—¿Cómo? ¿También el padre acosó a la muchacha? —inquirió Hanson lleno de asombro—. ¿Qué clase de familia es ésa?

—No, es sólo que tenemos que averiguar todos los detalles —lo tranquilizó Wallander—. No podemos permitir la menor laguna.

—Una venganza ejemplar —sentenció Martinson—. La verdad, no puedo evitarlo: a mí me cuesta digerir que esa hipótesis sea aceptable.

—Ya, pero aquí no estamos hablando de lo que tú puedes digerir —barbotó Wallander—. Se trata más bien de lo que puede haber ocurrido.

Wallander se dio cuenta enseguida de la aspereza de su tono que, por otra parte, también habían advertido los demás compañeros, de modo que se apresuró a romper el silencio y siguió hablando con Martinson, si bien con un toque más amable.

—¿Qué pasa con los expertos informáticos de la brigada de Estocolmo?

—Pues la idea de tener que enviar a alguien mañana mismo no los llenó de entusiasmo precisamente, pero uno de sus expertos llegará en el avión de las nueve.

—¿Cómo se llama?

—Lo creáis o no se llama Hans Alfredsson[[21]](#footnote-21).

Al oír el nombre, un revuelo de risas ahogadas invadió la sala.

Martinson prometió que iría a recoger a Alfredsson al aeropuerto de Sturup y lo pondría en antecedentes de lo sucedido hasta entonces.

—¿Crees que podrás abrir todos esos ficheros en el ordenador?

—Sí, sin problemas. No dejé de tomar notas mientras Modin trabajaba.

La reunión continuó hasta las seis y, pese a que todo parecía aún poco claro, paradójico y en el aire, Wallander experimentó la sensación de que el grupo mantenía los ánimos. El inspector sabía lo importante que había sido el descubrimiento de aquel suceso que había marcado el pasado de Sonja Hökberg, pues les había proporcionado la vía de avance que tanto necesitaban. Y, en el fondo, todos habían puesto sus esperanzas en que la intervención del experto de Estocolmo produjese el mismo efecto.

Concluyeron la reunión abordando el tema de la muerte de Jonas Landahl. La desagradable misión de comunicar el fallecimiento a los padres del muchacho, que, efectivamente, se encontraban en Córcega, había recaído sobre Hanson. El matrimonio iba ya camino de Suecia. Nyberg le había dejado a Ann-Britt una cuartilla en la que, de forma concisa, comunicaba que estaba seguro de que Sonja Hökberg había viajado en el coche de Landahl y que había sido éste el vehículo cuyas huellas habían hallado en las inmediaciones de la estación de transformadores. Además, habían podido constatar que el joven Landahl jamás había tenido ningún asunto pendiente con la policía. No obstante, tampoco excluían la posibilidad, apuntada y respaldada por Wallander, de que hubiese estado involucrado en los hechos que condujeron a que Falk fuese detenido por dejar escapar los visones de la granja de Sölvesborg.

Pese a todo, se sentían como si estuviesen ante una sima cuyo abismo sólo pudiese salvarse por un puente ya derribado. En efecto, la distancia entre liberar unos visones de granja y el asesinato, propio o ajeno, era enorme. Wallander insistió varias veces a lo largo de la tarde en su visión de los acontecimientos. Había en todo aquello un sello de control y brutalidad. Tampoco podían, en su opinión, abandonar la idea del sacrificio. Hacia el final de la reunión, Ann-Britt formuló la pregunta de si no deberían pedir ayuda a Estocolmo para obtener información acerca de los diversos grupos ecologistas. Martinson, cuya hija Terese era vegetariana y, además, miembro de la asociación ecologista Fältbiologerna, aseguraba que era absurdo sospechar que activistas de aquel tipo de agrupaciones estuviesen detrás de tan despiadados asesinatos. Entonces, y por segunda vez en el transcurso de la tarde, Wallander le respondió en tono agrio aduciendo que no podían excluir ninguna hipótesis; que, mientras no tuviesen bien delimitado el núcleo y el móvil, habían de seguir todas las pistas de forma simultánea, sin desdeñar ninguna.

Llegados a aquel punto, los ánimos se apagaron. Wallander dio una sonora palmada sobre la mesa, claro indicio de que daba por finalizada la reunión, no sin antes advertirles que volverían a verse el sábado. El inspector tenía prisa por marcharse, pues quería limpiar el apartamento antes de que llegase Elvira Lindfeldt. Sin embargo, se detuvo un momento en su despacho para llamar a casa de Nyberg. El técnico tardó tanto en contestar, que Wallander había empezado ya a preocuparse. Pero, por fin, el iracundo compañero tomó el auricular, gruñón como de costumbre, y Wallander se tranquilizó. Nyberg le aseguró que se encontraba mejor, que los mareos habían desaparecido y que volvería al trabajo al día siguiente…, en posesión de todas sus coléricas facultades.

Justo cuando había terminado de adecentar tanto su apartamento como su persona, sonó el teléfono, que le trajo la voz de Elvira Lindfeldt. La mujer le anunció que iba en el coche camino de Ystad y que acababa de dejar atrás la salida de Sturup. Wallander había reservado una mesa en uno de los restaurantes de la ciudad situado en la plaza de Stora Torget, adonde le explicó cómo llegar. Colgó el auricular con tal torpeza y nerviosismo que el aparato se estrelló contra el suelo antes de, entre maldiciones, volver a colocarlo en su lugar. Recordó entonces que Linda y él habían acordado que ella lo llamaría a lo largo de la tarde. Después de mucho dudar, grabó en el contestador un mensaje en el que dejaba el número del restaurante. Existía el riesgo de que lo llamase algún periodista, pero, en aquellos momentos, se le antojaba bastante improbable, ya que la prensa vespertina parecía haber perdido interés en la historia de la bofetada.

Salió del apartamento y, puesto que había dejado de llover y el viento había amainado, decidió que dejaría el coche. Se encaminó así al centro invadido, eso sí, de una vaga decepción. En efecto, el hecho de que ella hubiese optado por hacer el viaje en coche apuntaba a que la mujer estaba decidida a regresar a Malmö después de la cena. Él no albergaba la menor duda acerca de las esperanzas que, en el fondo, había abrigado en relación con aquel encuentro. No obstante, se trataba de una decepción de orden menor pues, después de todo y para variar, se disponía a compartir una cena con una mujer.

Se detuvo ante la librería con la intención de esperarla cuando, transcurridos cinco minutos, la vio aparecer a pie desde la calle de Hamngatan. Sintió al punto la misma turbación del día anterior, el mismo desamparo ante la actitud directa y abierta de ella. Mientras subían la calle de Norregatan en dirección al restaurante y de forma totalmente inesperada, ella le pasó el brazo bajo el suyo. Justo a la altura del edificio en el que vivía Svedberg. Wallander se detuvo un momento y le refirió lo ocurrido, en tanto que ella lo escuchaba atenta.

—¿Qué piensas ahora, cuando lo recuerdas? —inquirió ella cuando él hubo terminado su relato.

—No sé, es como un sueño, como algo de cuya realidad no puedo estar seguro.

Era un restaurante pequeño que no llevaba abierto más de un año. Era la primera vez que Wallander acudía allí, pero Linda se lo había recomendado en alguna ocasión. Entraron en el reducido local y, para sorpresa de Wallander, que lo esperaba más concurrido, no eran muchos los comensales que se agrupaban en torno a alguna que otra mesa.

—Ystad no es la típica ciudad en la que la gente sale por las noches —explicó a modo de excusa—. Pero este restaurante tiene buena fama.

Una camarera a la que Wallander reconoció del Hotel Continental los acompañó hasta la mesa.

—Has venido en coche, ¿no es así? —preguntó Wallander con la carta de vinos en la mano.

—Así es. Vine en coche y me marcharé esta misma noche.

—Bien, en ese caso, esta vez me toca a mí beber vino —comentó Wallander.

—¿Qué dice la policía sobre los límites de alcoholemia?

—Pues que lo mejor es no beber nada en absoluto cuando uno tiene que conducir, pero que por una copa no pasa nada. Siempre que sea con la comida, claro. Pero, si quieres, podemos ir a la comisaría y soplas el globito.

La cena fue exquisita. Wallander tomó vino fingiendo que le parecía demasiado cada vez que pedía otra copa. La conversación versó principalmente sobre su trabajo y, por una vez en la vida, disfrutó haciéndolo. Así, le contó el modo en que comenzó, como simple policía, a patrullar las calles de Malmö; cómo casi lo matan a puñaladas en una ocasión y cómo aquello se había convertido en una especie de sortilegio siempre presente en su vida. Ella le preguntó sobre el caso que tenía entre manos en aquel momento, lo que terminó de convencerlo de que la mujer no había visto la lamentable fotografía en los periódicos. Él le habló acerca de la extraña muerte que tuvo lugar en la estación de transformadores, del hombre que apareció cadáver junto a un cajero automático y del joven fallecido bajo los ejes de la hélice de uno de los transbordadores de Polonia.

Acababan de pedir el café cuando se abrió la puerta del restaurante y Robert Modin entró en el local.

Wallander lo reconoció enseguida. El joven miró a su alrededor y, al ver que Wallander no estaba solo, se mostró vacilante. Sin embargo, el inspector le hizo un gesto para que se acercase y le presentó a Elvira. A Wallander no le pasó inadvertido el nerviosismo de Modin y se preguntaba qué habría sucedido.

—Creo que he encontrado algo —anunció el joven.

—Si queréis hablar a solas, puedo sentarme en otro sitio —se ofreció Elvira.

—No, no es necesario.

—Le pedí a mi padre que me trajese de Löderup —explicó Modin—. Escuché el mensaje del contestador y comprobé que el número correspondía a este restaurante.

—Ya, bueno, ¿no decías que habías descubierto algo?

—Verás, resulta difícil de explicar sin el ordenador, pero creo que ya sé cómo evitar los códigos que aún no hemos podido descifrar.

Era evidente que el joven estaba convencido de lo que decía.

—Bien, llama a Martinson mañana —le recomendó—. Yo también hablaré con él.

—Estoy seguro de que tengo razón.

—Bien, pero no tenías por qué haber venido hasta aquí. Podrías haberme dejado un mensaje en el contestador.

—Sí, quizá, pero es que me puse muy nervioso. Me ocurre a veces.

Modin se despidió de Elvira con gesto inseguro mientras Wallander pensaba que, en realidad, debería hablar con él un poco más. Pero sabía que no podrían hacer nada hasta el día siguiente. Además, en aquel preciso momento quería que lo dejaran en paz. Robert Modin se hizo cargo y desapareció por la puerta del local. La conversación no se había prolongado más de dos minutos.

—Un chico muy inteligente —declaró Wallander—. Robert Modin es un genio de la informática y está prestándonos su ayuda en ciertos aspectos de la investigación.

Elvira Lindfeldt sonrió.

—Pues parecía muy nervioso, pero seguro que es muy bueno.

Salieron del establecimiento hacia medianoche y dieron un reposado paseo hasta la plaza de Stortorget. Ella había dejado el coche aparcado en la calle de Hamngatan.

—Lo he pasado muy bien —confesó la mujer cuando, ya junto al coche, se separaron.

—Es decir, que aún no te has cansado de mí, ¿no es así?

—Pues no. ¿Y tú de mí?

Wallander deseaba retenerla, pero sabía que sería imposible. Acordaron que se llamarían durante el fin de semana.

Le dio un abrazo antes de que ella, ya al volante, partiese hacia Malmö. Wallander echó a andar camino de su apartamento. De repente se detuvo en mitad del trayecto. «¿Es posible?», se preguntó. «¿Puede ser que, pese a todo, alguien se haya cruzado en mi camino de este modo tan especial del que ya casi había desistido?».

Continuó, sin darse una respuesta, hasta llegar a la calle Mariagatan. Poco después de la una, ya lo había vencido el sueño.

Elvira Lindfeldt atravesaba la noche en dirección a Malmö. Poco antes de alcanzar Rydsgård, se detuvo en un aparcamiento y sacó su teléfono móvil.

El número marcado correspondía a un abonado de Luanda.

Tuvo que intentarlo tres veces, hasta que logró una mala conexión. Cuando Carter respondió, ella ya tenía preparado el mensaje.

—Fu Cheng tenía razón. La persona que está aniquilando el sistema se llama Robert Modin. Vive en un pueblo llamado Löderup a las afueras de Ystad.

Repitió la información dos veces, para estar totalmente segura de que el hombre que se encontraba en Luanda había recibido el mensaje.

Entonces, se cortó la comunicación.

Elvira Lindfeldt giró para salir a la carretera principal y prosiguió su viaje hacia Malmö.

## 

## 33

El sábado por la mañana, Wallander llamó a Linda.

Se había despertado muy temprano, como de costumbre. Pero logró dormirse de nuevo y no se levantó hasta pasadas las ocho. Después del desayuno, marcó el número de la casa de su hija en Estocolmo…, y la despertó. La joven le preguntó enseguida por qué no había estado en casa la noche anterior y le aseguró que había intentado llamar al restaurante, que había probado dos veces, pero que siempre comunicaba. Wallander decidió, tras una corta reflexión, que le diría la verdad. La muchacha lo escuchó sin interrumpir.

—No te creía capaz, la verdad —admitió una vez que él hubo concluido—. Jamás pensé que serías tan sensato que me harías caso.

—Pues estuve dudando mucho tiempo.

—Pero ya has dejado de dudar, ¿no?

Ella le pidió que le hablase de Elvira Lindfeldt. Y la conversación se prolongó bastante. La muchacha se alegraba por su padre, por más que él no dejaba de advertirle que no se hiciese ilusiones pues, según decía, era demasiado pronto aún. Él se sentía más que satisfecho de no haber tenido que cenar solo por una vez.

—Eso es mentira —atajó ella vehemente—. Te conozco bien. Y sé que, en el fondo, tienes la esperanza de que esto se convierta en algo más. Y, la verdad, yo también lo espero.

Entonces, la joven cambió de conversación y fue derecha al grano.

—Quiero que sepas que vi tu fotografía en el periódico. Desde luego que me impresionó. Alguien del restaurante me la enseñó y me preguntó si tú eras mi padre.

—Ya. ¿Y qué le dijiste?

—Pues, al principio pensé decir que no. Pero no lo hice.

—Vaya, gracias.

—Simplemente, decidí que no podía ser verdad.

—Y no lo era.

El inspector le describió lo que había sucedido en realidad, le habló de la investigación interna que estaba llevándose a cabo y le confesó que, en el fondo, él contaba con que la verdad saliese a la luz.

—Es muy importante que yo sepa estas cosas —sentenció ella—, precisamente ahora, es muy importante.

—Y eso, ¿por qué?

—Aún no puedo decírtelo.

Wallander quedó lleno de curiosidad. Durante los últimos meses había ido creciendo en él la sospecha de que Linda empezaba a divagar de nuevo sobre sus ambiciones de futuro, que no tenía claro a qué quería dedicarse en la vida, y pese a sus intentos de sonsacarle lo que pensaba, ella había saldado las preguntas con respuestas vagas y evasivas.

Finalmente, hablaron sobre la próxima visita de la joven a Ystad. Ella le aseguró que no podría antes de mediados de noviembre.

Cuando Wallander colgó el auricular, se le vino a la memoria el libro sobre la historia del tapizado de muebles que debía recoger en la librería. Y se preguntaba si su hija lograría realizar sus sueños de completar sus estudios y establecerse en Ystad.

«Ha cambiado de parecer, tiene otros planes», se dijo Wallander. «Y, por alguna razón, no quiere hacerme partícipe de ellos».

Comprendió que era inútil darle vueltas, de modo que se puso su uniforme invisible y adoptó su personalidad de policía. Comprobó que eran las ocho y veinte minutos y dedujo que Martinson no tardaría en llegar a Sturup para recibir al experto informático llamado Alfredsson. El inspector recordó la forma tan repentina en que Robert Modin se había presentado en el restaurante la noche anterior y lo seguro que parecía estar de su hallazgo. Wallander no dejaba de darle vueltas a qué hacer.

En su fuero interno, se resistía a ponerse en contacto con Martinson más de lo absolutamente imprescindible. De hecho, seguía vacilando entre varias posturas acerca de lo que pudiese haber de verosímil en las observaciones de Ann-Britt. Aunque respondiese más a sus deseos que a la realidad, él se figuraba que la colega se había equivocado ya que el perder a Martinson como amigo crearía una situación laboral insostenible. La traición se le haría demasiado dura de soportar. Al mismo tiempo, se sentía inquieto ante la posibilidad de que estuviese cociéndose algo, acciones de las que él no sabía nada y que pasaban inadvertidas pero que podían implicar un cambio radical en su posición laboral. Y aquello lo indignaba tanto como lo entristecía. Y, por supuesto, hería su vanidad. De hecho, él le había enseñado a Martinson cuanto sabía, al igual que Rydberg lo había instruido a él convirtiéndolo en el que era hoy. Pero a Wallander jamás se le pasó por la cabeza entregarse a sucias intrigas para menguar o cuestionar la evidente autoridad de su maestro.

«El Cuerpo es un nido de víboras», pensó indignado. «Podrido de envidias, descalificaciones indirectas e intrigas. Y yo he estado persuadido de que había conseguido sustraerme a todo ello. Sin embargo, ahora parece que, de repente, soy el centro, como un príncipe cuyo heredero estuviera empezando a perder la paciencia».

Pese a todo, marcó el número de móvil de Martinson. Robert Modin había ido a Ystad desde Löderup la noche anterior, obligando a su padre a llevarlo a la ciudad. Debían tomarse en serio la excitación del muchacho. Cabía la posibilidad de que él ya hubiese llamado a Martinson, pero, de lo contrario, Wallander le pediría al agente que lo llamase cuanto antes. Martinson respondió enseguida. Acababa de aparcar y se disponía a entrar en el edificio del aeropuerto. Según le dijo, Modin no lo había llamado. Wallander no se extendió en explicaciones y fue muy breve.

—Vaya, ¡qué raro! —exclamó Martinson—. ¿Cómo ha podido descifrar ninguna clave sin tener acceso al ordenador?

—Eso pregúntaselo a él.

—Es un tramposo —concluyó Martinson—. Seguro que ha copiado parte de la información en su propio disco duro.

Martinson le prometió que llamaría al joven y acordaron que hablarían a lo largo de la mañana.

Concluida la conversación, Wallander pensó que el colega parecía comportarse como siempre. «O bien tiene más habilidad para disimular de lo que yo creía, o algo no encaja en lo que me contó Ann-Britt», se dijo.

Wallander atravesó la entrada de la comisaría a las nueve menos cuarto. Ya en su despacho, vio sobre el escritorio una nota según la cual Hanson deseaba hablar con él lo antes posible. «Ha surgido algo», rezaba el mensaje plasmado en la picuda letra de Hanson. Wallander lanzó un suspiro de impotencia ante la falta de precisión de su colega. Lo que surgía siempre era «algo», la cuestión era qué.

Fue al comedor, donde la máquina del café ya funcionaba, y halló a Nyberg sentado junto a una mesa ante un tazón de yogur. Wallander fue a sentarse frente a él.

—Si me preguntas por los mareos, me marcho ahora mismo —amenazó Nyberg.

—Pues entonces no te pregunto.

—Me encuentro bien —aseguró el técnico—. Pero ya tengo ganas de jubilarme, aunque mi pensión sea pequeña.

—¿Y a qué vas a dedicarte entonces?

—Tejer alfombras. Leer libros. Ir a la montaña.

Wallander sabía que aquello no era cierto. No dudaba de que el técnico estuviese cansado, agotado, pero sabía igualmente que temía la jubilación más que ninguna otra cosa en el mundo.

—¿Tenemos alguna novedad del patólogo acerca de Landahl?

—Murió unas tres horas antes de que el transbordador atracase en el muelle. Lo que significa que quien lo asesinó estaba en el barco, a menos que hubiese saltado por la borda, claro está.

—Sí, eso fue un error por mi parte —admitió Wallander—. Deberíamos haber comprobado la identidad de cuantos pasajeros había a bordo.

—Tendríamos que haber elegido otra profesión —atajó Nyberg—. Yo a veces, por las noches, cuando no puedo conciliar el sueño, me entretengo en calcular cuántas veces no habré recogido los restos mortales de personas que se han ahorcado, por ejemplo. Sólo los ahorcados, ¿sabes? No los que se han pegado un tiro, ni los que se han ahogado, ni los que se han arrojado desde una ventana, los que se han reventado con una bomba ni los que se han envenenado. Exclusivamente los que se han colgado de una soga, de las cuerdas de la ropa o de un alambre; incluso de un alambre con púas, en una ocasión. Y no recuerdo cuántos son. Sé que no recuerdo a la mayor parte de ellos. Entonces me doy cuenta de que es una locura. ¿Por qué iba yo a esforzarme por rememorar todo el horror en el que me he visto obligado a bucear en busca de pistas?

—No, eso no conduce a nada bueno —subrayó Wallander—. Corre uno el riesgo de sufrir un colapso.

Nyberg dejó la cuchara y observó al inspector.

—¿Quieres decir que tú no estás colapsado todavía?

—Espero que no.

Nyberg asintió, pero no pronunció palabra. Wallander decidió que más valía dejarlo en paz. Por otro lado, jamás había sido necesario dirigir al técnico en la ejecución de sus tareas, pues era un profesional exhaustivo perfectamente capaz de organizar su trabajo. Él siempre sabía lo que era urgente y lo que, en cada situación particular, podía esperar.

—¿Sabes? He estado pensando en todo un poco —comentó de repente.

Wallander conocía la capacidad de brillantez del técnico, incluso en campos que no pertenecían del todo a su especialidad profesional, y recordaba que, en más de una ocasión, las reflexiones de Nyberg habían provocado un giro radical y habían orientado la investigación en el sentido correcto.

—¿Y qué es lo que has pensado?

—El relé ese que había en el depósito de cadáveres; el bolso arrojado junto a la valla; el cuerpo que volvieron a dejar ante el cajero automático, con dos dedos seccionados, por cierto. En nuestra aspiración a dar cuenta de lo que significa todo eso, pretendemos hacerlo encajar en un modelo de actuación, ¿no es así?

Wallander asintió.

—Lo intentamos, pero con éxito más que dudoso. Al menos, por ahora.

Nyberg apuró los restos de yogur que quedaban en el tazón antes de proseguir.

—Estuve hablando con Ann-Britt sobre la reunión a la que yo no pude asistir. Y me dijo que tú habías hecho referencia a la naturaleza ambigua de lo sucedido. Que dijiste que los hechos parecían responder tanto a un programa como a una serie de casualidades; que podían calificarse tanto de despiadados como de metódicos. No la interpreté mal, ¿verdad?

—No, algo así dije, en efecto.

—Pues a mí me parece que es lo más sensato que se ha dicho hasta el momento a propósito de esta investigación. ¿Qué sucede si profundizamos en ello, en el hecho de que hay trazos de acciones calculadas y azarosas a un tiempo en este caso?

Wallander movió la cabeza. No se le ocurría qué responder, pero deseaba seguir escuchando.

—Pues a mí me asaltó la idea de que tal vez nos empeñemos en interpretar demasiados detalles. De hecho, hemos descubierto que la muerte del taxista quizá no guarde relación alguna con este caso, salvo por el hecho de que Sonja Hökberg es culpable. En realidad, creo que nosotros, la policía, hemos empezado a desempeñar un papel protagonista.

—¿Te refieres a que alguien se puso nervioso por lo que ella pudiera habernos revelado?

—No, no sólo eso. ¿Qué sucede si empezamos a cribar todos estos acontecimientos y nos preguntamos si algunos de ellos, en realidad, no están totalmente al margen del caso? ¿Y si no fuesen más que una serie de falsas pistas, dispuestas para desorientarnos?

Wallander comprendió que Nyberg estaba desarrollando una hipótesis que podía revestir no poca importancia.

—A ver, ¿en qué estás pensando en concreto?

—En primer lugar, claro está, en el relé que sustituyó al cadáver en la camilla del depósito.

—¿Quieres decir que Falk no tenía nada que ver con el asesinato de Sonja Hökberg?

—No exactamente. Pero creo que alguien tiene sumo interés en hacernos creer que la relación entre Falk y la muerte de Sonja es mucho más estrecha de lo que es en realidad.

Wallander empezaba a escucharlo con creciente interés.

—O el detalle del cadáver que reaparece de pronto —continuó el técnico—. Con dos dedos amputados. Tal vez estemos dedicando demasiado tiempo a averiguar por qué, pero supongamos que eso no tiene el menor significado. ¿Adónde nos conduce esa suposición?

Wallander meditó un instante antes de responder:

—Pues a una ciénaga en la que no sabemos dónde pisar.

—Ése es un buen símil —aceptó Nyberg satisfecho—. Nunca pensé que nadie fuese capaz de superar a Rydberg en su habilidad para hallar imágenes plásticas con las que calificar diversas situaciones, pero ahora empiezo a preguntarme si tú no serás mejor incluso. O sea, que estamos pateando una ciénaga, en la que, se me ocurre, alguien desea que permanezcamos a toda costa.

—En otras palabras, debemos subir a tierra firme, ¿no es eso?

—Verás, estaba pensando en la verja de la estación de transformadores. Estaba destrozada, pese a que la puerta interior había sido abierta con llave.

Wallander empezaba a comprender el alcance de su razonamiento. Nyberg se había aproximado a algo realmente importante y el inspector experimentó cierta irritación ante el hecho de no haber reaccionado así él mismo mucho antes.

—Quieres decir que la persona que abrió la puerta con la llave, abrió la verja del mismo modo, pero que la forzó y la rompió después para crear confusión entre nosotros.

—No creo que exista otra explicación más sencilla.

Wallander corroboró su tesis con un gesto.

—Bien pensado —lo felicitó—. La verdad, me avergüenzo de que no se me haya ocurrido a mí.

—Claro, pero tú no puedes pensar en todo —apostilló Nyberg evasivo.

—¿Algún otro detalle que creas debemos considerar como escoria y cuya única función sea la de sembrar el desconcierto entre nosotros?

—Conviene ir con cuidado, no sea que desechemos algún hecho fundamental y nos quedemos con lo accesorio —apuntó Nyberg.

—Todos los ejemplos que te vengan a la cabeza pueden ser significativos.

—Bueno, yo creo que esto era lo más importante. Y tampoco estoy diciendo que yo tenga razón. Simplemente, estaba pensando en voz alta.

—Bueno, al menos, es una excelente idea que nos proporciona otra atalaya a la que encaramarnos y desde la que examinar lo ocurrido.

—A mí se me antoja a veces que nuestro trabajo es similar al del pintor ante su caballete —explicó Nyberg—. Trazamos unas líneas, rellenamos con algo de color y damos un paso atrás para contemplar el resultado con algo de perspectiva. Después, nos adelantamos de nuevo dispuestos a proseguir. Y me pregunto si ese paso atrás no será el decisivo, el que nos permite ver con claridad qué se expone a nuestra mirada.

—El arte de ver lo que uno ve —concretó Wallander—. ¡Vaya! Eso es algo que deberías proponer en la Escuela Superior de Policía.

Las palabras de Nyberg rezumaron un profundo desprecio:

—¿Y tú crees que a los jóvenes aspirantes a policía les importa un carajo lo que diga un viejo perito criminalista acabado?

—Puede que más de lo que tú crees. A mí me prestaron gran atención cuando di la conferencia hace unos años.

—Pues yo pienso jubilarme —sentenció Nyberg—. Me dedicaré a tejer alfombras y a pasear por la montaña. Y eso es todo.

«¡Y un cuerno!», rechazó Wallander para sí, aunque, claro está, no dijo nada. Nyberg se levantó dando a entender que allí concluía la charla y fue a lavar el tazón. Lo último que Wallander oyó antes de salir del comedor fueron las maldiciones del técnico por el mal estado del estropajo.

Wallander reemprendió su interrumpido paseo. Era a Hanson a quien deseaba ver. La puerta del despacho del colega estaba entreabierta y Wallander vislumbró su figura: sentado ante su escritorio, se dedicaba a rellenar uno de los innumerables cupones de apuestas con los que siempre andaba enredado. En efecto, Hanson vivía en una espera cada vez más impaciente de que alguno de los complejos sistemas de acierto funcionase algún día convirtiéndolo en un hombre rico. El día que los caballos corriesen como él quería, sus sueños se verían colmados.

Wallander dio unos golpecitos en la puerta antes de empujarla con el pie y entrar en el despacho, lo que ofreció a Hanson la oportunidad de ocultar los cupones a tiempo.

—He visto tu nota.

—Ha aparecido la furgoneta Mercedes.

Wallander se apoyó en el dintel de la puerta mientras Hanson rebuscaba en su caótica y creciente montaña de papeles.

—Procedí tal y como me recomendaste. Volví a mirar en los registros y ayer una pequeña empresa de alquiler de coches de Malmö denunció su sospecha de que una de sus furgonetas había sido robada: una Mercedes de color azul oscuro. Tendrían que haberla devuelto el miércoles pasado. La compañía se llama Bil-och Lastvagnsservice. Tanto las oficinas como el parque móvil están en Frihamnen.

—¿Quién la había alquilado?

—Te gustará la respuesta: un hombre de aspecto asiático.

—A ver, se llamaba Fu Cheng y pagó con American Express, ¿me equivoco?

—Exacto.

Wallander asintió nervioso.

—Alguna dirección tuvo que dar, ¿no?

—Sí, hotel S:t Jörgen, pero en la compañía la comprobaron, como es natural, en cuanto empezaron a sospechar que había algo raro. Y en el hotel les dijeron que nunca habían tenido un huésped con ese nombre.

Wallander frunció el entrecejo: allí había algo que no encajaba.

—¿No te parece curioso? No es verosímil que el individuo que se hace llamar Fu Cheng se arriesgue a que alguien compruebe si es o no cierto que se aloja donde ha dicho.

—Bueno, existe una explicación —aclaró Hanson—. En el hotel S:t Jörgen se había hospedado un ciudadano danés de nombre Andersen, pero de origen asiático. Una descripción comparativa realizada por teléfono indica que puede tratarse de la misma persona.

—¿Cómo pagó ese danés su habitación?

—Al contado.

Wallander reflexionó un instante.

—Lo normal, en cualquier caso, es que uno facilite la dirección del domicilio. ¿Qué anotó Andersen al inscribirse?

Hanson hojeó sus papeles y uno de los cupones de apuestas cayó al suelo sin que él lo notase siquiera, pero Wallander tampoco comentó nada.

—A ver, aquí lo tenemos. Andersen escribió una dirección de Vedbæk.

—¿Se ha comprobado ese dato?

—La compañía de alquiler de coches tenía gran interés; supongo que el vehículo es muy valioso. Pero resultó que no existía ningún cliente con ese nombre.

—Y ahí se acaba el rastro —sentenció Wallander.

—Y la furgoneta sigue sin aparecer.

—Bien, pues algo sabemos.

—Claro, pero la cuestión es cómo seguir adelante con el asunto de la furgoneta.

Wallander tomó una decisión sobre la marcha.

—Esperaremos. No malgastes tus fuerzas en eso: hay cosas más importantes que hacer.

Hanson hizo un molinete de desaliento al tiempo que señalaba el montón de papeles.

—¡No sé cómo voy a tener tiempo de ver todo esto!

Pero Wallander no soportaba la idea de verse envuelto en otra de las recurrentes conversaciones sobre los menguados recursos policiales.

—Bien, hablaremos luego —atajó antes de salir raudo del despacho. Tras haber revisado algunos de los documentos que yacían sobre su escritorio, tomó la cazadora dispuesto a dirigirse a la plaza de Runnerströms Torg para conocer a Andersson, el experto de la brigada de Estocolmo. Además, tenía curiosidad por saber cómo iría el encuentro entre él y Robert Modin.

Sin embargo, una vez en el coche, aguardó un instante antes de poner en marcha el motor. Con la mente distraída en los recuerdos de la noche anterior, se dijo que hacía mucho tiempo que no se sentía tan animado. Aún le costaba creer que aquello hubiese sucedido de verdad. Pero Elvira Lindfeldt existía en el mundo de los sentidos y no era sólo un espejismo.

De repente, no pudo controlar el impulso de llamarla. Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número que había memorizado enseguida. Al tercer tono, ella respondió. Pese a que la mujer pareció alegrarse de oír su voz, a Wallander le dio la impresión de que su llamada era inoportuna. En realidad, no habría sabido decir cuál era el origen de aquella sensación, pero allí estaba, sin lugar a dudas. Una imprevista oleada de celos lo atravesó al punto, pero logró mantener el control e impedir que se dejase traslucir en su tono de voz.

—Hola, sólo llamaba para darte las gracias por la cena.

—Bueno, no hay de qué.

—¿Fue bien el viaje?

—Sí, sólo que estuve a punto de atropellar a una liebre.

—Ya. Yo estaba aquí sentado imaginando qué haces un sábado por la mañana, pero lo más probable es que te haya importunado con mi llamada.

—No, en absoluto. Estaba limpiando.

—Bien, tal vez no sea el mejor momento, pero quería preguntarte si podemos vernos otra vez este fin de semana.

—A mí me iría mejor mañana. ¿Por qué no me llamas esta tarde y concretamos?

Wallander le prometió que así lo haría.

Una vez hubo colgado, se quedó allí, teléfono en mano. Estaba seguro de que había llamado en mal momento. Había algo distinto en su tono de voz. «Son figuraciones mías», se recriminó. «Ya cometí el mismo error en otra ocasión, con Baiba. Incluso viajé hasta Riga sin avisar de antemano para comprobar si estaba en lo cierto, si había otro hombre en su vida. Pero no era así».

De modo que optó por confiar en ella y creer que, simplemente, tal y como le había dicho, estaba limpiando. Estaba seguro de que, cuando la llamase por la tarde, su voz sonaría diferente.

Bajó hacia la plaza de Runnerströms Torg. El viento se había calmado casi por completo.

Acababa de entrar en la calle de Skansgatan cuando se vio obligado a frenar en seco y a girar con rapidez. En efecto, una mujer había resbalado de la acera y había caído en medio de la calzada, justo delante de su coche. El inspector logró detener el vehículo a tiempo, pero se estrelló contra una farola. Notó que empezaba a temblar. Abrió la puerta y salió del coche. Estaba seguro de que no la había atropellado, pero la muchacha había caído al suelo de todos modos. Cuando el inspector se inclinó para verla mejor, descubrió que era muy joven, apenas catorce o quince años. Y que estaba muy ebria, aunque fue incapaz de determinar si por consumo de alcohol o de drogas. Wallander intentó hablar con ella, pero no obtuvo más que algunos balbuceos ininteligibles por respuesta. Entretanto, otro coche se había detenido junto a ellos y el conductor se les acercaba presuroso para preguntar si había ocurrido un accidente.

—No —respondió Wallander—. Pero ayúdame, a ver si podemos ponerla en pie.

No lo lograron, pues las piernas no la sostenían.

—¿Está borracha? —preguntó el hombre, incrédulo y con disgusto.

—Si me ayudas a trasladarla a mi coche, la llevaré al hospital —repuso Wallander haciendo caso omiso de su pregunta.

Consiguieron acomodarla en el asiento trasero del automóvil de Wallander, adonde la trasladaron a rastras y a empellones. El inspector le dio las gracias al solícito ciudadano y se marchó rumbo al hospital. La chica lanzó un gemido antes de vomitar, cuando el propio Wallander también empezaba a sentirse algo mareado. Hacía ya tiempo que se había insensibilizado ante el espectáculo que podía ofrecer un niño borracho, pero el estado de aquella muchacha era demasiado crítico. Giró hasta la entrada de urgencias y echó una ojeada por encima del hombro. Tanto su cazadora como el asiento trasero estaban llenos de vómito. Cuando detuvo el coche, la chica empezó a tironear de la manivela para abrir la puerta y salir.

—¡Quédate donde estás! —rugió Wallander—. Iré a buscar ayuda.

Cuando llegó a urgencias, una ambulancia aparcaba a su lado. Wallander reconoció al conductor, un hombre llamado Lagerbladh que llevaba muchos años trabajando allí. Se saludaron y Wallander le preguntó:

—¿Llevas a algún paciente o vas a buscar a alguien?

En ese momento, el compañero de Lagerbladh salió del vehículo y se les acercó. Wallander le hizo una seña a modo de saludo, pero no lo conocía.

—No, vamos a recoger —aclaró Lagerbladh.

—Pues antes tendréis que ayudarme —afirmó Wallander expeditivo.

Los dos hombres lo acompañaron hasta el coche. La chica había conseguido abrir la puerta, pero no había sido capaz de salir, de modo que la mitad de su cuerpo pendía fuera del coche. Wallander no había presenciado jamás un espectáculo semejante: el pelo sucio extendido sobre el asfalto empapado, la cazadora impregnada de vómito y los balbucientes esfuerzos de la chica por hacerse entender.

—¿Dónde la has encontrado? —quiso saber Lagerbladh.

—Por poco la atropello.

—Pues no suelen estar tan borrachos hasta más tarde.

—La verdad, yo no estaría tan seguro de que sea alcohol —señaló Wallander.

—Sí, puede tratarse de cualquier cosa. En esta ciudad puede uno encontrar lo que desee: heroína, cocaína, éxtasis…, lo que busques.

El colega de Lagerbladh había ido a buscar una camilla.

—Me parece que la conozco —comentó Lagerbladh—. A saber si no la he traído aquí en alguna ocasión.

Se inclinó y, sin la menor consideración, le arrancó la chaqueta. La muchacha dejó oír una débil protesta. Tras rebuscar un buen rato, Lagerbladh halló un documento de identidad.

—«Sofía Svensson» —leyó en voz alta—. Pues el nombre no me dice nada, pero la he visto antes. Tiene catorce años.

«La misma edad que Eva Persson», pensó enseguida Wallander. «¿Adónde vamos a ir a parar?».

El compañero de Lagerbladh llegó con la camilla, donde tendieron a la joven. Hecho esto, el conductor de la ambulancia echó al asiento trasero un vistazo que acompañó de una elocuente mueca.

—No te será fácil limpiar eso —auguró.

—Llámame —pidió Wallander—. Quiero saber cómo evoluciona y qué ha tomado.

Lagerbladh prometió mantenerlo informado y los dos hombres desaparecieron con la camilla. La lluvia había arreciado. Wallander clavó la mirada en el asiento trasero. Después, alcanzó a ver cómo se cerraban las puertas de entrada a urgencias. Un repentino e intenso cansancio hizo presa en él. «Estoy asistiendo al espectáculo de la destrucción de una sociedad», sentenció para sí. «Hubo un tiempo en que Ystad era un ciudad de provincias, rodeada de fértiles campos de cultivo. Una ciudad portuaria cuyos transbordadores nos mantenían unidos al continente, aunque no demasiado cercanos a él. Malmö quedaba entonces muy lejos y los horrores que sucedían allí resultaban impensables aquí. Pero esa época ha llegado a su fin. Ya apenas hay diferencias. Ystad no está en el sur, sino en el corazón de Suecia. Y llegará el día en que se encuentre en el centro del mundo. De hecho, Erik Hökberg puede negociar con países remotos desde su despacho y sus ordenadores.

»Y, al igual que en cualquier metrópoli, una adolescente de catorce años va dando tumbos por las calles tan ebria o drogada que no puede tenerse en pie un sábado por la mañana. Creo que no tengo ni idea de qué es lo que estoy presenciando, en realidad. Lo que sí sé es que éste es un país marcado por el desarraigo y herido por su propia vulnerabilidad. De hecho, si sobreviene un corte en el suministro, todo se detiene. Y esta vulnerabilidad ha penetrado en lo más hondo del ser humano, de cada individuo. Eso es precisamente lo que representa Sofía Svensson. Tanto como Eva Persson, desde luego. Y, por otra parte, también Sonja Hökberg. La cuestión es qué puedo hacer yo, aparte de llevarlas en mi asiento trasero, el real o el imaginario, hasta el hospital o la comisaría».

Wallander se acercó hasta un contenedor donde halló unos periódicos mojados. Con ellos, limpió lo mejor que pudo el vómito del asiento. Después, rodeó despacio el coche y observó indiferente la parte abollada del radiador. La lluvia había empezado a caer con fuerza. Pero a él no le importaba mojarse.

Se sentó al volante y, por segunda vez aquella mañana, puso rumbo a la plaza de Runnerströms Torg. De repente, le vino a la mente el recuerdo de Sten Widén, con sus planes de venderlo todo y marcharse del país. «Suecia se ha convertido en un país del que todos huyen», resolvió. «Todos aquellos que tienen la menor posibilidad, se marchan. Y no quedamos más que la gente como yo. Y Sofía Svensson. Y Eva Persson». Se sintió indignado, no sólo por ellas, sino por sí mismo. «Estamos arrebatándole el futuro a toda una generación», prosiguió su discurrir. «A multitud de personas jóvenes, que terminan sus estudios en institutos donde los profesores se esfuerzan en vano, con clases demasiado numerosas y recursos cada vez más reducidos y obsoletos. Personas jóvenes que no llegarán ni a los aledaños de un trabajo digno. Jóvenes que se sentirán no sólo superfluos en la sociedad sino, simplemente, rechazados en su propio país».

Ignoraba cuánto tiempo había estado sumido en tan lúgubre meditación cuando, de repente, alguien lo hizo reaccionar con un suave golpeteo en la ventanilla. El inspector dio un respingo y levantó la vista para comprobar que era Martinson quien, con su sonrisa habitual y con una bolsa de bollos de merengue en la mano, le hacía señas a modo de saludo. Wallander se alegró al verlo, aun a su pesar. En condiciones normales le habría referido lo acontecido con la muchacha a la que acababa de dejar en el hospital. Sin embargo, en aquella ocasión, no mencionó una palabra sobre el incidente y salió del coche sin más.

—Creí que te habías dormido sentado en el coche.

—No, estaba pensando —rechazó Wallander en tono cortante—. ¿Ha llegado Alfredsson?

Martinson estalló en una estridente carcajada.

—Lo mejor de todo es que se parece bastante a su tocayo. Al menos, en el físico. Pero, desde luego, nadie podría calificarlo de divertido.

—Y Robert Modin, ¿está arriba?

—No, iré a recogerlo a la una.

Entretanto, habían cruzado la calle y subían ya la escalera.

—Un tal Setterkvist se presentó hoy en el despacho —comentó Martinson—. Un señor de edad bastante agrio. Quería saber cómo va a rescindirse el contrato de alquiler de Falk.

—Sí, ya lo conozco —explicó Wallander—. A decir verdad, él fue quien nos reveló que Falk tenía también este apartamento.

Continuaron escaleras arriba en silencio. A Wallander le vino a la cabeza el recuerdo de la chica a la que había llevado en el asiento trasero y sintió un profundo malestar. En el último rellano, se detuvieron.

—Alfredsson parece un hombre muy meticuloso —advirtió Martinson—. Pero estoy seguro de que es muy bueno. Por ahora, está analizando lo que hemos descubierto hasta el momento. Por cierto, que su mujer lo llama constantemente para quejarse de que no esté en casa…

—Bueno, yo sólo venía a saludarlo —comentó Wallander—. Después os quedaréis solos hasta que llegue Modin.

—¿Qué fue lo que dijo haber descubierto?

—No lo sé con exactitud. Pero estaba convencido de que había dado con la clave para penetrar más a fondo los secretos del ordenador de Falk.

Entraron, y Wallander comprobó de inmediato que Martinson tenía razón: el hombre de la brigada judicial de Estocolmo se asemejaba de forma sorprendente a su célebre homónimo. El inspector no pudo evitar una sonrisa. Además, dejó a un lado los tenebrosos pensamientos que habían ocupado su mente hacía tan sólo unos minutos. Al menos, por un instante. Se intercambiaron los saludos de rigor y Wallander le dio la bienvenida.

—Ni que decir tiene que te estamos muy agradecidos por haber acudido como apoyo pese a haberte avisado con tan poca antelación.

—¿Acaso tenía elección? —masculló Alfredsson con acritud.

—He comprado unos bollos de merengue —intervino Martinson—. A ver si nos animamos.

Wallander decidió retirarse sin más dilación pues, hasta que no llegase Modin, su presencia allí no era demasiado útil.

—Llámame cuando haya llegado Modin —le pidió a Martinson—. Yo me marcho.

En ese momento, Alfredsson, que estaba sentado ante el ordenador, lanzó un grito de victoria.

—¡Vaya, vaya! Falk ha recibido un mensaje.

Wallander y Martinson se le acercaron y observaron la pantalla. Una pequeña luz intermitente avisaba de que había entrado un nuevo mensaje por correo electrónico. Alfredsson entró y descargó la carta.

—Pero…, es para ti —dijo mirando a Wallander con una expresión de asombro en el rostro.

Wallander se puso las gafas y leyó el mensaje.

«Me han localizado. Necesito ayuda. Robert».

—¡Joder! —gritó Martinson—. Me aseguró que había borrado el rastro por completo.

«Otro más no», rogó Wallander desesperado. «No sería capaz de soportarlo».

Iba ya escaleras abajo con Martinson a escasa distancia.

El coche del colega era el que tenían más cerca. Wallander puso las luces de emergencia.

Habían dado las diez de la mañana cuando salieron de Ystad.

Una lluvia torrencial caía sobre la ciudad.

## 

## 34

Cuando, tras una carrera vertiginosa, llegaron a Löderup, Wallander tuvo la oportunidad de conocer a la madre de Robert Modin. Era una mujer de extraordinario sobrepeso y parecía nerviosa en extremo. Lo más sorprendente era, no obstante, que la encontró tumbada en un sofá, con un paño húmedo sobre la frente y sendas bolitas de algodón en las narinas.

En efecto, tan pronto como entraron con el coche en el jardín de la casa, la puerta de entrada se abrió y tras ella apareció el padre de Robert Modin. Wallander rebuscaba en su memoria mientras se preguntaba si habría oído alguna vez su nombre. Se dio, al fin, por vencido y le preguntó a Martinson.

—Se llama Axel Modin —aclaró el colega.

Salieron del coche y fueron a su encuentro. Lo primero que dijo Axel Modin fue que Robert se había llevado el coche. El hombre repetía aquellas palabras una y otra vez.

—El chico se ha llevado el coche. ¡Y ni siquiera tiene permiso de conducir!

—Pero ¿sabe conducir? —inquirió Martinson.

—No exactamente. Yo he intentado enseñarle, pero, la verdad, no me explico cómo he podido tener un hijo tan poco dotado para todo lo práctico.

«Para todo menos para los ordenadores, por raro que parezca», precisó Wallander para sí.

Se apresuraron a cruzar el jardín para ponerse a cubierto de la abundante lluvia. Ya en el vestíbulo, el padre de Robert Modin les advirtió en un susurro que su mujer estaba en la sala de estar.

—Le sangra la nariz —explicó—. Suele ocurrirle cuando se impresiona.

Wallander y Martinson entraron a saludarla pero, al oír que eran policías, la mujer se echó a llorar de inmediato.

—Será mejor que nos sentemos en la cocina —sugirió Axel Modin—. Así la dejaremos tranquila. Es un poco nerviosa.

A Wallander no se le ocultó el tono apesadumbrado, quizás incluso triste, con que el hombre hablaba de su mujer. Se acomodaron en la cocina y, en lugar de cerrar la puerta, el hombre la dejó entreabierta. Por otro lado, a Wallander le dio la impresión de que en ningún momento, en el transcurso de la conversación, dejó de estar atento a cualquier ruido procedente de la sala de estar.

Axel Modin les ofreció un café que ellos rechazaron, embargados como estaban por la sensación de una indiscutible y justificada urgencia. Durante el trayecto hasta la casa, Wallander no dejó de pensar en el miedo que ahora sentía pues, si bien ignoraba lo que estaba sucediendo en realidad, tenía el firme convencimiento de que era más que probable que Robert estuviese en peligro. Ya se habían encontrado con dos jóvenes muertos en aquel caso y el inspector no creía estar preparado para soportar un tercero. Se sentía como si hubiesen pasado cuarenta días simbólicos en un desierto y corriesen el riesgo de quedar convertidos en monumentos a la ineptitud si no lograban proteger a aquel joven que había puesto a disposición de la policía sus amplios conocimientos informáticos. A aquel miedo, había que sumar también el no menos atroz provocado por la excesiva velocidad con que Martinson había conducido todo el camino, aunque, por supuesto, nada dijo al respecto. Ya en el tramo final, cuando el piso de la carretera estaba en tan mal estado que Martinson se vio obligado a reducir, se atrevió a formular algunas de las preguntas que le rondaban la cabeza.

—¿Cómo supo que estábamos en Runnerströms Torg? ¿Y cómo pudo enviar ese mensaje de correo electrónico al ordenador de Falk?

—Puede que intentase ponerse en contacto telefónico contigo —observó Martinson—. ¿Tienes el móvil encendido?

Wallander sacó el teléfono del bolsillo y lanzó una maldición al ver que estaba apagado.

—Debió de imaginarse dónde estábamos —prosiguió Martinson—. Y no me cabe la menor duda de que se había quedado con la dirección electrónica de Falk. Está claro que el chico tiene buena memoria.

Aquéllas fueron las únicas palabras que tuvieron tiempo de intercambiar antes de llegar a la casa de Modin y de hallarse, como estaban, en la cocina.

—¿Qué pasó? Recibimos lo que podría llamarse una llamada de socorro de Robert.

Axel Modin lo miró inquisitivo.

—¿Una llamada de socorro?

—Así es. Se puso en contacto con nosotros a través del ordenador. Pero lo más urgente en estos momentos es que nos cuentes lo que ocurrió de forma clara y sucinta.

—Pues, la verdad, yo no sé nada —admitió Axel Modin—. Ni siquiera sabía que estabais en camino. Lo único que puedo decir es que últimamente ha estado despierto hasta altas horas de la madrugada. Ignoro qué lo mantenía en vilo hasta tan tarde, aunque seguro que está relacionado con los malditos ordenadores. Esta mañana, cuando me desperté a las seis, oí que aún estaba despierto, de modo que, me dije, no había dormido en toda la noche. Toqué a su puerta y le pregunté si quería un café, a lo que respondió que sí. Cuando estuvo listo, le avisé desde abajo. Tardó casi media hora en bajar y, cuando lo hizo, parecía totalmente inmerso en sus pensamientos.

—¿Y eso no era habitual en él?

—Sí que lo era, sí. De modo que no me extrañó. Tenía muy mala cara por la falta de sueño.

—¿Te dijo qué había estado haciendo?

—No, jamás cuenta nada. Y lo cierto es que no tendría sentido: yo soy algo mayor y no entiendo de ordenadores.

—¿Y después?

—Apuró el café, se tomó un vaso de agua y subió de nuevo.

—¡Vaya! Yo creía que no tomaba café —intervino Martinson—. Sólo lo he visto tomar unas infusiones bastante especiales.

—Bueno, lo toma de forma excepcional. Pero es cierto, es vegano.

Wallander no tenía muy claro qué era lo que definía a un vegano. Linda había intentado explicárselo en alguna ocasión, en términos de conciencia del medio ambiente, alforfón y lentejas… Pero, en aquel momento, aquello carecía de importancia, de modo que continuó:

—Así que, decías, volvió a la planta alta…, ¿sobre qué hora?

—A las siete menos cuarto.

—¿Recibió alguna llamada por la mañana?

—Bueno, él tiene un teléfono móvil. Si fue así, yo no lo oí.

—¿Qué ocurrió después?

—Yo le subí el desayuno a mi mujer a las ocho y, cuando pasé ante su puerta, presté atención para comprobar si se había dormido.

—¿Y?

—No se oía nada, pero yo creo que más que dormir estaba pensando.

Wallander frunció el entrecejo.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé, pero se nota cuando una persona está pensando tras una puerta cerrada, ¿no?

Martinson asintió, lo que provocó una inmediata irritación en Wallander. «¡Qué coño ibas tú a notar si yo estuviese pensando al otro lado de la puerta de mi despacho!», se dijo airado.

—En fin, sigamos. Le llevaste a tu mujer el desayuno a la cama, ¿no es así?

—No, ella no desayuna en la cama, sino en una mesita que tiene en el dormitorio. Siempre está muy nerviosa por las mañanas y necesita tomarse las cosas con calma.

—Ya. ¿Qué ocurrió luego?

—Bajé a fregar los platos y a dar de comer a los gatos y a las gallinas. Y a los gansos, claro, que también tenemos algunos. Luego fui al buzón a buscar el periódico y me puse a hojearlo mientras me tomaba otro café.

—¿Y todo seguía en silencio en el piso de arriba?

—Así es. Después… sucedió.

Martinson y Wallander prestaban atención. Axel Modin se levantó y se dirigió hasta la puerta entreabierta de la sala de estar. La cerró aún unos centímetros, de modo que no quedó más que un resquicio, antes de regresar a la mesa y volver a ocupar su asiento.

—Entonces…, bueno, de repente, oí que se abría la puerta de Robert, que apareció a todo correr escalera abajo. Yo estaba sentado aquí mismo, pero, antes de que él llegase a la cocina, ya me había puesto en pie. Su aspecto era de total desaliño y me clavó una mirada aterrada, como si hubiese visto un fantasma. Echó a correr hacia la calle y cerró la puerta sin darme ocasión a pronunciar palabra. Luego, regresó para preguntarme, o más bien gritarme, si había visto a alguien.

—¿Eso dijo? ¿Si habías «visto a alguien»?

—Eso mismo. Parecía totalmente fuera de sí y yo le pregunté cuál era el problema, pero él no escuchaba. Miró por las ventanas, tanto de la cocina como de la sala de estar. En ese momento, oí que mi mujer estaba llamándome desde el dormitorio. Estaba asustada. Fueron unos momentos terribles, de desconcierto absoluto. Pero la cosa fue a peor.

—¡Ajá! ¿Qué pasó?

—Robert volvió a la cocina con mi escopeta en la mano, gritando que le diese la munición. Me asusté y le pregunté qué sucedía, pero él no respondió. Quería la munición, a toda costa. Pero yo no se la di.

—¿Y entonces?

—Arrojó la escopeta sobre el sofá de la sala de estar y tomó las llaves del coche, que estaban en el vestíbulo. Yo intenté detenerlo, pero me dio un empujón y se marchó.

—¿A qué hora fue eso?

—No lo sé. Mi mujer estaba sentada sobre un peldaño, gritaba y tuve que acudir en su ayuda. Pero serían las nueve y cuarto, más o menos.

Wallander miró el reloj y comprobó que hacía más de una hora que se había producido el incidente, de lo que dedujo que el muchacho había enviado el mensaje justo antes de marcharse.

Wallander se puso en pie.

—¿Pudiste ver qué dirección tomaba?

—Fue hacia el norte.

—Por cierto, ¿viste a alguien ahí fuera cuando fuiste a recoger el periódico y a darles de comer a las gallinas?

—¿Quién iba a haber ahí fuera, con este tiempo?

—No sé, algún coche aparcado por ahí, tal vez. O que pasase por la carretera.

—No, no vi a nadie.

Wallander le hizo a Martinson un gesto para que lo siguiese.

—Tenemos que ver su habitación —afirmó Wallander.

Axel Modin parecía hundido en su silla.

—¿Podría alguien explicarme lo que está ocurriendo?

—Por ahora, será mejor que no —señaló Wallander—. Pero haremos lo posible por dar con Robert.

—El chico tenía miedo —declaró Axel Modin—. Jamás lo había visto tan asustado.

Tras un breve silencio, añadió:

—Estaba tan asustado como suele estarlo su madre.

Martinson y Wallander subieron al piso superior. Martinson señaló la escopeta que estaba apoyada contra la barandilla de la escalera. Cuando entraron en la habitación de Robert, vieron que los dos ordenadores estaban encendidos. Había varias prendas de ropa esparcidas por el suelo, y de la papelera, junto al escritorio, sobresalían los papeles.

—En algún momento justo antes de las nueve sucedió algo —especuló Wallander—. El muchacho se asusta, nos hace llegar el mensaje por correo electrónico y se marcha. Está desesperado y, literalmente, muerto de miedo. De hecho, le pide al padre munición para la escopeta, pero, al no conseguirla, mira por la ventana y se va con el coche.

Martinson le hizo notar que se había dejado el móvil junto a uno de los dos ordenadores.

—Puede que lo llamasen por teléfono —aventuró—. O puede que él mismo realizase una llamada cuyo contenido lo hiciese sentir un terror inmediato. Es una lástima que no llevase el móvil cuando salió a toda prisa.

Wallander señaló los ordenadores.

—Pero, si nos envió un correo electrónico, pudo ser porque él mismo hubiese recibido algún mensaje. De hecho, nos dijo que habían descubierto su rastro y que necesitaba ayuda.

—Si, pero no esperó. Se fue sin más.

—Claro, pero eso puede significar o bien que algo más ocurrió después de que hubiese enviado el mensaje, o bien que estaba tan excitado que no fue capaz de esperar.

Martinson se había sentado ante el escritorio.

—Por el momento, dejaremos éste —dijo el colega al tiempo que señalaba el más pequeño de los aparatos.

Wallander no le preguntó cómo sabía cuál de los dos ordenadores era el más importante. Comprendió que, en aquellos momentos, dependía de Martinson. No estaba habituado a poseer menos conocimientos que uno de sus colaboradores más cercanos, aunque fuese de un modo circunstancial y transitorio.

Martinson empezó a teclear. La intensa lluvia castigaba la ventana con su repiqueteo. Wallander echó un vistazo a la habitación. Un póster que representaba una zanahoria gigante adornaba una de las paredes, como testimonio solitario y anómalo de un mundo distinto del electrónico que reinaba en el resto de la estancia: libros, disquetes, equipamiento informático, cables que se perdían en intrincados nidos de serpiente, módems, impresoras, un aparato de televisión, dos reproductores de vídeo… Wallander se puso en cuclillas junto a Martinson preguntándose qué habría visto Robert Modin por la ventana mientras estaba sentado al ordenador. Desde donde él se encontraba en aquel momento, se divisaba a lo lejos la carretera. Era evidente que el muchacho podría haber visto un coche que pasase por allí. Echó una nueva ojeada a la habitación. Martinson seguía tecleando entre murmullos. Wallander levantó con cuidado un montón de papeles que había sobre la mesa, junto al que halló unos prismáticos. Miró a través de ellos la carretera envuelta en bruma. Una urraca solitaria aleteó atravesando el campo de visión de las lentes haciendo que Wallander diese un respingo. Por lo demás, no divisó nada especial. Una cerca medio derruida, varios árboles… Y un camino que serpenteaba abriéndose paso entre las plantaciones.

—¿Qué tal va eso? —inquirió.

Martinson no respondió más que con un susurro indescifrable. Wallander se puso las gafas dispuesto a mirar los papeles que había junto a los ordenadores. Robert Modin tenía una letra difícil de interpretar. Los folios estaban plagados de cálculos y de frases garabateadas a toda prisa, a menudo inconclusas, sin un principio claro y sin punto final. Pero había una expresión que se repetía. «La demora». Unas veces seguida de un signo de interrogación, otras subrayada. «La demora». Wallander siguió hojeando los papeles. En una de las cuartillas, Robert Modin había dibujado un gato negro de orejas largas y afiladas y cuya cola derivaba en un cable enredado. «Los típicos garabatos que uno plasma sobre el papel cuando está pensando», adivinó Wallander. «O quizá cuando escucha a la persona con la que está hablando». En la hoja siguiente, figuraba otra anotación del chico: «¿Programación finalizada cuándo?», seguida de dos palabras: «¿Insider necesario?».

«Demasiados interrogantes», concluyó Wallander. «Él también busca respuestas, como nosotros».

—¡Aquí está! —exclamó Martinson de repente—. Recibió un mensaje por correo electrónico y después nos pidió ayuda por la misma vía.

Wallander se acercó a la pantalla para leer el texto.

«You have been traced».

Ni una palabra más. Sólo eso. «Hemos rastreado tu ruta».

—¿Hay algo más? —inquirió Wallander.

—No, no ha recibido ningún otro mensaje después de ése.

—¿Quién es el remitente del mensaje?

Martinson señaló la pantalla.

—Lo que aparece en el campo del remitente es una sucesión alfanumérica de signos dispuestos en orden aleatorio. Es decir, que quien lo ha enviado no quería desvelar su identidad.

—Pero, de algún lugar vendrá, ¿no?

—El servidor se llama Vesuvius —aclaró Martinson—. Claro que podemos averiguar dónde se encuentra ubicado, pero nos llevará tiempo.

—¿Quieres decir que no está en Suecia?

—Lo dudo.

—Bueno, el Vesubio es un volcán que se encuentra en Italia —afirmó Wallander—. ¿No lo habrán enviado desde allí?

—No recibiremos una respuesta inmediata, pero podemos probar.

Martinson se preparó para componer una respuesta dirigida a las señas de configuración alfanumérica que aparecían en el campo del remitente.

—¿Qué quieres que escriba?

Wallander reflexionó un instante.

—Escribe: «Por favor, repite el mensaje» —decidió al final.

Martinson asintió conforme y escribió la solicitud en inglés.

—¿Firmo como Robert Modin?

—Exacto.

Martinson pulsó el botón de «Enviar» y el texto desapareció en el ciberespacio. De forma casi automática, apareció en la pantalla un mensaje en el que se los informaba de que no era posible acceder a aquel destinatario.

—Bueno, pues ya sabemos algo —se resignó Wallander.

—En fin, dime qué quieres que haga —rogó Martinson—. ¿Qué quieres que busque, dónde está localizado el servidor Vesuvius o qué?

—Lanza una pregunta a la red —propuso Wallander—. A ver si hay alguien que conozca la ubicación de Vesuvius.

Pero el inspector cambió enseguida de opinión.

—Espera. Formula la pregunta de otro modo. Intenta averiguar si alguien sabe si Vesuvius está en Angola —corrigió.

La modificación sorprendió a Martinson.

—¿Sigues en la creencia de que la postal de Luanda puede ser importante?

—Bueno, lo que creo es que la postal en sí carece de significado. Sin embargo, sí estoy persuadido de que Tynnes Falk conoció a alguien en Luanda hace ya muchos años. Y entonces ocurrió algo, no sé qué, pero intuyo que es importante. Incluso decisivo para el caso.

Martinson lo observó antes de asegurar:

—A veces creo que sobreestimas tu intuición, si me permites que sea tan sincero.

Wallander tuvo que realizar un esfuerzo para contenerse y no perder los estribos. La indignación por lo que le había hecho Martinson lo invadió al punto. Pero controló su animadversión, consciente de que lo más importante en aquellos momentos era localizar a Robert Modin. Pese a todo, almacenó cuidadosamente las palabras de Martinson en su memoria pues, si se lo proponía, también él sabía ser rencoroso. Y ahora estaba dispuesto a demostrarlo.

Sin embargo, hubo además otra razón por la que refrenó su ira. En efecto, en el mismo momento en que Martinson hacía su malévolo comentario, una idea cruzó su mente.

—Robert Modin estuvo consultando a un par de amigos, uno de California y otro de Rattvik. No anotarías sus direcciones, ¿verdad?

—Lo anoté todo —repuso Martinson con una acritud que Wallander atribuyó al hecho de que la idea no se le hubiese ocurrido a él.

El inspector experimentó cierta satisfacción anunciadora de una venganza que no tardaría en poner en práctica.

—No creo que se opongan a facilitarnos información acerca de Vesuvius —continuó Wallander—. Máxime si les explicamos que es por el bien de Robert Modin. Mientras tanto, yo empezaré a buscarlo.

—De todos modos, me pregunto qué significará este mensaje. ¿No será que no borró totalmente su rastro?

—Se supone que eres tú el que conoce bien el mundo electrónico —observó Wallander—. Yo no tengo ni idea. Pero sí una impresión cada vez más sólida. Ya me corregirás si me equivoco, aunque es una impresión que nada tiene que ver con mi intuición, sino con hechos puros y duros. Por ejemplo, a mí me da la sensación de que hay alguien en torno a este caso que parece estar muy bien informado de lo que estamos haciendo en cada momento.

—Bueno, sabemos que alguien estuvo vigilando la calle de Apelbergsgatan y la plaza de Runnerströms Torg. Además, otro o el mismo alguien lanzó un disparo en el apartamento de Falk.

—No, pero no es a eso a lo que me refiero. No estoy pensando en una persona que puede ser el tal Fu Cheng, el asiático. Al menos, no en primera instancia. Esto es más bien como si tuviéramos una fuga de información en la propia comisaría.

Martinson estalló en una estridente carcajada, sin que Wallander pudiese juzgar con exactitud sí respondía o no a una actitud de burla.

—No estarás sugiriendo seriamente que alguno de nosotros está implicado en esto, ¿verdad?

—En absoluto. Lo que me pregunto es si no habrá otro tipo de grieta por la que el agua se filtra en ambas direcciones.

Wallander señaló el ordenador.

—Recuerda que el ordenador de Falk es muy potente y avanzado. Simplemente, me pregunto si no habrá alguien que esté haciendo lo mismo que nosotros y se dedique a extraer información de nuestros ordenadores.

—Los registros de la central policial están muy protegidos.

—Si, pero ¿y los nuestros? ¿Están tan bien aislados que nadie, con los recursos técnicos necesarios y la voluntad precisa, pueda fisgar en ellos? Ann-Britt y tú escribís todos los informes en el ordenador. En cuanto a Hanson, no sé cómo lo hace. Hasta yo lo hago a veces, aunque no muy a menudo. Nyberg está siempre enganchado al ordenador. Los informes forenses nos llegan tanto en papel, a través del correo ordinario, como en soporte electrónico. ¿Qué ocurre si alguien se nos mete dentro y nos roba la información sin que seamos conscientes de ello?

—No me parece verosímil —objetó Martinson—. Piensa que las medidas de seguridad son muy estrictas.

—Era sólo una idea, como tantas otras —comentó Wallander.

Dejó a Martinson y se marchó escaleras abajo. A través de la puerta de la sala de estar, que seguía entreabierta, pudo ver a Axel Modin sentado y abrazado a su gigantesca esposa, que aún llevaba las bolitas de algodón en la nariz. Y aquella imagen lo hizo sentir tanto compasión como cierta imprecisa alegría, sin ser capaz de determinar cuál de los dos sentimientos era el dominante. Ya junto a la puerta, dio unos golpecitos discretos.

Axel Modin salió a su encuentro.

—Necesito usar el teléfono —pidió Wallander.

—¿Por qué no me dices lo que ha ocurrido? ¿Por qué estaba Robert tan asustado?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar. Pero tú no te preocupes.

Wallander rezó una muda plegaria por que lo que acababa de decir se cumpliese en la realidad. Se sentó junto al teléfono que había en el vestíbulo. Antes de tomar el auricular, revisó mentalmente lo que debía hacer. Lo primero que tenía que decidir era si aquella inquietud creciente que sentía estaba en verdad justificada. Pero, por más que no supiesen quién había enviado el mensaje, éste era, sin duda, real. Por otro lado, aquella investigación se hallaba marcada por la característica innegable de algo que debía mantenerse oculto y en secreto y por unas manos que no dudaban en matar. Wallander resolvió, con la angustiosa esperanza de no estar haciendo una valoración errónea, que la amenaza dirigida contra Robert Modin era real. Así pues, tomó el auricular y llamó a la comisaría. Tuvo suerte, en esta ocasión, y pudo hablar enseguida con Ann-Britt, a quien puso al corriente de la situación. Lo más urgente era enviar algunos coches patrulla que diesen una batida por toda la zona de Löderup y alrededores. Si Robert Modin no era, tal y como sostenía su padre, un buen conductor, era probable que no hubiese llegado muy lejos. Además, existía el riesgo de que provocase un accidente, individual o colectivo. Wallander llamó a Axel Modin y le pidió una descripción del coche, así como el número de matrícula. Ann-Britt anotó la información y le prometió que enviaría varias patrullas. Wallander colgó el auricular y regresó al piso de arriba. Martinson seguía esperando noticias de los consejeros de Modin.

—Necesito que me prestes el coche —pidió Wallander.

—Las llaves están puestas —repuso Martinson sin retirar la vista de la pantalla.

Wallander atravesó encogido la distancia que lo separaba del vehículo para protegerse de la intensa lluvia. Había tomado la determinación de echarle un vistazo a la carretera que discurría serpenteante entre las plantaciones; la misma que Robert Modin podía ver desde la ventana. Lo más probable era que no hallase nada de interés, pero quería asegurarse de ello. Ya al volante, salió del jardín de la casa y comenzó a buscar el desvío.

Mientras tanto, algo horadaba la conciencia de Wallander, una idea que luchaba por emerger a la superficie.

Y era algo que él mismo había dicho, algo sobre una vía abierta conectada en secreto a la red de la comisaría. Finalmente, cayó en la cuenta en el preciso momento en que el desvío aparecía ante su vista.

Aquel día cumplía diez años. O quizá doce. Recordaba que era un número par; y ocho era demasiado poco. Fue su padre quien le regaló los libros, pero no recordaba cuál había sido el regalo de su madre, como tampoco sabía ya qué presente le dio su hermana Kristina. Pero los libros sí los recordaba, envueltos en un papel verde, sobre la mesa de la cocina a la hora del desayuno. Él abrió el paquete enseguida y comprobó que era casi lo que él quería. No exactamente, pero casi. En cualquier caso, no fue el regalo equivocado. Él había pedido Los hijos del capitán Grant, de Julio Verne, pues aquél era, en efecto, el título por el que se había sentido atraído. Y los libros que tenía ante sí contenían el relato de La isla misteriosa, en dos volúmenes. Venían, además, con la encuadernación que él quería, con la cubierta roja y las ilustraciones originales. Idéntico al ejemplar de Los hijos del capitán Grant que había visto. Así, empezó a leerlo aquella misma noche, y tuvo la oportunidad de conocer al maravilloso y misterioso benefactor de hombres solos que habían sido víctimas de un naufragio y arribado de este modo a la isla. El misterio se había extendido sobre ellos: ¿quién sería aquél que acudía en su ayuda cuando más lo necesitaban? De repente, allí estaba la quinina. Cuando el joven Pencroff yacía moribundo bajo el efecto devastador de la malaria y cuando nada en el mundo podría haberlo salvado, allí apareció la quinina. Y el perro Top, que se ponía a gruñir con la mirada fija en el fondo del pozo mientras ellos se preguntaban qué lo habría puesto tan nervioso. Finalmente, cuando el volcán entró en erupción, encontraron a su bienhechor. Y lo hicieron a través del conducto secreto conectado con el hilo telegráfico que iba desde la cueva hasta el corral. Siguieron el conducto hasta que se perdió en el fondo del mar. Y allí, en su embarcación y en su cueva submarinas, hallaron al capitán Nemo, su desconocido benefactor…

Wallander se había detenido en medio del embarrado camino. La lluvia empezaba a disminuir y una espesa bruma avanzaba arremolinada desde el mar. Recordó los libros; y al benefactor de las profundidades. «Y en esta ocasión, estamos ante la situación inversa, si no me equivoco», se dijo. «En esta ocasión, alguien aplica el oído a nuestras paredes y registra nuestras conversaciones. Sólo que no se trata de nadie que desee nuestro bien, no. Nadie que nos traiga quinina, sino un sujeto que elimina lo que más necesitamos».

Prosiguió su marcha, a demasiada velocidad. Pero iba en el coche de Martinson, y aún estaba bajo el efecto de la construcción de su venganza. Así que, en aquel momento, la pagaba con el coche. Cuando ganó el lugar que creyó era el que había divisado a través de los prismáticos, se detuvo y salió del coche. La lluvia había cesado casi por completo y la bruma se precipitaba rodando hacia el lugar en que él se hallaba. Echó una ojeada a su alrededor. Pensó que si Martinson levantaba la cabeza, vería su coche. Y también a Wallander. Se distinguían huellas en el camino y le pareció que un coche se había detenido en aquel lugar, pero las huellas eran poco claras, pues la lluvia casi las había borrado. «Sin embargo, alguien pudo haberse detenido aquí», insistió para sí. «De algún modo que yo aún no alcanzo a comprender, una persona envía un mensaje al ordenador de Robert Modin al mismo tiempo que otra se aposta en este camino para mantenerlo vigilado».

Wallander sintió miedo. Si en verdad ese alguien hubiese estado espiando desde la carretera, habría visto salir de la casa a Robert Modin.

Un sudor frío empezó a cubrir su frente. «Es culpa mía. Jamás debería haber mezclado al joven Modin en este asunto. Era demasiado peligroso y fue un acto irresponsable por mi parte».

Se obligó a pensar con calma. Robert Modin había sido víctima del pánico y quería llevarse una escopeta. Después tomó el coche, pero ¿hacia dónde se dirigió?

Wallander miró a su alrededor una vez más antes de ponerse en marcha de nuevo hacia la casa. Axel Modin salió a su encuentro y lo observó con mirada inquisitiva.

—No lo he encontrado —admitió Wallander—. Pero seguimos buscándolo. Y no hay motivo alguno de preocupación.

El inspector vio claramente en el rostro de Axel Modin que éste no daba crédito alguno a sus palabras. Pero el hombre no hizo ningún comentario. Apartó la mirada, como si su desconfianza hubiese podido resultar insultante. En la sala de estar reinaba el silencio.

—¿Se siente mejor tu mujer? —inquirió Wallander.

—Está dormida. Eso es lo mejor para ella, dormir. La asusta la bruma cuando avanza así, como a hurtadillas.

Wallander hizo un gesto al tiempo que señalaba la cocina y Modin lo siguió hasta allí. Un enorme gato negro que holgazaneaba sobre el alféizar de la ventana observó a Wallander con mirada avisada. El inspector se preguntó si no sería aquél el gato que había dibujado Robert Modin y cuya cola terminaba por convertirse en un cable enrollado.

—A ver, la cuestión es adónde puede haber ido tu hijo —preguntó Wallander al tiempo que señalaba hacia el corazón de la masa de bruma.

Axel Modin negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Pero, tendrá amigos, ¿no? La primera vez que vine a esta casa estaba en una fiesta…

—Ya he llamado a sus amigos, pero ninguno de ellos lo ha visto. Me prometieron que me avisarían si aparecía.

—Tienes que pensar, es tu hijo —lo apremió Wallander—. Está asustado y se ha marchado, ¿dónde crees que puede tener un escondite?

Modin reflexionaba. El gato no perdía de vista a Wallander.

—El caso es que le gusta dar paseos por la playa —reveló Modin vacilante—. Suele bajar a Sandhammaren. O bien caminar por las plantaciones, allá por Backåkra. No sé de otros lugares.

Wallander dudaba. En efecto, una playa era un lugar demasiado despejado y abierto, al igual que las plantaciones de las proximidades de Backåkra. Sin embargo, ahora había bruma. Y en Escania no podía pensarse en un escondite mejor.

—Trata de recordar —lo exhortó Wallander—. Es posible que acabe por ocurrírsete algo más. Algún escondite que recuerde de su niñez…

El inspector volvió al teléfono y llamó a Ann-Britt. Los coches patrulla ya iban camino de la carretera de Österleden. La policía del distrito de Simrishamn estaba al corriente y también había salido en su búsqueda. Wallander le habló de Sandhammaren y de Backåkra.

—Yo me encargaré de Backåkra —afirmó—. Envía otro coche a Sandhammaren.

Ann-Britt le aseguró que así lo haría y le comunicó que ella misma iría a Löderup.

Wallander colgó el auricular y, en ese preciso momento, Martinson apareció por la escalera, bajando a grandes zancadas.

Wallander comprendió en el acto que había novedades.

—¡Hemos recibido respuesta de Rättvik! —exclamó—. Tenías razón: el servidor llamado Vesuvius está ubicado en Luanda, la capital de Angola.

Wallander asintió. La noticia no le causó la menor sorpresa.

En cambio, sí vino a incrementar su temor.

## 

## 35

Wallander se sentía como si se hallase ante una fortaleza inexpugnable cuyos muros no sólo eran altos sino, además, invisibles. «Los muros electrónicos», pensó. «Los cortafuegos. Todos hablan de la nueva tecnología como de un espacio insondable en el que las posibilidades son, a todas luces, ilimitadas. Pero para mí representa una plaza fuerte que no sé cómo atacar».

Habían localizado la ubicación de la terminal de correo electrónico llamada Vesuvius, situada en Angola. Por si fuera poco, Martinson se había enterado de que los responsables de la instalación y del servicio eran unos empresarios brasileños. Pero ignoraban quién era el remitente de Falk, por más que Wallander sospechaba con no poco fundamento que debía de ser aquel hombre que, hasta el momento, sólo habían identificado mediante la letra ce. Martinson, que poseía unos conocimientos más amplios que Wallander acerca de la situación en Angola, sostenía que allí imperaba el caos. El país se había independizado del dominio colonial portugués a mediados de la década de los setenta. Pero, a partir de entonces, había estallado una guerra civil que se había mantenido de forma prácticamente constante. Era más que dudoso, según el colega, que existiese un Cuerpo de Policía eficaz. Por otro lado no tenían la menor idea de quién podría ser aquel sujeto que se hacía llamar «C.» ni, por supuesto, de cómo se llamaba. «C.» podía designar, además, no a una sino a varias personas. Aun así, a Wallander le daba la impresión de que algo empezaba a fraguarse en todo aquello, por más que ignorase lo que eso implicaría para el caso. Lo que había sucedido en Luanda durante los cuatro años en que Tynnes Falk estuvo desaparecido de Suecia seguía constituyendo un misterio. Lo único que, sin lugar a dudas, habían conseguido era lo que se logra al remover en un hormiguero: las hormigas corrían en todas direcciones, pero ellos seguían sin tener conocimiento de lo que se ocultaba en el hormiguero.

Mientras estaba allí de pie en el vestíbulo de los Modin con la mirada clavada en Martinson, Wallander sentía que el temor crecía inmenso en su interior a cada segundo. Lo único de lo que estaba seguro en aquellos momentos era que debían dar con el paradero de Robert Modin a cualquier precio, antes de que fuese demasiado tarde. Si es que no lo era ya. Las imágenes del cuerpo carbonizado de Sonja Hökberg y del cadáver destrozado de Jonas Landahl que conservaba en su memoria se le aparecían aún demasiado nítidas. De modo que el inspector no deseaba otra cosa que lanzarse entre la arrolladora bruma e iniciar la búsqueda. Pero todo estaba tan en el aire, tan poco claro… Robert Modin estaba allá fuera. Tenía miedo y se había dado a la fuga. Del mismo modo en que Jonas Landahl se había marchado a Polonia en un transbordador. Pero lo alcanzaron o lo atraparon en el camino de regreso.

Y ahora era el turno de Robert Modin. Mientras aguardaban a Ann-Britt, Wallander intentó presionar algo más a Axel Modin preguntándole si en verdad no tenía la más mínima noción de adonde podía haber ido su hijo. Aparte de sus amigos, que habían prometido ponerse en contacto con ellos si se enteraban de algo, ¿no habría algo más, algún refugio? Mientras el inspector luchaba por forzar la memoria de Axel Modin de modo que recordase algo parecido a una palabra clave, Martinson había vuelto a los ordenadores del piso superior. Wallander le había ordenado que siguiese en comunicación con los desconocidos amigos de Rättvik y California, con la esperanza de que ellos conociesen el supuesto escondite.

Axel Modin sólo hablaba de Sandhammaren y de Backåkra. Wallander miró más allá de su interlocutor, al corazón de la bruma que se alzaba ya muy espesa. Y con la bruma, el extraño silencio que Wallander jamás había percibido en ningún lugar fuera de Escania, siempre en los meses de octubre y noviembre. Meses en los que todo parecía contener la respiración ante el invierno que también se hallaba allá fuera, aguardando su hora.

Wallander oyó el ruido del motor al llegar el coche, de modo que abrió y salió al igual que Axel Modin había salido a recibirlo a él. Ann-Britt entró y se detuvo a saludar a Modin mientras Wallander fue a llamar a Martinson. Los tres colegas se sentaron en torno a la mesa de la cocina. Mientras tanto, Axel Modin se mantenía apartado, al lado de su esposa, que aún llevaba las bolitas de algodón en la nariz y que seguía presa de aquel misterioso temor.

Para Wallander todo era muy sencillo: tenían que encontrar a Robert Modin. Aquello era lo único importante. El que los coches patrulla estuviesen buscando en la bruma no era suficiente. Así que le dijo a Martinson que procurase que se diese la alarma regional de modo que todos los distritos enviasen sus efectivos a buscar el coche.

—No sabemos dónde puede estar —señaló Wallander—. Pero sí que huyó despavorido. Asimismo, desconocemos si el mensaje que recibió en su ordenador no era más que una amenaza. Y tampoco sabemos si la casa ha estado vigilada, aunque hemos de suponer que así ha sido.

—Deben de ser muy buenos —comentó Martinson, que estaba en el umbral de la puerta con el teléfono contra la oreja—. Estoy seguro de que Modin borró su rastro.

—Pero, al parecer, esa precaución no le valió de nada, si copió la información y se quedó toda la noche trabajando en su casa —objetó Wallander—, y eso, después de que nos hubiésemos despedido de él.

—Pues yo no he encontrado nada, pero es posible que tengas razón —repuso Martinson.

Una vez que se había dado la alarma regional, decidieron que Martinson permanecería en la casa de los Modin, ya convertida en una especie de cuartel general provisional, por si Robert volvía a ponerse en contacto con ellos. Ann-Britt se haría cargo de la zona de Sandhammaren junto con alguna de las patrullas, mientras Wallander se dirigiría a Backåkra.

Cuando se encaminaban a los coches, Wallander se dio cuenta que Ann-Britt iba armada. Una vez que la colega se hubo marchado, el inspector regresó a la casa. Axel Modin estaba sentado en la cocina.

—Dame la escopeta y algo de munición —pidió Wallander, sin dejar de notar la desazón en el rostro de Modin—. Es sólo por pura precaución —añadió en un intento de tranquilizarlo.

Modin se puso en pie y salió de la cocina. Cuando regresó, llevaba en la mano la escopeta y la caja de munición que Wallander le había pedido.

De nuevo en el coche de Martinson, puso rumbo hacia Backåkra. El tráfico se arrastraba lento por la carretera principal. Las luces de los faros se le acercaban de entre la bruma antes de perderse de nuevo en ella. No cesaba de preguntarse dónde podía haberse refugiado el joven ¿Cómo habría razonado cuando decidió darse a la fuga? ¿Tendría algún plan o había sido una huida tan precipitada como la había descrito su padre? Pero Wallander era consciente de que no podía llegar a ninguna conclusión, puesto que no conocía a Robert Modin.

A punto estuvo de pasar de largo el desvío hacia Backåkra, pero giró a tiempo y, pese a que el camino se estrechaba, él aumentó la velocidad, seguro como estaba de que ningún vehículo le saldría al paso por allí. Backåkra debía de estar desierta en aquella época del año, y el edificio de la Academia sueca que allí se alzaba, cerrado a cal y canto. Cuando llegó al aparcamiento, se detuvo y salió del coche. Desde la distancia, el aire le traía el lamento de la sirena de un barco y el perfume del mar. La bruma era tan espesa, que no se veía a más de escasos metros de distancia. Recorrió el aparcamiento, pero no vio ningún otro turismo aparte del que lo había llevado hasta allí. Subió hasta el jardín cuadrangular, pero todo aparecía cerrado, clausurado. «¿Qué hago en este lugar?», se preguntó. «No hay más coches, así que tampoco Robert Modin estará aquí». Aun así, prosiguió caminando hacia la plantación y giró hacia la derecha, en dirección al jardín rocoso, escenario perfecto para la meditación. Desde algún lugar difícil de determinar, lejano o quizá muy próximo, se dejó oír el chillido de un pájaro. La niebla dificultaba su percepción de las distancias. Llevaba la escopeta bajo el brazo y la munición en el bolsillo. Cuando llegó a las rocas, pudo oír el murmullo del mar. Pero no había nadie allí ni tampoco parecía que el lugar hubiese recibido visitantes últimamente. Sacó el teléfono y llamó a Ann-Britt, que respondió desde Sandhammaren. Tampoco ellos habían dado con ninguna pista del coche de Modin, pero le dijo que había hablado con Martinson y que, según el compañero, todos los distritos policiales hasta el límite con Småland estaban participando en la búsqueda.

—El banco de niebla es local —lo informó ella—, pues los aviones despegan y aterrizan con normalidad en el aeropuerto de Sturup. Al norte de Brösarp está despejado.

—Sí, pero él no ha llegado tan lejos —sostuvo Wallander—. Yo sé que está por aquí, en alguna parte.

Tras la conversación, decidió desandar el camino y regresar al coche cuando, de repente, algo reclamó su atención. Aguzó el oído y comprendió que se trataba del motor de un vehículo que se acercaba al aparcamiento. Escuchó con gran atención. El coche en que Modin había emprendido aquella huida era un turismo normal, un Golf. Pero aquello sonaba diferente y, sin saber muy bien por qué, cargó la escopeta antes de seguir avanzando. El sonido del motor cesó. Wallander se detuvo justo antes de oír el ruido de una puerta que se abrió, pero que nadie cerró. Wallander estaba convencido de que no era Modin quien había llegado en aquel vehículo. Lo más probable era que se tratase de alguien que iba a cuidar de la casa o que quería averiguar de quién era el coche que había estacionado en el aparcamiento. De repente, algo lo hizo detenerse una vez más. Se esforzaba por ver a través de la neblina, de percibir algún sonido… Algo, no sabía qué, lo había alertado. Abandonó el sendero ascendente antes de describir un amplio semicírculo para regresar al edificio, hacia el lugar donde estaba el aparcamiento. De vez en cuando, detenía su marcha. Dedujo que si alguien hubiese abierto la cerradura del edificio y hubiese entrado, lo habría oído perfectamente.

«Pero aquí reina el silencio. Demasiado silencio».

Desde donde se encontraba ahora, ya se veía la casa. Estaba casi a la altura de la parte posterior. Dio unos pasos hacia atrás y comprobó que el edificio desaparecía de su vista. Lo rodeó después, en dirección al aparcamiento, hasta llegar a la valla, que saltó con gran dificultad. Intentó inspeccionar el aparcamiento desde allí, pero la visibilidad era aún más reducida ahora. Intuía que más le valía no acercarse al coche de Martinson, sino que debía dar otro rodeo antes, sin apartarse, eso sí, de la valla, con el fin de no desorientarse.

Prácticamente a la entrada del aparcamiento, se paró en seco. Allí había en efecto un vehículo. Una furgoneta para ser exactos. En un primer momento, no supo decir que tipo de vehículo tenía ante su vista. No obstante, tras unos segundos, pudo identificarlo sin dificultad: era una furgoneta Mercedes, de color azul oscuro.

Dio un raudo salto atrás, hacia la blanca espesura brumosa. Prestó atención con el corazón latiéndole en acelerado golpeteo. Comprobó el seguro de la escopeta. La puerta del conductor estaba abierta. El inspector se mantenía inmóvil, mientras pensaba que aquella era, sin duda, la furgoneta que ellos habían estado buscando, aquélla en la que habían transportado el cadáver de Falk desde el depósito hasta el cajero. Y ahora alguien que había llegado en ella avanzaba por entre la niebla en busca de Modin.

—«Pero Modin no está aquí», se dijo Wallander.

Y, en ese preciso momento, cayó en la cuenta de que existía otra posibilidad bien distinta. En efecto, era muy probable que no fuese a Modin a quien buscasen, sino a él.

Si habían visto a Modin abandonar la casa, también podían haberlo visto a él. Por otro lado, ignoraba si alguien lo había seguido, oculto al amparo de la bruma. Recordaba haber visto luces de los faros de algún vehículo, pero nadie lo había adelantado.

En aquel preciso momento, sonó el móvil en el bolsillo de su cazadora. Wallander dio un respingo, sobresaltado, y respondió en voz muy baja. Pero, ante su sorpresa, no eran ni Martinson ni Ann-Britt. Era Elvira Lindfeldt.

—Espero no llamar en mal momento —se excusó la mujer—. Estaba pensando si no podríamos quedar para mañana, si aún te apetece.

—Pues, en este momento, no te lo puedo decir —repuso Wallander.

Ella le pidió que elevase el tono de la voz pues no lo oía bien.

—¿Te importa que te llame más tarde? En estos momentos estoy ocupado —se disculpó Wallander.

—Perdón, ¿podrías repetirlo? —rogó ella—. Te oigo muy mal.

Él alzó la voz ligeramente.

—Ahora no puedo hablar. Te llamaré más tarde.

—Bien. Estoy en casa —aclaró ella.

Tras la conversación, Wallander desconectó el teléfono, irritado. «Esto no es normal», se dijo. «No me ha entendido y creerá que no quería quedar con ella. ¿Por qué ha tenido que llamar justo ahora que no podía hablar?».

Durante una décima de segundo, otra idea cruzó vertiginosa su mente, sin que él mismo pudiese asegurar su origen. Por otro lado, había atravesado su conciencia como un relámpago, sin que él supiese decir qué había sucedido en realidad. Pero allí había quedado el rastro, la sombra de la idea, como una negra corriente que discurriese por su cerebro. ¿Por qué lo habría llamado justo en aquel momento? ¿Habría sido pura coincidencia? ¿Sería otra la razón?

El inspector movió la cabeza desaprobando su propia ocurrencia. Aquello era absurdo. Expresión inequívoca del profundo cansancio que lo dominaba y de la creciente sensación de ser víctima de una maquinación. Se quedó de pie, teléfono en mano, incapaz de resolver si llamarla o no, cuando decidió que lo dejaría para más tarde. Estaba a punto de devolver el móvil al bolsillo, pero, sin saber cómo, el aparato se le escurrió de las manos, de modo que él se agachó para evitar que cayese sobre la tierra empapada.

Y aquello le salvó la vida pues, en el preciso momento en que flexionó las rodillas, un estallido atravesó el aire a su espalda. El teléfono quedó sobre el fango. Wallander se dio la vuelta al tiempo que levantaba la escopeta. Algo se movía en el corazón de la niebla, de modo que se arrojó a un lado y se marchó avanzando a trompicones, tan aprisa como pudo. Pero se había dejado atrás el teléfono. El corazón le sacudía el pecho con violencia. Ignoraba quién le habría disparado o por qué. «Pero tiene que haberme oído», se dijo. «Sólo a través de mi voz ha podido localizarme en la niebla. Si no se me hubiese caído el teléfono, ahora no estaría vivo». Aquella constatación lo llenó de pavor. El temblor de sus manos lo hacía agitar la escopeta de un lado a otro. Sabía que no lograría dar con el teléfono y desconocía la posición exacta del coche, pues había perdido el norte de dónde se encontraba realmente. Ya ni siquiera veía la valla. Lo único que deseaba era salir de allí. Se agazapó, escopeta en mano. En algún punto del banco de bruma se ocultaba el hombre que le había disparado. Wallander intentaba penetrar la fría blancura de la niebla, sin dejar de prestar la máxima atención. Pero reinaba el más absoluto silencio. Ya no se atrevía a permanecer allí por más tiempo. Tenía que marcharse de aquel lugar. De modo que, sin pensárselo dos veces, le quitó el seguro a la escopeta y lanzó al aire un disparo que sonó ensordecedor. Después, echó a correr hacia un lado y, tras varios metros, se detuvo a escuchar de nuevo. Había entrevisto la valla, lo que le permitió saber en qué sentido debía seguirla para alejarse del aparcamiento.

Pero, al mismo tiempo, percibió otro ruido. Un sonido inconfundible de sirenas que se aproximaban. «Alguien oyó el primer disparo», concluyó. «Las carreteras estarán llenas de policías». Se apresuró hacia el desvío al tiempo que experimentaba la sensación de que su situación empezaba a ser más ventajosa. Y aquella sensación convirtió el pánico en la más absoluta indignación pues, por segunda vez en un corto plazo de tiempo, alguien había disparado contra él. Hacía cuanto estaba en su mano por razonar con claridad: la furgoneta seguía aparcada en medio de la niebla, y no había más que una salida, con lo que si el hombre que le había disparado optaba por tomar la furgoneta y marcharse, no les resultaría difícil detenerlo; si, por el contrario, decidía huir a pie, se complicarían las cosas.

Wallander había llegado ya al desvío y echó a correr siguiendo la carretera.

Las sirenas se oían cada vez más próximas y comprendió que no venía sólo un coche, sino dos, tal vez tres. Cuando vio las luces de los faros, se detuvo y comenzó a hacer señales con las manos. En el primero de los vehículos iba Hanson, y Wallander no recordaba haberse alegrado nunca tanto de ver a su colega.

—¿Qué ha pasado? —gritó Hanson—. Nos llegó una alarma de que se habían oído disparos por aquí. Y Ann-Britt me dijo que tú estabas en la zona.

Wallander le refirió brevemente lo sucedido.

—Que nadie salga sin equipo de protección —ordenó—. Además, hemos de traer algunos perros policía. Pero antes nos prepararemos por si intenta huir en la furgoneta.

No les llevó mucho tiempo acordonar la zona y ponerse los chalecos antibalas y los cascos. Finalmente, llegó Ann-Britt y, poco después, también Martinson.

—La niebla irá dispersándose —aseguró Martinson—. Estuve hablando con el Instituto de Meteorología y me dijeron que era un banco muy local y transitorio.

Así pues, se dispusieron a aguardar. Había dado la una de aquel sábado 18 de octubre.

Mientras esperaban, Wallander le pidió prestado el teléfono a Hanson y, tras haberse apartado unos metros, marcó el número de Elvira Lindfeldt, pero cambió enseguida de idea y colgó antes de que ella hubiese podido responder.

Siguieron esperando, pero nada sucedía. Ann-Britt despachó a unos periodistas curiosos que habían dado con el lugar. Pero nadie había oído hablar de Robert Modin ni de su coche. Wallander intentaba bosquejar alguna explicación lógica. ¿Le habría ocurrido algo al joven o por el contrario, habría sabido escapar del peligro hasta aquel momento? El inspector lo ignoraba y no lograba dar con ninguna respuesta satisfactoria. En el corazón del banco de niebla se ocultaba, por si fuera poco, un hombre armado cuya identidad o motivos también desconocían.

Hacia la una y media de la tarde, la neblina empezó a disiparse con gran rapidez. De repente, comenzó a clarear esfumándose hasta desaparecer por completo. Salió el sol. Y allí seguía la furgoneta Mercedes, al igual que el coche de Martinson. Pero no se divisaba a nadie. Wallander se acercó a recoger su teléfono.

—Debe de haberse marchado a pie —concluyó el inspector—, pues ha abandonado aquí el vehículo.

Hanson llamó a Nyberg, que prometió acudir de inmediato. Registraron la furgoneta, aunque no hallaron nada que revelase la identidad de la persona que la había conducido. Lo único que encontraron fue una lata medio vacía de algo que parecía ser pescado. Una elegante etiqueta informaba de que la lata procedía de Tailandia y contenía arenque oriental.

—¡A ver si hemos dado con la pista del tal Fu Cheng! —aventuró Hanson.

—Es posible, pero no podemos dar nada por sentado —advirtió Wallander.

—¿No pudiste verlo?

La pregunta, que había sido formulada por Ann-Britt, provocó en Wallander una suerte de enojo inmediato, pues creyó percibir cierto velado ataque.

—No —replicó terminante—. No vi a nadie. Y tú tampoco habrías visto a nadie.

Ella se sintió molesta.

—Bueno, bueno. No era más que una pregunta —se defendió la colega.

«¡Vaya!, estamos todos más que hartos», se dijo Wallander. «Ella tanto como yo. Por no hablar de Nyberg. Tal vez se escape Martinson que, pese a todo, tiene aún fuerzas para andar conspirando por los pasillos».

Se entregaron a la búsqueda, asistidos por los perros policía. Los animales no tardaron en olfatear un rastro que los condujo hasta la playa. Entretanto, Nyberg ya había llegado acompañado de sus técnicos.

—Huellas dactilares —apuntó Wallander—. Eso es lo más importante. Y las posibles coincidencias con las halladas en los apartamentos de Falk, tanto el de la calle de Apelbergsgatan como el de la plaza de Runnerströms Torg. Sin olvidar la estación de transformadores, el bolso de Sonja Hökberg y, ni que decir tiene, el apartamento de Siv Eriksson.

Nyberg echó una ojeada al interior de la furgoneta.

—¡Uf!, doy gracias siempre que llego a un lugar en el que no hay ni rastro de cadáveres destrozados o tal cantidad de sangre que deba abrirme paso a nado.

Olisqueó en la cabina del conductor antes de concluir:

—Aquí han fumado marihuana.

Wallander fue a comprobarlo, pero él no notó nada.

—Hay que tener buen olfato —afirmó Nyberg satisfecho—. ¿Aprenderán eso hoy en la Escuela Superior de Policía? Me refiero a la importancia que puede tener un buen olfato.

—Lo dudo —repuso Wallander—. Pero mantengo que deberías presentarte allí y dar unas conferencias. Para demostrarles cómo se olfatea, entre otras cosas.

—¡Yo qué coño voy a ir allí! —barbotó Nyberg, concluyendo abruptamente la conversación.

Robert Modin seguía desaparecido por completo. A eso de las tres, los guías caninos regresaron con la noticia de que habían perdido el rastro detectado en la playa algo más al norte.

—Avisa de que quienes estén buscando a Robert Modin han de permanecer alerta por si se topan con un sujeto de aspecto asiático —advirtió Wallander—. Y es importante que, quienes lo encuentren, se abstengan de intervenir hasta que no dispongan de los refuerzos necesarios. Se trata de un individuo peligroso que no duda en disparar. Ya ha tenido mala suerte en dos ocasiones, pero no podemos esperar que se repita una tercera. Además, hemos de mantenernos atentos a las denuncias entrantes de coches robados.

Acto seguido, Wallander reunió en torno a sí a sus colaboradores más próximos. Lucía el sol y no soplaba la menor brisa.

—¿Sabéis si había policías en la Edad del Bronce? —inquirió Hanson.

—Seguro que sí —opinó Wallander—. Y también estoy seguro de que no existía el director nacional de la policía.

—Al parecer, tocaban el cuerno —explicó Martinson—. Yo estuve hace unos años en un concierto celebrado junto a las Piedras de Ale[[22]](#footnote-22), y sonaban como sirenas marinas. Pero, claro está, podemos suponer que así sonaban las sirenas policiales de tiempos pretéritos.

—Bien, más vale que intentemos recapitular y aclarar dónde nos hallamos. La Edad del Bronce puede esperar —atajó Wallander—. De modo que Robert Modin recibe una amenaza en su ordenador y sale huyendo. Hasta el momento, lleva cinco o seis horas desaparecido. En algún lugar de la región hay un sujeto que va tras él. Por otra parte, creo que podemos contar con que también me persigue a mí. De lo que se deduce que lo mismo podéis aplicaros vosotros.

Dicho esto, guardó silencio y los miró a todos para subrayar la gravedad.

—Asimismo, opino que debemos preguntarnos por qué —continuó—. Y esa pregunta tiene preferencia sobre cualquier otra cosa en estos momentos. Existe, de hecho, una única explicación lógica: a alguien le preocupa que hayamos descubierto algo. Y, aún más, teme que estemos en disposición de impedir que otro algo suceda. Yo tengo el convencimiento de que cuanto ha sucedido hasta ahora guarda relación con la muerte de Falk y con lo que almacenaba en su ordenador.

Llegado a este punto, hizo una pausa y dirigió la vista a Martinson.

—¿Qué tal le va a Alfredsson?

—Pues opina que todo es de lo más extraño.

—¿Sí?, pues dile que en eso coincidimos todos con él. Pero habrá dicho algo más, ¿no?

—Que está impresionado por los conocimientos de Modin.

—Ahí también estamos de acuerdo. ¿No ha hecho ningún progreso?

—Hablé con él hace dos horas. Lo que me dijo entonces, ya lo sabíamos por Modin: una especie de dispositivo de relojería avanza en el interior del aparato hacia algún tipo de desenlace que ha de producirse en un momento dado. Está jugando con diversos cálculos de probabilidad y programas de reducción de alternativas para comprobar si puede filtrar algún tipo de patrón de comportamiento. Además, está en contacto permanente con diversas unidades informáticas de la Interpol para averiguar si en otros países han tenido alguna experiencia similar que pueda orientarnos. A mí me da la impresión de que es tan bueno como diligente.

—Bien, en ese caso, confiaremos en él —afirmó Wallander.

—Pero ¿qué pasará si en verdad ocurre algo el día 20? Eso será el lunes y tenemos menos de treinta y cuatro horas —intervino Ann-Britt.

—Mi sincera respuesta es que no tengo la menor idea —admitió el inspector—. Pero, puesto que ya no nos cabe la menor duda de que hay alguien dispuesto a matar para proteger ese secreto, hemos de convenir en que ha de tratarse de algo de suma importancia.

—En realidad, ¿cabe pensar que sea otra cosa que un acto terrorista? —apuntó Hanson—. ¿No deberíamos haber informado al SÄPO[[23]](#footnote-23)?

La propuesta de Hanson despertó cierto ambiente festivo, pues la policía de seguridad sueca no inspiraba la menor confianza ni en Wallander ni en ninguno de sus compañeros. No obstante, el inspector comprendió que Hanson tenía razón y que él mismo, por su condición de jefe del grupo de investigación, debería haber pensado en ello, ya que sería su cabeza la primera en rodar si se produjese alguna catástrofe que los servicios de inteligencia pudiesen haber evitado.

—Llámalos —ordenó a Hanson—. Si es que abren los fines de semana…

—¡El corte de suministro eléctrico! —exclamó Martinson—. El que supieran qué transformador era el más importante…, ¿no será para inutilizar el suministro energético de todo el país?

—Todo es posible —admitió Wallander—. Por cierto, ¿sabemos algo de cómo llegaron los planos de la estación de transformadores a la mesa de Falk?

—Según los resultados de la investigación interna llevada a cabo por Sydkraft, el original que hallamos en el despacho de Falk había sido sustituido por una copia —aclaró Ann-Britt—. Además, me dieron una lista de las personas que tienen acceso a sus archivos, pero se la di a Martinson.

El agente alzó los brazos en gesto de impotencia.

—¡Es cierto, pero no he tenido tiempo de mirarla! —se excusó—. Comprobaré los nombres en nuestros registros en cuanto pueda.

—Pues deberías hacerlo cuanto antes —apuntó Wallander—. Puede que hallemos algo que nos permita avanzar.

Había empezado a soplar una leve brisa fresca que pasó peinando campos y plantaciones. Continuaron deliberando durante unos minutos acerca de cuáles eran los principales cometidos, además de encontrar a Robert Modin lo antes posible. Martinson fue el primero en marcharse con la intención de llevarse los ordenadores de Modin a la comisaría donde, además, aprovecharía para comprobar los nombres de la lista de Sydkraft en varios de los registros policiales. Wallander asignó a Hanson la dirección de la búsqueda de Modin mientras él revisaba con detenimiento el estado de la cuestión en compañía de Ann-Britt. En condiciones normales, habría preferido hacerlo con Martinson, pero ahora le resultaba imposible.

El inspector y la agente caminaron juntos hasta el aparcamiento.

—¿Has hablado con él? —inquirió Ann-Britt.

—Todavía no. Encontrar a Robert Modin y aclarar todo este embrollo es más importante, la verdad.

—Es la segunda vez que te disparan en una semana —le recordó ella—. No comprendo cómo puedes tomártelo con semejante calma.

Wallander se detuvo ante ella.

—¿Y quién dice que me lo tomo con calma?

—Bueno, al menos, ésa es la impresión que das.

—Pues, en ese caso, no es correcta.

Continuaron caminando mientras analizaban los hechos.

—Dime cómo ves tú la situación —pidió Wallander—. Tómate el tiempo que necesites. ¿Qué es lo que ha sucedido exactamente? ¿Qué podemos esperar que suceda?

La colega se encogía envuelta en la cazadora y Wallander se dio cuenta de que tenía frío.

—Yo no tengo mucho más que decir que tú mismo —se excusó ella.

—Pero puedes decírmelo a tu manera. Escuchándote a ti, obtengo una versión diferente de aquélla a la que yo ando dando vueltas.

—Bien, podemos estar seguros de que Sonja Hökberg fue violada —comenzó ella—. Y, por ahora, no se me ocurre ninguna otra explicación del asesinato de Lundberg. Si profundizamos lo suficiente en aquel suceso, creo que obtendremos la imagen de una joven cegada por el odio. Sonja Hökberg no es el guijarro que se lanza al agua, sino uno de los anillos últimos descritos por el impacto del mismo. Y, probablemente, sea por el momento lo más importante.

—A ver, a ver, explícame eso con más detalle.

—¿Qué habría ocurrido si Tynnes Falk no hubiese fallecido casi al mismo tiempo que se produjo la detención de Sonja Hökberg? Supongamos que hubiesen transcurrido un par de semanas entre una y otra circunstancia, y que no se hubiese producido en fecha tan próxima al 20 de octubre, si es que es válido ese dato.

Wallander asintió en señal de que aceptaba su razonamiento.

—¿Quieres decir que la inquietud creciente fue origen de una serie de actos incontrolados?

—En el fondo, no hay mucho margen. Sonja Hökberg está detenida en la comisaría. Alguien teme que ella sepa algo que nos pueda revelar. Y esa información procede de su entorno. Principalmente, de Jonas Landahl, que también resulta asesinado. Toda esta maraña de sucesos y relaciones hace pensar en una guerra en defensa de un secreto que se halla oculto en un ordenador. Una serie de huidizos animales electrónicos, como parece que los llamó Modin, dispuestos a funcionar en silencio a cualquier precio. Si dejamos al margen una serie de detalles inconexos, creo que es una hipótesis probable. El que Robert Modin recibiese una amenaza encaja tanto como el que te hayan atacado a ti.

—Pero ¿por qué a mí? ¿Por qué no a cualquiera de vosotros?

—Porque tú estabas en el apartamento cuando aquel sujeto llegó. Tú has estado más expuesto, simplemente.

—Hay grandes lagunas…, aunque pienso como tú. Lo que más me preocupa, no obstante, es la sensación de que tenemos un micrófono oculto entre nuestras paredes que los provee de la información necesaria en todo momento.

—¿Y si dieses orden de interrumpir toda comunicación por radio, de no escribir nada en los ordenadores y de no revelar ningún dato importante por teléfono?

Wallander dio un puntapié a una piedra del camino.

—Eso es imposible. Al menos, aquí en Suecia.

—Tú siempre dices que la periferia no existe ya; que, donde quiera que uno se halle, está en el centro del mundo…

—Pues cuando lo digo, exagero. Esto es demasiado.

Prosiguieron en silencio, azotados ya por un viento que empezaba a soplar racheado. Ann-Britt se acuclilló junto a Wallander.

—Hay algo más —apuntó—. Algo que nosotros sabemos pero que ignoran quienes andan nerviosos.

—¿A qué te refieres?

—Al hecho de que Sonja Hökberg jamás nos reveló nada. Y, desde ese punto de vista, su muerte fue del todo gratuita.

Wallander asintió, convencido de que su colega tenía razón.

—¿Qué será lo que se oculta en ese ordenador? —inquirió el inspector tras un momento de silencio—. Martinson y yo hemos aislado un único y, por lo demás, poco seguro denominador común: dinero.

—¿Tal vez un gran robo que planean cometer en algún lugar? ¿No es así como lo hacen hoy día? Los sistemas informáticos de un banco empiezan a comportarse de un modo inexplicable y a transferir sumas impensables de dinero a la cuenta equivocada…

—Es posible. Pero la única respuesta segura es, como hasta ahora, que no tenemos ni idea.

Ya en el aparcamiento, Ann-Britt señaló el edificio.

—Yo estuve aquí el verano pasado para asistir a la conferencia de un investigador de las condiciones sociales del futuro cuyo nombre no recuerdo. Lo que no he olvidado es su explicación de cómo nuestra sociedad moderna se vuelve cada vez más frágil. En la superficie, aumenta la velocidad a la que nos comunicamos, pero, según decía, existen unas profundidades que se nos ocultan y de las que depende el que un solo ordenador pueda colapsar el mundo entero.

—Tal vez sea el ordenador de Falk el que se ha programado para eso —sugirió Wallander.

Ella sonrió.

—Bueno, según aquel experto, aún no hemos llegado a ese punto.

Ann-Britt hizo ademán de querer añadir algo, pero Wallander se quedó con la incógnita, pues la colega cambió de opinión y guardó silencio. En aquel momento, divisó a Hanson, que se les acercaba a la carrera.

—¡Lo hemos encontrado! —gritó.

—¿A Modin o al autor de los disparos?

—A Modin. Está en Ystad. Una de las patrullas que se disponía a hacer el cambio de turno descubrió el coche.

—¿Dónde?

—Estaba estacionado en la esquina de la calle de Surbrunnsvägen con la de Aulingatan, junto al parque Folkets.

—¿Dónde está ahora el chico?

—En la comisaría.

Wallander miró a Hanson con gran alivio.

—Está ileso —prosiguió Hanson—. Se puede decir que llegamos a tiempo.

—Desde luego que sí.

En ese momento, eran las cuatro menos cuarto de la tarde.

## 

## 36

A las cinco, hora local de Luanda, Carter recibió la llamada telefónica que había estado esperando. La conexión no era muy buena y le costó comprender lo que Cheng quería decirle en aquel inglés suyo de acento tan marcado. A Carter se le ocurrió que era como volver a los lejanos años ochenta, cuando las comunicaciones con África aún eran pésimas. Recordaba el tiempo en que, en ocasiones, resultaba imposible algo tan sencillo como enviar o recibir un fax.

No obstante, pese al eco del retraso en la recepción del sonido y al carraspeo de las líneas, Carter había comprendido a la perfección el mensaje que Cheng deseaba transmitirle. Una vez concluida la conversación, salió al jardín decidido a reflexionar. Celina ya no estaba en la cocina. Y la cena que la sirvienta le había preparado lo esperaba en el frigorífico. Le costaba controlar su irritación. Cheng no había colmado sus expectativas; y nada lo exasperaba más en este mundo que verse obligado a admitir que las personas no eran capaces de llevar a cabo las misiones que él les había encomendado. El mensaje telefónico que le había transmitido era ciertamente inquietante y lo había forzado a concienciarse de que debía tomar una determinación.

Cuando dejó el interior de la casa y la frescura del aire acondicionado, el calor del exterior le resultó agobiante. Las lagartijas se deslizaban raudas por entre sus pies. Posado sobre una jacaranda, un pájaro lo observaba impasible. Al llegar a la fachada principal en su paseo en torno a la casa, descubrió que José estaba dormido, lo que provocó en él una ira tan repentina e intensa como imposible de dominar. Despertó al sirviente a brutales patadas antes de advertirle:

—La próxima vez que te pille durmiendo, te echo de aquí.

José abrió la boca con la intención de replicar, pero Carter alzó la mano amenazante: no soportaba la idea de oír sus excusas. Regresó luego a la parte posterior de la vivienda. El sudor empezaba ya a empaparle la camisa. Sin embargo, su causa primera no era el calor, sino la preocupación que lo embargaba. Se esforzó por pensar con total calma y claridad. Cheng había fracasado. Aunque su perra guardiana había cumplido su cometido, al menos hasta el momento, tal y como él esperaba. No obstante, su capacidad de actuación era limitada. Carter permaneció estático observando la lagartija que, boca abajo, se había detenido sobre el brazo de uno de los sillones del jardín. Sabía que no le quedaba otra posibilidad. Pero aún no era demasiado tarde. Miró el reloj. A las once en punto había un vuelo a Lisboa, de modo que le quedaban seis horas. «No puedo arriesgarme a que surja ningún imprevisto», se dijo. «Por lo tanto, he de partir en ese vuelo».

La decisión estaba tomada. Volvió entonces al interior de la casa y se dirigió al despacho donde, sentado ante el ordenador, redactó y envió un mensaje por correo electrónico en el que anunciaba su llegada, no sin indicar las escasas instrucciones necesarias.

Hecho esto, llamó al aeropuerto para reservar una plaza. Le anunciaron entonces que no quedaba ya ninguna, contratiempo que no tardó en resolver, tras pedir que lo pasaran con uno de los jefes de la compañía aérea y haber intercambiado con él unas palabras.

Se tomó la cena que Celina le había dejado preparada y se dio una ducha antes de hacer la maleta. La sola idea de tener que viajar para enfrentarse al otoño y al frío lo hizo estremecer de disgusto.

Poco después de las nueve, partió hacia el aeropuerto de Luanda.

A las once y diez minutos, es decir, con diez minutos de retraso, el avión de la compañía TAP despegaba y se perdía en la negrura del cielo rumbo a Lisboa.

Llegaron a la comisaría de Ystad poco después de las cuatro. Por alguna extraña razón, habían acomodado a Robert Modin en el despacho que una vez perteneció a Svedberg y que, en la actualidad, sólo utilizaban los agentes desplazados a Ystad para misiones concretas. Cuando Wallander cruzó la puerta, Modin estaba sentado tomándose un café. Al ver al inspector, exhibió una tímida sonrisa. Pero Wallander supo interpretarla como la expresión de un temor que el joven se esforzaba por ocultar.

—Vayamos a mi despacho —propuso Wallander.

Modin tomó la taza de café y acompañó a Wallander. Acababa de sentarse en la silla de las visitas, cuando el brazo cayó al suelo con sordo estrépito. El joven se sobresaltó, pero Wallander lo tranquilizó enseguida:

—Sí, eso le ocurre a todo el mundo. Déjalo donde está.

El inspector tomó asiento y apartó los papeles que tenía esparcidos por el escritorio.

—Tus ordenadores están en camino —anunció—. Martinson fue a buscarlos.

Modin lo siguió cauteloso con la mirada.

—Cuando nadie te observaba, copiaste parte de la información que había en el ordenador de Falk y la pasaste a tu propio ordenador ¿Cierto?

—Quiero hablar con mi abogado —repuso Modin con un tono de forzada resolución.

—No te hará falta ningún abogado —lo tranquilizó Wallander—. No has cometido delito alguno. Al menos, no a mis ojos. Pero necesito saber qué ha ocurrido exactamente.

Modin no parecía confiar en sus palabras. Aún no.

—Estás aquí para que podamos ofrecerte la protección que precisas —prosiguió Wallander—. Ése es el único motivo. No estás detenido ni eres sospechoso de ningún acto delictivo.

Modin parecía seguir sopesando la posibilidad de confiar en el inspector, mientras éste aguardaba paciente.

—¿Puedes ponerlo por escrito? —preguntó Modin.

Wallander sacó uno de sus blocs escolares y plasmó en una de las hojas unas líneas en las que garantizaba la veracidad de sus palabras antes de estampar debajo su firma.

—No te pondré el sello, pero aquí lo tienes, por escrito.

—Esto no es suficiente —insistió el joven.

—Pues tendrá que serlo, entre nosotros —objetó Wallander decidido—. De lo contrario, te arriesgas a que cambie de opinión.

Entonces Modin comprendió que hablaba en serio.

—¿Qué sucedió? —repitió Wallander—. Recibiste un mensaje amenazante que yo mismo leí. Después, descubriste de repente que había un coche aparcado en medio de la carretera que discurre entre las fincas, ¿me equivoco?

Modin lo miró atónito.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé y basta —atajó Wallander—. Cómo lo haya averiguado es secundario. Te asustaste y saliste huyendo. La cuestión es por qué sentiste tanto miedo.

—Porque me habían seguido la pista.

—Es decir, que no habías borrado tus huellas de forma tan exhaustiva como creíamos; cometiste el mismo error que en la ocasión anterior, ¿no es así?

—Son muy buenos.

—Ya, pero tú también lo eres.

Modin se encogió de hombros.

—El problema es más bien que te descuidaste. Al copiar la información del ordenador de Falk en el tuyo, algo sucedió. No pudiste resistir la tentación y continuaste trabajando en ello por la noche. Y, de algún modo que se me oculta, ellos te siguieron la pista hasta Löderup.

—No entiendo por qué preguntas si ya lo sabes todo.

Wallander pensó que aquél era el momento de apretar las tuercas.

—Debes comprender que todo esto es muy grave.

—Ya estoy enterado. Si no, ¿por qué crees que me fui de casa? ¡Si ni siquiera sé conducir!

—Bien, en ese caso, estamos de acuerdo. Eres consciente de que se trata de una situación peligrosa. De modo que, a partir de ahora, harás lo que yo te diga. Por cierto, ¿has llamado a casa para avisar de que estás aquí sano y salvo?

—¡Yo creía que vosotros habríais llamado!

Wallander le señaló el teléfono.

—Pues llama ahora mismo y diles que todo está en orden, que te encuentras en la comisaría y que, por el momento, te quedarás aquí.

—Es posible que mi padre necesite el coche…

—Pues se lo haremos llegar.

Wallander salió del despacho mientras Modin llamaba a casa. No obstante, el inspector permaneció a la escucha al otro lado de la puerta, pues no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. La conversación se prolongó bastante. Wallander oyó cómo Robert preguntaba por la salud de su madre, de lo que el inspector dedujo que la vida de la familia Modin giraba en torno a una madre que padecía serios problemas psíquicos. Una vez que Modin hubo colgado el auricular, Wallander aguardó aún unos minutos antes de entrar de nuevo.

—¿Te han traído algo de comer? —inquirió solícito—. Ya sé que tú no te comes cualquier cosa…

—Una empanada de soja no estaría nada mal —pidió Modin—. Y zumo de zanahoria.

Wallander llamó a Irene.

—Necesitamos una empanada de soja y un zumo de zanahoria.

—¿Podrías repetírmelo? —repuso Irene, sin poder dar crédito a lo que acababa de oír.

«Ebba no habría hecho preguntas», lamentó Wallander en silencio.

—Empanada de soja.

—¿Y eso qué es?

—Comida. Comida vegetariana. Espero que no tarde mucho en llegar.

Antes de dar a Irene la oportunidad de seguir preguntando, el inspector colgó el auricular.

—Bien, empecemos por lo que viste a través de la ventana —propuso Wallander—. Viste un coche, ¿no es así?

—Sí, y casi nunca pasa ninguno por aquella carretera.

—Ya. Así que tomaste los prismáticos para ver quién era.

—¡Pero si ya lo sabes todo!

—No todo, pero sí una parte. ¿Qué viste?

—Un coche azul oscuro.

—¿Un Mercedes?

—No sé nada sobre marcas de coches.

—¿Era grande, como una furgoneta?

—Eso es.

—Y alguien había salido del vehículo y estaba mirando la casa, ¿no?

—Sí. Y creo que eso fue lo que me infundió tanto miedo. Dirigí los prismáticos y regulé las lentes y, entonces, vi a un hombre que hacía lo propio, pero en dirección a mí.

—¿Pudiste verle la cara?

—Me asusté.

—Sí, claro, lo comprendo. Pero ¿y la cara, la viste?

—Vi que tenía el pelo oscuro.

—¿Cómo iba vestido?

—Llevaba una gabardina negra, creo.

—¿Te percataste de algo más? ¿Lo habías visto con anterioridad?

—No. Era la primera vez. Y no vi nada más.

—Bien. Así que saliste huyendo con el coche. ¿Viste si el hombre te siguió?

—Creo que no. Tomé un desvío que está justo al otro lado de nuestra casa y en el que nadie suele reparar.

—¿Qué hiciste después?

—Te había enviado el correo electrónico con el mensaje de socorro. Pensé que necesitaba ayuda, pero no me atrevía a regresar a la plaza de Runnerströms Torg. No sabía qué hacer. Primero pensé irme a Copenhague, pero me asustaba la idea de atravesar en coche todo Malmö por si pasaba algo; como no soy muy buen conductor…

—Bien. De modo que te fuiste a Ystad. ¿Qué hiciste después?

—Nada.

—¿Te quedaste sentado en el coche hasta que los policías te encontraron?

—Así es.

Wallander reflexionó un instante sin saber cómo proseguir. En realidad, le habría gustado tener allí a Martinson. Y también a Alfredsson, claro. Así que se levantó y salió del despacho camino de la recepción, donde halló a Irene. La joven movió la cabeza al verlo.

—¿Cómo va lo de la comida? —preguntó en tono acerado.

—A veces me da por pensar que no estáis bien de la cabeza…

—Sí, y seguro que tienes razón. Pero resulta que ahí dentro tengo a un chico que no come hamburguesas. Al parecer, también existe esa clase de jóvenes. Y tiene hambre.

—Llamé a Ebba —aclaró Irene—. Y me dijo que ella lo arreglaría.

Wallander adoptó enseguida una disposición de ánimo mucho más favorable hacia la chica. En efecto, si había hablado con Ebba, todo iría bien.

—Quiero que Martinson y Alfredsson vengan cuanto antes —ordenó—. Haz el favor de llamarlos.

En ese preciso momento, Lisa Holgersson cruzó apresurada las puertas de la comisaría.

—¿Es cierto lo que me han dicho? ¿Ha habido otro tiroteo?

Lo último que Wallander deseaba hacer era detenerse a hablar con Lisa Holgersson. Pero sabía que era inevitable, de modo que le refirió brevemente lo sucedido.

—¿Se ha dado la alarma?

—Sí, ya está todo en marcha.

—¿Cuándo me daréis cuenta de todo con detalle?

—Tan pronto como los demás hayan vuelto a la comisaría.

—Tengo la sensación de que este caso está escapándosenos de las manos.

—Todavía no —repuso Wallander sin ocultar su enojo—. Pero, como es lógico, tú puedes sustituirme cuando gustes como jefe del grupo. El responsable de la búsqueda es Hanson.

Lisa Holgersson tenía más preguntas que hacerle, pero Wallander ya le había dado la espalda y se alejaba pasillo arriba.

Tanto Martinson como Alfredsson llegaron a las cinco. Wallander se había llevado a Modin a una de las salas de reuniones más pequeñas. Mientras, Hanson había llamado para avisarles de que aún no habían localizado ninguna pista que los condujese hasta el hombre que, al abrigo de la bruma, había disparado contra Wallander. Pero nadie sabía dónde se encontraba Ann-Britt. El inspector se atrincheró, literalmente, en la sala de reuniones donde había acomodado a Modin, cuyos ordenadores ya estaban encendidos. Enseguida comprobaron que había recibido varios mensajes nuevos.

—Veamos. Lo revisaremos todo a fondo una vez más —comento Wallander cuando todos se hubieron sentado—. Desde el principio hasta el final.

—Me parece que no va a ser posible —objetó Alfredsson—. La mayor parte de la información sigue resultándonos inaccesible.

Wallander se volvió hacia Robert Modin.

—Dijiste que habías descubierto algo, ¿no es así?

—Sí, pero no creo que sea capaz de explicarlo. Además, tengo hambre.

Wallander se irritó con el joven por primera vez. El hecho de que Modin estuviese en posesión de importantes conocimientos acerca del mágico mundo de los ordenadores no excusaba todas las manifestaciones de su carácter.

—Tu comida está en camino —replicó Wallander—. Si no puedes esperar, te habrás de conformar con simples panecillos suecos. O con una pizza.

Modin se puso en pie y fue a sentarse ante sus ordenadores, mientras los demás se agrupaban a su alrededor.

—Estuve cavilando durante mucho tiempo acerca de en qué consistiría todo este lío —comenzó—. Lo más probable sería, pensaba yo, que el número veinte que no paraba de aparecer por todas partes guardase relación con el año 2000. Ya sabéis que dicen que muchos sistemas informáticos complejos dejarán de funcionar entonces si no se toman las medidas oportunas. Pero nunca encontré los dos ceros que faltaban. Además, la programación parece estar confeccionada de modo que el proceso se ponga en marcha en breve. Aunque no tengo ni idea de qué proceso se trata, claro. Así que llegué a la conclusión de que, a pesar de todo, se trata del día 20 de octubre.

Alfredsson negó con la cabeza e hizo ademán de ir a protestar, pero Wallander lo detuvo.

—Continúa.

—Así que empecé a buscar otros detalles del patrón que había seguido para hallar la cifra. Ya sabemos que hay algo que deambula de izquierda a derecha. Y que hay un punto de salida. Y eso nos hace pensar que algo va a suceder. Pero no qué. Entonces entré en Internet y empecé a buscar información sobre las instituciones que habíamos identificado: el Banco Nacional de Indonesia, el Banco Mundial, el agente de Bolsa de Seúl…, para averiguar si había algún denominador común. Ese punto que todos aspiramos a localizar.

—¿Qué punto?

—El punto en que algo falta, aquél en que el hielo es frágil, donde podríamos suponer que un ataque, de producirse, pasaría inadvertido, hasta que fuese demasiado tarde.

—Recuerda que hay grandes contingentes de reservas y de expertos preparados para cualquier eventualidad —objetó Martinson—. Además, también dispondrán de la protección necesaria para defenderse de cualquier virus que puedan enviarles para dañar sus sistemas.

—En Estados Unidos ya tienen la capacidad suficiente como para dirigir una guerra mediante ordenadores —apuntó Alfredsson—. Y hace un momento hablábamos de misiles dirigidos por vía informática y de ojos electrónicos capaces de controlar robots y de orientar su ataque hacia un determinado objetivo. Pero todo esto no tardará en ser más antiguo que un avance bélico de infantería. Lo que harán será enviar componentes dirigidos por radio a las redes del enemigo para desarticular todos los sistemas informáticos. O redirigirlos contra los objetivos que uno desee.

—¿Es verdad todo eso? —inquirió Wallander con no poco escepticismo.

—Eso no es más que lo que sabemos —precisó Alfredsson—. Pero hemos de ser conscientes de que ignoramos la mayor parte. Lo más verosímil es que los sistemas de armamento actuales sean todavía más avanzados.

—Bien, bien. Volvamos al ordenador de Falk —exhortó Wallander—. ¿Encontraste alguno de esos puntos débiles de que hablabas?

—No estoy seguro —repuso Modin vacilante—. Pero podríamos decir que todas esas instituciones son como perlas de un collar. Y al menos una característica sí que tienen en común.

—¡Ajá! ¿Y cuál es?

Modin movió la cabeza como si dudase de sus propias conclusiones.

—Son piedras angulares de los centros financieros mundiales. Si alguien impusiese el caos a sus sistemas, se originaría una crisis económica capaz de poner fuera de juego los sistemas financieros de todo el mundo. Los índices de la Bolsa se moverían sin ton ni son. Cundiría el pánico. La gente limpiaría sus cuentas bancarias. Las divisas tendrían un comportamiento tan inexplicable que nadie sería ya capaz de determinar su valor.

—¿Y a quién le interesaría algo así?

Martinson y Alfredsson respondieron casi al unísono.

—¡A mucha gente! —afirmó Alfredsson—. Sería el mayor sabotaje que podrían perpetrar un grupo de personas que estuviesen interesadas en desbaratar el orden y concierto en el mundo.

—Hay quien libera visones —observó Martinson—. Y en este caso, podríamos figurarnos que lo que se libera es el dinero. El resto no es difícil de imaginar.

Wallander intentaba seguir el razonamiento.

—¿Estáis hablando de una especie de veganos de las finanzas, o comoquiera que los queráis llamar?

—Algo así —convino Martinson—. La gente libera a los visones porque no quiere que los maten para utilizar su piel. Otros se dedican a destruir los más avanzados aviones de combate. Y son actitudes comprensibles, claro. Pero, a la larga, se puede decir que la locura está al acecho. El más terrible de los sabotajes sería, claro está, desarticular los sistemas financieros de todo el mundo.

—¿Estamos de acuerdo todos los presentes en que nos hallamos ante una acción de esta naturaleza? ¿Y que, por raro que parezca, todo esto puede tener su origen en un ordenador que se encuentra en Ystad?

—Algo de eso hay —admitió Modin—. Jamás me he enfrentado a un sistema de seguridad tan complejo.

—¿Quieres decir que es más difícil acceder a él que al del Pentágono? —quiso saber Alfredsson.

Modin le dedicó una sonrisa ladina.

—Bueno, por lo menos, no es menos complejo.

—Pues no sé cómo seguir adelante en esta situación —confesó Wallander.

—Hablaré con Estocolmo —decidió Alfredsson—. Les enviaré un informe que, a su vez, haremos llegar al mundo entero. En especial, a esas instituciones cuya identidad hemos averiguado, con el fin de que puedan adoptar las medidas pertinentes.

—Si es que no es ya demasiado tarde —murmuró Modin.

Pese a que todos oyeron sus palabras, nadie hizo el menor comentario. Alfredsson abandonó la sala a toda prisa.

—Pues, por extraordinario que se nos antoje, estoy por creerlo —admitió Wallander.

—No resulta fácil imaginar otra explicación.

—Algo sucedió en Luanda hace veinte años —insistió Wallander—. Falk vivió allí una experiencia que cambió su vida. Tuvo que conocer a alguien…

—Con independencia de lo que pueda haber en el ordenador de Falk, está claro que hay gente dispuesta a matar por mantener la información intacta y el proceso en marcha.

—Jonas Landahl estaba involucrado —afirmó Wallander reflexivo—. Y, puesto que Sonja Hökberg y él mantuvieron una relación durante un tiempo, también ella murió.

—El corte en el suministro eléctrico pudo ser una especie de prueba previa —observó Martinson—. Y no debemos olvidar que ahí fuera hay un hombre que ha intentado matarte en dos ocasiones.

Wallander señaló a Modin advirtiéndole así a Martinson que debía medir sus palabras.

—La cuestión es qué podemos hacer —prosiguió Wallander—. ¿Acaso hay algo que podamos hacer?

—Yo creo que podemos imaginarnos una especie de rampa de lanzamiento —sugirió Modin de repente—. O una tecla que haya que pulsar. Para infectar un sistema informático y evitar que te descubran, suele ocultarse el virus tras un comando de apariencia inofensiva pero que se repite de forma regular. Y hay que hacerlo de modo que varias acciones se realicen de un modo concreto a una hora concreta.

—¿Puedes darnos un ejemplo?

—Pues podría ser cualquier cosa…

—Lo mejor que podemos hacer es continuar como hasta ahora, desvelando la identidad de las instituciones que se ocultan en el ordenador de Falk, y procurar que queden avisadas para que mantengan vigilados sus sistemas de seguridad —opinó Martinson—. Del resto puede ocuparse Alfredsson.

De repente, Martinson se sentó a la mesa, escribió unas líneas sobre un trozo de papel y dirigió una mirada elocuente a Wallander, que se inclinó para leer el texto:

«Hemos de tomar en serio la amenaza dirigida contra Modin».

Wallander mostró su acuerdo con un gesto. Quienquiera que fuese la persona que se había apostado en la carretera comarcal sabía que Modin era una pieza importante. Y aquello lo colocaba en la misma situación de riesgo en que se había hallado Sonja Hökberg.

El teléfono de Wallander sonó de improviso para traerle la voz de Hanson, que lo informó de que, pese a que seguían sin localizar al responsable de los disparos, la búsqueda continuaba con la misma intensidad.

—¿Qué tal le va a Nyberg?

—Ya está contrastando las huellas dactilares.

Hanson se encontraba aún en la zona de Backåkra donde, por otro lado, permanecería el resto de la jornada. Pero el colega seguía sin saber dónde se había metido Ann-Britt.

Tras concluir la conversación, Wallander intentó localizarla por teléfono, pero no había manera de conectar con ella.

Entonces, alguien llamó a la puerta, que enseguida dejó paso a Irene. La recepcionista se presentó con un paquete entre las manos.

—Aquí está la comida esa… —anunció—. A propósito, ¿quién tenía que pagarla? Por ahora, lo he puesto de mi bolsillo.

—Dame el recibo y ya lo arreglaré —la tranquilizó Wallander.

Modin se sentó dispuesto a consumir su almuerzo mientras Wallander y Martinson lo observaban en silencio, hasta que el teléfono del inspector volvió a sonar. En esta ocasión era Elvira Lindfeldt, de modo que Wallander salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí.

—Oye, he oído en la radio que se ha producido un tiroteo a las afueras de Ystad con algunos agentes de policía de por medio. No serías tú uno de ellos, ¿verdad? —inquirió solícita.

—No exactamente —mintió Wallander evasivo—. Pero la verdad es que estamos muy ocupados en estos momentos.

—Bueno, es que me preocupé un poco; pero ahora ya estoy más tranquila, aunque llena de curiosidad… En fin, no voy a ponerme a hacer preguntas ahora, claro.

—De todos modos, no puedo decir gran cosa —se excusó Wallander.

—Me figuro que no tendrás tiempo para vernos este fin de semana.

—Es pronto para decidirlo, pero ya te llamaré.

Finalizada la conversación, Wallander se recreó en pensar que hacía mucho tiempo que nadie se acordaba de él o, menos aún, se preocupaba por él sinceramente.

Regresó a la sala cuando eran ya las seis menos veinte. Modin seguía dando cuenta de su comida y Martinson hablaba con su mujer. Wallander tomó asiento con la intención de repasar mentalmente toda la situación por enésima vez. Así, rememoró las palabras escritas en el cuaderno de bitácora de Falk, aquello de que «el espacio estaba en silencio». Hasta el momento, él había pensado que Falk aludía al espacio exterior. Ahora, en cambio, empezaba a tomar conciencia de que lo que Falk tenía en mente era otro espacio, el cibernético. Asimismo, recordaba que el asesor informático hablaba de unos «amigos» que no respondían a sus llamadas. ¿A qué amigos estaría refiriéndose? Alguien había hecho desaparecer el diario de bitácora porque éste contenía algún dato decisivo. Lo habían quitado de en medio, al igual que habían hecho con Sonja Hökberg y con Jonas Landahl. Tras todo aquello, se apostaba alguien que se hacía llamar C. Alguien a quien Tynnes Falk había conocido en Luanda.

Mientras Martinson concluía la charla con su mujer, Modin se limpiaba la comisura de los labios antes de beberse el zumo de zanahoria. Wallander y Martinson fueron a buscar unos cafés.

—Por cierto, olvidé decirte que comprobé los nombres de Sydkraft en los registros, pero sin resultado.

—Eso era de esperar —atajó Wallander.

La máquina del café empezaba a atascarse de nuevo. Martinson la desconectó y volvió a conectarla, y el aparato comenzó a funcionar con normalidad.

—¿Está controlada la máquina del café por algún programa informático?

—Me sorprendería —repuso Martinson con extrañeza—, pero seguro que existen complejas cafeteras con un chip incorporado y cuyas instrucciones de funcionamiento van cifradas con detalle.

—Pero, a ver. ¿Podría alguien manipular este aparato de modo que expidiese té en lugar de café y leche en lugar de expreso?

—Podría ser.

—Ya. Y, entonces, ¿cómo empieza la manipulación? ¿Qué es lo que pone en marcha el proceso? ¿Cómo se desencadena el alud en el interior del mecanismo?

—Pues, por ejemplo, programando la fecha y hora exactas, digamos, un espacio de tiempo de una hora. La undécima vez que alguien pulse el botón en ese espacio de tiempo, se desata el alud.

—¿Por qué la undécima?

—No era más que un ejemplo. Podría ser la novena o la tercera.

—¿Y qué pasa después?

—Pues que uno desconecta la máquina y pone un letrero con el aviso de que está estropeada —ironizó Martinson—. Y luego habría que cambiar el programa que controla el aparato.

—¿Es eso lo que intentaba explicarnos Modin?

—Así es, aunque a mayor escala.

—Pero nosotros no tenemos ni idea de dónde está la máquina de café de Falk.

—Exacto. Y podría estar en cualquier lugar.

—Lo que a su vez significa que quien desencadene el alud no tiene por qué ser consciente de ello, ¿me equivoco?

—Claro. Y para el responsable del sabotaje, lo idóneo es estar ausente cuando éste se ponga en marcha.

—En otras palabras, que lo que buscamos es una especie de máquina de café —resolvió Wallander.

—Bueno, podríamos llamarlo así, pero yo creo que el símil de una aguja en un pajar es mucho mejor. Y, para colmo, ni siquiera sabemos dónde está el pajar.

Wallander se acercó a mirar por la ventana. Ya había anochecido. Martinson fue a colocarse a su lado.

—Si nuestras suposiciones son ciertas, nos enfrentamos a un grupo de saboteadores bien conjurados y muy eficaces —apuntó Wallander—. Son crueles y expertos y no parecen detenerse ante nada.

—Pero ¿qué es lo que persiguen en realidad?

—Es posible que Modin tenga razón y que lo que pretenden sea desatar un cataclismo económico.

Martinson consideró en silencio sus palabras.

—Quiero que hagas algo —prosiguió Wallander—. Quiero que te vayas a tu despacho y escribas una memoria de todo esto. Llévate a Alfredsson para que te eche una mano. Después, la envías a Estocolmo y a todas las organizaciones policiales que se te ocurran.

—Piensa que si nos equivocamos, seremos el hazmerreir de todo el mundo.

—Tendremos que correr ese riesgo. Pásame los documentos cuando estén listos y yo los firmaré.

Martinson se marchó dispuesto a obedecer mientras Wallander se quedaba en la sala, sumido en profunda reflexión. Ann-Britt entró sin que él lo notase y, al verla de repente a su lado, dio un respingo.

—He caído en un detalle —anunció ella—. ¿No dijiste que habías visto un póster en el dormitorio de Sonja Hökberg?

—Exacto, de la película El abogado del diablo. La tengo en casa, pero aún no he tenido tiempo de verla.

—Ya, pero no es tanto la película lo que me ha hecho pensar, sino Al Pacino. Se me ha ocurrido que hay una similitud.

Wallander la miró expectante.

—¿Una similitud con qué?

—Con el dibujo que ella había trazado sobre el papel con la escena del hombre que la golpeaba en el rostro. Hay algo indiscutible.

—¿Qué?

—Pues que Carl-Einar se parece a Al Pacino. Por más que sea una variante poco agraciada del famoso actor.

Wallander admitió que la colega tenía razón. Él mismo había estado hojeando un informe que ella le había dejado sobre el escritorio, pero no había caído en el parecido. De pronto, otro detalle encajaba en el entramado.

Ambos se sentaron ante una mesa y el inspector comprobó que el rostro de Ann-Britt denotaba cansancio.

—Estuve en casa de Eva Persson —informó ella—. Con la infundada esperanza de que tuviese algo más que decir.

—¿Cómo estaba?

—Lo peor de todo es que parece impertérrita. ¡Si al menos hubiese tenido los ojos enrojecidos por el llanto o por el insomnio! Pero allí está, tan fresca, mascando chicle y dando muestras de enojo por verse en la necesidad de responder a tanta pregunta.

—Seguro que la procesión va por dentro —afirmó Wallander con determinación—. Tengo el convencimiento cada vez más firme de que, en su fuero interno, ha estallado un volcán de sentimientos contenidos. Sólo que no es visible para nosotros.

—Me gustaría creer que tienes razón.

—A ver, entonces, ¿tenía algo más que contarnos?

—Pues no. Ni ella ni Sonja Hökberg tenían la menor idea del proceso que desencadenarían cuando pusieron en práctica su venganza.

Wallander le refirió lo que había sucedido a lo largo de la tarde.

—De ser tal y como lo expones, sería la primera vez que nos enfrentamos a algo semejante —señaló ella.

—El lunes sabremos si es cierto o no, a menos que logremos impedirlo antes.

—¿Crees que seremos capaces?

—Es posible. El que Martinson se ponga en contacto con las organizaciones policiales de todo el mundo puede resultar útil. Por otro lado, Alfredsson está intentando hablar con todas las instituciones cuya identidad hemos logrado determinar.

—Apenas nos queda tiempo, si es cierto que el lunes es la fecha límite. Además, tenemos el fin de semana de por medio.

—Sí, siempre andamos cortos de tiempo —repuso Wallander.

A las nueve, Robert Modin ya no podía más. Habían acordado que no iría a dormir a su casa de Löderup las próximas noches. Pero el joven se negó a aceptar la propuesta de Martinson de que pasara la noche en la comisaría. Wallander sopesó la posibilidad de llamar a Sten Widén y pedirle que le hiciese un hueco, pero desistió de la idea. Por diversos motivos, tampoco les parecía apropiado que se quedase en casa de ninguno de los agentes. Nadie sabía hasta dónde podrían llegar las amenazas y Wallander los conminó a protegerse y mantenerse atentos.

Mientras discutían, se le ocurrió que, ¿por qué no?, podría preguntarle a Elvira Lindfeldt. Ella era una persona ajena a todo aquello. Y, por si fuera poco, eso le brindaría la oportunidad de verla, aunque no fuese más que unos minutos.

Sin mencionar el nombre de la mujer, les hizo saber que él se encargaría de acomodar a Robert Modin.

El inspector la llamó poco antes de las nueve y media.

—Quería hacerte una pregunta que seguro te resulta de lo más extraño.

—No te creas, estoy acostumbrada a todo tipo de preguntas.

—¿Podrías acomodar a una persona en tu casa por esta noche?

—¿A quién?

—¿Recuerdas el joven que entró en el restaurante en el que estuvimos cenando?

—¡Ah, sí! Un tal Kolin.

—Sí, más o menos. Se llama Modin.

—¿Es que no tiene donde pasar la noche?

—Sólo puedo decirte que necesita un lugar en el que pasar las próximas noches.

—Pues claro que puede dormir aquí, pero ¿cómo vendrá hasta Malmö?

—Yo lo llevaré. Y saldremos ahora mismo.

—¿Quieres que tenga preparado algo de comer para cuando llegues?

—No, gracias, sólo café.

Así, abandonaron la comisaría poco después de las diez. Una vez que hubieron pasado Skurup, Wallander tenía ya la certeza de que nadie los seguía.

En la ciudad de Malmö, Elvira Lindfeldt colgó morosamente el auricular. Se sentía más que satisfecha. Aquel golpe de suerte era casi una impertinencia. Pensó en Carter, que no tardaría en despegar en el aeropuerto de Luanda.

Carter estaría encantado.

Se habría salido con la suya.

## 

## 37

La noche anterior al domingo 19 de octubre fue sin duda una de las peores en la vida de Wallander. Más tarde llegaría a pensar que, en el fondo, él había presentido algo extraño durante el trayecto a Malmö. En efecto, justo cuando acababan de pasar el desvío hacia Svedala, un conductor hizo un adelantamiento repentino y suicida. Al mismo tiempo, se toparon con un tráiler que circulaba por el centro de la calzada. Wallander giró de forma tan brusca que estuvieron a punto de salirse de la carretera. Por su parte, Robert Modin, que dormía en el asiento del acompañante, no se percató de nada. Pero a él el corazón le latía desaforado.

De repente, recordó que, hacía un año aproximadamente, se había quedado dormido al volante en una ocasión en la que poco faltó para que perdiese la vida, antes de descubrir que padecía diabetes y de tomar las medidas oportunas. Y aquella noche no anduvo lejos de que le ocurriese otro tanto. Después, el origen de su desasosiego se desplazó a la investigación que tenía entre manos y cuyo desenlace parecía cada vez más enigmático. Wallander se preguntó por enésima vez sí irían por el buen camino o si, como un marino ebrio, no habría hecho encallar el navío del grupo de investigación. ¿Qué pasaría si lo que contenía el ordenador de Falk no tenía nada que ver con el caso?, ¿si la solución estaba en otro lugar bien distinto?

Wallander pasó el último tramo hasta Malmö intentando encontrar una explicación alternativa. Seguía convencido de que algo había ocurrido durante los años en que Falk estuvo desaparecido en Angola. Pero ¿no sería algo del todo distinto a lo que él se había imaginado? ¿Algún asunto de drogas? Por otro lado, sus conocimientos sobre el país africano eran prácticamente nulos. Tenía la vaga idea de que se trataba de un país rico, con pozos de petróleo y grandes minas de diamantes. Pero ¿estaría allí la explicación, o sería más bien un grupo de desquiciados saboteadores decididos a emprender un ataque contra el suministro energético de Suecia? Y, en ese caso, ¿por qué se había producido aquel cambio radical en la personalidad de Falk, justo cuando se encontraba en Angola? Sumido en las sombras de la carretera, tan sólo desvanecidas por los focos de los vehículos con que se cruzaban rasgando con su luz la oscuridad, se esforzó, sin éxito, por hallar las respuestas a todos sus interrogantes. Parte fundamental de su desasosiego era, sin lugar a dudas, la reflexión que las palabras de Ann-Britt acerca de Martinson habían provocado en él y el juego sucio que el colega desplegaba a sus espaldas. Y la sensación de verse cuestionado, quizá con razón. La angustia que lo dominaba procedía de todos los flancos.

Cuando tomó el desvío hacia Jägersro, Robert Modin se despertó sobresaltado.

—Ya casi hemos llegado —lo tranquilizó Wallander.

—Estaba soñando que alguien me agarraba la nuca —explicó Modin.

Wallander dio con la dirección sin dificultad. La casa se alzaba en uno de los extremos de una zona residencial y Wallander calculó que se habría construido en el periodo de entreguerras. Detuvo el coche y apagó el motor.

—¿Quién vive aquí? —quiso saber Modin.

—Una amiga —aclaró Wallander—. Se llama Elvira. Aquí dormirás seguro esta noche. Alguien vendrá a buscarte mañana a primera hora.

—Ni siquiera he traído cepillo de dientes —se quejó el muchacho.

—Bueno, eso tendrá arreglo, ya verás.

Eran las once de la noche, aproximadamente, y Wallander había pensado que se quedaría hasta las doce, más o menos, se tomaría un café, admiraría las hermosas piernas de la improvisada anfitriona y partiría de nuevo hacia Ystad.

Sin embargo, nada sucedió según sus previsiones. Apenas habían llamado a la puerta cuando, mientras entraban en el vestíbulo, el teléfono de Wallander empezó a sonar. Cuando respondió, fue para oír la voz de Hanson que, presa de la mayor excitación, lo informó de que por fin habían dado con una pista del hombre que creían había sido el autor de los disparos efectuados contra Wallander en la niebla. Y de nuevo, fue un hombre que paseaba con su perro quien descubrió a un sujeto que parecía estar escondiéndose y que se conducía de un modo de lo más extraño. El dueño del perro había estado viendo los coches de la policía durante todo el día recorrer la zona de Sandhammaren y se le ocurrió que sería sensato llamar y comunicarles lo que había observado. Cuando habló con el ciudadano, Hanson se enteró de que el sujeto vestía algo que parecía una gabardina negra. De modo que Wallander sólo tuvo tiempo de agradecer a Elvira su hospitalidad, volver a hacer las presentaciones entre Elvira y Modin y salir enseguida de regreso a Ystad pensando que los perros y sus dueños parecían estar extrañamente presentes en aquella investigación y que tal vez aquel tipo de personas constituyesen un recurso del que la policía debiera servirse más a menudo en el futuro… Hacia medianoche, tras haber conducido a demasiada velocidad, alcanzó el lugar situado justo al norte de Sandhammaren que Hanson le había indicado por teléfono, no sin antes haberse detenido en la comisaría para recoger su arma reglamentaria.

La lluvia había empezado a caer de nuevo. Martinson había llegado poco antes que Wallander, además de varias patrullas con equipos de protección y con perros policía. El individuo al que buscaban debía de hallarse en una zona boscosa delimitada por la carretera hacia Skillinge y los terrenos de cultivo de varias fincas. Pese a que Hanson no había tardado en organizar una cadena de vigilancia que rodeaba la zona, Wallander comprendió enseguida que el desconocido sospechoso tendría bastantes posibilidades de escapar gracias a la oscuridad. Se esforzaron por elaborar algo parecido a un plan de acción, aunque, de entrada, consideraron de alto riesgo enviar perros policía. Y allí estaban, bajo el oscuro cielo lluvioso, preguntándose qué otra cosa podrían hacer, salvo mantener la vigilancia y aguardar el alba. Y en ese momento la radio de Hanson empezó a carraspear. La patrulla apostada en el extremo norte de la zona vigilada había recibido lo que les parecía un contacto. Después se oyó un disparo y enseguida otro más. Del aparato se impuso un susurro: «Ese jodido de mierda está disparando». Acto seguido, nació un silencio que hizo que Wallander se temiese lo peor. Él y Hanson fueron los primeros en salir hacia el lugar, sin que el inspector hubiese podido percatarse de dónde se habría metido Martinson, dado el desconcierto reinante. Les llevó seis minutos ganar el punto del que procedía la llamada de socorro. Cuando divisaron las luces del coche de policía, se detuvieron y sacaron las armas antes de salir del vehículo. En medio de aquel silencio ensordecedor, Wallander lanzó un grito de llamada y, ante su propio alivio y el de Hanson, recibieron respuesta. Echaron a correr medio en cuclillas hasta llegar al coche, donde hallaron a dos agentes que, aterrados y pistola en mano, aplastaban el rostro contra el barro. Uno de ellos era El Sayed y el otro Elofsson. El hombre que había disparado se hallaba en un pequeño soto al otro lado de la carretera. Según los colegas, ellos estaban de pie junto al coche cuando, de repente, oyeron el crujido de una rama al quebrarse. Elofsson enfocó entonces el follaje con su linterna mientras El Sayed se ponía en contacto con Hanson por radio. Inmediatamente después, se oyeron los disparos.

—¿Qué hay al otro lado del soto? —inquirió Wallander en un susurro.

—Un sendero que baja hasta la playa —explicó Elofsson en el mismo tono.

—¿Hay casas por allí?

Nadie lo sabía.

—Bien, dispondremos un anillo en torno a la zona —decidió Wallander—. Al menos ahora sabemos dónde se esconde.

Hanson llamó a Martinson y le explicó dónde se encontraba. Mientras, Wallander, con el arma siempre a punto, preparado por si el individuo aparecía junto al vehículo, ordenó a El Sayed y a Elofsson que se alejasen del coche y se adentrasen en las sombras para ponerse a cubierto.

—¿Queréis que hagamos venir un helicóptero? —inquirió Martinson.

—Sí, que sobrevuele la zona y que venga provisto de buenos focos. Pero no antes de que todos estén en sus puestos.

Martinson volvió a ocuparse de la radio mientras Wallander quedaba observando desde el lugar en que estaba el coche, aunque era evidente que nada podría ver en medio de tan densa oscuridad. El murmullo del viento era ya tan intenso que también resultaba difícil discernir qué sonidos eran reales y cuáles imaginarios. De repente recordó la noche en que, en compañía de Rydberg, se adentró en un barrizal con el fin de capturar a un sujeto que había asesinado a su novia con un hacha. También aquello sucedió en otoño y, mientras tiritaban tendidos sobre el frío barro, Rydberg le explicó el difícil arte de distinguir los sonidos que uno oía realmente de los que no eran más que figuraciones. Desde aquella noche, a Wallander se le habían presentado varias ocasiones de recordar las palabras del admirado colega. Sin embargo, pensaba, él nunca había logrado adquirir aquella habilidad.

Martinson se le acercó agazapado.

—Ya están en camino. Hanson se encargará de pedir el helicóptero.

Pero Wallander no tuvo tiempo de responder pues, en aquel preciso momento, se oyó el estallido. Ambos se encogieron.

El disparo procedía del oeste, de algún punto indeterminado, sin que Wallander pudiese precisar qué o quién había sido el pretendido objetivo. Llamó a Elofsson, pero fue El Sayed quien respondió. Después, también Elofsson dio señales de vida. Wallander se sentía acuciado por la necesidad de actuar, de modo que vociferó en la oscuridad:

—¡Policía! ¡Arroja el arma!

Acto seguido, repitió sus palabras en inglés.

Pero el único que respondió fue el viento, con su sordo rugido.

—Esto no me gusta un pelo —declaró Martinson—. ¿Por qué sigue ahí, disparando al vacío? ¿Por qué no intenta huir? Debe de sospechar que los refuerzos están en camino.

Wallander no replicó palabra, pues él también se había hecho aquella pregunta.

En ese momento, empezaron a oírse los aullidos de las sirenas en la distancia.

—¿Cómo no les dijiste que acudieran en silencio?

Wallander fue incapaz de disimular su enojo.

—Eso tendría que haberlo dicho Hanson.

—No pidas demasiado.

Cuando acabó de pronunciar aquellas palabras, El Sayed lanzó un grito. Wallander entrevió una sombra que se esfumaba cruzando la carretera en dirección a la plantación situada a la izquierda del coche para desaparecer por completo.

—Se larga —susurró Wallander.

—¿Dónde está?

Wallander señaló hacia la oscuridad. Era inútil. Martinson tampoco veía nada. El inspector comprendió que debía hacer algo pues, si el sujeto lograba atravesar los campos, no tardaría en acceder a una zona boscosa aún más extensa, donde resultaría más ardua la tarea de acorralarlo. Le gritó a Martinson que se apartase, se metió en el coche de un salto, lo puso en marcha y lo orientó bruscamente en la dirección adecuada topándose en el giro con algo que no pudo ver. Pero, enseguida, los faros del coche iluminaron los campos.

Y allí estaba el hombre. Cuando el haz de luz le dio de lleno, se dio la vuelta, con la gabardina aleteando al viento. Wallander vio que el individuo levantaba un brazo y se arrojó a un lado. El disparo atravesó la luna delantera. Wallander salió rodando del coche al tiempo que les gritaba a los demás que se echasen al suelo. Se oyó otro disparo que, en esta ocasión, dio en uno de los faros del coche, cuya luz se extinguió de inmediato. El inspector se preguntó si el hombre no habría acertado por casualidad, dada la distancia. Entonces se dio cuenta de que había perdido su capacidad de visión. En efecto, al salir del coche, se había arañado la frente contra el suelo y la sangre se deslizaba ya sobre su ojo. Alzó la cabeza con cautela al tiempo que, una vez más, advertía a sus compañeros que permaneciesen contra el suelo. El sujeto avanzaba torpemente por el fango.

«¿Dónde coño estarán los perros?», se preguntaba Wallander.

El aullar de las sirenas se aproximaba. De repente, Wallander temió que alguno de los coches entrase en el radio de acción del perseguido, por lo que ordenó a Martinson que les avisase por radio para que no se acercasen hasta que no hubiesen recibido la señal.

—¡La he perdido! He perdido la jodida radio en medio de este follón —se lamentó Martinson.

El hombre estaba ya a punto de desaparecer del espacio iluminado por el único faro que quedaba. Wallander lo vio tropezar y casi caer y comprendió que debía tomar una decisión. Entonces se puso en pie.

—¿Qué cojones estás haciendo? —barbotó Martinson en la oscuridad.

—Vamos a por él —repuso Wallander.

—Ya, pero antes debemos rodearlo.

—Si esperamos, se escapará.

Wallander miró a Martinson, que mostró su desacuerdo con un gesto de la cabeza antes de echar a correr. El barro se le adhirió enseguida a las suelas de los zapatos. El hombre estaba ya fuera del haz de luz. Wallander se detuvo, sacó el arma y comprobó que el seguro no estaba echado. A sus espaldas oyó la voz de Martinson que llamaba a Elofsson y a El Sayed. El inspector intentaba mantenerse fuera de la zona bañada por la luz del faro. Apresuró la marcha, pero entonces uno de sus zapatos quedó incrustado en el barro. Wallander se agachó e, indignado, se arrancó también el otro. El frío y la humedad penetraron de inmediato las plantas de sus pies, aunque ahora podía moverse con más agilidad. De repente, divisó al individuo, que avanzaba a trompicones por la plantación embarrada y mantenía el equilibrio con dificultad. Wallander se adentró aún más en la espesa sombra, cuando cayó en la cuenta de que llevaba una cazadora blanca. Se la quitó y la arrojó al suelo fangoso. La camisa de color verde oscuro no sería tan fácil de distinguir en la oscuridad. El hombre al que perseguía no parecía haberse percatado de que Wallander le iba a la zaga, lo que le daba al inspector cierta ventaja.

La distancia que los separaba era aún tan grande que Wallander no se atrevía a dispararle en una pierna para ponerlo fuera de juego. En la distancia, se oía el motor de un helicóptero. Pero Wallander no lo oía acercarse, de lo que dedujo que estaría a la expectativa en algún lugar próximo. Para entonces, el hombre y él se hallaban en medio de la plantación y la intensidad de la luz del faro había disminuido de forma considerable. Wallander no dejaba de pensar que tenía que hacer algo, pero ignoraba qué. Sabía que no era buen tirador y, si bien el hombre al que perseguía había fallado ya en dos ocasiones, estaba convencido de que sabría manejar su arma mucho mejor que él. Por otro lado, había alcanzado el faro del coche desde una gran distancia. El inspector se esforzaba con denuedo por hallar una solución. El hombre no tardaría en ser engullido por las sombras y él no comprendía por qué Martinson o Hanson no enviaban el helicóptero.

De repente, el hombre dio un tropezón. Wallander se detuvo en seco y vio cómo el sujeto se inclinaba como si buscase algo. El inspector comprendió de inmediato que se le había caído el arma y que le costaba encontrarla. Los separaban unos treinta metros de distancia. «No me dará tiempo», sentenció para sí, antes de echar a correr intentando salvar los surcos húmedos y endurecidos, pero también él tropezó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Entonces, el hombre advirtió su presencia. Pese a la distancia que aún los separaba, Wallander pudo ver que era asiático.

En aquel momento, el inspector resbaló. El pie izquierdo se deslizó como si se hallara sobre un bloque de hielo. No logró recobrar el equilibrio y cayó. En el mismo instante, el hombre dio con su arma. Wallander estaba ya de rodillas. El arma que el hombre sostenía ahora en su mano lo apuntaba implacable. Wallander apretó el gatillo. Pero su arma falló. Apretó de nuevo con el mismo resultado. En un último intento desesperado por escapar, se arrojó a un lado e intentó hundirse cuanto pudo en el fango. Entonces se oyó el disparo. Wallander se estremeció. Pero no había sido alcanzado. Permaneció allí tendido, inmóvil, aguardando un nuevo disparo. Pero nada sucedía. Wallander ignoraba cuánto tiempo estuvo allí tumbado, aunque tuvo tiempo de recrear en su mente su propia situación, como si la contemplase desde fuera. Así era, pues, como acabaría sus días: con una muerte absurda, solo en medio de una plantación a la que había llegado pleno de sueños y propósitos que quedarían en nada. Con el rostro aplastado contra el húmedo y frío barro, terminaría por fundirse con la sombra última. Y ni siquiera llevaría los zapatos puestos…

Sin embargo, cuando oyó que se aproximaba el helicóptero, se atrevió a confiar de nuevo en su supervivencia y, con extrema cautela, alzó la cabeza unos centímetros.

El hombre había caído y yacía tendido boca arriba sobre el fangoso terreno, con los brazos extendidos. Wallander se incorporó y se le acercó despacio. A lo lejos se divisaba el juego de luces de los focos del helicóptero sobre los campos, y el negro aire de la noche le trajo también el ladrido de los perros y los gritos de Martinson.

El hombre estaba muerto y Wallander supo enseguida por qué. En efecto, el disparo que acababa de oír no iba dirigido contra él. Aquel sujeto se había disparado a sí mismo. En la sien. Wallander experimentó un repentino mareo y sintió ganas de vomitar. Se acuclilló, traspasado de humedad y temblando de frío.

Después de aquello, pensó, no tendría que plantearse más la misma cuestión, pues el hombre de la gabardina negra que ahora yacía muerto a sus pies era, en efecto, de origen asiático. Ignoraba de qué país procedía, pero aquél era, sin duda, el hombre que, hacía un par de semanas, había hecho que Sonja Hökberg le cambiase el asiento a Eva Persson en el restaurante de István. El mismo que, antes de abandonar el local, había pagado con una tarjeta American Express falsa, expedida a nombre de Fu Cheng. El mismo que había irrumpido en el apartamento de Falk cuando Wallander se encontraba allí esperando a la viuda. El mismo, en fin, que había disparado en dos ocasiones contra Wallander, errando el tiro otras tantas.

El inspector ignoraba quién era aquel individuo y por qué había venido a Ystad. Pero su muerte le reportó un gran alivio, pues ya no tendría que preocuparse de la seguridad de sus colegas ni de la de Robert Modin.

Asimismo, sospechaba que aquél que ahora yacía allí cadáver había trasladado el cuerpo de Sonja Hökberg a la estación de transformadores y también había arrojado a Jonas Landahl en las grasientas aguas que rodeaban el eje de la hélice del transbordador de Polonia.

No eran pocas las incógnitas por despejar. Los puntos que aún precisaban de una explicación superaban en número a aquéllos que sí les habían quedado aclarados. Y, aun así, agazapado allí en el fango, Wallander sintió que algo había tocado a su fin.

Naturalmente, era imposible que él supiese que la realidad era otra bien distinta. De eso no tomaría conciencia hasta poco después.

El primero en llegar fue Martinson. Wallander se incorporó y vio que Elofsson lo seguía de cerca. El inspector le pidió que fuese a buscar sus zapatos y su cazadora.

—¿Le disparaste? —inquirió Martinson incrédulo.

Wallander negó con un gesto.

—Él mismo se pegó un tiro. De no ser así, yo estaría muerto a estas horas.

De repente, también Lisa Holgersson apareció de entre las sombras. Wallander dejó que Martinson le explicase lo ocurrido. Entretanto, Elofsson volvió con los zapatos y la cazadora del inspector, que no deseaba más que marcharse de allí, no sólo para ir a casa a cambiarse de ropa sino, en la misma medida, para alejarse del recuerdo de sí mismo allí tendido en el fango a la espera de un final miserable.

En algún rincón de su fuero interno latía, sin duda, un aliento de satisfacción. Pero la sensación de vacío era, por el momento, la que dominaba.

El helicóptero ya había desaparecido a instancias de Hanson y el gran despliegue empezaba a desmantelarse. Ya no quedaban en el lugar de los hechos más que los técnicos encargados de examinar el cadáver.

Hanson se les acercaba pateando el barro enfundado en un par de botas de goma de color amarillo fosforescente y con un gorro cubriéndole la cabeza.

—Deberías irte a casa —afirmó mientras observaba a Wallander.

Wallander asintió y comenzó a desandar el camino recorrido hasta el lugar en que se hallaba. Las luces de las linternas danzaban a su alrededor, pero él estuvo a punto de caer en varias ocasiones.

Justo antes de que hubiese llegado a la carretera, Lisa Holgersson le dio alcance.

—Creo que tengo una idea bastante clara de lo sucedido, pero, por supuesto, mañana tendremos que vernos y repasarlo todo a conciencia. Ha sido una suerte que las cosas no hayan ido peor.

—Pronto sabremos si fue él quien asesinó a Sonja Hökberg y a Jonas Landahl.

—¿No crees que también tuvo algo que ver en la muerte de Lundberg?

Wallander la miró atónito. En efecto, él solía pensar que la comisaria razonaba con agilidad formulando siempre preguntas inteligentes. Sin embargo, ahora lo sorprendía con una cuestión absurda.

—Fue Sonja Hökberg quien mató a Lundberg —replicó—. Eso es algo sobre lo que no cabe albergar la menor duda.

—Pero ¿por qué ha sucedido todo esto? ¿Cuál es el móvil?

—Aún no lo sabemos. Pero estoy convencido de que Falk, o, más bien, la información oculta en su ordenador, desempeña ahí un papel fundamental.

—Pues a mí sigue pareciéndome poco fiable esa hipótesis.

—Ya, pero no nos queda otra posibilidad.

Wallander no aguantaba más.

—Tengo que ir a cambiarme de ropa —comentó—. Si no te importa, pensaba irme a casa.

—Antes me veo en la obligación de decirte algo. Es imperdonable que te lanzases a su captura tú solo. Deberías haberte llevado a Martinson.

—Bueno, todo sucedió tan rápido…

—No deberías haberle impedido que te acompañase.

Wallander estaba retirando el barro de su ropa, pero, al oír su palabras, se detuvo y la miró fijamente.

—¿Impedirle yo?

—Así es. No deberías haberle impedido que te ayudase. Sabes que es una de las reglas de oro no actuar jamás en solitario. Deberías haberlo tenido en cuenta.

Wallander perdió por completo el interés por el barro adherido a su ropa.

—¿Y quién ha dicho que yo se lo impedí?

—Bueno, no ha sido difícil deducirlo.

Wallander sabía que no cabía más que una explicación: que el propio Martinson así lo hubiese dado a entender, puesto que tanto Elofsson como El Sayed se hallaban demasiado lejos.

—En fin, será mejor que hablemos de ello mañana —sugirió evasivo.

—De acuerdo, pero me sentía obligada a hacértelo notar. De lo contrario, también yo habría incurrido en una negligencia profesional. Por otro lado, tu situación es ya bastante delicada.

Dicho esto, la comisaria se dio la vuelta y se alejó hacia la carretera linterna en mano. Wallander sintió crecer la ira en su interior. Estaba claro que Martinson había mentido al decir que él le había impedido acompañarlo en la persecución a campo traviesa. Y él, que se había sentido abandonado, allá tendido en el barro, con el convencimiento de hallarse próximo a morir…

Mientras meditaba de este modo, descubrió que Martinson y Hanson avanzaban en dirección a él, precedidos del titubeo de las luces de sus linternas. Al fondo, Lisa Holgersson ponía en marcha su coche y partía en la oscuridad.

Los dos agentes se detuvieron ante el inspector.

—¿Podrías sostener la linterna de Martinson? —preguntó Wallander.

—Y eso, ¿por qué?

—¿Serías tan amable de hacer lo que te digo?

Martinson le tendió la linterna al colega y, entonces, Wallander tomó impulso y le propinó un puñetazo en la cara. Sin embargo, a la vacilante luz de las linternas, le costó tanto estimar la distancia que el golpe quedó en un roce.

—¿Qué coño estás haciendo?

—No, ¿qué coño estás haciendo tú? —vociferó Wallander antes de lanzarse sobre Martinson.

Ambos cayeron rodando sobre el barro mientras Hanson intentaba separarlos, pero el agente resbaló y cayó también. Una de las linternas se apagó y la otra quedó encendida en el suelo.

La ira de Wallander se esfumó tan rápido como se había originado. Recogió la linterna y enfocó con ella el rostro de Martinson, que sangraba por la boca.

—Le has dicho a Lisa que te impedí que me acompañases en la persecución, ¿no es así? Vas por ahí diciendo un montón de mentiras sobre mí.

Martinson se quedó sentado sobre el fango, pero Hanson ya se había levantado. El lejano ladrido de un perro les llegó atenuado por la distancia.

—Vas por ahí hablando a mis espaldas —prosiguió Wallander, cuyo tono de voz había recuperado la calma habitual.

—No sé de qué me hablas.

—Te dedicas a hablar mal de mí a mis espaldas. Piensas que no soy buen policía y le vas con el cuento a Lisa cuando crees que nadie te ve.

En aquel momento, Hanson intervino en la conversación.

—¿Puede saberse de qué estáis hablando?

—Estamos discutiendo cuál es el mejor modo de colaborar, si tratando de ser más o menos sinceros el uno con el otro o si, por el contrario, lo más apropiado no será andar criticándonos de la forma más cobarde —explicó Wallander.

—Pues yo sigo sin comprender una palabra —admitió Hanson.

Wallander se desanimó al punto. En el fondo, no tenía el menor sentido prolongar aquello más de lo necesario.

—No tengo nada más que decir —concluyó al tiempo que arrojaba la linterna a los pies de Martinson.

Después, se encaminó hacia uno de los coches patrulla y le pidió a sus colegas que lo llevasen a casa. Se dio un baño antes de sentarse a la mesa de la cocina. Eran casi las tres de la mañana. Se esforzaba en pensar, pero tenía la mente en blanco, de modo que se fue a la cama, aunque no pudo conciliar el sueño. Rememoró su vivencia en los campos, el pánico experimentado mientras yacía allí, con el rostro incrustado en el barro, la extraña sensación de vergüenza por haber estado a punto de morir sin zapatos y el enfrentamiento con Martinson.

«Llegué al límite», se dijo. «Y quizá no sólo en lo relativo al asunto pendiente con Martinson, sino con respecto a todo lo demás, a mi vida en general».

No eran pocas las ocasiones en que se había sentido hastiado y agotado, pero jamás con aquella intensidad. Intentó, para recobrar el ánimo, concentrarse en la figura de Elvira Lindfeldt, a quien suponía dormida a aquellas horas. Y en una habitación, cerca de donde ella descansaba, estaría Robert Modin, ya libre de la preocupación de que ningún hombre con unos prismáticos apareciese ante su vista.

Se preguntaba asimismo cuáles serían las consecuencias del hecho de haber agredido a Martinson. De nuevo se vería en la situación de una versión contra la otra, exactamente igual que en el caso de lo sucedido con Eva Persson y su madre. Y Lisa Holgersson ya había demostrado que confiaba más en Martinson que en él. Por si fuera poco, era indiscutible que había recurrido a la violencia dos veces en un plazo inferior a dos semanas: en una ocasión contra una adolescente durante un interrogatorio; en la otra contra uno de sus colegas más antiguos y con el que había compartido no pocas confidencias.

Y así, tendido como se hallaba en la oscuridad de la noche, se preguntaba si, en el fondo, se arrepentía de su acceso de cólera. Constató, no obstante, que no podía hacerlo pues, en última instancia, era su dignidad lo que estaba en juego. Y su reacción contra la traición de Martinson había sido justa. Lo que Ann-Britt le había confiado había de salir a la luz.

Estuvo allí tumbado largo rato, pensando en lo que consideraba era su umbral de aguante. Pero se le ocurrió asimismo que otro tanto le sucedía a la sociedad entera. Era incapaz de decir qué podía resultar de ello. Salvo que los policías del futuro, aquellos que, como El Sayed, iban terminando sus estudios en la Escuela Superior de Policía, partirían de premisas muy distintas a las suyas a la hora de enfrentarse a las formas de delincuencia derivadas de las oportunidades que brindaban las nuevas técnicas de la información. «Aunque no sea un anciano, sí que soy un perro viejo», se dijo. «Y a los perros viejos no se les pueden enseñar nuevos trucos a no ser con muchísimo esfuerzo».

Se levantó de la cama en dos ocasiones. Una para beber agua, la otra para orinar. Y en ambas ocasiones se detuvo junto a la ventana de la cocina para contemplar la calle solitaria.

Cuando, por fin, lo venció el sueño, habían dado ya las cuatro de la mañana.

Era el domingo, 19 de octubre.

El vuelo 553 de la compañía TAP, en el que volaba Carter, aterrizó en Lisboa a las seis horas y treinta minutos exactamente. El avión con destino a Copenhague no saldría hasta las ocho horas y quince minutos.

Como de costumbre, el desasosiego lo invadió tan pronto como puso los pies en Europa. En efecto, en África se sentía protegido, mientras que en el viejo continente se encontraba en terreno desconocido.

Para efectuar su entrada en Lisboa, eligió entre sus distintos documentos e identidades y cruzó el control de pasaportes como Lukas Habermann, ciudadano alemán nacido en Kassel en 1939, registrando en su memoria el rostro del funcionario que revisaba la documentación. Acto seguido, se dirigió a los servicios y destruyó el pasaporte arrojando los trozos al retrete hasta asegurarse de que el agua de la cisterna los arrastraba hacia el fondo. Tras buscar en su equipaje de mano, halló el pasaporte que le confería la identidad del ciudadano británico Richard Stanton, nacido en Oxford en 1940. Cambió entonces de chaqueta y se peinó hacia atrás con el pelo empapado en agua. Pasó de nuevo por facturación y se dirigió después al control de pasaportes, poniendo sumo cuidado en elegir una de las ventanillas más alejadas de aquélla en la que, no hacía ni media hora, había mostrado su pasaporte alemán. Todo transcurrió sin el menor contratiempo. Se encaminó entonces hacia un lugar algo apartado en el que estaban llevándose a cabo algunas reformas pero que, al ser domingo, aparecía desierto, y, tras haberse asegurado de que estaba solo, sacó su móvil.

Ella contestó casi en el acto. A él no le gustaba hablar por teléfono, por lo que no hizo más que unas preguntas concisas cuyas respuestas esperaba fuesen igual de concisas y escuetas.

Descubrió entonces que ella ignoraba dónde se encontraba Cheng, que él debería haberla llamado la noche anterior, pero que no lo hizo.

Después, Carter escuchó incrédulo las novedades que la mujer le tenía reservadas. Le costaba creer que hubiesen tenido tanta suerte.

Al final, no pudo por menos de convencerse de que así era: Robert Modin había caído directamente en la trampa. O, más bien, lo habían conducido a ella.

Concluida la conversación, Carter permaneció inmóvil un instante. Le preocupaba que Cheng no hubiese dado señales de vida. Algo debía de haberle ocurrido. Por otro lado, no tendrían ya el menor problema en dejar fuera de combate al joven llamado Modin, el que había resultado ser su único y mayor obstáculo.

Se guardó el teléfono en el maletín antes de tomarse el pulso.

Latía algo más acelerado de lo habitual, pero nada extraordinario.

Se dirigió después a la sala de espera reservada al descanso de los pasajeros de primera clase.

Una vez allí, se tomó una manzana y una taza de té.

El avión con destino a Copenhague despegó con cinco minutos de retraso, a las ocho horas y veinte minutos.

Carter ocupaba el asiento número tres, letra de. Pasillo. Detestaba quedar atrapado contra la ventanilla.

Le advirtió a la azafata que no deseaba que le llevasen el desayuno.

Hecho esto, cerró los ojos y no tardó en conciliar el sueño.

## 

## 38

Wallander y Martinson se encontraron a las ocho de la mañana del domingo. Como si hubiesen acordado verse a una hora y lugar determinados, ambos llegaron a la comisaría exactamente al mismo tiempo. Se tropezaron en el pasillo, a la entrada del comedor, y puesto que habían llegado cada uno de un extremo, a Wallander le dio la impresión de que iban a batirse en duelo. No obstante, nada anormal sucedió salvo que ambos entraron juntos en el comedor tras hacer un gesto con la cabeza a modo de saludo. Una vez en la sala, comprobaron que de nuevo se había estropeado la máquina del café. Martinson presentaba un moratón en la parte superior del ojo y tenía el labio inferior hinchado. Ambos observaban el mal garabateado cartelito que anunciaba que la máquina estaba fuera de servicio.

—Pagarás lo que has hecho —amenazó Martinson—. Pero antes aclararemos la situación.

—Golpearte no estuvo bien —replicó Wallander—. Pero eso es lo único que lamento.

Dicho esto, no hubo más comentarios acerca de lo ocurrido. Hanson, que acababa de entrar en el comedor, observaba inquieto a los dos hombres.

Wallander propuso que mantuviesen el encuentro allí mismo, pues el comedor estaba vacío, en lugar de acudir a una de las salas de reuniones. Hanson puso agua a hervir en una cacerola y los invitó a compartir con él el desayuno. Acababan de servirse el café cuando apareció Ann-Britt. Wallander ignoraba si Hanson la habría llamado aquella mañana para referirle lo sucedido la noche anterior. Pero resultó que había sido Martinson quien le había proporcionado toda la información relativa al sujeto que se había suicidado en la plantación, si bien comprendió que el agente nada había comentado acerca del violento enfrentamiento. Por otro lado, el inspector se percató enseguida de que Martinson la miraba con frialdad, de lo que cabía deducir que su compañero había pasado la noche meditando acerca de quién le habría ido con el cuento a Wallander.

Transcurridos unos minutos, también Alfredsson se les unió. Hanson explicó que Nyberg seguía en la plantación.

—¿Y qué cree que va a encontrar? —inquirió Wallander con extrañeza.

—Bueno, se marchó a casa para dormir unas horas —aclaró Hanson—. Pero aseguró que estaría listo dentro de una hora, como mucho.

La reunión no se prolongó mucho tiempo. Wallander ordenó a Hanson que hablase con Viktorsson, pues tal y como estaba la situación, era de capital importancia que el fiscal estuviese al corriente en todo momento. Por otro lado, se haría necesario convocar una conferencia de prensa a lo largo del día, aunque de eso tendría que hacerse cargo Lisa Holgersson, y, si había tiempo para ello, Ann-Britt podría asistir.

—Pero ¡si yo ni siquiera estuve presente anoche en el lugar de los hechos! —protestó asombrada.

—Tú no tienes que decir ni una palabra. Pero quiero que acudas para ver qué dice Lisa, no sea que se le pase por la cabeza dejarse caer con algún comentario absurdo.

La reacción general ante sus últimas palabras fue de un silencio fruto de la sorpresa. En efecto, nadie lo había oído jamás expresar una crítica tan manifiesta contra su jefe. Sin embargo, aquella observación no respondía a ninguna intención concreta por parte de Wallander. Simplemente era el resultado de sus reflexiones de la noche anterior: la sensación de estar agotado, de sentirse mayor y criticado. Pero, si era cierto que tenía ya una edad respetable, debería poder permitirse decir lo que pensaba sin ningún tipo de contemplaciones con respecto al pasado o al futuro.

Así, pasó a tratar de lo que revestía importancia en aquellos momentos.

—Hemos de concentrarnos en el ordenador de Falk. Si es cierto que se ha programado de modo que algo se desencadene el día 20, contamos con menos de dieciséis horas para averiguar qué es exactamente.

—¿Dónde está Modin? —inquirió Hanson.

Wallander apuró el último trago de café antes de ponerse en pie.

—Yo iré a buscarlo. En marcha todos.

Cuando salieron del comedor, Ann-Britt le hizo señas de que deseaba hablar con él, pero el inspector la rechazó con un gesto de la mano.

—Ahora no. He de ir en busca de Modin.

—¿Dónde está?

—En buenas manos.

—¿Y no puede ir otro a recogerlo?

—Pues sí. Pero yo necesito pensar acerca de cuál será la mejor manera de invertir las horas de este día y de cuáles pueden ser las consecuencias de que ese individuo esté muerto.

—Pues precisamente de eso quería yo hablarte.

Wallander se detuvo junto a la puerta.

—Te doy cinco minutos.

—Nadie parece haber formulado la pregunta más importante.

—¿Y cuál es, según tú?

—Por qué se disparó a sí mismo en lugar de dispararte a ti.

Wallander notó que su voz rezumaba indignación. De hecho, estaba muy enojado con todo y con todos. Y además, no hacía el menor esfuerzo por ocultarlo.

—¿Y qué te hace pensar que yo no me he preguntado lo mismo?

—Porque lo habrías mencionado durante la reunión.

«¡Menuda sabelotodo!», exclamó Wallander para sí, aunque se guardó de decir lo que pensaba pues, pese a todo, había una especie de límite invisible que no era capaz de transgredir.

—Ya, en fin. ¿Qué crees tú?

—Bueno, yo no estuve allí y no sé qué ocurrió exactamente, pero creo que debe de haber una razón de mucho peso para que un individuo de esa calaña se quite la vida.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La verdad, creo que, por raro que parezca, yo también he atesorado algo de experiencia durante mis años de policía.

Wallander no pudo evitar un tono aleccionador al responder:

—Ya, claro. Pero la cuestión es si la experiencia de que hablas puede tener algún valor en este caso concreto. Con toda probabilidad, aquel hombre había matado, como mínimo, a dos personas. Y no habría vacilado de haber querido matar a una tercera. Aún no podemos decir qué hay tras todo esto, pero no cabe duda de que era un hombre sin escrúpulos y de una crueldad poco habitual. Una crueldad oriental, como suele decirse. De modo que este hombre oyó el helicóptero y comprendió que no lograría escapar. Según venimos sospechando, las personas involucradas en este caso son fanáticos y quizá su obsesión se le volvió en contra en aquel momento.

Ann-Britt quiso replicar, pero Wallander, que estaba ya camino de la puerta, no le dio oportunidad.

—He de ir a recoger a Modin —atajó—. Ya hablaremos más tarde. Si es que el mundo sigue existiendo entonces.

Wallander abandonó la comisaría a las nueve menos cuarto, con algo de prisa. Aunque la lluvia había cesado, soplaba ahora un frío viento racheado. El banco de nubes se deshacía con gran rapidez mientras él salía rumbo a Malmö. La carretera aparecía desierta aquella mañana de domingo. Conducía a demasiada velocidad y, en algún punto entre Rydsgård y Skurup, atropello a una liebre. Pese a que había intentado esquivarla, el animal fue a parar sin remedio bajo su rueda trasera. Unos metros más adelante, pudo ver en el espejo retrovisor cómo sus patas traseras se estremecían sobre el asfalto. Pero el inspector no frenó.

Y, de hecho, no se detuvo hasta llegar a la casa de Jägersro a eso de las diez menos veinte de la mañana. Elvira Lindfeldt le abrió enseguida al oír el timbre y Wallander entrevió a Robert Modin sentado a la mesa de la cocina ante una taza de té. La mujer se presentó vestida, pero a Wallander le dio la impresión de que estaba cansada y, de algún modo que no pudo determinar, parecía distinta a la última vez que la vio. Su sonrisa era, pese a todo, la misma. Ella le ofreció un café y Wallander pensó que eso era lo que necesitaba. Aun así, lo rechazó, pues el tiempo apremiaba. Ella insistió, lo tomó del brazo y lo llevó casi a empujones hasta la cocina. Al inspector no se le escapó su rápida ojeada al reloj de pulsera, que lo puso en guardia de inmediato. «Quiere que me quede», concluyó. «Pero no demasiado. Como si algo o alguien la esperasen tras mi partida». Le agradeció el ofrecimiento pero le pidió a Modin que se preparase para partir.

—Me ponen nerviosa las personas que andan con prisas —se lamentó la mujer cuando Modin hubo salido de la cocina.

—Pues acabas de dar con mi primer fallo —declaró Wallander—. Pero lo cierto es que hoy, precisamente, no puedo hacer nada por evitarlo. Necesitamos a Modin en Ystad.

—¿Por qué tanta prisa?

—Ni siquiera tengo tiempo de explicártelo, pero te diré que estamos algo preocupados por el 20 de octubre, que es mañana.

Pese a su cansancio, Wallander notó la débil sombra de inquietud que abatió el semblante de la mujer por un instante, antes de lucir de nuevo su flamante sonrisa. Wallander se preguntó si no estaría asustada, pero enseguida rechazó la idea suponiendo que eran figuraciones suyas.

Transcurridos unos minutos, Modin apareció escaleras abajo, listo para salir, con sus aparatos bajo el brazo.

—¿Volverá mi huésped esta noche? —inquirió ella.

—No, ya no es necesario.

—¿Volverás tú esta noche?

—Ya te llamaré. Cuando lo sepa.

Regresaron a Ystad. Wallander aminoró la velocidad durante el camino de vuelta, aunque no demasiado.

—Hoy me levanté temprano —comentó Modin—. He estado pensando y se me han ocurrido algunas ideas que me gustaría poner en práctica cuanto antes.

Wallander se preguntaba si debía desvelarle los sucesos de la noche anterior, pero decidió que sería mejor esperar pues, por ahora, lo más importante era que Modin se mantuviese concentrado. Así pues, prosiguieron el trayecto en silencio. El inspector era consciente de lo absurdo que sería que el joven malgastase su energía en explicarle en qué consistían aquellas nuevas ideas.

Dejaron atrás el lugar en que Wallander había atropellado a la liebre. Una bandada de cuervos se desperdigó en diversas direcciones cuando el coche se acercaba. La liebre estaba ya tan aplastada que resultaba difícil reconocerla. Wallander le contó a Modin que la había atropellado de camino a Malmö.

—En realidad, las hay a cientos por las carreteras —observó el inspector—. Pero hasta que no la atropellas tú mismo, no la ves de verdad.

De repente, Modin miró a Wallander.

—¿Podrías repetir lo que acabas de decir sobre la liebre?

—Sí, que hasta que no la atropellas tú mismo, no la ves de verdad. Pese a que suele haber cientos de ellas muertas en la carretera.

—¡Exacto! —exclamó Modin reflexivo—. Eso es lo que nos pasa, naturalmente.

Wallander le lanzó una mirada inquisitiva.

—Tal vez debamos ver lo que buscamos en el ordenador de Falk del mismo modo —aclaró Modin—. Como algo que hemos visto varias veces con anterioridad sin habernos percatado de ello.

—Creo que no te entiendo bien.

—Tal vez hayamos profundizado demasiado de forma innecesaria. Tal vez lo que estamos buscando es algo que tenemos ante nuestros propios ojos, simplemente.

Dicho esto, Modin se hundió en honda reflexión mientras Wallander seguía sin comprender del todo.

A las once, aparcaron el vehículo ante el edificio de la plaza de Runnerströms Torg. Modin subió a la carrera cargado con los dos ordenadores. Wallander lo seguía jadeante con un piso de retraso. Era consciente de que, a partir de aquel momento, debía confiar en la capacidad de Alfredsson y de Modin de sacar algo en claro. Eso sí, con la ayuda de Martinson. Y lo mejor que él podía hacer era intentar mantener una visión de conjunto de lo que sucediese, y en modo alguno pensar que él podría bucear y nadar en el océano electrónico al mismo ritmo que los demás. No obstante, se sintió obligado a recordarles la naturaleza de la situación en la que se hallaban inmersos y a señalar lo que era importante y lo que podía esperar. Asimismo, confiaba en que Martinson y Alfredsson tuviesen la cantidad suficiente de sentido común como para ocultarle a Modin lo acontecido durante la noche. En realidad, Wallander debería haber llamado a Martinson y, a solas, haberle explicado que Modin no estaba aún al corriente y que así debía seguir, por el momento. Sin embargo, no era capaz de hablar con Martinson más de lo absolutamente imprescindible ni de compartir con él ningún tipo de confidencia.

—Son las once —comenzó cuando hubo recuperado el aliento tras la acelerada marcha escaleras arriba—. Lo que quiere decir que disponemos de trece horas hasta la medianoche anterior al 20 de octubre. En otras palabras, el tiempo apremia.

—Nyberg ha llamado —interrumpió Martinson.

—¿Qué novedades tenía?

—No mucho. El arma era una Makarov, calibre de nueve milímetros. Esperaba poder confirmar que se trataba de la misma arma utilizada en el apartamento de la calle de Apelbergsgatan.

—¿Llevaba el tipo alguna documentación encima?

—Tenía tres pasaportes. Uno coreano, otro tailandés y, por curioso que parezca, otro rumano.

—¿Ninguno angoleño?

—Pues no.

—Bien. Hablaré con Nyberg.

Acto seguido, pasó a comentar la situación a grandes rasgos mientras Modin aguardaba impaciente sentado ante sus aparatos.

—Dentro de trece horas será 20 de octubre —reiteró—. Por ahora, no nos interesan más que dos cuestiones. Todo lo demás tendrá que esperar hasta nueva orden. Las respuestas a esas dos preguntas nos conducirán necesariamente a una tercera, a la que volveré más adelante.

Wallander echó una ojeada a su alrededor mientras Martinson se mantenía inmóvil, con la mirada clavada en el vacío y el rostro inexpresivo. La hinchazón del labio había empezado a adquirir un tono violáceo.

—Por otro lado, la respuesta a la primera pregunta puede eliminar las otras dos —prosiguió el inspector—. ¿Es realmente el 20 de octubre la fecha que nos interesa? Y, de ser así, ¿qué sucederá entonces? Si la respuesta a la primera pregunta es afirmativa, la tercera será qué debemos hacer para detener el proceso, cualquiera que sea. Esto es lo único importante.

Tras haber pronunciado aquellas palabras, Wallander guardó silencio.

—Aún no hemos recibido ninguna respuesta del extranjero —intervino Alfredsson.

Wallander recordó entonces que tendría que haber firmado aquel documento antes de que fuese enviado a las organizaciones policiales internacionales.

Martinson pareció leerle el pensamiento, cuando aclaró:

—Lo firmé yo, para ahorrar tiempo.

Wallander asintió.

—Y qué hay de las instituciones que logramos identificar. ¿Ninguna de ellas ha reaccionado todavía?

—No, por ahora. Pero apenas si han transcurrido unas horas. Y además, es domingo.

—Lo que significa que, por ahora, estamos solos —concluyó Wallander antes de dirigir la mirada a Modin—. Robert me comentó durante el viaje de vuelta de Malmö que se le habían ocurrido algunas ideas. Sólo nos cabe esperar que nos lleven por buen camino.

—Estoy convencido de que es el día 20 —afirmó Modin.

—En ese caso, a ver si nos convences a nosotros también.

—Necesitaré una hora, más o menos.

—Disponemos de trece —le recordó Wallander—. Si partimos de la base de que, ciertamente, no contamos con un solo minuto más.

Dicho esto, Wallander se marchó. Lo mejor que podía hacer en aquellos momentos era dejarlos tranquilos. Así pues, se dirigió a la comisaría. Lo primero que hizo fue ir a los servicios. Durante los últimos días había sentido una necesidad casi permanente de orinar y una molesta sequedad en la boca, indicios inequívocos de que había empezado a descuidar su diabetes de nuevo. Tras la visita a los servicios, se encaminó a su despacho y se acomodó en la silla.

«¿Debo de haber estado obviando alguna cosa?», se preguntó. «¿No habrá algo en toda esta historia que pueda proporcionarnos de un plumazo la explicación que buscamos?». El cerebro no cesaba de ronronear, como un motor en punto muerto. Durante unos segundos, volvió a Malmö con el pensamiento. Elvira Lindfeldt se había comportado de forma distinta aquella mañana. Wallander tenía el convencimiento de que así era, por más que no fuese capaz de explicarlo. Aquello lo inquietaba. Lo que menos deseaba en el mundo era que ella empezase ya, en un estadio inicial, a detectar fallos en su personalidad. ¿No la habría introducido en su profesión de un modo demasiado rápido y brusco al pedirle que alojase a Robert por la noche?

Desechó aquellos pensamientos y se dirigió al despacho de Hanson, que se encontraba ante el ordenador comprobando en los diversos registros los nombres de una lista que Martinson le había facilitado. Wallander le preguntó qué tal iba todo, pero el colega hizo un gesto displicente con la cabeza.

—Aquí no hay nada que cuadre —se lamentó con resignación—. Es como tomar varias piezas de distintos rompecabezas y esperar que se produzca un milagro que las haga encajar. El único denominador común es que todas ellas son instituciones financieras. Además de la empresa de telefonía y un contratista de satélites.

Wallander dio un respingo.

—Sí, un contratista de satélites de Atlanta: Telsat Communications.

—Es decir, que no es un fabricante, ¿no es cierto?

—Según he visto, se trata de una empresa que ofrece en alquiler espacios de emisión a través de varios satélites de comunicación.

—Pues eso al menos encaja con la empresa de telefonía —apuntó Wallander.

—Bueno, si afinamos un poco, podemos decir que también encaja con todo lo demás. De hecho, el dinero se envía hoy día de un lado a otro por vía electrónica. Ya no se traslada en una caja fuerte ni nada parecido. Al menos, no cuando se trata de transacciones de envergadura.

De repente, una idea cruzó la mente de Wallander.

—¿Podemos ver si alguno de los satélites de esa compañía cubre emisiones en Angola?

Hanson volvió al teclado y Wallander comprobó que el colega era mucho más lento que Martinson.

—Sus satélites cubren el mundo entero, incluido el círculo polar.

Wallander asintió.

—Bueno, eso puede ser importante —vaciló—. Llama a Martinson y explícaselo, a ver qué opina.

Hanson no desaprovechó la oportunidad de indagar:

—¿Qué os pasó anoche en la plantación?

—Martinson va por ahí propagando una sarta de mentiras sobre mí —sintetizó Wallander—. Pero no es éste el mejor momento para hablar de ello.

El inspector veía transcurrir los minutos de aquel domingo sin que ellos avanzasen lo más mínimo. Pasó las primeras horas en la comisaría, con la vana esperanza de que la llamada liberadora que tanto ansiaba recibir del apartamento de Runnerströms Torg se produjese en un momento u otro. Pero el silencio reinaba pertinaz en las dependencias policiales. Lisa Holgersson celebró una improvisada conferencia de prensa a las dos de la tarde. La jefa había manifestado su deseo de mantener una charla previa con Wallander, pero el inspector se había mantenido al margen y le había dado a Ann-Britt instrucciones estrictas de que le hiciese saber que estaba fuera. A ratos, se apostaba junto a la ventana a contemplar, estático, el depósito del agua. El banco de nubes había desaparecido y hacía un claro y fresco día de octubre.

Hacia las tres de la tarde, ya no podía soportar la espera en la comisaría por más tiempo, de modo que tomó el coche y se marchó a la plaza de Runnerströms Torg, donde irrumpió en medio de una acalorada discusión acerca de cómo interpretar unas combinaciones de cifras. Modin hizo amago de querer involucrar a Wallander en la conversación, pero éste negó con la cabeza.

A las cinco salió a tomarse una hamburguesa y, cuando regresó a la comisaría, llamó a Elvira Lindfeldt. No obtuvo respuesta y ni siquiera tenía conectado el contestador. De nuevo se adueñaron de él las sospechas, pero se sentía demasiado cansado y disperso como para dejar que sus dudas tomasen el mando.

Hacia las seis y media, Ebba los sorprendió con su presencia en la comisaría. Venía, según aseguró, a dejar la comida de Modin, que llevaba en un recipiente de plástico. Wallander le pidió a Hanson que la llevase a la plaza de Runnerströms Torg y, cuando ya se habían marchado y ya era demasiado tarde, cayó en la cuenta de que no le había dado las gracias debidamente.

En torno a las siete, él mismo llamó al apartamento. Fue Martinson quien atendió la llamada y la conversación resultó bastante breve. Aún no habían hallado la respuesta a ninguna de las preguntas de Wallander. Tras colgar el auricular, se dirigió al despacho de Hanson que, con los ojos enrojecidos, seguía mirando la pantalla de su ordenador. Wallander quiso saber si continuaban sin llegar noticias del extranjero, a lo que Hanson respondió con una sola palabra: «Nada».

Wallander sufrió un repentino acceso de cólera: asió la silla que Hanson tenía para las visitas y la estrelló contra la pared, antes de dar media vuelta y marcharse.

A las ocho de la tarde se asomó de nuevo en el umbral de la puerta de Hanson.

—Nos vamos a Runnerströms Torg —ordenó—. Esto no puede seguir así. Hemos de hacer una síntesis de la situación.

Fueron a recoger a Ann-Britt, a la que hallaron dormitando en su despacho, y partieron en silencio hacia el despacho de Falk. Ya en el apartamento, encontraron que Modin estaba sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, en tanto que Martinson ocupaba su silla plegable y Alfredsson yacía en el suelo cuan largo era. Wallander se preguntaba si se las había visto antes con un grupo de investigación en el que el desánimo y el agotamiento hubiesen hecho presa tan segura. Sabía que el cansancio físico se debía a que, a pesar de los hechos acaecidos durante la noche, veían que sus actuaciones no les reportaban el menor éxito. Con que hubiesen logrado un solo paso adelante, si hubiesen logrado atravesar el muro, la suma de sus energías sería aún suficiente. Pero el abatimiento y la resignación reinantes eran prácticamente infinitos.

«Pero ¿qué hago? ¿Cómo articular nuestro último esfuerzo, antes de que suenen las doce?», se preguntaba.

Tomó asiento en la silla que había junto al ordenador. Los demás se agruparon en torno a él, salvo Martinson, que se mantuvo algo apartado.

—A ver, una síntesis —los exhortó—. ¿En qué punto nos hallamos?

—Bueno, contamos con numerosos indicios de que algo sucederá el día 20 —comenzó Alfredsson—. Pero ignoramos si será justo a medianoche. Parece, pues, probable que las instituciones que hemos identificado detecten algún tipo de problema informático en sus ordenadores. Y entre todas las que aún nos quedan por identificar, puede ocurrir otro tanto. Puesto que todas ellas son gigantes financieros con gran poder económico, hemos de presuponer que el móvil aquí ha sido el dinero. No obstante, desconocemos igualmente si pretenden perpetrar un asalto a un banco por vía electrónica o si es algo distinto por completo.

—¿Qué sería lo peor que cupiera imaginar? —inquirió Wallander.

—Que surja el caos en los mercados financieros mundiales.

—Pero ¿tú crees de verdad que eso es posible?

—Ya hemos hablado de esto con anterioridad, pero si, por ejemplo, lo que persiguen es inocular la inseguridad o provocar un cambio inesperado en el curso del dólar, podrían desatar una situación de pánico difícil de controlar.

—Pues eso es lo que yo creo que sucederá —intervino Modin.

Todas las miradas se dirigieron al joven que, con las piernas cruzadas y sentado en el suelo, había estado guardando silencio a los pies de Wallander.

—Ya. Y eso, ¿por qué? ¿Podrías demostrarlo?

—En mi opinión, es algo de tal envergadura que no podemos ni imaginarlo. Lo que a su vez significa que ni mediante una argumentación lógica ni recurriendo a nuestra imaginación podríamos descubrir lo que va a suceder hasta que sea demasiado tarde.

—Pero ¿cuál es el origen de todo esto? ¿No es necesario un factor desencadenante? No sé, alguien que pulse un botón…

—Lo más probable es que el desencadenante sea algo tan cotidiano que ni se nos ocurra.

—Ahí tenemos otra vez la simbólica máquina de café —apuntó Hanson.

Wallander guardó silencio y echó una ojeada a su alrededor.

—Lo único que podemos hacer es continuar como hasta ahora. No tenemos más opciones.

—Olvidé unos disquetes en Malmö —advirtió Modin—. Y los necesito para poder continuar.

—Pues enviaremos un coche a buscarlos.

—Yo iré con ellos —propuso Modin—. Tengo que salir un rato a que me dé el aire. Además, en Malmö hay una tienda que abre por las noches donde venden el tipo de alimentos que yo puedo comer.

Wallander asintió y se puso en pie mientras Hanson llamaba para reclamar una patrulla que pudiese llevar a Modin a Malmö. El inspector marcó el número de Elvira Lindfeldt, pero el teléfono estaba ocupado. Cuando lo intentó por segunda vez, ella contestó enseguida. Él no le ocultó la verdad, sino que le explicó que Modin iría a Malmö a recoger unos disquetes que se había dejado allí olvidados. Ella le prometió que lo recibiría y Wallander notó que su voz volvía a tener el tono afable del primer encuentro.

—¿Lo acompañarás tú? —inquirió ella.

—No tengo tiempo.

—Está bien. No te preguntaré por qué.

—Sí, será lo mejor. Me llevaría demasiado explicártelo.

Alfredsson y Martinson se inclinaron de nuevo sobre el ordenador de Falk. Wallander regresó a la comisaría en compañía de los demás colegas, pero se detuvo al llegar a la recepción.

—Nos veremos dentro de media hora —ordenó—. Para entonces, cada uno de vosotros habrá reflexionado sobre lo sucedido. Ya sé que treinta minutos no son muchos, pero no hay más. Después, lo retomaremos todo desde el principio una vez más para examinar la situación.

Todos se marcharon a sus respectivos despachos y, tan pronto como Wallander llegó al suyo, sonó el teléfono de la recepción, desde donde le anunciaban que tenía visita.

—¿Quién es y qué quiere? —quiso saber el inspector—. No tengo mucho tiempo, la verdad.

—Una mujer que dice vivir en la calle de Mariagatan y ser vecina tuya. Una tal señora Hartman.

Wallander se sintió presa de un súbito temor ante la eventualidad de que hubiese ocurrido algún accidente. Hacía ya algunos años había sufrido una fuga de agua en su apartamento y la señora Hartman, que era viuda y que vivía en el piso de abajo, había sido quien había llamado a la comisaría para avisar del siniestro en aquella ocasión.

—Dile que voy ahora mismo —respondió Wallander antes de colgar.

Una vez en la recepción, la señora Hartman le dio la alentadora noticia de que no había detectado en su techo ninguna fuga de agua procedente de su apartamento. En cambio, le tendió una carta.

—El cartero debió de echarla al buzón equivocado —se excusó ella—. Lo más probable es que la recibiese el viernes pasado, pero he estado fuera unos días y no la he visto hasta esta mañana. Se me ocurrió que podía ser importante y…

—No tenías por qué haberte molestado —replicó Wallander en tono amable—. No suelo recibir correo tan importante que no pueda esperar.

Ella le dejó la carta, que no llevaba remite. La señora Hartman se marchó y Wallander regresó a su despacho. Abrió la carta y, para su sorpresa, comprobó que era de la agencia Datamötet, que le agradecía su interés y le prometía reenviarle las posibles respuestas tan pronto como se produjesen.

Wallander arrugó la carta y la arrojó a la papelera. Durante unos segundos su cerebro quedó desierto de la menor idea, pero, de pronto, con el entrecejo fruncido, recuperó la carta de la papelera y leyó el contenido una vez más. Buscó después el sobre entre los papeles desechados y, sin saber por qué, se quedó observando el matasellos con detenimiento. La carta había sido enviada el jueves de la semana anterior.

Su cerebro seguía vacío de todo pensamiento.

Y el desasosiego parecía proceder de ninguna parte. El matasellos era del jueves de la semana anterior. Y en la carta le daban la bienvenida a la agencia Datamötet. Pero, para entonces, él ya había recibido una respuesta, la de Elvira Lindfeldt, una carta que alguien había introducido directamente en su buzón. Una carta sin matasellos.

Las ideas se sucedieron súbitamente en su cabeza.

Después se dio la vuelta y miró el ordenador que tenía sobre el escritorio. Se quedó allí sentado incapaz de moverse. Los pensamientos se agitaban ahora como en un torbellino, veloces, al principio, después de forma cada vez más pausada. Se preguntaba si no estaría perdiendo el juicio. Pero intentaba obligarse a reflexionar con calma y frialdad absolutas.

Todo ello sin dejar de observar su ordenador. Una imagen empezó a tomar forma en su mente, un contexto en el que encajarlo todo. Y dicho contexto se le antojó terrible. Salió como una tromba hacia el pasillo y echó a correr en dirección al despacho de Hanson.

—¡Llama al coche patrulla! —gritó ya dentro del despacho. Hanson dio un respingo y lo miró aterrado.

—¿Qué coche patrulla?

—El que ha ido a Malmö con Modin.

—¿Por qué?

—¡Haz lo que te digo, rápido!

Hanson levantó el auricular y en menos de dos minutos obtuvo respuesta.

—Ya están volviendo —dijo mientras colgaba el auricular.

Wallander respiró tranquilo.

—Pero, al parecer, Modin se quedó en Malmö.

Wallander sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—¿Dijo por qué?

—Según los compañeros, salió a decirles que seguiría trabajando desde allí.

Wallander quedó petrificado. El corazón le latía con violencia y no terminaba de dar crédito a las palabras de Hanson. Pese a todo, había sido él quien había caído en la cuenta de que existía el riesgo de que los ordenadores de la policía también fuesen saqueados y vaciados de su contenido.

Y aquello afectaba no sólo al material de investigación, sino también, por ejemplo, a una carta que alguien hubiese enviado a una agencia de contactos.

—Salimos dentro de un minuto. Llévate el arma —ordenó.

—¿Adónde vamos?

—A Malmö.

Por más que durante el trayecto Wallander intentó explicarle lo que sucedía, Hanson no alcanzaba a comprenderlo. El inspector no cesaba de pedirle que marcase el número de Elvira Lindfeldt, pero nadie respondía. Wallander había puesto la sirena sobre el techo del automóvil. En silencio, rogaba a todos los dioses cuyo nombre conocía que no permitiesen que le sucediese nada a Modin. Pero, en el fondo, él se temía lo peor.

Frenaron ante la casa poco después de las diez. Todo estaba a oscuras. Salieron del vehículo al silencio de la noche. Wallander le pidió a Hanson que aguardase al abrigo de las sombras, junto a la verja. Después le quitó el seguro a su arma y tomó el sendero que conducía hasta la puerta principal. Una vez allí, prestó atención. Llamó, aguardó y escuchó de nuevo. Volvió a llamar, pero nadie acudió a abrirle, de modo que tanteó la manivela y comprobó que la puerta no estaba cerrada con llave. Con un gesto, le indicó a Hanson que se acercase.

—Deberíamos esperar refuerzos —susurró Hanson.

—No tenemos tiempo.

Wallander abrió la puerta con suma cautela. De nuevo volvió a prestar la máxima atención. No tenía idea de qué podía haber en la oscuridad. Recordaba que el interruptor estaba a la izquierda de la puerta y fue a tientas, siguiendo la pared con la mano, hasta encontrarlo. En el momento en que se hizo la luz, el inspector dio un salto hacia un lado y se agazapó.

El vestíbulo estaba vacío.

El haz de luz entraba en la sala de estar y vio a Elvira Lindfeldt sentada en el sofá. La mujer lo miraba. Wallander respiró hondo. La mujer no se movía y él supo que estaba muerta. Llamó a Hanson y ambos entraron cautelosos en la sala.

Le habían dado un tiro en la nuca. El espaldar del sofá de color amarillo claro estaba impregnado de sangre.

Inspeccionaron la casa, pero no hallaron a ninguna otra persona.

Robert Modin había desaparecido. Wallander sabía que aquello sólo podía tener un significado.

En efecto, alguien distinto de la mujer lo esperaba en aquella casa.

El hombre de la plantación no estaba solo.

## 

## 39

Wallander jamás supo explicarse cómo logró sobrevivir aquella noche, aunque se figuraba que tanto los reproches que él mismo se hacía como la ira desatada en su interior debieron de ayudarle a ello. Sin embargo, el sentimiento predominante fue en todo momento el temor ante la idea de lo que pudiera haberle sucedido a Robert Modin. Su primer pensamiento exterminador, al ver a Elvira Lindfeldt muerta en el sofá, fue que también Robert aparecería asesinado por algún rincón de la casa. Sin embargo, una vez que se hubo asegurado de que la vivienda estaba vacía, adivinó que era posible que el joven aún estuviese con vida. Todo aquello parecía orientado a lograr que algo se mantuviese en secreto o a impedir que algo sucediese; y ésta debía de ser la razón por la que se habían llevado a Robert Modin. El inspector tenía bien presente lo que les había ocurrido a Sonja Hökberg y a Jonas Landahl. Pero tenía el convencimiento de que no podían establecerse paralelismos totales entre lo acontecido a los dos jóvenes y lo que ahora se le presentaba, pues ignoraban por completo los entresijos de aquellos dos casos. A estas alturas, en cambio, ya tenían establecidas unas conexiones bien claras entre hechos y actores, lo que implicaba a su vez que su situación inicial era más favorable, pese a continuar desconociendo qué le habría sucedido a Modin.

De cualquier modo, otra de las causas de la actividad que él desplegó aquella noche fue la cólera que le produjo la certeza de haber sido traicionado. Y, cómo no, el dolor que le producía el hecho de que, una vez más, la vida le había arrebatado una posibilidad de huir de la soledad. No podía añorar a Elvira Lindfeldt, por más que lo atemorizase su muerte. Ella había robado su anuncio del ordenador y se le había aproximado bajo una apariencia totalmente falsa. Y él se había dejado engañar. Habían tejido la trampa con gran habilidad. Y la humillación había sido inaudita. La cólera sacudía su interior a oleadas violentas desde muchos frentes.

Pese a todo y según Hanson, Wallander se había comportado con normalidad inusitada. Su valoración de la situación y sus propuestas de acción fueron de una claridad paradigmática.

Wallander comprendió que debía regresar a Ystad lo antes posible pues allí era donde se encontraba el núcleo que buscaban, si es que tal núcleo existía. Hanson se quedaría en Malmö, avisaría a la policía del distrito y los pondría en antecedentes.

Pero además él le había asignado a Hanson otro cometido que no admitía objeciones. Así, pese a que era medianoche, Hanson debería averiguar quién era Elvira Lindfeldt, si había algo en su vida que pudiesen relacionar con Angola y cuáles eran sus amistades en Malmö.

—Pues no creo que pueda conseguirlo a estas horas de la noche —opuso Hanson.

—Ya, pero lo harás de todos modos —insistió Wallander—. Poco me importa si tienes que llamar a la gente y despertarla. Y no sucumbas a los posibles intentos de posponer nada para mañana. En caso necesario, te personarás en el domicilio de sus conocidos para ponerles los pantalones. Quiero saberlo todo acerca de esta mujer antes de que llegue el día.

—¿Quién era y por qué estaba Modin aquí? —quiso saber Hanson—. ¿Tú la conocías?

Wallander no respondió y Hanson se abstuvo de repetir las preguntas. Sin embargo, cuando aquella historia empezó a pertenecer al pasado y Wallander no andaba cerca, el agente seguía aún preguntando si alguien sabía quién era aquella misteriosa mujer. Suponía que Wallander la conocía, pues había sido él quien había enviado a Modin a su casa. Pero en el prolijo informe que resultó de la investigación sólo se abordaba de forma muy superficial el tema de cómo Wallander había llegado a conocerla. Y nadie supo jamás cómo fue.

Wallander dejó a Hanson y partió de regreso a Ystad. Durante el viaje, no cesaba de pensar en una única pregunta: ¿qué le habría ocurrido a Modin?

El inspector atravesaba el paisaje nocturno con la sensación de que la catástrofe era inminente. Pero él desconocía la forma que ésta adoptaría y cómo evitarla. Lo más importante era, con todo, salvar la vida de Modin. Conducía a la velocidad del rayo y sabía que lo esperaban, pues le había pedido a Hanson que llamase para avisar de su llegada y despertar a los que, por casualidad, estuviesen ya durmiendo. No obstante, a la pregunta de Hanson de si aquella orden afectaba también a Lisa Holgersson, el inspector acompañó su respuesta de un estentóreo rugido: a ella no debía llamarla. A lo largo de toda aquella noche, éste había sido el único acceso que había desvelado la gran presión a la que se veía sometido.

Cuando frenó antes de estacionar el coche en el aparcamiento de la comisaría, había dado la una y media de la noche. Se estremeció al contacto con el frío de la calle mientras se dirigía hacia la puerta.

Allí lo aguardaban los tres, Martinson, Ann-Britt y Alfredsson, sentados en una de las salas de reuniones. Nyberg estaba en camino. Wallander observó a sus colegas, que más parecían miembros de un batallón vencido que una tropa presta a combatir. Ann-Britt le ofreció una taza de café, pero él no tardó en arreglárselas para volcarla y derramar el contenido sobre sus pantalones.

Enseguida fue derecho al grano. Robert Modin había desaparecido. La mujer en cuya casa se había alojado la noche anterior había sido hallada muerta.

—La primera conclusión es, pues, que el hombre de la plantación no estaba solo —sostuvo Wallander—. Y fue un error funesto pensar que lo estaba, claro. Yo, al menos, debería haberlo sospechado.

Entonces, Ann-Britt formuló una pregunta que Wallander sabía inevitable:

—¿Quién era?

—Se llamaba Elvira Lindfeldt —aclaró Wallander—. Una conocida.

—Pero ¿cómo sabía nadie que Modin iría allí esta noche?

—Esa cuestión quedará pendiente para más tarde.

Wallander se preguntaba si lo habrían creído. Él mismo consideraba que había mentido con convicción. Sin embargo, en aquellos momentos no tenía demasiada confianza en su propio juicio. Sabía que debería haberles dicho la verdad, que había escrito una carta a una agencia de contactos en su ordenador. Y que alguien se había metido en su disco duro, había leído su carta y, acto seguido, había procurado que Elvira Lindfeldt se cruzase en su camino. No obstante, no dijo una palabra de todo aquello porque, según se justificaba ante sí mismo, lo más importante en aquella situación era encontrar a Robert Modin, si no era ya demasiado tarde.

En aquel punto de la reunión, se abrió la puerta y entró Nyberg, ataviado con una chaqueta bajo la que se atisbaba la camisa del pijama.

—¿Qué cojones ha ocurrido? —vociferó el técnico—. Hanson me llamó desde Malmö y no parecía estar en su sano juicio. De hecho, me fue imposible entender lo que decía.

—Será mejor que te sientes —aconsejó Wallander—. Nos espera una larga noche.

Después, le hizo un gesto a Ann-Britt, quien, en pocas palabras, lo puso en antecedentes de los recientes sucesos.

—Ya, pero la policía de Malmö cuenta con sus propios técnicos criminalistas y peritos, ¿no? —inquirió Nyberg sorprendido.

—Sí, pero yo quiero que esta noche estés tú —declaró Wallander—. No sólo para que estés disponible si surge alguna novedad en Malmö, sino también para que nos des tu opinión.

Nyberg asintió en silencio antes de sacar un peine con el que intentó poner orden en su encrespado cabello.

—En cualquier caso, hay otra conclusión que nos es fácil extraer —prosiguió Wallander—. Aunque es, ciertamente, menos segura. Pero hemos de afinar cuanto podamos. Es una conclusión muy sencilla: aquí va a pasar algo que, por lo visto, tiene su punto de partida en Ystad.

Miró entonces a Martinson, antes de preguntar:

—¿Se ha mantenido la vigilancia en la plaza de Runnerströms Torg?

—No, se retiró.

—¿Y quién coño tomó esa decisión?

—Viktorsson era de la opinión de que estábamos malgastando recursos.

—Pues quiero que la vigilancia se reanude de inmediato. La de la calle de Apelbergsgatan la anulé yo mismo. Y quién sabe si no fue también un error. De modo que quiero otro coche allí ahora mismo.

Martinson salió de la sala y Wallander quedó convencido de que haría que los coches patrulla acudiesen a los lugares precisos lo antes posible.

Todos aguardaban en silencio y, entretanto, Ann-Britt le ofreció un espejo de bolso a Nyberg, que seguía entregado a la tarea de domeñar sus cabellos. Pero la agente no recibió más que un gruñido por respuesta. Martinson regresó.

—Listo.

—Lo que buscamos es un factor desencadenante —observó Wallander—. Que bien puede ser la muerte de Falk. Yo, al menos, lo interpreto así. Mientras Falk estaba vivo, él era quien tenía el control. Pero, de improviso, el hombre muere y desata con ello un nerviosismo tal que pone en marcha todos estos sucesos.

En este punto, Ann-Britt alzó la mano.

—¿Tenemos pruebas de que Falk muriese de muerte natural?

—No pudo ser de otro modo. Mis conclusiones se apoyan en la suposición de que la muerte de Falk fue totalmente inesperada. Su médico vino a decirme que la posibilidad de un infarto era prácticamente impensable, dada la excelente salud de su paciente. Pese a todo, falleció. Y eso fue lo que desencadenó el alud de acontecimientos. Si Falk hubiese seguido con vida, como debía haber sucedido, Sonja Hökberg nunca habría sido asesinada, sino que habría sido condenada por el homicidio cometido contra un taxista. Y tampoco habría corrido esa suerte Jonas Landahl, que habría podido seguir cumpliendo las órdenes de Falk. Y en cuanto a lo que Falk y los que lo apoyaban tenían planeado, se habría producido sin que nosotros hubiésemos tenido la menor idea de ello.

—En otras palabras, según tú, gracias a la muerte repentina pero natural de Falk hemos sabido que va a suceder algo cuyas consecuencias podrían afectar al mundo entero.

—Pues sí. A mí no se me ocurre ninguna otra interpretación. Si alguien tiene otra hipótesis más lógica, me gustaría oírla ahora mismo.

Pero, como era de esperar, nadie tenía nada que decir.

Wallander volvió a formularse la pregunta de cómo Falk y Landahl habrían llegado a conocerse, y aunque seguían sin saber cuál había sido la naturaleza de su relación, Wallander había empezado a intuir la silueta de una organización oculta que, sin rituales y sin fetiches externos, actuaba a través de sus simbólicos animales nocturnos con intervenciones imperceptibles que podían conducir al caos del mundo informático. Y en algún punto de esta intrincada realidad se habían conocido Falk y Landahl. El que Sonja Hökberg hubiese estado enamorada de éste en otro tiempo había significado su muerte. Pero esto era cuanto podían suponer. Al menos, por ahora.

Alfredsson tomó su maletín y sacó un montón de papeles sueltos y doblados.

—Son las anotaciones de Modin —aclaró—. Estaban en un rincón, así que las recogí. ¿No creéis que merecería la pena revisarlas?

—Sin duda. Os encargaréis Martinson y tú, que sois quienes entendéis de esto —convino Wallander.

En ese momento, sonó el teléfono que había sobre la mesa. Ann-Britt, que fue quien respondió, se lo tendió a Wallander, que oyó enseguida la voz de Hanson.

—Un vecino asegura que oyó un coche que arrancaba a toda prisa hacia las nueve y media —informó el colega—. Pero eso es cuanto hemos podido averiguar. Nadie ha visto ni oído nada. Ni siquiera los disparos.

—¡Ah!, pero ¿hubo más de uno?

—Según la forense, tiene dos proyectiles alojados en la cabeza. Y sus correspondientes orificios.

Wallander se sintió mareado y tuvo que tragar saliva.

—¿Sigues ahí?

—Sí, aquí estoy. ¿Y nadie oyó los disparos?

—No, al menos ninguno de los vecinos más cercanos. Son los únicos a los que hemos podido despertar hasta ahora.

—¿Quién dirige la operación?

—Se llama Forsman. Es la primera vez que lo veo.

Tampoco a Wallander le resultaba familiar aquel nombre.

—¿Y qué dice?

—Como comprenderás, le cuesta comprender lo que le cuento. Para empezar, no hay ningún móvil.

—Bueno, tú mantén el tipo lo mejor que puedas. Ahora no tenemos tiempo de darle explicaciones.

—Hay algo más —lo retuvo Hanson—. Se supone que Modin vino hasta aquí para recuperar unos disquetes, ¿no es así?

—Exacto, eso fue lo que dijo.

—Pues creo que sé en qué habitación pasó la noche, pero allí no había ningún disquete.

—Así que se los han llevado.

—Eso parece.

—¿Has encontrado alguna otra cosa que le pertenezca?

—Nada.

—Según uno de los vecinos, un hombre llegó aquí en taxi a eso del mediodía.

—Pues ésa puede ser una pista importante. Localizad el taxi. Procura que Forsman le dé prioridad a ese asunto.

—Bueno, lo cierto es que no tengo la menor capacidad de decidir sobre lo que hacen o dejan de hacer los colegas de Malmö.

—Pues, en ese caso, tendrás que localizar el taxi tú mismo. ¿Tienes la descripción del pasajero?

—Verás, al vecino le pareció que iba demasiado ligero de ropa para esta época del año.

—¿Eso te dijo?

—Sí, si no lo entendí mal.

«El hombre de Luanda», adivinó Wallander. «Ese cuyo nombre comienza por la letra ce».

—El taxi es importante —insistió Wallander—. Tuvo que venir de una de las terminales de los transbordadores o del aeropuerto de Sturup.

—Veré qué puedo hacer.

Wallander puso a sus colegas al corriente de la conversación mantenida con Hanson.

—Sospecho que han llegado refuerzos —afirmó Wallander—. Y lo más probable es que procedan nada menos que de Angola.

—A mí no me ha llegado ni una sola respuesta a las consultas acerca de grupos dedicados al sabotaje ni sobre conspiraciones terroristas contra los sistemas financieros del mundo —intervino Martinson—. Nadie parece haber oído hablar de ninguna maquinación de los que tú llamaste «veganos estructurales». Por cierto, que sigo pensando que el nombre o el concepto resulta equívoco.

—Alguna vez tiene que ser la primera —replicó Wallander.

—Ya, pero ¿aquí, en Ystad?

Nyberg, que ya había dejado el peine sobre la mesa, dedicó a Wallander una mirada displicente. Al verlo, el inspector pensó que tenía un aspecto muy envejecido. Y que tal vez los demás lo viesen a él del mismo modo.

—En una finca de las inmediaciones de Sandhammaren hallamos muerto a un hombre asiático, de Hong Kong, que había viajado con identidad falsa. Eso tampoco es fácil que ocurra aquí, pero es lo que ha ocurrido —atajó Wallander—. Ya no hay lugares remotos y perdidos. Ni siquiera creo que haya diferencias entre la ciudad y el campo. Incluso yo he sido capaz de comprender que las nuevas tecnologías de la información son capaces de poner el centro del mundo en cualquier lugar.

El teléfono volvió a sonar, pero esta vez fue el propio Wallander quien respondió. Era Hanson de nuevo.

—Forsman es bueno —sostuvo Hanson—. Aquí están pasando cosas. El taxi ya está localizado.

—¿De dónde vino?

—De Sturup, del aeropuerto. Tenías razón.

—¿Has hablado con el taxista?

—Aquí lo tengo. Parece que tiene turnos muy largos. Por cierto, Forsman te manda saludos. Al parecer, os conocisteis la primavera pasada, en alguna conferencia.

—Pues salúdalo de mi parte. ¿Puedo hablar con el taxista?

—Sí, se llama Stig Lunne. Ya se pone.

Wallander pidió lápiz y papel con un gesto.

El taxista tenía un acento de Escania tan marcado, que incluso para el entrenado oído de Wallander resultaba incomprensible. Por suerte, las respuestas del hombre eran de una parquedad ejemplar. Stig Lunne no parecía ser de aquellos que prodigaban sus palabras sin necesidad. Wallander se presentó y le explicó el asunto.

—¿Qué hora era cuando te pidieron la carrera?

—Las doce y treinta y dos.

—¿Cómo puedes recordarlo con tanta precisión?

—El ordenador.

—¿La habían reservado?

—No.

—O sea, que estabas en la parada del aeropuerto, ¿no?

—¿Podrías describir al pasajero?

—Era alto.

—¿Algo más?

—Delgado.

—¿Eso es todo?

—Bronceado.

—Es decir, que era un hombre alto, delgado y bronceado.

—Sí.

—¿Hablaba sueco?

—No.

—Ya, ¿y qué lengua hablaba entonces?

—No lo sé. Simplemente, me mostró un papel con la dirección.

—¿No dijo nada durante el trayecto?

—No.

—¿Cómo te pagó?

—Al contado.

—¿En coronas suecas?

—Sí.

—¿Qué equipaje llevaba?

—Una bolsa colgada al hombro.

—¿Nada más?

—No.

—¿Era blanco o tenía la piel oscura? ¿Parecía europeo?

La respuesta a aquella pregunta sorprendió a Wallander, no sólo por ser la más larga de todas las de Stig Lunne.

—Mi madre dice que yo parezco español. Pero nací en el materno de Malmö, de padres suecos.

—¿Quieres decir que mi pregunta es difícil de contestar?

—Sí.

—¿Era rubio o moreno?

—Calvo.

—¿Pudiste verle los ojos?

—Azules.

—¿Cómo iba vestido?

—Desabrigado.

—¿Qué quieres decir exactamente?

Stig Lunne hizo un nuevo esfuerzo.

—Ropa de verano. Sin abrigo.

—Pero ¿quieres decir que llevaba pantalón corto?

—Traje blanco de tela fina.

A Wallander no se le ocurrían más preguntas que hacer, de modo que le dio las gracias a Stig Linne y le pidió que lo llamase enseguida si recordaba algún otro detalle.

Habían dado las tres. El inspector expuso brevemente la descripción que Lunne había dado de su pasajero. Martinson y Alfredsson se marcharon para revisar las anotaciones de Modin y, poco después, también Nyberg se levantó y dejó la sala, donde no quedaban ya más que Ann-Britt y Wallander.

—¿Qué crees que habrá ocurrido?

—No lo sé, pero me temo lo peor.

—¿Quién será ese hombre?

—Refuerzos. Un individuo que sabe que Modin es la persona que más ha profundizado en el mundo secreto de Falk. Pero sigo sin saber quién es exactamente, claro.

—Pero ¿por qué mató a esa mujer?

—No lo sé. Y tengo miedo.

Martinson y Alfredsson volvieron media hora más tarde, así como Nyberg, que se sentó en su lugar sin decir una sola palabra.

—No es fácil sacar ninguna conclusión sensata de las notas de Modin —anunció Alfredsson—. En especial cuando dice que «tenemos que encontrar una máquina de café que tenemos ante nuestras narices».

—Quiere decir que lo que desencadenará ese proceso es algo tan cotidiano como una máquina de café —aclaró Wallander—. Algo que hacemos sin pensar, una tecla que solemos pulsar sin reflexionar. Cuando apretemos esa tecla en un momento o en un lugar predeterminados y en cierto orden, algo sucederá.

—Pero ¿qué tecla es ésa? —quiso saber Ann-Britt.

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

Mientras se esforzaban por descifrar el enigma, dieron las cuatro. ¿Dónde estaría Robert Modin? Poco antes de las cuatro y media, Hanson llamó de nuevo. Wallander lo escuchaba sin dejar de tomar notas. De vez en cuando, interrumpía al colega con una pregunta. La conversación se prolongó más de quince minutos.

—Hanson ha conseguido dar con una de las amigas de Elvira Lindfeldt, que le reveló algunos datos muy interesantes. Para empezar, que estuvo trabajando algunos años en Pakistán, en la década de los setenta.

—Pues yo creía que las pistas nos llevaban a Luanda —comentó Martinson lleno de asombro.

—Lo importante es qué hizo en Pakistán.

—¿Por cuántas partes del mundo se ramifican las pistas? —preguntó Nyberg—. Hace un instante hablábamos de Angola. Y ahora de Pakistán. ¿Qué vendrá después?

—No lo sabemos —admitió Wallander—. Y yo estoy tan sorprendido como tú. Pero la mujer con la que Hanson habló nos ha proporcionado una especie de respuesta parcial al enigma.

Antes de proseguir, se detuvo a descifrar las notas que él mismo había tomado en el reverso de un sobre.

—Veamos, según esta señora, Elvira Lindfeldt trabajó allí para el Banco Mundial. Lo que nos da un eslabón. Pero aún hay más. Según ella, se dejaba caer a veces con opiniones más que curiosas. Así, tenía el convencimiento inamovible de que la organización económica mundial tenía que rehacerse, y la única vía era la destrucción del sistema dominante.

—Vaya, pues ya sabemos algo —comentó Martinson—. Al parecer, no son pocos los que están involucrados en esto. Pero seguimos sin poder decir dónde están y qué va a ocurrir.

—A ver, lo que buscamos es un botón, ¿no es así? —intervino Nyberg—. O una palanca o un interruptor…, pero ¿en la calle o en una casa?

—Tampoco lo sabemos.

—O sea, que no sabemos nada.

El ambiente se espesaba en la sala y Wallander observó a sus colegas con un sentimiento muy próximo al abatimiento. «No lo conseguiremos», sentenció para sí. «No podremos impedirlo y encontraremos a Modin muerto».

De nuevo sonó el teléfono y, por enésima vez, era Hanson que deseaba hablar con Wallander.

—Deberíamos haber pensado en el coche de Lindfeldt —advirtió el colega.

—Tienes razón.

—Solía tenerlo aparcado aquí en la calle, pero ahora no está. Ya hemos dado la alarma para que lo localicen. Un Golf azul oscuro, matrícula efe hache ce, ochocientos tres.

«Vaya, todos los coches de este caso son de color azul oscuro», pensó Wallander. Hanson quiso saber si había novedades, pero el inspector sólo pudo responder con una negativa.

A las cinco menos diez reinaba una expectación marcada por el hastío y la pesadumbre en la sala de reuniones. A Wallander se le antojó que estaban vencidos, sin saber qué hacer. Martinson se puso en pie.

—Necesito ir a comer algo —confesó—. Pensaba ir a un bar de Österleden que está abierto por la noche. ¿Queréis que os traiga algo?

Wallander negó con un gesto. Martinson garabateó una lista con los encargos de los demás antes de salir para volver a entrar al minuto.

—Oye, no tengo dinero —advirtió—. ¿Alguien puede ponerlo?

Wallander tenía veinte coronas, pero, curiosamente, ninguno de los demás llevaba ni un céntimo encima.

—Pues tendré que ir a un cajero —observó Martinson al tiempo que se daba la vuelta y se marchaba.

El inspector miraba fijamente al vacío víctima de un incipiente dolor de cabeza.

Sin embargo, desde algún punto anterior al malestar, una idea cobró vida en su conciencia, sin que él mismo pudiese explicársela. De repente, dio un respingo. Sus colegas lo miraban inquisitivos.

—¿Qué ha dicho Martinson?

—Que iba a comprar comida.

—No, eso no. ¿Qué dijo después?

—Que tendría que ir a un cajero.

Wallander asintió despacio.

—¿Es posible que sea eso? ¿Un cajero? —inquirió—. Es algo que solemos tener ante nuestras narices, sin ser conscientes de ello… ¿No será ésa la máquina de café que buscamos?

—Me parece que no te entiendo muy bien, la verdad… —confesó Ann-Britt.

—Algo que hacemos sin pensarlo siquiera.

—¿Comprar comida?

—No, introducir una tarjeta en un cajero, obtener dinero y un comprobante…

Wallander se dirigió a Alfredsson.

—Habéis revisado las notas de Modin, ¿no? ¿No mencionaba nada sobre cajeros automáticos?

Alfredsson se mordió el labio cabizbajo y alzó después la vista hacia Wallander.

—Pues, la verdad, creo que sí.

Wallander se estiró con renovado interés.

—¿Y qué decía?

—Verás, no lo recuerdo. Ni Martinson ni yo lo consideramos importante.

Wallander dio una palmada sobre la mesa.

—¿Dónde están esas notas?

—Se las llevó Martinson.

Wallander ya se había incorporado e iba camino de la puerta.

Alfredsson lo siguió hasta el despacho de Martinson.

Los papeles arrugados de Modin yacían junto al teléfono. Alfredsson empezó a hojearlos mientras Wallander aguardaba impaciente.

—¡Aquí lo tenemos! —exclamó Alfredsson al tiempo que le tendía las notas a Wallander.

El inspector se encajó las gafas y comenzó a leer. El folio estaba repleto de dibujos de gatos y de gallos. En la parte inferior, entre complejas y en apariencia absurdas combinaciones numéricas, Modin había anotado una frase subrayada tantas veces que había perforado el papel con el bolígrafo. «Momento de ataque oportuno. ¿No será un cajero?».

—¿Era esto lo que buscabas? —quiso saber Alfredsson.

Pero el experto de Estocolmo no recibió respuesta alguna, pues Wallander ya iba camino de la sala de reuniones.

De pronto, se había convencido. Así era, sin duda. La gente iba y venía de los cajeros, las veinticuatro horas del día. Y, en alguno de ellos y en algún momento de aquel día, una persona iría a sacar dinero y, sin querer, pondría en marcha un proceso que todos temían por más que ignorasen en qué consistiría. En realidad, tampoco podían excluir la posibilidad de que ya se hubiese desencadenado.

Wallander estaba de pie junto a la mesa.

—¿Cuántos cajeros automáticos hay en Ystad?

Por supuesto que nadie lo sabía con certeza.

—Seguro que lo encontramos en la guía telefónica —sugirió Ann-Britt.

—De no ser así, tendrás que despertar a alguien de algún banco y preguntárselo.

Nyberg alzó la mano.

—¿Cómo podemos estar tan seguros de que lo que acabas de decir es cierto?

—No podemos —admitió Wallander—. Pero cualquier cosa es mejor que esperar de brazos cruzados.

Nyberg no se rindió.

—Pero ¿qué crees que podemos hacer?

—Aunque yo esté en lo cierto, no podemos saber de qué cajero se trata —convino Wallander—. Ni siquiera estamos seguros de que no sean varios. Y tampoco conocemos la circunstancia de cuándo o cómo ocurrirá lo que tenga que ocurrir. Lo único que podemos hacer es procurar que no suceda nada en absoluto.

—O sea, que lo que tú propones es que nadie pueda sacar dinero de los cajeros, ¿no es eso?

—Así es. Hasta nueva orden.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Pues, probablemente, que la gente se indignará con la policía como nunca antes; y que habrá problemas.

—Pero no puedes adoptar esa medida tú solo, sin una orden del fiscal. Y tras haber consultado con algunos directores de banco, claro.

Wallander se sentó en una silla frente a Nyberg.

—En estos momentos, eso me trae sin cuidado. Aunque sea lo último que haga como policía en Ystad. O como policía, simplemente.

Ann-Britt había estado hojeando la guía de teléfonos mientras ellos discutían y Alfredsson guardaba silencio sin saber qué hacer.

—Hay cuatro cajeros en Ystad —anunció la agente—. Tres en el centro urbano y uno en la zona comercial, donde encontramos a Falk.

Wallander reflexionó un instante.

—Lo más probable es que Martinson haya acudido a alguno de los situados en el centro, pues son los más cercanos a Österleden. Llámalo. Alfredsson y tú vigilaréis los otros dos. Yo iré a la zona comercial.

Dicho esto, se volvió a Nyberg.

—Estaba pensando que tú podrías encargarte de llamar a Lisa Holgersson. Despiértala y cuéntale la verdad, para que ella haga lo que considere oportuno.

Nyberg negó con la cabeza.

—Ella detendrá la operación.

—Llámala —insistió Wallander—. Pero espera hasta las seis.

Nyberg le dedicó una sonrisa cómplice.

El inspector tenía algo más que añadir.

—No podemos olvidar a Robert Modin ni al hombre que nos han descrito como alto, delgado y bronceado. No sabemos en qué lengua se expresa. Es posible que hable sueco, pero también cualquier otro idioma. Pero hemos de suponer que él estará vigilando el cajero de que se trate, si no estoy en un error. A la menor duda, a la más mínima sospecha, os ponéis en contacto con los demás.

—No han sido pocas las cosas que he tenido que vigilar en mi vida —comentó Alfredsson—. Pero un cajero, jamás.

—Bueno, alguna vez ha de ser la primera. ¿Vas armado?

Alfredsson negó con un gesto.

—Pues arréglalo —ordenó a Ann-Britt—. Estamos en marcha.

Cuando Wallander dejó la comisaría habían dado ya las cinco y nueve minutos. De nuevo había empezado a soplar el viento y el frío se había recrudecido. Salió hacia la zona comercial presa de no poca angustia. Todo apuntaba, sin duda, a que él estaba equivocado. Pero, por el momento, habían llegado tan lejos como era posible ante una mesa de reuniones. Wallander aparcó el coche ante el edificio de la Agencia Tributaria. Todo aparecía desierto y oscuro a su alrededor. Aún no se atisbaba el amanecer. Se subió la cremallera de la cazadora y echó un vistazo antes de dirigirse al cajero. No había motivo alguno para ocultarse. Mientras caminaba, se oyó el carraspeo procedente de la radio que llevaba en el bolsillo. Ann-Britt le comunicaba que todos estaban en sus puestos y que a Alfredsson se le habían presentado problemas de inmediato. Al parecer, unos borrachos habían insistido en sacar dinero, de modo que la colega había llamado a un coche patrulla para que le prestase apoyo.

—Diles que sigan circulando por allí —recomendó Wallander—. La cosa irá a peor dentro de una hora, cuando la gente empiece a despertar.

—Martinson llegó a sacar dinero, pero no sucedió nada —continuó Ann-Britt.

—Ya, bueno. Eso no lo sabemos —advirtió Wallander—. Pase lo que pase, no lo descubriremos hasta que sea demasiado tarde.

La comunicación por radio concluyó. Wallander contemplaba un carrito de la compra que yacía tumbado en el aparcamiento y, salvo un pequeño camión, no había allí nada más. Un anuncio publicitario aleteaba al viento su oferta de costillas de cordero. Eran ya las cinco y veintisiete minutos. Por la calle de Malmövägen pasó un tráiler traqueteando en dirección oeste. Wallander empezó a pensar en Elvira Lindfeldt, pero enseguida resolvió que no se sentía con fuerzas para ello. Ya lo haría más tarde. Ya reflexionaría más adelante sobre cómo había podido dejarse engañar, verse humillado de aquel modo. El inspector le dio la espalda al viento y empezó a mover los pies para que no se le helasen. Entonces oyó el ruido del motor de un coche que se acercaba. Era un turismo que llevaba estampada en las puertas una leyenda publicitaria de una empresa de reparaciones eléctricas y que se detuvo ante el cajero. El hombre que salió del vehículo era alto y delgado. Wallander dio un respingo y echó mano de la pistola, pero se relajó enseguida al reconocer al individuo que, en varias ocasiones, había reparado la instalación en casa de su padre, en Löderup. El hombre asintió a modo de saludo.

—¿Está estropeado?

—Lo siento, pero ahora no puedes sacar dinero.

—Entonces tendré que ir al centro.

—Me temo que allí tampoco será posible.

—¿Qué ha pasado?

—Un fallo técnico transitorio.

—Ya, que tiene que vigilar la policía, ¿verdad?

Wallander no respondió. El hombre volvió malhumorado a su coche y se marchó. El inspector era consciente de que aquello era lo único que podían hacer: remitir a un fallo técnico. Pero la sola idea de lo que sucedería cuando todo se descubriese lo atormentaba. ¿Cómo podría justificarlo? Lo más probable era que Lisa Holgersson detuviese aquella operación, pues sus argumentos eran más que endebles. En ese caso, él no podría hacer nada. Y Martinson añadiría, a los que ya esgrimía, otro argumento para descalificarle.

Transcurridos unos minutos, descubrió la figura de un hombre que, a pie, se aproximaba cruzando el aparcamiento. Era un hombre joven que había aparecido desde uno de los lados del pequeño camión solitario. Caminaba despacio hacia Wallander, que tardó varios segundos en percatarse de quién era. En efecto, se trataba de Robert Modin. Wallander quedó petrificado, conteniendo la respiración. No comprendía nada. De improviso, Modin le dio la espalda y el inspector intuyó, más que supo, cuál debía ser su reacción y se arrojó a un lado. El hombre que había tras él se le había acercado desde la parte posterior del centro comercial. Era alto y delgado, estaba bronceado por el sol y llevaba un arma en la mano. Estaban a una distancia de diez metros aproximadamente. Y no había ningún lugar en el que Wallander pudiese buscar protección. Cerró los ojos presa de la misma sensación que lo había embargado en la plantación: la de tener los minutos contados; la de haber llegado hasta aquí, pero ni un metro más. El inspector aguardaba el disparo, pero éste no se produjo. Abrió los ojos y comprobó que el individuo lo apuntaba con su pistola. Pero, al mismo tiempo, miraba el reloj. «La hora», se dijo Wallander. «Ha llegado la hora. Yo tenía razón. No sé en qué, pero tenía razón».

El hombre le hizo señas a Wallander de que se acercase y levantase los brazos. Lo desarmó y arrojó la pistola reglamentaria a la papelera que había junto al cajero. Con la mano izquierda, le tendió una tarjeta al tiempo que, en un mal sueco, le decía unos números:

—Uno, cinco, cinco, uno.

Dejó caer la tarjeta sobre el asfalto y la señaló con la pistola. Wallander la recogió y el hombre se hizo a un lado mientras volvía a mirar el reloj. Entonces, señaló el cajero con un movimiento violento. El sujeto parecía nervioso. Wallander avanzó hasta el cajero. Cuando volvió la cabeza, vio a Robert Modin que observaba inmóvil. En aquellos momentos, no le importaba lo más mínimo qué sucedería cuando introdujese la tarjeta y teclease el código. Robert Modin estaba vivo. Aquello era lo más importante. Pero ¿cómo se las arreglaría para proteger su vida? Wallander buscaba ansioso una salida. Si intentaba atacar a aquel hombre, éste le dispararía en el acto. Y Robert Modin no tendría tiempo de ponerse a salvo. Wallander introdujo la tarjeta en la ranura. En ese preciso momento, sonó un disparo que dio en el asfalto y desapareció con un silbido. El hombre se dio la vuelta. Entonces Wallander vio a Martinson al otro lado del aparcamiento, a más de treinta metros de distancia. Wallander se echó a un lado y rebuscó en la papelera hasta que dio con su arma. El hombre le devolvió a Martinson un disparo que falló. Wallander disparó a su vez. Y alcanzó al hombre en medio del pecho. El individuo cayó sobre el asfalto y quedó allí tendido. Robert Modin seguía sin moverse.

—¿Qué ha pasado? —se oyó gritar a Martinson.

—Ya puedes venir —respondió Wallander también a gritos.

El hombre que yacía a sus pies estaba muerto.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió Wallander.

—Si tenías razón, tenía que ser este cajero —explicó Martinson—. Lo lógico es que Falk hubiese elegido el cajero que quedaba más cerca de su domicilio, aquel ante el que solía pasar cuando daba sus paseos nocturnos. Le pedí a Nyberg que se hiciese cargo del mío.

—Pero ¿él no iba a llamar a Lisa?

—¿Y para qué están los móviles?

—Bien, encárgate de esto —pidió Wallander—. Yo hablaré con Modin.

Martinson señaló el cadáver.

—¿Quién es?

—No lo sé. Pero creo que su nombre empieza por la letra ce.

—¿Crees que ya ha pasado todo?

—Tal vez. Aunque no tengo ni idea de qué es lo que ha pasado.

Wallander pensó que debería mostrarle a Martinson su agradecimiento, pero no dijo nada. Antes al contrario, se marchó en dirección a Robert Modin, que seguía tan estático como antes. Él y Martinson, se decía, se encontrarían en algún pasillo desierto llegado el momento y aclararían las cosas.

Robert Modin tenía lágrimas en los ojos.

—Me dijo que caminase hacia ti, que de lo contrario mataría a mis padres.

—No importa, ya hablaremos de ello más tarde —lo tranquilizó Wallander—. ¿Cómo estás?

—Él me ordenó que me quedase en Malmö y concluyese mi trabajo. Luego la mató. Y nos marchamos de allí. Me metió en el maletero, casi no podía respirar…, ¡pero teníamos razón!

—Así es —convino Wallander—. Teníamos razón.

—¿Encontraste mis notas?

—Sí, las encontré.

—Al final, empecé a tomarme en serio la idea de que pudiese ser un cajero de cualquier parte. Un lugar al que la gente acude, teclea sus códigos y saca dinero a todas horas.

—Tendrías que habérmelo dicho —advirtió Wallander—. Pero también yo debería haber caído en el detalle mucho antes. Desde un principio, estábamos convencidos de que todo esto tenía como trasfondo el dinero. Y yo tendría que haber pensado que un cajero es un escondite ideal.

—Una rampa de lanzamiento para un misil cargado de virus —sintetizó Modin—. No puede decirse que fueran unos necios.

Wallander observó al joven que tenía a su lado. ¿Aguantaría mucho más tiempo? De repente, lo invadió la sensación de que había estado así, con un muchacho de pie, a su lado, en otra ocasión anterior. Después cayó en la cuenta de que estaba pensando en Stefan Fredman, un niño que estaba muerto y enterrado.

—¿Qué pasó? ¿Tienes fuerzas para contármelo?

Modin asintió.

—Cuando ella me dejó entrar, él ya estaba en la casa. Empezó a amenazarme y me encerró en el cuarto de baño. De repente, oí cómo le gritaba a la señora Lindfeldt. Lo hacía en inglés, de modo que comprendía lo que decía, cuando podía oírlo.

—¿Qué era lo que le gritaba?

—Que había descuidado su cometido, que había dado muestras de debilidad.

—¿Oíste algo más?

—Sólo los disparos. Cuando abrió la puerta del baño, creí que iba a dispararme a mí también. Llevaba la pistola en la mano. Pero me dijo que yo era su rehén. Y que tenía que obedecer sus órdenes. De lo contrario, mataría a mis padres.

Wallander notó que al joven se le quebraba la voz.

—Bien, ya continuaremos después. Por ahora, es suficiente. Es más que suficiente —repitió el inspector.

—Aseguró que iban a sabotear el sistema financiero de todo el mundo. Y que empezarían desde este cajero.

—Lo sé, pero ya hablaremos de eso más tarde. Creo que ahora necesitas dormir. Te irás a casa y hablaremos más tarde.

—En realidad, es algo fantástico.

Wallander lo observó con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—Que se puedan hacer tantas cosas. Simplemente, instalando un pequeño misil de relojería en un cajero perdido.

Wallander no respondió. Los coches de la policía habían empezado a llegar con las sirenas a toda marcha. Cuando echó a andar, Wallander descubrió un pequeño Golf de color azul oscuro aparcado tras el camión que no había podido ver desde la posición anterior. El anuncio publicitario de las costillas giraba en torbellino a sus pies.

Tomó conciencia de lo cansado y aliviado que estaba.

En ese momento, vio que Martinson se acercaba caminando.

—Tú y yo tendríamos que hablar —propuso el colega.

—Sí —aceptó Wallander—. Pero no ahora.

Habían dado las seis menos diez del lunes 20 de octubre. Wallander se preguntó distraído cómo se presentaría el invierno.

## 

## 40

El martes 11 de noviembre, y para sorpresa de todos, Wallander quedó libre de la acusación de haber agredido a Eva Persson durante un interrogatorio. Fue Ann-Britt quien le comunicó la noticia y quien había contribuido de un modo decisivo a que así fuese. Sin embargo, Wallander no supo cómo hasta mucho después.

Pocos días antes Ann-Britt había ido a visitar a Eva Persson y a su madre. Nunca se supo, no obstante, sobre qué versó aquella conversación. En efecto, no se redactó acta alguna ni se contó con la presencia de ningún testigo, según era preceptivo por tratarse de una menor. En cualquier caso, Ann-Britt le dio a entender a Wallander que había ejercido una «variante suave de chantaje sentimental». Sin embargo, jamás le explicó qué significaba aquello exactamente. Aunque, a raíz de otros comentarios de Ann-Britt, intuyó que Eva Persson había empezado a pensar en su futuro: si bien se veía ya libre de toda sospecha de haber participado activamente en el asesinato del taxista Lundberg, una falsa acusación contra un policía podía tener consecuencias funestas en el futuro. Los pormenores de la charla permanecieron en secreto para Wallander y para el resto de los colegas. Pero lo cierto fue que, al día siguiente de la misma, Eva Persson y su madre retiraron, a través de su abogado, la acusación contra Wallander. Reconocieron, finalmente, que la bofetada había respondido a los motivos aducidos por Wallander y que se había producido en las circunstancias que él expuso. Eva Persson reconoció haber atacado a su madre y, pese a que podría haberse dictado un auto de procesamiento contra Wallander por delitos perseguibles de oficio, el asunto se sobreseyó con premura, como si todos se sintiesen aliviados por ello. Ann-Britt había procurado además que una serie de periodistas por ella elegidos quedasen debidamente informados de todo. Sin embargo, la noticia de que Wallander hubiese sido declarado inocente al ser retirada la denuncia no obtuvo mención especial alguna en los periódicos, si es que llegó a mencionarse alguna vez.

Aquel martes fue, en cualquier caso, un día inesperadamente frío en Escania, que sufrió el azote de vientos del norte casi huracanados. Wallander se había despertado temprano tras una noche de inquieto sueño a causa de las malévolas ensoñaciones que habían visitado su subconsciente. En realidad, no fue capaz de rememorar con detalle qué había soñado. Pero sí sabía que había sido perseguido y había estado a punto de morir ahogado por las sombrías figuras y cuerpos extraños que intentaban aplastarlo.

Llegó a la comisaría hacia las ocho de la mañana, pero no se quedó allí más que unos minutos. El día anterior había tomado la decisión de obtener respuesta, de una vez por todas, a una pregunta que llevaba tiempo rondándole la cabeza. Tras haber revisado algunos documentos y haberse cerciorado de que a Marianne Falk le habían devuelto el álbum de fotos que ella le había cedido, salió de la comisaría y se dirigió al domicilio de la familia Hökberg, donde lo esperaban, pues había concertado la cita con Erik Hökberg el día anterior. Emil, el hermano de Sonja, estaba en el colegio y la esposa había ido a visitar, una vez más, a la hermana que tenía en Höör. A Wallander no le pasó inadvertida la palidez de Erik Hökberg, que había adelgazado bastante desde la última vez que se vieron. Según los rumores que le habían llegado, el entierro de Sonja había sido desgarrador. Wallander entró en la casa no sin antes prometer que su visita no se prolongaría demasiado.

—Decías que querías ver la habitación de Sonja otra vez… —comentó Erik Hökberg—. Pero yo no alcanzo a comprender por qué.

—Ya te lo explicaré cuando estemos allí. Porque quiero que tú me acompañes, claro.

—No hemos cambiado nada. Aún no hemos tenido fuerzas.

Subieron al piso superior y entraron en la habitación rosa que, desde el primer momento, produjo en Wallander la extraña sensación de que allí había algo que no encajaba en absoluto.

—No creo que esta habitación haya tenido siempre el mismo aspecto. Lo cierto es que sospecho que Sonja la cambió en un momento determinado de su vida, ¿me equivoco?

Erik Hökberg lo observó atónito.

—¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía. Te pregunto.

Erik Hökberg tragó saliva. Wallander aguardó.

—Sí, bueno, fue después de aquel suceso —comenzó el hombre—. Después de la violación. De repente, retiró cuantos adornos tenía en las paredes y sacó otros que había usado cuando era más pequeña que guardaba en el desván, en cajas de cartón. La verdad es que nosotros nunca comprendimos por qué lo hizo. Y ella tampoco nos explicó nada.

«Algo entrañable le fue arrebatado y ella decidió huir de dos formas: una, volviendo a su niñez, cuando todo estaba aún intacto; la otra, poniendo en práctica una venganza ejemplar», concluyó el inspector.

—Eso era lo que quería saber, nada más.

—¿Y por qué es tan importante saberlo ahora que ya nada importa? Sonja no volverá. Tanto para mí como para Ruth y Emil la vida será, en el mejor de los casos, una vida a medias.

—Bueno, hay ocasiones en que uno debe tener claro dónde poner el punto final. Las preguntas sin respuesta pueden convertirse en un tormento permanente. Pero, sin lugar a dudas, tienes razón. Por desgracia, nada cambiará.

Salieron de la habitación y bajaron las escaleras. Erik Hökberg le ofreció un café, pero Wallander rechazó la invitación, pues deseaba abandonar el luto de aquel hogar lo antes posible.

Se dirigió entonces al centro, donde aparcó el coche en la calle de Hamngatan y subió andando hasta la librería que estaba abriendo sus puertas en aquel momento, con la intención de recoger el libro sobre el tapizado de muebles que tanto tiempo llevaba esperando ser retirado. Quedó sorprendido ante el precio, pidió que se lo envolvieran para regalo y regresó al coche. Linda iría a verlo a Ystad al día siguiente y tenía pensado regalárselo.

Poco después de las nueve, estaba de vuelta en la comisaría. A las nueve y media había reunido sus papeles y carpetas y se dirigía a una de las salas de reuniones. Precisamente aquella mañana iban a revisar cuanto había acontecido desde la noche en que Tynnes Falk había caído muerto ante el cajero cercano al centro comercial. Repasarían todo el material una vez más antes de entregárselo al fiscal. Puesto que el asesinato de Elvira Lindfeldt era también asunto de los colegas de Malmö, el inspector Forsman, responsable de la investigación de dicho asesinato, también participaría en la reunión.

Ahora bien, a aquellas alturas, Wallander aún ignoraba que estuviese libre de las sospechas de agresión, pues Ann-Britt no lo informaría de ello hasta más tarde. Sin embargo, aquello no le causaba el menor desasosiego. Lo más importante para él seguía siendo que Robert Modin estuviese vivo. De hecho, suponía para él un consuelo ante la idea que aún lo asaltaba a veces de que tal vez también la muerte de Jonas Landahl hubiese podido evitarse si él hubiese llegado a las últimas consecuencias de sus razonamientos. Bien sabía él que, en el fondo, aquello era una carga desproporcionada para su conciencia, pues habría sido pedir lo imposible. Pero allí estaba la idea, pese a todo, yendo y viniendo sin dejarlo en paz de una vez por todas.

Por una vez, Wallander fue el último en entrar en la sala. Saludó a Forsman, al que reconoció de algún seminario o ciclo de conferencias en que ambos habían participado. Hans Alfredsson había regresado ya a Estocolmo y Nyberg estaba en la cama con gripe. Wallander tomó asiento y empezaron a revisar el ingente montón de material. A la una de la tarde, tras haber releído la última página, dieron por concluida la reunión. Ya podían poner punto final.

Durante las tres semanas que habían transcurrido desde que se produjo el tiroteo ante el cajero automático, todo aquello que se les había presentado como impenetrable o poco claro había ido esclareciéndose hasta convertirse en información susceptible de ser procesada. En varias ocasiones, Wallander había tenido la ocasión de constatar hasta qué punto habían acertado en sus hipótesis, pese a que éstas habían sido, las más de las veces, resultado de aventuradas suposiciones sin fundamento, en lugar del fruto de un análisis programático de los hechos. Por otro lado, nadie dudaba de la importancia que la intervención de Robert Modin había significado para la resolución del caso. Él había identificado el cortafuegos, él había hallado las vías alternativas de acceso. Durante aquellas semanas, además, habían recibido un flujo constante de información procedente del extranjero hasta que, por fin, había sido posible desvelar todo aquel intrincado complot.

El último fallecido en aquellos días, que se llamaba Carter y había llegado de Luanda, había adquirido una identidad y una historia personal. Wallander halló finalmente la respuesta a la pregunta que tantas veces se había formulado: «¿Qué había sucedido en Angola?». Ahora, al menos, ya conocían el marco en que la conspiración se había fraguado. Falk y Carter se habían conocido en Luanda en la década de los setenta, probablemente de forma casual. Lo que entonces sucedió y lo que acordaran durante sus encuentros sólo podían imaginarlo, ciertamente. Pero algo había unido a aquellos dos hombres, que habían creado una asociación caracterizada por una mezcla de deseo de venganza personal, soberbia y unas figuraciones dignas de mentes perturbadas sobre el hecho de ser unos elegidos. Así, habían decidido atacar el sistema financiero mundial. Llegado el momento, lanzarían su misil electrónico. La situación privilegiada de Carter en las estructuras financieras y los innovadores conocimientos de Falk en materia de sistemas electrónicos a escala mundial constituían una combinación perfecta y, por ende, en extremo peligrosa.

Al tiempo que, paso a paso, planificaban el ataque, sus personalidades se desarrollaron hacia formas singulares de convincentes profetas capaces de crear una organización secreta y bien controlada por la que individuos como Fu Cheng, de Hong Kong, o Elvira Lindfeldt y Jonas Landahl, de Escania, se habían visto atraídos, antes de sucumbir convencidos y quedar atrapados sin remedio. La imagen de una secta de estructura jerárquica fue saliendo a la luz poco a poco. Carter y Falk tomaban todas las decisiones. Aquéllos a quienes se permitía ingresar en su comunidad eran elegidos. Y, por más que aún no contasen con las pruebas necesarias para demostrarlo, sospechaban que el propio Carter había ejecutado a varios de los que no habían dado la talla o habían manifestado su deseo de dejar de pertenecer a la organización.

Carter era el misionero. Si bien era cierto que se había despedido del Banco Mundial, había seguido realizando algún que otro trabajo de asesoría para la organización financiera. Y durante uno de esos trabajos, que realizó en Pakistán, conoció a Elvira Lindfeldt. Sin embargo, nunca supieron cómo habían conocido a Jonas Landahl.

Para Wallander, Carter se perfilaba como el guía loco de una secta, un dechado de sangre fría y crueldad. La imagen de Falk resultaba, en cambio, más compleja. En efecto, no habían podido detectar ningún rasgo de verdadera crueldad, aunque sí entreveían la silueta de un hombre movido por una velada necesidad de destacar. Un hombre que, durante un corto periodo de tiempo, durante los años sesenta, había pertenecido a varias organizaciones extremistas, tanto de derechas como de izquierdas, pero que no tardó en desligarse de todas ellas para iniciar su propia senda y acercarse al mundo con su profético desprecio por el ser humano.

En Angola y por pura casualidad, los senderos de Carter y de Falk se cruzaron y, al ver el uno el interior del otro, se reconocieron como almas gemelas.

Acerca de Fu Cheng, la policía de Hong Kong les envió interminables informes en los que descubrieron que, en realidad, se llamaba Hua Gang. La Interpol había identificado sus huellas en diversos delitos, como algunos asaltos a bancos de Frankfurt y Marsella, entre otros. Aunque tampoco esto pudo probarse, supusieron que el dinero se invirtió en la financiación de la operación que Falk y Carter preparaban. Hua Gang tenía sus raíces en el inframundo del crimen organizado y, pese que nunca llegó a ser condenado, sí fue sospechoso de varios asesinatos, cometidos tanto en Asia como en Europa y cada uno de ellos bajo una identidad distinta. No les cabía la menor duda de que él había sido el autor de los asesinatos de Sonja Hökberg y Jonas Landahl, pues tanto las huellas dactilares como los testimonios tardíos de algunos testigos apoyaban esta tesis. Como tampoco cuestionaban el hecho de que no hubiese sido más que un mercenario, dirigido por Carter y quizá también por el propio Falk. Las ramificaciones parecían conducir a todos los continentes y el trabajo que tenían por delante para lograr el total esclarecimiento del caso era, en verdad, ingente. Y, pese a todo, podían concluir que no debían temer ninguna continuación dado que, con Carter y Falk muertos, la organización había dejado de existir.

Jamás lograron averiguar por qué Carter asesinó a Elvira Lindfeldt pues, salvo la información fragmentaria que de las acusaciones de Carter contra ella refirió Robert Modin, no tenían más detalles de su relación. Probablemente, aquella mujer sabía demasiado y había dejado de ser necesaria. Por otro lado, Wallander suponía que, a su llegada a Suecia, Carter estaba poco menos que desesperado.

Comoquiera que fuese, aquellos dos hombres estaban decididos a sembrar el caos en el mundo financiero; y la conclusión a la que llegaron los investigadores era aterradora: estuvieron muy cerca de conseguirlo. Si Modin o Wallander hubiesen introducido la tarjeta y el código exactamente a las cinco y treinta y un minutos de aquel lunes 20 de octubre, un alud electrónico se habría desencadenado sin remedio. Los expertos que habían logrado esbozar un estudio preliminar del programa que Falk había instalado en los sistemas, palidecieron al comprender el alcance de sus consecuencias. La vulnerabilidad de la instituciones cuyos sistemas habían sido conectados en serie por Falk y Carter había resultado ser extraordinaria. En todo el mundo, distintos grupos de expertos trabajaban con denuedo para obtener una valoración del efecto de tal atentado informático.

Pero ni Modin había introducido la tarjeta Visa de Carter en la ranura del cajero ni Wallander había llegado a teclear el código. De modo que nada sucedió, salvo que unos cuantos cajeros de Escania se habían visto afectados, aquella mañana, por una serie de fallos técnicos tan repentinos como inexplicables. Varios de ellos se declararon fuera de servicio, aunque jamás se detectó avería alguna. Y de repente, todo empezó a funcionar de nuevo con total normalidad. Un muro de confidencialidad insalvable se alzó en torno a la investigación y a las conclusiones que, gracias a ella, iban tomando forma.

Los asesinatos de Sonja Hökberg, Landahl y Lindfeldt habían quedado aclarados. Fu Cheng se había suicidado, tal vez porque en los rituales de la misteriosa organización se incluyese el no dejarse atrapar jamás. Tampoco para aquella pregunta hallarían respuesta. A Carter le había disparado Wallander. Del mismo modo en que no pudieron aclarar las circunstancias misteriosas de por qué Sonja Hökberg había sido arrojada a una estación de transformadores o por qué Falk disponía de los planos de una de las instalaciones más importantes de Sydkraft. Sin embargo, sí que consiguieron esclarecer parcialmente el asunto de cómo abrieron la verja y la puerta de la estación de transformadores. En efecto, Hanson no se daba por vencido y averiguó que el técnico Moberg había sido victima de un robo en su domicilio durante una semana en la que estuvo de vacaciones. Las llaves estaban en casa cuando regresó pero, según Hanson, las habían copiado a cambio, seguramente, de una tentadora suma de dinero ofrecida al fabricante americano.

En el pasaporte de Jonas Landahl descubrieron que el joven había visitado Estados Unidos un mes después del robo en casa de Moberg y, como ya sabían, contaba con mucho dinero procedente de los asaltos a los bancos de Frankfurt y Marsella. Con no poco esfuerzo, lograron dar con las respuestas a cada uno de los cabos sueltos que salpicaban el material de la investigación. Resultó, entre otras cosas, que Tynnes Falk tenía un apartado de correos en Malmö, pero jamás supieron por qué le había dicho a Siv Eriksson que ella recibía toda su correspondencia. Tampoco encontraron nunca el diario de bitácora, ni los dedos seccionados de Falk, pero los patólogos consiguieron determinar que la muerte se había producido de hecho por causas naturales, si bien Enander tenía razón y no había sido a causa de un paro cardíaco, sino de una embolia cerebral difícil de detectar. Por otro lado, no quedaba ningún punto que aclarar sobre el asunto del asesinato del taxista. El factor desencadenante en ese caso había sido el irrefrenable deseo de venganza de Sonja Hökberg, una venganza ejemplar. No se explicaban, no obstante, por qué no eligió como blanco de su venganza al hombre que la había atacado, en lugar de a su padre, que era inocente. Ni alcanzaron a comprender las deficientes reacciones de Eva Persson, pese al exhaustivo análisis psicológico a que se la sometió. En cambio, sí que quedaron convencidos de que la muchacha jamás empuñó ni el martillo ni el cuchillo. Otra de las cuestiones sin respuesta quedó definitivamente aclarada: Eva Persson había decidido modificar su versión de los hechos por la sencilla razón de que no quería cargar con la responsabilidad de un delito que no había cometido y, cuando se retractó de su primera confesión, lo hizo en el desconocimiento de la muerte de Sonja. Lo único que la movió fue su deseo de contar la verdad acerca de su propia intervención. Nadie sabía qué sería de ella en el futuro.

Pese a las intensas pesquisas y ulteriores análisis, quedó algún que otro cabo suelto.

Un buen día, Wallander halló sobre su mesa un extenso informe redactado por Nyberg en el que el técnico explicaba con prolijidad modélica que la maleta vacía que habían encontrado en el transbordador había pertenecido, sin duda, a Jonas Landahl. El técnico no supo decir, en cambio, qué había sido de la ropa o qué otros objetos podía haber contenido la maleta. Lo más probable era que Hua Gang, su asesino, hubiese arrojado por la borda todas las pertenencias del joven en un intento de retrasar la identificación del cadáver, de modo que la única prueba era su pasaporte. El inspector dejó el informe sobre la mesa con un profundo suspiro.

Lo más importante fue, con todo, el esclarecimiento de las actividades de Carter y Falk. A Wallander no le quedó la menor duda de que ambos tenían otros planes tras el ataque a los sistemas financieros. Así pues, habían diseñado un proyecto de sabotaje de las centrales de suministro energético más importantes del mundo. Y la cuestión del relé que Hua Gang, en cumplimiento, sin duda, de las órdenes de Carter, había colocado en la camilla vacía del depósito o la de la conducción del cadáver, ya sin los dos dedos, al lugar en que se lo encontró en un principio, no habían sido sino manifestaciones de la vanidad de aquel guía sectario, pinceladas rituales y pseudorreligiosas de un mundo en el que Carter y Falk eran dioses.

Aun así, en medio de la brutalidad sin límites manifestada por dos perturbados con complejo de superhombres, Wallander hubo de admitir que Falk y Carter habían puesto de manifiesto un hecho importante: la fragilidad de la sociedad en que vivían era mayor de lo que ninguno de ellos habría podido sospechar.

Por otro lado y a raíz de todos aquellos sucesos, el inspector empezó a tomar conciencia de que el futuro necesitaría un tipo de policías bien distinto al que él representaba. No porque sus conocimientos y experiencias llegasen a resultar superfluos, sino porque había campos del saber decisivos para el trabajo policial y en los que él era un completo ignorante.

En un sentido más amplio, se había visto obligado a reconocer que él era ya viejo. Un perro viejo incapaz de aprender nada nuevo.

En su apartamento de la calle de Mariagatan se había sumido, a altas horas de la noche, en penosas reflexiones acerca de la vulnerabilidad; la que caracterizaba a la sociedad y la suya propia, que parecían enlazadas e interdependientes. Y así, llegó a una doble interpretación de sus reacciones. Por una lado, veía crecer a su alrededor una sociedad que le resultaba ajena. En su trabajo, se enfrentaba de forma constante a manifestaciones de fuerzas descarnadas que, inmisericordes, zarandeaban a los seres humanos arrojándolos a la marginalidad más periférica. Veía a gente joven que, antes de terminar sus estudios primarios, ya había perdido la fe en su propio valor; el consumo de drogas y de alcohol, siempre creciente, como en el caso de la joven Sofía Svensson, aquélla que vomitó en su asiento trasero… En la sociedad sueca los antiguos abismos se ensanchaban y otros nuevos veían la luz; y los cercados invisibles segregaban a los grupos, cada vez más reducidos, de los que vivían bien. Los muros se levantaban altos contra los que vivían en los fríos reductos marginales: los sin techo, los toxicómanos, los desempleados.

Y, al margen de todo aquello, se desarrollaba otra revolución, la de la vulnerabilidad en la que unos puntos de conexión cada vez más poderosos pero, al mismo tiempo, más frágiles regulaban la sociedad. La eficacia aumentaba a cambio de que las personas quedasen indefensas frente a las fuerzas que se dedicaban a perpetrar el sabotaje y a sembrar el terror.

Por otro lado, allí estaba también su propia vulnerabilidad, la soledad, la timidez, la falta de autoestima, la certeza de que Martinson lo superaría y le arrebataría el puesto. La sensación de inseguridad ante las innovaciones que no cesaban de modificar su trabajo y que ponían a prueba su capacidad de adaptación y de renovación.

Durante aquellas noches en la calle de Mariagatan, solía pensar que no aguantaba más. Pero sabía que debía hacerlo, al menos durante otros diez años. No le quedaba ninguna otra opción real. Era un investigador, un trabajador de campo. La idea de dedicarse a dar conferencias en las escuelas sobre los riesgos de la droga o enseñando las reglas de tráfico a los niños de las guarderías le resultaba impensable. Aquel mundo jamás sería el suyo.

La reunión finalizó a la una y el material quedó listo para su entrega al fiscal. Pero nadie sería condenado, puesto que todos los culpables habían muerto. No obstante, sobre la mesa del fiscal también dejaron lo que bien podría convertirse en una revisión de los hechos protagonizados por Carl-Einar Lundberg.

Y ya después de la reunión, poco antes de las dos, Ann-Britt fue al despacho de Wallander para hacerle saber que Eva Persson y su madre habían retirado la denuncia. Ni que decir tiene que Wallander se sintió aliviado, pero, en el fondo, no le sorprendió. Por más que dudase del funcionamiento de la justicia en Suecia, no le cupo nunca la menor duda de que, a la postre, resplandecería la verdad acerca de lo que realmente sucedió en la sala de interrogatorios.

Estuvieron sentados en su despacho discutiendo la posibilidad de que él contraatacase, en opinión de Ann-Britt, no sólo en beneficio de su propia imagen, sino también por la integridad de la del Cuerpo. Pero Wallander se negó, aduciendo que lo mejor que podía suceder era que todo quedase enterrado en el más absoluto silencio.

Cuando Ann-Britt se hubo marchado, él permaneció unos minutos sentado en su despacho, con la mente en blanco. Después, se levantó para ir por una taza de café.

Y en la puerta del comedor se topó con Martinson. Durante las semanas transcurridas, Wallander había experimentado una curiosa y para él desconocida falta de resolución. En condiciones normales, no era de los que se arredraban por lanzarse a un enfrentamiento abierto, pero la naturaleza de sus diferencias con Martinson era más compleja y más profunda. Se trataba, según él lo veía, de una pérdida de complicidad, de decepción, de una amistad quebrantada. Al encontrarse a Martinson en la puerta, supo que había llegado el momento: ya no podía posponerlo más.

—Deberíamos hablar —propuso—. ¿Tienes un momento?

—Sí, estaba esperándote.

Volvieron a la sala de reuniones que habían ocupado hacía poco más de una hora y, una vez allí, Wallander fue derecho al grano.

—Ya sé que actúas contra mí a mis espaldas. Sé que vas hablando mal de mí. Que has cuestionado mi capacidad para dirigir esta investigación. Sólo tú sabes por qué lo has hecho a escondidas en lugar de decírmelo a mí. Claro que yo tengo una teoría, ya me conoces. Sabes que suelo especular. Y la única explicación que se me ocurre para tu comportamiento es que, con él, estés cimentando tu futura carrera. Cosa que, por cierto, estás haciendo a cualquier precio.

Martinson respondió con total tranquilidad, como si hubiese estado ensayando su réplica.

—Yo sólo digo lo que hay. Has perdido el control. Tal vez pueda reprochárseme que no lo haya dicho antes.

—¿Y por qué no me lo dijiste a mi?

—Lo intenté, pero tú no querías escuchar.

—Yo siempre escucho.

—Tú crees que escuchas. Pero eso no es lo mismo.

—¿Por qué le dijiste a Lisa que yo te impedí que me acompañases a la plantación?

—Debió de malinterpretarme.

Wallander observó a Martinson. De nuevo lo asaltó el deseo de golpearlo, pero no lo hizo. Simplemente, no se sentía con fuerzas. Nadie sería capaz de amilanar a Martinson, pues estaba convencido de la veracidad de sus propias mentiras. De modo que jamás dejaría de defenderlas.

—¿Querías alguna otra cosa?

—No —respondió Wallander—. No tengo nada más que decirte.

Martinson se dio la vuelta y se marchó.

A Wallander le dio la sensación de que las paredes se derrumbaban a su alrededor. Martinson había elegido. La amistad había desaparecido, estaba muerta. Y Wallander se preguntaba con horror si habría existido alguna vez o si, por el contrario, Martinson había sido siempre de los que esperan el momento adecuado para atacar.

Oleadas de dolor se deslizaban en rodante vaivén por su paisaje interior, interrumpidas por una solitaria ola de ira.

No pensaba rendirse, no. Él sería, durante unos años más, el responsable de dirigir las investigaciones más complejas de Ystad.

Sin embargo, la sensación de pérdida era mayor que la de enojo y el inspector se preguntó una vez más cómo debía actuar para sobrellevar lo que le quedaba.

Wallander salió de la comisaría inmediatamente después de su conversación con Martinson. Dejó el móvil sobre el escritorio del despacho y nada le dijo a Irene sobre adónde iba o cuándo volvería. Se sentó al volante y se puso en marcha hacia la calle de Malmövägen. Al llegar al desvío hacia Stjärnsund, giró en aquella dirección. En realidad, no estaba muy seguro de por qué lo hacía. Tal vez la pérdida de dos amistades era una carga demasiado pesada para él. Pensaba a menudo en Elvira Lindfeldt. Aquella mujer había entrado en su vida bajo una apariencia falsa y él sospechaba que, a la larga, ella habría estado dispuesta incluso a matarlo. Y aun así, no podía evitar pensar en ella tal y como él la había conocido, como una mujer que supo escucharlo mientras compartían una cena; una mujer de piernas muy hermosas que, a ratos, lo arrancó de su soledad.

Cuando por fin llegó a la finca de Sten Widén, comprobó que estaba desierta. Un cartel que había fijado a la entrada anunciaba que la propiedad estaba en venta. Pero, además, había otro que informaba de que ya estaba vendida. De modo que había llegado a una casa abandonada. Se dirigió a los establos, abrió las caballerizas y comprobó que estaban vacías. Un gato solitario lo observaba reticente desde un fardo de heno.

Wallander se sintió embargado de un profundo malestar. Sten Widén se había marchado y ni siquiera se había tomado la molestia de despedirse.

Salió de los establos y se alejó del lugar a toda prisa.

Aquel día, Wallander no regresó a la comisaría. Por la tarde, se dedicó a recorrer en coche, sin destino fijo, los alrededores de Ystad. De vez en cuando se detenía a contemplar los campos desiertos. Ya anochecido, volvió a la calle de Mariagatan. Se detuvo a pagar la cuenta en el supermercado y, por la noche, se sentó a escuchar La Traviata dos veces consecutivas. Después, llamó por teléfono a Gertrud y acordó con ella que iría a visitarla al día siguiente.

Poco antes de la medianoche, sonó el teléfono. Wallander se sobresaltó. «Sólo espero que no haya pasado nada» deseó en silencio. «Todavía no. Ninguno de nosotros lo resistiría».

Pero era Baiba quien llamaba desde Riga. Wallander cayó en la cuenta de que hacía más de un año que no hablaban.

—Sólo quería saber cómo estás.

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

A partir de ahí, los silencios deambularon de Ystad a Riga y viceversa durante un buen rato.

—¿Piensas en mí alguna vez?

—¿Y por qué iba a llamarte si no?

—No, me preguntaba…

—¿Y tú?

—Yo siempre pienso en ti.

Wallander comprendió que ella sabría enseguida que estaba mintiendo o, al menos, exagerando. No sabía por qué lo hacía pues Baiba pertenecía al pasado, su imagen se había desdibujado. Y, pese a todo, él no era capaz de olvidarla. O más bien no podía olvidar los recuerdos del tiempo que pasó con ella.

Intercambiaron algunas frases insulsas antes de concluir la conversación. Wallander colgó el auricular despacio.

¿La echaba de menos? No sabía qué responder. Se le antojaba que los cortafuegos no existían sólo en el mundo de los ordenadores. También él tenía uno en su interior que no siempre sabía cómo salvar.

Al día siguiente, el miércoles 12 de noviembre, los fuertes vientos habían amainado. Wallander se despertó temprano. Tenía el día libre. No recordaba cuánto tiempo hacía que no se tomaba libre un día laborable pero, puesto que Linda iba a visitarlo, había decidido consumir una parte de sus vacaciones. Iría a recogerla al aeropuerto de Sturup a la una. Y había decidido dedicar la mañana a comprarse un coche nuevo. Ya había acordado con el concesionario que estaría allí a las diez. Tenía que limpiar el apartamento, pero se quedó un rato más en la cama.

De nuevo había tenido un sueño. Había soñado con Martinson. Habían vuelto al mercado de Kiviks, a un suceso que se hallaba muy lejano en el tiempo. En su sueño, todo era como había sido en la realidad. Habían estado buscando a unos sujetos que habían asesinado a un viejo agricultor y a su mujer. De repente, dieron con ellos en un puesto donde vendían cazadoras de piel robadas. Se produjo un tiroteo. Martinson disparó contra uno de los hombres y lo alcanzó en el brazo, o puede que en el codo. Y Wallander le dio alcance al otro junto a la playa. Hasta aquel punto, el sueño había sido una reproducción exacta de lo sucedido entonces. Pero después, cuando estaban en la playa, de repente, Martinson alzó su arma y la dirigió contra él. Y en ese momento, se despertó.

«Estoy asustado», se dijo. «Tengo miedo de no saber qué piensan mis colegas de mí. Tengo miedo de que el tiempo se me escape de entre las manos. De estar convirtiéndome en un policía que ya no comprende ni a sus colegas ni a su país».

Se quedó tumbado un buen rato. Por una vez en la vida se sentía descansado. Pero, cuando empezaba a pensar en su propio futuro, un cansancio de otra índole se cernía sobre él. ¿Acaso empezaría a sentir angustia ante la idea de ir a la comisaría por las mañanas? Y, en ese caso, ¿cómo aguantaría los años que, pese a todo, le quedaban hasta la jubilación?

«Toda mi existencia está compuesta de una serie interminable de cercados», constató para sí. «No sólo se alzan en mi interior y existen en los ordenadores y en las redes de comunicación. También los hay en la comisaría, entre mis colegas y yo, sin que haya tomado conciencia de ello hasta ahora».

Se levantó hacia las ocho, se tomó un café, leyó el periódico y limpió el apartamento. Le preparó a Linda su antigua habitación y, poco antes de las diez, ya estaba guardando la aspiradora. Lucía el sol. Enseguida se puso de buen humor. Se fue al concesionario, que estaba en la calle de Industrigatan, y cerró el trato. Al final, se quedó con otro Peugeot. Un 306 del 96, poco kilometraje, un solo propietario. El comercial, que se llamaba Tyrén, le ofreció un buen precio por su viejo coche. A las diez y media, salía de allí en dirección al aeropuerto. Siempre que cambiaba de coche experimentaba una profunda satisfacción, como si se hubiese dado un buen baño.

Puesto que aún faltaba bastante para la llegada de su hija a Sturup, puso rumbo a la carretera de Österleden y, al llegar a Löderup, se detuvo ante la antigua casa de su padre. Cuando hubo comprobado que no había nadie, entró en el jardín. Dio unos golpecitos en la puerta, pero nadie acudió a abrirle. Entonces se encaminó hacia el cobertizo que había servido de taller a su padre. La puerta no estaba cerrada con llave, de modo que la abrió y entró. Todo estaba cambiado. Descubrió con no poca sorpresa que, en el suelo de cemento, habían empotrado una pequeña piscina. Del padre no quedaba ya el menor rastro, ni siquiera el penetrante olor a disolvente, ahora sustituido por el del cloro. Por un instante, lo interpretó como una humillación. ¿Cómo podían consentir que el recuerdo de una persona desapareciese tan por completo? Wallander salió del cobertizo y divisó un viejo trozo de chatarra. Se acercó a mirar: prácticamente enterrada bajo pegotes de cemento y montones de tierra, yacía la vieja cafetera de su padre. La desenterró con cuidado y se la llevó. Cuando salió de aquel jardín, lo hizo con el convencimiento de que jamás volvería.

Desde Löderup prosiguió hasta la casa de Svarte en la que Gertrud vivía en compañía de su hermana. Se tomó un café mientras escuchaba ausente el parloteo de las dos hermanas. Pero nada dijo acerca de su visita a Löderup.

A las doce menos cuarto, se despidió de ellas. Cuando entró en el edificio del aeropuerto de Sturup, faltaba aún media hora para que aterrizase el avión.

Como siempre que se encontraba con Linda, se sentía presa de un gran nerviosismo. Se preguntó si era normal que los padres, llegado cierto momento de sus vidas, se arredraran ante sus hijos. Pero no supo qué responder. Se sentó dispuesto a tomarse otro café. De repente, junto a otra mesa algo apartada, divisó al marido de Ann-Britt, con sus maletines de montador, seguramente camino de algún destino remoto. Iba acompañado de una mujer a la que Wallander no conocía. Y se sintió tan herido como Ann-Britt se habría sentido de estar allí. A fin de que el hombre no lo viese, se cambió de mesa y se sentó dándole la espalda. Se preguntó entonces por su reacción, pero tampoco aquí supo qué responderse.

Al mismo tiempo, empezó a pensar en el misterioso suceso que aconteció en el restaurante de István, cuando Sonja Hökberg cambió el sitio a Eva Persson, tal vez para poder ver a aquel hombre llamado Fu Cheng, que luego resultó llamarse Hua Gang. Él lo había discutido con Hanson y Ann-Britt, pero ellos no supieron qué responder cuando él planteó la cuestión de hasta qué punto estaría enterada Sonja Hökberg de la relación de Jonas Landahl y aquella organización secreta de Falk y Carter. ¿Por qué la vigilaba Hua Gang? Jamás lo supieron, pero, por otro lado, era un detalle que no revestía ya el menor interés. Una pequeña laguna en la investigación que se perdería en un abismo ignoto. Por cierto que, en la memoria de Wallander, se almacenaba una gran cantidad de ese tipo de lagunas. En toda investigación había un momento de oscuridad, algún detalle que se resistía a someterse. Siempre sucedía y nunca dejaría de suceder.

Wallander echó un vistazo por encima del hombro.

El marido de Ann-Britt y la mujer que lo acompañaba habían desaparecido.

El inspector estaba a punto de levantarse cuando un hombre de edad se le acercó de pronto.

—Creo que te conozco. Tú eres Kurt Wallander, ¿no es así?

—Así es.

—Perdona que te moleste. Mi nombre es Otto Ernst.

A Wallander le resultaba familiar su nombre, pero no lo había visto antes.

—Verás, yo soy sastre —prosiguió Ernst—. El caso es que tengo un par de pantalones en mi sastrería que encargó Tynnes Falk. Ya sé que, por desgracia, mi cliente falleció. Pero no sé qué hacer con los pantalones. Ya he hablado con su mujer, pero ella no quiere saber nada del asunto.

Wallander miró al hombre con extremo interés. ¿Estaría de broma? ¿De verdad creía que un policía podría ayudarle a deshacerse de unos pantalones que nadie había recogido? Pero Otto Ernst parecía de veras preocupado.

—Te sugiero que te pongas en contacto con su hijo —propuso Wallander—. Se llama Jan Falk. Tal vez él pueda ayudarte.

—Ya, y tú no tendrás su dirección, ¿verdad?

—Llama a la comisaría de Ystad. Pide que te pongan con la agente Ann-Britt Höglund y dile que yo te di su nombre. Ella puede facilitarte la dirección.

Ernst sonrió al tiempo que le tendía la mano.

—Ya sabía yo que me ayudarías. Perdona que te haya molestado.

Wallander lo siguió con la mirada.

Se sentía como si acabase de hablar con una persona procedente de un mundo que ya no existía.

El avión aterrizó puntual. Linda fue una de las últimas en salir. Cuando se saludaron, la angustia de Wallander se esfumó al punto. Su hija era la de siempre: contenta y abierta. Su actitud alegre se oponía a la de él. Por otro lado, la joven había desistido ya de la llamativa vestimenta que había utilizado últimamente. Recogieron el equipaje y se marcharon del aeropuerto. Wallander le mostró su nuevo coche. Si él no se lo hubiese hecho notar, ella no se habría dado cuenta de que había cambiado de vehículo.

Finalmente, partieron hacia Ystad.

—¿Cómo te va? —inquirió Wallander—. ¿A qué te dedicas? Has estado muy misteriosa de un tiempo a esta parte.

—Hace muy buen tiempo —comentó ella evasiva—. ¿No podríamos bajar a la playa?

—Te he hecho una pregunta.

—Y tendrás tu respuesta.

—¿Cuándo?

—Aún no.

Wallander giró a la derecha en dirección a la playa de Mossby. El aparcamiento estaba desierto y el puesto de perritos cerrado a cal y canto. Ella abrió la maleta y sacó un jersey grueso antes de iniciar el paseo hasta la orilla.

—Recuerdo que solíamos pasear por aquí cuando yo era muy pequeña. Es uno de mis primeros recuerdos.

—Sí, casi siempre tú y yo solos, cuando Mona quería estar a solas.

En el horizonte se vislumbraba el lento avance de un buque hacia el oeste. El mar estaba en calma.

—Oye, aquella fotografía del periódico… —comentó ella de repente.

Wallander sintió un nudo en el estómago.

—Ya es agua pasada —la tranquilizó el inspector—. La chica y su madre se han retractado de su declaración inicial. Ya pasó todo.

—Ya. El caso es que vi otra fotografía en una revista que había en el restaurante —insistió ella—. De algo que había sucedido a la puerta de una iglesia de Malmö. Decían que habías amenazado a un fotógrafo.

Wallander recordó el incidente acontecido en el entierro de Stefan Fredman y el carrete pisoteado y concluyó que debía de haber otro fotógrafo por allí. Él había echado aquel suceso en el olvido…, pero ahora le refirió a Linda su enfrentamiento con el fotógrafo.

—Hiciste lo correcto —opinó ella—. Quisiera pensar que yo habría actuado del mismo modo.

—Tú no tendrás que verte en semejantes situaciones. Tú no eres policía.

—Todavía no.

Wallander se paró en seco y la miró fijamente.

—¿Qué acabas de decir?

Ella se demoró un instante antes de contestar, y siguió caminando. Unas gaviotas aullaban en torno a sus cabezas.

—Dices que he estado muy misteriosa últimamente, ¿no? Y has estado preguntándome qué me traía entre manos. Pero no quería decirte nada hasta que no me hubiese decidido del todo.

—¿Qué has querido decir con «todavía no»?

—Pues que pienso hacerme policía. He solicitado mi admisión en la Escuela Superior. Y creo que me admitirán.

Wallander estaba atónito.

—¿Es verdad eso?

—Sí.

—¡Pero si nunca habías dicho ni una palabra!

—Lo he estado meditando durante mucho tiempo.

—¿Y por qué no comentaste nada?

—No quería.

—Pues yo creía que querías estudiar tapicería de muebles…

—Sí, yo también. Pero ahora ya sé lo que quiero. Y por eso he venido. Para contártelo. Y para preguntarte qué opinas y para que me des tu aprobación.

Tras la sorpresa inicial, habían reanudado el paseo.

—Pues, la verdad, es muy repentino —se excusó Wallander.

—Bueno, tú me has hablado de cómo reaccionó el abuelo cuando le contaste que habías decidido hacerte policía. Según dijiste, él contestó enseguida.

—Así es. Me dijo que no antes de que hubiese terminado.

—Y tú, ¿qué dices tú?

—Dame un minuto para meditarlo.

Ella se sentó sobre un viejo leño medio enterrado en la arena mientras Wallander bajaba hasta el borde del agua. Jamás se habría imaginado que, un día, Linda se decantase por seguir sus pasos. Y le costaba decidir qué opinaba de ello en realidad.

Contempló el mar y la luz del sol espejeando sobre el agua.

Ella le avisó de que ya había transcurrido un minuto y él regresó a su lado.

—Pues opino que es una buena idea. Creo que serás una de esas agentes que necesitaremos en el futuro.

—¿Lo dices en serio?

—Como lo oyes.

—Tenía miedo de contártelo. No sabía cómo reaccionarías.

—Pues no era necesario tener miedo.

Ella se incorporó.

—Tenemos mucho de que hablar —afirmó la joven—. Y, además, me muero de hambre.

Regresaron al coche y pusieron rumbo a Ystad. Tras el volante, Wallander se esforzaba por digerir la gran noticia. No dudaba que Linda llegase a ser una buena policía, pero ignoraba si ella sabía qué significaba dedicarse a aquella profesión, el abandono del que él se había sentido víctima durante tantos años.

Al mismo tiempo, experimentaba otra sensación más placentera. La resolución de su hija significaba, en cierto modo, que su propia elección se veía justificada. Era un sentimiento oscuro e impreciso, pero allí estaba, intenso y gratificante.

Aquella noche, se quedaron hasta tarde despiertos, charlando. Wallander le habló de la difícil investigación que había visto su principio y su fin ante un simple cajero automático.

—Sí, hablamos del poder en general. Pero, en realidad, nadie menciona instituciones como el Banco Mundial ni el poder que acumulan en sus manos en nuestro tiempo, ni cuánto sufrimiento humano provocan sus decisiones.

—¿Quieres decir que comprendes lo que Carter y Falk pretendían hacer?

—No —sostuvo ella—. Al menos, no el método que eligieron.

Wallander fue convenciéndose de que la decisión de su hija había ido madurando poco a poco, que no respondía a un impulso que lamentaría más tarde.

—Estoy segura de que tendré que pedirte consejo en más de una ocasión —comentó la muchacha justo antes de irse a la cama.

—Pero no estés tan segura de que yo tenga algún buen consejo que darte —advirtió Wallander.

El inspector permaneció un rato más en la sala de estar. Eran las dos y media de la mañana, tenía sobre la mesa una copa de vino y, a un volumen muy bajo, una de las óperas de Puccini.

Cerró los ojos y vio ante sí una pared de fuego. En su imaginación, tomó impulso.

Después, se precipitó contra ella. Se quemó superficialmente la piel y el cabello.

Cuando volvió a abrir los ojos, sonrió.

Había cerrado un capítulo.

Otro estaba a punto de comenzar.

Al día siguiente, el jueves 13 de noviembre, los mercados de la Bolsa asiáticos empezaron a hundirse de forma inesperada.

Las explicaciones de lo que estaba sucediendo fueron muchas y contradictorias.

Pero nadie logró jamás responder a la pregunta fundamental: ¿cuál había sido el factor desencadenante de aquel tremendo descenso de las cotizaciones?

# 

# Epílogo

Los hechos narrados en esta novela se desarrollan en una zona fronteriza.

Entre la realidad, lo que sucedió en verdad, y la literatura, lo que podría, haber ocurrido.

Y ello implica que, de vez en cuando, me he tomado ciertas libertades.

Una novela es siempre un acto de creación despótico y arbitrario.

Lo cual explica, a su vez, que yo haya desplazado viviendas de su lugar original, que haya cambiado los nombres de alguna calle e incluso, en algún caso, que haya añadido otra que no existe.

Asimismo, he convocado a la escarcha para que enfríe las noches de Escania cuando le ha convenido a mis intereses.

Y he establecido mi propio horario de salidas y llegadas de los transbordadores de Polonia.

Por añadidura, he construido para Escania un sistema de suministro de energía absolutamente particular, lo que no ha de interpretarse como una queja velada por mi parte con respecto a los servicios de Sydkraft: la compañía me ha proporcionado siempre la energía que necesité.

Finalmente, me he tomado la libertad de modificar a placer el mundo de la electrónica.

En cualquier caso, yo tengo la firme sospecha de que cuanto se dice en este libro sucederá muy pronto.

No son pocas las personas que me han prestado su ayuda en esta empresa.

Ninguna de ellas ha pedido que la mencione, de modo que no lo haré. Aunque a todas exprese aquí mi agradecimiento.

Cuanto aquí puede leerse es responsabilidad únicamente mía.

Maputo, abril de 1998,

Henning Mankell.

1. Véase Pisando los talones. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-1)
2. Véase La falsa pista. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-2)
3. Véase Los perros de Riga. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-3)
4. Véase El hombre sonriente. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-4)
5. El autor hace aquí referencia a una conocida y popular marca sueca de huevas ahumadas de gambas que se venden en tubos decorados con el rostro sonriente de un niño y denominadas Kalles Kaviar, es decir, «el caviar de Kalle», nombre del niño que sirvió de modelo para el diseño del tubo. (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-5)
6. Véase La quinta mujer. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-6)
7. Véase La falsa pista. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-7)
8. El tuteo inmediato entre desconocidos y personas de distinto rango es la forma habitual de comunicación en Suecia. Aunque pueda resultar llamativo para los lectores de habla hispana, se ha optado por mantener este rasgo sociológico en la traducción. (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-8)
9. Systembolaget, únicos establecimientos comerciales suecos con licencia para la venta de bebidas alcohólicas. (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-9)
10. Cantante y actriz cómica sueca (Landskrona, 1936) que goza de enorme popularidad tanto en Suecia como en Alemania. En 1969 representó a su país en el festival de Eurovisión y ha participado en varios festivales de la canción sueca, el más reciente en 2004. (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-10)
11. Véase Los perros de Riga. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-11)
12. Véase Pisando los talones. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-12)
13. Véase La leona blanca. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-13)
14. Redbar: honrado, íntegro, probo. (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-14)
15. Véase El hombre sonriente. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-15)
16. SIDA, acrónimo del Consejo para la Colaboración Internacional al Desarrollo, instancia estatal sueca dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores y cuyos miembros y director general son nombrados directamente por el Gobierno. La organización responde de la mayor parte de las contribuciones económicas suecas a la mejora de las condiciones de vida en los países en vías de desarrollo. (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-16)
17. Véase La leona blanca. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-17)
18. Véase La quinta mujer. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-18)
19. Hedvig Antoinette Isabella Eleonore Jensen, llamada Elvira Madigan (1867—1889). Equilibrista de circo danesa, amante del noble y militar sueco Sixten Sparre, con el que protagonizó un escandaloso romance que concluyó en tragedia, con la muerte y enterramiento conjunto de ambos en Bregninge, Dinamarca. Su historia fue llevada la cine por el director sueco Bo Widerberg en 1967 en el largometraje titulado Elvira Madigan. (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-19)
20. Véase La falsa pista. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-20)
21. Hans Alfredsson, nacido en 1931, estudió Literatura, Arte y Filosofía en la Universidad de Lund, donde se licenció en Arte. Comenzó su carrera como periodista y escritor satírico hasta que en 1956 conoció al actor y realizador Tage Danielsson, con el que escribió varias obras radiofónicas y teatrales que alcanzaron gran éxito y popularidad. Durante los años sesenta y setenta, tras haber formado la compañía Svenska Ord («Palabras suecas»), produjeron una importante cantidad de series cómicas de radio y de televisión. Guionista, actor de teatro y de cine y, más recientemente, también director cinematográfico así como excelente actor dramático, mereció el título de «El hombre más divertido de Suecia». (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-21)
22. Yacimiento arqueológico de la Edad del Bronce situado en Escania (Suecia) en las inmediaciones de Kåseberga, formado por una serie de monolitos dispuestos de modo que permiten calcular los trescientos sesenta y cinco días del año solar y las veinticuatro horas del día. (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-22)
23. SÄPO, acrónimo de Säkerhets Polisen, servicio de inteligencia sueco. (N. de la T.) [↑](#footnote-ref-23)